3 1761 07802680 4

Presented to
The Library
of the
University of Toronto
by
Leslie Dewart, Esq.

Sienkiewicz, Henryk.

# Quo vadis?

Traducción del P. Alcalá Zamora

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

Barcelona, Casa Edit. Sopena
1912

LP
S5724q
.Sa

584412
21. 5. 54

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/quovadi00sien

# ¿QUO VADIS?

## I

Petronio se despertó cerca de mediodía y muy cansado, como le ocurría de ordinario. Había pasado la noche anterior en un banquete dado por Nerón, y en el que vino á colmar su aburrimiento cierta discusión que con Séneca y Lucano entablara acerca de si la mujer tenía alma.

Hacía algún tiempo que Petronio no disfrutaba de buena salud: se despertaba con la cabeza pesada, experimentando laxitud general, y sólo con el baño y el masaje volvía su sangre á circular activa, recuperaba su cuerpo el juvenil vigor y en sus hermosos ojos brillaba de nuevo la mirada chispeante de ingenio. Al salir del *oleothesium*, es decir, del aposento destinado en los baños á untar el cuerpo con aceite, estaba rejuvenecido, exuberante de vida, y aparecía tan elegante y distinguido, con todos los detalles de su tocado y de su indumentaria, que en realidad merecía el título de *arbiter elegantiarum* con que el atildado Otón se complacía en designarle, y como Otón, Roma entera.

Petronio no frecuentaba las termas públicas más que en las ocasiones en que podía oir á algún nuevo orador ó cuando se ejecutaban juegos de destreza y fuerza que despertaran excepcional interés. Verdad es que en su *insula* tenía unos baños, arreglados y reparados por el famoso Generus con tan buen gusto y tales refinamientos, que el propio Nerón reconocía y declaraba que eran superiores á las termas imperiales, aunque éstas fueran mucho más vastas y de una magnificencia insuperable.

Cuando Petronio se levantó, fué á tomar el baño acostumbrado, y al salir de él, dos forzudos *balneatores* (bañeros), le tendieron en una mesa de ciprés cubierta con fino lienzo egipcio, blanco como la nieve, y empezaron á frotarle con aromático aceite de oliva el bien formado cuerpo. El, mientras tanto, aguardaba con los ojos cerrados que el calor de las fricciones y el de las manos de los bañeros penetraran en su cuerpo y de él desalojaran el cansancio.

Al cabo de algunos momentos abrió los ojos y preguntó qué tiempo hacía y si habían traído unas alhajas que el joyero Idomeneo quedó en enviarle para que las viera.

Le dijeron que hacía hermoso tiempo, que soplaba leve brisa de las colinas de Alba y que no habían traído las alhajas.

Volvió Petronio á entornar los ojos y mandó que le llevaran al baño de agua tibia ó *tepidarium*.

En aquel instante entró el *nomenclator*, que era un esclavo encargado de anunciar á su señor los nombres de las personas que venían á visitarle, y dijo que el joven Marco Vinicio, recién llegado del Asia Menor, venía á ver al dueño de la casa.

Dió orden Petronio de que le intro-

dujeran en el *tepidarium*, á donde se hizo conducir él al punto.

Era Vinicio sobrino suyo, hijo de una hermana mayor que se había unido en matrimionio con Marco Vinicio, cónsul del tiempo de Tiberio. El joven, que había hecho la guerra contra los partos á las órdenes de Corbulón, volvía á la ciudad, una vez terminada aquélla; Petronio tenía predilección por él, porque Marco, hermoso y de atléticas formas, como romano de buena raza, poseía el arte de ajustar sus placeres á un molde estético especial, y el poeta apreciaba esta cualidad más que ninguna otra.

—¡ Salud, Petronio !—exclamó el joven, entrando con cadencioso paso en el *tepidarium*.—Que los dioses todos te sean propicios, y especialmente Asclepio y Ciprina.

—¡ Salud, Vinicio, y ojalá disfrutes en Roma de apacible reposo después de las fatigas de la guerra !—contestó Petronio.

Y sacando la mano de entre los pliegues de la suave tela de cárbaso en que estaba envuelto, se la tendió al recién llegado, agregando :

—¿Qué se dice en Armenia? Y ya que contrastaba con sus notorias inclisitaste la Bitinia?

Petronio había sido procónsul en Bitinia, y, cosa digna de mención, había gobernado con energía y con justicia, lo que contrastaban con sus notorias inclinaciones á la molicie y á los placeres ; por eso le agradaba recordar aquellos tiempos, que constituían fehaciente prueba de lo que había sido y claro indicio de lo que habría podido llegar á ser si hubiera querido.

—He estado en Heráclea—contestó Vinicio ;—Corbulón me envió allá en busca de refuerzos.

—¡ Heráclea ! Allí conocí á una doncella de la Cólquide, por quien habría dado gustoso todas las mujeres divorciadas de Roma, sin excluir á Popea. Pero no hablemos de esto, que ya es historia antigua, y dime qué se sabe de los partos. Verdad es que me aburren todos esos vologesos, tirdates, tigranes y demás bárbaros que, según Aruleno el joven, andan en cuatro pies en su casa y se las echan de seres humanos cuando están entre nosotros ; pero en Roma, en la actualidad, se habla mucho de ellos, aunque no sea más que por lo peligroso que resulta hablar de otra cosa.

—La guerra ha tomado mal sesgo para nosotros, y á no ser por Corbulón podría convertirse en desastre.

—¡ Corbulón ! ¡ Por Baco ! He ahí un dios de la guerra, verdadero Marte y gran caudillo, que reune las cualidades de ser impetuoso, tenaz y bruto ; precisamente por eso le quiero, y además porque Nerón le teme.

—No creas que Corbulón es necio.

—Puede que tengas razón ; mas para el caso es lo mismo. La necedad, como dice Pirrón, no es peor que la sabiduría, y en nada se diferencia de ésta.

Empezó Vinicio á darle noticias de la guerra, y Petronio cerró los ojos. Reparando entonces el joven en lo desmejorado que estaba su tío, preguntóle cariñosamente por su salud.

El poeta tornó á abrir los ojos y dijo :

—Todavía no he llegado al estado del joven Sisena, que ha perdido la sensación, hasta tal punto, que cuando le llevan al baño por la mañana, pregunta si está en pie ó sentado. Pero, de todos modos, no me encuentro bien. Hace un momento invocabas para mí la protección de Asclepio y de Ciprina. ¿Quiénes eran los padres de esos dioses? No se sabe. No es extraño, porque tampoco en Roma puede asegurar nadie en los tiempos que corremos quién es su propio padre.

Sonrió Petronio con malicia y repuso :

—Verdad es que hace dos años le envié á Epidauro tres docenas de mirlos vivos y una copa de oro ; pero, ¿sabes por qué? Pues porque me dije que si no me hacía bien, tampoco me haría mal. La gente continúa haciendo ofrendas á los dioses ; pero creo que todos piensan, como yo, que tales actos no

acen daño ni beneficio. Además, no ólo he tenido que habérmelas con Asclepio, sino con sus sacerdotes, á los uales recurrí para que me curaran un nal de la vejiga. Comprendía que eran nos embaucadores; pero, después de odo, ¿qué mal había en acudir á ellos? El mundo se asienta sobre bases de ngaño y la vida es una ilusión. El lma, á su vez, es otra ilusión; pero uno debe tener el discernimiento necesario para distinguir las ilusiones gras de las desagradables. He dispuesto que quemen en mi *hypocaustum* (estua) madera de cedro rociada con ámbar gris; mientras viva, preferiré siempre os perfumes á los hedores.

En cuanto á Venus, bajo cuyos auspicios has querido colocarme, no ha lejado de favorecerme, hasta el punto le que estoy sintiendo punzantes dolores en el pie derecho; por lo demás, es buena diosa, y supongo que tarde ó emprano llevarás á su altar tu ofrenda le palomas blancas.

—Es cierto—contestó Vinicio.—Las lechas de los partos no me han tocado; pero un dardo de Amor me ha herido inopinadamente á pocos estadios le una de las puertas de esta ciudad.

—¡Por las blancas rodillas de las Gracias! Ya me contarás todo eso detalladamente.

—He venido adrede á pedirte consejo y voy á contarte el caso.

La llegada de los *epilatores* (depiladores) obligó á Marco á interrumpir el diálogo. Aceptando la invitación de su tío, se quitó la túnica y tomó un baño de agua tibia.

—Inútil me parece preguntarte—dijo Petronio, contemplando las vigorosas formas de su sobrino, que parecían esculpidas en mármol,—si tu inclinación es correspondida. Si Lisipo Sicionio te hubiera visto, tu efigie serviría ahora de ornamento á la puerta que conduce al Palatino, como una estatua de Hércules en todo el vigor de su juventud.

El joven sonrió satisfecho y empezó á moverse en el baño, salpicando de agua el mosaico, que representaba á Juno en el momento en que ésta imploraba al Sueño que adormeciera á Zeus para que descansara. Petronio, entretanto, le contemplaba con ojos de artista.

Cuando acabó Vinicio de bañarse, se puso en manos de los *epilatores*. Entonces entró un *lector*, trayendo en la mano un tubo de bronce que contenía rollos de pergamino.

—¿Quieres oir la lectura?—preguntó Petronio al joven.

—Con mucho gusto, si se trata de una obra tuya—contestó éste.—Si no es tuya la obra, prefiero que continuemos conversando; porque en la época presente, detrás de cada esquina hay un poeta, dedicado á cazar oyentes.

—Es exacto, no hay medio de pasar por una basílica, baño, biblioteca ó librería, sin topar con un poeta que gesticula como un mono. Cuando Agripa vino de Oriente, los tomó por locos. Es uno de los signos de los tiempos en que vivimos. Pero ¡qué ha de ocurrir, cuando el César escribe versos! Todos tienen que imitarle, aunque con tiento, para no sobrepujarle en inspiración. Precisamente por eso abrigo algunos temores acerca de Lucano. Yo, por mi parte, escribo en prosa, y con ello no persigo mi propia vanagloria ni la de otros. Los que el *lector* nos trae son ciertos *codicillii* (escritos) del pobre Fabricio Veyento.

—¿Por qué le llamas pobre?

—Porque se le ha hecho saber que debe *estarse y divertirse* en Odesa, sin que pueda tornar á sus lares hasta nueva orden... Esa Odisea será para él más fácil que para Ulises, puesto que su esposa no es precisamente una Penélope.

Creo inútil decirte que Fabricio ha hecho una necedad; pero aquí sólo miramos ya las cosas superficialmente. Bien mirado, su libro no pasa de ser una obrilla fastidiosa y tonta, que la gente ha dado en leer con afán desde que el autor ha sido desterrado. Ahora todos exclaman á porfía: ¡qué escándalo, qué escándalo! Y en verdad que es posible que Fabricio haya inventado algunas cosas y exagerado otras; pero yo, que conozco la ciudad, á nues-

tros padres de la patria y á nuestras mujeres, te aseguro que la realidad es peor que todo lo que describe Veyento. Entretanto, no hay hoy quien no busque el libro, con zozobra, por lo que á él mismo pueda referirse; con fruición, por lo que toca á sus conocidos. Cien escribientes, nada menos, hay en la librería de Avirno ocupados en copiarlo al dictado; la obra alcanzará gran éxito.

—¿Y de ti no habla Fabricio?

—Sí; pero con escasa verdad, porque soy á la vez peor y menos insípido de lo que él me pinta. Oye, en Roma hemos perdido hace largo tiempo la noción de lo bueno y de lo malo, de lo digno y de lo despreciable. Aun á mí mismo me parece ya que no existe diferencia entre esos términos, por más que Séneca, Musonio y otros, pretenden que la hay. Para mí todo es igual; no me preocupo de esa línea divisoria inventada por los hombres para dar importancia á sus acciones. Sin embargo, he conservado sobre mis contemporáneos una superioridad: el sentimiento estético, que me hace distinguir lo feo de lo bello; cualidad poco común, de la que «Barbas de Cobre», ese César cantor, histrión y cochero, carece en absoluto.

—Me da lástima Fabricio, que es un buen compañero.

—La vanidad le ha perdido. Todos sospechaban de él, pero nadie sabía con certeza á qué atenerse. Sin embargo, él no fué dueño de reprimirse, y bajo reserva reveló su secreto á todo el mundo. ¿Has oído la historia de Rufino?

—No.

—Pues, vamos al *frigidarium*, y mientras nos refrescamos te la referiré.

Trasladáronse á la pieza mencionada, en el centro de la cual, una fuente esparcía la frescura de sus aguas perfumadas con violetas; se sentaron en sendos nichos cubiertos de terciopelo, y se dispusieron á gozar de la agradadable temperatura.

Vinicio contemplaba pensativo un grupo de bronce que representaba un fauno y una ninfa; el primero pugnaba ansioso por besar en la boca á la segunda.

—Tienes razón—dijo el joven dirigiéndose al fauno;—no hay cosa mejor en la vida.

—¡Puede que sí!—exclamó Petronio.—Pero tú eres, además, aficionado á la guerra. Esta no me atrae, porque sé que manejando las armas se rompen las uñas y se ennegrecen las manos. Cada uno tiene sus aficiones. «Barbas de Cobre» tiene predilección por el canto, especialmente por el suyo; y el viejo Escauro, por su vaso corintio, que lo conserva siempre al alcance de la mano, lo coloca de noche cerca del lecho y lo besa amoroso durante las horas de insomnio. Y tanto y tanto lo besa, que á puros besos le ha gastado los bordes. Dime; ¿tú no compones versos?

—Nunca he sabido componer ni un exámetro.

—¿No tocas la lira ni cantas?

—Tampoco.

—¿Ni sabes guiar un carro?

—Una vez lo intenté en Antioquía, pero sin éxito.

—Entonces puedo vivir sin temores por tu porvenir. ¿A qué partido perteneces en el hipódromo?

—Al de los verdes.

—Eso acaba de tranquilizarme por completo, teniendo en cuenta que eres rico, aunque no tanto como Palante ó Séneca. Para hacer fortuna, en la actualidad, es necesario que compongamos versos, cantemos al son de la lira y luchemos en el Circo; pero es mejor y menos peligroso no hacer versos, ni cantar, ni declamar, ni luchar en el Circo. Lo mejor, en absoluto, es poseer la ciencia de admirar todo lo que admira «Barbas de Cobre», empezando por él mismo. Tú eres un apuesto joven; por eso precisamente estás en peligro de que Popea llegue á enamorarse de ti. He ahí el único peligro que te amenaza. Pero no: Popea tiene demasiada experiencia y sabrá conciliarlo todo. Escapó harta del amor de sus

dos maridos, y en cuanto al tercero, no es precisamente el amor lo que á él la liga, sino el deseo de satisfacer sus pasiones dónde y cómo puede. ¿Querrás creer que el estúpido de Otón la ama todavía con locura? Anda por España vagando de risco en risco y llenando el aire con sus suspiros; y hasta tal punto ha perdido sus antiguos hábitos y se ha hecho descuidado, que el exquisito y admirado elegante de antaño sólo dedica hoy tres horas á las exigencias del tocador. ¿Quién había de esperar semejante cambio en Otón? ¡Olvidarse de embellecerse por amor á una mujer! ¿Puede darse nada más contradictorio?

—Comprendo su situación; pero yo, en su lugar, habría hecho otra cosa—dijo Vinicio.

—¿Qué hubieras hecho?

—Reclutar legiones de fieles montañeses en aquel país. Los iberos son excelentes soldados.

—¡Vinicio, Vinicio! No te creo capaz de hacer lo que dices. ¿Y sabes por qué? Pues porque tales cosas pueden hacerse, pero nunca se dicen ni siquiera condicionalmente. En cuanto á mí, si yo estuviera en su lugar, me habría reído de Popea y de «Barbas de Cobre», y hubiera formado legiones para mí; mas no legiones de iberos, sino de iberas adictas á mi persona. Y lo que es mejor: habría escrito epigramas candentes, que no le hubiera leído á nadie, al revés de como lo ha hecho el pobre Rufino.

—Ibas á contarme su historia.

—Te la referiré en el *unctuarium* (untorio).

Pero en el *unctuarium* fijó Vinicio la atención en otros objetos, tales como las hermosas esclavas que allí aguardaban. Dos de éstas, africanas, que parecían admirables estatuas de ébano, se aplicaron á ungirle el cuerpo con delicados perfumes de la Arabia; otras, frigias, hábiles peinadoras, llevaban en las ágiles y flexibles manos peines y espejos de acero bruñido; dos doncellas griegas, oriundas de Cos y bellas como deidades, aguardaban, en calidad de *vestiplicæ*, el momento de marcar á las togas de sus señores los pliegues estatuarios.

—¡Por Júpiter!—exclamó Marco Vinicio.—¡Magnífica colección de hermosas esclavas!

—Prefiero la calidad á la cantidad—replicó Petronio.—Toda mi *familia* (1) de Roma no pasa de cuatrocientas cabezas; y contra la opinión del vulgo, creo que basta con este número para mi servicio personal.

—Ni el propio «Barbas de Cobre» posee cuerpos más hermosos—exclamó Vinicio.

—Eres pariente mío—repuso Petronio con acento de afectuosa indiferencia,—y no soy tan misántropo como Barso ni tan pedante como Aulio Plaucio.

Al oir este nombre, olvidó Vinicio á las esclavas de Cos, se irguió con viveza y preguntó:

—¿Por qué has pronunciado el nombre de Aulio Plaucio? ¿Sabes que cuando me disloqué la mano en los alrededores de Roma, pasé algunos días en su casa? Plaucio acudió en el instante de ocurrirme el accidente, y como comprendiera que yo sufría agudos dolores, mandó que me condujeran á su casa, en donde me curó su esclavo Merión. Precisamente deseaba hablarte de este asunto.

—¿Por qué? ¿Has ido quizá á enamorarte de Pomponia? Si así es, te compadezco. Pomponia ya no es joven, pero, en cambio, es virtuosa; difícil me parece idear una combinación peor.

—No estoy enamorado de Pomponia.

—¿Pues entonces, quién es ella?

—Yo mismo no lo sé, pues ni siquiera he averiguado su nombre. ¿Se llama Ligia ó Calina? En la casa la nombran Ligia, porque es hija de padres ligios; pero su nombre bárbaro creo que es Calina. Es una casa admirable la de los Plaucios: en ella hay muchas personas, pero siempre reina tanto silencio como en los bosques de Subiaco.

---

(1) Los romanos llamaban *Familia* al conjunto de esclavos de una casa.

Algunos días transcurrieron antes de que yo tuviera el menor indicio de la divinidad que bajo aquel techo habitaba, hasta que una mañana, al amanecer, la vi bañándose en la fuente del jardín; y te juro por la espuma de donde brotó Afrodita, que los primeros rayos del día pasaban al través de su cuerpo como al través de transparente ánfora de nácar. Creí que al salir el sol iba á desvanecerse la visión en la luz como el crepúsculo matutino; sin embargo, desde entonces la he visto dos veces, y desde entonces, también, ignoro lo que es tranquilidad, huyo del bullicio del mundo, no quiero mujeres, ni banquetes, ni gloria: no quiero más que á Ligia. Te lo digo sinceramente, Petronio.

—Si es una esclava, cómprala.

—No, no es esclava.

—¿Pues, qué es? ¿Una liberta de Plaucio, quizá?

—No habiendo sido nunca esclava, mal pudo ser manumitida.

—Entonces, ¿qué es, en resumen?

—No lo sé; hija de un rey bárbaro ó cosa por el estilo.

—Picas mi curiosidad, Vinicio.

—Puedo satisfacerla en parte. La historia de Ligia no es larga. Puede que conozcas personalmente á Vanio, rey de los suevos, el cual, expulsado de su país, pasó largo tiempo en Roma, donde adquirió cierta celebridad como hábil jugador de dados y como persona amable.

César Druso le colocó de nuevo en el trono, y Vanio, que en verdad era hombre de energía, gobernó bien al principio y alcanzó éxitos en la guerra; pero luego se convirtió en azote, no sólo de sus vecinos, sino de los suevos. En vista de esto, Vangio y Sidón, hijos de una hermana de Vanio, se unieron á los hijos de Vibilio, rey de los hermundaros, y decidieron obligarle á volver á Roma á probar de nuevo fortuna con los dados.

—Recuerdo que ocurrió eso en tiempo de Claudio.

—Sí. Entonces estalló la guerra; Vanio llamó en su ayuda á los yasigos, y sus queridos sobrinos, á su vez, llamaron á los ligios. Estos, que habían oído hablar de las riquezas de Vanio, halagados por el incentivo del botín, acudieron en tal número, que el mismo Claudio temió por la seguridad de sus fronteras. Y como no quería intervenir en una guerra entre bárbaros, le escribió á Atelio Hister, que en aquel entonces mandaba las legiones del Danubio, encargándole que vigilara de cerca las operaciones militares y que no permitiera á los combatientes turbar la paz de que disfrutábamos. Hister les hizo á los ligios prometer que no traspasarían la frontera, y ellos, accediendo á tal petición, dejaron en rehenes algunas personas, entre las que se encontraban la esposa y la hija de su caudillo. Ya sabes que los bárbaros tienen la costumbre de llevar á la guerra á sus esposas é hijas; Ligia es hija de ese caudillo.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Aulio Plaucio. Los ligios no atravesaron entonces la frontera; pero esos bárbaros van y vienen con ímpetu de tempestad. Murió su rey, ellos desaparecieron, llevándose su botín de guerra, y los rehenes se quedaron en poder de Hister. La madre de Ligia murió también á poco, y no sabiendo Hister qué hacer con la hija, se la envió á Pomponio, gobernador de Germania. Este, cuando terminó la guerra con los catos, regresó á Roma, donde, como sabes muy bien, Claudio permitió que le recibieran como triunfador. En aquella ocasión, la doncella seguía al carro del conquistador; mas cuando se acabó la solemnidad, teniendo en cuenta que no se puede considerar á los rehenes como cautivos, puesto que no han sido apresados, y no sabiendo Pomponio qué hacer con la niña, se la entregó á su hermana Pomponia Grecina, esposa de Aulio Plaucio. En la casa de éste, en donde todos, empezando por los amos y acabando por las gallinas del corral, son virtuosos, la hija del ligio creció tan virtuosa como la propia Pomponia Grecina; y tan bella, que á su lado, hasta

la misma Popea parecería un higo de otoño comparado con una manzana de las Hespérides.

—¿Y qué más?

—Te repito que desde el punto en que vi que los rayos del sol se embellecían al pasar al través de su cuerpo, me enamoré de ella como un loco.

—Entonces debe de ser tan transparente como una lombriz ó como una sardina recién nacida.

—Tregua á las burlas, Petronio; y si la llaneza con que te expongo mi anhelo no te convence, te diré que á menudo, bajo atavíos brillantes, suelen ocultarse heridas profundas. Y te diré también que cuando volví de Asia, dormí una noche en el templo de Mopso, con objeto de tener un ensueño. Pues bien, en sueños se me apareció el dios y me anunció que, merced al amor, mi existencia sufriría un cambio trascendental.

—He oído decir á Plinio que no cree en los dioses, pero que cree en los ensueños proféticos; y quizá tenga razón. Mis chanzas no me impiden pensar á veces que, en realidad, hay un solo poder creador, eterno, universal: *Venus Genitrix*, que une las almas, los cuerpos y las cosas. Eros (el Amor) hizo que el mundo surgiera del caos. Si obró bien ó mal, cuestión es que no hemos de ventilar ahora; mas, como ya lo hizo, forzoso es que reconozcamos su poder... Reservándonos el derecho de bendecirlo ó de no bendecirlo.

—Observo, Petronio, que es mucho más fácil encontrar un filósofo que un consejero.

—Expresa claramente tu deseo; te lo ruego.

—Quiero que Ligia sea mía; quiero que estos brazos, que hoy sólo abrazan el aire, puedan estrecharla contra mi pecho; quiero aspirar su puro aliento. Si Ligia fuera esclava, le daría por ella á Plaucio cien doncellas con los pies blanqueados con cal, en señal de que eran vendidas por vez primera. Quiero tenerla en mi casa hasta que la cabeza se me ponga tan blanca como la cima del Sórate en el invierno.

—No es esclava, mas como pertenece á la *familia* de Plaucio y se la puede considerar como *alumna* (1), Plaucio podría cedértela si quisiera.

—Parece que no conoces á Pomponia Grecina. Además, ésta y su marido le han cobrado tanto cariño á Ligia como si fuera su propia hija.

—Conozco á Pomponia, que por su aspecto me recuerda un ciprés melancólico. Si no fuera esposa de Aulio, podría servir de plañidera alquilada. Desde la muerte de Julia, no se ha quitado el traje de luto, y parece que ya anda por el prado de los asfodelos, aunque todavía vive. Por otra parte, es *univira*, y entre nuestras damas divorciadas de cuatro y cinco maridos, tal circunstancia la hace aparecer como una especie de ave fénix. A propósito: ¿sabes que en el Alto Egipcio acaba de renacer un fénix, según dicen? Es un acontecimiento que sólo ocurre de quinientos en quinientos años.

—¡Petronio, Petronio! Dejemos el fénix para mejor ocasión.

—¡Qué quieres que te diga, Marco mío! Conozco á Aulio Plaucio, el cual, aunque no aprueba mi sistema de vida, me aprecia y quizá me respete más que otros, porque sabe que nunca he sido delator, como Domiciano Africano y como toda la canalla que rodea á «Barbas de Cobre». Sin que yo profese las doctrinas de los estoicos, más de una vez me han sublevado ciertos actos de Nerón, que Séneca y Burro hacían la vista gorda para no verlos. Si crees que puedo hacer algo en tu favor, á tu disposición estoy.

—Creo que sí puedes ayudarme. En primer lugar, tienes influencia con Aulio Plaucio, y además, tu ingenio te ofrece inagotables recursos. ¡Si tú quisieras hablarle á Plaucio!

—Confías demasiado en mi influencia y en mi ingenio; pero, si nada más que eso quieres, hablaré con Plaucio, tan pronto como él y los suyos regresen á la ciudad.

—Volvieron hace dos días.

---

(1) Doncella criada como hija.

Entonces vamos al *triclinium*, en donde nos aguarda el desayuno, y cuando hayamos reparado las fuerzas dispondré que nos lleven á casa de Aulio Plaucio.

—Siempre te he querido, porque has sido bueno para mí—exclamó arrebatadamente el joven;—pero ahora mandaré colocar tu estatua entre mis *lares*, una estatua tan bella como ésta, y haré ofrendas ante ella.

Vinicio, al decir esto, indicaba una admirable estatua de Petronio, que descollaba entre otros maravillosos mármoles y representaba á Mercurio con el caduceo en la mano. Luego exclamó:

—¡Por la luz de Helios! ¡Si el *divino* Alejandro se parecía á ti, comprendo el amor de Elena!

En esta exclamación había tanta sinceridad como lisonja; porque, si bien Petronio era de más edad que su sobrino y de formas menos atléticas, era también más hermoso. Las mujeres de Roma no admiraban solamente el agudo ingenio y el gusto refinado del *Árbitro de las elegancias*, sino su esbelto y nervudo cuerpo. Esta admiración la sentían igualmente las doncellas de Cos, que á la sazón arreglaban artísticamente los pliegues de la toga de Petronio. Una de ellas, llamada Eunice, le amaba en silencio, y le miraba con expresión de sumiso arrobamiento; mas el Árbitro no reparaba en ella, y, sonriéndose, le dijo á Vinicio la frase de Séneca referente á la mujer: *Animal impudens*, etc.

Luego apoyó familiarmente una mano en el hombro de su sobrino y le condujo al *triclinio*.

En el *unctuorium*, las doncellas griegas, las frigias y las dos etíopes, empezaron á colocar en sus sitios respectivos los vasos de perfumes; pero en aquel momento los *balneatores* asomaron la cabeza por entre las cortinas del *frigidarium*, se oyó un siseo, que debía de ser un llamamiento, y una de las griegas, las frigias y las etíopes, acudieron al punto, desapareciendo todas rápidamente detrás de la cortina. Entonces empezó en los baños la hora de licencia y de la alegría, sin que el propio inspector la refrenara, pues hasta solía á menudo tomar parte en la orgía.

A Petronio no se le ocultaban tales escenas; pero, á fuer de prudente y enemigo de castigar á sus esclavos, fingía que lo ignoraba todo.

Eunice se quedó sola en el *unctuorium*, escuchando con atención el rumor de voces y de risas que poco á poco iba alejándose en dirección del *laconium;* tomó, al cabo de pocos momentos, el taburete taraceado de ámbar y marfil en que Petronio había estado sentado, y lo colocó delante de la estatua del poeta.

Los rayos del sol, que bañaban en aquel instante el *unctuorium*, se quebraban como sobre pedrería en los jaspes de las paredes y del pavimento. Eunice se subió en el banquillo, y puesta así al nivel de la estatua de Petronio, le echó con repentino impulso los brazos al cuello, y acercando al frío mármol el sonrosado cuerpo y la rubia cabeza, besó extasiada con sus rojos labios los labios pétreos de la estatua de su dueño.

## II

Después del desayuno, que acababan de tomarlo los dos amigos precisamente á la hora en que hacía largo rato que los simples mortales habían terminado su *prandium* ó comida, Petronio que consideraba harto temprana la hora para hacer visitas, invitó á su sobrino á dormir una corta siesta.

—En verdad—dijo,—que hay ciudadanos que empiezan á visitar á sus amigos al rayar el día, creyendo rendir culto, de esta manera, á una costumbre romana; pero tal costumbre me parece bárbara. La hora más adecuada es antes de que el sol pase sobre el templo de Júpiter Capitolino. Entretanto, es agradabilísimo oir el suave murmullo de la fuente en el *atrium* y adormecerse un rato á la sombra del

rojo *velarium* (toldo) á medias extendido.

Dióle Vinicio la razón á su tío. Pasearon ambos, hablando de lo que se decía en la morada del César y de las novedades de Roma y filosofando un poco acerca de la vida. Luego, Petronio se retiró al *cubiculum* (alcoba) á descansar media hora. Cuando salió de nuevo, mandó que le trajesen verbena, se frotó con ella las sienes y las manos y aspiró con delicia el perfume de esta planta.

—No puedes figurarte—le dijo á Vinicio—cuánto reanima y refresca este olor. Ahora estoy á tu disposición.

La litera les aguardaba y en ella se acomodaron. Petronio dió orden de que les condujeran á casa de Aulio Plaucio. Este vivía en el *Vicus Patricius*, y como la *insula* del poeta estaba situada al sur del Palatino, cerca del barrio Carinas, el camino más corto para dirigirse á la morada de Aulio era pasar por bajo del *Forum;* mas como Petronio quería detenerse al paso en casa del joyero Idomeneo, dispuso que les llevaran por el *Vicus Apollinis* (barrio de Apolo) y el Foro, hacia el *Vicus Sceleratus* (barrio maldito, malvado) en cuyo extremo había numerosas *taberna* (1) de todas clases.

Negros gigantescos conducían la litera, precedidos de esclavos llamados *pedésequii*, que eran una especie de pajes ó lacayos que acompañaban á pie á sus amos.

Al cabo de algunos instantes de silencio, se llevó Petronio á la nariz la palma de la mano, que aun olía á verbena, y se quedó meditabundo.

—Se me ocurre—dijo luego—pensar que si tu diosa de los bosques no es esclava, puede abandonar la casa de Aulio Plaucio y trasladarse á la tuya. Si tal hiciera, tú la colmarías de riquezas y le prodigarías tu amor, como hago yo con Crisotemis; de quien te diré, hablando en confianza, que estoy ya casi tan harto como ella de mí.

Vinicio hizo un ademán de sorpresa.

—¿No lo crees?—preguntó Petronio, que advirtió aquel ademán. Después repuso:—Suponiendo lo peor, puedes tener la certeza de que Nerón tomaría cartas en el asunto y de que mi influencia inclinaría á nuestro «Barbas de Cobre» en tu favor.

—No conoces á Ligia—replicó Vinicio.

—Entonces, permíteme que te pregunte si has tenido con ella relaciones más íntimas que las de simple conocido. ¿Has hablado con ella? ¿Le has dicho que la amas?

—La vi por primera vez junto á la fuente, y después me he encontrado con ella en dos ocasiones. Ten presente que durante el tiempo que estuve en casa de Plaucio, habitaba yo en una *villa* (quinta) aparte, destinada á los huéspedes, y que como tenía dislocado un brazo no podía sentarme á la mesa con mis bienhechores. El día antes de mi partida, que ya la tenía anunciada, me encontré con Ligia durante la cena; pero no pude decirle una palabra, porque me vi obligado á escuchar el relato que Aulio me hizo de las victorias que alcanzó en Bretaña y de la ruina de los pequeños estados de Italia, que Linio Stolo había procurado en vano impedir. No sabe hablar de otra cosa ni hay medio de librarse de la historia consabida, á no ser que uno se resigne á oirle disertar sobre la molicie de los tiempos que corremos. Plaucio cría faisanes en sus gallineros; pero ni él ni nadie los come en su casa, porque entienden que cada faisán sacrificado apresura el fin del poder de Roma.

La segunda vez encontré á Ligia junto á la cisterna del jardín. Tenía en la mano un fresco mimbre, mojábalo en el agua y luego lo sacudía, esparciendo en derredor irisadas gotas. Mira mis piernas; ¿ves que son fuertes? Pues por el escudo de Hércules te juro que no me temblaron cuando sobre nuestros *manípulos* (compañías de soldados) caían verdaderas nubes de partos lanzando amedrentadores aullidos, y, en cambio, me temblaron jun-

(1) Tabernas, hosterías y prostíbulos.

te á la cisterna. Confundido como un muchacho que todavía lleva la *bula* (1), al cuello, imploré compasión con los ojos, ya que mis labios se negaban á pronunciar palabras.

Petronio le contempló con envidia y contento, y exclamó:

—¡Eres dichoso! Aunque el mundo y la existencia fueran peores que son, cosa bastante difícil, siempre habría una cosa perdurable, buena y bella: la juventud.

Siguióse una breve pausa, y al cabo preguntó Petronio:

—¿Hablaste, al fin, con Ligia?

—Cuando logré reponerme de mi emoción, la dije que había regresado de Asia, que me había dislocado un brazo al entrar en la ciudad y que sufría vivos dolores; pero que en el instante de abandónar tan hospitalaria casa, comprendía que el sufrimiento en ella era mejor que el placer en otro sitio, y que la enfermedad allí era preferible á la salud en otra parte.

Ligia, turbada también, oía mis palabras con la cabeza inclinada, mientras trazaba en la arena algunas líneas con el mimbre que tenía en la mano. Levantó luego los ojos, inclinándolos de nuevo para mirar las líneas que había trazado. Tornó á fijar en mí la mirada, como si quisiera interpelarme, y en seguida echó á correr, como ninfa perseguida por importuno fauno.

—Deben ser hermosos sus ojos.

—Como el mar, y como en el mar me he hundido en ellos; que son, puedes creerme, más azules que el archipiélago. Pocos instantes después vino un niño, hijo de Plaucio, á hacerme preguntas; pero yo no me encontraba en disposición de oir ni de entender sus interrogaciones.

—¡Oh, Minerva!—exclamó Petronio.—Quítale de los ojos á este muchacho la venda que le ha puesto Eros; porque corre peligro de estrellarse contra las columnas del templo de Venus. ¡Y tú, botón primaveral del árbol de la vida—añadió dirigiéndose á Vinicio,—primer retoño de la vid: en vez de llevarte á casa de Plaucio, debería yo conducirte á la de Gelocio, donde hay una escuela para jóvenes inexpertos!

—¿Qué quieres darme á entender?

—Dime primero qué dibujó Ligia en la arena. ¿Fué quizá la palabra amor, un corazón atravesado por una flecha ó algo que indujera á creer que los sátiros le han revelado á esa ninfa al oído alguno de los secretos de la vida? ¿Será posible que no hayas reparado en aquellos signos?

—Me puse la toga de hombre más tiempo ha del que á ti te parece. Antes de que el niño Aulio se acercase á mí, examiné cuidadosamente los signos en cuestión; porque no ignoro que las doncellas, en Grecia y en Roma, escriben en la arena la confesión que su boca no se atreve á pronunciar. ¿Qué apostamos á que no adivinas lo que Ligia trazó en la arena?

—Si no es lo que te he indicado, desde luego no lo adivino.

—Un pez.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes; un pez. ¿Qué quiso darme á entender con ello? ¿Qué la sangre de la pubertad corre fría por sus venas? Lo único que puedo asegurarte es que no he logrado, hasta ahora, interpretarlo; pero tú, que me has llamado botón primaveral del árbol de la vida, no dudo de que podrás traducir lo que significa ese emblema.

—¿De veras, querido? Pregúntaselo á Plinio, que entiende de peces. Si el viejo Apicio viviera todavía, quizá podría ayudarte á descifrar el enigma; pues durante su vida comió más pescado que cabe en todo el golfo de Nápoles.

Al llegar á este punto, interrumpieron el diálogo; entraban en calles muy frecuentadas, y el ruido que hacían los transeuntes dificultaba la conversación.

Por el *Vicus Apollinis* torcieron hacia el *Boarium*, entrando en seguida

(1) Anillo que los nobles romanos les ponían á sus hijos en el cuello y que éstos conservaban hasta los catorce años.

en el *Forum Romanum*, lugar en donde, cuando el tiempo era bueno, se agrupaban, antes de ponerse el sol, los ociosos, para dar y recoger noticias, ver desfilar arrellanados en sus literas á los personajes más notables y recrear los ojos contemplando las joyerías ó las librerías, y deteniéndose también ante los pórticos donde se cambiaban monedas, ante las tiendas de sedas, de bronces y de los mil artículos que llenaban los edificios situados en la parte del *Forum* que daba frente al Capitolio.

La parte del *Forum* inmediata á la roca del Capitolio estaba ya inundada de sombra, pero las columnas de los templos, que se elevaban á mayor altura, bañadas todavía por los rayos del sol, parecían de oro. Las que se levantaban á más bajo nivel proyectaban su prolongada sombra en el marmóreo pavimento. Tan poblado de columnas se hallaba aquel lugar, que la vista se perdía entre ellas, como al través de un bosque. Estas columnas se alzaban aquí como torres, descollando sobre las otras; allá se extendían hacia la derecha ó hacia la izquierda. Unas parecían encaramadas en la parte más prominente; otras, arrimadas á la muralla del Capitolio, se estrechaban entre sí, semejantes á troncos de árboles más ó menos altos, más ó menos gruesos, blancos ó dorados. En los capiteles de unas se abrían graciosamente las hojas de acanto; en los de otras, enroscábase el cuerno jónico ú ostentábase severo el rectángulo dórico; y sobre aquel marmóreo bosque, brillaban los triglifos. En los tímpanos, dioses de mármol se inclinaban, como contemplando á la multitud; y en los ápices, doradas cuádrigas aladas parecían dispuestas á emprender el vuelo á través del espacio, por la bóveda azul, que se extendía serena y apacible cobijando aquella agrupación de templos. En el centro y por los lados del Mercado, circulaba apiñada muchedumbre; unos grupos pasaban bajo los arcos de la basílica de Julio César, otros permanecían sentados en las gradas de Cástor y Pólux ó rodeaban el templo de Vesta, destacándose del fondo de mármol como enjambre multicolor de pintadas mariposas.

Por las extensas galerías laterales del templo de Júpiter Optimus Máximus llegaban sin cesar nuevas oleadas de gente; ante las *rostra* (tribunas) deteníase el pueblo á oir las arengas de los oradores; y á la vez que la florida palabra de éstos, oíanse también las voces de los vendedores de frutas, de vino ó de agua mezclada con zumo de higos. No faltaban charlatanes, adivinos, descubridores de ocultos tesoros ni embaucadores, que interpretando los ensueños, embaían al público con sus pretendidas maravillas. Por todas partes, mezclados con el rumor de las conversaciones y el de ir y venir de la gente, oíanse los sones de los sistros, instrumentos egipcios de metal, de los sacabuches y de las flautas griegas. También entre la muchedumbre pasaban enfermos, devotos y desgraciados, que llevaban ofrendas á los templos. En medio de la multitud y sobre la piedra del piso, se agrupaban bandadas de palomas, que tan pronto recogían con avidez los granos que les arrojaban, como levantaban el vuelo, con ruidoso batir de alas, semejantes á puntos movibles obscuros ó policromos, ó venían á posarse nuevamente en los claros que la muchedumbre dejaba libres en el suelo. De cuando en cuando, se abrían paso por entre la aglomeración de gente las literas, en cuyo interior iban mujeres de afectado rostro ó senadores y patricios de facciones rígidas y marchitas por la licenciosa vida. La multitud repetía en alta voz sus nombres, añadiendo á éstos algún epíteto de burla ó de alabanza. Por entre los heterogéneos grupos cruzaban de vez en cuando con mesurado paso patrullas de soldados ó guardias encargados de mantener el orden en las calles. Y por todas partes, oíase hablar el griego tanto como el latín.

Vinicio, ausente de Roma durante mucho tiempo, contemplaba con curiosidad el espectáculo que á sus ojos se ofrecía en aquel *Forum*, que á la vez

que dominaba al mundo, estaba invadido por gente extraña, que parecía reinar sobre él. Petronio adivinó los pensamientos de su sobrino y calificó acertadamente aquello de «nido de romanos, sin romanos». En realidad, el elemento local pasaba casi inadvertido entre aquella masa de hombres compuesta de todas las razas y naciones. Allí se veían etíopes, individuos procedentes del lejano Norte, que lucían sus rubios cabellos y su estatura gigantesca; britanos, galos, germanos, habitantes de Sérica, caracterizados por la oblicuidad de sus ojos; hombres del Eufrates y del Indo, con las barbas teñidas de color de ladrillo; sirios de las márgenes del Orontes, de ojos negros y mirar dulce; hijos de los desiertos de Arabia, con aspecto de momias; judíos de pecho enjuto; egipcios de sonrisa eterna é inalterable; numidios y africanos; griegos de Tesalia, los cuales, lo mismo que los romanos, eran dueños de la ciudad, porque en ella imperaban por la ciencia el arte, la sabiduría y el engaño; griegos de las islas, del Asia Menor, de Egipto, de Italia y de la Galia Narbonense. Entre la muchedumbre no faltaban esclavos de orejas agujereadas, procedentes de todos los países del mundo y traídos á Roma para engrosar la turbamulta maleante que el César divertía y mantenía.

Había sacerdotes de Serapis, que llevaban en la mano ramos de palma; de Isis, en cuyos altares se hacían más ofrenda que en el de Júpiter Capitolino; de Cibeles, con doradas espigas de arroz; sacerdotes de las divinidades nómadas; danzarinas orientales, con sus brillantes tocados; vendedores de amuletos y fascinadores de serpientes; videntes ó augures de Caldea, y, por último, vagos sin oficio ni beneficio, que no dejaban de acudir cada semana á los graneros de las orillas del Tíber en demanda de cereales, que se peleaban por adquirir billetes de lotería para el Circo, y que pasaban las noches en las miserables casucas de los barrios trastiberinos y los días de sol bajo los pórticos ó en los sucios figones del Suburra, en el puente Milvio ó á la puerta de las *insulas* de los magnates, donde les daban algunas veces las sobras de la mesa de los esclavos.

Esta heterogénea muchedumbre conocía mucho á Petronio, y Vinicio oyó decir repetidas veces: *¡Hic est!* (aquí está). El poeta era generalmente querido por su generosidad, y su popularidad había aumentado considerablemente desde que en presencia del César manifestara su opinión contraria á la sentencia de muerte dictada contra todos los esclavos del prefecto Pedanio Segundo, sin distinción de edad ni de sexo. Tal sentencia fué motivada por haber asesinado á aquel monstruo uno de sus esclavos en un acceso de desesperación.

Petronio, aunque había dicho públicamente que para él era indiferente semejante carnicería, en la intimidad le habló de ello al César, como *arbiter elegantiarum*, cuyo sentimiento estético se rebelaba indignado ante un sacrificio digno de los bárbaros, pero nunca propio de romanos. El pueblo á quien la matanza ordenada sublevaba el ánimo, amó más á Petronio desde aquel día. El Arbitro, por su parte, no buscaba ni apreciaba tales simpatías; pues recordaba que las masas populares también hicieron objeto de su afecto á Británico, envenenado por Nerón, y á Agripina, sacrificada por orden del mismo, y á Octavia, condenada á morir ahogada en vapor hirviendo en la isla Pandataria, después de haberle hecho abrir las venas; y á Rubelio Plauto, que murió en el destierro; y á Tráseas, que cada día esperaba su sentencia de muerte. Así, pues, el amor de la plebe, más que halagüeño, podía considerarse como mal presagio. Y Petronio era excéptico y supersticioso á un tiempo. Como aristócrata y como artista, miraba con desdén á aquellos hombres que trascendían á habas tostadas, por las muchas que llevaban en el pecho, y que además estaban siempre roncos y empapados en sudor á causa del juego de la *morra*, al que se entregaban con entusiasmo en las esquinas de las

calles y en los peristilos; tales gentes no merecían, á sus ojos, el calificativo de seres humanos. Por eso no contestaba á los aplausos ni á los besos que le enviaban á porfía.

Entretanto, y refiriéndole á su sobrino el caso de Pedanio, se sublevaba indignado contra la volubilidad de la plebe, que la mañana siguiente de la horrible carnicería aplaudió á Nerón, cuando éste cruzaba por las calles para dirigirse al templo de Júpiter Státor.

Al llegar frente á la librería de Avirano, mandó parar la litera, se apeó, compró un lujoso manuscrito y se lo entregó á Vinicio, diciéndole:

—Acepta este regalo.

—Gracias—contestó el joven.

Y después de leer el título, exclamó:

—¿*Satyricon*? ¡Una obra nueva!... ¿Quién es el autor?

—Yo; mas, como no quiero correr la suerte de Rufino, cuya historia he ofrecido contarte, ni la de Fabricio Veyento, nadie sabe que la obra es mía; y te ruego que me guardes el secreto.

—Dices que no escribes versos—observó Vinicio, hojeando el manuscrito hacia la mitad,—y, sin embargo, aquí veo que la prosa alterna á menudo con ellos.

—Cuando lo leas, fíjate en la fiesta de Trimalción. En cuanto á los versos, me repugnan desde que he visto que Nerón los compone. Vitelio y casi todos nuestros patricios emplean ciertos dedos de marfil que se introducen en la garganta, para poder vomitar en la mitad de los banquetes; otros se sirven de plumas de flamenco empapadas en aceite de oliva ó en un cocimiento de tomillo silvestre. A mí, para obtener el mencionado efecto, me basta con leer los versos de Nerón; y el resultado es inmediato, pues al instante me encuentro en disposición de aplaudirlos, si no con la conciencia tranquila, con el estómago limpio, por lo menos.

Al acabar de decir esto, pasaban cerca de la tienda de Idomeneo, el orífice; mandó Petronio detener la litera, y después de examinar el vaso que por encargo suyo le hacían, tornó á ocupar su sitio en el vehículo y dió orden de que les condujeran directamente á casa de Aulio Plaucio.

—Por el camino te contaré la historia de Rufino—le dijo á Marco,—para que veas á dónde puede llegar el amor propio de un autor.

Mas, antes de que empezara el relato, la litera había pasado por el Vicus Patricius y se encontraban ante la casa de Aulio.

Un *janitor* (portero) joven y fornido abrió la puerta que daba acceso al *ostium* (antecámara), y una urraca, que estaba encerrada en su jaula, les dió la bienvenida, chillando desentonadamente: ¡*Salve!* (¡Salud!)

Al llegar al *atrium* (vestíbulo) dijo Vinicio:

—¿Has observado que el portero de esta casa no lleva cadena?

—Es casa ésta muy extraña—contestó Petronio en voz baja.—Has de saber que acusan á Pomponia Grecina de entregarse á un nuevo culto oriental, que consiste en rendir homenaje á un tal Chrestos (Cristo). Parece que quien le dió ese disgusto á Pomponia fué Crispinilla, la cual no puede perdonarle que le baste un marido de por vida. ¡Mujer de un solo marido! Dar hoy día con tan extraño caso en Roma es más difícil que procurarse medio plato de setas frescas del Noricó. Pomponia fué juzgada y absuelta por un tribunal doméstico.

—Tienes razón; ésta es una casa extraña. Ya te referiré todo lo que en ella haya visto y oído.

El esclavo que estaba en el atrio, al que se daba la denominación de *atriensis*, mandó á un *nomenclator* que fuese á anunciar á los recién llegados.

Petronio, que no frecuentaba aquella casa, porque creía que en ella reinaba la más abrumadora monotonía, miraba en derredor con asombro, comprendiendo que se había equivocado en su juicio, pues el aspecto de aquel *atrium* producía la impresión más grata. Los dorados rayos de sol, que por el abierto techo penetraban, quebrábanse en mil destellos en la fuente de ta-

za cuadrangular, llamada *impluvium*, que, colocada en el centro, servía para recoger el agua pluvial que entraba por el claro, y estaba circuída de anémonas y de lirios. Esta planta debía ser la predilecta de los dueños de la casa, pues acá y allá veíanse grandes grupos de lirios blancos y rojos. También había gladiolos zafirinos, cuyas delicadas hojas aparecían cubiertas de minúsculas gotas de agua que salpicaban de la fuente. Entre azucenas y lirios, veíanse estatuillas de bronce, diseminadas con arte, que representaban niños y aves acuáticas. En un extremo, un cervatillo, de bronce también, inclinaba la cabeza en actitud de beber. El pavimento era de mosaico; las paredes, revestidas en parte de mármol rojo y en parte de madera, en la cual había pintados peces, aves y grifos, atraían la mirada con su armoniosa combinación de colores. Las puertas que daban á las habitaciones interiores ostentaban taraceas de concha y de marfil, y entre puerta y puerta, destacábanse las estatuas de los antepasados de Aulio Plaucio. En aquella morada reinaba una atmósfera de tranquilidad y de holgura tan distante del derroche como decorosa, y que acusaba las sólidas bases sobre que estaba establecida.

Petronio, aunque estaba acostumbrado á la refinada magnificencia de su *insula*, no pudo descubrir en aquel lugar nada que ofendiera su buen gusto. Iba á dirigirse á Vinicio para comunicarle esta observación, cuando un esclavo, el *velarius* (especie de ujier) descorrió la cortina que separaba el *atrium* del *tablinium* (sala) y apareció Aulio Plaucio, que se acercaba presuroso.

Era Plaucio de edad avanzada, pero conservaba fresco aún el ancho rostro, en el que se destacaba vigorosa la nariz, semejante al pico de un águila. Su cara revelaba el asombro y aun el temor que le producía la inopinada visita del compañero, amigo y consejero de Nerón.

Petronio, demasiado perspicaz y cumplido hombre de mundo para no reparar en la impresión de Aulio, se apresuró á manifestarle, con la desenvoltura y facilidad de palabra que le eran peculiares, que venía á expresarle su agradecimiento por los cuidados de que había sido objeto en aquella casa el hijo de su hermana, agregando que la gratitud era quien le impulsaba á hacer aquella visita, para lo cual también le alentaba la antigua amistad que con Plucio le unía.

Este, á su vez, le aseguró que siempre era en su casa huésped bien venido; y tocante á gratitud, díjole que él también se la debía á Petronio, aunque éste seguramente no adivinaría por qué.

En realidad, el Arbitro ni siquiera sospechaba cuál fuera la causa de la deuda de gratitud del buen patricio. En vano elevaba al cielo la mirada de sus pardos ojos, queriendo recordar cuándo había prestado el más leve servicio á Plaucio ó á cualquiera de los suyos; la memoria permanecía muda, y en punto á servicios, sólo recordaba el que en la ocasión presente intentaba prestarle á Vinicio. El mencionado por Aulio podía ser cierto; pero, si lo era, seguramente pertenecía al género de los involuntarios.

—Quiero y estimo á Vespasiano, cuya vida salvaste—dijo al fin Plaucio, sacando de dudas al poeta,—cuando tuvo la desgracia de dormirse escuchando los versos de Nerón.

—Tuvo la suerte de no oirlos—rectificó Petronio.—Pero no es menos cierto que su sueño pudo traerle fatales consecuencias, pues «Barbas de Cobre» quería á todo trance enviarle un centurión con la amistosa orden de que se abriera las venas.

—Pero tú, burlándote del asunto, le hiciste desistir de su empeño.

—Le dije á Nerón que había obtenido un éxito digno de Orfeo; pues, si éste lograba adormecer con su canto á las fieras, aquél conseguía hacer lo mismo con Vespasiano. Nuestro «Barbas de Cobre» se traga con facilidad la droga de la censura, si es ligera, por supuesto, siempre que se le suministre envuelta en una hiperbólica lisonja;

harto bien lo sabe la graciosa Augusta.

—Así están los tiempos—exclamó Aulio.—Me faltan dos incisivos que me los rompió un bretón de una pedrada; y, sin embargo, confieso que los días más felices de mi vida fueron los que pasé en Bretaña.

—Porque eras vencedor—dijo Vinicio.

Petronio, temeroso de que habiéndole dado pie para ello emprendiera el anciano la narración de su campaña, cambió de conversación.

—Se dice—dijo,—que en la comarca Prenesta han encontrado muerto un lobezno con dos cabezas, y que en los propios días, durante una tempestad ha caído un rayo en el templo de la Luna. Con este motivo, los sacerdotes aseguran que se acerca la decadencia de la ciudad, ó, cuando menos, la ruina de alguna poderosa casa, y que sólo podrá aplacarse á los dioses con sacrificios extraordinarios.

Aulio replicó que no debían desatenderse tales avisos, porque los dioses podrían encolerizarse, si la maldad colmaba la medida. Esto no tendría nada de extraño, y ante tal contingencia, era muy natural la ofrenda de sacrificios expiatorios.

—Tu casa, Plaucio—dijo Petronio,—no es muy grande; pero alberga á un grande hombre. La mía, aunque es igualmente pequeña, resulta demasiado amplia para tan insignificante dueño. Mas si esos presagios anuncian la ruina de alguna tan grande, por ejemplo, como la *domus transitoria* (el palacio de Nerón), ¿no sería oportuno que presentáramos nuestras ofrendas para evitar tamaña calamidad?

Plaucio guardó silencio, y su reserva impresionó á Petronio, el cual, aun con su falta de aptitud para distinguir el bien del mal, nunca fué delator, y por consiguiente no debía inspirar desconfianza. Ante la cautela de Aulio, se vió obligado á cambiar nuevamente de tema, y empezó á elogiar la morada de aquél y el buen gusto que en ella imperaba.

—La mía—dijo el anciano General,—es una casa vieja, en la cual no he hecho modificaciones desde que la heredé.

Y descorriendo la cortina que separaba el *atrium* del *tablinium*, quedó al descubierto la alegre casa, abierta desde un extremo al otro, con su peristilo, la sala nombrada *œcus*, en la que las mujeres solían hacer labor, y en el fondo un jardín, desde el cual llegaban hasta el *atrium* alegres rumores de risas infantiles.

—¡Oh, Plaucio!—exclamó Petronio.—Permítenos que escuchemos de cerca esas risas placenteras, tan raras en estos días.

—Con mucho gusto—contestó el General, levantándose.—Los que se ríen son Aulio, mi hijo, y Ligia, que están jugando á la pelota. Por lo que á la risa atañe, creo, Petronio, que tú debes de pasar la vida riendo.

—Sólo risa merece la vida, y por eso me río; pero la risa suena en tu casa de manera muy diferente que en otras partes.

—Petronio pasa días enteros sin reirse—dijo Vinicio,—pero en cambio hay noches que las pasa riéndose.

Hablando de esta suerte, recorrieron toda la casa y llegaron al jardín, en donde Ligia y el niño Aulio jugaban á la pelota rodeados de unos esclavos llamados *soheristæ* (pelotaris), cuya misión era recoger del suelo las pelotas y entregarlas á los jugadores.

Petronio examinó con rápida mirada á Ligia.

El niño Aulio, al ver á Vinicio, fué corriendo á saludarle, pero el joven tribuno, sin detenerse, se acercó á la hermosa doncella y la saludó con una inclinación de cabeza.

Ligia estaba en pie, con una pelota en la mano, despeinado el cabello, agitada con el ejercicio del juego y encendido el rostro.

En el triclinio del jardín, sombreado por la hiedra, la vid y la madreselva, hallábase Pomponia Grecina, y se acercaron á saludarla. Petronio conocía á Pomponia por haberla visto en casa de Antistia, hija de Rubelio Plauto, en

la de Séneca y en la de Polión; al encontrarse en su presencia, no fué dueño de dominar la admiración que le producía la noble faz de la dama, su aire pensativo y apacible, y la dignidad que se observaba en su continente y en sus palabras. Pomponia, con su aspecto, obligaba á modificar hasta tal punto el concepto que Petronio tenía de la mujer, que este hombre corrompido á más no poder y cuya desenvoltura superaba á la de todos los romanos, sentíase ante aquélla inclinado á estimarla, y hasta perdia algo del dominio que sobre sí mismo tenía y que era su cualidad más saliente. Al saludarla y darle las gracias por las atenciones que le había prodigado á Vinicio, se le escapó, casi involuntariamente un *domina* (señora), cosa que seguramente no le habría ocurrido hablando, por ejemplo, con Calvia Crispinilla, con Valeria, con Solina ó con otras de no menos elevada alcurnia. Lamentóse luego cortésmente de lo poco que Pomponia se dejaba ver en el Circo ni en el anfiteatro.

A esto replicó Pomponia, con dulce acento y apoyando una mano en la de su esposo:

—Nos vamos haciendo viejos, y á ambos nos gusta más cada día la paz del hogar.

Quiso argüir Petronio; pero Aulio Plaucio agregó con triste acento:

—Cada día nos consideramos como más extranjeros en este pueblo, que hasta designa á las divinidades romanas con nombres griegos.

—Hace algún tiempo que los dioses se han convertido en simples figuras retóricas—replicó Petronio,—y como hemos sido educados por retóricos griegos, se nos hace más fácil decir Hera, que Juno.

Al expresarse así, miró á Pomponia, como para darle á entender que en su presencia no podía él acordarse de otra divinidad. En seguida, tornando á lo que ella dijera aludiendo á la vejez, repuso:

—Es verdad que envejecemos pronto; pero hay personas, cuya vida es tan diferente de la de los demás, que sus semblantes atestiguan el olvido en que las tiene Saturno.

Dijo Petronio estas palabras con sinceridad y en honor de la *domina*, porque Pomponia Grecina, si bien era ya de edad madura, conservaba una frescura poco común, y como tenía pequeña la cabeza y las facciones menudas y correctas, parecía, á pesar del traje de luto y de su aire solemne y triste, que aun estaba en plena juventud.

El niño Aulio, que se había hecho grande amigo de Vinicio, durante la estancia de éste en la casa, se acercó al joven, invitándole á jugar á la pelota. Ligia entró en el triclinio detrás del niño. Bajo la verde cortina de hiedra, por la que la luz se filtraba, bañando con suave claridad la cabeza de la doncella, ésta le pareció á Petronio aún más hermosa de lo que era, con serlo mucho; más que ser mortal, parecióle una ninfa.

Como hasta entonces no le había hablado, se levantó, inclinóse ante ella, y en vez de dirigirle las expresiones usuales en tales casos, pronunció las siguientes palabras, con las que Ulises saluda á Nausicaa:

—«Dime, oh reina, si eres diosa ó mortal. Si mortal, habitante de la Tierra, feliz tres veces el ilustre padre que te dió el ser; feliz tu madre augusta; felices tus hermanos».

Grata fué, hasta para la misma Pomponia, la exquisita cortesanía del poeta y hombre de mundo. Ligia le escuchó ruborosa, sin atreverse á levantar los ojos; pero pronto se dibujó en sus labios de coral una sonrisa leve y su rostro expresó la lucha entre la natural timidez de la doncella y el deseo de contestar. Este triunfó al cabo, y dirigiendo una rápida mirada á Petronio, contestó la niña con las propias palabras de Nausicaa, pronunciándolas de un tirón, sin tomar aliento, casi como quien recita una lección aprendida de memoria:

—Extrajero, no pareces de raza vil ni necio.

Y al acabar de decirlas, echó á correr, como tímida gacela fugitiva.

Petronio se quedó sorprendido de oir versos de Homero en boca de la doncella, cuyo origen bárbaro le había revelado Vinicio. Dirigió á Pomponia una mirada que equivalía á una interrogación; pero la dama no pudo contestarle, miraba sonriente á su esposo, cuyo rostro expresaba la satisfacción más completa. Aulio estaba radiante, pues amaba á Ligia con amor de padre, y por otra parte, aunque á fuer de romano tronaba contra el griego y renegaba de la generalización de esta lengua, parecíale que llegar á poseerla era elevarse al pináculo de la cultura social. Verdad es que él no había conseguido aprender este idioma con perfección; pero quizá esto mismo le mortificaba. Por eso le complacía mucho más el que Ligia hubiera contestado en la lengua y con los versos de Homero á aquel hombre de tan exquisita cultura y de modales tan finos; el cual acaso había estado á punto de creer que el hogar de Plaucio era una casa de bárbaros.

Muy satisfecho el General, explicó los conocimientos literarios de Ligia, diciéndole á Petronio:

—Tenemos un pedagogo griego que enseña á nuestro hijo, y la niña asiste á las lecciones. Es una pajarita de las nieves, que ha conseguido cautivar nuestro cariño.

Petronio miraba al través de las madreselvas á Ligia, á Vinicio y al niño, que jugaban en el jardín.

Vinicio que se había despojado de la toga conservando la túnica, tiraba en aquel momento la pelota; Ligia, en pie frente á él, levantaba los brazos para recibirla.

A primera vista no le había producido Ligia á Petronio honda impresión; le pareció demasiado delgada. Mas, cuando tuvo ocasión de contemplarla de cerca en el triclinio, no pudo menos de confesarse que, por su belleza, podía comparársela con la Aurora. Como inteligente en la materia, reconoció que aquella criatura no era una muchacha vulgar. La contemplaba, examinándola minuciosamente é iba apreciando sus perfecciones: sus labios frescos y coralinos inspiraban el deseo de besarlos; eran sus ojos azules como el cielo, blanca la frente y riquísima la obscura cabellera, que al mover la cabeza producía brillantes reflejos de ámbar ó de bronce corintio. Su delicado cuello, la admirable curva de los hombros, el talle esbelto, juvenil, con toda la frescura de mayo florido y el perfume de las flores recién abiertas, ofrecían el más armónico y acabado conjunto de belleza.

El Arbitro, que examinaba con ojos de artista tan notables cualidades, y al mismo tiempo como adorador de la belleza, díjose á sí mismo que al pie de la estatua de aquella virgen, podría escribir el afortunado escultor que la inmortalizara la palabra *Primavera*. El recuerdo de Crisotemis acudió entonces á su memoria; vióla con el cabello cubierto de polvo de oro y con las cejas teñidas, como era costumbre de ella, semejante á un rosal de hojas marchitas que se van cayendo una á una, y prorrumpió en sonora carcajada. Y sin embargo, todavía continuaba Roma envidiándole á Crisotemis. Recordó también á Popea, y á su mente se presentó esta celebérrima dama como una máscara de cera, como una mujer sin alma. Aquella niña de delicados rasgos, no solamente le parecía la encarnación de la primavera, sino que al través de su cuerpo de rosas, creía ver los destellos de un alma radiante, como se percibe la luz al través del cristal de una lámpara.

—Vinicio tiene razón—pensaba Petronio. — Mi Crisotemis es vieja, tan vieja como Troya.

Y dirigiéndose á Pomponia Grecina é indicando el jardín, repuso:

—Ahora comprendo, *domina*, por qué teniendo cerca á Ligia y á Aulio, prefieres el retiro de esta casa á las fiestas del Circo y del Palatino.

El anciano General empezó á contar la historia de Ligia y lo que años hacía le refiriera Atelio Hister acerca del

pueblo ligio, que vivía en el brumoso Norte.

Entretanto, los tres jugadores de pelota habían terminado la partida y se paseaban por el jardín; sus figuras, destacándose sobre el obscuro fondo de mirtos y cipreses y vistas á aquella distancia, parecían tres blancas estatuas. Ligia llevaba de la mano al niño Aulio.

Después de pasearse un rato, se sentaron al lado del estanque de los peces, que estaba emplazado en el centro del jardín. Aulio llegó saltando y se puso á espantar los peces. Vinicio continuó la conversación empezada con Ligia durante el paseo.

—Sí—decía con voz que la emoción hacía insegura,—apenas salí de la adolescencia, cuando me enviaron á las legiones de Asia. En aquella época todavía no conocía yo la ciudad ni la vida ni el amor. Sé de memoria algo de Anacreonte y de Horacio; pero no podría, como hace Petronio, recitar versos cuando la razón, embargada por la admiración, es incapaz de encontrar palabras apropiadas para expresar lo que se siente. De niño asistía á la escuela de Musonio, el cual nos explicaba que la felicidad consiste en querer lo que quieren los dioses; y que, por consiguiente, nuestra voluntad puede lograrla. Creo, sin embargo, que existe algo más, algo de mayor aprecio y que no está subordinado á nuestra voluntad; algo que sólo el amor puede darnos. Hasta los propios dioses buscan esa felicidad; natural es, pues, que yo les imite, Ligia, y que busque la felicidad verdadera.

Guardó silencio Vinicio, y por breves instantes sólo se oyó el ruido que el niño producía arrojando piedrecitas para asustar á los peces.

Tras corta pausa, Vinicio repuso en voz baja:

—Tú conoces á Tito, el hijo de Vespasiano, ¿verdad? Pues dicen que, púber apenas, se enamoró tan acendradamente de Berenice, que faltó poco para que el tal amor le costara la vida. Lo mismo amaría yo, Ligia; riqueza, gloria, poder, sólo son humo y vanidad. Cualquier hombre, por rico que sea, encontrará siempre otro más rico que él; como toda gloria puede ser eclipsada por otra gloria más refulgente; lo mismo que un ser poderoso sucumbirá necesariamente, vencido por otro que sea más poderoso que él; pero el mismo César no logrará dicha mayor que otro mortal cualquiera en el instante en que siente sobre su pecho el palpitar de un corazón amado, en que besa unos labios que adora. El amor nos hace iguales á los dioses, Ligia.

Esta le escuchaba turbada, con asombro, y al mismo tiempo las palabras de Vinicio resonaban en su oído como las notas de una flauta griega. Le parecía que el joven estaba entonando una especie de canto maravilloso, que, penetrando por sus oídos, le agitaba la sangre y llegaba hasta el corazón; que de su espíritu se apoderaba cierto temor; que experimentaba desmayo, y á la vez, una delectación nunca hasta entonces sentida. Parecíale también que Vinicio le decía algo presentido, algo que ya vivía dentro de su ser, algo de que ella no había podido darse cuenta antes. Comprendía que despertaba en su alma lo que ya existía, aunque latente y adormecido, y una impresión semejante á la vaguedad de un ensueño, allá en lo íntimo de su corazón, aumentaba de intensidad y adquiría formas más y más definidas, más halagadoras, más hermosas.

El sol, entretanto, brillando aún sobre el Tíber, descendía lentamente tras la colina del Janículo; su luz dorada coronaba con ráfagas de fuego los inmóviles conos de los cipreses y daba al espacio rojizas gradaciones.

Ligia alzó los azules ojos, clavándolos en Vinicio, como si en aquel instante despertara de un sueño. El joven se inclinó hacia ella, y al mirarla con expresión suplicante, parecióle á la doncella, visto á los reflejos de la tarde, el más hermoso de los hombres; más hermoso que todos los dioses griegos y romanos, cuyas estatuas había visto en las fachadas de los templos.

Vinicio le oprimió ligeramente con los dedos el brazo, más arriba de la muñeca, y le dijo:

—Ligia, ¿no adivinas por qué te hablo así?

—No—contestó ella con voz tan débil, que apenas logró el tribuno oirla.

Pero éste no prestó fe á la negativa; asió á la doncella de una mano, y atrayéndola dulcemente iba á apoyarla sobre su corazón, que latía con palpitaciones semejantes á martillazos, y quizá á lanzar un torrente de ardientes palabras, cuando apareció Plaucio y, acercándose á los jóvenes, les dijo:

—El sol se pone y conviene preservarse del fresco de la tarde; no es prudente chancearse con Libitina (Proserpina).

—Aunque estoy sin la toga—contesté Vinicio,—no siento frío alguno.

—Mirad—repuso Aulio,—apenas se ve ahora la mitad del disco del sol detrás de la colina. Esto me recuerda el templado clima de Sicilia, en donde la gente se reune al ponerse el sol en la plaza y despide al agonizante Febo cantando un coro.

Y olvidándose de que pocos momentos antes había dado la voz de alerta contra las asechanzas de Proserpina ó Libitina, disertó largamente acerca de Sicilia, en donde poseía vastas propiedades, hacienda á la que tenía mucho apego. Luego le dijo á Vinicio que había pensado varias veces en trasladarse á aquella isla á aguardar tranquilamente en ella el fin de sus días, y terminó diciendo:

—Sí; cuando la nieve de los años nos ha blanqueado la cabeza, el espectáculo que Roma ofrece no tiene ya para nosotros encantos. Los árboles conservan todavía sus hojas y el límpido cielo parece que sonríe amoroso á la ciudad; mas, cuando empiecen los pámpanos á ponerse amarillos, la nieve envuelva en blanco sudario las cimas de los montes Albanos y los dioses envíen á la Campania un vientecillo penetrante, ¿quién dice que no será preferible trasladar mi casa y mi familia á nuestra apacible residencia de campo?

—¿Te decidirías á salir de Roma?—preguntó Vinicio con inquietud.

—Mucho tiempo ha que lo deseo, porque en Sicilia está uno más tranquilo y más seguro—respondió el General.

Y empezó de nuevo á elogiar sus jardines, sus ganados, su casa oculta entre verdes árboles y rodeada de colinas, en las que el tomillo esparcía su perfeme y zumbadoras abejas fabricaban rica miel.

Pero Vinicio no escuchaba tanta poesía bucólica; sólo pensaba en que podría perder de vista á Ligia, y en dirigirle á Petronio miradas suplicantes en demanda de una idea salvadora.

El Arbitro, entretanto, sentado cerca de Pomponia, se extasiaba contemplando alternativamente el hermoso espectáculo de la puesta del sol, el jardín y las personas que estaban junto al estanque de los peces, cuyas blancas vestiduras resaltaban sobre el obscuro fondo de los mirtos, iluminadas por los últimos rayos solares. En el firmamento, las postreras luces de la tarde tenían reflejos purpurinos y azulados, con cambiantes opalinos, y en el fondo aparecía también una ancha faja de color de lirio. Las sombras de los cipreses se iban alargando, y las aves, las personas y las cosas, el jardín entero, en una palabra, parecía que disfrutaban por un instante de la dulce calma vespertina.

Esta calma le produjo impresión á Petronio, singularmente por lo que tocaba á las personas. En la cara de Pomponia, del anciano Aulio, de su hijo y de Ligia, reflejábase algo que él no estaba acostumbrado á ver en las de las personas que generalmente le rodeaban; las que observaba ahora aparecían iluminadas por cierta luz, revelaban un reposo, una serenidad, que parecían brotar de lo íntimo, como producto de la vida que aquellos seres llevaban. Petronio pensó, no sin asombro, que podían existir una belleza y una dulzura, que él no había logrado conocer todavía, á pesar de que su vida transcurría acechando la dulzura y

la belleza. Con tal violencia sintió este pensamiento, que, impulsado por el deseo de exteriorizarlo, le dijo á Pomponia :

—Contemplándoos, considero desde lo íntimo de mi alma la gran diferencia que hay entre el mundo en que vivís y el mundo que gobierna Nerón.

La dama levantó la cabeza y replicó sencillamente, al mismo tiempo que la luz vespertina iluminaba su delicado semblante :

—No es Nerón, sino Dios, quien gobierna el mundo.

Profundo silencio siguió á estas palabras. Cerca del triclinio resonaron luego los pasos del General, de Vinicio, de Ligia y del niño Aulio, que se acercaban ; mas, antes de que llegaran, preguntóle Petronio á Pomponia :

—Según eso, ¿no crees en los dioses?

—Creo en un Dios único, justo y todopoderoso—contestó la esposa de Aulio Plaucio.

## III

—Cree en *un Dios, único, justo* y *todopoderoso* — repitió Petronio, cuando se encontró de nuevo solo con Vinicio en la litera. Entonces, ese Dios que dispone de la vida y de la muerte, realizó un acto de justicia enviando la muerte á Julia. ¿Por qué, pues, lleva Pomponia luto por su hija? Llorando á Julia, protesta contra los *justos* actos de su Dios. Tengo que exponerle este razonamiento á nuestro «Barbas de Cobre», para que vea que en punto á dialéctica puedo hombrearme con Sócrates. En cuanto á las mujeres, es cosa sabida que cada una tiene tres ó cuatro almas ; pero que todas carecen de raciocinio. Que busque y defina Pomponia, con Séneca y Cornuto, á su gran Logos ó que evoque las sombras de Parménides y Platón, que de fijo estarán aburriéndose en los quiméricos valles de Cimeria, nada tiene de particular ; pero que yo no les haya hablado á Pomponia y á Plaucio de lo que quería, esto sí que es extraño. ¿No lo crees así? ¡Por el sagrado vientre de Isis, la egipcia, te aseguro que si á Aulio y á su mujer les hubiera declarado nuestros propósitos, su virtud se habría alarmado! ¡Nada, que no me atreví á decírselo! ¡Parece mentira! ¡No me atreví! Los pavos reales tienen hermoso plumaje ; pero no hay oídos que aguanten sus graznidos. Tuve miedo de una explosión. En cambio, puedo elogiar sin reservas la elección que has hecho. Ligia es una verdadera «aurora de rosados dedos». ¿Sabes qué idea trajo á mi mente? ¡La de una primavera! Mas no la de una primavera italiana, durante la cual el manzano apenas da flores y los olivares se ponen cenicientos ; sino la de la primavera de Helvecia, fresca, verde y brillante.

Te juro por esa pálida luna, que tu anhelo no me sorprende ahora. Mas ten presente que te has enamorado de Diana ; porque Aulio y su mujer son capaces de hacerte pedazos, como le ocurrió antaño á Acteón con sus propios perros.

Vinicio guardó silencio, inclinó la cabeza, y luego exclamó con vehemencia :

—Si antes la quería, la quiero hoy mucho más. Cuando le toqué la mano, sentí que me abrasaba el alma un fuego desconocido. Es menester que sea mía. Si yo fuera Júpiter, la envolvería en una nube, como ese dios hizo con Io ; ó como hizo con Danae, caería sobre ella convertido en lluvia. ¡Quisiera besar sus labios hasta que tanto besar me causara dolores ; hacerla gemir oprimiéndola entre mis brazos ; matar á Plaucio y á Pomponia, arrancar á Ligia de su hogar y aprisionarla junto á mi pecho! Como esta noche no podré dormir, voy á dar orden de que azoten á uno de mis esclavos, para distraerme oyendo sus alaridos...

—Cálmate—dijo Petronio.—No debes manifestar tus ansias como lo haría cualquier carpintero del Suburra.

—Di lo que te plazca ; me es indiferente. Quiero á Ligia ; quiero que sea

mía. Acudí á ti en busca de ayuda; pero si no me la prestas, me pasaré sin ella. Ya que Aulio considera á Ligia como hija suya, yo no puedo considerarla como esclava; y si no hay otro medio de poseerla, que venga á exornar la puerta de mi casa, que la unte con grasa de lobo y que cuide luego, como esposa mía, el sagrado fuego del hogar.

—¡Cálmate, insensato, y no olvides que eres descendiente de cónsules! No traemos á los bárbaros atados detrás de nuestros carros triunfales para convertir á sus hijas en esposas nuestras. No incurras en exageraciones; agota los medios naturales y decorosos, y meditemos serenamente para resolver el caso. En otro tiempo, me parecía Crisotemis hija del propio Júpiter; y sin embargo, no me casé con ella; Nerón tampoco se casó con Actea, aunque la llamaban hija del rey Atalo. ¡Cálmate! Reflexiona que, si Ligia quiere abandonar á Plaucio por tu amor, Plaucio no tendrá derecho á detenerla. No eres tú solo el que se abrasa de amor: Eros ha encendido también la amorosa llama en el pecho de la joven. Tenlo por cierto, porque he visto el resplandor del incendio. Aguarda; nunca faltan medios de llevar adelante las cosas. Pero hoy he pensado demasiado en ella, y esto me fastidia. En cambio, te prometo que mañana pensaré en tu amor, y á menos que Petronio deje de ser Petronio, daré con el medio de satisfacerte.

Calló el Arbitro y ambos guardaron silencio. Vinicio lo rompió, al fin, diciendo:

—Te doy las gracias. Que la Fortuna sea benévola contigo.

—Ten paciencia.

—¿A dónde has dicho que nos conduzcan?

—A casa de Crisotemis.

—¡Feliz tú, que eres dueño de la que amas!

—¡Yo! ¿Sabes qué es lo que me divierte más de Crisotemis? Pues que me engaña con uno de mis libertos, con el flautista Teocles, y cree que yo no he parado mientes en sus manejos. En otro tiempo la amé, pero en la actualidad, me divierte con sus embustes y su estulticia. Ven conmigo á verla; y si se pone á coquetear y á escribir en la mesa con el dedo empapado en vino, ten por seguro que no me inspirareis celos.

Al apearse de la litera, apoyó Petronio una mano en el hombro de su sobrino y le dijo:

—Me parece que he dado con un plan.

—Si es así, pediré á los dioses que te otorguen por ello su galardón.

—Y por cierto que el plan me parece inmejorable. Oye una cosa, Marco.

—Te escucho, sabio varón.

—Dentro de pocos días, la divina Ligia compartirá contigo, en tu hogar, el grano de Deméter.

—¡Eres más grande que César!—exclamó el joven, entusiasmado.

## IV

Petronio cumplió la palabra dada.

Al día siguiente de su visita á Crisotemis, se hizo conducir al Palatino, al anochecer, y celebró una secreta entrevista con Nerón. El resultado de esta conferencia fué que tres días después se presentara en casa de Plaucio un pelotón de soldados pretorianos mandados por un centurión.

En aquella época de incertidumbre y de terror, mensajeros de tal índole solían ser heraldos de la muerte.

Cuando el vigilante del atrio anunció la inesperada visita, toda la familia rodeó al jefe de ella, pues abrigaban el convencimiento de que Plaucio era la persona á quien iban á buscar los soldados. Abrazada á él, Pomponia, estrechábalo contra su pecho, balbuceando ahogadas frases. Ligia, pálida como la cera, le besaba las manos, y el niño Aulio asía la toga de su padre, como si quisiera retenerle. En las puertas y corredores, esclavos, sirvientes y acompañantes, clamaban: *¡Me miserum, me miserum!* y unas mujeres se

cubrían la cabeza, otras se arañaban el rostro, y todas prorrumpían en llanto. Sólo Plaucio, el anciano guerrero, acostumbrado á mirar á la muerte cara á cara, permanecía sereno, tranquilo, y su rostro de águila manteníase impenetrable, como si fuera de dura piedra. Acalló á los que se lamentaban, mandó que se alejara la servidumbre, y cuando el silencio se restableció, dijo:

—Déjame, Pomponia; si ha llegado mi última hora, aun nos quedará tiempo para despedirnos.

Y apartó suavemente á su esposa.

—¡Quiera Dios—exclamó ésta—que yo pueda seguir tu suerte!

Y postrándose de hinojos, se puso á orar con el fervor que sólo el peligro inminente que amenaza á los que amamos puede infundir.

Aulio se dirigió al *atrium*, donde le aguardaba el centurión. Este era Cayo Asta, antiguo subordinado del General en las guerras de Bretaña, el cual le dijo:

—Salud, General. Te traigo una orden y un saludo del César; he aquí las tablas y el sello que demuestran que vengo en su nombre.

—Mucho agradezco al César su saludo, y estoy pronto á cumplir sus órdenes—contestó Aulio.—Bien venido seas, Asta. Comunícame la orden de que eres portador.

—Escucha, Aulio Plaucio: el César ha sabido que en tu casa vive una hija del rey de los ligios, la cual fué entregada en rehenes, en vida del divino Claudio, como prenda de que los súbditos de aquel rey nunca violarían las fronteras del Imperio. El divino Nerón te agradece, General, la hospitalidad que le has dado á esa joven durante tan largo tiempo; pero, queriendo aliviarte de la carga y considerando, además, que la doncella, estando en rehenes, debe estar bajo la protección y custodia del César y del Senado, te manda que me la entregues al punto.

Era el veterano General mucho soldado y harto sufrido para dar rienda suelta á su dolor y desahogarse con palabrerías ni vanas quejas, protestando de la orden; pero no fué dueño de impedir un fruncimiento de ceño. Aquel ceño había hecho temblar más de una vez á los legionarios, y Asta lo conocía demasiado para que no le infundiera vago temor; pero á Aulio le era forzoso someterse á la orden del César. Quedóse breves instantes con la mirada fija en las tablas y en el sello cesáreo, levantó luego los ojos, y clavándolos en el veterano centurión, le dijo con voz tranquila y firme:

—Aguarda en el *atrium*, que pronto te será entregada esa persona.

Y se dirigió al vestíbulo, que estaba en el otro extremo de la casa, en donde, llenos de zozobra y de temor, le aguardaban Pomponia, Ligia y el niño Aulio.

—Nadie está amenazado de muerte ni de ser desterrado á lejanas islas—les dijo.—Sin embargo, el mensajero del César es heraldo del infortunio. Se trata de ti, Ligia.

—¡De Ligia!—exclamó con asombro Pomponia.

—Sí—contestó su marido.

Y volviéndose hacia la joven, agregó:

—Ligia: has sido educada en esta casa como hija, y como á tal te amamos Pomponia y yo; pero ya sabes que no eres hija nuestra. Fuiste entregada por tu pueblo á Roma en rehenes, y al César le corresponde custodiarte. El César te reclama hoy y te arranca de nuestra casa.

El General pronunció estas palabras con reposado acento; pero con insólita y extraña inflexión de voz. Ligia le escuchaba parpadeando, como si no comprendiera de qué se trataba. Pomponia se puso muy pálida. En las puertas que daban paso desde el corredor al vestíbulo aparecieron nuevamente los esclavos con el terror retratado en el semblante.

—Cúmplase la voluntad del César—dija Plaucio.

—¡Aulio!—exclamó Pomponia, á la vez que rodeaba con sus brazos á la doncella, como para protegerla contra

algún peligro.—¡Más le valdría morir!

Ligia se abrazó estrechamente á Pomponia, como buscando amparo en su seno, y exclamó sollozando:

—¡Madre, madre!

El rostro de Aulio se contrajo de nuevo á impulso de la ira y del dolor.

—Si yo estuviera solo en el mundo —murmuró con acento opaco,—no la entregaría viva, y mis deudos podrían, tal día como hoy, presentar sus ofrendas á *Júpiter Liberátor*; mas no tengo derecho de llevar al martirio á mi mujer y á mi hijo, el cual, viviendo, puede llegar á conocer mejores tiempos. Hoy mismo veré al César y le suplicaré que revoque la orden; aunque ignoro si me escuchará siquiera. Entretanto, salud, Ligia, y no olvides que Pomponia y yo bendecimos la hora en que viniste á ocupar un sitio en esta casa.

Al pronunciar estas palabras, colocó la diestra sobre la cabeza de la joven, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para conservar su habitual calma; mas cuando Ligia clavó en él sus hermosos ojos empañados por las lágrimas y le besó la mano con ternura, murmuró el anciano con voz ahogada:

—¡Adiós, alegría y luz de nuestros ojos!

Y temeroso de verse dominado por la emoción, que habría sido debilidad indigna de un romano, alejóse presuroso hacia el *atrium*.

Pomponia entonces condujo á Ligia al *cubiculum* y procuró darle ánimo, consolándola y alentándola con palabras que resonaban de modo extraño en aquella casa, en donde todavía se conservaba el *lararium*, en el cual Plaucio veneraba á los dioses lares, haciendo sus ofrendas con arreglo al ritual de sus mayores, pues la *nueva luz* aún no había penetrado en su alma.

—Ha llegado el momento—decíale Pomponia á Ligia.—En otra época, Virginio hirió á su propia hija para evitar que cayera en manos de Apio; y antes que ella, Lucrecia se libró de la vergüenza á costa de la vida.

La casa del César—agregó,—es antro de infamia, depravación y crimen; pero tú y yo, Ligia mía, sabemos que carecemos del derecho de atentar á nuestra propia vida. Así lo prescribe la ley que nos gobierna; ley grandiosa y santa, pues nos autoriza para defendernos del pecado y de la vergüenza, aun cuando tengamos que pagar la defensa con la vida y el martirio. La que sale pura de la morada de corrupción, gana con ello mayores méritos. Esa morada de corrupción es la Tierra; mas afortunadamente la vida sólo puede compararse con un parpadeo fugaz. La resurrección comienza en la tumba, y más allá de ésta no impera Nerón, sino la misericordia. Allí no hay dolores, sino delicias, no hay lágrimas, sino goces.

Habló luego Pomponia de sí misma, diciendo que estaba tranquila, pero que tenía en el corazón dolorosas heridas; por ejemplo: Aulio, que era para ella lo que una catarata en un ojo, porque la fuente de la luz no había inundado todavía el alma de su esposo. Por esta causa no le era lícito á ella inculcar en el corazón de su hijo los principios de la verdad. Por eso al considerar que las cosas podían continuar del mismo modo hasta el fin de sus días y que para ambos cónyuges podía sonar entonces la hora de la eterna separación espiritual, cien veces más dolorosa y terrible que la temporal, le parecía imposible disfrutar sin los seres más queridos de la felicidad futura, ni aun en el Cielo. Pensando en esto había llorado ya muchas noches; muchas noches, que las había pasado en oración, pidiendo gracia y misericordia. Pomponia le ofrecía sus dolores á Dios, y en El esperaba y confiaba; y ahora, al recibir el nuevo y fiero golpe que le asestaba la orden del tirano, privándola de la niña querida, de aquella á quien Plaucio llamaba luz de sus ojos, confiaba aún, creyendo firmemente en un poder superior al de Nerón y en una misericordia infinitamente más grande que la cólera de éste.

Y al expresar de esta manera sus

sentimientos, abrazaba tiernamente á la joven.

Esta se arrodilló, y ocultando el rostro entre los pliegues del peplo de Pomponia, guardó profundo silencio. Luego se puso en pie. En su faz advertíase ya cierta serenidad.

—Me apesadumbro por ti, madre—dijo,—por mi padre y por mi hermano; pero sé que sería inútil la resistencia, que sólo conduciría á la ruina y destrucción de todos nosotros. Mas te prometo que en la casa del César tendré siempre presentes tus palabras.

Abrazó de nuevo á Pomponia, y ambas salieron al vestíbulo. Ligia se despidió del niño Aulio, del anciano griego, maestro de los dos, de la camarera que había sido su aya y de todos los esclavos.

Uno de éstos, ligio, fornido y atlético, á quien en la casa daban el sobrenombre de Urso (oso), y que en unión de otros sirvientes había acompañado á Ligia y á su madre al campamento de los romanos, se arrodilló á los pies de la doncella, é inclinándose casi hasta besar los de Pomponia, dijo:

—*Domina*, permíteme que siga á mi señora, la sirva y vele por ella en la casa del César.

—No eres esclavo nuestro, sino de Ligia—replicó Pomponia,—y además, no creo que te consientan traspasar los umbrales de la morada cesárea; pero, aunque te lo permitieran, ¿cómo podrías velar por ella?

—Lo ignoro, *domina*; sólo puedo decirte que las barras de hierro se quiebran entre mis manos como si fueran de madera frágil.

Aulio, que entraba en aquel momento, al enterarse de la pretensión de Urso, la encontró muy puesta en razón, y manifestó que nadie tenía derecho á oponerse á que la realizara. Ligia salía de su casa reclamada por el César, y era, más que natural, un deber enviarla acompañada de su séquito; el cual quedaría, como ella, bajo la protección de Nerón.

Y en voz baja le dijo á Pomponia que agregara al séquito el número de esclavos que creyera oportuno, pues el centurión no podía negarse á recibirlos.

La idea fué del agrado de Ligia, y sobre todo, de Pomponia, que experimentó algún alivio con saber que podían acompañar á la joven personas elegidas por ella. Dispuso, pues, que fueran con aquélla, además de Urso, una esclava que había cuidado á Ligia desde su niñez, dos bañeras germanas y dos doncellas frigias, hábiles peinadoras. Los elegidos eran todos adictos á la nueva fe, pues hasta el propio Urso la profesaba desde hacía largo tiempo. Pomponía sabía que podía confiar en la fidelidad de estos sirvientes, y á la vez la animaba el pensar que sembrarían en la misma casa del César la semilla de la verdad. Escribió, además, una breve epístola á Actea, liberta de Nerón, para recomendarle á Ligia. Actea profesaba la nueva doctrina, ayudaba á sus correligionarios y era el espíritu del bien. Verdad es que Pomponia no la había visto nunca en las reuniones de adeptos de la nueva doctrina; pero por éstos sabía que Actea no les había negado nunca un servicio, que leía con interés las epístolas de Pablo de Tarso (San Pablo), que era de carácter dulce y triste, que en nada se parecía á las demás mujeres que habitaban en el Palatino, y que era, en suma, la encarnación de la bondad.

Asta ofreció entregarle á Actea la carta en propia mano, y considerando que era muy natural que la hija de un rey llevara consigo servidores propios, no opuso la menor dificultad para que los de Ligia fueran á Palacio, extrañando únicamente lo reducido del séquito. En cambio, rogó que se dieran prisa á salir, por temor de que pudiera tachársele de falta de actividad en el cumplimiento de las órdenes recibidas.

Llegó el momento de la separación. A Ligia y á Pomponia se les arrasaron los ojos de lágrimas, y Aulio tuvo que calmar á su hijo, que lloraba desesperadamente. Después mandó que le prepararan la litera, y encerrándose con Pomponia en la *pinacotheca* (galería de pinturas), le dijo:

—Escúchame, Pomponia; voy á ver al César, aunque considero inútil la visita. Quiero ver también á Séneca; por más que Nerón ya no le hace caso, pues en la actualidad tienen más influencia que él Sofonio, Tigelino, Petronio y hasta Vatinio. Creo probable que el César ni siquiera haya oído hablar del pueblo ligio, y me parece que debe de haber reclamado á Ligia inducido por alguien; quién sea este alguien, fácil es adivinarlo.

Pomponia le miró con curiosidad, y preguntó:

—¿Petronio?

—El mismo.

Siguióse una breve pausa, y luego prosiguió diciendo el General:

—He aquí las consecuencias de permitir que penetren en nuestro hogar histriones sin conciencia y sin honor. ¡Maldita sea la hora en que Vinicio traspasó estos umbrales, puesto que por él ha venido Petronio! ¡Pobre Ligia! Para mí es evidente que esos hombres pretenden convertirla en concubina de alguno de ellos.

El General hablaba con voz vibrante, á impulsos de la cólera y del pesar que le causaba la pérdida de su hija adoptiva. Sorda lucha agitaba su espíritu; una lucha tremenda, cuya violencia se revelaba en lo contraído del rostro y en los puños, que los apretaba convulsivamente.

—Hasta ahora he creído en nuestros dioses y los he venerado—dijo;—pero empiezo á creer que no son ellos los que imperan en el mundo, sino otro, uno solo á quien están supeditados; uno malvado, protervo, monstruoso, llamado Nerón.

—Aulio—replicó Pomponia.—Nerón no es más que un puñado de infecto polvo ante la majestad de Dios.

El rudo soldado se puso á pasearse agitado por la *pinacotheca*. En la historia de su vida había grandes hechos, pero no grandes infortunios; por consiguiente, desconocía el dolor que éstos producen. Aulio quería á Ligia más de lo que él mismo se imaginaba, y ahora no podía acostumbrarse á la idea de perderla. Además, su amor propio se rebelaba, porque sentía el peso de una mano que despreciaba y al mismo tiempo comprendía que el poder de esa mano anulaba el suyo. Cuando, por fin, y á duras penas, logró dominar la cólera, dijo:

—No creo que Petronio nos haya arrebatado á Ligia para llevársela á Nerón; se guardaría mucho de ofender á Popea de ese modo. Me inclino, pues, á creer que quiere á Ligia para él ó que se la destina á Vinicio. Sea lo que sea, hoy mismo lo sabré.

Dicho esto, se despidió de su mujer y se hizo conducir en litera al Palatino.

Cuando Pomponia se quedó sola fué á consolar á su hijo, el cual no cesaba de llorar por su hermana ni de amenazar al César.

## V

Plaucio no andaba descaminado al suponer que Nerón no le recibiría; le dijeron que éste, dedicado en aquellos momentos á cantar al son de la lira de Terpnos, solamente recibía á las personas á quienes mandaba llamar. En vista de esto, Aulio comprendió que no debía intentar de nuevo ver al César.

Séneca, en cambio, aunque estaba con fiebre, le recibió al punto, con señaladas muestras de cariñosa consideración, y después de oirle, le contestó sonriendo y con punzante ironía:

—Un solo servicio puedo hacerte, generoso Plaucio: aconsejarte que el César no descubra que estoy de tu parte; porque, si lo supiera, ello bastaría para que no te devolviera á Ligia, por el solo placer de mortificarme. Por otra parte, tampoco creo prudente que intentes interesar á Tigelino, á Vatinio ni á otros como ellos; pues, si bien es fácil que dándoles dinero consigas su apoyo, fácil es también que llevados del deseo de aniquilar á Petronio, cuya influencia les hace sombra, le digan al César que quieres mucho á Ligia, y

que el César, por lo mismo, muestre mayor empeño en retenerla. Has vivido, Plaucio, alejado de la corte, sin entusiasmarte con la belleza de Nerón, celebrar sus versos, su canto ni su destreza de cochero; no has aplaudido la muerte de Británico, no has hecho el panegírico del parricida ni has cantado las glorias del matador de Octavia, y nuestro grande hombre detesta á los que no le ensalzan.

Séneca cogió un vasito que llevaba colgado del cinturón, lo llenó de agua del *impluvium* y bebió un poco para refrescar sus ardientes labios. Luego prosiguió hablando de esta manera:

—Pero eso sí, Nerón es agradecido: te quiere porque has servido gloriosamente á Roma, y á mí me quiere también porque he sido el maestro de su juventud. Precisamente por eso estoy convencido de que esta agua no está envenenada, y la bebo con la mayor confianza. El vino no me la inspiraría igualmente. Si tienes sed bebe de esta agua: los acueductos la traen directamente á las montañas, y para envenenarla sería preciso envenenar todas las fuentes de Roma. Como ves, todavía puede uno considerarse seguro y disfrutar de una vejez tranquila. Verdad es que estoy enfermo; pero más bien es del alma que del cuerpo.

Así era, en efecto. Séneca carecía de la entereza de alma que poseían Cornuto y Tráseas, por ejemplo; era tan débil, que se pasaba la existencia contemporizando con el mal. Reconocía su propia debilidad, y comprendía que siendo propagador de los principios de Zenón y de Citio, debía seguir otros derroteros; mas, como no los seguía, su propia debilidad le hacía sufrir más que el temor de morir.

Aulio le interrumpió en tan amargas reflexiones, diciéndole:

—Noble Anneo, no ignoro cómo te paga el César la adhesión y los cuidados de que le hiciste objeto en sus juveniles años; mas no es de él de quien quiero hablarte, sino de Petronio, que es verdaderamente quien arrebató á Ligia de mi hogar. Dime quién tiene influencia sobre él, háblale también y emplea para inclinarle en mi favor toda la elocuencia que pueda inspirarte nuestra antigua y leal amistad.

—Petronio y yo—replicó Séneca,—militamos en opuestos campos; ignoro qué medios podríamos utilizar con éxito, y tengo el convencimiento de que él no cede á influencias de nadie. Quizá con toda su depravación sea más digno que la partida de bribones que rodea á Nerón; sin embargo, intentar demostrarle que ha cometido una mala acción sería sencillamente perder el tiempo; porque Petronio ha perdido, desde larga fecha, la facultad de distinguir el bien del mal. Si logras probarle que su acción es fea se avergonzará de haberla realizado. Cuando yo le vea, le diré que el acto que ha ejecutado es propio de un liberto; mas, si esta frase no nos conduce al resultado apetecido, ten por seguro, Plaucio, que nada adelantaremos; porque nada puedo decirle que sea para él de más efecto.

—Gracias—dijo el General.

Y despidiéndose de Séneca, mandó que le condujeran á casa de Vinicio, al cual encontró haciendo ejercicios de esgrima.

Tan pronto como se retiró el maestro de armas, Aulio se dejó arrebatar por la cólera y prorrumpió en amargos reproches y denuestos.

Vinicio se puso densamente pálido al saber que Ligia había sido conducida al Palatino; su impresión fué tan honda, que Aulio, convencido de la inocencia del joven, se apresuró á rechazar hasta la sombra de una sospecha, tocante á que éste hubiera intervenido en el asunto. Observó que á Vinicio se la inundaba la frente de sudor y que la sangre que por un momento le había afluído al corazón, tornaba á colorear su semblante como oleada de fuego. Sus ojos despidieron chispas y de su boca brotaron bruscas é incoherentes interrogaciones. Los celos y la cólera se iban apoderando de Vinicio y sacudiéndolo con tempestuosa violencia. Creía que Ligia, al pisar los umbrales

de la morada del César, estaba irremisiblemente perdida para él. Cuando Aulio pronunció el nombre de Petronio, cruzó como un rayo por el cerebro del joven la sospecha de que el Arbitro se había burlado de él. Pensó que quizá poniendo á Ligia en manos de Nerón, buscaba aquél un medio de afianzar su privanza, y supuso también que Petronio no pensaba entregársela á nadie, sino guardarla para él mismo; porque para Vinicio estaba fuera de dudas que ver á Ligia y desearla era todo uno. La impetuosidad de su carácter, rasgo distintivo de su familia, le arrastraba como á potro indómito, y á la sazón le hacía perder su habitual presencia de ánimo.

—Aulio Plaucio—dijo con voz ronca,—vete á tu casa y espérame. Y ten la seguridad de que, aunque Petronio fuera mi padre en persona, en él vengaría sin vacilar el agravio inferido á Ligia. Vete á tu casa, repito, y espérame. Ligia no será de Petronio ni del César.

Y apretando los puños, se encaró con las carátulas de sus abuelos, colocadas, según costumbre, en el *atrium*, y exclamó:

—¡Por esas máscaras te juro que antes la mataré y luego me daré la muerte!...

En seguida echó á correr como un loco hacia la casa de Petronio, dando empellones á los transeuntes que le estorbaban el paso.

Aulio regresó á su morada algo más tranquilo, pues estaba seguro de que, si Petronio había inducido al César á que reclamara á Ligia para entregársela á Vinicio, éste la traería de nuevo al hogar. También le servía de consuelo pensar que aun en el caso de no recobrar á Ligia ésta sería vengada, y que en el último extremo, la muerte la protegería contra el ultraje; pues no tenía la menor duda de que Vinicio cumpliría lo que acababa de ofrecer. La cólera del joven no era fingida, y además, Aulio conocía perfectamente la violencia de carácter peculiar de la familia. El mismo Plaucio, que amaba á la doncella como si fuera su hija, no hubiera vacilado en matarla antes que dársela al César; y así lo habría ejecutado á no detenerle la consideración del peligro á que exponía á su hijo Aulio, último descendiente de su estirpe.

Plaucio era lisa y llanamente soldado; casi no había oído hablar de los estoicos, y sin embargo, sus ideas tenían puntos de contacto con las de estos filósofos: á sus ojos era preferible la muerte á la deshonra.

Cuando llegó á su casa, informó á Pomponia de sus impresiones y de las esperanzas que acariciaba, y ambos esposos aguardaron con ansia noticias de Vinicio. Cada vez que en el *atrium* resonaban los pasos de alguno de los esclavos, se les figuraba que llegaba ya Vinicio á devolverles á su amada hija, y se preparaban para bendecirles con toda su alma. Pero el tiempo transcurría y las anheladas nuevas no llegaban. Ya anochecía, cuando se oyó llamar á la puerta; á poco entró un esclavo trayendo una carta que entregó á Plaucio.

Este la tomó con temblorosa mano, á pesar del dominio que sobre sí mismo tenía; la leyó ansioso, nublóse su semblante y, al cabo, dijo á su esposa:

—Toma y lee.

La carta decía así:

«Marco Vinicio á Aulio Plaucio, salud.

»Lo que ha ocurrido es obra del César, ante cuya voluntad debéis inclinar la cabeza, como Petronio y yo la inclinamos.»

## VI

Petronio estaba en su biblioteca, escribiendo, y como el esclavo que guardaba la entrada no se atreviera á detener á Vinicio, éste penetró con la violencia de un huracán. Al ver á su tío escribiendo, le arrebató la caña (cálamo ó pluma para escribir), la hizo añicos y la arrojó al suelo, pisoteándola después. Agarró á Petronio por un

hombro, y acercando su rostro al del poeta, le preguntó con reconcentrado furor:

—¿Qué has hecho de Ligia? ¿Dónde está?

Entonces ocurrió una cosa inesperada: el elegante y atildado Petronio se desasió con agilidad sorprendente de la vigorosa mano con que Vinicio le oprimía el hombro: y sujetando con las suyas blancas y delicadas á su atlético sobrino por las muñecas, como con un tornillo de hierro, le dijo con frialdad:

—Por las mañanas me siento algo débil; mas por la tarde dispongo de mi flexibilidad y fuerza de siempre. Por lo visto—agregó,—te ha enseñado la gimnasia algún tejedor y la urbanidad algún herrero.

Petronio hablaba sin dejos de enfado, pero destellos de valor y de viril energía animaban sus ojos. Soltó al fin las muñecas de Vinicio, después de mirarle un momento cara á cara, y el joven murmuró, corrido y humillado:

—Tus manos son de acero; pero, si me has hecho traición, te juro por todas las divinidades infernales que he de clavarte un puñal en el pecho.

—Hablemos con calma—replicó el Arbitro.—Ya habrás visto que el acero es más fuerte que el hierro. Aunque de tu cuerpo pueden hacerse dos como el mío, no me causas temor. En cambio me apena tu grosería, y si la ingratitud humana pudiera sorprenderme, me habría sorprendido tu ingratitud.

—¿Dónde está Ligia?—repitió Vinicio.

—En el lupanar; es decir: en casa del César.

—¡Petronio!

—Cálmate y toma asiento. Le he pedido al César dos cosas, y ha prometido concedérmelas. Primera, sacar á Ligia de casa de Plaucio; segunda, entregártela. ¿Llevas entre los pliegues de la toga un cuchillo para clavármelo en el pecho? Pues te aconsejo que aguardes siquiera un par de días; porque si me matas ahora te llevarán á una prisión, y entretanto, Ligia se aburrirá sola en tu casa.

Ambos guardaron silencio.

Vinicio miró atónito á Petronio por espacio de breves momentos, y luego exclamó:

—Perdóname; la amo, y el amor me trastorna.

—Admírame, Marco; anteayer le dije al César: «Mi sobrino Marco Vinicio se ha enamorado hasta tal punto de cierta jovencita escuálida que han criado los Plaucio, que los suspiros tienen la casa convertida en un verdadero baño de vapor. Ni tú, ¡oh, César!, ni yo, que somos profundos conocedores de la verdadera belleza, daríamos mil sestercios por ella; mas ese muchacho ha sido siempre más tonto que un trípode, y ahora acaba de perder el poco juicio que le quedaba.»

—¡Petronio!

—Si no comprendes que le dije todo esto al César para mayor seguridad de Ligia, me obligarás á creer que dije la pura verdad, tocante á tu tontería. Convencí á «Barbas de Cobre» de que un hombre de su temperamento estético no debe, no puede considerar bonita á esa muchacha. Nerón, que no se atreve á mirar esas cosas más que con mis ojos, después de oirme no la encontrará bella, y no la deseará. Urgía, era indispensable, que nos pusiéramos en guardia contra ese mono y sus caprichos. Ahora no será él quien aprecie la hermosura de Ligia, sino Popea; la cual, celosa, se apresurará á despedir cuanto antes de palacio á la muchacha. Además, le dije á «Barbas de Cobre» en tono zumbón: «Apodérate de Ligia y entrégasela á Vinicio; tienes el derecho de hacerlo, porque está en rehenes, y si la guardaras apesadumbrarías á Plaucio.» El César lo reconoció así y no me hizo la menor objeción; al contrario, supongo que se alegraría, porque mi consejo le procuraba ocasión de mortificar á personas honradas. Ya sabes, pues, que te constituirán en depositario oficial de tu tesoro; y tú, que á la vez que amigo de los valientes ligios eres leal servidor del César, lejos de derrochar la riqueza que te confían, te esforzarás por multiplicarla. Para

salvar las apariencias, «Barbas de Cobre» la tendrá unos días en su casa y luego te la entregará, como ansías, hombre afortunado.

—¿Puedo creer lo que dices? ¿No correrá ningún peligro en el Palatino?

—Si tuviera que permanecer allí, Popea *se encargaría de ella*, recomendándosela á Locusta; mas, como su estancia en la morada del César ha de ser breve, no hay el menor peligro. En aquella casa viven diez mil personas, y es probable que Nerón ni siquiera llegue á ver á tu Ligia. Además, te diré que ha dejado á mi exclusivo cuidado el disponer el asunto. El centurión que condujo á Ligia al Palatino la confió á los cuidados de Actea, y en seguida me buscó para informarme de que quedaba instalada. Actea tiene buen corazón, y por eso dispuse que le entregaran precisamente á ella á Ligia. No tengo la más ligera duda de que Pomponia Grecina comparte mi opinión en este punto, pues sé que le ha escrito á la propia Actea recomendándole á Ligia. Mañana dará Nerón un fastuoso banquete, y he pedido para ti un sitio al lado de tu amada.

—Perdona, Petronio, mi arrebato; creí que la apetecíais tú ó el César.

—Tu arrebato puedo perdonarlo fácilmente, mas no así tus ademanes groseros, tus malsonantes exclamaciones y la ronca y plebeya voz que me trajo á la memoria la de los jugadores de *morra*. Me desagrada ese estilo, Marco, y te aconsejo que prescindas de él. De sobra sabes que el proveedor de aventuras amorosas del César es Tigelino; y como me conoces, debes saber igualmente que si yo quisiera esa joven para mí, ahora mismo y mirándote cara á cara, te diría: «Vinicio, te quito á Ligia y me propongo quedarme con ella hasta que me canse.»

Al expresarse así, fijaba sus pardos ojos en los de Vinicio con tan sereno atrevimiento, que el joven, turbado, murmuró:

—La culpa es mía; tú eres bueno y leal. Con toda el alma te agradezco la intención que te guía; mas permíteme que te pregunte: ¿Por qué no mandaste que llevaran á Ligia directamente á mi casa?

—Porque Neron quiere guardar las apariencias. Hoy se hablará de este suceso en toda Roma y se dirá que hemos arrancado á Ligia del seguro refugio en donde se hallaba. Conviene, pues, que permanezca en el Palatino mientras duren los comentarios; después arreglaremos las cosas de modo que la lleven á tu casa, sin ruido, y todo terminará satisfactoriamente. «Barbas de Cobre» es un canalla y es cobarde; sabe que su poder no tiene límites, y sin embargo, siempre procura revestir sus delitos de apariencias de justicia. Y que eso haga Nerón, que es cobarde, pase; pero Tiberio no era cobarde y hacía lo mismo; ¿por qué? ¿Te has serenado lo bastante para que filosofemos un poco? ¿Sí? Pues oye: más de una vez, meditando sobre estas cosas, me he preguntado: ¿Por qué el delincuente, aun siendo tan poderoso como el César y estando seguro de la impunidad, se afana en presentar el delito con las apariencias de un acto de justicia y aun de virtud? ¿Por qué se toma ese trabajo? Matar al propio hermano, á la madre ó á la esposa, hechos son dignos de cualquier reyezuelo asiático, mas no de un emperador romano; pero, si á mí se me ocurriera ejecutar tales hazañas, puedes abrigar la certeza de que no me molestaría en escribirle al Senado cartas justificativas... como ha hecho Nerón. Repito que éste quiere salvar las apariencias porque es cobarde; pero repito también que no era cobarde Tiberio, y sin embargo ha hecho lo posible por justificar todos los atentados que perpetró. ¿Por qué el crimen ha de rendir eso homenaje á la virtud? ¿Quieres que te lo diga? Pues porque el crimen es feo y la virtud es bella. *Ergo* el verdadero esteta es virtuoso, sólo por el hecho de ser esteta; por consiguiente, yo soy virtuoso. Hoy libaré en honor de Protágoras y de Gorgias. Es menester que comprendas, impetuoso Vinicio, que los sofistas pueden servir de algo. Lo

he arrebatado á Ligia al buen Plaucio para dártela, porque Lisipo hubiera hecho con vosotros dos admirables grupos. Puesto que ambos sois bellos, mi acción es bella también; y siendo bella no puede ser mala. Abre los ojos, Marco, y contempla á la virtud sentada ante ti y encarnada en Cayo Petronio. Si Arístides fuera todavía del número de los vivos tendría el deber de venir á ofrecerme cien *minas* (9.600 dracmas) por un trabajito acerca de la virtud.

—¡Mañana veré á Ligia!—exclamó Vinicio, más atento á sus amores que á los tratados sobre la virtud.—¡Mañana la veré, y luego la tendré á mi lado todos los días, siempre, hasta la muerte!

—Tú tendrás á Ligia á tu lado y yo tendré á Plaucio encima á todas horas; á Plaucio, que invocará, para que caiga sobre mí, la cólera de todas las divinidades. ¡Y si ese animal procurara dar primero siquiera una lección de declamación! Pero estoy seguro de que no lo hará, y en cambio me echará la culpa de todo, lo mismo que mi anterior portero les achacaba á mis clientes sus propias faltas. Verdad es que al portero, al menos, tuve el consuelo de enviarle á una prisión rural.

—Aulio ha estado en mi casa—dijo Vinicio,—y le prometí darle noticias de Ligia.

—Pues escríbele y dile que la voluntad de nuestro divino César es ley suprema, y que tu primer hijo se llamará Aulio. Es necesario procurarle algún consuelo á ese pobre anciano. Casi, casi me atrevería á rogarle á «Barbas de Cobre» que le invitara á la fiesta de mañana para que te viera en el triclinio al lado de Ligia.

—No pienses semejante cosa; me dan pena él y su mujer—replicó Vinicio poniéndose á escribirle á Plaucio.

## VII

En otro tiempo las más altas cabezas de Roma se inclinaban ante Actea, antigua amante de Nerón; pero ésta nunca se envaneció ni quiso aprovechar su situación para mezclarse en los asuntos públicos. Las pocas veces que empleaba su influencia con el joven César, era para inclinar su ánimo á la clemencia. Dulce y modesta, supo granjearse la gratitud de muchos, y la misma Octavia no pudo aborrecerla, quizá porque la consideraba harto inofensiva para inspirarle celos. Nadie ignoraba que Actea seguía amando á Nerón, con amor resignado y triste; con amor que ya no se nutría de esperanzas, sino de recuerdos de mejores días; de los días en que el César, más joven y menos sanguinario, mejor, en una palabra, la había amado. Nadie creía posible que aquel amor resucitase y Nerón tornara á poner en ella los ojos; por lo tanto, no era peligrosa y la dejaban en paz. La misma Popea utilizaba sus servicios, tan confiada, que ni siquiera se le había ocurrido la idea de obligarla á salir del Palatino.

Actea se encontraba en una situación que podríamos llamar privilegiada: el César la había amado y luego la apartó de su lado, no sólo sin violencia, sino manumitiéndola, señalándole habitación en el palacio, esclavos para su servicio, y ofreciéndole á menudo asiento en su mesa, como en otra época lo hiciera Claudio con sus libertos Palante y Narciso. Verdad es que Actea, por su belleza, era ornato de aquellos festines, en los que Nerón congregaba á los más heterogéneos invitados por su clase y condición.

En aquellos célebres banquetes se reunían histriones, gente maleante, plebeyos y patricios corrompidos, y no era extraño ver al lado del poeta excelso y de personas que ostentaban grandes nombres, matronas que, aunque de familia ilustre, no tenían reparo en ponerse la peluca rubia para lanzarse por la noche en busca de aventuras al través de obscuras callejuelas. Allí se veía gentuza de todo género: cantantes, mimos, músicos y danzantes de ambos sexos; poetas que, mientras declamaban, echaban cuentas, calculando los sestercios que les producirían sus alabanzas á los versos del César; filósofos

famélicos, cuyos ojos se iban detrás de los platos; tampoco faltaban diestros conductores de carros, charlatanes, hechiceros, narradores de cuentos, bufones y cuantos elementos constituyen la más abigarrada pléyade de aventureros, que el capricho ó la locura hayan puesto de moda por un día: Entre aquella gente había algunos que procuraban ocultar con sus largos cabellos los agujeros que tenían en las orejas, denunciadores de la esclavitud.

Los más notables se sentaban á la mesa; la gente menuda tenía la misión de divertir á los demás, durante la comida, y aguardaba ansiosa el momento en que los sirvientes les permitían abalanzarse á los restos de viandas y licores, para atracarse y emborracharse. Tigelino, Vatinio y Vitelio, que eran los encargados de traer á los convidados de esta laya, veíanse á menudo en la necesidad de vestirles con ropa decente y adecuada para presentarlos en los aposentos del César.

El fausto de la corte lo doraba todo con sus áureos reflejos, dando á cuanto iluminaba extraordinario esplendor. Grandes y pequeños, descendientes de empingorotadas familias y gentecilla ruin, artistas de fama y viles escorias del talento, corrían presurosos al Palatino, ávidos de contemplar con sus deslumbrados ojos las escenas nunca vistas y la suntuosidad, que casi sobrepujaban á lo que la mente humana puede concebir, y ansiosos de acercarse al omnipotente dispensador de toda merced; el cual podía, en verdad, hundir á cualquiera en el polvo con una mirada, pero también estaba en su mano elevarle hasta lo inconcebible.

Ligia iba á asistir á uno de estos banquetes. El miedo, la incertidumbre y una especie de entorpecimiento, naturalísimo á raíz de tan repentino cambio de situación, embargaban su espíritu; tenía miedo de Nerón, de la gente de palacio, del constante ir y venir que la aturdía. Las fiestas, de cuyas vergonzosas escenas había oído hablar á Plaucio, á Pomponia y á sus amigos, le inspiraban temor. Su juventud y su inocencia no le impedían tener noción de lo que á su alrededor pasaba; que en aquellos tiempos, el conocimiento del mal llegaba demasiado pronto hasta los niños. No ignoraba, pues, que en la morada imperial la aguardaba la ruina. Y por si esto no bastaba, las advertencias de Pomponia habían acabado de abrirle los ojos, disipando hasta la sombra de una duda; pero, dotada de espíritu animoso, refractaria á la depravación, poseída de la fe sublime que Pomponia Grecina inculcara en su alma, había ofrecido defenderse del inminente peligro. Y no sólo se lo había prometido á su madre adoptiva, sino que también habíaselo prometido á sí misma y al Divino Maestro, en quien creía firmemente, á quien amaba con todo el fervor de su casi infantil corazón, por la pureza de su doctrina, las amarguras de su muerte y la gloria de su resurrección.

Contaba asimismo con que la responsabilidad de sus actos no recaería sobre Plaucio ni sobre Pomponia, y se preguntaba si no obraría cuerdamente negándose á asistir al banquete. El temor y la zozobra anidaban en el corazón de la joven; pero á la vez, surgía también en su espíritu el anhelo de demostrar su valor ante el sufrimiento, sus energías para padecer las torturas y arrostrar la muerte. El Divino Maestro había dado ya el ejemplo al mundo, señalando el camino. Según Pomponia, los más fervientes prosélitos de la doctrina del Crucificado eran los que con más ardor deseaban pasar por esta prueba y la pedían como gracia en sus oraciones. Cuando todavía estaba Ligia en casa de Plaucio, ya se sentía dominada por este deseo. En una especie de ensueño, se había visto sometida al martirio, con heridas en pies y manos, blanca como la nieve, y hermosa sobre toda ponderación, con una hermosura sobrenatural. Angeles no menos blancos y bellos la llevaban al través del espacio azul. Este ensueño le había producido inefable dicha.

En estas lucubraciones entraba por algo la fantasía infantil, y por algo

también cierta complacencia de sí misma, que Pomponia había intentado reprimirla. En la ocasión presente la resistencia podía provocar un horrible castigo: las imaginadas torturas podían salir de las regiones fantásticas para convertirse en cruel realidad, y á las visiones halagüeñas, á las satisfacciones egoístas, se unía cierta curiosidad mezclada de espanto: la curiosidad de saber por experiencia qué suplicio inventarían para castigarla. Y su alma irresoluta, alma de niña, fluctuaba entre dos corrientes.

Cuando Actea se enteró de tales vacilaciones, miró á la joven con asombro, creyéndola presa de febril delirio. ¿Cómo era posible oponerse á la voluntad del César; provocar su cólera desde el primer instante? Hubiera sido la mayor insensatez tal conducta, propia de una niña que no sabe lo que dice

De ciertas palabras de Ligia deducía Actea que la doncella, en realidad, no estaba en rehenes; mas bien podía considerársela como olvidada por su propio pueblo: ninguna ley de las naciones la protegía; mas, aunque así no fuera, el César, fiado en su poder, podía atropellar esta ley en un momento de cólera. Nerón la había reclamado y dispondría de ella á su capricho; estaba, pues, sometida á la voluntad del César, suprema ley del mundo.

—Yo también he leído las epístolas de Pablo de Tarso—le decía Actea á Ligia con dulce acento,—y sé que más allá de la Tierra hay un Dios, y que el Hijo de Dios resucitó de entre los muertos; pero ten presente que en la Tierra domina é impera el César, y que él solo manda. Sé asimismo que tu doctrina prohibe ser lo que yo fuí, y que vosotros, como los estoicos, de los cuales me habla á menudo Epicteto, preferís la muerte al deshonor. Pero, ¿estás segura de que sea aquélla y no éste el castigo que impongan á tu rebeldía? ¿No has oído mentar á la hija de Seyano? Pues era doncella, y fué violada por el verdugo antes de darle muerte; acatando así cierta ley que prohibe que á las vírgenes se les imponga pena capital. ¡No provoques al César, Ligia! Si llega el momento en que te encuentres en la disyuntiva de elegir entre el deshonor y la muerte, opta por lo que tus creencias te manden; pero, entretanto, no excites la cólera del que todo lo puede y es hoy un dios cruel y vengativo.

Hablaba Actea con acento de compasión profunda y hasta con fuego; y como era algo miope, acercaba, al hablar, su hermosa cara á la de Ligia, como para observar mejor el efecto que sus palabras producían. La doncella, en un arrebato de infantil confianza, le echó los brazos al cuello y murmuró:

—¡Qué buena eres, Actea!

Lisonjeada la griega por el elogio y conmovida en vista de la confianza que Ligia le demostraba, abrazóla y le dijo:

—La felicidad ha pasado para mí y mi alegría ha muerto; pero no me ha hecho mala la desgracia. ¡Ah!—repuso.—El tampoco era malo; por bueno se tenía, y abrigaba el propósito de continuar siéndolo. Su transformación vino luego, cuando dejó de amar; entonces cambió completamente, y Popea y otras personas le han hecho malo.

Y al decir esto, las lágrimas empañaron sus azules ojos.

—¿Lo sientes por él, Actea; te da lástima?

—Sí — contestó la griega en voz baja.

—¿Le amas aún?

—Sí—repitió con acento de dolorosa desesperación.

Y repuso tras breve pausa:

—No, no le ama nadie; nadie, más que yo, le ama.

Siguióse un momento de silencio, durante el cual procuró Actea serenarse; y cuando su rostro recobró su habitual expresión tranquila y melancólica, reanudó la conversación diciendo:

—Hablemos de ti, Ligia. Te aconsejo que no pienses en oponerte á la voluntad del César; sería locura. Tranquilízate, pues conozco bien esta casa

y no creo que por parte del César te amenace peligro alguno. Si la intención de Nerón hubiera sido que te trajeran para él, nunca habría pensado en conducirte al Palatino, donde Popea reina y gobierna; pues desde que ésta le dió un hijo le hace sentir más que nunca el peso de su influencia. Nerón, en efecto, ha mandado que asistas á la fiesta; pero todavía no te ha visto ni siquiera se ha acordado de preguntar por ti, lo cual significa que nada le importas. Podría ser que hubiera querido apartarte del lado de Plaucio y de Pomponia simplemente porque esté enfadado con ellos. Petronio me ha escrito encargándome que te cuide; Pomponia ha hecho lo propio, y bien pudiera ocurrir que ambos estuvieran de acuerdo. La recomendación de Petronio también es posible que obedezca á las instancias de Pomponia; y si es así y Petronio está inclinado á favorecerte, ningún peligro te amenaza. Y, ¿quién sabe si á petición del mismo Petronio se decidirá Nerón á devolverte á Plaucio? Yo no puedo asegurar que el César quiera ni que no quiera á Petronio; pero estoy cierta de que muy rara vez se atreve á sostener una opinión contraria á la de su favorito.

—¡Ay, Actea—replicó Ligia,—Petronio estuvo á vernos antes de que me trajeran aquí, y mi madre cree que Nerón me ha reclamado por instigación de aquél!

—Tal proceder hubiera sido vituperable.

Y repuso tras breve pausa:

—También ha podido ocurrir que Petronio se haya limitado á decir, en presencia del César, que en casa de Aulio Plaucio ha visto rehenes de los ligios; y que Nerón, celoso de su poder y animado por la mala voluntad que les tiene á Plaucio y á Pomponia, te haya reclamado, fundándose en que los rehenes le pertenecen. No; opino que, si Petronio pensaba sacarte de aquella casa, nunca hubiera echado mano de semejante recurso; pues si bien no sé si Petronio es mejor ó peor que los demás que rodean al César, me consta que no se parece á ellos. Por otra parte, puede que alguien quiera interesarse en tu favor. ¿No has conocido en casa de Aulio á nadie que tenga influencia con el César?

—Allí he visto algunas veces á Vespasiano y á Tito.

—Nerón no los quiere.

—Y á Séneca.

—Bastaría que Séneca le indicara algo, para que Nerón hiciera lo contrario.

—Y á Vinicio—dijo la joven, y su hermoso rostro se encendió de rubor.

—No le conozco, ¿quién es?

—Un pariente de Petronio que regresó poco ha de Armenia.

—¿Crees que Nerón le quiere?

—A Vinicio le quieren todos.

—¿Intercederá por ti?

—Seguramente.

Una dulce sonrisa iluminó el rostro de Actea, que dijo:

—Pues, sin duda, le verás en la fiesta, á la que no debes faltar, primero para acatar la voluntad del César; segundo, porque si quieres volver á casa de Aulio es necesario que busques ocasión de rogar á Vinicio y á Petronio que interpongan su influencia para que vuelvas al hogar. Si ambos estuvieran presentes ahora, te dirían, como yo, que es verdadera locura resistirse á la voluntad del César. Verdad es que para éste podría pasar inadvertida tu ausencia; pero, si no era así, descargaría sobre ti el peso de su enojo porque habías osado oponerte á su voluntad; y entonces no habría salvación posible. Escucha. ¿No oyes cierto rumor? El sol camina hacia el ocaso, y pronto empezarán á llegar los invitados.

—Comprendo que tienes razón—dijo Ligia,—y seguiré tus consejos.

Si la doncella hubiera echado cuentas consigo misma, no habría sabido determinar seguramente cuánto pesaba en esta resolución el deseo de hablarles á Vinicio y á Petronio y cuánto la curiosidad de ver una de aquellas fiestas, de cuyos esplendores se contaban en Roma maravillas; pero, de todos modos, no podía menos de recono-

cer que Actea tenía razón. Se imponía la necesidad de asistir, y cuando la necesidad y la razón ayudaban á la tentación latente, la vacilación quedaba excluída.

Actea la condujo á su propio *unctorium* para perfumarla y vestirla. El número de esclavas que había en la casa del César no era corto ni escaso el de las asignadas al servicio de Actea; sin embargo, por simpatías hacia Ligia, cuya hermosura é inocencia la cautivaban, quiso vestirla con sus propias manos.

Pronto quedó palmariamente demostrado que en la joven griega, á pesar de su melancolía y de la lectura de las epístolas de Pablo de Tarso, se encarnaba el antiguo espíritu helénico, para el cual la belleza plástica tuvo siempre arrebatadora elocuencia. Cuando vió á Ligia desnuda, no fué dueña Actea de reprimir las entusiastas exclamaciones que le arrancaban aquellas formas admirablemente modeladas; y alejándose un poco de la joven, para contemplar mejor, abarcándolo, el conjunto, admiró con verdadero deleite aquel cuerpo sin par de primavera temprana.

—¡Ligia! — exclamó. — ¡Eres cien veces más hermosa que Popea!

Pero aquella virgen, tan hermosa como un amoroso ensueño, tan armoniosamente modelada como la más perfecta obra de Praxíteles, había sido educada en la severa casa de Pomponia Grecina, donde se guardaba el mayor recato aun entre personas del mismo sexo; púdica y ruborosa, inclinó los lindos ojos, hondamente alarmada y presa de gran turbación. De pronto, levantando los brazos, soltó los broches con que sujetaba el cabello, sacudió la cabeza, y quedó envuelta en la rica cabellera como en espléndido manto.

Acercóse á ella Actea, y tocando sus obscuras crenchas, exclamó:

—¡Qué cabellos tan hermosos! No los empolvaré con oro; les daré solamente algunos toques suaves, que parecerán áureos destellos, rayos de sol. Maravilloso debe de ser el país en donde nacen criaturas tan hermosas.

—No lo recuerdo—contestó Ligia.—Urso dice que hay espesos bosques, selvas magníficas...

—Pero en esos bosques brotan lindas flores—replicó Actea, á la vez que sumergía la mano en un recipiente lleno de verbena y con ella humedecía los cabellos á Ligia.

Luego le ungió el cuerpo con perfumados aceites de Arabia, le puso una túnica de color de oro claro, sin mangas, y encima un peplo ligerísimo, blanco como la nieve y graciosamente plegado. Antes de peinarla, le puso un amplio *synthesis*, especie de peinador ó bata, y haciéndola sentarse en una silla, la dejó en manos de dos esclavas, colocándose ella á cierta distancia para juzgar mejor el efecto del peinado que aquéllas le hacían. Otras dos esclavas calzaron á Ligia con sandalias blancas bordadas de púrpura, sujetándolas á aquellos tobillos de alabastro con cordones de oro cruzados. Para terminar el tocado le arreglaron el peplo con suaves y artísticos pliegues. Entonces Actea le ciñó al cuello un collar de perlas, le empolvó ligeramente con polvo de oro las ondas de los cabellos, y á su vez se entregó en manos de las esclavas, para que la vistieran. Y mientras tanto, no dejaba de mirar á Ligia con complacencia.

Pronto estuvo arreglada, y apenas empezaron á llegar las literas á la puerta principal del palacio, cuando ella y Ligia entraban en el pórtico lateral, desde el cual se veía la entrada, las galerías interiores y el patio, al que rodeaba una espléndida columnata de mármol de Numidia.

Poco á poco iba aumentando el número de convidados. Estos penetraban por el soberbio arco de entrada, encima del cual se ostentaba la maravillosa cuádriga de Lisias, en la que Diana y Apolo parecía que se lanzaban á recorrer el espacio.

Ligia miraba con asombro tanta magnificencia, de la cual la modesta casa de Aulio no había podido darle la menor idea.

Era el caer de la tarde. Los últimos

rayos del sol poniente bañaban el amarillento mármol numídico de las columnas, que brillaban como el oro, arrancándoles reflejos de color de rosa. Por entre la marmórea columnata y las níveas estatuas de las Danaides y otras, ornamento de aquel lugar, que representaban dioses ó héroes, pasaba la multitud, compuesta de hombres y mujeres que tenían el aspecto de vivientes estatuas, envueltas respectivamente en sus togas, peplos y mantos; éstos y aquéllas descendían graciosamente de los hombros en leves pliegues, artísticos y bellos, iluminados por los últimos destellos solares. Dominando á la multitud, descollaba en lo alto un Hércules colosal; los rayos del sol poniente coronaban su cabeza, y la sombra que las columnas proyectaban dejábanle el cuerpo en la penumbra.

Actea iba mostrándole á Ligia senadores, patricios y artistas afamados, que vestían togas de ancha fimbria, túnicas de colores varios, sandalias adornadas con medias lunas; íbale también indicando bellas damas, que ostentaban trajes romanos ó griegos, vestidas á la oriental, y que lucían los más variados peinados. Estos parecían torres ó pirámides, y había otros que imitaban los de las estatuas de las diosas, bajos y adornados con flores. Actea mentaba por sus nombres á muchos de aquellos hombres y mujeres, explicándole á Ligia al mismo tiempo las respectivas historias; de éstas, unas eran breves, otras tan terribles, que ponían pavor en el ánimo, y algunas llenaban de asombro ó de admiración á la joven. Para ella aquella muchedumbre formaba una sociedad extraña que la deslumbraba; pero cuyos contrastes no podía abarcar su casi infantil imaginación.

En medio de aquellos mármoles de líneas puras, de las hileras de columnas que, iluminadas por la luz crepuscular, se esfumaban á distancia, parecía que el ambiente debía ser allí de imponente reposo y que en aquellos lugares sólo podían vivir semidioses ajenos á todo afán, en completa tranquilidad y bienandanza.

Actea continuaba revelándole á Ligia terribles secretos de aquel palacio y de aquellas personas.

—Mira—le decía, indicándole un punto poco distante,—allí está el pórtico cubierto; allí cayó Calígula herido por Casio Queroneo. Las columnas y el pavimento conservan todavía las rojas manchas de sangre. En aquel otro sitio fué asesinada su esposa; más allá estrellaron á su hijo contra una piedra. Debajo de aquella parte del edificio—agregaba señalando otro punto,—está situada la mazmorra en donde estuvo encerrado el menor de los Drusos; el que, atenaceado por los horrores del hambre, se comió sus propias manos. Aquí fué envenenado Druso el mayor. Allí sufrió Gemelo la tortura del terror y Claudio se retorció con las últimas convulsiones. En aquel otro sitio le aplicaron el martirio á Británico. Acá y allá, doquier poses la vista, puedes asegurar que han sido los muros mudos testigos de los gemidos arrancados por el sufrimiento y de los estertores de la muerte. Las personas que forman esa muchedumbre que ahora se apresura á acudir á la fiesta, y que en este instante contemplas envueltas en sus togas, en sus vistosas túnicas, cubiertas de flores y resplandecientes de joyas, quizá mañana caerán víctimas de una condena; la sonrisa que alegra ciertos rostros, quizá también sea la máscara tras de la cual se ocultan la alarma y la incertidumbre que les produce el mañana. La fiebre de la avaricia y de la envidia acaso en estos precisos momentos roan el corazón de esos coronados semidioses, tan ajenos, en apariencia, á las miserias humanas.

Mientras hablaba Actea, sucedíanse en el ánimo de Ligia las impresiones terroríficas con más rapidez que aquélla pronunciaba las palabras, y al mismo tiempo que el espectáculo de aquella concurrencia, de conocido hasta entonces para la doncella, despertaba en ésta interés creciente, la citada iba sintiéndose dominada por el terror, y en el fondo de su alma adquiría intensidad un anhelo vehemente, inmenso,

inexplicable, angustioso: la añoranza de su amada Pomponia Grecina y de su apacible hogar, en el que dominaba el amor, no el crimen.

Los grupos de invitados llegaban sin interrupción, procedentes del cercano *Vicus Apollinis*, y desde el interior se oían las voces y el rumor de los servidores de aquellos que venían acompañando á sus señores.

En el patio y en las columnatas había numerosos esclavos del César, verdadero enjambre de hombres, mujeres y niños, y muchos soldados pretorianos de la guardia. Acá y allá, entre los soldados de rostro moreno y atezado, veíase la negra cara de un numidio que ostentaba su yelmo adornado con plumas y grandes aretes de oro en las orejas. Algunos llevaban laúdes ó cítaras, lámparas de mano de oro, plata ó bronce, y ramos de flores de invernadero. El rumor de las conversaciones, que parecía un zumbido, se mezclaba con el que en la fuente producía el agua, cuyos irisados chorros caían en el mármol, y, al quebrarse, salpicaban como lágrimas.

Actea había dejado de hablar y Ligia continuaba contemplando la muchedumbre con la avidez del que busca á alguien entre apiñados grupos. De pronto, se cubrió su rostro de vivo rubor; acababan de aparecer Vinicio y Petronio, los cuales, pasando entre las columnas, se dirigieron al triclinio, hermosos, serenos como dioses y envueltos en sus blancas togas.

Al ver dos caras amigas entre la multitud de gente extraña, y especialmente al mirar á Vinicio, parecióle á Ligia que le quitaban un peso enorme de encima del corazón; ya no se consideraba tan sola. El ansia que experimentaba de volver á casa de Aulio dejó de ser punzante, y el deseo de ver á Vinicio y de hablarle se sobrepuso á los temores. En vano evocaba el recuerdo de todo lo malo que había oído decir de la casa del César; en vano se repetía las palabras de Actea y las advertencias de Pomponia: advertencias y palabras se desvanecían como lejano eco, y Ligia se decía á sí misma que no sólo por necesidad, sino también por deseo debía asistir al festín.

Al pensar que pronto iba á escuchar de nuevo la voz grata y dulce que un día murmurara á su oído encantadoras palabras de amor, pintándole una felicidad digna de los dioses, súbita é inefable alegría inundaba su corazón. Mas esta misma alegría le infundió miedo al cabo de un instante, porque juzgaba que con ella le hacía traición á las puras enseñanzas en que la habían educado, á Pomponia y á sí propia; que una cosa es ceder á la violencia y otra gozar con la violencia misma. En virtud de este razonamiento se juzgó culpable, indigna y perdida; la desesperación comenzó á enseñorearse de ella y sintió ganas de llorar. Si hubiera estado sola se habría puesto de hinojos, y, golpeándose el pecho, hubiese exclamado: *¡Mea culpa, mea culpa!*

Actea la sacó de tan penosas reflexiones, cogiéndola de una mano y conduciéndola por las habitaciones interiores al gran triclinio, en donde debía celebrarse el festín.

Nublároнsele los ojos á Ligia, los oídos le zumbaron y casi llegaron á ahogarla los acelerados latidos del corazón, agitado á impulsos de la emoción que la embargaba. Vió, como en sueños, millares de lámparas que brillaban en las mesas y en las paredes; oyó, como rumor que viniera de otro mundo, las aclamaciones que arrancaba la llegada del César, y vió á éste como al través de densas nubes. Las aclamaciones la aturdían, el brillo la ofuscaba, embriagábanla los perfumes, y casi sin conservar conciencia de sí misma, apenas lograba reconocer á Actea, que suavemente la hizo sentarse á la mesa á su lado.

Poco después una voz recatada y que la joven conocía muy bien, le decía casi al oído estas palabras:

—¡Salud á la virgen más hermosa de la Tierra, á la estrella más hermosa del cielo! ¡Salud á ti, divina Calina!

Ligia un tanto repuesta ya de su aturdimiento, volvió la cabeza y reco-

noció á Vinicio, que estaba junto á ella.

Este se había quitado la toga, como era entonces costumbre en los festines; una túnica escarlata, sin mangas y bordada de palmas de plata, cubría su cuerpo, y los desnudos brazos, escrupulosamente depilados, llevábalos adornados á la oriental, con dos anchas fajas de oro sujetas por encima de los codos. Eran los de Vinicio brazos suaves, pero musculosos; brazos de soldado, propios para esgrimir la espada ó embrazar el escudo. En la cabeza lucía una guirnalda de rosas. Con sus pobladas cejas, que se unían en el entrecejo, sus hermosos ojos y el color moreno de su cutis, el joven parecía la encarnación de la juventud y de la fuerza.

Tan hermoso le pareció á Ligia en aquel momento, que aunque ya había pasado la primera impresión de estupor de la doncella, ésta pudo á duras penas balbucear:

—¡Salud, Marco!

—Dichosos mis ojos que te ven de nuevo—repuso éste.—Dichosos mis oídos que escuchan tu voz, más grata para mí que el sonido de laúdes y de liras. Si me dieran á elegir, entre Venus y tú, Ligia, cuál de las dos quisiera yo que estuviese á mi lado en esta fiesta, á ti te elegiría sin vacilar.

Y al expresarse así, contemplaba á la doncella como si quisiera saturar sus ojos ó fundirlos con los de ella. Durante la contemplación, la mirada del mancebo pasó sucesivamente desde el rostro al cuello, del cuello á los desnudos brazos, deleitándose en sus exquisitas formas; con aquella mirada parecía que á la vez la admiraba, la envolvía y la devoraba; en sus ojos brillaba el deseo y á la vez la felicidad, el amor, un amor apasionado, sin límites.

—No ignoraba que te encontraría aquí—prosiguió diciendo,—y, sin embargo, al verte, ha inundado mi alma una alegría tan grande, como si hasta lo más hondo de mi pecho hubiera llegado inesperada felicidad.

Ligia, repuesta ya y comprendiendo que entre aquella muchedumbre y en semejante lugar era Vinicio el único que por todos estilos se encontraba cerca de ella, entabló conversación con él y empezó á preguntarle mil cosas que no comprendía y que le causaban miedo. ¿Quién le había dicho que la encontraría allí? ¿Por qué estaba ella en casa del César? ¿Por qué éste la había arrancado del hogar de Pomponia? Le dijo á Vinicio que todo le infundía temor en el Palatino y que anhelaba verse de nuevo en casa de Plaucio. ¡Ah, sí! Y estaba segura de que se moriría de pena y de zozobra si no abrigara la esperanza de que Petronio y él acudirían en su auxilio, influyendo con el César.

Vinicio le explicó cómo había sabido por Aulio que la habían sacado de su casa, agregando que desconocía la causa de la traslación, puesto que el César nunca daba cuenta del por qué de sus órdenes; pero no debía abrigar temor alguno; porque él, Vinicio, estaba á su lado y á su lado permanecería. Mejor querría quedarse ciego que dejar de verla, antes perder la vida que abandonarla. Ella, Ligia, era su alma; por eso la guardaba tan celosamente como á su alma misma. Cuando la tuviera en su casa, le erigiría un altar, como á una divinidad, y en él le ofrecería mirra y áloe; y en el verano, flor de manzano y cártamo. ¿Le infundía pavor la mansión del César? Pues él, Vinicio, le prometía sacarla del Palatino.

El joven se expresaba con vaguedad y á veces fingía; pero en el fondo palpitaba la verdad, porque sus sentimientos eran sinceros. También sentía conmiseración profunda, y las palabras de la doncella le herían tan hondo en el alma, que cuando Ligia le manifestó su gratitud, asegurándole que Pomponia Grecina le querría mucho más por su bondad y que ella misma le estaría reconocida eternamente, no fué dueño el joven de dominar su emoción y comprendió que siempre cedería ante una súplica de Ligia, fueran las que fueran las circunstancias en que se la hiciera. Marco estaba verdaderamente enterne-

cido. La hermosura de la doncella le ofuscaba los sentidos y excitaba sus febriles anhelos; mas no por ello dejaba de comprender que ya amaba á Ligia y que podía rendirle culto como á una diosa. Y á la vez sentía necesidad irresistible de hablarle de su belleza y de pintarle el culto que le tributaba. Excitado con el ruido del festín se iba acercando poco á poco á la joven y murmurándole quedo dulces palabras, que brotaban del alma y subían hasta los labios, sonoras como armonías, embriagadoras como el vino.

Y en verdad que estas palabras embriagaban á Ligia. Rodeada de multitud de personas extrañas, sólo él iba acercándose á ella, cada vez más amante, más rendido y dedicándose á ella con toda su alma. El procuraba tranquilizarla, le prometía sacarla de la casa del César, le aseguraba que jamás la abandonaría y que su único pensamiento era agradarle. Además, antes, en casa de Aulio Plaucio, había hablado del amor en general y de la felicidad que puede traer consigo; pero, ahora, en la ocasión presente, no vacilaba en declarar sin rebozo que la amaba y que cada momento que transcurría le hacía comprender mejor que no podía vivir sin ella y que la quería más.

Ligia, que por primera vez experimentaba la impresión que tales palabras producen, cuando salen de labios de un hombre, sentía que dentro de su ser despertaba algo indefinible, que la envolvía como una nube de rara felicidad, causándole inmensa alegría y al par inmensa inquietud. Parecíale que sus mejillas ardían, y entreabría los labios á impulso de una sensación de extraño asombro. Se sobrecogía de temor al oir tales frases, y sin embargo, no quería perder ni una sílaba de ellas. Tan pronto bajaba púdicamente los ojos, como los levantaba, fijando en Vinicio la límpida mirada, tímida y á la vez escudriñadora, como diciéndole: «¡ Prosigue !»

Pronto empezó á sentir los efectos de la música, del aroma de las flores y de los perfumes de la Arabia.

Era costumbre romana la de reclinarse en los banquetes y comer casi tendido. Ligia, en casa de Plaucio, se sentaba á la mesa entre Pomponia y el niño Aulio. Ahora tenía á Vinicio reclinado junto á ella y le veía hermoso, rebosando juventud, amor, pasión; y al sentir el calor que aquél despedía, la alegría le inundaba el corazón y al mismo tiempo el rubor le coloreaba las mejillas. Una especie de dulce angustia y de grata laxitud se apoderaron de ella, y se sintió presa de extraño adormecimiento.

A su vez, también la joven había empezado á ejercer imperio sobre Vinicio. Este dilataba las narices como el brioso corcel árabe; su corazón palpitaba con inusitada violencia, y á impulsos de sus latidos se movía la túnica escarlata. La respiración del joven era entrecortada y afanosa y las palabras brotaban inseguras de sus trémulos labios. Se encontraba por vez primera tan próximo á Ligia, que sus ideas empezaban á perturbarse, la sangre le hervía en las venas y en vano intentaba apagar su ardor con el vino; éste y la maravillosa hermosura de la sin par doncella, sus desnudos brazos, el seno virginal, que se agitaba dulcemente bajo la dorada túnica, y las escultóricas formas veladas por los blancos pliegues del peplo, aumentaban rápidamente los efectos de la embriaguez. Como cierto día hiciera en casa de Aulio, la cogió de un brazo, y, atrayéndola dulcemente, le dijo al oído con balbuciente labio:

—Tienes que amarme como yo te amo.

—Déjame, Marco—replicó Ligia.

—¡ Amame, diosa mía, niña divina !

Actea les dijo en este instante:

—Cuidado: el César os está mirando.

Vinicio no pudo reprimir un movimiento de disgusto; las palabras de Actea venían á deshacer el encanto. En aquellos momentos, hasta la voz del amigo más querido le hubiera sonado mal al joven; con mayor motivo le molestó la de Actea, á quien supuso

animada del maligno propósito de interrumpir el coloquio. En tal creencia, levantó la cabeza, y mirando á la liberta por encima del hombro de Ligia, le dijo con acento irónico:

—Ya pasaron los tiempos, Actea, en que en los banquetes te reclinabas al lado del César; y como además dicen que estás casi ciega, no atino cómo puedes distinguir desde aquí si el César nos mira ó no.

—Le veo, sin embargo—replicó la aludida con triste acento.—El también es corto de vista y te está mirando al través de su esmeralda.

La más insignificante cosa que Nerón hiciera, despertaba la atención de todos, aun de los que más cerca de él estaban; no era extraño, pues, que Vinicio, alarmado, se recobrara y empezara á mirar disimuladamente al César.

Ligia, que al principiar el banquete y ver á Nerón como al través de una nube estuvo á punto de perder el conocimiento; que entretenida luego con la presencia y la conversación de Vinicio, no había pensado ni por un instante en mirar al César, clavó ahora en él los ojos con curiosidad y con miedo.

Lo que había dicho Actea era exacto: el César les observaba, un poco inclinado sobre la mesa, con un ojo medio cerrado y sosteniendo delante del otro una esmeralda redonda y pulimentada que le servía de lente.

Llegó un momento en que se encontraron su mirada y la de Ligia; ésta se sobrecogió de terror. Siendo muy niña y estando en una hacienda de Aulio Plaucio, en Sicilia, le refería cierto esclavo egipcio, viejo ya, historias de dragones que habitaban en cavernas; viendo á Nerón con su esmeralda, le parecía que la estaba mirando con su ojo verdoso uno de aquellos monstruos de los cuentos del viejo egipcio. Como chiquillo asustado, se agarró á una mano de Vinicio, y por su cerebro cruzaron, rápidas é incoherentes, las más extrañas impresiones. Allí estaba el hombre terrible, el todopoderoso. Mucho había oído hablar de él, pero nunca le había visto; y en verdad que se lo imaginaba con aspecto muy diferente del que en realidad tenía: suponíale de siniestra catadura, con la maldad retratada en el rostro, y ahora se encontraba con que tenía una cabeza voluminosa asentada sobre un cuello recto; cabeza terrible, es verdad, pero al cabo, casi grotesca, porque, vista á cierta distancia, aquella cabeza parecía de un niño. Una túnica de color de amatista, color prohibido á los simples mortales, constituía el traje de Nerón, y despedía ciertos reflejos azulados que daban el más extraño matiz al ancho rostro del César. Este tenía obscuros los cabellos y los llevaba divididos en cuatro rizos, según costumbre introducida por Otón. Llevaba la cara completamente rasurada, porque hacía poco que había sacrificado la barba á Júpiter. Roma entera le había tributado por ello homenaje de gratitud, si bien no faltaban murmuradores que, en voz baja, atribuían tal sacrificio á que Nerón tenía la barba roja, como solía acontecerles á todos en su familia. En su frente, y proyectándose enérgicamente sobre las cejas, había algo de olímpico; en el ceño fruncido se advertía la conciencia del poder supremo; pero aquella frente de semidiós coronaba la cara de un mono, de un borracho, de un comediante fatuo, pletórico de deseos, hinchado de gordura, á pesar de sus pocos años, y de aspecto enfermizo y desagradable.

A Ligia le pareció altamente repulsivo.

Nerón dejó al cabo su esmeralda y de mirar á la doncella. Esta pudo entonces hacerse cargo de que aquél tenía los ojos azules y saltones, vidriosos como los de un muerto, y entornados á la sazón, porque le molestaba la luz.

—¿Es aquélla la muchacha que está en rehenes y de la que se ha enamorado Vinicio?—le preguntó el César á Petronio.

—Sí, ella es—contestó el interpelado.

—¿Cómo se llama su pueblo?

—El pueblo ligio.

—¿Y á Vinicio le parece hermosa, eh?

—Si á Vinicio le enseñas un tronco de olivo vestido con un peplo de mujer, le parecerá hermosísimo; pero en tu rostro, ¡oh, conocedor sin rival de la belleza! estoy leyendo el fallo. No es menester que lo pronuncies. Tu fallo es justo; sí, esa muchacha es harto flaca y enteca, carece de formas, parece una flor en lo alto de frágil tallo; y el tallo es precisamente, ¡oh, divino esteta! lo que tú más estimas en la mujer. Tienes razón, sobrada razón; el rostro nada es de por sí. Mucho he aprendido á tu lado, pero todavía no sé orientarme tan rápidamente como tú, con una ojeada certera é infalible. Sin embargo, le apuesto á Tulio Senecio su querida á que, aunque estamos todos recostados y en tal posición es difícil apreciar, en general, las formas de una mujer, tú has formulado ya en tu fuero interno y desdeñosamente, mirando á la muchacha, la siguiente conclusión: «Demasiado estrecha de caderas».

—Demasiado estrecha de caderas—repitió Nerón, haciendo un guiño.

Petronio sonrió irónicamente, aunque con sonrisa casi imperceptible.

Tulio Senecio, que hasta entonces había estado hablando con Vestinio, esforzándose en demostrarle que no creía en los ensueños, en los cuales Vestinio creía á puño cerrado, al oir que le mentaban se volvió hacia Petronio; y aunque no tenía la menor idea de lo que éste y el César decían, se apresuró á manifestar su opinión en estos términos:

—Yo opino como el César.

—Muy bien dicho—exclamó el Arbitro.—Yo trataba de demostrar que tienes algunos destellos de inteligencia, y el César aseguraba que eras lisa y llanamente un asno.

—¡*Habet!* (así es)—dijo Nerón riéndose.

Y volvió hacia abajo el pulgar, que era la señal que se hacía en el Circo, cuando un gladiador recibía un golpe mortal.

Mas Vestinio, creyendo todavía que se trataba de los ensueños, dijo, sin parar mientes en las últimas palabras de Petronio:

—Pues yo creo en los ensueños y Séneca también.

Calvia Crispinilla se inclinó sobre la mesa y tomó parte en la conversación, diciendo:

—Anoche soñé que me habían hecho vestal.

Aplaudió Nerón, celebrando el cinismo de Calvia, le imitaron otros, y pronto estalló en el triclinio estrepitosa salva de aplausos; Crispinilla se había divorciado muchísimas veces y era proverbial en Roma su licenciosa vida.

—¡Bien!—repuso sin desconcertarse.—Todas las vestales que hay ahora son viejas y feas; la única que tiene semblanza humana es Rubria, y si mi ensueño se realizara seríamos dos las vestales presentables. Verdad es que Rubria se pone pecosa en el verano.

—Queda sentado, purísima Calvia—dijo Petronio,—que tú puedes ser vestal; pero únicamente en sueños

—¿Y si el César lo ordenara?

—Entonces creería yo que pueden realizarse hasta los ensueños más inverosímiles.

—Pues se realizan—insistió Vestinio.—Comprendo que haya quien no crea en los dioses; mas, ¿cómo es posible no creer en los ensueños?

—¿Y en las predicciones?—preguntó Nerón.—Me predijeron una vez que Roma dejaría de existir y que yo dominaría en todo el Oriente.

—Predicciones y ensueños vienen á ser lo mismo—dijo Vestinio.—En cierta ocasión, un procónsul muy incrédulo envió un esclavo al templo de Mopso con una carta cerrada, para probar si el dios podía contestar á la pregunta que la epístola encerraba. El esclavo pasó la noche en el templo á fin de tener un sueño profético, y cuando regresó le dijo á su señor: «He visto en sueños á un adolescente que brillaba como el Sol, y que pronunció una sola palabra: *negro*.» Palideció el procónsul y exclamó, dirigiéndose á sus hués-

pedes, que eran tan incrédulos como él: «¿Sabéis qué decía la carta?»

Al llegar á este punto hizo Vestinio una pausa, levantó su copa de vino y empezó á beber.

—¿Qué decía la carta?—preguntó Senecio.

—Las siguientes palabras: «¿Qué toro he de sacrificar, el negro ó el blanco?»

En esto, Vitelio, que estaba ya borracho, prorrumpió en insensatas carcajadas.

—¿De qué se ríe ese barril de sebo? —preguntó Nerón.

—En la risa se distingue el hombre del bruto—respondió Petronio,—y ése, para demostrarnos que no es un cerdo, no puede dar más prueba... que reirse.

Puso término Vitelio á su acceso de hilaridad, y después de producir un chasquido con los labios, que los tenía relucientes de manteca y de salsas, se puso á mirar á los circunstantes con el mismo asombro que si los viera por primera vez; luego, levantando las gordas y enormes manos, exclamó con voz ronca:

—El anillo de caballero que heredé de mi padre se me ha caído del dedo.

—De su padre, que era zapatero—agregó Nerón.

Vitelio tornó á lanzar carcajadas y se puso á buscar su anillo en el peplo de Calvia Crispinilla, mientras ésta y su amiga Nigidia, una viudita joven y con cara de inocente, decían frases bastante crudas.

Vestinio, entretanto, lanzaba gritos, imitando los de una mujer asustada.

—Busca lo que no ha perdido—dijo Nigidia en alta voz.

—Y que además será inútil si llega á encontrarlo—añadió el poeta Lucano.

La animación crecía y la fiesta era cada vez más alegre y libre. Numerosos esclavos iban y venían incesantemente con nuevos manjares y con los vinos más variados, que previamente habían sido enfriados en vasos llenos de nieve y adornados con guirnaldas de hiedra. Copiosa lluvia de rosas frescas caía desde el techo sobre los invitados. Estos bebían sin tasa.

Petronio le rogó á Nerón que para solemnizar la fiesta cantara, antes que los comensales estuvieran borrachos del todo.

Muchas voces apoyaron el ruego; pero el *grande artista* empezó por negarse, no solamente por timidez, según decía, pues él lo era siempre, sino porque los dioses sabían cuántos esfuerzos le costaba cada uno de los éxitos que obtenía. Sin embargo, no los rehusaba, porque comprendía la necesidad de hacer algo por el arte; además, Apolo le había otorgado el don de la voz, y era necesario aprovechar tan divino don. Por otra parte, estaba persuadido de que uno de sus deberes para con el Estado era lucir este don ante su pueblo, que era feliz oyéndole; pero á la sazón estaba verdaderamente ronco. La noche anterior se había abrigado mucho el pecho; pero inútilmente. En vista de esto, pensaba emprender un viaje á Ancio, á respirar aires marinos.

Lucano, entonces, le rogó en nombre del Arte y de la Humanidad. Dijo que todos sabían que el *divino* poeta había compuesto un nuevo himno á Venus, al lado del cual no era nada el de Lucrecio. Para que la fiesta que se celebraba fuera verdadera fiesta, sólo faltaba la audición de aquel himno, y un gobernante tan bondadoso no debía imponer torturas tan crueles á sus súbditos.

—¡No seas cruel, oh, César!—dijo para terminar.—¡Canta, canta!

—¡No seas cruel!—repitieron todos á coro.

Nerón extendió las manos para dar á entender que accedía. En todos los rostros apareció una expresión de gratitud y todos los ojos se fijaron en el César. Este mandó que avisaran á Popea, cuya salud estaba algo resentida; y como para ella no había mejor medicina que oirle cantar, era conveniente aprovechar tan favorable ocasión.

Popea no tardó en presentarse. Has-

ta entonces había dominado á Nerón como á un súbdito, pero sabía que estando interesada su vanidad de cantante, de cochero ó de poeta, era peligroso provocar su enojo. Apresuróse, pues, á acudir y entró hermosa como una divinidad. Venía vestida como el César, de color de amatista, y ostentaba un collar de gruesas perlas, que en otro tiempo le había sido robado á Masinisa. La expresión de su rostro era dulce, rubios sus cabellos, y aunque divorciada de dos maridos, su aspecto era virginal.

Los invitados la recibieron con entusiastas aclamaciones, llamándola *divina* y *augusta*. Ligia apenas daba crédito á sus ojos: nunca había visto mujer tan bella y no podía comprender que con semejante aspecto fuera Popea Sabina uno de los seres más infames que pisaban la tierra. Sabía por Pomponia que á instancias de Popea asesinó Nerón á su propia madre y á su esposa; conocía diferentes hechos de la vida de aquella mujer por habérselos oído referir á los huéspedes y á los sirvientes de Aulio Plaucio; no ignoraba que las estatuas erigidas á Popea en la ciudad habían sido derribadas de noche, y que todas las mañanas aparecían nuevos letreros en las murallas, á pesar de que los autores eran castigados severamente, cuando se lograba descubrirlos. Tampoco ignoraba que los que profesaban la doctrina de Cristo consideraban á Popea como la encarnación de la maldad y del crimen; y, sin embargo, le pareció que la cara de aquella mujer sólo podía compararse con la que debían de tener los espíritus celestiales. No podía apartar los ojos de ella, y de sus labios brotó involuntariamente esta pregunta:

—Marco, ¿es posible que ella?...

Pero éste, excitado por el vino é impaciente porque eran ya demasiadas las cosas que venían á distraer la atención que Ligia debía dedicarle, respondió:

—En efecto, es hermosa; pero tú eres mucho más hermosa que ella. Más hermosa cien veces, y no lo sabes; porque, si lo supieras estarías, como Narciso, enamorada de ti misma. Popea se baña en leche de burras; pero Venus te bañó á ti en su propia leche. Nada, no te conoces á ti propia, *ocelle mi* (1). No la mires á ella; mírame á mí. Fija en mí la mirada y toca con tus labios de coral el borde de mi copa; yo haré lo mismo con los míos.

Al expresarse en estos términos se acercaba á Ligia, y ésta se apartaba, aproximándose á Actea.

De pronto reinó profundo silencio. El César se había puesto en pie; el cantante Diodoro le entregó una lira, y Terpnos, otro cantante, se acercó con un *nablium* (salterio). Nerón apoyó la lira en la mesa, levantó los ojos, y se hizo el silencio tan profundo, que pudo oirse, como leve susurro, el tenue rumor que producían las rosas al caer desde el techo sobre los invitados.

Empezó Nerón á cantar, ó más propiamente dicho, á recitar rítmica y cadenciosamente, como en una melopea, acompañándose con la lira que pulsaba y con el *nablium* que tañía Terpnos, el himno á Venus que había compuesto. Ni su voz, aunque algo velada, era desagradable, ni los versos malos; circunstancias ambas que ocasionaron á Ligia nuevos escrúpulos de conciencia, porque el himno, aunque en honor de la impura Venus, le pareció hermoso, y Nerón, coronado de laurel y con la vista fija en la altura, ofrecía un aspecto más noble é imponente y menos repulsivo de lo que al comenzar la fiesta le pareciera.

La concurrencia prorrumpió en estruendosos aplausos y por todas partes se oía exclamar: «¡Oh, voz celestial!» Algunas mujeres levantaron las manos, manteniéndolas en alto, en señal de arrobamiento, aun después de haberse acabado el himno; otras se enjugaban las lágrimas, y Popea, inclinando la cabeza cogió la mano de Nerón, se la llevó á los labios y la retuvo largo rato, sin pronunciar palabra alguna. Pitágo-

(1) *Ojitos mios, luz de mis ojos;* frase cariñosa:

ras, joven griego de maravillosa hermosura, se postró de hinojos á los pies del César. Este mismo Pitágoras fué el joven con quien, andando el tiempo, Nerón, ya con el juicio medio trastornado, dispuso que le casaran, mandando á los *flamines* (sacerdotes) que observaran y cumplieran escrupulosamente todas las ceremonias que prescribía el ritual.

La ovación continuaba estruendosa, pero Nerón buscaba con los ojos á Petronio, cuya aprobación le interesaba más que la de todos, y no se fijó en Pitágoras.

El Arbitro dijo al fin:

—Empezando por la música, convengamos en que Orfeo debe de estar en este instante más pálido de envidia que el propio Lucano, aquí presente; y por lo que atañe á los versos, lamento que no sean peores: que si peores fueran podría yo encontrar palabras adecuadas para alabarlos.

A Lucano no le pareció mal el epíteto de envidioso con que Petronio le había obsequiado; al contrario: se lo pagó al Arbitro con una mirada de gratitud y murmuró con fingido mal humor:

—¡Maldito destino el mío, que me obliga á ser contemporáneo de semejante poeta! Sin esta coincidencia, podría yo tener un sitio reservado en la memoria de los hombres y en el Parnaso, mientras que así no paso de la categoría de un mísero farolillo ante la luz del sol.

Petronio, que poseía prodigiosa memoria, comenzó á recitar algunos versos del himno, á repetir frases sueltas y estrofas que le gustaban, y á encomiar y analizar las expresiones más felices; Lucano, haciendo como que los encantos de la poesía le entusiasmaban hasta el punto de adormecer la envidia, escuchaba á Petronio con arrobamiento.

El rostro de Nerón expresaba satisfacción y vanidad; pero una vanidad ridícula, que no sólo era rayana con la estupidez, sino que podía confundirse con ella perfectamente. Señaló los versos que á su juicio eran más hermosos y, por último, se puso á consolar á Lucano, aconsejándole que no se desanimara; porque, aunque el talento nace y no se hace, los hombres, al rendir homenaje á Júpiter, no por ello dejaban de rendir culto también á las divinidades menores.

Luego se levantó para acompañar á Popea, que, efectivamente, no estaba bien de salud y quería retirarse; pero antes de salir les ordenó á todos que permanecieran en sus sitios, ofreció volver, y poco después vino, en efecto, á la sala del festín, para continuar mareándose con el humo del incienso y con los espectáculos que él mismo, Petronio ó Tigelino, habían preparado para recreo de los comensales.

Leyéronse de nuevo versos y se reanudaron los diálogos, en los cuales reemplazaba la extravagancia al ingenio. Paris, célebre mimo, representó las aventuras de Io, hija de Inaco. Para los que, como Ligia, no estaban familiarizados con semejantes espectáculos, tales escenas eran cosa milagrosa ó de encantamiento. Paris expresaba con suma habilidad, con los movimientos de las manos y del cuerpo, cosas que no parecía posible expresar con la danza y la mímica. A veces, agitando las manos en el vacío, parecía que obscureciera el aire, creando una nube animada, voluptuosa, que ceñía las palpitantes formas de una doncella conmovida por inefable dicha. Su manera de bailar era, más que danza, verdadera pintura; una pintura expresiva, en la que se revelaban los secretos del amor. Cuando, al terminar Paris, los esclavos de Siria comenzaron su danza báquica al son de flautas y tambores, acompañada de gritos desenfrenados y de impúdica licencia, Ligia, roja de vergüenza, creyó que el techo debía desplomarse y aplastar á aquella gente, ó que debía caer un rayo que incendiara el vasto triclinio y los aniquilara á todos.

Pero no eran rayos, sino rosas las que desde la dorada red colocada junto al techo caían sobre la concurrencia;

y Vinicio, casi ebrio, le decía á la joven:

—Te vi por primera vez en casa de Aulio, junto á la fuente; amanecía y tú creías estar sola y que nadie te observaba; pero te veía yo, y ahora te veo con la imaginación como te vi entonces, aunque el peplo oculta tus formas. Quítatelo, como ha hecho Crispinilla. Mira en derredor. ¿Ves? Lo mismo los hombres que las mujeres sólo piden amor. No hay nada en el mundo como el amor. Reclina la cabeza en mi pecho y cierra los ojos.

La sangre le golpeaba á Ligia en las sienes como si éstas fueran á estallar. Comprendía que se encontraba al borde de un abismo y que Vinicio, á quien consideraba tan digno de su confianza poco antes, la empujaba en vez de salvarla; y nuevamente tuvo miedo de la fiesta, del joven y de sí misma. Le parecía que la voz de Pomponia le decía con trémulo acento: «¡Sálvate, Ligia, sálvate!» y que á la vez otra voz interior murmuraba: «Ya es tarde». La mujer á quien envolvía una llama como la que á ella la abrasaba; la que presenciara, como ella, lo que en aquel festín ocurría y sentía latir su corazón al escuchar las palabras de Vinicio; la que al aproximársele éste se estremecía, con la sacudida que ella experimentaba, estaba irremisiblemente perdida. Reconoció la propia debilidad; creyó que iba á perder el conocimiento y que á continuación le ocurriría algo terrible. Sabía que nadie debía levantarse de la mesa antes que el César, so pena de incurrir en la cólera de éste; mas, aunque tal peligro no le obligara á permanecer, las fuerzas la habían abandonado y no podía contar con ellas para moverse.

Y el festín no tenía visos de acabarse en buen rato: los esclavos seguían trayendo nuevos platos y llenando sin cesar las copas.

En un tablado cercano á la mesa se presentaron dos atletas dispuestos á luchar. Los fornidos cuerpos de ambos, relucientes por el aceite de oliva con que estaban untados, se juntaron al comenzar la lucha, formando en recio abrazo un solo cuerpo. Crujían los huesos bajo la presión de aquellos brazos de hierro y los luchadores rechinaban los dientes. De pronto, resonaban los rápidos y fuertes golpes que daban con los pies en el tablado, el cual estaba cubierto de azafrán, y luego se quedaban los atletas silenciosos é inmóviles, con el aspecto de un grupo tallado en piedra. Los romanos observaban con verdadero deleite el tremendo esfuerzo de aquellos músculos, cuya tensión era asombrosa en los brazos, muslos y espaldas. Mas la lucha fué breve; Crotón, maestro y fundador de la escuela de gladiadores, era reputado, con justicia, por el hombre más forzudo del Imperio. Su adversario empezó á respirar afanosamente; luego se oyó un ronco estertor; congestionósele el rostro, y, por último, arrojó una bocanada de sangre y cayó desplomado.

Los espectadores prorrumpieron en estruendosos aplausos. Crotón le puso un pie en el cuello al vencido adversario, cruzó los musculosos brazos y paseó por la sala una mirada de triunfo.

Cuando terminó la lucha, se presentaron en la sala unos hombres que remedaban los gritos y los movimientos de los animales; fueron acogidos con infernal gritería. En pos de éstos, entraron los bufones y los jugadores de pelota; pero casi nadie reparó en ellos, porque el vino les turbaba ya la vista á casi todos los invitados. La fiesta fué degenerando gradualmente en ruidosa borrachera y licenciosa orgía. Las bacantes, sentadas junto á los patricios, bebían y hablaban de amor. La música se convirtió en desatentado y rumoroso resonar de cítaras, laúdes, címbalos armenios, sistros egipcios, cuernos y trompetas. Algunos convidados querían continuar sus conversaciones y pedían á grito herido que se fueran los músicos. El aire era sofocante, saturado del perfume de las flores y de los aceites con que hermosos mancebos rociaban los pies á los invitados durante la fiesta, é impregnado de azafrán y de las emanaciones de aquella multi-

tud; las luces alumbraban ya poco; las guirnaldas que los comensales llevaban en la cabeza habían perdido su primitiva posición y aparecían torcidas y ladeadas; los rostros estaban pálidos y sudorosos. Vitelio se había caído debajo de la mesa; Nigidia, desnuda hasta la cintura, apoyaba la infantil cabeza en el pecho de Lucano, el cual, no menos borracho que Nigidia, le soplaba á ésta en los cabellos, aventando el polvo de oro que los cubría, y alzaba luego la vista, como enajenado de placer. Vestinio repetía por décima vez, con la terquedad del beodo, la contestación que Mopso había dado á la carta cerrada del procónsul. Tulio, que se burlaba de los dioses, dijo, con torpe lengua y voz entrecortada por el hipo:

—Si la esfera de Jenófanes es redonda, figuraos con qué facilidad podría semejante dios empujarla con el pie, como si fuera un barril.

Domiciano Africano, delator y criminal endurecido, se sublevó ante tal discurso, y en su indignación, derramóse en la túnica todo el vino de Falerno que contenía su ancha copa; él no había dejado de creer en los dioses, y replicó:

—No falta quien asegure que Roma ha de perecer; y hasta hay quien sostiene que ya está pereciendo. ¡Puede que sea verdad! Pero si tal ocurre es porque la juventud no tiene fe; y sin fe no hay virtud posible. El pueblo ha echado en olvido las severas costumbres de antaño, y nadie cree que los epicúreos no puedan sobreponerse á los bárbaros.

Tocante á él, ¡ah! Domiciano deploraba haber tenido la desgracia de alcanzar semejantes tiempos, que le costreñían á buscar en los placeres lenitivo á las amarguras; las cuales amarguras le matarían seguramente y en breve plazo, si no las combatía.

Al terminar este discurso, le echó mano á una bacante siria y le besó con su desdentada boca los hombros y el cuello.

El cónsul Memio Régulo no pudo contener una carcajada al ver la referida escena, y levantando la calva cabeza, con la guirnalda de medio lado, exclamó:

—¿Quién dice que Roma está pereciendo? ¡Qué disparate! Yo, cónsul, sé lo que digo ¡*Videant consules!* A la hora presente, treinta legiones velan por nuestra *pax romana*.

Y levantando los puños á la altura de las sienes, se puso á dar desaforadas voces, exclamando:

—¡Treinta legiones, treinta legiones; desde la Bretaña hasta la frontera de los partos!

De repente calló, y poniéndose un dedo en la frente, rectificó así:

—Creo que me equivoco; me parece que son treinta y dos.

Y luchando con la duda, se cayó debajo de la mesa y empezó á arrojar lenguas de flamenco, setas, langostas en miel, pescado, carne y todo lo demás que había ingerido.

Entretanto, las numerosas legiones que velaban por la paz de Roma no lograban apaciguar á Domiciano, que decía á voz en cuello:

—¡No, no; Roma debe perecer porque ha perdido la fe en los dioses y ha relegado al olvido las costumbres severas! ¡Roma debe perecer!... ¡Y es lástima; porque la vida es aquí tan agradable! ¡El César es clemente; el vino, bueno! ¡Ah, qué lástima!

Y apoyando la cabeza en el seno de una bacante siria, se echó á llorar.

—¿Qué es la vida futura?—repuso tras breves momentos.—Aquiles tenía razón: vale más ser esclavo en el mundo, á la luz del sol, que rey en las legiones de Cimeria.

Lucano, entretanto, había conseguido aventar por completo el polvo de oro que tenía Nigidia en los cabellos; y ésta, embriagada del todo, se había quedado dormida. El poeta tomó unas guirnaldas de yedra del vaso que tenía más cerca, se las puso á Nigidia, y luego miró á los circunstantes con satisfacción, mientras se adornaba del mismo modo, repitiendo con acento de profundo convencimiento:

—¡Yo no soy un hombre; soy un fauno!

Petronio no estaba borracho; en cambio, Nerón, que había bebido poco al principio para poder cantar, olvidó los cuidados que merecía su voz *celestial* y vació copa tras copa, hasta embriagarse. Borracho ya, intentó cantar unos versos suyos en griego; pero se le olvidaron y cantó por equivocación una oda de Anacreonte. Pitágoras, Diodoro y Terpnos le acompañaban, sin conseguir llevar el compás, y al fin, guardaron silencio. Nerón, encantado, contemplaba, como crítico y como esteta, la belleza de Pitágoras, y en un acceso de entusiasmo empezó á besarle las manos.

—¿Dónde he visto yo—exclamaba—unas manos tan hermosas como éstas?

Y tratando de recordarlo, se llevó la diestra á la sudorosa frente. De repente, palideció, y, presa del terror, dijo:

—¡Ah, sí! ¡Las manos de mi madre; las de Agripina!

Y dijérase que una tétrica visión se apoderaba de él y le llenaba de espanto.

—Dicen—repuso—que vaga errante á la luz de la luna por la orilla del mar, en las inmediaciones de Baya y de Bauli; que se pasea, se pasea, como si buscara algo, y que cuando se acerca á las barcas y mira á algún pescador, el pescador muere.

—¡Bonito tema!—exclamó Petronio.

—No creo en los dioses; pero creo en los espíritus—murmuró Vestinio con aire misterioso.

Nerón no hizo caso y prosiguió diciendo:

—No quiero verla. Celebraré la *Lemuria* para aplacar la sombra. Han pasado cinco años... Tuve que condenarla, porque quiso asesinarme, y si yo no la hubiera ganado por la mano, no habríais oído mi canto esta noche.

—¡Gracias, César!—exclamó Domiciano Africano.—¡Gracias en nombre de la ciudad y del mundo!

—¡Vino! ¡Más vino, y que suenen los tímpanos!

El estrépito empezó otra vez. Lucano, cubierto de yedra y tratando de dominar con su voz la de Domiciano, se levantó, exclamando:

—¡Yo no soy un hombre; soy un fauno; vivo en el bosque!

El César bebió hasta que no pudo más, y en el mismo caso se encontraban todos los comensales, hombres y mujeres: completamente embriagados. A Vinicio le sucedía lo propio, y además de los deseos que le excitaban, tenía ganas de reñir, como siempre que se excedía bebiendo. Con el moreno rostro, más pálido que de ordinario, y trabándosele la lengua, exclamó en voz alta é imperiosa:

—¡Bésame, Ligia; no quiero aguardar á mañana! El César te sacó para mí de casa de Aulio Plaucio; para mí, ¿comprendes? Y antes de sacarte de tu casa me ofreció que serías mía. Mía serás. ¡Bésame; no quiero aguardar á mañana! ¡Pronto; bésame!

Y trató de abrazarla.

Actea procuró defenderla con todas sus fuerzas, porque la vió á punto de sucumbir; pero inútilmente quería contrarrestar las del forzudo Vinicio; en vano le suplicaba con voz trémula por el miedo y por la pena, que no fuera cruel y tuviera piedad de la débil é infeliz criatura: el joven, ahito de vino, acercaba más y más el rostro al de la doncella, que ya sentía en la faz el calor de su hálito impuro. Ya no era Vinicio para ella el hombre amante á quien antes conociera, al que había llegado á amar; no, á sus ojos no era ya más que un sátiro que la inspiraba repulsión y horror. La cuitada sentía que le faltaban las fuerzas; en vano inclinaba el cuerpo y esquivaba el rostro para sustraerse á los besos de Vinicio. Este se había puesto en pie, la sujetaba violentamente con los brazos, y, anhelante, oprimía con sus labios los pálidos labios de la doncella.

De repente, una fuerza incontrastable apartó los brazos de Vinicio del cuerpo de la joven, con la misma facilidad que si hubieran sido los de un niño, y tiró á aquél á un lado como si fuera un muñeco.

¿Qué había sucedido?

Cuando Vinicio pudo darse cuenta, pasado el primer momento de estupor, vió interpuesto entre él y la joven á Urso, el hercúleo ligio, á quien conocía por haberlo visto en casa de Aulio Plaucio. Le vió erguido y sereno, clavando en él la mirada de sus azules ojos con expresión tal, que la sangre se le heló en las venas.

Urso cogió en brazos á su reina y salió del triclinio con tranquilo y mesurado paso.

Actea le siguió.

Vinicio se dejó caer, como petrificado, en un asiento; pero pronto se puso en pie de un salto y echó á correr como loco hacia la puerta, llamando:

—¡ Ligia ! ¡ Ligia !

Mas las emociones, el anhelo, la sorpresa, la cólera y, sobre todo, el vino, hicieron que las piernas le flaquearan; le pareció que faltaba la tierra bajo su planta, y tambaleándose, fué á agarrarse del desnudo brazo de una bacante, á la cual pidió explicaciones de lo ocurrido.

La bacante le ofreció una copa de vino, y entre una sonrisa estúpida y una mirada vaga, mirada de beoda, le dijo:

—¡ Bebe !

Vinicio obedeció. Aquella copa fué el golpe de gracia. El joven cayó al suelo.

La mayor parte de los asistentes dormían ya debajo de la mesa; otros andaban por el triclinio haciendo eses; algunos roncaban ruidosamente, apoyados en la mesa, y todos demostraban claramente que habían bebido con exceso.

De la dorada red colocada junto al techo proseguía cayendo sin interrupción la lluvia de rosas sobre aquellos cónsules, senadores, filósofos y poetas borrachos; sobre aquellas damas y bacantes embriagadas; sobre una sociedad que aun dominaba pero que carecía de alma; una sociedad coronada de flores, pero agonizante.

El alba comenzaba á clarear.

## VIII

Nadie intentó detener á Urso ni preguntarle adónde iba; los esclavos que le encontraron en el camino supusieron que llevaba en brazos á su ama, embriagada y procedente de la sala del festín, y que la conducía á sus habitaciones. Como, por otra parte, Actea le acompañaba, su presencia contribuía á desvanecer toda sospecha.

Uno en pos del otro, salieron del triclinio, atravesaron la sala contigua y siguieron por la galería, dirigiéndose á los aposentos de Actea.

Ligia iba en brazos de Urso como cuerpo inerte; mas, al sentir la pura y fresca brisa de la mañana, que le acariciaba el rostro, se reanimó y abrió los ojos.

Atravesaron la columnata y cruzaron por un pórtico lateral que daba á los jardines. Los albores matutinos empezaban ya á iluminar las cimas de los cipreses y de los pinos. Los ecos del festín llegaban á sus oídos cada vez más amortiguados.

Al respirar con ansia las auras matinales, parecíale á Ligia que la habían librado del infierno, trayéndola á gozar nuevamente de la vida. La infeliz rompió á llorar y le dijo á Urso:

—¡ Llévame á casa de Aulio !

—¡ Vamos !—contestó el ligio.

Hallábanse en aquel instante en el *atrium* de la habitación de Actea. Urso sentó á Ligia en un banco de mármol cercano á la fuente, y Actea procuró tranquilizar á la joven, asegurándole que por el momento no existía el menor peligro; pues, cuando se acabara el festín, los invitados, borrachos, dormirían hasta la tarde.

Sin embargo, no lograba tranquilizar á Ligia; ésta, llevándose las manos á la cabeza, repetía con tenacidad infantil:

—¡ Llévame á casa de Aulio ! ¡ Llévame á casa !

Urso estaba pronto á complacerla. Verdad es que en la puerta había pretorianos; pero él se encontraba con ánimos bastantes para pasar por encima de ellos. Además, no parecía probable que los soldados detuvieran á las personas que quisieran salir, pues el espacio que había delante del arco estaba lleno de literas, en busca de las cuales salían ya en tropel los invitados; con ellos saldrían confundidos, á nadie le llamaría la atención, no los detendrían, por lo tanto, y podrían irse á casa. Urso nada temía; la reina mandaba y á él le tocaba obedecer; para eso estaba él allí; para ejecutar sus órdenes.

—Sí, Urso—repetía la niña.—Vámonos.

Actea comprendió que ambos tenían razón, en parte, por supuesto; porque no se podía huir, así como así, de la casa del César. Indudablemente podían irse, sin que nadie les detuviera; mas por la tarde, un centurión, á la cabeza de un pelotón de soldados, iría á casa de Aulio Plaucio á llevarle á éste y á Pomponia Grecina la sentencia de muerte. Ligia sería conducida de nuevo al Palatino, y entonces no habría para ella salvación posible.

La doncella dejó caer los brazos con desaliento; á su entender no había solución posible, porque se veía obligada á escoger entre su ruina y la de Plaucio. Antes de asistir al banquete acariciaba la esperanza de que Vinicio y Petronio la rescataran, llevándola á casa de Pomponia; pero ya sabía que habían sido ellos los que indujeron á Nerón á sacarla del hogar de Aulio, y comprendía que sólo un milagro y el poder de Dios podían salvarla del abismo.

—Actea—le preguntó con acento en el que se revelaba la desesperación,—¿le oíste decir á Vinicio que el César le había hecho donación de mi persona y que esta tarde haría que sus esclavos me condujeran á su casa?

—Sí—contestó la interpelada.

La desesperación de Ligia no podía hallar eco en el corazón de Actea; ésta había sido esclava de Nerón, le amaba todavía, y su corazón, aunque bueno, no podía apreciar en su justo valor lo vergonzoso de semejantes relaciones. Si el César se dignara llamarla otra vez, ella le abriría los brazos como á la felicidad. Persuadida de que Ligia tendría que convertirse en manceba del joven y hermoso Vinicio ó exponer á Plaucio y á Pomponia á los mayores peligros y á la muerte, no se le alcanzaba que pudiera vacilar en la elección.

—La casa del César—murmuró tras breve pausa,—ofrece para ti más peligros que la de Vinicio.

Y al expresar esta verdad, no cayó en la cuenta de que era lo mismo que decirle: «Confórmate con tu suerte y sé la concubina de Vinicio».

Ligia, que todavía sentía en los labios la impresión de los del joven, que quemaban con el fuego de los impuros deseos en que aquél ardía, enrojeció de vergüenza al evocar el recuerdo de aquella afrenta.

—¡Nunca!...—exclamó con fogoso arrebato.—¡Ni permaneceré aquí ni iré á casa de Vinicio!

—¿Le odias, pues?—preguntó Actea.

La doncella, en vez de contestar, se deshizo en lágrimas.

Abrazóla Actea y trató de calmar su agitación.

Urso, entretanto, resollaba como un fuelle de fragua y apretaba los formidables puños; quería á su reina, le era fiel como un perro, y sus lágrimas le hacían daño. Este hombre semisalvaje experimentaba vivos deseos de ir al triclinio y ahogar á Vinicio y al mismo Nerón, si se le ponía por delante; pero temía que las consecuencias recayeran en su ama, y además, no estaba seguro de que la realización de tal proyecto, que á él le parecía natural y sencillo, fuera propia de un hombre que profesaba la nueva doctrina: la del Cordero Crucificado.

Actea, que seguía prodigando á Ligia caricias y consuelos, tornó á preguntarle:

—¿Odias á Vinicio?

—No—contestó sencillamente la joven. — No puedo odiarle, porque soy cristiana.

—Lo sé, como he aprendido igualmente en las epístolas de Pablo de Tarso, que tampoco está permitido pecar ni tenerle más miedo á la muerte que al pecado; pero dime; ¿tu doctrina permite matar?

—No.

—Entonces, ¿por qué quieres que caiga la ira del César sobre la casa de Aulio?

Siguióse un momento de silencio.

Ligia comprendía que bajo sus pies se abría un abismo sin fondo.

—Te lo pregunto—repuso la joven liberta,— porque tanto tú, como Aulio y Pomponia y el hijo de ambos, me inspiráis compasión. Largo tiempo ha que vivo en el Palatino, y he tenido muchas ocasiones de saber lo que es la cólera del César. ¡No, tú no puedes huir de aquí! Sólo un medio te queda: suplícale á Vinicio que te lleve á casa de Pomponia.

Ligia cayó de rodillas, imitóla Urso, y los dos elevaron fervorosa plegaria al Ser Supremo; ¡en la propia casa del César!

Actea, que por vez primera presenciaba una escena semejante, estaba sobrecogida y no podía apartar los ojos de Ligia; ésta, con las manos juntas en alto y la mirada fija en el espacio, imploraba la protección del Cielo. La claridad del alba, al iluminar los negros cabellos de la joven y su blanco peplo, reflejábase en sus ojos hermosísimos. Vista así la doncella, dijérase que irradiaba luz de sí misma. En su pálido rostro, en los entreabiertos labios, en las manos y en los ojos, cuya mirada buscaba la altura, había una expresión sobrehumana; algo que le hizo comprender á Actea la causa que impedía que Ligia pudiera llegar á ser concubina de ningún hombre. Merced á Ligia, se levantaba para la antigua favorita del César una punta del misterioso velo que ocultaba un mundo completamente distinto del que ella había conocido hasta entonces, y presenciaba atónita aquella fervorosa plegaria que se elevaba al Cielo desde la mansión de la infamia y del crimen. Un momento antes abrigaba el convencimiento de que no había salvación posible para Ligia; ahora comenzaba á creer que podía sobrevenir algo extraordinario: algún auxilio inopinado y tan poderoso, que el mismo César, incapaz de resistirle, tendría que someterse; quizá una formidable legión que bajaría del Cielo en socorro de aquella virgen, ó que el sol la enlazaría con sus rayos, substrayéndola á todo peligro. Había oído decir que entre los cristianos se realizaban milagros, y ya no dudaba de que fuera cierto todo lo que á este propósito se decía, puesto que Ligia oraba tan fervorosamente.

Cuando la joven se levantó, su rostro revelaba serenidad y esperanza. Urso se puso en pie también y miró á su ama, como esperando que ésta le comunicara sus órdenes.

Dos gruesas lágrimas resbalaron por las mejillas de la joven.

—¡Dios bendiga á Plaucio y á Pomponia!—exclamó.—No seré yo quien labre su ruina; para evitarla no les veré más.

Luego le dijo á Urso que debía ser para ella un protector y un padre, puesto que solamente con él contaba en el mundo. Añadió que no podian buscar refugio en casa de Aulio, porque sería lo mismo que atraer sobre aquel hogar querido la cólera del César; pero que tampoco le era lícito á ella permanecer en la casa del César ni en la de Vinicio. Era, pues, necesario huir. Urso la conduciría fuera de la ciudad, la ocultaría en lugar seguro, en donde ni Vinicio ni sus servidores pudieran descubrirla; ella le seguiría á todas partes, al otro lado del mar, más allá de las montañas, á los pueblos bárbaros, á donde fuera, con tal que la condujera lejos del poder del César, adonde no oyera ni el nombre de Roma.

Dispuesto estaba el ligio; en señal de obediencia, se echó á los pies de su ama y los besó.

Actea, que confiada aguardaba el milagro, dió inequívocas muestras de haber sufrido un desengaño, al ver que nada extraordinario ocurría. ¿No alcanzaba á más el poder de las oraciones? Huir de la casa del César era cometer un delito de lesa majestad y exponerse al consiguiente castigo. Y aunque Ligia lograra substraerse á éste, ocultándose, el César descargaría el peso de su venganza sobre Aulio Plaucio y Pomponia Grecina. Nada, si Ligia quería escaparse, debía verificarlo en casa de Vinicio; porque entonces el César, poco aficionado á mezclarse en asuntos ajenos, probablemente no ayudaría al joven á perseguir á Ligia. De todos modos, y fuera el que fuera el resultado, el escaparse de casa de Vinicio nunca constituiría un crimen de lesa majestad...

—Dices bien—afirmó Ligia.—Ni Aulio ni Pomponia sabrán nunca mi paradero, para que no les alcance responsabilidad alguna. Huiré, sí; pero no de casa de Vinicio, sino en el camino, cuando sus esclavos vengan á buscarme.

Era de suponer que los esclavos fueran, como había dicho Vinicio; pues había motivos para creer que no lo habría anunciado, si no hubiera estado ebrio. Era también lógico suponer que él, solo ó acompañado por Petronio, había visto al César antes del festín, obteniendo promesa de que le entregarían á Ligia á la tarde siguiente. Pero Urso la salvaría, llegando en el momento oportuno y arrancándola de la litera, como la arrancó del triclinio. ¡Ah, sí; y entonces huirían á la ventura! Nadie podía medirse con Urso; ni aun el terrible atleta que había luchado durante la fiesta de la noche anterior. Mas, como era posible que Vinicio enviara buen golpe de esclavos, convenía que Urso fuera con anticipación á pedir ayuda y consejo al obispo Lino; éste se compadecería de Ligia, y ayudaría á rescatarla. Arregladas las cosas de este modo, se apoderarían de Ligia, y, conseguido esto, podría Urso conducirla lejos de Roma y sustraerla al poder del César.

El plan tuvo la virtud de hacer que la sonrisa y los colores volvieran al rostro de la doncella; ésta se serenó, como si más que un proyecto y una esperanza fuera ya un hecho su salvación.

De repente, abrazó á Actea, y, besándola afectuosamente, la dijo al oído:

—No me denunciarás, Actea, ¿no es verdad?

—No; te lo juro por la sombra de mi madre—exclamó la liberta.—Pero pídele á tu Dios que le dé á Urso las fuerzas que necesita para arrancarte de manos de tus conductores.

Los azules é infantiles ojos del coloso brillaron con destellos de felicidad. Incapaz de concebir un plan, por más que para idear uno había estado buen rato poniendo en prensa el magín, tenía, en cambio, los arrestos necesarios para llevar á cabo lo que le proponían, y le era de todo punto indiferente realizarlo de día ó de noche. Desde luego, iría á ver al Obispo; pero sólo porque éste sabía leer en el cielo como en un escrito. Además, echando mano de sus conocidos, podía reunir no pocos cristianos que le ayudaran; pero él mismo, ¿no tenía muchos conocimientos entre los gladiadores, esclavos y hombres libres, así en la Suburra como en el lado de allá de los puentes? Si era preciso no tropezaría con grandes dificultades para reunir dos mil hombres. Con ellos salvaría á su señora, la sacaría de Roma, se iría con ella hasta el fin del mundo, si era menester; hasta su propio país, en donde ni siquiera se pronunciaba el nombre de Roma.

Así pensando, fijaba Urso la vaga mirada en el espacio, como si tuviera la visión de lugares remotos y las lejanas, muy lejanas perspectivas de la futuro

—¡Al bosque!—exclamó.—¡Qué bosques, qué bosques!

Luego, sacudió la cabeza, como para desechar estas visiones, y dijo que se iba á ver al Obispo; y que por la tar-

de, acompañado de un centenar de hombres, acecharía el paso de la litera. Aseguró también que su señora podía estar cierta de que, aunque no fueran esclavos, sino soldados pretorianos los que la guardaran, él, Urso, se la arrebataría. Y que ningún hombre, aunque estuviera protegido por una armadura de hierro, se pusiera al alcance de su mano. ¿Qué era el hierro para resistir la fuerza de sus músculos? Nada; con una puñada de su terrible puño bastaba para deshacer una armadura y matar al hombre que estuviera dentro de ella.

Al oir esto, alzó Ligia el índice y con seriedad infantil le dijo al coloso:

—Urso: no matarás.

Este se llevó la enorme mano al cogote, y con aire preocupado empezó á rascarse y á hablar entre dientes. Era necesario salvar á *su luz*; ella misma acababa de decirlo. El pondría de su parte el mayor cuidado para no aplastar á nadie. Pero, ¿y si á pesar de todo, reventaba á alguien? Lo que no admitía la menor duda era que él debía salvar á Ligia; y lo haría con la mayor circunspección, porque no abrigaba la menor intención de ofender al Crucificado; pero, ¡eran tan pesadas sus manos!...

Mientras pensaba así pintábanse en su rostro la unción y la ternura; pero, de pronto, como si quisiera ahogar estos sentimientos, se inclinó y dijo:

—Ahora mismo voy á casa del santo Obispo.

Actea abrazó á Ligia y rompió á llorar. Una vez más comprendía que existía un mundo en el cual, aun en medio de los sufrimientos, se gozaba de una felicidad que ella nunca había conocido; de una felicidad superior á la que proporcionaban los excesos y la molicie reinantes en la casa del César. Igualmente le pareció otra vez, que ante sus ojos se entreabría una puerta, por la cual se iba directamente á la luz; mas comprendió asimismo, al punto, que ella era indigna de franquear los umbrales.

---

## IX

Era muy doloroso para Ligia causar el más leve daño á Pomponia Grecina y á Aulio Plaucio, á quienes amaba de todas veras, y á la vez, producíale hondo pesar el alejarse para siempre del hogar en donde viera deslizarse los mejores años de su vida; pero al mismo tiempo experimentaba cierta dulzura inefable é íntima al considerar que sacrificaba las comodidades y el bienestar en aras de la Verdad, y que iba á emprender una vida errabunda y nueva para ella. En el fondo de todo esto, quizá habría también algo de infantil curiosidad; pero más que nada, la impulsaba el convencimiento profundo de que cumplía lo mandado por el Divino Maestro; y llena de fe, creía firmemente que El la protegería, como á hija obediente y buena. Puesta en El su confianza, seguiría sin la menor vacilación el camino que le trazara; y si en este camino la aguardaban crueles sufrimientos, los aceptaría por El; y si al fin de la jornada encontraba la muerte, sería porque El la llamaba á Sí. Y luego, cuando Pomponia muriera, se reunirían las dos por toda una eternidad. Más de una vez, cuando todavía estaba en casa de Aulio, habíase dicho á sí misma que ella, á pesar de ser cristiana, nada había hecho hasta entonces por el Crucificado, de quien Urso hablaba con tan grande ternura y veneración; pero ahora se presentaba ocasión propicia, con gran satisfacción por su parte, y se consideraba casi dichosa y le hablaba á Actea de una felicidad que Actea no se hallaba en condiciones de comprender. Porque la liberta se decía: abandonarlo todo, casa, riquezas, ciudad, jardines, templos; todo lo bello que nos rodea: desterrarse de tan país hermoso, favorecido por el sol, separarse de los seres amados... ¿Por

qué? Por huir de un joven hermoso y patricio.

Semejantes antinomias no le cabían á Actea en la cabeza; de índole tímida y medrosa se estremecía de terror al pensar en los acontecimientos que habían de verificarse en la noche siguiente; pero no se atrevió á hablarle á Ligia de sus temores.

Como ya no solamente había amanecido, sino que el sol bañaba el vestíbulo, la joven liberta instó á la doncella para que se entregara al reposo, que tanto lo necesitaba despues de la pasada noche.

Accedió Ligia gustosa, y ambas se encaminaron al *cubiculum*, que era amplio y estaba lujosamente amueblado, como era de suponer dadas las anteriores relaciones de Actea con el César.

Se recostaron una al lado de la otra; mas, á pesar del cansancio que sentía, Actea no pudo conciliar el sueño. Su vida había sido penosa durante largo tiempo y la liberta se creía desgraciada; pero á la sazón experimentaba también cierta zozobra, nunca sentida hasta entonces. Antes le parecía su vida triste y sin horizontes; ahora, en virtud de una repentina evolución del espíritu, su vida le parecía, además de triste, deshonrosa.

Tenía en el cerebro un verdadero caos. Una puerta, la de la luz, se abría y se cerraba alternativamente entre las tinieblas de su espíritu; y al abrirse, la deslumbraba con su vívida claridad, hasta el punto de privarla de la percepción de las ideas. Adivinaba, sí, que en aquel foco brillaba una felicidad inefable, junto á la cual, todas las felicidades eran mezquinas; tan mezquinas, que si, por ejemplo, el César abandonara á Popea y tornara á poner su amor en Actea, este hecho no pasaría de los límites de una simple satisfacción de la vanidad. Por asociación de ideas, se le ocurrió pensar que el César, á quien amaba por impulso independiente de su voluntad y á quien consideraba como á un semidiós, era tan digno de compasión como el último de sus esclavos; y que el Palatino, con sus columnas de mármol de Numidia, no pasaba de ser un montón de piedras. Tales ideas y sentimientos se atropellaban en su cerebro y con tanta intensidad, que no podía traducirlos; pero la atormentaban y la privaron del sueño, y la llenaron de zozobra.

Creyendo que Ligia, amenazada por tantos peligros é incertidumbres, tampoco habría podido dormir, quiso hablarle de su próxima fuga; pero, al volverse hacia ella, vió que dormía plácidamente.

Al través de la cortina, que no estaba corrida por completo, se deslizaba hasta el fondo del *cubiculum* un rayo de sol, en el que se agitaban los átomos de dorado polvo, fingiendo un haz de oro en la semiobscuridad del dormitorio. A la claridad de este rayo contempló Actea el delicado rostro de Ligia. Esta dormía, con la cabeza graciosamente apoyada en el desnudo brazo, cerrados los ojos y entreabiertos los labios; su respiración era regular, como la de quien duerme con el más tranquilo y reparador de los sueños.

—Ligia duerme... Puede dormir... —murmuró Actea.—Es una niña.

Mas no tardó en acudir á su mente el recuerdo de que esta niña prefería andar errante y fugitiva á quedarse y ser la manceba de Vinicio; quería más bien las privaciones que la vergüenza; y entre la casa del patricio, que la brindaba trajes, joyas y fiestas, al son de alegres instrumentos músicos, y la vida azarosa y errabunda, optaba por ésta. ¿Por qué?

La liberta se puso de nuevo á contemplar á Ligia, como si en las puras líneas de su rostro angelical quisiera encontrar escrita la respuesta.

—¡Qué diferentes somos!—pensaba.

Ligia se le ofrecía como prodigio viviente, como visión divina, como un ser predilecto de los dioses, infinitamente más hermoso que las flores del jardín cesáreo y que todas las estatuas que adornaban el Palatino. Dijérase que en el corazón de Actea se había despertado un sentimiento parecido al amor maternal. Veía á Ligia hermosa

como una visión, la amaba ya tiernamente, y con efusivo arrebato acercóse á ella, é imprimió un beso en su negra cabellera.

Ligia dormía con sueño tan tranquilo como si estuviera en su hogar y bajo la égida de Pomponia Grecina. Más de mediodía era ya, cuando abrió los azules ojos y paseó en derredor una mirada de asombro; le extrañaba no encontrarse en casa de Aulio.

—¿Eres tú, Actea?—preguntó al aparecer en la semiobscuridad de la estancia la figura de la liberta griega.

—Sí, yo soy—respondió ésta.

—Debe de ser muy tarde, más de mediodía. ¿Verdad?

—Muy tarde, no, niña mía; pero más de las doce, sí.

—¿Ha vuelto Urso?

—No dijo que volvería, sino que por la tarde se pondría en acecho de la litera acompañado de otros cristianos.

Actea y Ligia salieron del *cubiculum* y fueron al baño, donde la segunda se bañó, acompañándola luego la primera á almorzar y á los jardines después. No era probable que paseándose en ellos tuvieran peligrosos tropiezos, porque lo mismo el César que sus principales cortesanos dormían á pierna suelta.

Ligia contemplaba con placer aquellos soberbios jardines poblados de pinos, cipreses, robles, olivos y arrayanes, cuyas espesuras encerraban numerosas estatuas. Los cristalinos estanques, brillantes como espejos por lo tranquilo de sus aguas, prestaban singular encanto al paisaje; frondosos rosales cargados de flores veíanse cubiertos de gotas diamantinas por el incesante salpicar de los surtidores de las fuentes. Acá y allá había sombrías grutas, cuyas entradas ocultaban, á manera de cortinas, la madreselva y la hiedra; cisnes blanquísimos surcaban las aguas, semejantes á diminutas velas; y entre árboles y estatuas vagaban las tímidas gacelas, traídas de Africa y aves de plumaje riquísimo y vistoso, procedentes de todos los países conocidos de la tierra.

Nadie paseaba en aquellos momentos por los jardines; pero acá y allá, cantando á media voz y azada en mano, veíase á los esclavos trabajando; otros, disfrutando de un rato de reposo, estaban sentados á la orilla de los estanques ó á la sombra de los árboles á la incierta claridad de los rayos del sol que penetraban por entre las hojas; algunos, en fin, regaban las flores de azafrán y los rosales.

Ligia y Actea dieron un largo paseo viendo y admirando los primores que encerraban aquellos jardines. La primera, aunque con ánimo intranquilo, era demasiado niña para no dejarse llevar por la curiosidad, la admiración y la sorpresa que le causaba el conjunto de tanta belleza; contemplándolas pensaba, y le parecía que daría mejor repodría considerarse feliz con sólo habitar en tal palacio y poseer semejantes jardines.

Cansadas, al fin, sentáronse las dos en un banco medio oculto entre espesos cipreses y tornaron á hablar de lo que más las preocupaba: de la fuga de Ligia, que aquella misma tarde debía verificarse. Actea no confiaba tanto como la doncella en el éxito de la empresa y tenía momentos en los que calificaba el proyecto de insensato é irrealizable. En tales momentos, sentía más intenso el afecto que á Ligia le profesaba que, si el César no fuese bueno, sultado influir directamente en el ánimo de Vinicio. Fija en esta idea, preguntó á la joven cuánto tiempo hacía que conocía á aquél y si creía posible inducirle á que la llevara otra vez á casa de Pomponia.

—Vinicio se condujo de otra manera en casa de Aulio—contestó Ligia moviendo tristemente la cabeza.—Allí se portó como bueno; pero el comportamiento que tuvo anoche en el festín me hizo mucho daño; desde entonces me causa horror y quiero huir, irme al país de los ligios.

—Pero en casa de Pomponia, Vinicio te quería y tú le amabas, ¿no es así?

—Así era—contestó la doncella, bajando los ojos.

Actea reflexionó un instante, y luego dijo:

—Tú no eres esclava como lo fuí yo; á ti te dejaron en rehenes: eres hija del rey de los ligios y Vinicio podría casarse contigo. Aulio y Pomponia te quieren como si fueras su hija, y no me cabe la menor duda de que te adoptarían con el mayor gusto, facilitando así tu unión con Vinicio.

—Quiero irme al país de los ligios —repitió la joven con triste acento, en el que se traslucía creciente angustia.

—¿Quieres que vaya ahora mismo á casa de Vinicio, le despierte si duerme y le informe de lo que acabo de decirte? Sí, querida niña; iré y le diré: «Vinicio; se trata de la hija de un rey, y que es al mismo tiempo la hija querida del famoso Aulio Plaucio, su padre adoptivo; si la amas, condúcela al hogar de donde la arrancaste y tómala luego por esposa.»

—Quiero irme al país de los ligios— repitió de nuevo la cuitada, con tan apagado acento esta vez, que apenas logró oirla Actea.

Y al pronunciar estas palabras, dos lágrimas se desprendieron de sus hermosos ojos.

En aquel momento llegó hasta sus oídos rumor de pasos que se acercaban, por lo que interrumpieron el coloquio, y seguidamente se presentó Popea, acompañada por varias esclavas. Dos de éstas abanicaban á la emperatriz con una especie de abanicos formados por haces de plumas de avestruz, sujetos con dorados alambres. Delante de ella, una egipcia de turgente seno y negra como el ébano, llevaba en brazos una niña envuelta en púrpura con franjas de oro.

Actea y Ligia se levantaron del banco, y creyeron que Popea pasaría adelante sin reparar en ellas; pero la dama se detuvo junto á ambas, y dijo:

—Actea; los cascabeles que enviaste para la muñeca no estaban muy firmes; la niña cortó uno y se lo llevó á la boca. Afortunadamente, Lilith lo vió á tiempo de evitar que se lo tragara.

—Perdona, divina—murmuró Actea, inclinando la cabeza y cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Quién es esta esclava?—preguntó Popea, después de examinar detenidamente á Ligia.

—No es esclava, divina Augusta, sino hija adoptiva de Pomponia Grecina; es una hija del rey de Ligia, que éste le dejó á Roma en rehenes.

—¿Ha venido á visitarte?

—No; vive en el Palatino desde anteayer.

—¿Asistió á la fiesta de anoche?

—Sí, Augusta.

—¿Por orden de quién?

—Del César.

Al oir esta contestación, examinó Popea con más detención á Ligia. Esta estaba en pie, con la cabeza inclinada, y tan pronto clavaba en la dama con curiosidad sus brillantes ojos, como los velaba entornando los párpados. De pronto, frunció Popea el ceño; celosa de su belleza y de su poder, vivía en perpetua alarma por el temor de que una rival afortunada lograra suplantarla, como ella había suplantado á Octavia. Merced á esta alarma no podía ver en el Palatino un rostro hermoso sin que se despertaran sus recelos. Con ojo experto, apreció de una sola mirada las armoniosas formas de la doncella, sin que á su examen, aunque rápido, se escapara el menor detalle, y sintió tan hondo sobresalto, que no pudo menos de decirse:

—¡Esta joven es una ninfa, hija de la propia Venus!

Y este pensamiento trajo á su mente otro, que nunca, hasta entonces, logró sugerirle la presencia de una beldad: que la edad comenzaba á marchitar su hermosura. La vanidad de la dama se sintió herida en lo más vivo por tal idea; la alarma que mortifica adquirió intensidad, y una inquietud medrosa, una zozobra que afectaba mil formas indecisas, se apoderó de su ánimo.

Posible era que Nerón no hubiera visto todavía á Ligia, ó quizá que habiéndola mirado solamente de una manera vaga y al través de su esmeralda,

no hubiese formado cabal juicio de su belleza; pero, si el César contemplaba á la luz del día y con detención semejante portento, ¿qué ocurriría? Por otra parte, la doncella no era esclava; era la hija de un rey; de un rey bárbaro, es verdad, pero rey al nn y al cabo.

—¡Dioses inmortales!—exclamó para sus adentros.—¡Es tan hermosa como yo, pero más joven!

Frunció más el ceño, y sus ojos brillaron con frío fulgor de acero bajo sus pestañas de oro.

—¿Has hablado con el César?—preguntó á Ligia.

—No, Augusta—respondió la interpelada.

—¿Por qué prefieres quedarte aquí á seguir en casa de Aulio?

—No lo prefiero, señora. Petronio indujo al César á que me sacara de casa de Pomponia, y estoy aquí contra mi voluntad.

—¿Quieres volver á casa de Pomponia?

Popea había formulado esta pregunta con un acento tan bondadoso y suave, que Ligia volvió á alentar esperanzas.

—Señora—respondió,—el César le ha prometido á Vinicio que me entregará á él en calidad de esclava; intercede por mí á ver si logras que me devuelvan á casa de Pomponia.

—¿Fué Petronio quien indujo al César á que te sacara de casa de Plaucio para entregarte á Vinicio?

—Sí; y de parte de éste vendrán á buscarme hoy mismo. Mas tú eres buena y tendrás compasión de mí.

Al decir lo que antecede se inclinó, y cogiendo la fimbria de la túnica de la dama aguardó la respuesta con el corazón palpitante.

Popea la contempló con diabólica sonrisa por espacio de breves momentos, y luego dijo:

—Te ofrezco que serás hoy mismo esclava de Vinicio.

Y se alejó como una visión hermosa; pero de hermosura infernal.

Ligia y Actea se quedaron inmóviles.

A los oídos de ambas llegaron los gemidos de la niña, que empezó á llorar.

El llanto humedeció también los ojos de Ligia, la cual murmuró:

—Vamos á tu habitación; sólo espero auxilio del que puede prestármelo.

Tornaron las dos á la morada de Actea, permaneciendo en ella hasta la tarde. Cuando obscureció y los esclavos trajeron hachas, que despedían viva claridad, Ligia y Actea estaban pálidas y su conversación languidecía. El más leve ruido sobresaltaba á ambas, y la primera no cesaba de repetir que le causaba pena dejar á su amiga; pero que aguardaba impaciente la noche, que ampararía con sus sombras los designios de Urso. Y al expresarse así, la emoción la embargaba.

Actea, presa de febril agitación, reunió todas las joyas que pudo haber á la mano, se las escondió á Ligia entre la rica cabellera y le rogó que las aceptara como recurso para facilitar su fuga.

Sobrevino luego el silencio; un silencio profundo y preñado de temores. Tan pronto les parecía que oían hablar en voz baja detrás de la cortina, como creían percibir, primero el llanto lejano de un niño; después el lúgubre aullido de un perro.

De pronto, se apartó la cortina sin producir el menor ruido y apareció en el hueco un hombre alto, moreno y con la cara picada de viruelas, que penetró en el *atrium* como un fantasma; Ligia le reconoció al punto: era Atacino, liberto de Vinicio, y le había visto varias veces en casa de Aulio.

Actea lanzó un grito.

—Salud, divina Ligia—dijo Atacino, haciendo una profunda reverencia.—Marco Vinicio te saluda por mi boca y te aguarda en su casa, que está engalanada con mirto para recibirte.

—Voy—dijo la doncella, cuyos labios se tornaron blancos como la azucena.

Y abrazó á su amiga para despedirse de ella.

## X

Vinicio, en efecto, había engalanado su casa para recibir á Ligia. El mirto y la yedra adornaban las paredes y las puertas. Verdes guirnaldas de pámpanos se veían en las columnas, y en el *atrium*, cubierto con toldo de púrpura para preservarlo del fresco y de la humedad de la noche, la iluminación era esplendorosa: esparcían claridad vivísima numerosas lámparas de ocho y de doce luces, en forma de árboles, de barcos ó de animales; las había también en figura de estatuas, y éstas sostenían vasos llenos de aceite de oliva perfumado. Estatuas y lámparas eran de mármol, de alabastro ó de dorado bronce corintio; y aunque no de tan maravillosa factura como el famoso candelabro que Nerón sacara del templo de Apolo, eran de mucho mérito artístico, como obra de célebres maestros. Cristales de Alejandría ó ligerísimas telas de color amarillo, azul, violeta ó rojo, suavizaban la crudeza de las luces, formando armónico conjunto de rayos policromos. Embalsamaba la atmósfera un fuerte olor de nardos, al que se había aficionado Vinicio durante su permanencia en Oriente. Por el interior de la casa, muy iluminada también, andaban presurosos muchos esclavos y esclavas. En el triclinio había una mesa preparada para cuatro personas, que debían de ser Vinicio, Ligia, Petronio y Crisotemis. El primero había seguido fielmente las indicaciones del Arbitro, el cual le aconsejó que no fuera en persona á buscar á la doncella, sino que enviara por ella á Atacino provisto del permiso del César, quedándose él en casa, donde debía recibirla amistosamente y hasta con ciertos homenajes.

—Ayer estabas borracho — le había dicho Petronio á su sobrino.—Te observé y puedo asegurarte que tu conducta con Ligia fué digna de un picapedrero de los montes de Alba. No seas majadero; ten en cuenta que el vino bueno se debe beber paladeándolo, y que si es dulce querer, más dulce aún es ser querido. Crisotemis opina de distinta manera: mi vestal no sabe establecer la diferencia que hay entre el experto auriga de circo y el joven que por vez primera guía una cuádriga. Ante todo, granjéate la confianza de Ligia; anímala, muéstrate generoso, y hasta puedes jurarle por los hados que estás dispuesto á llevarla á casa de Pomponia. Luego dependerá de ti solamente el que ella quiera marcharse ó prefiera quedarse á tu lado.

Y agregó, indicando á Crisotemis:

—Durante cinco años he seguido ese sistema con esta paloma torcaz, y, en verdad, que no puedo quejarme de su esquivez.

Crisotemis replicó, al mismo tiempo que con el abanico de plumas de pavo real le daba á su amante un golpecito en el hombro:

—No pude resistirte, ¡oh, sátiro!

—Gracias á mi antecesor...

—¿No te has postrado á mis pies?

—Sí, por cierto; para ponerte anillos en los dedos.

Crisotemis se miró involuntariamente los dedos de los pies, en los que brillaban algunos diamantes, y lo mismo ella que Petronio lanzaron una carcajada.

Vinicio no prestaba la menor atención á este discreteo; movíase agitadísimo y sentía que, bajo la túnica de sacerdote sirio que se había puesto para recibir á Ligia, su corazón latía violentamente.

—Ya deben de haber salido del Palatino—murmuró, como hablando consigo mismo.

—Es probable—contestó Petronio.—Mientras llega, te hablaré de las predicciones de Apolonio de Tiana ó acabaré de contarte la historia de Rufino, ya que el otro día no la terminé, no recuerdo por qué causa.

Vinicio estaba muy inquieto, y tan poco le importaba Apolonio de Tiana como la historia de Rufino; todo su

pensamiento lo absorbía Ligia. Y aunque no dejaba de comprender que era más decoroso aguardarla en casa que ir por ella al Palatino como un esbirro, lamentaba no haber cedido á su primer impulso yendo á buscarla para verla antes y tener el placer de sentarse á su lado en el interior de la litera, que estaría envuelto en suave penumbra.

Presentáronse en la estancia varios esclavos que traían un trípode adornado con cabezas de morueco; en el trípode ardían pebeteros de bronce con mirra y nardo.

—En estos momentos deben de estar cerca del barrio de las Carinas—dijo Vinicio, fijo siempre en su idea.

—La impaciencia le devora—dijo riendo Crisotemis.—No puede dominarse; va á echar á correr en busca de la litera, y es probable que no la encuentre.

—Esperaré — replicó Vinicio sonriendo.

Pero su inquietud, su anhelo, iban en aumento.

Petronio se encogió de hombros desdeñosamente y dijo:

—En el fondo de este hijo de Marte no hay ni un sestercio de filosofía; estoy convencido de que no lograré hacerle hombre.

—Ya estarán atravesando las Carinas—murmuró el joven.

En aquellos instantes atravesaban, en efecto, por el barrio de las Carinas. Los esclavos llamados *lampadarii*, cuya misión era ir delante de los grandes señores iluminando con hachas el camino, y los *pedisequii* (pajes á pie) iban á ambos lados de la litera; detrás de todos caminaba Atacino, cerrando la marcha. Avanzaban despacio, porque las hachas alumbraban malamente el camino. Las calles cercanas al palacio estaban casi desiertas, pues sólo raros transeuntes, linterna en mano, las cruzaban; pero á medida que adelantaban advertíase extraordinaria concurrencia. Por las calles inmediatas desembocaban grupos de tres ó cuatro personas, provistas todas de luces y envueltas en obscuros mantos. Algunos individuos que llegaban solos se agregaban á la comitiva, mezclándose con los esclavos; otros, que venían en grupos, traían opuesta dirección, y no pocos se tambaleaban, como si estuvieran borrachos. Poco á poco se fué haciendo tan penoso el avanzar, que para pedir paso exclamaron los *lampadarii:*

—¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Ligia, que al través de las entreabiertas cortinillas observaba cómo aumentaban los grupos, sentíase presa de fuerte emoción; tan pronto la animaba la esperanza como la invadía el temor.

—¡Es él! ¡Es Urso con los cristianos!—murmuró trémula y angustiada.—¡Pronto comenzará la lucha! ¡Oh, Cristo, ayúdame! ¡Oh, Cristo, sálvame!

Atacino, que al principio no había parado mientes en la aglomeración extraordinaria de gente que en la calle se advertía, empezó á sentir inquietud; pues era muy extraño encontrar tal concurrencia y que los *lampadarii* se vieran obligados á repetir á cada instante para poder adelantar:

—¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!

Multitud de hombres iban formando con sus cuerpos en torno de la litera una barrera humana que se estrechaba progresivamente, impidiendo el paso á la comitiva, hasta que, al fin, Atacino se vió obligado á mandar á los esclavos que se abrieran camino á viva fuerza.

De pronto se oyó un grito; como si hubiera sido una señal, apagáronse todas las luces, se produjo un remolino alrededor de la litera y comenzó el tumulto y la lucha.

Atacino tuvo miedo, porque comprendió que se trataba de un ataque en toda regla. Nadie ignoraba que el César solía dar asaltos á menudo y por divertirse, en el Suburra y en otros barrios de la ciudad; que numerosos servidores le acompañaban en tales aventuras, y que más de una vez sacaba en el cuerpo cardenales que atestiguaban que tomó parte activa en la

empresa. El que hubiera tenido la osadía de repeler enérgicamente semejantes ataques, habría pagado con la vida su audacia, aunque el atrevido fuera un senador.

La casa de los guardias que tenían la misión de velar por el orden en la ciudad estaba poco distante del lugar en donde se preparaba la contienda; pero era inútil pedir auxilio, porque durante tales refriegas los guardias eran ciegos y sordos como rocas.

La lucha había empezado en torno de la litera: los asaltantes la emprendieron á golpes con sus contrarios; derribaban á los que podían y los pisoteaban. Atacino concibió la idea de salvar á Ligia, huir con ella y dejar á los demás que salieran del paso como pudieran. Para ponerla por obra se acercó á la litera, sacó á la joven, la tomó en brazos, y, favorecido por la obscuridad, intentó darse á la fuga; pero la doncella, al verse entre los brazos de Atacino, se puso á gritar:

—¡Urso, Urso!

Como iba vestida de blanco, era fácil distinguirla. Así lo comprendió Atacino, y con un brazo trató de cubrirla con su manto; pero casi instantáneamente una mano le oprimió el cuello con la fuerza de un tornillo y al mismo tiempo una maza formidable cayó sobre su cabeza con ímpetu irresistible. El infeliz se desplomó, como un buey derribado por el hacha ante el altar de Júpiter.

Entretanto, la mayor parte de los esclavos que componían la comitiva yacían en tierra ó huían favorecidos por las tinieblas arrimándose á las paredes para no ser vistos. La litera quedó hecha añicos en la primera embestida.

Urso, pues era él quien le había dado el tremendo golpe á Atacino, condujo á Ligia al Suburra; sus compañeros le siguieron, dispersándose por el camino.

Los esclavos se reunieron para deliberar cerca de la casa de Vinicio. Ninguno se atrevía á entrar el primero. Acordaron volver al lugar del suceso, donde encontraron algunos cadáveres y entre ellos á Atacino, el cual se agitaba con las últimas convulsiones; el cuerpo del desdichado se movió aún, dando dos ó tres violentas sacudidas, y luego se quedó inmóvil.

Cargaron con él, y al llegar por segunda vez á casa de Vinicio se detuvieron de nuevo: era preciso dar cuenta á su amo de lo ocurrido.

—Que hable Gulo—indicaron algunos en voz baja;—tiene ensangrentado el rostro, lo mismo que nosotros, pero el señor le quiere y seguramente Gulo correrá menos peligro que otro cualquiera.

El aludido, antiguo esclavo germano, había criado á Vinicio; éste lo había heredado de su madre, la hermana de Petronio.

—Bien, sea—dijo Gulo;—yo hablaré, pero acompañadme todos, para que su cólera no caiga únicamente sobre mí.

Mientras en la calle ocurrían estas escenas, Vinicio no podía dominar la impaciencia; Petronio y Crisotemis se reían de su intranquilidad. Y él exclamaba, paseándose por el *atrium;*

—¡Ya debían estar aquí! ¡Ya debían haber llegado!

Llegó un momento en que quiso lanzarse á la calle en busca de la litera; pero Petronio y Crisotemis se lo impidieron.

De repente, resonaron pasos en la entrada y los esclavos se precipitaron en tropel en el *atrium;* levantaron todos los brazos y emitieron, á manera de lamento, un prolongado ¡Aah! ¡Aah!

Vinicio dió un salto de tigre, se plantó ante ellos y les preguntó con voz de trueno:

—¿Dónde está Ligia?

—¡Aah!—repitieron los esclavos por toda respuesta.

Gulo se adelantó entonces con la cara ensangrentada y dijo presuroso y con acento lastimero:

—¡Mira nuestra sangre, señor! ¡Hemos luchado! ¡Mira nuestra sangre!

No pudo el desdichado decir una palabra más, porque Vinicio le descargó

con una lámpara de bronce tan furioso golpe que le deshizo el cráneo.

—¡*Me miserum!* ¡*Me miserum!*—exclamó luego el joven, llevándose ambas manos á la cabeza y mesándose los cabellos con desesperación, en tanto que el rostro se le ponía amoratado y los labios se le cubrían de espuma.

—¡Azotes!—rugió con voz que nada tenía de humana.

—¡Piedad, señor! ¡Aah, piedad!—gimieron los esclavos.

Petronio se puso en pie y dijo con desdeñoso acento á su amante:

—Ven, Crisotemis; si te agrada contemplar la carne cruda mandaré abrir una de las carnicerías del barrio de las Carinas y podrás contemplarla á tu gusto.

Dicho esto, salió del *atrium*.

En aquella casa adornada con verde yedra y engalanada para una fiesta, sólo se oyó hasta el amanecer un triste coro de alaridos acompañado por el golpear de los azotes.

## XI

Vinicio pasó una noche horrible. Cuando se convenció de que los alaridos de los esclavos que había mandado azotar no eran parte á calmar su dolor ni á disipar su cólera, reunió un puñado de hombres, y, poniéndose al frente de ellos, salió en busca de Ligia, á pesar de lo avanzado de la hora. Recorrió los barrios del Esquilino, Suburra, *Sceleratus* (Malvado, Maldito) y sus inmediaciones; los alrededores del Capitolio, la isla, y por el puente de Fabricio se encaminó al Trastíber.

Pocas esperanzas ofrecían estas pesquisas y así lo comprendía Vinicio, que más bien las había emprendido para emplear su actividad, distraer el ánimo y que le pareciera menos larga aquella terrible noche. En parte, consiguió lo que se proponía, pues cuando regresó á su casa ya amanecía y los carros y los mulos de los verduleros rompían el silencio que antes reinara en las calles; los panaderos abrían sus tahonas y la ciudad despertaba.

Al entrar en su morada mandó que se llevaran el cadáver de Gulo, que aun yacía en el suelo, pues nadie había osado tocarlo. Los esclavos que no habían sabido defender á Ligia fueron encerrados en las prisiones rurales, castigo peor que la muerte; y por último, Vinicio se sentó en el *atrium* y se echó á pensar cuál sería el paradero de Ligia y á discurrir la mejor manera de apoderarse de ella. Apoderarse de ella, sí; porque no verla más, perderla para siempre, era idea que rechazaba enérgicamente, que le sacaba de quicio y le trastornaba el juicio.

El guerrero, acostumbrado á luchar y á vencer obstáculos, no concebía que una voluntad desconocida se opusiera á la suya; antes que desistir de sus propósitos; primero que dejar de querer lo que quería, hubiera consentido en ver que la ciudad y el mundo entero se hundían, convirtiéndose en un montón de escombros. Todo le importaba poco; porque ante todo y por encima de todo, no consideraba posible la existencia sin Ligia, por quien sentía vehemente anhelo. Se la habían arrebatado en el preciso instante en que iba á ser suya; y el caso le parecía tan inaudito, que merecía la venganza de los hombres y de los dioses.

Había momentos en los que, montando en cólera, quería tener á Ligia al alcance de su mano, arrastrarla de los cabellos y pegarle como á un perro; mas luego se operaba la reacción del amor, y entonces experimentaba ansia de oir su voz, de extasiarse contemplando sus hechizos, de embriagarse con la mirada de sus lindos ojos y de echarse á sus pies. Ponía en prensa la imaginación ideando medios para encontrarla, y luego se veía obligado á reconocer su impotencia. Por último, se figuró que únicamente Plauco tenía interés en quitarle la doncella; que sabía seguramente dónde se ocultaba la joven; y se levantó bruscamente, decidido á ir á casa de Plauco. Si éste se negaba á entregársela, si no es-

día á sus amenazas, sería preciso apelar al César, acusar al anciano General y obtener contra él una sentencia de muerte; pero Vinicio iría hasta el fin, sin vacilar. Sin embargo, lo primero, lo indispensable, era constreñir á Aulio á declarar en dónde se ocultaba Ligia. ¡Ah! El, Vinicio, se vengaría de los Plaucio, aunque éstos le devolvieran voluntariamente á la muchacha; verdad es que ellos le habían acogido en su casa, atendido y cuidado; pero el rapto de Ligia constituía una mala acacción, y esta mala acción bastaba y sobraba para romper todo vínculo de gratitud.

Su alma rencorosa gozaba por adelantado con la desesperación que debía apoderarse de Pomponia Grecina cuando el centurión le notificara la sentencia de muerte del anciano General. Vinicio estaba casi seguro de obtener esta sentencia, contando para ello con la ayuda de Petronio; pues el César nada les negaba á sus íntimos, los augustanos.

—¿Pero y si el propio César fuera el raptor de Ligia? — se preguntó de pronto.

Semejante idea dejó á Vinicio helado de terror. Era cosa sabida que Nerón, á veces, para entretener sus ocios, emprendía aventuras nocturnas del género de la que tan fuera de sí había puesto al joven. El objeto de Nerón al meterse en tales andanzas era apoderarse de algunas mujeres y mantearlas con el manto de un soldado, hasta que se desmayaban. Llamaba también el César á estas expediciones «caza de perlas», porque á veces, en apartado barrio de gente desvalida, tropezaba con una verdadera perla de juventud y de belleza; en este caso, no se verificaba el *sagatio* (manteamiento) y sí el rapto: la *perla* era conducida al Palatino ó á una de las innumerables quintas de Nerón, si éste no cedía el hallazgo á alguno de sus íntimos.

Tal suerte podía haberle cabido á Ligia: el César la miró durante el banquete, y Vinicio abrigaba el profundo convencimiento de que le pareció á Nerón la más hermosa de las mujeres. Verdad era que Ligia había estado en el Palatino y que Nerón tuvo la mejor ocasión para quedarse con ella sin apelar á subterfugios; pero no era menos cierto que Petronio decía, con razón, que el César carecía de valor necesario para perpetrar el crimen á cara descubierta. Y aunque disponía de medios y de poder para obrar á su antojo, prefería hacer las cosas ocultamente. En la ocasión presente, sobre todo, el temor que le inspiraba Popea pudo muy bien inducirle á proceder en secreto, para cubrir las apariencias. Tales razonamientos le llevaron á pensar que Aulio no se habría atrevido probablemente á emplear la violencia para arrebatar una joven que el César le había dado á él, á Vinicio.

¿Entonces, quién era el audaz? ¿Sería, quizá, el gigante ligio, el que llevó su osadía hasta el extremo de entrar en el triclinio y sacar de él á Ligia en brazos? Y siendo así, ¿á dónde la había conducido? ¿en dónde la ocultaba? No; era inverosímil que un esclavo se atreviera á tanto. Nerón, sólo Nerón era, á juicio del joven, quien había podido perpetrar el hecho. Al fijarse en tal idea, perdió la luz de los ojos y frío sudor bañó su frente; si la hipótesis era cierta, Ligia estaba perdida para él; porque arrebatársela á cualquiera no ofrecería grandes dificultades, pero arrebatársela al propio César era irrealizable locura. Con los ojos de la imaginación veía á Ligia en brazos de Nerón, y por vez primera en su vida comprendía que hay pensamientos insufribles, capaces de aniquilar la existencia.

Entonces, por primera vez también, pudo darse cuenta de la intensidad de su amor; y del mismo modo que por la imaginación del moribundo pasan fugaces como relámpagos los cuadros llenos de vida de su existencia pasada, así se sucedieron en la mente de Vinicio las páginas de su historia en las que había figurado Ligia. Las veía palpitantes de verdad, oía las palabras de la doncella, la contemplaba al lado de

la fuente, en casa de Aulio, en el banquete; le parecía tenerla á su lado, olía el perfume de sus cabellos, sentía el tibio aroma de su cuerpo, la impresión de sus labios, cuando en la fiesta besó á la inocente virgen. Y al verla así, le parecía infinitamente más dulce, más hermosa; la deseaba con más ansia que nunca, y más que nunca, también, la consideraba única, escogida entre los mortales y las divinidades. Y cuando comprendía que este tesoro de indescriptibles encantos, grabado en su corazón de una manera indeleble, podía poseerlo Nerón, apoderábase de él una angustia horrible y experimentaba el loco deseo de romperse el cráneo contra las paredes del *atrium*.

Tuvo miedo de volverse loco, y habría perdido la razón si no se asiera á la idea de la venganza como supremo consuelo; porque, de igual manera que antes, creía imposible vivir sin Ligia, ahora le parecía no menos imposible morir sin haberla vengado.

—¡Seré su Casio Queroneo!—murmuró, pensando en Nerón.

Y cogiendo un puñado de tierra de una de las macetas que había en el *impluvium*, juró por el Erebo, por Hecate y por sus propios lares, tomar terrible venganza.

Entonces se calmó un poco. Su vida tenía ya un objetivo. Desechó su primera idea de ir á ver á Plaucio y se hizo conducir al Palatino, diciéndose que si el César no le recibía ó si le registraban al entrar para ver si llevaba armas, sería señal de que Nerón era el raptor de Ligia y por eso desconfiaba; pero Vinicio no llevaba consigo arma alguna. El joven había perdido la presencia de animo; pero, como suele acontecerles á las personas dominadas por una idea fija, conservaba la entereza en lo concerniente á su venganza. Quería evitar á todo trance que sus proyectos pudieran ser conocidos y desbaratados.

Ante todo, hablaría con Actea, para que ésta le dijera la verdad; y ¿quién sabe si también podría ver á Ligia? Esta idea, que lisonjeaba sus esperanzas, también le hacía temblar; porque si el César era efectivamente el autor del rapto y lo había llevado á cabo sin saber quién era Ligia, quizá se la devolvería. Mas después de reflexionar un momento, desechó esta suposición: si Nerón abrigara el propósito de devolverle á la doncella, ésta estaría ya en casa de Vinicio. La única persona que podía explicarle todo era Actea, y por lo tanto urgía verla cuanto antes. Persuadido de ello, dió á sus esclavos la orden de apresurar el paso, y durante el trayecto no dejó de pensar, en medio del mayor desorden de ideas, en Ligia y en su venganza.

Recordaba haber oído decir que los sacerdotes egipcios de la diosa Phtah poseían el poder de hacer que enfermaran las personas que les convenía, y se propuso estudiar los medios conducentes á alcanzar ese poder.

También había oído decir que en Oriente los judíos conocían una especie de maleficio, en virtud del cual conseguían que se cubriera de úlceras el cuerpo del enemigo á quien querían castigar. Contaba Vinicio entre sus esclavos con algunos judíos, y decidió torturarlos, cuando regresara á casa, hasta que declararan en qué consistía el secreto. Buscaba una venganza cruel; pero, entre todas las que se le ocurrían, daba la preferencia al empleo de la espada romana corta: ésta, cuando hiere, hace brotar un río de sangre, como el que salió del pecho de Cayo Calígula y manchó con señales indelebles las columnas del pórtico. Vinicio estaba dispuesto á exterminar á Roma entera; si los dioses de la venganza le hubieran prometido que perecería toda la Humanidad, excepto él, y Ligia, con placer aceptara tal promesa.

Al llegar al Palatino, recobró la sangre fría, y se dijo:

—Si ponen la menor dificultad para que yo entre, será prueba de que Ligia está en palacio por voluntad del César.

Mas el primer centurión con quien topó le acogió con amable sonrisa, y le dijo:

—¡Salve, noble tribuno! Si vienes á saludar al César, me parece que no llegas en momento oportuno para cumplir tu deseo.

—¿Pues qué ocurre?—preguntó el joven.

—La niña Augusta cayó ayer repentinamente enferma, y el César y la Augusta Popea, acompañados de numerosos médicos, no se apartan ni un momento de su lado.

El suceso, en efecto, tenía mucha importancia. Cuando nació la niña, Nerón, que era exagerado en todo, la recibió con *extra humanum gaudium* (gozo sobrehumano). Durante el embarazo de Popea, el Senado había puesto el vientre de la Augusta bajo la protección de los dioses. En Ancio, que fué donde la niña nació, celebráronse fiestas espléndidas, se hizo una ofrenda votiva y se erigió un templo á las dos Fortunas. Nerón, que nunca supo mantenerse dentro de los límites de la moderación, quiso á su hija con amor vehemente; en cuanto á Popea, también la quería mucho, quizá porque aquella niña consolidaba su posición y aumentaba su influencia.

En tales condiciones, la suerte del Imperio podía depender de la salud de la niña Augusta; pero Vinicio, demasiado preocupado con sus propios asuntos, no paró mientes en lo que el centurión le dijera, y replicó:

—Unicamente quiero ver á Actea.

Y seguidamente entró en el Palatino. Mas, como la griega se encontraba también al lado de la enfermita, el joven tuvo que aguardarla largo rato, y era ya cerca de mediodía, cuando aquélla se presentó cansada y pálida.

—¡Actea!—exclamó Vinicio, cogiéndola de una mano y conduciéndola al centro del *atrium*.—¿Dónde está Ligia?

—La misma pregunta quería yo hacerte—replicó la griega, clavando en el tribuno una mirada de reproche.

El joven se había propuesto practicar con calma las averiguaciones; pero no pudo dominarse, y en un transporte de dolor y de cólera, exclamó:

—¡No sé dónde está! ¡Me la han robado en el camino!

Y logrando dominarse pronto, repuso con reconcentrado acento y apretando los dientes:

—¡Actea! Si estimas la vida, si no quieres provocar desdichas que ni remotamente sospechas, dime la verdad: ¿Se ha apoderado de Ligia el César?

—El César no salió ayer del Palatino.

—Por la sombra de tu madre, por todos los dioses, dime si está aquí Ligia.

—Te aseguro, Marco, por la sombra de mi madre, que ni Ligia está en el Palatino, ni el César te la ha robado; la niña Augusta está enferma desde ayer, y Nerón no se ha apartado de ella.

Vinicio respiró; lo que más horrible le parecía de la prueba que estaba sufriendo, cesaba ya de amenazarle.

—¡Ah!—exclamó, dejándose caer en el banco y apretando los puños con coraje.—Entonces ha sido Aulio el raptor. ¡Ay de él!

—Aulio Plaucio estuvo aquí esta mañana, no me encontró, preguntó por Ligia á Epafrodito y á otros servidores del César, y les dijo que volvería para hablar conmigo.

—Eso me indica que procura alejar las sospechas. Si en realidad ignorara el paradero de Ligia, habría ido á buscarla á mi casa.

—Fué esta mañana, y he aquí unas palabras por él escritas—replicó Actea, entregándole al joven una tablilla.—¡Por ellas verás que habiendo sabido que vosotros, Petronio y tú, recabasteis del César la orden, en virtud de la cual arrancaron de su hogar á Ligia, Plaucio suponía que enviarían á Ligia á tu casa, y por eso estuvo á verte esta mañana temprano.

El joven leyó el escrito de Aulio y guardó silencio.

Actea, que fijaba en él una mirada escudriñadora, dijo tras breve pausa,

como si adivinara los pensamientos que agitaban el cerebro del tribuno:

—No, Marco; lo que ha ocurrido obedece á la voluntad de la propia Ligia.

—¡Sabías, tú, pues, su proyecto de fuga!

—Sabía que Ligia no quería ser tu concubina—contestó Actea, mirándole severamente con sus casi nublados ojos.

—¿Y tú, qué has sido siempre?

—Primero, fuí esclava.

La cólera de Vinicio no se calmaba, y el joven replicó con arrebato:

—El César me la ha dado y es mía; no me importa cuál fuera su anterior condición. La buscaré, daré con ella, aunque se esconda en las entrañas de la tierra, y dispondré de su persona como me plazca; será mi concubina, mandaré azotarla siempre que se me antoje, y cuando me canse de ella se la daré al último de mis esclavos ó la enviaré á mis posesiones de Africa á darle vueltas á un molino. Sí, la sacaré de su refugio, aunque no sea más que para humillarla, para pisotearla, para rendirla.

A medida que hablaba, su exaltación crecía, tanto, que Actea se hizo cargo de que el tribuno iba en la exposición de sus propósitos mucho más allá de lo que en su mano estaba realizar, y comprendió que se expresaba impulsado por el dolor y por la ira. Sin embargo, no le tenía lástima, porque los locos arrebatos del joven habían logrado apurar su paciencia; por lo tanto, se limitó á preguntarle á qué había venido.

Pero Vinicio no supo, por de pronto, qué contestarle; había venido á verla porque sí, porque suponía que ella podría darle informes; pero en verdad que su primera intención había sido ver al César. Como Ligia, al fugarse, contrariaba la voluntad del César, el tribuno pretendía solicitar de él una orden para buscar á la doncella por toda la ciudad, por todo el Imperio, si era preciso; aunque para llevar á cabo semejantes pesquisas necesitara el concurso de todas las legiones y se viera obligado á allanar todas las casas enclavadas en los dominios romanos. Petronio no dejaría de apoyar su petición, y el registro comenzaría inmediatamente.

—Ten cuidado—le advirtió Actea,—no sea que pierdas á Ligia por orden del César, tan pronto como la encuentres.

Vinicio frunció el ceño y preguntó:

—¿Qué quieres darme á entender?

—Oye, Marco, paseándonos ayer por los jardines Ligia y yo, nos encontramos con Popea; con ella iba, entre otras personas, Lilith, la esclava, llevando en brazos á la niña Augusta. Cayó esta enferma por la tarde, y Lilith cree y dice que el mal se debe á haber sido hechizada la niña por la extranjera á quien encontraron en los jardines. Si la enfermita mejora, nadie volverá á acordarse del supuesto maleficio; mas si, por el contrario, la enfermedad se agrava, Popea será la primera que acuse á Ligia de hechicería, y si encuentran á la infeliz doncella, no habrá para ella salvación posible.

—¡Quién sabe—exclamó Vinicio tras un momento de silencio,—si efectivamente habrá hechizado á la niña! ¿No me ha hechizado á mí?

—Lilith asegura que la niña empezó á llorar cuando pasó cerca de nosotras, y está en lo cierto; pero es preciso tener presente que la criatura estaba ya enferma cuando la llevaron á los jardines. Escucha, Marco, el consejo que voy á darte: busca á Ligia, cuando te plazca y como te acomode; pero, si no quieres que sobre ella caiga el peso de la venganza de Popea, no le hables de tu amada al César hasta que la enfermita recobre la salud. ¡La desdichada joven ha derramado ya bastantes lágrimas por culpa tuya! ¡Quieran los dioses proteger su amenazada cabeza!

—¿Le tienes cariño, Actea?—preguntó Vinicio, con melancólico acento.

—Sí—contestó la griega.

Y las lágrimas empañaban sus ojos.

—La quieres, porque no te paga con odio el cariño como á mí.

La liberta le miró, como dudando de la sinceridad de sus palabras; mas luego, adoptando una resolución, exclamó:

—¡También á ti te amaba, hombre apasionado y ciego!

Vinicio, sorprendido por esta declaración, brincó como si le hubiera picado un áspid, y replicó:

—¡Es falso, me aborrece! ¿Cómo puedes saber que me ama, tú, que sólo una vez has hablado con ella? No: Ligia me detesta. Además, ¿qué amor es el suyo, que prefiere la separación, la vida errante, la miseria, la incertidumbre del mañana y hasta una muerte ignominiosa, quizá, al engalanado hogar en donde un amante la aguardaba dispuesto á festejarla?

Vale más que no hablemos de esto, porque hay para volverse loco. Yo no cambiaría á Ligia por todos los tesoros del César; y Ligia huye de mí. ¿Qué amor es el suyo que esquiva el placer y busca el dolor? Si no me alentara la esperanza de encontrar á Ligia, me atravesaría el pecho con mi propia espada. El amor subyuga, no impulsa á huir. En casa de los Plaucio tuve momentos en que vislumbré una felicidad cercana; pero hoy estoy persuadido de que Ligia me odiaba entonces, me odia ahora y morirá odiándome.

Actea, dulce y tímida por naturaleza, no pudo menos de exclamar impetuosamente, cuando calló Vinicio:

—¡Merecerías que te odiara! ¿Qué has hecho para conquistarla? En vez de inclinarte ante Aulio y Pomponia para pedírsela por esposa, la arrancaste de su hogar, empleando el ardid y la violencia, para convertirla en tu querida; y á ella, á la hija adoptiva de una casa honrada, á la hija de un rey, hiciste que la condujeran á la mansión del crimen y de la infamia, para que asistiera con su inocencia á una fiesta vergonzosa. ¿Tan pronto has olvidado la atmósfera que se respira en la casa de Aulio Plaucio y de Pomponia Grecina, donde se ha educado Ligia? La has tratado como si Ligia fuera Nigidia, Calvia Crispinilla, Popea ú otra de esas que asisten á los banquetes del César; no has tenido suficiente juicio para comprender que herías su corazón, ni te has hecho cargo de que entre esas mujeres y Ligia media un abismo. ¿No te has penetrado de que es una púdica doncella, que prefiere cien veces la muerte á la infamia? ¿Sabes qué dioses son los suyos y si son más puros y mejores que la licenciosa Venus ó que Isis, á quien adoran las depravadas mujeres romanas? ¡No! Ligia no me confesó sus sentimientos, pero me dijo que confiaba en ti y que de ti esperaba su salvación; pues estaba segura de que recabarías del César el indispensable permiso para que ella volviera al hogar y á los brazos de Pomponia. Y cuando me hablaba de sus esperanzas, se ruborizaba, como virgen que ama y confía. El corazón de esa joven palpita por ti, y tú, en pago, la aterrorizas y la ofendes. Búscala, si quieres, ayudado por los soldados del César; pero no olvides que, si la hija de Popea llega á morir, culparán á Ligia de su muerte y la perderás para siempre.

La emoción que Vinicio experimentaba era tan honda, que lograba dominar el dolor y la cólera del joven; la noticia de que Ligia le amaba le conmovió hasta lo más profundo del alma. A su memoria acudió el recuerdo de días mejores: de aquellos en que en el jardín de Aulio le escuchaba Ligia con el rostro encendido por el rubor y los ojos radiantes. Díjose que entonces fué indudablemente cuando ella empezó á amarle, y á impulso de esta idea penetró hasta su alma una sensación de felicidad inefable; de una felicidad mil veces superior á la que él había soñado. Pensó que hubiera podido irla conquistando poco á poco, contando con su amor, y que ella, entonces, habría adornado con guirnaldas la puerta de su casa, untándola también con grasa de lobo, y se hubiese sentado luego, como correspondía á la esposa, en la piel de morueco, al lado del hogar. Y allí sus labios purpurinos pronunciarían la frase sacramental: *Ubi tu Caius, ego Caia* (donde tú seas el señor, yo seré la señora) que la mujer ro-

mana decía á su marido. ¡Ah, entonces sí que hubiera sido suya para siempre! ¿Por qué no procedió así Vinicio desde luego? Ya lo pensó, al principio; pero ahora... La joven había huído y quizá sería imposible descubrir su paradero. Además, ¿quién sabe si el hecho de encontrarla determinaría la muerte de la infeliz? Y aun cuando no le costara la vida, era indudable que ni Ligia ni Plaucio ni Pomponia le acogerían bien á él después de lo ocurrido. Esta conclusión le hizo sufrir y tornó á encolerizarle; mas no contra los Plaucio ni contra Ligia, sino contra Petronio. Este era el verdadero culpable de todo; sin su intervención, Ligia no se habría visto en el caso de huir, sería su esposa y ningún peligro la amenazaría. Pero ya era tarde; todo estaba perdido y no había posibilidad de rehacer sus ensueños de dicha.

—¡Ya es tarde!—murmuró tristemente, pues le parecía que á sus pies se había abierto un abismo; estaba desorientado y no sabía adónde volver la cara ni de qué medios valerse.

—¡Ya es tarde!—repitió Actea como un eco.

Estas palabras que otra boca pronunciaba, después de haberlas proferido él, resonaron en los oídos de Vinicio fatídicas como una sentencia de muerte; pero en el caos de su cerebro se destacaba clara y precisa una idea fija: la de buscar y encontrar á Ligia, porque, de no verificarse esto, algo funesto le sucedería.

El tribuno se envolvió maquinalmente en la toga é iba á partir, sin despedirse de Actea, cuando se descorrió la cortina que cubría la entrada del *atrium* y apareció Pomponia Grecina dolorida y pálida: sin duda la esposa de Aulio, noticiosa de la desaparición de Ligia, creía que á ella le sería más fácil que á su marido ver á la griega, y venía á que ésta la informara.

Al encontrarse con Vinicio, miróle con expresión de tristeza, y le dijo:

—¡Marco: que Dios te perdone el daño que nos has causado!

El joven inclinó la cabeza bajo el peso de su culpabilidad y de su infortunio; pero sin comprender qué era lo que Dios podía ó debía perdonarle. Por más que pensaba, no lograba explicarse por qué Pomponia profería palabras de perdón y no de odio y de venganza. Sin replicar, salió de la estancia.

En los patios y en las galerías encontró multitud de personas que venían á buscar noticias del estado de la enfermita.

Por entre los grupos de esclavos del Palatino circulaban numerosos senadores y patricios que venían á preguntar por la salud de la niña y al mismo tiempo á dejarse ver, dando con su presencia testimonio de su solicitud, aunque no fuera más que ante los esclavos de Nerón. La noticia de la enfermedad de la *divina* niña se había difundido rápidamente, y á cada momento acudían nuevos personajes á aumentar los grupos que se habían formado bajo la arcada. Algunos de los recién llegados, viendo que Vinicio salía del palacio, acudieron á él en demanda de noticias; pero el joven apresuró el paso y guardó silencio, hasta que tropezó con Petronio, el cual venía con el mismo fin que los demás.

Detuvo el poeta á su sobrino, y éste, al ver al Arbitro, quizá se hubiera encolerizado, dejándose arrastrar por la cólera á cometer actos de violencia, sin reparar que se encontraba en la propia casa del César; pero salía de las habitaciones de Actea tan abatido y trastornado, que hasta su ingénita irascibilidad se mantuvo dormida. Limitóse, pues, á apartar á su tío y á intentar proseguir su camino; pero Petronio le detuvo casi á la fuerza y le preguntó:

—¿Cómo está la divina enferma?

Esta sencilla pregunta bastó para que Vinicio se irritase y contestara ásperamente:

—¡Que los hados se la traguen y á todos los de su casta!

—¡Calla, desdichado!—le interrumpió Petronio.

Y agregó precipitadamente, al mismo tiempo que echaba en torno una mirada escrutadora:

—Si quieres noticias de Ligia, vente conmigo y te diré mi opinión acerca del rapto.

Así diciendo, rodeó con un brazo la cintura del joven y le sacó del palacio apresuradamente, que era lo que se proponía, pues no tenía nada que comunicarle; pero, á fuer de hombre avisado y considerándose hasta cierto punto responsable de lo ocurrido, había puesto en movimiento á su gente para descubrir el misterio de la desaparición de Ligia. Además, á pesar del disgusto que tuvo con él el día anterior, el Arbitro estimaba á su sobrino.

—He mandado á mis esclavos—le dijo, cuando ambos estuvieron en la litera,—que no pierdan de vista las puertas de la ciudad, y les he dado las señas más minuciosas de la doncella y del gigante que la sacó de la sala del banquete; el cual gigante es, ó mucho me equivoco, el autor del rapto. También podría suceder que Aulio y Pomponia trataran de esconderla en alguna de sus haciendas; si así fuera, no tardaríamos en saber qué camino ha tomado. Si mis esclavos no la ven pasar por ninguna de las puertas, será indudable que permanece en la ciudad, y hoy mismo la buscaremos.

—Los Plaucio ignoran qué ha sido de ella—replicó Vinicio.

—¿Estás seguro?

—He visto á Pomponia y sé que ellos también la buscan.

—Ayer no pudo abandonar la ciudad, porque de noche están cerradas las puertas. En cada una de éstas hay dos servidores míos, con orden de que mientras uno sigue á Ligia y al gigante, el otro corra á darme aviso. Si la joven está en Roma no tardaremos en descubrirla, porque al hombre que la acompaña es fácil reconocerle por su estatura y corpulencia.

Fortuna y no poca ha sido para ti que el raptor no sea el César; y que Nerón no ha sido, puedo asegurártelo, porque para mí no hay secretos en el Palatino.

Vinicio prorrumpió en quejas, más de dolor que de encono, y con voz que la emoción hacía insegura le contó á su tío lo que Actea le dijera, indicándole los nuevos peligros que amenazaban á la doncella. Para sustraerla á éstos, que eran verdaderamente terribles, se imponía la necesidad de ocultarla en lugar donde Popea no lograra descubrirla, tan pronto como ellos consiguieran encontrarla. Reprochó luego amargamente á Petronio los consejos que le había dado, demostrándole que sin su intervención no habrían ocurrido los acontecimientos que lamentaban; porque Ligia hubiera permanecido en casa de Aulio, y él, Vinicio, podría verla diariamente y considerarse más dichoso que el mismo César.

A medida que adelantaba en su discurso iba dejándose arrebatar por la vehemencia, su emoción se acentuaba y acabó con los ojos arrasados en lágrimas de dolor y de ira.

Petronio, que ni remotamente sospechaba tan ardiente amor, murmuró al ver aquellas lágrimas que la desesperación arrancaba:

—¡Oh, Venus, poderosa señora de Chipre, tú sola reinas sobre los dioses y sobre los hombres!

## XII

Cuando se apearon de la litera en casa del Arbitro, les dijo el jefe del *atrium* que todavía no había regresado ninguno de los esclavos que vigilaban las puertas de la ciudad. Manifestó asimismo el *atriensis* (mayordomo) que había mandado que les llevaran víveres, encargándoles de nuevo que pusieran el mayor cuidado en cumplir escrupulosamente las órdenes recibidas.

—Ya ves—le dijo Petronio á Vinicio—que hay sobrados motivos para creer que Ligia no ha salido todavía de Roma. Conviene que tú también des á tus esclavos órdenes para que vigilen las puertas, especialmente á los que fueron á buscarla, porque ésos la reconocerán más fácilmente.

—Los he mandado á trabajar á los

ergástulos, para castigarlos por haberse dejado arrebatar á Ligia; pero daré inmediatamente contraórden é irán, como los tuyos, á vigilar junto á las puertas de Roma.

Escribió el joven algunas palabras en una tablilla encerada, le dió el escrito á Petronio y éste mandó que lo llevaran á casa de su sobrino.

Luego penetraron en el pórtico interior, se sentaron en un banco de mármol y entablaron conversación.

Eunice, la de los áureos cabellos, é Iras, pusiéronles bajo los pies sendos taburetes de bronce; acercaron una mesilla y les sirvieron vino en ánforas de gollete estrecho, primorosas obras de arte de Volterra y de Cecina.

—¿Hay entre tus siervos—le preguntó Petronio á Vinicio—alguno que conozca al gigante ligio?

—Le conocían Gulo y Atacino—respondió el interpelado;—pero el segundo murió ayer en la refriega y al primero le maté yo.

—Lo siento; Gulo nos llevó en brazos á ti y á mí cuando éramos niños.

—Yo pensaba manumitirlo—contestó Vinicio;—pero... ¡Qué le hemos de hacer! No hablemos más de ello; hablemos de Ligia. Roma es un mar...

—Y precisamente en el mar es donde se pescan las perlas—le interrumpió Petronio.—Verdad es que la tuya no podremos encontrarla hoy ni mañana; pero es seguro que acabaremos por dar con ella. Me haces cargos porque te aconsejé el medio que me pareció más conveniente para poner á Ligia en tus manos; el medio era bueno, si no hubiera fracasado. Además, por lo visto, ya no te acuerdas de haber oído decir al propio Plaucio que tenía intención de irse á Sicilia con todos los suyos ni consideras que, si lo hubiera realizado, Ligia estaría también lejos de ti á estas horas.

—No, porque yo los habría seguido á Sicilia—replicó el joven;—y en todo caso, Ligia no correría seguramente el peligro que ahora corre. Comprenderás que, si la niña Augusta muere, Popea creerá que ha sido por causa del maleficio y hará que el César participe de su creencia.

—Lo comprendo y el caso me alarma, pero cabe en lo posible que esa muñeca se salve; y si, al fin, se muere, buscaremos manera de esquivar el peligro.

Petronio reflexionó por espacio de breves momentos y luego repuso:

—Popea cree en la religión de los judíos y en los malos espíritus; el César, por su parte, es supersticioso; y si hacemos correr la voz de que los espíritus se han llevado á Ligia, creerán que ha sido así, con tanto mayor motivo, cuanto que su desaparición ha sido misteriosa y ni Nerón ni Aulio Plaucio han intervenido en ella. El bárbaro gigante, por muy gigante y muy bárbaro que sea, no ha podido realizar la hazaña sin ayuda. Y se me ocurre preguntar: ¿cómo un esclavo consigue reunir tanta gente en un solo día?

—Los esclavos se ayudan mutuamente.

—Sí, pero á veces lo pagan con su sangre; aunque es cierto que se prestan mutuo auxilio, no es menos cierto que nunca se ayudan unos contra otros, y en el caso de que hablamos estaba fuera de dudas que los tuyos debían sufrir las consecuencias y el castigo. Si á éstos les sugieres la idea de que los autores del rapto fueron los espíritus malignos, no vacilarán en afirmar que los vieron con sus propios ojos; porque así se justificarán más fácilmente. En prueba de ello, pregúntale á cualquiera si vió á los espíritus llevarse por el aire á Ligia, y verás cómo jura por el escudo de Zeus que los vió como te está viendo á ti.

Vinicio, que era supersticioso, clavó en su tío una mirada de terror y dijo:

—Pues, si Urso no podía disponer de auxiliares ni realizar solo el rapto, ¿quién lo ha llevado á cabo?

—Considera con qué facilidad creerán tus esclavos que los espíritus han sido los autores de la hazaña—replicó burlonamente Petronio,—cuando tú mismo estás á punto de creerlo. Nuestra sociedad, la que se burla de los dio

ses, lo creerá igualmente, y no volverá á acordarse de Ligia. Nosotros, entretanto, nos llevaremos á la muchacha lejos de Roma á una quinta tuya ó mía, y asunto terminado.

—¿Pero quién ha robado á Ligia?

—Urso y sus correligionarios.

—¿Quiénes son esos correligionarios, qué dioses adoran?

—Cada romana tiene un dios, y es lo probable que Pomponia Grecina haya educado á Ligia en la religión que ella profesa. Ignoro cuál sea esta religión; lo único que sé ciertamente es que nadie la ha visto ofrecer en templo alguno sacrificios á nuestros dioses. Se dijo que era cristiana; pero tal acusación resultó falsa, puesto que un tribunal doméstico la absolvió de ella. Dicen que los cristianos adoran la cabeza de un burro, son enemigos de la raza humana y perpetran los más abominables crímenes; por consiguiente, Pomponia no puede ser cristiana, porque su virtud es notoria; y si fuera enemiga del género humano no trataría á sus esclavos con la blandura que los trata.

—No hay casa en Roma en donde traten á los esclavos como en la de Aulio—dijo Vinicio.

—Pomponia me habló una vez de un Dios omnipotente y justo. Si por ese dios ha desterrado á los demás, dueña es de hacerlo; pero paréceme que ese Logos (espíritu verbo), más que poderoso es débil, puesto que sólo cuenta con dos creyentes: Pomponia y Ligia; ó tres, si incluímos á Urso. Puede ocurrir, sin embargo, que sea mayor de lo que supongo el número de esos creyentes y que hayan sido ellos los que han facilitado á Ligia la fuga.

—Su religión les manda perdonar—dijo Vinicio.—Ayer, en los aposentos de Actea, me encontré con Pomponia Grecina, la cual me dijo: «Que Dios te perdone el daño que nos has causado á Ligia y á nosotros».

—No cabe duda de que su Dios es un *curator* (tutor, curador) de buena pasta. Bien; pues que te perdone, y en prueba de la sinceridad del perdón te devuelva á la doncella.

—¡Gustoso le ofrecería una *hecatombe* (sacrificio de cien víctimas de la misma especie) en acción de gracias! Me siento mal, Petronio; no tengo ganas de comer, de bañarme ni de dormir. Dame un ropón y una linterna sorda y me echaré á vagar por la ciudad, á ver si encuentro á Ligia.

Petronio fijó en él una mirada de lástima y advirtió en su rostro las señales de la fiebre: tenía el joven grandes ojeras, brillábanle febrilmente los ojos, la barba sin afeitar daba mayor relieve á sus pronunciados pómulos, y lo enmarañado del cabello completaba su aspecto de enfermo. Iras y la rubia Eunice le miraban con expresión de simpatía; pero él no se daba cuenta. En realidad, ni él ni Petronio hacían caso de las esclavas; éstas tenían para ellos la misma importancia que hubieran tenido otros tantos perros que anduvieran á su alrededor.

—Te devora la fiebre—le dijo el poeta á su sobrino.

—Es cierto—afirmó éste.

—Pues óyeme: no sé lo que el médico te prescribiría, pero sé lo que haría yo en tu lugar. Mientras encontramos ó no encontramos á Ligia, buscaría distracción con otra bella. Precisamente he visto en tu casa de campo mujeres de hermosísimas formas. No te encojas de hombros. Sé lo que es el amor y no ignoro que cuando se tiene á una mujer en el pensamiento no puede otra ocupar su sitio; sin embargo, una esclava hermosa puede procurarte siquiera un rato de distracción.

—No la necesito—replicó el joven.

Petronio, que le tenía verdadero cariño á su sobrino y quería aliviar sus dolores, se puso á discurrir la mejor manera de conseguirlo.

—Puede ser—dijo tras breve pausa—que no tengan ya para ti tus esclavas el atractivo de la novedad; pero éstas...

Y se interrumpió para examinar atentamente á Iras y á Eunice. Dióle luego á la segunda un golpecito en la

cadera con la palma de la mano, y exclamó, dirigiéndose á Vinicio:

—¡Mira esta Gracia! No hace muchos días que Fonteyo Capiton, el joven, me ofreció por ella tres bellísimos efebos de Clazomene. Ni el propio Escopas ha esculpido figura más perfecta que la suya. La verdad es que no me explico por qué no me ha llamado la atención hasta ahora, como no sea porque Crisotemis absorbía mi pensamiento. Pues bien; te la regalo, es para ti.

La rubia Eunice palideció al oir estas palabras, y clavando en Vinicio una mirada en la que se leía la ansiedad, aguardó su respuesta alentando apenas.

Corta fué la expectación, porque el joven, levantándose bruscamente y oprimiéndose la frente con las manos, como si agobiado por la fiebre no quisiera atender á razones, exclamó:

—¡No, no! ¡No la quiero! ¡Ni ésa ni las otras! Te agradezco el regalo; pero no lo necesito. Buscaré á Ligia por todas partes. Di que me traigan un manto galo con capucha. Iré al Trastíber, aunque sólo consiga ver á Urso.

Y se dispuso á salir.

Petronio, persuadido de que era imposible detener al joven, no lo intentó siquiera; pero, suponiendo que su sobrino se negaba á aceptar la esclava que le ofrecía porque para él no había en el mundo más que una mujer, Ligia, y creyendo que tal disposición de ánimo se modificaría con el tiempo, quiso llevar á vías de hecho el anunciado regalo y dijo á la rubia Eunice.

—Báñate, úngete, vístete y márchate á casa de Vinicio.

La esclava se echó á sus plantas, y juntando las manos en actitud suplicante le pidió que no la alejara de su casa; no quería ir á la de Vinicio, prefería ser la última en casa de Petronio, aunque la destinaran al *hypocaustum* (estufa), á ser la primera en otra parte. No quería, no podía marcharse, y le suplicaba que tuviera piedad de ella, que la destinara á los servicios más humildes, que la mandara apalear diariamente... pero que no la despidiera.

Y temblando de temor y de emoción extendía las manos hacia Petronio, que la oía con asombro. Era caso tan inaudito en Roma el que un esclavo se atreviera á pedir la revocación de una orden y que para colmo osara decir «no quiero y no puedo», que el tribuno la escuchaba y no daba crédito á lo que oía. Por último, se dió cuenta y frunció el ceño. Era el poeta sobradamente culto y de gustos harto refinados, para conducirse cruelmente: sus esclavos gozaban mucha más libertad que otros, especialmente en lo tocante á pasatiempos; pero con la condición de ejecutar el servicio cuidadosa y puntualmente y de acatar la voluntad de su amo como la de un dios. Si un esclavo infringía cualquiera de estas dos reglas, Petronio no podía prescindir de someterle al castigo á que se hubiera hecho acreedor, con arreglo á las prácticas establecidas. Y como, además, no toleraba la menor oposición ni la más leve contrariedad que viniera á perturbar su reposo, miró por un instante á la joven, que permanecía arrodillada, y dijo:

—Llama á Tiresias y vuelve con él.

Obedeció la esclava, llorosa y temblando, y á poco volvió acompañada del jefe del *atrium*, un cretense llamado Tiresias.

—Llévate á Eunice—le dijo Petronio—y dale veinticinco azotes, cuidando de no estropearle la piel.

Luego se fué á la biblioteca, se sentó ante una mesa de mármol rota y se puso á trabajar en su *Festín de Trimalción*; pero la enfermedad de la niña Augusta y la desaparición de Ligia habían perturbado su ánimo, tanto, que pronto tuvo que renunciar á la escritura. La enfermedad de la rapaza, sobre todo, constituía un importante acontecimiento. Pensaba Petronio que si el César admitía como cierto que Ligia había hechizado á la chiquilla, él tampoco estaría exento de responsabilidad, puesto que por indicación suya fué la doncella al Palatino; pero de

cíase al mismo tiempo que no le costaría grande esfuerzo demostrarle á Nerón que la idea del maleficio era absurda. Contaba también para tener cierta confianza, con la inclinación que por él sentía Popea, inclinación que la Augusta ocultaba con el mayor cuidado, aunque no tan completamente que el Arbitro no hubiese llegado á adivinarla.

No fueron largas sus reflexiones: al cabo de poco rato se encogió de hombros, se dirigió al triclinio con ánimo de tomar un refrigerio, y de pedir la litera para ir al Palatino, primero, al Campo de Marte después, y por último á casa de Crisotemis.

Cuando se dirigía al triclinio, al pasar por delante de la entrada del corredor destinado á los siervos, vió á Eunice arrimada á la pared y con ella á otros esclavos. Olvidando, sin duda, que fuera de la orden referente á los azotes no le había dado á Tiresias ninguna otra concerniente á la griega, tornó á fruncir el ceño, buscó con la vista al mayordomo, y como no le viera entre los sirvientes, preguntóle á Eunice:

—¿Te dieron los veinticinco azotes?

La rubia se postró de hinojos y respondió, como agradecida por el castigo que reemplazaba, á su entender, á la orden de llevarla á casa de Vinicio:

—¡Ah, sí, señor; me los han dado! ¡Ah, sí, señor!

Y su acento revelaba alegría y gratitud á un tiempo mismo.

Petronio adivinó lo que pensaba la esclava y se admiró de su tenaz resistencia; pero harto conocedor del corazón humano, para él no podía pasar inadvertido que sólo el amor presta vehemencia y fuerzas para mantener sin debilidades semejante resistencia. Fijo en esta idea, le preguntó:

—¿Amas á alguno en esta casa?

—Sí, señor—contestó la esclava, tan quedo que apenas se la oyó y mirándole con los ojos preñados de lágrimas.

Petronio la contemplaba: con los ojos de dulce mirar empañados por el llanto, echado hacia atrás el áureo cabello pintado y pintados en el rostro el temor y la esperanza, clavaba en él tan tierna mirada de súplica, que el Arbitro, siempre amante de la belleza, y pronto á rendir pleito homenaje á la hermosura, sintió cierta conmiseración por la joven, y acabó por preguntarle:

—¿A quién de éstos amas?

E indicaba á sus servidores con un leve movimiento de cabeza.

Eunice se inclinó hasta tocar con la frente los pies de su amo, y guardó silencio.

Petronio miró entonces á los esclavos, entre los cuales había hermosos mancebos; pero en sus rostros juveniles sólo pudo ver una extraña sonrisa. Lanzó otra mirada á Eunice que permanecía arrodillada, y silencioso se dirigió al triclinio.

Después de comer mandó que le llevaran al Palatino y luego á casa de Crisotemis, en donde estuvo hasta la noche.

Cuando volvió á su casa llamó á Tiresias y le preguntó:

—¿Recibió Eunice los veinticinco azotes?

—Sí, señor; pero con cuidado, porque me diste orden de que no se le estropeara la piel—respondió el mayordomo.

—¿Te he dado alguna otra orden concerniente á ella?

—No, señor—contestó no sin alarma Tiresias.

—Está bien. ¿Cuál de mis esclavos es el amante de Eunice?

—Ninguno, señor.

—¿Sabes algo de ella?

—Eunice nunca sale del *cubiculum* por la noche y duerme con Ifida y con la anciana Danae. Después que te viste no vuelve á los departamentos de baños á divertirse, y los esclavos se ríen de ella y la apodan Diana.

—Basta. Mi sobrino Vinicio, á quien quise regalársela, no la acepta; por consiguiente se quedará aquí. Retírate.

—Señor; ¿puedo hablarte más de Eunice?

—Te he mandado que digas lo que sepas.

—Toda la *familia* ha hecho comentarios acerca de la fuga de la doncella destinada al noble Vinicio; pues bien, cuando saliste vino Eunice á decirme que conocía á un hombre capaz de descubrir el paradero de la doncella fugada.

—¿Sí? ¿Y quién es ese hombre?

—Lo ignoro, señor; pero me ha parecido que debía enterarte del caso.

—Está bien. Que venga ese hombre mañana y espere la llegada del tribuno, al cual rogarás en mi nombre que procure venir á verme temprano.

Hizo el mayordomo una reverencia y se retiró.

Petronio se puso á pensar en Eunice. Le parecía natural que la griega quisiera que Vinicio encontrara pronto á Ligia, porque así no la obligarían á ella á marcharse de su casa para ir á la del joven. Mas de pronto se le ocurrió la idea de que el hombre á quien la esclava había aludido podía muy bien ser su amante; y tal suposición le produjo impresión asaz ingrata. Fácil le era salir de dudas y saber la verdad con sólo interrogar á la interesada; pero era ya hora avanzada, la larga visita que había hecho á Crisotemis le tenía un poco cansado y deseaba entregarse al reposo. Iba ya camino del *cubiculum*, cuando se acordó, sin saber por qué, de ciertas arrugas que aquel día tuvo ocasión de descubrir en los ángulos exteriores de los ojos de Crisotemis, y murmuró:

—Es indudable que en Roma celebran su belleza más de lo que merece, y que Fonteyo Capiton pretendía adquirir á demasiado vil precio á Eunice, ofreciéndome por ella tres muchachos de Clazomene.

## XIII

No bien se había vestido Petronio, la mañana siguiente, cuando Vinicio se presentó.

No tenía la menor noticia del paradero de Ligia, aunque había escudriñado todos los rincones de Roma y enviado mensajeros con idéntico objeto á las aldeas; sólo sabía que no la habían visto salir por las puertas de la ciudad, lo cual no era lo mismo que estar seguro de que permanecía dentro, pues Urso podía haberla sacado á raíz del rapto, y antes, por consiguiente, de que Petronio enviara á sus esclavos con orden de vigilar las puertas. Verdad es que éstas se cerraban temprano en el otoño porque los días eran cortos; pero también había que tener en cuenta que después de la hora de clausura las abrían para dar paso á las personas que necesitaban salir de la ciudad. Era asimismo posible escalar las murallas por determinados puntos, puesto que los esclavos lo hacían cuando querían huir. Vinicio informó minuciosamente á los hombres que mandó á los pueblos comarcanos de las señas de Urso y de Ligia, y les dió orden de recorrer las vías que conducían á las provincias, y de practicar escrupulosas pesquisas en las aldeas. Con las señas escritas de los fugitivos iba la promesa de recompensar generosamente á la persona que lograra apoderarse de ellos.

A pesar de todo, pocas probabilidades de éxito había, pues aunque dieran con las personas que buscaban, no era presumible que las autoridades locales se atrevieran á detenerlas en virtud de un simple encargo de Vinicio que no venía apoyado en una orden del pretor. Ya el joven pensó en recabar esta orden; pero le faltó tiempo para ello. Disfrazado de esclavo pasó el día entero recorriendo los más ocultos rincones de Roma, sin dar con el más leve indicio ni descubrir la más ligera huella de Ligia. Había encontrado á los servidores de Aulio ocupados, al parecer, en realizar análogas pesquisas, y este encuentro vino á robustecer su creencia de que no sólo el anciano General era ajeno al rapto de la doncella, sino que ignoraba en absoluto la suerte que había corrido.

Cuando Tiresias le anunció que cierto sujeto podía descubrir las huellas con tanto afán buscadas, se apresuró á ir á casa de Petronio, y no bien le hubo

saludado, le preguntó por el sujeto de referencia.

—Le veremos pronto — contestó aquél. — Eunice le conoce y ahora, cuando venga á arreglarnos los pliegues de la toga, nos informará acerca de él.

—¿Eunice es la esclava que querías regalarme ayer?

—Precisamente: la misma que no aceptaste. Por cierto que te lo agradezco, porque es la mejor *vestiplice* (camarera) que hay en Roma.

En aquel momento entró la *vestiplice* de quien se hablaba, tomó la toga del poeta que estaba encima de una silla taraceada de nácar, y la desplegó para ponérsela á Petronio. En su rostro se retrataba la tranquilidad y sus ojos revelaban alegría.

A Petronio le pareció muy bonita.

La esclava puso aquella vestidura á su amo y comenzó á arreglarle los pliegues, para lo cual se inclinaba algunas veces.

El patricio, mientras, observaba que los brazos de la griega, que eran de una forma perfecta, tenían el más bello color de rosa, y que en el seno y en los hombros, no menos perfectos que los brazos, se advertían reflejos de perla ó de alabastro.

—¿Eunice—le preguntó,—ha venido el hombre de quien hablaste ayer á Tiresias?

—Sí, señor—contestó la esclava, con los ojos iluminados por alegre ternura.

—¿Cómo se llama?

—Chilón Chilónides.

—¿Qué es?

—Médico, sabio, adivino; predice lo porvenir y conoce los destinos de los hombres.

—¿Te ha hecho algunas predicciones?

Un vivo carmín coloreó las mejillas de Eunice y hasta sus lindas orejas.

—Sí, señor—respondió.

—¿Qué te ha predicho?

—Que el dolor y la felicidad me aguardaban.

—El dolor lo sufriste ayer en manos de Tiresias; ahora debe de tocarle el turno á la felicidad.

—La felicidad ha llegado ya, señor.

—¿Cómo?

—Quedándome en esta casa—murmuró la griega, con voz tan tenue que parecía un suspiro.

—Hoy has arreglado admirablemente los pliegues de mi toga y estoy satisfecho de ti, Eunice.

Esta se estremeció de contento, brilló en sus ojos un relámpago de dicha y su seno se agitó á impulsos de la alegría.

Petronio y Vinicio se trasladaron al *atrium*, donde les aguardaba Chilón Chilónides, el cual les hizo un profundo saludo. El Arbitro no pudo reprimir una sonrisa al considerar cuán errado anduvo sospechando que aquel hombre pudiera ser el amante de Eunice. Y la sonrisa estaba justificada, porque el aspecto de Chilón era el menos á propósito para un amante: en su extraña figura se combinaban lo repugnante y lo ridículo. No era viejo, á juzgar por su híspida barba y rizosos cabellos, en los que no se veía ni una cana. Sumido de vientre y cargado de espaldas, parecía jorobado, al primer golpe de vista. Era su cabeza alta y estrecha, penetrante la mirada, y su rostro tenía una expresión canina y simiesca á un tiempo. Algunos barros adornaban su amarillento cutis y el encarnado color de su nariz le acreditaba de bebedor empedernido. Su desaliñado vestido componíase de obscura túnica de lana de cabra y de un manto de la propia tela lleno de agujeros, que le daba el aspecto de un mendigo. Al verle, se acordó Petronio de Tersites, el feísimo griego de quien cuenta Homero que murió á manos de Aquiles en el sitio de Troya; y excitado con tal recuerdo su buen humor, saludó á Chilón con las siguientes palabras:

—¡Salud, divino Tersites! ¿Qué tal la joroba que Ulises te regaló en Troya, y qué hace él ahora en los Elíseos?

—Noble señor—contestó Chilón Chi-

lónides.—Ulises, el más sabio de los muertos, saluda por mi boca á Petronio, el más sabio de los vivos, y le ruega que cubra mi joroba con un manto nuevo.

—¡Por Hécate Triformis!—exclamó el poeta.—Esa contestación merece el manto nuevo.

Pero Vinicio se impacientaba, é interrumpió el discreteo, preguntando:

—¿Sabes de qué se trata y qué servicio queremos de ti?

—Cuando dos nobles familias no hablan más que de cierto acontecimiento y este acontecimiento lo comenta toda Roma, fácil es saber lo que todos saben. Anteanoche, al ser conducida desde el Palatino á tu casa una ahijada de los Plaucio llamada Ligia, ó mejor dicho, Calina, desapareció en el camino. Yo me comprometo á encontrarla en la ciudad, si en la ciudad está, y si hubiera salido de ella, lo que no es probable, á indicarte, ¡oh, noble tribuno! el lugar en donde se oculta.

—Está bien—dijo Vinicio, satisfecho de la precisión con que se expresaba el hombrecillo.—¿De qué medios dispones para cumplir tu compromiso?

—Los medios los tienes tú, señor—replicó Chilón sonriendo maliciosamente;—yo, sólo la inteligencia.

Petronio se sonrió; le agradaba aquel pícaro.

—Le creo capaz—dijo,—de encontrar á la doncella.

—Ten cuidado—le advirtió Vinicio al griego.—Te prevengo que si inspirado por el afán del lucro me engañas, mandaré que te maten á palos.

—Soy filósofo, señor; los filósofos no somos codiciosos ni ansiamos recompensas, especialmente como la que magnánimo acabas de ofrecerme.

—¿Conque eres filósofo?—preguntó Petronio.—Eunice me ha dicho que eres médico y adivino. ¿De qué conoces á mi esclava?

—Me buscó, noticiosa de mi fama, porque necesitaba mi auxilio.

—¿Qué clase de auxilio necesitaba?

—Quería que la curara de un amor no correspondido.

—¿La curaste?

—Hice más, señor; le entregué un amuleto que aseguraba la reciprocidad de aquel amor. Hay un templo de Venus en Pafos, en la isla de Chipre, en el cual se conserva un cinturón de la diosa; yo le he dado á Eunice dos hilos procedentes de ese cinturón y encerrados en una cáscara de almendra.

—¿Cobraste muy caro?

—Nunca se paga demasiado caro el logro de la correspondencia, cuando de amor se trata. Además, me faltan dos dedos de la mano derecha y necesito reunir dinero para comprar un esclavo que escriba mis pensamientos, á fin de que la posteridad no pierda, para bien suyo, el fruto de mi sabiduría.

—¿A qué escuela perteneces, sabio admirable?

—Soy cínico, señor, porque llevo, como ves, un manto agujereado; estoico, porque sufro con paciencia los embates de la miseria; peripatético, porque, careciendo de litera, voy andando de taberna en taberna; y en el camino me detengo á propagar mi sabiduría entre los que por oirme me ofrecen un trago de vino.

—Y el vino te vuelve retórico, ¿no es eso?

—Heráclito ha dicho que «todo es flúido»; ¿negarás, señor, que es flúido el vino?

—También ha dicho Heráclito que el fuego es una divinidad: por consiguiente, en tu roja nariz irradia la divinidad.

—El divino Diógenes de Apolonia proclamó que el aire era la esencia de las cosas; el aire, mientras más cálido es, más perfectos vuelve á los seres; y en eso mayor calor, precisamente, tiene su origen el alma de los sabios. Como los otoños son fríos, un sabio de buena cepa debe calentar su alma con vino. ¿Pretenderás, acaso, excelso señor, impedir que un cántaro, aunque el jugo que encierre sea de Capua ó de Telesia, temple los huesos del deleznable cuerpo humano?

—¿Dónde naciste, Chilón Chilónides?

—En el Ponte Euxino; soy oriundo de Mesambria.

—Eres un grande hombre.

—Me has conocido—dijo el griego, con acento melancólico.

Vinicio se impacientaba; animado por la esperanza que ya acariciaba, quería que Chilón empezara inmediatamente sus pesquisas, y la conversación que el sabio sostenía con Petronio le parecía que sólo servía para perder el tiempo.

—¿Cuándo vas á comenzar tus gestiones?—preguntó al griego.

—Ya las he comenzado—respondió el interpelado,—y no supongas que mientras estoy aquí contestando á tus afables preguntas dejo de indagar, de buscar; ten confianza en mí, venerado tribuno, y no dudes de que si perdieras un cordón de tus sandalias yo lo encontraría, ó por lo menos daría con la persona que lo hubiera recogido.

—¿Te has ocupado alguna vez en asuntos de este género?—preguntó Petronio.

Chilón le miró fijamente y contestó:

—Los hombres estiman tan poco hoy la virtud y la sabiduría, que un filósofo tiene que apelar á diferentes recursos para ganarse la vida.

—En realidad, ¿á qué te dedicas?

—A saberlo todo y facilitarles noticias á los que las necesitan.

—¿Y cobras por eso?

—¡Ah, señor! ¡Me urge comprar un escriba, para que mi sabiduría no perezca conmigo!

—Pues si hasta ahora no has conseguido reunir lo preciso para comprar un manto nuevo, sospecho que tus servicios están muy por debajo de tus promesas.

—¡Ah! La modestia me impide alabarme; pero no eches en olvido, señor, que se han acabado los bienhechores, antes numerosos, para quienes era tan grato el dar el oro á manos llenas como comerse una ostra de Puzzolo. No; mis servicios no son tan mezquinos como la gratitud de los hombres. A veces, cuando se fuga un esclavo de valor, ¿quién es capaz de encontrarlo, como no sea el unigénito de mi padre? Cuando en las paredes aparecen pasquines ofensivos para la divina Popea, ¿quién señala á los autores? ¿Quién descubre en las librerías los versos contra el César? ¿Quién averigua lo que se murmura en casa de los patricios y senadores? ¿Quién lleva las cartas que sus autores no quieren confiar en manos de esclavos? ¿Quién cosecha noticias en las barberías? ¿Para quién no hay secretos en las tabernas y tahonas? ¿En quién tienen puesta su confianza los esclavos? ¿Quién puede escudriñar con una mirada el interior de las casas, desde el *atrium* hasta el jardín? ¿Quién es el que sabe de memoria todas las calles y todos los escondrijos? ¿Quién es el que está al tanto de lo que se habla en los baños, en el circo, en los mercados, en las escuelas de gladiadores y en los mercados de esclavos?

—¡Basta ya, por todos los dioses, noble filósofo!—exclamó Petronio.—Estamos hasta la coronilla de tus servicios, de tus virtudes, de tu sabiduría y de tu elocuencia. ¡Basta, basta! Queríamos saber quién eras, y ya lo sabemos.

Vinicio estaba satisfecho, pues suponía que aquel hombre, excelente sabueso, descubriría inmediatamente la pista de Ligia y no se detendría hasta dar con el escondite de la joven.

—Bien—dijo.—¿Qué datos ó qué instrucciones necesitas para empezar á trabajar?

—Solamente necesito armas—contestó el griego.

—¡Armas!—exclamó sorprendido el joven.—¿De qué clase?

Chilón hizo con la mano ademán de contar dinero, y contestó con voz meliflua:

—Así están los tiempos...

—Entonces—dijo Petronio,—¿eres el burro que pretende rendir la fortaleza con bolsas de oro?

—No soy más que un pobre filósofo; el oro lo tenéis vosotros...

Vinicio le arrojó una bolsa que el griego atrapó al vuelo á pesar de que

le faltaban dos dedos de la mano derecha.

—Has de saber, señor, que ya he averiguado más de lo que te figuras; pues no quise venir con las manos vacías. Aulio Plaucio no ha sido el autor del rapto de la doncella; he hablado con sus esclavos. Ligia no está en el Palatino; allí nadie piensa ahora más que en la niña Augusta. Y hasta podría darse el caso de que yo adivinara por qué prefieres mi ayuda, para buscar á la doncella, al auxilio que pudieran prestarte los guardias de la ciudad y los soldados del César. Sé que la ayudó en la fuga un sirviente, un esclavo ligio, á quien seguramente no auxiliaron otros esclavos, porque todos los de Roma están coligados y ninguno consentiría en luchar contra los tuyos. Para mí no admite duda que cooperaron al rapto correligionarios de la joven y quizá servidores y compatriotas de ella.

—¿Lo oyes, Vinicio?—preguntó Petronio.—Lo mismo te decía yo poco ha.

—Coincidencia que me honra extraordinariamente—dijo Chilón.

Y agregó, dirigiéndose á Vinicio:

—Para mí es evidente que Ligia rinde culto á la misma divinidad que su protectora, la excelsa matrona Pomponia Grecina, virtuosa entre las virtuosas. He oído decir que Pomponia fué acusada de adorar á una especie de dios extranjero y juzgada por ello en su propio hogar; pero sus esclavos no han sabido decirme qué clase de dios era ése ni qué nombre se les da á los que le rinden culto. Si yo lograra averiguarlo, buscaría á éstos, me convertiría en el más entusiasta prosélito de su religión y procuraría granjearme su confianza. Tú, señor, que has estado, según mis noticias, algunos días en casa del noble Plaucio, ¿no podrías suministrarme indicios acerca de ese importante punto?

—No—contestó el joven tribuno.

—Nobles señores—repuso el griego,—me habéis interrogado á vuestro gusto y sobre diferentes temas y á todo creo haber dado cumplida respuesta; ¿me permitís que á mi vez formule una pregunta? ¿No has observado, venerado tribuno, si la excelsa Pomponia ó la divina Ligia llevan consigo algún amuleto, adoran alguna estatua, hacen ofrendas ó celebran alguna ceremonia?

—No—contestó el tribuno.

—¿Has sorprendido entre ellas algún signo, alguna palabra pronunciada ó escrita, inteligible sólo para ellas?

—¿Signos?... ¡Ah! Sí; una vez dibujó Ligia en la arena un pez.

—¿Un pez? ¡Ah! ¡Oh! ¿Recuerdas si dibujó ese signo una ó varias veces?

—Una; una nada más.

—¿Y estás seguro de que trazó precisamente un pez?

—Segurísimo. ¿Sabes qué significa?

—¡Lo adivino!—exclamó Chilón.

E inclinándose en señal de despedida, repuso:

—¡Que la Fortuna derrame sobre vosotros, nobles y dignos señores, toda clase de dones! Me retiro.

—Di que te den un manto nuevo—dijo Petronio, despidiéndole.

—Ulises te da las gracias en nombre de Tersites—contestó el griego.

Y salió, haciendo reverencias.

—¿Qué te parece este noble sabio?—preguntó Petronio á su sobrino.

—Me parece que encontrará á Ligia—respondió el interrogado con júbilo,—pero también me parece que, si hubiera un reino de pícaros, nadie con más méritos que él podría ceñirse la corona.

—Lo mismo creo, y quiero estudiarle á fondo; pero antes es necesario llamar para que vengan á perfumar el *atrium*.

Entretanto, Chilón, envuelto ya en su manto nuevo, acariciaba la repleta bolsa que Vinicio le diera, entusiasmándose con su peso y con el metálico y grato sonido que el contenido despedía. Iba el griego despacio; después de echar una mirada en torno para ver si le observaban desde la casa, se metió por el pórtico de Livia y tan pronto como llegó á la esquina del *Clivus Virbius*, cambió de dirección, encaminándose al Suburra.

—Tengo que ir—murmuraba, mientras seguía andando,—á la taberna de Esporo á libar en honor de la Fortuna. Al fin, he dado con lo que ha tanto tiempo buscaba, al topar con ese enamorado é impetuoso mancebo, que es rico como las minas de Chipre y no vacilará en dar la mitad de su caudal por ese pardillo de Ligia. Nada; he dado con el hombre que necesito. Sin embargo, será prudente estar en guardia, porque su ceño adusto nada bueno presagia. ¡Estos lobeznos lo gobiernan todo en el mundo en los tiempos que corremos! Menos me asusta el gran Petronio que ese guerrero sin afeitar. ¡Oh, dioses! Lo cierto del caso es que el oficio de tercero produce más que el de virtuoso. ¡Ah! ¿Conque la divina Ligia trazó un pez en la arena? ¡Un pez! ¡Que me vea harto con un pedazo de queso de cabra, si sé lo que eso significa! ¡Ah! Pero lo averiguaré. Los peces viven debajo del agua; buscar debajo del agua es más difícil que buscar en la superficie de la tierra; *ergo* Vinicio tendrá que pagarme aparte ese pez. Cuando yo sea dueño de otra bolsa como ésta, podré tirar las alforjas del mendigo y comprar un esclavo. Pero vamos á ver: ¿qué dirías tú, Chilón, si yo te aconsejara que compraras una esclava en vez de un esclavo? Te conozco bien y sé que me escucharías; y si la esclava fuera tan hermosa como Eunice, por ejemplo, ¿no crees, desdichado Chilón, que te rejuvenecería y hasta te proporcionaría buenos gajes? A esa boba le he vendido dos hilos de mi manto viejo, y en cuanto á boba lo es bastante; pero, si Petronio me la regalara, yo la aceptaría sin inconveniente. Sí, pobre Chilón Chilónides: has perdido á tu padre y á tu madre, eres huérfano, por consiguiente, y debes comprar una esclava que te haga tolerable la vida. ¡Qué malos tiempos alcanzamos! ¡Ya no dan por un óbolo ni siquiera la cantidad de guisantes con tocino que cabe en el hueco de la mano, ni un pedazo de tripa de cabra del tamaño del brazo de un niño! Sí, desgraciado Chilón, tendrás que comprar una esclava, y como en alguna parte habéis de vivir, buscarás un rincón en casa del noble Vinicio, y éste pagará tus gastos y los de ella. ¡Oh, qué asendereada vida! Pero ya veo á ese bribón de Esporo. En la taberna será más fácil saber algo.

Entró el griego en el establecimiento, pidió de beber, y reparando en la mirada de desconfianza que le dirigía el tabernero, sacó de la bolsa una moneda de oro, la puso en la mesa y dijo:

—Esporo: he trabajado con Séneca hasta el amanecer, y he aquí lo que mi amigo me ha dado al separarnos.

Al ver el oro se le encandilaron los ojos al tabernero, y se apresuró á servirle vino al sabio.

Este mojó los dedos en el jarro, dibujó un pez en el tablero de la mesa y preguntó:

—¿Sabes qué significa esto?

—¿Un pez? Sí, un pez; pues... eso, un pez.

—Eres un zote; pero le echas tanta agua al vino, que el día menos pensado encontrarás peces en él. El pez es un símbolo que en el lenguaje de los filósofos quiere decir: «sonrisa de la fortuna». Y fortuna creo que habrías hecho si lo hubieras adivinado. Respeta la filosofía, Esporo, si no quieres que cambie de taberna, como me aconseja mi íntimo amigo Petronio.

## XIV

Muchos días transcurrieron sin que Chilón pareciera por ninguna parte. Desde el punto y hora en que Actea informó á Vinicio de que Ligia le amaba, la ansiedad y la impaciencia del joven tribuno crecieron considerablemente, é impulsado por ellas buscó á su amada por todas partes sin tregua ni descanso. No quiso, sin embargo, pedir ayuda á Nerón, el cual, por otro lado, estaba preocupadísimo con la enfermedad de la niña Augusta.

El mal de ésta no cedió ni por los sacrificios que se hicieron en los tem-

plos ni por las plegarias; la ciencia de los médicos fué impotente para atajarlo, y las artes de encantamiento, de las que se echó mano como de recurso supremo, no fueron más eficaces; la enfermita murió al cabo de una semana y toda Roma tomó parte en el duelo. El César, que cuando nació la niña se entregó á una loca alegría, al morir la criatura dió muestras de un dolor desatentado: encerrado en sus habitaciones, permaneció dos días sin consentir en comer absolutamente nada ni en dar audiencia, á pesar de que el Palatino estaba lleno de senadores y augustanos que habían acudido presurosos á manifestar su pena y su adhesión al César.

El Senado se reunió en sesión extraordinaria para proclamar diosa á la niña muerta y acordó erigirle un templo, con un sacerdote especial para el servicio del mismo. Ofreciéronse sacrificios en honor de la niña Augusta, se le levantaron estatuas de metales preciosos, y el pueblo, en los solemnes funerales, tuvo ocasión de contemplar á sus anchas al César llorando á lágrima viva y sumido en el dolor más extraordinario. La multitud lloraba con él, extendía las manos para recibir las dádivas usuales y, sobre todo, pasaba el rato con aquel espectáculo superior á todo encomio.

La muerte de la niña puso á Petronio en cuidado: decíase en Roma que Popea la atribuía á un maleficio, cosa que los médicos afirmaban, porque ello explicaba la inutilidad de sus esfuerzos; los sacerdotes eran de la misma opinión, el pueblo participaba de ella, y hasta los hechiceros la admitían, aunque temblando por la propia vida.

Petronio se alegraba á la sazón de la fuga de Ligia, porque no quería mal á Plaucio ni á Pomponia y lo mismo para sí propio que para Vinicio, apetecía todo el bien posible.

Cuando quitaron de la Puerta del Palatino el ciprés que habían colocado en señal de duelo, asistió Petronio á la recepción destinada á los senadores y augustanos, deseoso de juzgar por sí mismo hasta qué punto daba crédito Nerón á las voces que corrían acerca del maleficio y de prevenir, en lo posible, las consecuencias que el estado de ánimo del César pudiera acarrear. Conocía á fondo á Nerón y supuso que aun cuando éste no creía en los hechizos, ahora fingiría lo contrario para representar la comedia, dando muestras de un dolor inmenso, á fin de allanarse el camino y poder dar rienda suelta á sus perversos instintos, ensañándose con los supuestos culpables y alejando toda sospecha que indujera á hacer creer que los dioses empezaban ya á castigarle por sus crímenes. Petronio no admitía la idea de que Nerón pudiera amar de veras y acendradamente ni á su propia hija; mas, aunque en realidad le tuviera cariño, el Arbitro estaba seguro de que el César exageraba muchísimo la intensidad de su dolor.

Y acertaba.

Nerón oía con rostro impasible y ojos inexpresivos las frases de consuelo que le dirigían patricios y senadores; seguramente se preguntaba, aunque la pena le ahogara verdaderamente, qué efecto produciría á todos aquellos señores el espectáculo de su dolor. Su actitud se parecía á la de Niobe y daba á la vez una idea del dolor paternal, como pudiera darla en escena cualquier actor; pero, careciendo de la fuerza de voluntad necesaria para mantenerse en la actitud de pena silenciosa que se había impuesto, á lo mejor hacía ademán de coger del suelo un puñado de polvo y arrojárselo á la cabeza, ó prorrumpía en hondas lamentaciones. Al ver á Petronio, dió un salto y exclamó con acento trágico y en tono que todos los presentes lo oyeron:

—¡Ay! ¡Tú causaste su muerte! ¡Por tu consejo penetró en este recinto el mal espíritu! ¡El mal espíritu, que con una mirada secó en su pecho la fuente de la vida! ¡Desventurado de mí! ¿Por qué han visto mis ojos la luz de Helios? (el sol). ¡Pobre de mí! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Y alzando gradualmente la voz, le daba las inflexiones del clamor desesperado.

Petronio, comprendiendo que la situación era crítica, se decidió á jugar el todo por el todo; extendió la mano, arrancóle á Nerón el pañuelo de seda que llevaba al cuello, y, tapándole con él la boca, dijo con solemne entonación:

—¡Señor: Roma y el mundo yacen sumidos en profundo duelo; pero tú, ¡oh! tú debes conservar para nosotros tu voz divina!

Los augustanos se quedaron atónitos y el mismo Nerón no pudo ocultar su aturdimiento; sólo Petronio permaneció imperturbable, porque sabía muy bien lo que hacía: no había olvidado que Terpnos y Diodoro tenían orden terminante de taparle la boca al César cada vez que éste pusiera en peligro la voz levantando el diapasón demasiado.

—¡Oh, César!—repuso el Arbitro con dolorido y reposado acento.—¡Ya que es irreparable é infinita la pérdida que todos lloramos contigo, quédenos siquiera, como único consuelo, el tesoro de tu voz!

Nerón se estremeció, contrajóse su rostro y dos lágrimas brotaron de sus ojos; apoyó las manos en los hombros de Petronio é inclinando la cabeza sobre el pecho, dijo sollozando:

—¡Sólo á ti, entre todos, se te ha ocurrido esto!... ¡Sólo á ti! ¡Sólo á ti, Petronio, sólo á ti!

Tigelino palideció de envidia y Petronio prosiguió diciendo:

—Vete á Ancio; allí vino al mundo la divina Augusta, inundándote el corazón de alegría, y allí encontrarás el necesario alivio. La brisa marina refrescará tu divina garganta; aspire tu pecho aquellas sanas emanaciones; nosotros, tus devotos, te seguiremos. ¡Y cuando hayamos mitigado tu dolor con nuestra amistad, tú consolarás el nuestro con tu canto!

—¡Sí!—exclamó Nerón con triste acento.—Escribiré un himno en su honor y compondré también la música.

—Luego irás á buscar el cálido sol de Baya.

—Y después buscaré el olvido en Grecia.

—En la clásica patria de la poesía y del canto.

La pesada atmósfera de duelo fué desvaneciéndose, como las nubes que han ensombrecido la tierra se disipan más ó menos pronto; entonces comenzó una conversación saturada de triste melancolía y llena de proyectos de viaje y de representaciones artísticas y hasta de fiestas, pues se habló de las que se preparaban con motivo de la próxima llegada de Tiridates, rey de Armenia. Tigelino procuró sacar otra vez á colación el asunto del maleficio; Petronio, seguro ya de su triunfo, aceptó sin vacilar el reto, y replicó:

—¿Crees, Tigelino, que los hechizos pueden hacer daño á los dioses?

—César lo ha dicho—contestó el interpelado.

—Era el dolor y no el César quien entonces hablaba; pero tú, ¿qué opinión tienes en este asunto?

—Opino que los dioses son demasiado poderosos para estar sujetos á maleficios.

—¿Pretendes, entonces, negar la divinidad del César y de su familia?

—*Peractum est* (esto es hecho)—murmuró Eprio Marcelo, empleando la frase que el pueblo profería en el circo cuando un gladiador recibía un golpe mortal.

Tigelino se mordió los labios con rabia; entre él y Petronio existía rancia inquina siempre pronta á manifestarse. El cortesano, que no omitía medio ni perdonaba ocasión de atacar al Arbitro para derrocarle del pedestal en que Nerón le tenía colocado, nunca se oponía á los deseos del César; mientras que Petronio, á lo mejor, los contrariaba y además se imponía por la superioridad de su ingenio y de su inteligencia y por lo exquisito de sus costumbres.

Petronio acababa de vencer á Tigelino una vez más.

El cortesano vencido no replicó; pero procuró retener en la memoria los nombres de los senadores y patricios que rodearon al poeta cuando éste se retiró al fondo de la sala. Porque es de

advertir que al retirarse el Arbitro al punto indicado, le rodearon muchos suponiendo que después del incidente ocurrido continuaría siendo el primer favorito del César.

Al salir del Palatino fué Petronio á casa de Vinicio, le contó lo ocurrido con Nerón y Tigelino y terminó diciendo:

—No sólo he conjurado el peligro que se cernía sobre nuestras cabezas y las de Aulio Plaucio y Pomponia Grecina, sino que también he salvado á Ligia; ya no la buscarán, aunque no sea más que porque he inducido á «Barbas de Cobre» á que se vaya á cosechar laureles á Ancio, Nápoles y Grecia, y creo que emprenderá pronto el viaje. Hasta ahora no se ha atrevido á presentarse al público en el teatro, y sé que piensa hacerlo en Nápoles. Además sueña con el viaje á Grecia, en cuyas principales ciudades quiere cantar, y luego entrará triunfalmente en Roma, cargado con las coronas que seguramente no han de regatearle los griegos. Entretanto, nosotros buscaremos á Ligia, sin que nadie nos moleste, y la llevaremos á algún lugar oculto y seguro. ¿Y nuestro admirable filósofo, no ha venido aún?

—Nuestro admirable filósofo es un pillo redomado, que no ha parecido todavía ni parecerá.

—Yo tengo mejor concepto, si no de su honradez, de su ingenio; y como ya ha saboreado el contenido de tu bolsa, vendrá á probarlo de nuevo, aunque sólo sea por conservar el buen gusto de boca.

—Que tenga cuidado, no sea que se me ocurra á mí saborear el placer de mandar que le apaleen.

—No te lo aconsejo; ármate de paciencia hasta que te convenzas de que es un embustero; no le des ni un sestercio, pero prométele que le recompensarás largamente si te trae noticias. ¿No piensas, por tu parte, hacer más pesquisas?

—Mis dos libertos Ninfidio y Demas la andan buscando con sesenta esclavos que he puesto á sus órdenes; al que la encuentre, he ofrecido manumitirlo. He enviado, además, agentes especiales á todas las aldeas, con orden de recorrer todos los caminos y de preguntar en todas las posadas por el ligio y la doncella. Personalmente he recorrido yo la ciudad calle por calle, con la esperanza de que un encuentro casual me deparara á Ligia; mis paseos han sido también infructuosos.

—Tan pronto como tengas noticias, comunícamelas á Ancio.

—Lo haré como deseas.

—Y si una mañana, al despertar, se te ocurre la idea de que una muchacha no vale la pena de darse ratos tan malos como los que te estás procurando, vente á Ancio; allí no te faltarán bellezas ni entretenimientos.

Vinicio se puso á pasearse por el *atrium* con aire distraído; Petronio le observó breves instantes y luego le habló de esta manera:

—Contéstame sinceramente, no como un loco á quien excitan sus propias palabras, sino como un hombre de seso le contesta á un amigo: ¿Sigues tan interesado como antes por Ligia?

Vinicio se detuvo, miró á su tío como si entonces se percatara de su presencia y tornó á pasearse dando largas zancadas. Conocíase que hacía esfuerzos por dominar su excitación. Al fin, brotaron de sus ojos dos gruesas lágrimas de pena, de rabia, de impotencia. Tal fué la respuesta que obtuvo Petronio; respuesta más elocuente que las frases más patéticas.

—No es Atlante—dijo entonces el poeta—quien lleva el mundo sobre los hombros, sino una mujer, que á veces juega con él como con una pelota.

—Es verdad—afirmó Vinicio.

En el momento en que tío y sobrino se despedían, un esclavo anunció que Chilón Chilónides solicitaba ver al señor.

Mandó Vinicio que entrara inmediatamente, y Petronio exclamó:

—¿No te lo dije? ¡Por Hércules! Conserva la serenidad en su presencia,

si no quieres que sea Chilón quien mande en ti, en vez de ser tú quien mande en él.

—¡ Salve, noble tribuno del ejército! —dijo el griego al entrar. — ¡ Salud también á ti, señor!—agregó dirigiéndose al poeta.—¡ Que vuestra felicidad iguale á vuestra fama, y que vuestra fama se extienda por el mundo, desde las columnas de Hércules hasta los límites de los arsácidas!

—¡ Salve, oh legislador de la virtud y del saber!—contestó Petronio.

—¿ Qué traes de nuevo?—le preguntó Vinicio al griego con aparente calma.

—La primera vez te traje la esperanza; la segunda, te traigo la *seguridad*.

—Eso quiere decir que todavía no la has encontrado.

—Precisamente; pero he averiguado lo que significa el pez que trazó en la arena, quiénes son los autores del rapto, cuál es su religión y que entre ellos se ha refugiado la doncella.

Vinicio estuvo á punto de dar un salto; pero Petronio le detuvo, á la vez que decía á Chilón:

—Continúa.

—¿ Estás seguro, señor, de que fué un pez lo que la doncella dibujó en la arena?

—Sin género de duda.

—Entonces Ligia es cristiana y los cristianos son los autores del rapto.

—Oye, Chilón: mi sobrino te dará una considerable cantidad de dinero si encuentras á Ligia; pero no es menos considerable la cantidad de azotes que mandará aplicarte si le engañas. El primer término de esta disyuntiva te ofrece ocasión de comprar no un escriba, sino tres; en el segundo, ten por cierto que toda la filosofía de los siete sabios junta con la tuya no alcanzará á remediar tus males.

—La doncella es cristiana — afirmó el griego con energía.

—Reflexiona, Chilón, pues no eres necio; nadie ignora que Junia y Calvia Crispinilla acusaron á Pomponia Grecina de entregarse á la superstición cristiana, pero también saben todos que Pomponia Grecina fué absuelta por un tribunal doméstico. ¿ Pretendes acaso revivir la acusación? ¿ Te atreves á demostrarnos la posibilidad siquiera de que Pomponia y Ligia pertenezcan á una secta compuesta de enemigos de la especie humana, envenenadores de fuentes y de pozos, adoradores de una cabeza de burro y sacrificadores de niños, que se entregan á las más licenciosas prácticas? Reflexiona, Chilón, si esa tesis que empiezas á desarrollar no corre peligro de azotar tus espaldas en forma de antítesis.

El griego abrió los brazos y se encogió de hombros, para dar á entender que no era suya la culpa, y replicó:

—Di, señor, en griego: *Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.*

Pronunció Petronio la frase *(Iesous Cristos, Theou Uios Soter)*, y dijo:

—Ya la he pronunciado; ¿ qué tenemos con eso?

—Reune las iniciales de esas palabras y forma con ellas un solo vocablo.

—*Icthus!* (¡ pez!) — exclamó Petronio con asombro.

—He ahí explicado por qué el pez ha llegado á ser símbolo y señal de inteligencia entre los cristianos—profirió Chilón con aire de triunfo.

Siguióse una breve pausa; las deducciones del griego eran tan sorprendentes, que los dos patricios estaban admirados.

—¿ No te habrás equivocado, Vinicio? — preguntó, al fin, Petronio. — ¿ Era un pez lo que Ligia dibujó.

—¡ Por los dioses infernales!—exclamó el joven.—Si hubiera dibujado un pájaro te diría que era pájaro y no pez lo que dibujó.

—Es cristiana, cristiana — repitió Chilón.

—Tendremos, pues, que creer que Pomponia y Ligia envenenan las fuentes y se entregan al libertinaje. ¡ Por Proserpina! Eso es absurdo. Tú, Vinicio, pasaste una temporada en casa de Pomponia; yo sólo he estado allí bre-

ves momentos, pero conozco á Pomponia, á Plaucio y aun á Ligia, lo bastante para poder afirmar que semejante acusación es un desatino, una monstruosidad. Si un pez es el símbolo de los cristianos, punto que parece indudable, y si esas mujeres son cristianas, tendremos que reconocer que los cristianos no son lo que suponemos y la gente cree.

—Hablas como Sócrates, señor—dijo el griego.—Nadie, hasta ahora, se ha acercado á un cristiano para estudiarle de cerca. Tres años ha que vine de Nápoles á Roma... ¡Ah! ¿Por qué no me quedé en Nápoles? En el camino trabé amistad con un médico llamado Glauco, cristiano, según me dijeron; y á pesar de esta circunstancia, puedo asegurar que Glauco era virtuoso y bueno.

—¿Fué ese bueno y virtuoso varón el que te informó de la significación del pez?

—Desgraciadamente, no fué él. Cierta noche, en una posada, le dieron una puñalada al pobre hombre; unos mercaderes de esclavos se apoderaron de la mujer y de los hijos del infeliz, y yo, defendiendo á aquellos desventurados, perdí los tres dedos que me faltan en esta mano. Mas, como dicen que entre los cristianos se ven con frecuencia milagros, confío en que un día ú otro me brotarán dedos nuevos que sustituyan á los perdidos.

—¿Cómo es eso? ¿Te has hecho cristiano?

—¡Soy cristiano desde ayer, señor; desde ayer! El poder del pez me ha convertido y soy el más celoso prosélito. Pronto me iniciarán en sus ceremonias y ritos, penetraré sus secretos, y entonces sabré en dónde se oculta la doncella. Si tal sucede, podría ocurrir que el cristianismo fuera para mí más provechoso que la filosofía. También he hecho voto de ofrecerle á Mercurio en sacrificio dos ternerillas del mismo tamaño y pelo si me ayuda en mis pesquisas.

—Es decir: que tu cristianismo flamante y tu añeja filosofía no te impiden creer en Mercurio.

—Mi filosofía, que debe de serle grata á Mercurio, me permite creer en todo lo que me conviene. Desgraciadamente el dios es desconfiado en demasía, como sobradamente sabéis, nobles señores; no se fía de los filósofos, por impecables que éstos sean, y prefiere que le den por adelantado las terneras. Desgraciadamente también, tal anticipo representa un considerable desembolso; no todos somos Sénecas ni está, por consiguiente, á mi alcance pagar el importe de ese sacrificio. Sin embargo, si el noble Vinicio quisiera darme algo á cuenta de mis futuros servicios...

—¡Nada, ni un óbolo! La largueza de Vinicio sobrepujará tus esperanzas; pero no cuentes con ella hasta que encuentres á Ligia. Entretanto, que aguarde Mercurio tus ternerillas, aunque presumo que si te conoce no tendrá la mayor confianza en tus promesas.

—Nobles señores, oídme: el descubrimiento que acabo de hacer es importantísimo, porque si bien es cierto que no he encontrado á Ligia, no es menos cierto que me he puesto en camino de encontrarla. Habéis enviado á todas partes libertos y esclavos en busca de la doncella, y yo os pregunto: ¿han logrado unos ú otros facilitaros el menor indicio? ¡No! Yo, sólo yo he conseguido daros con mi trabajo la clave indispensable para descifrar el enigma. Aun hay más: puede que haya cristianos entre vuestros esclavos, porque la nueva secta se extiende por todas partes; ¿no os parece que esos esclavos pueden haceros traición en vez de ayudaros? Por eso no es conveniente que me vean aquí con frecuencia. Tú, noble Petronio, harías bien en ordenarle á Eunice que guardara el más profundo secreto. En cuanto á ti, magnífico Vinicio, te pido que hagas correr la voz de que vengo á tu casa á venderte cierto ungüento para los caballos, que les hace vencer en el circo. Yo me com-

prometo á buscar á la joven sin ayuda de nadie y á descubrir el paradero de los fugitivos. Poned en mí vuestra confianza y tened presente que el dinero que me deis por adelantado me servirá de estímulo, porque la certeza de que me daréis más y la persuasión de que al cabo obtendré la recompensa prometida aguzarán mi inteligencia y excitarán mi actividad. ¡Ah! Olvidaba deciros que como filósofo desprecio el dinero, cosa que no les ocurre á Séneca, á Musonio ni á Cornuto, aunque ninguno de ellos ha perdido tres dedos defendiendo á nadie y pueden, por lo tanto, escribir de su puño y legar sus nombres á la posteridad; pero aparte el esclavo que quiero comprar y las dos ternerillas que he ofrecido á Mercurio, á pesar de los elevadísimos precios que actualmente alcanza el ganado, las pesquisas que he de llevar á cabo me imponen gastos considerables. ¡Oídme con paciencia, generosos señores! Tanto he andado estos días, que tengo los pies en un estado lastimoso. Para hablar con la gente del pueblo he recorrido las tabernas, las panaderías, las carnicerías, los despachos de aceite y las casas de los pescadores; he pasado por todas las calles y por todos los paseos; he frecuentado todos los rincones en donde se refugian los esclavos fugitivos; he perdido muy cerca de cien ases jugando á la morra; he visitado los lavaderos y los figones; he conversado con muleteros y con escultores, con sacamuelas, con curanderos de los que curan las enfermedades de la vejiga; he celebrado conferencias con los vendedores de higos secos; he llegado en mis correrías hasta el cementerio. ¿Sabéis el por qué de tanto ir y venir? Pues para dibujar en todas partes el misterioso pez, mirar á la cara á mi interlocutor y tomar nota de lo que dijese al ver el extraño signo. Nada adelanté al principio, hasta que cierto día encontré junto á una fuente á un esclavo viejo que sacaba agua con un cubo y á la vez lloraba con desconsuelo. Acerquéme á él y le pregunté cuál era la causa de su aflicción. Nos sentamos, y me dijo que había pasado la vida entera reuniendo sestercio á sestercio el dinero necesario para rescatar á su amado hijo; que el amo, un tal Pansa, guardaba las cantidades que él le iba entregando, pero continuaba manteniendo á su hijo en la esclavitud.

—Por eso lloro—exclamó el viejo,—y aunque me digo á cada instante: hágase la voluntad de Dios, yo, pobre pecador, soy impotente para contener mis propias lágrimas.

Al oir esto tuve una feliz inspiración. Mojé un dedo en el agua y dibujé un pez.

—Mi esperanza también se cifra en Cristo—me dijo el viejo al ver el dibujo.

—¿Has confesado tu creencia ante este signo?—le dije.

—Sí—me respondió;—la paz sea contigo.

Le sonsaqué luego con habilidad, y el buen viejo me lo reveló todo. Su amo Pansa es liberto del gran Pansa y se dedica á transportar por el Tíber piedras para Roma; esclavos y hombres pagados las descargan de los barcos y las acarrean á las obras, por la noche, á fin de no entorpecer el tránsito durante el día. Entre los trabajadores de Pansa hay muchos cristianos y uno de éstos es el hijo del viejo. El trabajo es harto rudo y superior á las fuerzas del muchacho, y su pobre padre quería rescatarlo; pero Pansa creyó más conveniente quedarse con el dinero y con el esclavo. El viejo lloraba mientras me contaba sus cuitas, y yo dejé que corrieran mis lágrimas con las suyas. El llanto humedeció fácilmente mis ojos, porque mi corazón es extremadamente bondadoso, y los pies me dolían mucho después de tantas, tan largas y continuadas caminatas. Me lamenté con él, manifestándole que acababa de llegar de Nápoles y que no conocía á ningún cristiano, ni sabía, por consiguiente, en dónde se reunían para entregarse á sus prácticas. El viejo mostró extrañeza de que los cristianos de Nápoles no me hubieran dado cartas para

sus hermanos de Roma; pero yo me apresuré á desvanecer sus sospechas, explicándole cómo me habían robado las cartas por el camino. Convencido con esta explicación, me dijo que fuera de noche al río y que él me presentaría á algunos correligionarios, los cuales me llevarían á las casas de oración y me pondrían en relación con los jefes de la comunidad cristiana. Fué tan grande mi alegría al oir estas palabras, que en un arrebato propio de mi carácter, le dí al viejo la cantidad de dinero necesaria para rescatar á su hijo, con la esperanza de que Vinicio, el generoso tribuno, me devolviera duplicado el dinero que magnánimamente le dí.

—Chilón—dijo Petronio,—la mentira flota en tu cuento sobre la verdad, como el aceite en la superficie del agua. No niego que nos has traído importantes nuevas y hasta me encuentro dispuesto á reconocer que has adelantado en el camino que conduce á descubrir el paradero de Ligia; pero te aconsejo que no mezcles los embustes con las noticias. ¿Cómo se llama ese viejo por quien has averiguado que los cristianos se reconocen entre sí por medio del signo consabido?

—Euricio; un pobre hombre; un desventurado, que me trajo á la memoria el recuerdo de Glauco, el infeliz á quien defendí de sus asesinos; precisamente me compadecí de él por la analogía que existe entre ambos.

—Creo que has visto á ese hombre y que podrás utilizar su conocimiento; pero no creo que le hayas dado dinero; al contrario: estoy seguro de que no le has dado ni siquiera un as. ¿Acierto?

—Sí; pero le ayudé á subir un cántaro lleno y le hablé de su hijo con entrañable cariño. Sí, señor; ¿puede ocultarse algo á la penetración de Petronio? Verdad es que no le dí dinero; mejor dicho: se lo dí, pero con el espíritu, con la intención; lo cual, tratándose de un verdadero filósofo, hubiera sido suficiente. Se lo dí, porque lo consideré indispensable, útil; porque con mis dádivas espirituales me he granjeado la voluntad de los cristianos, me he abierto la puerta para llegar hasta ellos, y he ganado su confianza.

—Tu deber era hacerlo así—dijo Petronio.

—Por eso he venido á procurarme los medios.

—Vinicio—dijo Petronio,—manda que le entreguen á este incomparable filósofo cinco mil sestercios en moneda espiritual, en grandes ideas.

—Voy á disponer—dijo Vinicio á Chilón,—que te acompañe un esclavo á casa del viejo; ese esclavo llevará el dinero necesario y tú le entregarás en su presencia el dinero á Euricio; pero le dirás que el esclavo que te acompaña es tuyo. Y como las noticias que has traído son importantes, mandaré que te entreguen una cantidad igual. Ven al anochecer en busca del esclavo y del dinero.

—¡Eres, señor, un verdadero César! —exclamó el griego.—Permíteme que te dedique mis trabajos; pero permíteme también que esta noche venga solamente por el dinero, pues Euricio me ha dicho que ya están descargadas todas las embarcaciones y que no vendrán otras de Ostia hasta dentro de unos días. ¡Que la paz sea con vosotros! Así se despiden los cristianos. Compraré una esclava; es decir: compraré un esclavo. Los peces se pescan con anzuelo, y los cristianos, con un pez. *¡Pax vobiscum! ¡Pax, pax!*

## XV

### MISIVA DE PETRONIO Á VINICIO

«Te envío desde Ancio esta epístola con un esclavo de toda mi confianza; y aunque tienes más costumbre de manejar las armas que el estilo (1), espero que me contestes sin pérdida de tiempo y con el mismo mensajero.

»Te dejé en buen camino y halagado

(1) *Estilo*, punzón que empleaban los antiguos para escribir.

por la esperanza; quizá á la hora presente hayas logrado calmar tus ansias en brazos de tu amada. Si así no fuera, deseo que tus afanes cesen antes que el helado soplo del invierno baje de las cimas del Soracto á la Campania.

»¡Oh, Vinicio mío! ¡Que la diosa de Chipre sea tu guía, y tú, á tu vez, el *sprintrio* (maestro de actos deshonestos) de tu Ligia, de esa pálida aurora que huye del amor! Ten presente que el mármol más preciado nada vale por sí mismo ni adquiere valor hasta que la hábil mano del estatuario lo transforma en obra maestra. Sé, tú, *carissime*, el estatuario, el *sprintrio*, que diría Tiberio. No basta amar: hay que saber amar y enseñar á amar. La plebe y hasta los animales son sensibles al placer, pero sólo el hombre verdadero tiene la facultad de transformarlo en algo superior y bello, en arte noble, y de apreciarlo como don divino, de modo que no únicamente el cuerpo, sino también el alma, experimente la suprema felicidad.

»Cada vez que reflexiono acerca de las incertidumbres, de las vanidades, de las mezquinas luchas y del aburrimiento que constituyen la vida del cortesano, me pregunto si no vale mucho más el camino que has elegido, si la guerra y el amor no son lo mejor de la vida.

»La Fortuna te sonrió en la primera; te deseo igual suerte en el segundo.

»Por si lo que ocurre en la corte de Nerón pica tu curiosidad, te informaré de cuando en cuando.

»Estamos en Ancio, cuidamos con esmero nuestra divina voz, seguimos odiando á Roma, tenemos intención de pasar el invierno en Baya y de presentarnos en público en Nápoles, cuyos habitantes, á fuer de griegos, apreciarán nuestros méritos mejor que los ignorantes ribereños del Tíber.

»De Baya, de Pompeya, de Putiola, de Cuma y de Stabies acudirán á oirnos; no nos escatimarán aplausos ni laureles, y esto nos animará á emprender el viaje á Grecia.

»¿Te acuerdas de la niña Augusta? Todavía la lloramos á moco tendido y cantamos en honor suyo un himno de nuestra propia cosecha, tan asombro-
nuestra propia cosecha, tan asombro-
han ido á esconder su despecho en lo más hondo de los abismos del Anfitrite. Los delfines, en cambio, nos escucharían con deleite si no se lo impidieran los rugidos del mar. Nuestro dolor conserva toda su intensidad, y podemos exhibirlo en cuantas actitudes enseña la estatuaria. ¡Ay, Vinicio mío! ¡Moriremos como histriones!

»Todos los augustanos y todas las augustanas están aquí, sin contar quinientas burras, en cuya leche se baña Popea, y diez mil servidores.

»Calvia Crispinilla se pone vieja, y cuentan que le rogó á Popea que le permitiera bañarse en la leche de las burras; después de usarla Popea, naturalmente.

»Lucano le dió una bofetada á Nigidia, por sospechas de que andaba enredada con un gladiador. Esporo jugó á su mujer á los dados con Senecio, y la perdió. Torcuato Silano me ha propuesto cambiarme á Eunice por cuatro caballos castaños, que seguramente ganarán las carreras este año, y no he querido aceptarlos. Con este motivo te doy las gracias porque la rehusaste cuando te la ofrecí. El pobre Torcuato Silano no tiene la más remota sospecha de que á la hora presente es más bien una sombra que un hombre: está decretada su muerte. ¿Sabes por qué? ¡Porque es biznieto del divino Augusto! Nada ni nadie le salvará. ¡Así vamos viviendo!

»Ya sabes que aguardábamos á Tirdates; pero en vez de él ha llegado una misiva insolente de Vologesio, el cual pretende que le cedan la Armenia á Tirdates, pues de lo contrario, como la ha conquistado, no la entregará. En vista de esto, hemos acordado declarar la guerra. A Corbulón se le darán poderes tan amplios como los que se le otorgaron en su tiempo al gran Pompeyo, durante la guerra con los piratas; pero Nerón no estaba muy conforme, temiendo, sin duda, que la gloria

de Corbulón, en caso de victoria, pueda eclipsar la suya. También se pensó en ofrecer el mando en jefe á nuestro Aulio; pero se opuso Popea, porque las virtudes de Pomponia la encocoran.

»Vatinio nos ha ofrecido una lucha extraordinaria de gladiadores que debe verificarse en Benevento. ¡He aquí de lo que son capaces los zapateros remendones en los tiempos que alcanzamos! A pesar de aquello de *Ne sutor ultra crépidam* (el hijo del zapatero, zapatero ha de ser), los maestros de obra prima abundan y reinan á nuestro alrededor; Vitelio desciende de ellos; Vatinio es hijo de uno que pasó la existencia remendando calzado y ¡quién sabe si también él lo habrá remendado en otra época!

»Alituro, el actor, representó ayer muy bien el Edipo. Como es judío, aproveché la ocasión para preguntarle si judíos y cristianos tienen idénticas creencias; me dijo que no, que los judíos tienen una religión eterna y los cristianos forman una secta nueva, recientemente constituída en Judea. Agregó que en tiempo de Tiberio crucificaron los judíos á un hombre, proclamáronle Dios sus prosélitos, y desde entonces se extienden por todas partes sus adeptos. Estos no admiten ni reconocen, según parece, otras divinidades; pero no comprendo qué mal habría en que acataran á nuestros dioses.

»Tigelino me demuestra francamente su enemistad. Hasta ahora no ha logrado derrotarme, pero lleva en la luchas dos ventajas: le tiene á la vida más apego que yo, y es más malo mil veces que yo, circunstancias que le aproximan á «Barbas de cobre». Tarde más ó tarde menos, acabarán por entenderse los dos; y entonces seré hombre perdido. ¿Cuándo ocurrirá esto? No puedo adivinarlo; pero ha de suceder, y entretanto, hay que divertirse. La vida no me sería desagradable sin nuestro augusto mono; pero, gracias á él, sentimos los que le rodeamos asco de nosotros mismos. El logro de sus favores puede compararse con una carrera en el Circo, con un juego, con una lucha, en los que el triunfo halaga el amor propio. Hay ocasiones en que me figuro que soy otro Chilón, ni más ni menos, y que en nada soy superior á ese cínico. Cuando no lo necesites envíamelo; me distrae su conversación.

»Saluda de mi parte á tu divina cristiana, y ruégale que no sea tan fría como un pez.

»Dame noticias del estado de tu salud, háblame de tu amor, ama y enseña á amar. ¡Y salve!»

CARTA DE VINICIO A PETRONIO:

«Todavía no tengo la menor noticia de Ligia. Si no me animara la esperanza de encontrarla pronto, no llegaría esta epístola á tus manos; porque cuando la vida es un tormento no se siente deseo de escribir. Quise saber con certeza si Chilón me engañaba, y la noche que vino por el dinero para Euricio me embocé en un manto militar y sigilosamente seguí sus pasos y los del joven esclavo que le acompañaba. Cuando llegaron al lugar indicado, me oculté detrás de un pilar del puerto para espiarles, y tuve ocasión de convencerme de que Euricio no era una invención del griego. Unos cincuenta hombres trabajaban á la orilla del río, descargando de una balsa, á la luz de las antorchas, piedras enormes. Se acercó Chilón á ellos y entabló conversación con un viejo, el cual se postró de hinojos á sus plantas. Entonces le rodearon todos exhalando gritos de sorpresa. Entregó mi esclavo el dinero á Euricio; éste se puso á orar con las manos en alto, y vi á su lado, arrodillado también, á un mancebo que seguramente era su hijo. Chilón pronunció algunas palabras que no pude oir, bendijo á los dos hombres arrodillados, bendijo también á los demás, haciendo en el aire signos en forma de cruz, y observé que al ver aquellos signos todos se arrodillaron. Me asaltó un deseo vehemente de presentarme y ofrecer tres bolsas iguales á la que el griego le había dado á Euricio, para recompensar á la per-

sona que me entregara á Ligia; pero me contuvo el temor de estropear la labor de Chilón. Me alejé de aquellos parajes y regresé á mi casa.

»El suceso que te cuento aconteció unos doce días después de tu partida; luego vino Chilón á verme y me dijo que había adquirido mucho prestigio entre los cristianos; que no había encontrado ya á Ligia porque los cristianos son en Roma numerosísimos, y por consiguiente, aunque todos se conocen, no es fácil que cada uno sepa todo lo que entre ellos ocurre. Agregó que son muy cautelosos y poco explícitos, asegurándome que, no obstante, penetrará todos sus secretos, cuando consiga ganarse la confianza de los presbíteros, que son los cristianos de más jerarquía. Ya está en relaciones con algunos y ha empezado las pesquisas, aunque con mucho tiento para no despertar sospechas que dificultarían su labor. Muy violento me es aguardar; pero reconozco que tiene razón, y me resigno.

»También ha averiguado Chilón que los cristianos se congregan para orar en ciertos lugares, fuera de la ciudad, en casas vacías y hasta en los arenales; allí adoran á Cristo, entonan himnos y celebran fiestas. Los lugares en donde se reunen son muchos; Chilón cree que Ligia acude adrede á los sitios que Pomponia no frecuenta, con idea de que ésta pueda jurar en conciencia, si la necesidad la obliga, que ignora en absoluto el paradero de aquélla. También podría darse el caso de que los presbíteros hubieran recomendado el más profundo secreto. Cuando Chilón sepa á punto fijo cuáles son esos lugares, iré con él; y si los dioses permiten que vuelva á ver á Ligia, por Júpiter te juro que de esta hecha no se me escapará de entre las manos.

»No puedo apartar el pensamiento de esos lugares de oración. Chilón tiene miedo y no quiere que yo vaya con él; pero yo no puedo quedarme en casa tranquilamente, porque tengo la seguridad de reconocer á Ligia al primer golpe de vista, aunque se oculte con un velo ó con un disfraz. Sé que los cristianos se reunen por la noche; pero no me importa: reconoceré á Ligia aun entre las más densas tinieblas. Iré disfrazado y miraré con afán á cuantas personas entren y salgan. Ligia reina en mi pensamiento, y la descubriré pese á quien pese. Chilón vendrá mañana á buscarme y le acompañaré armado y encubierto. Alguno de los esclavos que mandé á las provincias han vuelto con las manos vacías; pero no me importa, porque estoy seguro de que se encuentra en Roma, y quizá cerca de mí. No puedes figurarte las casucas miserables que he visitado, so pretexto de alquilarlas; me admira que Ligia se resigne á vivir en uno de esos tugurios, cuando á mi lado estaría mil veces mejor, puesto que nada omitiría yo para hacerle agradable la vida.

»Me dices que he hecho acertada elección: ya ves que he optado por el sufrimiento y el dolor.

»Recorreremos primero las casas enclavadas en el radio de la ciudad; después exploraremos las afueras. Mis esperanzas renacen cada día; si no fuera así, se me haría imposible la existencia.

»Me adviertes que es necesario saber amar: ¡oh! No dudes de que sabría hablarle de mi amor á la ingrata; pero por ahora sólo sé pensar. Mi vida se reduce á esperar á Chilón. La existencia se me hace insoportable en mi propio hogar. ¡Salud!»

## XVI

Transcurrieron tantos días sin que Chilón se presentara, que Vinicio se consumía de impaciencia, no sabiendo á qué atribuir la persistente ausencia del griego; en vano se decía que no era sensato precipitar las pesquisas, si habían de dar resultado, y que un paso en falso podía echarlo todo á perder: audaz y violento por naturaleza, su afán, su pasión y su amor propio se negaban á escuchar la voz de la cordura. Aguardar en la inacción, cruzado de

brazos, era pedir á su temperamento mucho más de lo que podía dar; era esperar de él un esfuerzo superior á su voluntad. Corretear disfrazado de esclavo, como lo había hecho hasta entonces, á nada conducía; la experiencia le había demostrado lo infructuoso de tales exploraciones. Sus libertos, hombres hábiles que buscaban sin descanso á la doncella, habían sido muchísimo menos diestros ó menos afortunados que Chilón.

Vinicio, amor aparte, ansiaba ganar la partida en que tan interesado estaba su amor propio: desde niño se había acostumbrado á que su voluntad imperara, y se irritaba por su impotencia, como el que con la voluntad virgen no conoce las contrariedades de la derrota ni concibe la necesidad de doblegarse ante la voluntad ajena. La disciplina militar había enfrenado un tanto su voluntad; pero á la vez arraigaba en su ánimo el convencimiento de que una orden suya debía cumplirse inmediata y puntualmente. Además, su larga permanencia en Oriente, entre hombres disciplinados y acostumbrados á obedecer como esclavos, había contribuído mucho á arraigar en su ánimo la creencia de que era imposible ponerles trabas á sus deseos.

Sentíase el joven herido en su vanidad, y, por otra parte, la fuga de Ligia y su tenaz resistencia constituían para él un verdadero enigma, cuya solución le preocupaba hondamente.

Si Actea había dicho la verdad, si Ligia le amaba, ¿por qué arrastraba una vida errante y miserable, en vez de venir á gozar de su ternura, de su amor y de vivir con él en espléndida morada?

Vinicio no lograba contestarse satisfactoriamente á esta pregunta; pero presentía vagamente que entre la doncella y él, entre las ideas de ambos, entre la sociedad en que él y Petronio vivían y la de Ligia y Pomponia Grecina, mediaba un abismo, tan hondo, que nada podría colmarlo. Cuando este presentimiento le asaltaba, deducía que tendría que apartarse de Ligia, renunciar á ella, y semejante idea acababa de trastornarle. Con el poder de la imaginación evocaba la figura de Ligia y la veía, en su exaltación, con igual fuerza de realidad que si la tuviera ante los ojos: recordaba, como si las estuviera oyendo, las palabras que le había dirigido á la joven y las que de los labios de ésta escuchara; creía tenerla cerca, apoyada en su pecho, entre sus brazos, y entonces se sentía devorado por llama abrasadora. Decíase que su amor era correspondido y que Ligia con una sola palabra podía calmar su vehemente anhelo; cruel angustia oprimíale el corazón y á la vez invadía su pecho impetuosa oleada de inefable ternura. Mas había también ocasiones en las que dejándose arrebatar por la cólera, discurría la manera de hacer sufrir á Ligia humillaciones y tormentos, cuando llegara á encontrarla. Entonces se consideraba como su omnímodo dueño, como el amo de una esclava, á la cual podía pisotear cuando le viniera en ganas; pero la reacción no tardaba en venir, y bajo su influencia se persuadía el tribuno de que si le dieran á elegir entre ser esclavo de Ligia ó no verla más, escogería sin vacilar lo primero. También pensaba en los rojos verdugones que el látigo marcaría en las sonrosadas carnes de la doncella, y experimentaba ardiente deseo de besar las crueles huellas; otras veces trataba de darse cuenta de que matarla sería para él una felicidad. Y en tales alternativas, atormentándose entre cavilaciones, quimeras é incertidumbres, su salud se quebrantaba y desmejorábase su varonil hermosura. La constante excitación le condujo á convertirse en amo despiadado é incomprensible, á quien se acercaban temblando esclavos y libertos; y como á menudo les imponía castigos tan crueles como injustificados, empezaron á odiarle desde el fondo de su corazón. El lo comprendía, se veía cada día más aislado, y se vengaba con refinamientos de crueldad: sólo Chilón se libraba de su saña, porque el tribuno temía que el griego interrumpiera sus pesquisas. Esto no pasaba inad-

vertido para el astuto personaje, que supo aprovecharse de ello para dominar la situación y ser más exigente cada vez.

Al principio aseguraba al joven que el asunto llegaría al desenlace pronto y bien; luego empezó á pretextar que tropezaba con dificultades, y aunque nunca dijo que dudara del éxito, decía que las pesquisas requerían todavía bastante tiempo: por último, al cabo de largos días de hacerse aguardar, se presentó con la contrariedad retratada en el semblante

Vinicio, al verle, palideció, y saltando del asiento en donde estaba, preguntó ansioso al griego:

—¿No está Ligia con los cristianos?

—Sí, señor, está—respondió el interpelado,—pero también está con ellos el médico Glauco.

—¿Quién es Glauco?

—Parece, señor, que ya no te acuerdas de cierta historia que te conté y que acaeció en el camino, cuando yo venía de Nápoles: la historia de cómo defendiendo á un pobre viejo perdí los dedos que me faltan de esta mano y que me incapacitan para escribir; el viejo era Glauco. Los ladrones, que se llevaron á su mujer y á su hijo, le dieron de puñaladas. Cuando me separé de él estaba agonizando en una posada de Miturna, y por muerto le he llorado hasta hace poco; mas ¡ay! ahora estoy convencido no sólo de que vive, sino de que pertenece á la comunión cristiana y está en Roma.

Vinicio, en su aturdimiento, no comprendió de qué se trataba; sólo entendió que Glauco era un obstáculo para encontrar á Ligia, lo que bastó para excitar su cólera; sin embargo, procuró dominarse, y dijo:

—Si, como aseguras, defendiste á Glauco, éste, agradecido, te ayudará ahora.

—¡Ah, noble tribuno! ¡Si los dioses no son siempre agradecidos, qué puede esperarse de los hombres! Glauco, en verdad, me debe gratitud; mas por desgracia es ya viejo y la edad y las vicisitudes le han entontecido; de modo que ahora, lejos de agradecerme lo que por él hice, me acusa ante sus correligionarios de complicidad con los ladrones de marras y me cree autor de sus desdichas. ¡Así me paga los dedos que por defenderle perdí!

—¡Bribón!—exclamó Vinicio.—Como si lo hubiera visto, estoy seguro de que Glauco tiene razón.

—Entonces estás mejor enterado que él mismo, señor; porque Glauco sólo *sospecha;* pero es verdad que su sospecha bastaría para que cayeran sobre mí los cristianos y tomaran horrible venganza. Y lo harían, vaya si lo harían; mas, por suerte, Glauco ignora mi nombre y además no reparó en mí en el oratorio en donde nos encontramos. Yo le reconocí al primer golpe de vista y estuve tentado de abrazarle; pero la prudencia y la costumbre de reflexionar antes de obrar me lo impidieron. Cuando salí del oratorio interrogué hábilmente á unos conocidos de Glauco, los cuales me dijeron que éste, merced á la traición de un compañero de viaje que le acompañaba de Nápoles á Roma, había sido víctima de los acontecimientos que ya conoces.

—¡Qué me importan á mí esos acontecimientos ni esa historia!

—Nada, señor; pero á mí me importan muchísimo, porque se trata de mi propio pellejo. Quiero que mi sabiduría me sobreviva, pero no quiero exponer la vida por afán de lucro y renuncio de buen grado á la recompensa que me has ofrecido; en mi pobreza y á fuer de verdadero filósofo, viviré persiguiendo la divina sabiduría.

Vinicio se acercó al griego y le dijo con mal reprimida cólera:

—¿Quién te asegura que morirás á manos de Glauco y no á mis manos? ¿Quién te ha dicho, perro, que no me dará el capricho de mandar que te entierren ahora mismo en mi jardín?

Chilón era cobarde y se hizo cargo de que una sola palabra indiscreta le perdería sin remedio; replicó, pues, atropelladamente:

—¡Buscaré á la doncella, señor; la buscaré y la encontraré!

Siguiéronse breves momentos de silencio, sólo interrumpidos por la agitada respiración de Vinicio y por el lejano rumor de los esclavos, que, cantando, trabajaban en el jardín. Luego, cuando Chilón observó que el joven se calmaba algo, recobró parte de su habitual desparpajo y dijo:

—La muerte ha pasado cerca de mí, pero la he contemplado con serenidad digna de Sócrates. ¡Ah, señor! Yo no he dicho que me niego á buscar á la doncella; me he limitado á exponer que en la actualidad mis pesquisas atraen sobre mí un grave peligro. En cierta ocasión, dudaste de que existiera Euricio, y acabaste por convencerte, con el testimonio de tus propios ojos, de que el hijo de mi padre te había dicho la verdad; sin embargo, ¡hoy sospechas que Glauco es invención mía! ¡Ah! ¡Ojalá fuera Glauco pura ficción de mi inventiva; que así podría yo andar entre los cristianos con la mayor confianza, como hasta aquí! Porque fuera ficción, porque Glauco no existiera, daría gustoso hasta la pobre esclava vieja que compré tres días ha para que en mis postreros años cuidara de mi desmedrada persona. Pero Glauco existe, señor, en carne y hueso; y si una vez siquiera hubiera reparado en mí, ten por cierto que no habrías vuelto á verme. ¿Quién, entonces, buscaría á la fugitiva?

Hizo Chilón una pausa, se enjugó las lágrimas y repuso:

—Mientras viva Glauco tendré que suspender las pesquisas, porque practicándolas podría toparme con él; y si con él tropezara, mi fin sería inmediato y con mi vida terminarían los trabajos que me has encomendado.

—Bien, ¿y qué piensas hacer?

—Aristóteles nos enseña que las cosas menores deben sacrificarse á las mayores, y el rey Príamo solía decir que la vejez era pesada carga. Pues esta carga y la del infortunio abruman hace tiempo al desventurado Glauco, gravitando sobre sus débiles hombros con pesadumbre tanta, que la muerte sería para él gran beneficio. Además, ¿qué es la muerte? Según Séneca, sencillamente una liberación.

—Guarda esas tonterías para cuando hables con Petronio y dime con lisura lo que pretendes.

—Si la virtud es tontería, permitan los dioses que yo sea tonto toda mi vida. Lo que quiero, señor, es desembarazarme de Glauco, pues mientras éste viva, mi existencia y mis pesquisas estarán en inminente y constante peligro.

—Busca hombres para que le maten de una paliza; yo les pagaré.

—Te robarían, señor, y tratarían de utilizar el secreto en provecho propio. Hay más malhechores en Roma que granos de arena en el Circo; pero á pesar de lo que abundan, parece mentira lo que le cuesta á un hombre honrado utilizar sus viles servicios. ¡Oh, no, nunca, noble tribuno! Si los guardias sorprendieran á los asesinos con las manos en la masa, los malandrines declararían quién les mandaba y te verías en apurado trance. Por mí no temo, porque cuidaré de ocultarles mi nombre. Haces mal, señor, en no fiar en mi perspicacia, pues yo tengo siempre muy en cuenta dos cosas: mi vida y la recompensa que me has ofrecido.

—¿Cuánto quieres?

—Mil sestercios, porque conviene no perder de vista la necesidad de emplear malhechores honrados; es decir: bribones que no desaparezcan como el humo tan pronto como se les dé dinero adelantado. El trabajo bien ejecutado merece buena recompensa. Creo que no estaría de más que añadieras algo para mí, en compensación de las lágrimas que derramaré compadecido de la suerte de Glauco. ¡Ah! ¡Los dioses saben cuánto le quiero! Si hoy me das mil sestercios, pasado mañana estará su alma en los dominios de las Parcas; ¡y si las almas conservan la memoria y el privilegio de pensar, entonces sabrá Glauco por vez primera cuán grande ha sido mi cariño! Buscaré hoy mismo los hombres que necesito y les diré que les descontaré cien sestercios por cada día que se prolongue la vida de

Glauco. Además, se me ocurre una idea que me parece de éxito seguro.

Vinicio le prometió la cantidad que pedía y le prohibió que volviera á mentar á Glauco. Después le dijo que le diera cuenta detallada del resultado de sus averiguaciones durante aquellos días.

Poco que contar tenía Chilón: había estado en dos oratorios, observando detenidamente á los concurrentes y con mayor atención á las mujeres, sin ver á ninguna que se pareciera á Ligia. Los cristianos creían de buena fe que él lo era, y desde que rescatara al hijo de Euricio le consideraban como á uno de los más fervientes prosélitos de Cristo. Le informaron de que estaba encarcelado en Roma un legislador de la nueva doctrina, llamado Pablo de Tarso, por consecuencia de ciertas acusaciones que contra él habían formulado los judíos; y Chilón mostró deseos de conocerle. Pero la noticia más halagüeña para el griego fué la de que en breve llegaría á Roma el sumo sacerdote de la secta, un antiguo discípulo de Cristo, investido por éste con la suprema jerarquía. Todos los cristianos ansiaban verle y oirle, y, por lo tanto, era seguro que celebrarían grandes reuniones, á las que Chilón no faltaría; y lo que sería muchísimo mejor, llevaría consigo á Vinicio, el cual podría pasar inobservado entre la multitud. ¡Entonces sí que encontrarían fácilmente á Ligia! Una vez desembarazado de Glauco, la empresa no ofrecería peligro. Verdad es que los cristianos también se vengaban; pero, en general, eran gente buena.

También manifestó Chilón que había visto con sorpresa que los cristianos no se entregaban á prácticas licenciosas, ni envenenaban las fuentes, ni eran enemigos de la raza humana, ni adoraban á un burro, ni comían carne de niño; pero, sin embargo, no creía imposible encontrar entre ellos algunos dispuestos á secuestrar á Glauco por dinero, por más que su religión, lejos de incitar al crimen, mandaba perdonar las ofensas.

Esta manifestación del griego le recordó á Vinicio las palabras que Pomponia le dirigió en presencia de Actea, y le fué agradable oirla; pues, si bien en ocasiones creía odiar á Ligia, le complacía saber que la religión que ella y Pomponia profesaban nada tenía de criminal ni de repugnante. Mas al mismo tiempo, una especie de presentimiento ó de intuición le decía que precisamente el amor de ese Cristo misterioso y desconocido levantaba una barrera entre él y Ligia. Y agitado por este pensamiento, comenzó á temer y á odiar, al mismo tiempo, á esa religión.

## XVII

El desembarazarse de Glauco era para Chilón cuestión importantísima, pues aquél, aunque de edad provecta, conservaba la lucidez de entendimiento de sus mejores años. El griego le había conocido, efectivamente, en el camino de Nápoles á Roma, le había hecho traición, entregándolo á unos ladrones, y éstos se apoderaron de su familia y le dejaron por muerto.

No le era fácil al infame Chilón olvidar estos sucesos porque fué él mismo quien abandonó á Glauco moribundo en mitad de los campos, cerca de Minturna, y no en una posada como dijera á Vinicio; pero lo que el miserable no pudo presumir fué que el desventurado Glauco se curaría y vendría á Roma.

Grande fué, pues, su terror, cuando le vió en el oratorio, y su primera idea le indujo á desistir de ayudar al tribuno en su empresa; pero Vinicio también le inspiraba miedo, y en fuerza de reflexionar se dijo el miserable que era menos peligroso quitar de en medio á Glauco, valiéndose de asesinos pagados, que granjearse la enemistad de un poderoso como el tribuno, en cuyo auxilio acudiría inmediatamente Petronio, más poderoso aún que su sobrino. Chilón era cobarde y tembló ante la

idea de derramar sangre; pero la elección no era dudosa, y en aras de su seguridad sentenció á Glauco.

La único que le preocupaba era la elección de los hombres que debían ejecutar sus designios, y por eso habló del asunto al joven. Como á menudo pasaba las noches en las tabernas y hasta se hospedaba en ellas, alternando con pícaros de la peor especie, para él no ofrecía grandes dificultades dar con sujetos capaces de acometer las más infames empresas; mas por lo mismo que con tales individuos debía entenderse, entreveía el peligro de que éstos no se contentaran con una cantidad á cuenta, sobre todo si olfateaban que tenía dinero, y le exigieran completa la suma convenida, amenazándole con entregarle á la justicia si no accedía. Además, á Chilón empezaban á repugnarle ciertas crudezas y le desagradaba altamente la catadura de la gente con quien topaba á menudo en el Suburra y el Trastíber.

Como el griego medía todas las cosas con un rasero y no había estudiado bastante á los cristianos ni su religión, creyó llano encontrar entre ellos quien secundara sus planes; y como tampoco los cristianos le inspiraban más confianza que los demás, decidió plantearles el asunto en términos tales que se avinieran á aceptarlo no solamente por lucro, sino impulsados por un móvil místico.

Cuando hubo madurado su proyecto, fué por la tarde á ver á Euricio, cuya adhesión no ponía en duda y del cual esperaba que por agradecimiento sería instrumento dócil en sus manos. Cauteloso por naturaleza, ni por un momento pensó en descubrirle al viejo cuáles eran sus verdaderos designios, que tan mal se compadecían con la piedad y la virtud que aquél le suponía á Chilón.

Este quería encontrar hombres dispuestos á todo y presentarles el asunto bajo un aspecto que les obligara á guardar el más profundo secreto por consideración á sí mismos.

Después de rescatar á su hijo, alquiló Euricio una de las numerosas tiendecillas que había cerca del Circo Máximo para la venta de aceitunas, judías, pastas é hidromiel. Allí le encontró Chilón, saludóle en nombre de Cristo y á renglón seguido planteó el asunto; le había prestado un servicio á Euricio y era natural que éste le guardara alguna gratitud.

Le indicó que necesitaba dos ó tres hombres fuertes y valerosos, para conjurar un peligro que le amenazaba, no solamente á él, sino á todos los cristianos. El taimado griego hizo constar que era pobre, pues había entregado á Euricio casi todo lo que poseía para el rescate de su hijo; pero que, no obstante, estaba dispuesto á pagarles á esos hombres el servicio que de ellos esperaba, siempre que cumplieran fielmente la comisión que pensaba encomendarles.

Euricio y su hijo Cuarto, que escuchaban á su bienhechor casi de rodillas, apresurándose á declarar que estaban prontos á complacerle en todo, convencidos de que hombre tan ejemplar no podía aconsejarles nada contrario á la doctrina de Cristo.

Chilón afirmó que así era y levantó los ojos al cielo, como para orar; pero en realidad meditaba acerca de si sería lo más prudente utilizar los servicios de Euricio y de Cuarto y guardarse los mil sestercios. Mas pronto desechó la idea: Euricio era viejo y estaba gastado, más por las penalidades que por la edad; Cuarto tenía diez y seis años, era casi un niño, y Chilón necesitaba para su empresa hombres resueltos y robustos. Sin embargo, no por eso los mil sestercios saldrían íntegros de su bolsa: gracias al plan con tanta prudencia concebido, podría ahorrarse una buena parte.

El padre y el hijo insistieron en que Chilón aceptara sus servicios; pero desistieron de su empeño, ante las terminantes negativas del griego.

—Yo conozco á Demas, el panadero —dijo Cuarto;—en sus molinos y hornos trabajan muchos esclavos y obreros, uno de los cuales es tan forzudo,

que vale por cuatro hombres. Le he visto levantar piedras tan pesadas, que cuatro hombres de puños no hubieran logrado moverlas.

—Si ese hombre tiene temor de Dios y está dispuesto á sacrificarse por sus hermanos—dijo el griego,—pónme en relación con él.

—Ya lo creo, señor, que es cristiano; como casi todos los que trabajan en casa de Demas. Unos van de día y otros de noche; entre éstos, el de quien hablo. Ahora los encontraríamos cenando, si fuéramos al molino, y podrías hablar á tus anchas con él. Demas vive cerca del mercado...

Chilón no se hizo rogar.

Enclavado el mercado á los pies del Aventino, distaba poco del Circo Máximo y era fácil dirigirse á él sin necesidad de rodear el monte, yendo á lo largo del río, por el Pórtico Emiliano, y acortando así mucho el camino.

—A medida que envejezco—dijo Chilón cuando pasaban por la columnata, —se me va debilitando la memoria; por eso, aunque recuerdo que vendió á nuestro Cristo uno de sus discípulos, no puedo dar con el nombre del traidor.

—Se llamaba Judas, y se ahorcó—contestó Cuarto, con no poca extrañeza de que fuera posible olvidar tal nombre.

—¡Ah, sí!... ¡Judas! Gracias—repuso Chilón.

Y ambos guardaron silencio.

Llegaron al mercado, cerrado á la sazón, pasaron por los almacenes donde se distribuía el grano al populacho y torcieron luego á la izquierda, frente á las casas que se extendían á lo largo de la *Via Ostiensis*, siguiendo hasta el *Mons Testaceus* y el *Forum Pistorium* (Mercado de pan), donde se detuvieron ante una casa de madera, en cuyo interior resonaba el rumor de las muelas de molino.

Entró Cuarto y Chilón se quedó aguardándole fuera, porque evitaba cuanto podía el presentarse en reuniones numerosas, siempre por miedo de encontrarse con Glauco.

—Quiero saber—se decía mirando á la luna, que brillaba en el espacio azul —qué clase de hombre es ese Hércules que trabaja en el molino; si es un bribón sagaz tendré que pagarle el servicio; si cristiano virtuoso y sandio, me servirá gratis para todo lo que me plazca.

En esto llegó Cuarto, interrumpiendo las meditaciones del griego. Venía con un mocetón vestido á la usanza de los trabajadores, es decir, con una túnica que dejaba al descubierto el brazo y el costado derechos, permitiendo completa libertad de movimientos, y que los romanos denominaban *exomis*.

El griego le miró con la mayor complacencia, porque nunca había visto un brazo y un pecho semejantes.

—Aquí tienes, señor—dijo el muchacho,—el hermano á quien querías ver.

—¡La paz de Cristo sea contigo!—profirió Chilón saludando.—Y tú, Cuarto—agregó,—dile hasta qué punto merezco que tenga en mí fe y confianza, y en seguida, en nombre del Señor, vete á tu casa á ayudar á tu anciano padre.

—Este es un santo varón—se apresuró á decir Cuarto—que dió todo lo que poseía por rescatarme de la esclavitud; ¡por rescatarme á mí, á quien no conocía! ¡Que Nuestro Señor le dé la recompensa que merece!

El hercúleo trabajador se inclinó y le besó la mano al griego.

—¿Cómo te llamas, hermano?—le preguntó éste.

—Me dieron el nombre de Urbano al recibir el Santo Bautismo.

—Pues bien, Urbano, hermano mío, ¿tienes tiempo de que hablemos un rato?

—El trabajo no empieza hasta media noche; ahora nos están preparando la cena.

—Entonces disponemos de sobrado tiempo. Vamos á la orilla del río; allí hablaremos con libertad.

Cuando estuvieron en el sitio indicado, se sentaron en una piedra. En medio del silencio que reinaba en aque-

llos parajes, sólo se oía el rumor de la corriente del río y el que, amortiguado por la distancia, producían con sus vueltas las piedras del molino.

Chilón examinó la cara del trabajador; las facciones rudas de éste y la triste expresión que en ellas se reflejaba le hicieron juzgarle como hombre honrado y de buena índole.

—He aquí—se dijo el taimado griego—el hombre que necesito: un bárbaro tonto y bueno que matará de balde á Glauco.

Y luego añadió en voz alta:

—Urbano, ¿amas á Cristo?

—Con todo mi corazón—respondió el interpelado.

—¿Y á tus hermanos, y á tus hermanas, y á los que te han enseñado la verdad y la santa doctrina?

—También les amo.

—¡Que la paz sea contigo!

—¡Y contigo!

Siguióse una pausa, al cabo de la cual empezó Chilón á hablar con acento conmovedor de la pasión y muerte de Cristo, no como si le dirigiera la palabra á Urbano, sino como pronunciando un monólogo que reviviera en su mente el recuerdo de aquellos terribles episodios ó como confiando en medio del silencio de la noche un secreto á la ciudad dormida. En esta escena hábilmente preparada había algo que impresionaba el ánimo y conmovía.

Urbano lloraba, y cuando Chilón, gemebundo, se lamentaba de que en la hora suprema no tuviera Cristo un hombre dispuesto á defenderle, si no de la crucifixión, de la mofa y del escarnio de soldados y judíos, el obrero, á impulso de la compasión y de la cólera, cerró los formidables puños con ademán amenazador; estaba muy conmovido por la patética descripción que oía de la muerte de Cristo, pero la conducta de los malvados que escarnecían y ultrajaban al Cordero enclavado en la cruz, desencadenó en su alma sencilla odio terrible contra los que tal hicieron con su Dios.

—¿Sabes quién era Judas?—le preguntó de repente Chilón.

—¡Sí, lo sé!—exclamó Urbano.—¡Pero Judas se ahorcó!

Y pronunció la última frase con acento tal, que parecía que lamentaba el suicidio del traidor, porque si éste hubiera caído en sus manos, él, Urbano, se habría quedado mucho más satisfecho dándole su merecido.

—Y si no se hubiera ahorcado—arguyó Chilón,—si un cristiano se encontrara con él en la tierra ó en el mar, ¿crees que debería vengar en él los tormentos y la muerte que por su culpa padeció el Salvador?

—Cada uno de nosotros sería un vengador.

—¡Fiel siervo del Cordero, que la paz sea contigo! Debemos, ciertamente, olvidar las ofensas que nos infieran; pero, ¿quién tiene derecho á perdonar las ofensas que se le hacen á Dios? Lo mismo que la serpiente engendra otra serpiente y que del mal sólo mal nace, la traición, traición procura, y de la ponzoña de Judas ha nacido otro traidor. ¡Sí! ¡Un traidor! Judas entregó á Cristo á la ferocidad de los judíos y de los soldados de Roma, y el nuevo Judas, que vive entre nosotros, intenta entregar las ovejas de Cristo á los lobos. Si nadie se adelanta á la traición, si nadie aplasta oportunamente la cabeza de la serpiente, pereceremos todos y con nosotros perecerá la doctrina del Cordero.

Urbano miró á Chilón con inquietud y como si no comprendiera el alcance de sus palabras; pero el griego, tapándose la cabeza con el manto, repitió con voz sepulcral, que parecía salir de las entrañas de la tierra:

—¡Ay de vosotros, siervos del verdadero Dios! ¡Ay de vosotros, los cristianos!

Reinó otra vez el silencio y otra vez se oyó en lontananza el ruido de las piedras del molino, los cantos de los molineros, y á los pies de los dos hombres, el blando murmurar del río.

—Padre—preguntó por fin el obrero,—¿quién es el traidor?

—¿Quién? Un hijo de Judas, nacido de su ponzoña; un hombre que se

finge cristiano para poder penetrar en las casas de oración y denunciar luego á los cristianos, acusándoles de no reconocer al César como dios, de envenenar las fuentes, de asesinar á los niños y de que ansían destruir la ciudad hasta que de ella no quede piedra sobre piedra. Dentro de breves días recibirán los pretorianos orden de reduirán al suplicio, como los esclavos de res y á los ancianos, que gemirán corto tiempo en sus mazmorras y luego irán al suplicio, como los esclavos de Pedanio Segundo. He ahí la obra del nuevo Judas. Mas si nadie castigó á su precursor, si nadie tuvo alientos para defender á Cristo en la hora suprema, ¿no habrá hoy quien castigue á éste y aplaste la cabeza de la serpiente, antes de que el César escuche sus pérfidas dilaciones; quien le aniquile, quien impida el completo y total exterminio de nuestros hermanos en la fe de Cristo?

Urbano, que hasta entonces se había mantenido inmóvil y escuchando, se irguió y dijo:

—¡Yo, padre!

Púsose Chilón en pie, clavó la mirada en el rostro del obrero, que aparecía iluminado por los rayos de la luna, y extendiendo el brazo, pasóle con lentitud la mano por la cabeza, en tanto que decía con acento solemne:

—Ve á reunirte con los cristianos, recorre las casas de oración, pregunta por Glauco, y tan pronto como le veas, mátale en nombre de Cristo.

—¿Glauco?—repitió el mozo, como para grabar este nombre en la memoria.

—¿Le conoces?

—No; en Roma hay miles de cristianos y no podemos conocernos todos. Mañana acudirán al *Ostrianum* nuestros hermanos y nuestras hermanas á oir á un gran apóstol de Cristo que ha venido á predicar sus divinas enseñanzas, y seguramente me dirán allí quién es Glauco.

—¿Has dicho en el *Ostrianum?* Fuera de la ciudad, entonces, si no me engaño. ¿Y se reunirán allí todos los hermanos y todas las hermanas?... ¿Por la noche?... ¿En el *Ostrianum?*

—Sí, padre; en aquel lugar está nuestro cementerio, entre la Vía Salaria y la Nomentana. ¿No sabes que el gran Apóstol va allí á instruirnos?

—He estado ausente dos días y no debe extrañarte mi ignorancia; además, llegué hace poco de Corinto, donde estaba encargado de la dirección de una comunidad cristiana, y por eso no sé dónde está el *Ostrianum;* pero, de todos modos, allí encontrarás á Glauco, y le matarás, en el camino, cuando regrese á la ciudad. Por realizar acción tan meritoria te serán perdonados todos tus pecados. ¡Que la paz sea contigo!

—Padre...

—Te escucho, siervo del Cordero.

El obrero vacilaba: la idea de matar no acababa de parecerle buena; hacía pocos días que había matado á un hombre y quizá á dos, aunque la doctrina de Cristo prohibía derramar sangre humana; pero no les había dado muerte en defensa propia, acto vedado, ni mucho menos por lucro, que hubiera sido infinitamente peor, sino defendiendo á Ligia. El Obispo en persona le dió hermanos para que le ayudaran, pero no le mandó que matara. Y, sin embargo, él mató, es verdad; pero mató sin querer, inadvertidamente: ¡Dios le había impuesto un castigo dándole fuerzas tan descomunales! Urbano lamentaba lo hecho; por eso rezaba, lloraba y hacía penitencia, mientras sus compañeros, que no tenían aquel peso sobre la conciencia, trabajaban sosegadamente. Los otros cantaban alegrando el trabajo; él, pobre pecador, pasaba horas enteras pensando en su delito. ¡Cuánto había llorado! ¡Cuántas y cuán fervientes plegarias brotaban de su corazón más bien que de sus labios! Y, sin embargo, todavía no había cumplido, en descargo de su culpa, una penitencia proporcionada, y ya se comprometía á matar. Lo había prometido y no se arrepentía: se trataba de un nuevo Judas. El podía y debía perdonar las ofensas propias; pero las inferidas á Dios...

Sí; mataría á Glauco, aunque tuviera que darle muerte en medio de todos los cristianos congregados en el *Ostrianum*; mas para tranquilidad de su conciencia, quería que antes le sentenciaran los hermanos de más alta jerarquía: el Obispo ó el Apóstol.

El matar no le asustaba, y dar fin de un traidor le parecía tan agradable como acabar con un oso ó con un lobo; pero si Glauco era inocente, ¿cómo cargar su conciencia con un nuevo crimen, con un nuevo pecado, con una nueva ofensa al Señor, su Dios?

—No hay tiempo para hacer las cosas de esa manera, hijo mío—replicó Chilón, cuando Urbano le expuso como supo y pudo estos escrúpulos y razonamientos,—no hay tiempo, porque el traidor, desde el *Ostrianum*, irá directamente á Ancio á ver al César. Yo te daré una contraseña para que se la entregues al Obispo ó al Gran Apóstol, después de matar á Glauco, y verás cómo uno y otro te bendicen.

Sacó Chilón una moneda del bolsillo, trazó en ella toscamente una cruz con la punta del cuchillo, y se la dió á Urbano, diciendo:

—He aquí la sentencia de Glauco y la contraseña para ti; preséntasela al Obispo, cuando hayas dado muerte al traidor, y no solamente te perdonará esta muerte, sino la otra.

Extendió el joven la mano para tomar la moneda; mas, como conservaba vivo el recuerdo del otro homicidio, experimentó cierta sensación de terror, y dijo con suplicante acento:

—Padre; ¿tomas sobre tu conciencia el acto que voy á realizar? ¿Has visto con tus propios ojos la traición de Glauco?

Chilón quiso vencer los últimos escrúpulos del obrero y replicó:

—Oyeme, Urbano: vivo en Corinto, pero soy de Cos, y aquí, en Roma, instruyo en la religión de Cristo á una esclava, natural de mi país y de nombre Eunice, que es *vestiplice* en casa de un grande amigo del César, llamado Petronio. En esa casa he oído yo mismo á Glauco ofrecer que entregaría á todos los cristianos. Además, ha prometido á Vinicio, otro de los amigos del César, que buscaría entre los cristianos á cierta doncella que Vinicio quiere, y que se la entregaría.

Al llegar á este punto se detuvo y miró con sorpresa al obrero, cuyos ojos brillaban con fiereza al mismo tiempo que su rostro tomaba amenazadora expresión.

—¿Qué te pasa?—le preguntó Chilón, asustado.

—Nada, padre. Mañana mataré á Glauco.

El griego guardó silencio y observó á aquel bárbaro á la luz de la luna, dudando entre preguntarle algo más acerca de los cristianos ó darse por satisfecho con las noticias adquiridas; venció al fin su ingénita prudencia, y poniéndole á Urbano las manos en la cabeza, le dijo con tono enfático y solemne:

—¿En el santo bautismo te pusieron el nombre de Urbano?

—Sí, padre—contestó el obrero.

—Pues bien, Urbano: ¡que la paz sea contigo!

## XVIII

CARTA DE PETRONIO A VINICIO:

«*Carissime:* te veo en mal camino. Venus ha perturbado tu cerebro, privándote de la razón y de la memoria, hasta el punto de incapacitarte para pensar en todo lo que no sea tu amor. La carta con que contestaste á la mía me persuade de que todo te es indiferente; todo, excepto Ligia. Con ésta está tu espíritu y en torno de ella describe círculos, revoloteando como el halcón por encima de la presa que ansía. ¡Por Pólux! Procura hallarla pronto, porque si no correrás la misma suerte de la esfinge egipcia; la cual, enamorada, según cuentan, de la pálida Isis, se volvió sorda é insensible á todo y aguarda la noche para entregarse al placer de contemplar á su amada con sus inmóviles y pétreos ojos.

»De noche, no dejes de recorrer disfrazado todos los rincones de Roma; y si bien te parece, honra con tu presencia los oratorios, acompañado por tu insigne filósofo. Todo lo que mantiene viva la esperanza y ayuda á matar el tiempo es digno de alabanza; pero, si mi amistad vale algo para ti, en nombre de ella te aconsejo que ajustes á Crotón para que te acompañe, pues á su lado estarás más seguro; Urso, el esclavo de Ligia, es, según creo, extraordinariamente forzudo, y Crotón á tu lado será una garantía.

»Puesto que Ligia y Pomponia están con los cristianos, es indudable que éstos no son unos pícaros como el vulgo se imagina; mas como se trata de una oveja de su rebaño, no se andarán por las ramas, ya que saben hacer las cosas en regla, según demostraron con ocasión del rapto de la doncella. Te conozco á fondo y abrigo el convencimiento de que al ver á tu Ligia querras llevártela á escape: ¿cómo lo conseguirás sin más ayuda que la de tu filósofo? Crotón sería para ti un auxiliar precioso, aunque defendieran á la muchacha diez hombres como Urso. No permitas que Chilón te robe; pero tampoco le escatimes dinero á Crotón. Creo que éste es el mejor consejo que puedo darte.

»Aquí ya no se habla de la niña Augusta ni de los hechizos de que fué víctima: Popea se acuerda de ella algunas veces, pero el César tiene otras cosas en qué pensar. Por otra parte, si la divina Augusta está de nuevo en cinta, como se susurra, la memoria de la niña se desvanecerá como el humo en el aire.

»Hemos estado unos días en Nápoles; ó, hablando con más propiedad, en Baya. Si todavía fueras capaz de interesarte por algo, fuera de tu amor, habrías oído hablar de nuestra vida, de lo que ocurre aquí; porque seguramente en Roma no se hablará hoy de otra cosa. Fuimos directamente á Baya, en donde al principio nos perseguía el recuerdo de la madre y teníamos remordimientos; pero, ¿sabes hasta dónde ha llegado ya «Barbas de cobre»? Pues á encontrar en el asesinato de su madre nuevo tema de versos y motivo para desplantes trágico-bufos.

»En otro tiempo, su cobardía le hizo lanzar gemidos y sentir algo que podía pasar por remordimiento; pero ahora, convencido de que el mundo está á sus pies y de que ningún dios se decide á castigar su crimen, finge remordimientos únicamente para que la gente se interese por su suerte. A veces, por la noche, salta de la cama, gritando como un desesperado, porque las Furias le persiguen, según dice; nos despierta, mira á su alrededor, recuerda malamente las actitudes de un actor que representara el papel de Crestes, declama versos griegos y observa si le admiramos cual merece. Sus cortesanos le admiramos, al parecer, y en vez de decirle á voces: «¡vete á la cama, farsante!» nos ponemos á tono de tragedia y defendemos al grande artista del ataque de las Furias.

»¡Por Cástor! Supongo que habrá llegado á tus oídos que nuestro artista se ha presentado públicamente en Nápoles. Trajeron á todos los perdidos que pudieron encontrar en la ciudad y en sus alrededores, y la multitud que llenaba la arena olía de una manera insoportable á sudor y á ajos. Dicho esto, puedes imaginarte cuántas gracias les dí á los dioses, porque, en vez de tenerme que sentar con los augustanos, en las primeras filas, me quedé al lado del grande hombre.

»¿Quieres creer que Enobarbo tenía miedo de veras? Me cogió una mano y se la puso sobre el corazón, que latía acelerado; respiraba afanosamente, y en el instante en que debía presentarse en escena se puso pálido como un pergamino y gruesas gotas de sudor bañaron su frente. Tenía miedo. ¡Miedo el grande artista! Y cuenta que sabía que en cada fila de asientos había muchos pretorianos dispuestos á provocar el entusiasmo si era preciso. Pero no hubo necesidad de ellos: una bandada de monos de los alrededores de Cartago no hubieran chillado más y me-

jor que aquella gentuza, que cuanto más se movía, más y más esparcía el olor á ajos. Nerón saludaba poniéndose la mano sobre el corazón, enviando besos á la concurrencia, y, emocionado, derramaba lágrimas. Luego se acercó á nosotros, tambaleándose como un beodo, y exclamó:

»—¿Qué valen todos los triunfos de Julio, al lado de este mío?

»Pero la canalla no cesaba de aplaudir y de aullar, porque sabía que su entusiasmo sería pagado con mercedes, banquetes y donativos, y que le procuraría nueva ocasión de aplaudir, con idéntico resultado, al imperial farsante.

»Después de todo, no era extraño que aplaudieran, porque el espectáculo era completamente nuevo para ellos.

»—¡Mira lo que son los griegos!... ¡Mira lo que son los griegos!—repetía Nerón á cada momento.

»Y me parece que, á partir de entonces, su odio á Roma ha aumentado considerablemente. Entretanto, enviamos á toda priesa correos á la capital, anunciando el triunfo, y esperamos que llegue un día de éstos la acción de gracias que nos tributará el Senado.

»A raíz de la representación de Nerón, ocurrió aquí un suceso extraordinario: el teatro se hundió de repente, pero después que habían salido todos los espectadores; me consta, porque acudí luego y pude cerciorarme de que ni un sólo cadáver fué extraído de entre las ruinas. Muchos, sin excluir á los griegos, creen que este acontecimiento anuncia la cólera de los dioses irritados al ver que se ha degradado hasta tal punto la dignidad del César; pero éste, al contrario, entiende que ha sido un evidente favor de los dioses, que á todas luces han querido proteger su canto y á los que le escuchaban. Con este motivo ha habido ofrendas en los templos y acciones de gracias.

»Nerón concede ahora gran importancia al viaje á la Acaya; sin embargo, me dijo hace algunos días, que no sabía cómo lo tomaría el pueblo romano, el cual quizá se sublevaría por amor á él y por temor de que si se prolongaba su ausencia llegaran á faltarle los juegos y las acostumbradas distribuciones de cereales.

»A pesar de todo, iremos á Benevento á ver el asombroso lujo zapateril de que tanto se alaba Vatinio y lo que éste nos tiene preparado. Desde allí iremos á Grecia, al amparo de los divinos hermanos de Helena.

»Te diré que he hecho la siguiente observación: que cuando uno anda entre locos, se vuelve loco también y hasta le agradan las extravagancias de los orates. El viaje á Grecia, en mil naves, será una especie de entrada triunfal de Baco entre ninfas y bacantes coronadas de mirto, pámpanos y madreselvas; irán mujeres disfrazadas de tigres, enjaezadas y tirando de los carros. Las flores, los tirsos, las guirnaldas y las exclamaciones de *¡Evoé!* (1) en medio de la música, de la poesía y de las salvas de aplausos á Hellas (Grecia) formarán un conjunto muy divertido y de antemano me parece bien; pero aparte de esto, acariciamos proyectos de mayor importancia: queremos fundar una especie de *Oriental Imperium*: un imperio de palmeras, de sol, de poesía, de realidad convertida en sueño, de realidad que lleve á gozar de las delicias de vivir. Queremos olvidar á Roma, convertir en centro de la tierra un punto situado entre Grecia, Asia y Egipto; vivir una vida... no de hombres, sino de dioses, exenta de toda vulgaridad, yendo en doradas galeras, á la sombra protectora de velas de púrpura, navegando por el Archipiélago. Queremos ser á la vez Apolo, Osiris y Baal, todo en una pieza, sonrosado como la aurora, dorado como el sol, plateado como la luna; mandar, cantar, soñar... Pero «Barbas de cobre» no logrará ver realizados sus proyectos, aunque no sea más que porque en su soñado imperio de poesía y de poderío oriental no cabrían la traición, la villanía y la muerte, y porque en su propia persona y al

(1) Las bacantes aclamaban á Baco con esta exclamación.

través de sus humos de poeta se vislumbra al cómico malo, al torpe automedonte y al ridículo tirano. Entretanto, seguimos matando á diestro y siniestro, siempre que alguien por cualquier motivo nos estorba: el infeliz Torcuato Silano ya no es ni sombra, pues tuvo que abrirse las venas pocos días hace; Lecanio y Licinio entrarán en el consulado con el terror; el viejo Tráseas no se librará de la muerte, porque tiene la audacia de ser honrado; Tigelino no ha alcanzado todavía la orden de que yo me dé una sangría suelta: aun soy necesario, como *árbitro de las elegancias* y como elemento indispensable para el buen éxito del viaje á la Acaya; pero más pronto ó más tarde, acabaré por verme en el caso de abrirme las venas. ¿Sabes lo único que me preocupará, cuando este caso llegue? Que «Barbas de cobre» se apodere de mi copa; de la copa que tanto te gusta y que tanto admiras. Si estás cerca de mí en la ocasión crítica te la regalaré; si no, la haré pedazos. Por ahora nos espera la excursión al Benevento de los zapateros remendones y el viaje á la olímpica Grecia.

»No olvides mi consejo acerca de Crotón; si no me escuchas, te quitarán otra vez á Ligia. Cuando no necesites á Chilón, envíamele; quizá logre transformarle en un segundo Vatinio, ante el cual tiemblen senadores y cónsules, como temblaban ante Dratevka. ¡Me gustaría vivir para verlo!

»Cuando encuentres á Ligia dímelo, y ofreceré un par de cisnes y otro de palomas en el templo de Venus. He soñado que Ligia, sentada en tus rodillas, te pedía besos. Pon de tu parte lo que puedas para que mi ensueño sea profético. ¡Que no empañen las nubes el cielo de tu vida; y si en él hay nubes, que sean del color y con el aroma de las rosas!

»¡Salud!»

---

## XIX

Cuando Vinicio acababa de leer la carta que precede, entró Chilón silenciosamente en la biblioteca; no le habían anunciado, porque los servidores tenían orden de dejarle pasar á cualquiera hora.

—¡Que la divina madre de tu antecesor Eneas te colme de mercedes, como me colma á mí el hijo de Maya (María)!—exclamó el griego al entrar.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el joven, poniéndose en pie de un salto.

—¡Eureka!—dijo Chilón, por toda respuesta.

—¿La has visto?—interrogó con afán el tribuno.

—He visto á Urso y he hablado con él.

—¿Sabes ya en dónde se esconden?

—Todavía no. Otro, en mi lugar, impulsado por el amor propio, hubiera dicho al ligio que le conocía; quizá también habría tratado de obligarle á declarar dónde vivía, con lo cual hubiese puesto en guardia al gigante, consiguiendo así que Ligia y él mudaran de escondite hoy mismo. Yo he procedido de otra manera; me contento, por ahora, con saber que Urso trabaja cerca del mercado, en un molino, cuyo molinero se llama Demas, como tu liberta. Ahora, cualquier esclavo tuyo que te merezca confianza puede ir por la mañana, seguir sus pasos y averiguar el lugar donde se oculta con la doncella. Te traigo, pues, la certeza de que tanto Urso como la divina Ligia, están en Roma. La segunda noticia de que soy portador es la de que la joven irá esta noche al *Ostrianum*, casi seguramente.

—¿Al *Ostrianum*? ¿Qué es eso?

—Un antiguo *hypogeum* situado entre la Vía Salaria y la Nomentana. El pontífice máximo de los cristianos, del cual te hablé, ha venido ya y esta

noche bautizará y explicará su doctrina en el lugar indicado. Los cristianos ejecutan secretamente sus prácticas religiosas, porque si bien no se han publicado aún edictos prohibiéndolas, el pueblo odia á los prosélitos de la nueva secta, y éstos, como es natural, necesitan tomar toda clase de precauciones. Urso me ha asegurado que todos los cristianos se reunirán esta noche en el *Ostrianum*, porque están ansiosos de ver y oir al que fué el primer discípulo de Cristo. A estas reuniones acuden lo mismo los hombres que las mujeres; quizá la única que falte sea Pomponia Grecina, porque su marido sigue adorando á los antiguos dioses y ella no podría explicarle satisfactoriamente su ausencia del hogar durante una noche entera. Pero Ligia, señor, que vive al amparo de Urso y de los jefes de la secta, podemos considerar seguro que asistirá con otras mujeres.

Vinicio había sido hasta aquel momento presa de febril agitación y vivía alentado únicamente por la esperanza de encontrar á Ligia; y ahora que la esperanza estaba á punto de trocarse realidad, sintióse desfallecer, débil como el que ha hecho una jornada superior á sus fuerzas.

Chilón, que no perdía ripio, lo advirtió, y quiso aprovecharlo en beneficio propio.

—Las puertas—dijo,—están vigiladas por tres agentes, circunstancia que probablemente no ignorarán los cristianos; pero dudo de que éstos se valgan de las puertas, como el Tíber tampoco las utiliza. Aunque la distancia que separa al río de esos caminos, es larga, en verdad, merece la pena de recorrerla para ver y oir al Gran Apóstol. Por otra parte, es natural que los cristianos dispongan de muchos medios de salvar las murallas, y yo sé qué medios tienen. En el *Ostrianum* encontrarás á Ligia; y aun suponiendo que no fuera, no faltará Urso, porque me ha prometido matar á Glauco. Me lo ha prometido él mismo, ¿oyes, noble tribuno? él mismo. Puedes seguir á Urso para averiguar en dónde habita Ligia, ó disponer que tu gente le detenga como asesino. Luego que le tengas en tu poder, puedes obligarle á declarar dónde se oculta la doncella. Ya ves que he hecho todo lo posible. Otro te diría que se había bebido diez cántaros del mejor vino mano á mano con Urso para arrancarle su secreto; que había perdido mil sestercios jugando con él al *scriptæ duodecim* (suerte de juego), ó que le había costado dos mil sestercios adquirir tales noticias; y tú, seguramente, le devolverías con creces esas sumas. Mas yo, á pesar de todo, quiero ser honrado una vez en mi vida—como lo fuí siempre, quise decir,—porque ha dicho el magnánimo Petronio que tu munificencia superará á todas mis esperanzas.

Vinicio, que á fuer de soldado, estaba acostumbrado á dominarse, venció su momentánea debilidad, y dijo:

—No te equivocas al juzgar mi generosidad; pero antes de conocerla prácticamente, vendrás conmigo al *Ostrianum*.

—¡Al *Ostrianum*, yo!—exclamó Chilón, á quien no halagaba la idea de ir á semejante reunión.—Noble tribuno: te he prometido indicarte el sitio donde Ligia se oculta, pero no arrancarla de él para entregártela. Reflexiona, señor, qué sería de mí si el oso ligio, después de darle el zarpazo á Glauco, supiera que no había motivo para tal cosa. ¿No me acusaría (sin razón, claro está, pero me acusaría), de haberle inducido al asesinato? Ten presente, señor, que mientras más filósofo es un hombre, con mayores dificultades tropieza para contestar satisfactoriamente á las necias preguntas del vulgo. ¿Qué podría yo contestarle á Urso si me preguntara por qué he calumniado á Glauco? Si sospechas que te engaño, no me pagues hasta que te indique la casa en donde vive Ligia; pero ahora dame, señor, una leve muestra de tu munificencia, pues si tú (¡no lo permitan los dioses!) perecieras víctima de inopinado accidente, yo me quedaría sin re-

compensa alguna, cosa horrible para ti, porque tu corazón no podría soportar semejante desgracia.

Se acercó Vinicio á un arca colocada sobre un pedestal de mármol, la abrió, sacó de ella una bolsa y se la tiró á Chilón, diciendo:

—Contiene *scrupula* (escrúpulos, monedas); cuando Ligia esté ya en mi casa te daré una bolsa igual llena de *aurei* (áureos, monedas de oro).

—¡Eres Júpiter en persona!—exclamó el griego.

—Te quedarás aquí, en casa, á comer y descansar—repuso el joven, frunciendo el ceño.—De aquí no saldrás hasta la noche, para ir conmigo al *Ostrianum*.

El miedo le hizo dudar á Chilón, pero la codicia venció pronto y dijo:

—¡No es posible oponerse á tu voluntad, señor! Escucha mis palabras como de un buen presagio, lo mismo que nuestro gran héroe acogió otras análogas en el templo de Amón. Estos escrúpulos—y agitaba la bolsa,—han disipado los míos: aparte que tu compañía me colma de ventura siempre...

Vinicio le interrumpió impaciente, pidiéndole detalles de su conversación con Urso.

De los que el griego expuso, resultaba claramente que aquella noche podía ocurrir una de dos cosas: apoderarse de Ligia en el camino del *Ostrianum*, cuando fuera ó cuando regresara, ó averiguar dónde se ocultaba, si no asistía á la reunión.

Vinicio estaba loco de contento; teniendo ya seguridad completa de encontrar á Ligia, su cólera se desvaneció y con ella el odio á la joven, porque creyéndose cerca de la felicidad, perdonaba la ofensa. Ahora estaba tentado de llamar á sus esclavos y mandarles que decoraran la casa con guirnaldas; ya no le guardaba rencor ni siquiera á Urso: tenía ganas de perdonarlo todo y á todo el mundo. El propio Chilón, que á pesar de sus servicios le inspiraba repulsión, parecíale ahora por vez primera agradable y nada vulgar. La melancolía y los dolores que hasta entonces había sufrido no le habían dado la medida exacta del amor que por Ligia sentía, y el anhelo despertaba en su corazón, como la tierra, caldeada por el sol, despierta en primavera; pero al presente, sus deseos eran menos ciegos y desatentados y más alegres y tiernos. Sentíase ya fuerte y enérgico y abrigaba casi el convencimiento de que cuando tuviera á Ligia ante los ojos, ni todos los cristianos juntos ni el mismo César podrían arrebatársela.

Animado Chilón con las muestras de júbilo que el tribuno daba, recobró su desparpajo y verbosidad y comenzó á darle consejos. A su modo de ver, no debía considerarse el asunto como terminado, sino que era llegado el caso de adoptar las mayores precauciones, sin las cuales podía ser trabajo perdido el realizado hasta entonces. Por consiguiente, aconsejó al impetuoso joven que no arrebatara á Ligia del *Ostrianum* y que se atemperara al siguiente plan: ambos irían allí recatándose el semblante con capuchas y se limitarían á observar desde un oculto rincón envuelto en sombras. Luego seguirían á la joven á prudente distancia, verían en qué casa entraba, rodearían el edificio para que la doncella no pudiera escaparse á favor de las sombras, y realizarían el rapto á la luz del sol. Como Ligia estaba en rehenes, pertenecía al César y podrían llevársela sin temor á la ley. Si la muchacha no iba al *Ostrianum* seguirían á Urso, lo cual daría el mismo resultado. Ir acompañados de una turba de esclavos sería peligroso, porque podía llamar la atención; y si tal ocurría, probablemente los cristianos apagarían las luces, como hicieron cuando el rapto de Ligia, y escaparían protegidos por la obscuridad, refugiándose en lugares que ellos solos conocían. Ahora bien, la prudencia aconsejaba que ambos fueran armados ó, lo que mejor sería, que llevaran consigo un par de hombres vigorosos y de confianza que le defendieran en caso de apuro.

Vinicio reconoció lo sensato de ta-

les consejos y, recordando al mismo tiempo el que le diera Petronio, mandó buscar á Crotón.

Chilón, que conocía en Roma á todo el mundo, se tranquilizó al oir el nombre del famoso atleta, cuya fuerza hercúlea había tenido ocasión de admirar en el Circo, y ya no puso el menor reparo para ir al *Ostrianum*. Gracias á la intervención del afamado gladiador, ahora le parecía facilísimo que le llenaran de áureos la bolsa, y, por consiguiente, cuando se sentó á la mesa estaba animadísimo.

Mas como nunca olvidaba lo que le convenía, mientras engullía á dos carrillos manifestó á los esclavos que le había traído á su amo un ungüento maravilloso, merced al cual, el peor de los caballos vencería á cualquiera en la carrera, sólo con que le untaran los cascos con el prodigioso ungüento. Añadió que le había enseñado á prepararlo un cristiano, pues los jefes cristianos sabían mucho más de encantamientos y milagros que los propios habitantes de Tesalia, aunque Tesalia gozaba de merecido renombre en cuestiones de hechicería. Dijo también que los cristianos tenían en él la mayor confianza, porque, naturalmente, cualquiera entendería lo que quiere decir *pez*.

Al decir esto, Chilón observaba atentamente á los esclavos, esperando que entre ellos hubiera algún cristiano é informar de ello á Vinicio; mas cuando se convenció de que su esperanza era vana, pensó sólo en comer vorazmente y en beber sin tasa, prodigando, mientras engullía viandas y apuraba jarros, alabanzas al cocinero, y anunciando que pensaba comprárselo á Vinicio si éste quería vendérselo.

Una sola nube venía á turbar, sin embargo, su alegría: la idea de que por por la noche tendría que ir al *Ostrianum*; tranquilizábale, no obstante, el pensar que iría disfrazado, que se mantendría en la obscuridad y que le acompañarían dos hombres valientes, uno de los cuales era, por su fuerza descomunal, el ídolo de Roma, y el otro un patricio, un personaje que ocupaba alta dignidad en el ejército.

—Aunque reconozcan á Vinicio—se decía,—no se atreverán á causarle el menor daño; y en cuanto á mí, trabajo les mando si quieren verme siquiera la punta de la nariz.

Repasó luego de memoria los detalles de la entrevista que había celebrado con el obrero, y el recordarlos le produjo satisfacción. Para el griego no admitía duda que el obrero y Urso eran una misma persona, de cuyas extraordinarias fuerzas tenía ya noticias por Vinicio y por los esclavos que acompañaron á Ligia desde el Palatino; nada tenía, pues, de extraño que cuando preguntó á Euricio si conocía á algunos hombres forzudos, Euricio le indicara á Urso. Además, la turbación y la rabia que se apoderaron de éste cuando oyó mentar á Vinicio y á Ligia, daban claro indicio de la relación que entre los tres existía, y la alusión que hiciera á la penitencia que se había impuesto por haber dado muerte á un hombre —ya sabemos que Urso mató á Atacino—y la perfecta semejanza entre Urbano y Urso, según el retrato que de éste hizo Vinicio, venían á servir de comprobación. La diferencia de nombre era lo único que podía hacer que Chilón dudara; pero el griego no ignoraba que los cristianos solían cambiar de nombre al recibir el agua del bautismo.

—Bueno será que Urso mate á Glauco—se decía,—pero, si no le mata, será prueba palpable de que los cristianos no asesinan fácilmente; porque yo le pinté á Glauco como un nuevo Judas y con tales colores le hice el retrato, que una piedra se hubiera conmovido. Sin embargo, apenas conseguí que el oso ligio asomara la zarpa, vaciló, me habló de su penitencia y de su arrepentimiento... Nada, no hay duda: el asesinato no es moneda corriente entre los cristianos; éstos deben de perdonarse las ofensas que mutuamente se infieren y, por lo tanto, no gozarán de la mayor libertad para vengarse de las que

reciben de los demás. *Ergo*, detente, Chilón, y reflexiona: ¿qué riesgo corres? Glauco no puede vengarse de ti; si Urso no mata á Glauco en castigo del odioso crimen que comete haciendo traición á todos los cristianos, menos te matará á ti por la levísima falta de haberle hecho traición á un cristiano solo. Además, tan pronto como ponga á este fogoso palomo torcaz en camino de dar con el nido de su palomita, me lavaré las manos y trasladaré prudentemente á Nápoles mi persona. Los cristianos hablan de cierta lavada de manos; indudablemente esa lavada es un método, en virtud del cual, si un hombre tiene cuentas pendientes con ellos las salda definitivamente con sólo lavarse las manos. ¡Qué buenas personas son esos cristianos y cómo les calumnian los malos! ¡Oh, Dios! ¡Así es la justicia de los hombres en este mundo! Por ahora soy partidario de esa religión, porque prohibe matar. Verdad es que también prohibe robar, mentir y levantar falsos testimonios, y por consiguiente, no me acomoda desde este punto de vista; además, no sólo manda, como enseñan los estoicos, morir, sino vivir honradamente. Si llego á ser rico, á tener una casa como ésta y esclavos, como Vinicio los tiene, será muy posible que me haga cristiano por todo el tiempo que me convenga; un hombre rico puede tomarse todas las libertades: hasta la de ser virtuoso. La religión cristiana es para los ricos, no hay que darle vueltas; no me explico cómo la profesan tantos pobres. ¿Qué ventajas les reporta? ¿Por qué dejan que la virtud les ate las manos? Esto merece meditarse.

Entretanto, ¡honor á ti, Mercurio, por haberme auxiliado para descubrir á ese animalote! Pero si me auxiliaste por el vil interés, por las dos blancas y añojas terneras, de cuernos dorados, no te conozco. ¡Vergüenza debía darte, matador de Argos! ¿Es posible que un dios tan listo como tú no haya previsto que no vería tales terneras? Te ofreceré mi gratitud; pero, si á ésta prefieres dos animales, tú serás el tercero, y en tal caso, más te valiera convertirte en pastor. ¡Ah! Ojo avizor, no sea que yo, como filósofo, les demuestre á los hombres que no existes; y entonces, ¡adiós ofrendas! Creo que te conviene vivir en paz con los filósofos.

El griego, mientras así hablaba con Mercurio y consigo mismo, se tendió en el sofá, puso por cabecera el manto y se durmió profundamente; tanto, que ni siquiera sintió al esclavo que vino á recoger los platos. Cuando llegó Crotón le despertaron, se dirigió al *atrium* y se puso á contemplar muy complacido las atléticas formas de aquel maestro, ex gladiador, que con su corpulencia parecía que llenaba la estancia.

Crotón había convenido ya con Vinicio el salario que había de ganar y conversaba con el tribuno.

—¡Por Hércules!—decía.—Has hecho bien, señor, avisándome hoy, porque mañana iré á Benevento, donde me ha mandado llamar el noble Vatinio para que en presencia del César luche con un tal Siphax, el negro más forzudo que ha nacido en Africa. Figúrate, señor, cómo crujirá su espina dorsal entre mis manos; además, de un puñetazo le partiré las negras quijadas...

—¡Por Pólux!—exclamó Vinicio.—Seguro estoy de que lo harás como lo dices.

—Y será perfectamente hecho—dijo Chilón dirigiéndose al atleta.—Me place la idea de romperle las quijadas; es excelente y digna de ti su realización. Mas no dejes, Hércules mío, de frotarte las articulaciones con aceite de oliva ni de ceñirte bien, porque no sabes con quién vas á luchar ahora: el guardián de la joven por quien se interesa el noble Vinicio dicen que tiene una fuerza excepcional.

Con este consejo y tal advertencia se proponía el griego estimular al atleta.

Vinicio vino en su ayuda agregando:

—Así parece; yo no lo he visto, pero dicen que es capaz de sujetar á un toro

por los cuernos y llevárselo adonde le plazca.

—¡Ay!—gimió Chilón, que no había creído que Urso fuera tan forzudo.

Pero Crotón, sonriéndose desdeñosamente, replicó:

—Noble señor: me comprometo á defenderme con una sola mano de siete ligios como ése, á arrebatar con la otra á la doncella y á traértela á tu casa, aunque me persigan todos los cristianos de Roma como lobos de Calabria. ¡Si no lo hago así, que me apaleen ahora mismo aquí, en el *impluvium!*

—¡Señor!—exclamó Chilón.—No le permitas que ejecute semejante disparate; nos apedrearían, ¿y de qué nos servirían entonces las fuerzas de Crotón? ¿No es mejor sacar á Ligia de su casa que exponerla á una desgracia?

—Tiene razón, Crotón—dijo Vinicio.

—Tú me pagas y yo cumpliré tus mandatos; pero no olvides, señor, que mañana tengo que ir á Benevento.

—Tengo quinientos esclavos en la ciudad—replicó con arrogancia el tribuno.

E hizo seña al atleta y al griego para que se retiraran; él entró en la biblioteca, se sentó ante el escritorio y le escribió á Petronio la siguiente breve misiva:

«Chilón ha encontrado al ligio. Con él y con Crotón voy esta noche al *Ostrianum*. Esta misma noche ó mañana me apoderaré de Ligia. ¡Que los dioses te sean propicios! ¡Ah, *carissime!* la alegría me impide escribirte más largamente.»

Soltó Vinicio el estilo y se puso á dar paseos por la estancia. Su alma estaba inundada de gozo; su cuerpo, atormentado por la fiebre. Pensaba que al día siguiente estaría Ligia en su casa y no sabía á punto fijo cómo debía conducirse con ella; pero decíase que si la doncella le amaba él se constituiría en su esclavo. Recordaba que Actea le había asegurado que la joven le amaba, y se conmovía hasta lo más hondo de su ser. Si, como era probable, Actea había dicho la verdad, todo se reduciría á vencer las resistencias naturales del pudor y practicar determinadas ceremonias prescritas por las doctrinas del cristianismo; si tal amor era cierto, una vez que la doncella estuviera en casa de Vinicio cedería á la persuasión ó á la fuerza y se diría: «¡Esto es hecho!» De este modo, concluiría todo y la joven volvería á mostrarse amante y cariñosa.

De pronto se presentó Chilón, interrumpiendo el hilo de tan optimistas pensamientos, y dijo al tribuno:

—Señor, se me ocurre pensar que los cristianos deben de tener una contraseña, sin dar la cual no creo probable que dejen entrar á nadie en el *Ostrianum;* en los oratorios, por lo menos, así se verifica, pues cada vez que he ido á ellos me ha dado Euricio la contraseña en cuestión. Si me lo permites, señor, iré á ver al viejo para pedirle las instrucciones precisas, á fin de que no tropecemos con obstáculos.

—Que me place, noble sabio—contestó Vinicio alegremente,—hablas como hombre prudente y juicioso y mereces todo género de elogios; puedes ir á ver á Euricio ó á cualquiera que te plazca visitar, pero en prenda y garantía de tu oportuno regreso, deja ahí, encima de esa mesa, la bolsa de dinero que ha poco te entregué.

Al oir estas palabras sintió Chilón una impresión muy desagradable: siempre le causaba pena separarse del dinero; sin embargo, por esta vez dejó la bolsa en el punto indicado, no sin alguna vacilación, y salió de la estancia.

Pronto volvió, mucho antes de que anocheciera, pues desde las Carinas al Circo, cerca del cual estaba situada la tiendecita de Euricio, la distancia era corta.

—Señor—dijo al entrar,—traigo la necesaria contraseña y además me he procurado datos minuciosos acerca del camino que debemos recorrer. Le he dicho á Euricio que quería saber cuál era la contraseña para comunicársela á

mis amigos, pues yo no iría porque la distancia era demasiado larga para un hombre de mis años; le he asegurado también que mañana vería yo al Grande Apóstol para que me repitiera los párrafos más selectos de su plática.

—¿Qué no vas? ¡Cómo es eso!—exclamó Vinicio.—¡Vaya si irás!

—Ya lo creo que iré; pero tomaré la precaución de presentarme encapuchado y de aconsejarte que hagas lo mismo, para que no se espante la caza.

Como ya se acercase la noche, empezaron á hacer los preparativos: cubriéronse ambos con mantos galos provistos de capuchas y tomaron cada uno una linterna.

Vinicio armó á sus compañeros de expedición de puñales cortos y corvos, se armó él con otro igual, y Chilón se encasquetó, por exceso de precaución, una peluca que se había procurado por el camino, cuando volvía de la tienda de Euricio. Cuando todos estuvieron dispuestos, se pusieron en camino, andando de prisa, para salir de la ciudad antes de que cerraran la puerta Nomentana, que estaba bastante lejos de la casa del joven tribuno.

## XX

La comitiva atravesó el barrio de los Patricios y se dirigió hacia la puerta Viminal, que estaba situada cerca de la llanura en donde Diocleciano mandó construir después sus famosas termas; pasaron al lado de las ruinas de la muralla de Servio Tulio, y, sin encontrar alma viviente, dieron vista á la vía Nomentana. Torciendo luego á la izquierda, hacia la vía Salaria, se encontraron en unos arenales, en los que de trecho en trecho se veía algún cementerio.

La noche había cerrado por completo, la luna no dejaba ver su plateada faz, y á los expedicionarios les habría sido difícil acertar con el camino entre las tinieblas, si, como había previsto Chilón, los mismos cristianos no se lo hubieran ido indicando; pues á cada momento surgían de las sombras negros bultos, que eran otras tantas personas, y avanzaban recatadamente por los arenales.

Algunos de estos misteriosos bultos iban provistos de linternas, cuya luz procuraban ocultar con el manto; otros, más conocedores, sin duda, del terreno que pisaban, no llevaban luz.

Vinicio, que poseía vista de lince, distinguía perfectamente en la obscuridad á los viejos, que andaban apoyados en bastones y con inseguro paso; á los jóvenes, por sus enérgicos movimientos; á las mujeres, por los largos mantos en que se envolvían.

Los guardias encargados de vigilar los caminos y los aldeanos que de vuelta de la ciudad regresaban á sus hogares, seguramente tomarían á los nocturnos expedicionarios por obreros que iban á los arenales ó por sepultureros de los que muchas veces salían de noche para tomar parte en ciertas ceremonias propias de su oficio.

A medida que avanzaban el joven y sus acompañantes veían que el número de linternas y el de misteriosos bultos aumentaba; algunos de éstos cantaban quedito ciertos cánticos que á Vinicio le parecían impregnados de tristeza. De vez en cuando oía también el joven clara y distinta, de modo que podía entenderla, alguna frase de la letra de aquellos cánticos, como, «Despierta, tú que duermes», ó «Levántate de entre los muertos», y más de una vez oyó claramente pronunciar á hombres y á mujeres el nombre de Cristo; sin embargo, prestaba poquísima atención á los cánticos y á la letra, porque no cesaba de pensar ni un solo instante que uno de aquellos negros bultos podía ser Ligia. Algunos, al pasar cerca de él, decían: «¡Que la paz sea contigo!» Y el joven se estremecía y dentro del pecho su corazón se agitaba, sólo de pensar que de repente pudiera oir la voz de la doncella profiriendo uno de aquellos saludos. Muchas veces creyó reconocer á ésta por el aire ó por las maneras, y sólo cuando se convencía

de su error empezaba á dudar del testimonio de sus ojos.

El camino se le hacía largo y penoso. Conocía el terreno palmo á palmo, pero en la obscuridad no lograba determinar con precisión los lugares: á cada instante se encontraba en un paso estrecho, tropezaba con un lienzo de muralla ó topaba con una choza que no recordaba haber visto en los alrededores de la ciudad.

Por fin, asomó la luna, aunque entre nubes, y alumbró el camino mejor que la vacilante y débil claridad de las linternas; luego brilló á lo lejos una llama que parecía producida por una fogata ó por una antorcha. Vinicio le preguntó entonces á Chilón:

—¿Está allí el *Ostrianum?*

El griego, cuyo ánimo no estaba tranquilo ni mucho menos entre la soledad de los campos, la obscuridad y el incesante pasar de las negras sombras que parecían fantasmas, contestó con voz trémula:

—No puedo asegurarlo, señor, porque nunca he estado en el *Ostrianum;* pero bien podían los cristianos orar en sitio menos apartado.

Y sintiendo necesidad de hablar para combatir el miedo, repuso tras breve pausa:

—Esos hombres se reunen misteriosamente, como los asesinos; y sin embargo, les está prohibido asesinar, si el ligio me ha dicho verdad y no me ha engañado miserablemente.

A pesar de que Vinicio estaba absorto, como siempre, pensando en Ligia, no dejaba de sorprenderle el lujo de precauciones y el misterio de que se rodeaban los correligionarios de la joven para oir la palabra de su pontífice.

—Esta religión, como todas—le dijo al griego,—tiene prosélitos en el pueblo, y se me ocurre pensar: si los cristianos constituyen una secta judía, ¿por qué se reunen aquí y no van á los templos del Trastíber, donde los judíos llevan sus ofrendas á la luz del sol?

—Los judíos, señor, son los peores enemigos de los cristianos, pues he oído decir que en tiempos anteriores á los del actual César faltó poco para que estallara la guerra entre unos y otros. Esto dió motivo á Claudio César para que publicara un edicto, abolido ahora, expulsando á todos los judíos. Sin embargo, los cristianos, para hacer sus prácticas, se ocultan de los judíos y del pueblo, en general, pues éste les aborrece y les imputa horribles crímenes.

Dió fondo la conversación y continuaron andando en silencio, hasta que el griego, cuyo miedo crecía en razón inversa de la distancia que les separaba del *Ostrianum*, la reanudó diciendo:

—Cuando volvía de la tienda de Euricio entré en casa de un barbero y le pedí prestada una peluca; además me he metido dos habas en las narices, y así creo que será imposible reconocerme. Verdad es que aunque me reconozcan no me matarán. ¡Ah! ¡Es buena gente! Tan honrados me parecen, que les estimo y les quiero.

—Creo inútil que trates de granjearte su voluntad con alabanzas anticipadas—replicó Vinicio.

Pasaban á la sazón por una hondonada estrecha, encajonada entre dos zanjas y coronada por un acueducto. La luna asomó un poco la faz por entre las nubes, y al final de la hondonada pudo verse un muro cubierto de hiedra á la luz de los argentados rayos: aquel muro era del *Ostrianum*.

Llegaron.

Dos cavadores de las canteras les pidieron en la puerta la contraseña, y poco después penetraban Vinicio y sus acompañantes en un recinto espacioso rodeado de murallas; acá y allá veíanse monumentos aislados; en el centro, la entrada del *hypogeum;* debajo en la cripta, estaban las sepulturas, y junto á la entrada se veía una fuente.

Como el *hypogeum* no podía servir para una reunión muy numerosa, supuso Vinicio, con razón, pues los hechos vinieron á demostrarlo, que la ceremonia se verificaría fuera, en el recinto amurallado. Y, en efecto, pronto se llenó éste de personas.

Todo el espacio que abarcaba la vista aparecía cuajado de lucecitas: eran las de las linternas, unas cerca de otras, aunque también muchas personas habían venido sin luz. Casi todos los concurrentes estaban encapuchados, excepto algunos, pocos, que llevaban la cabeza descubierta; fuera por temor á la traición ó por defenderse del frío, ello es que casi todos los concurrentes recataban el rostro con la capucha, y que el joven patricio se decía con inquietud que si permanecían encubiertos le sería punto menos que imposible reconocer á Ligia entre la muchedumbre y á la débil claridad que las linternas despedían.

Pronto empezaron á brillar acá y allá algunas antorchas de resina; luego las reunieron, formando con ellas una pequeña hoguera, y entonces, al resplandor de su rojiza llama, pudo Vinicio ver con más claridad.

La multitud allí reunida entonó un canto extraño y melancólico, con voz apagada al principio y más fuerte después; Vinicio se sorprendió, porque nunca había oído nada semejante.

Aquel cántico estaba impregnado del dulce y suplicante acento que el joven advirtió en los saludos que le dirigían los hombres que antes encontrara camino del cementerio; pero era más intenso, más sentido, y á veces adquiría solemnes y conmovedoras inflexiones, como si de concierto con los cantores tomaran parte en el himno el cementerio, las colinas y la comarca toda, elevando en un lamento ferviente y patética plegaria. Con los brazos extendidos y mirando al Cielo, dijérase que aquellos cristianos veían en lo alto al que podía bajar y socorrerles.

Al terminar el canto, reinó un instante de silencio, tan imponente, que Vinicio y sus acompañantes miraron involuntariamente hacia arriba, como si aguardaran conmovidos un prodigio ó fuera á descender solemnemente alguien de la bóveda estrellada.

Vinicio, que había visto numerosos templos de la más variada arquitectura en el Asia Menor, en Egipto y aun en Roma; que conocía diversas religiones y escuchó más de una vez sus cánticos, nunca, hasta ahora, había llegado á comprender que tales cánticos tuvieran más objeto que el de llenar las vanas fórmulas del rito; pero á la sazón oía cantar los himnos con acentos hondos, como los del hijo que suplicante se dirige á su padre ó á su madre: había que ser ciego para no comprender que aquellos hombres no sólo adoraban á Dios y le rendían homenaje, sino que le amaban con todo su corazón.

Nunca pudo Vinicio imaginarse que existiera cosa parecida en un templo ni fuera de él, pues lo mismo en Roma que en Grecia, los que todavía honraban á los dioses iban impulsados por el deseo de pedirles ayuda ó por el miedo; pero sin que en sus actos entrara por nada el amor á las divinidades.

Los cristianos echaron más antorchas en la hoguera y se esparció por el recinto viva claridad que eclipsó las débiles luces de las linternas. Entonces apareció un anciano, como si brotara del *hypogeum*, y se subió en una piedra que había cerca del fuego; aunque llevaba manto con capucha, tenía descubierta la cabeza.

La muchedumbre se inclinaba á su paso y Vinicio oyó decir en voz baja á los que estaban cerca de él: «¡Pedro! ¡Es Pedro!» Y unos se arrodillaban y otros extendían suplicantes las manos hacia el anciano.

Reinó un silencio profudo; tan profundo, que permitía oir el chisporroteo de las antorchas que ardían, el distante chirriar de ruedas en la Vía Nomentana y el silbar del viento entre las ramas de los escasos pinos que había en torno del cementerio.

—Hele ahí—le dijo Chilón en voz baja á Vinicio,—ése es el primer discípulo de Cristo, un pescador.

Este levantó la diestra, hizo la señal de la cruz y bendijo á los presentes. Todos se postraron de hinojos, y Vinicio y sus compañeros les imitaron para no llamar la atención.

En los primeros momentos, no lo-

graba Vinicio ordenar las ideas para darse cuenta exacta de sus impresiones; le parecía ver en el anciano Pedro el doble carácter de lo sencillo y de lo extraordinario, y, lo que era más inexplicable: lo extraordinario del anciano parecía dimanar precisamente de su propia sencillez. La mitra no coronaba su cabeza, ni la guirnalda de hojas de roble ceñía sus sienes, ni ostentaba en la mano una palma, ni una placa de oro brillaba en su pecho, ni lucía túnica blanca bordada de estrellas; en resumen: no llevaba ninguna de las insignias que servían de distintivo á los sacerdotes orientales, egipcios, griegos ó romanos.

Un contraste análogo al que sorprendiera á Vinicio cuando oyó los himnos de los cristianos, venía á sorprenderle ahora; el *pescador* no le causaba el efecto de un pontífice, profundo conocedor del ceremonial de un rito, sino el de un testigo sencillo y anciano que inspiraba grande veneración y que venía de lueagas tierras á divulgar una verdad que había visto y palpado y en la cual creía tan firmemente como en su propia existencia, y que precisamente porque creía en ella la amaba con toda su alma. La expresión de su rostro tenía el misterioso poder que persuade y convence y que sólo de la verdad dimana. Vinicio, excéptico, no quería rendirse á la influencia de aquel anciano; pero experimentó, mal de su grado, punzante curiosidad, y deseaba saber qué argumentos brotarían de labios del misterioso compañero del no menos misterioso Cristo, y cuáles serían las doctrinas que Ligia y Pomponia profesaban.

Pedro empezó á hablar como el padre que instruye á sus hijos y les enseña á vivir, exortándoles á huir de los excesos y de la molicie, á amar la pobreza, la honradez y la verdad; á sufrir con paciencia las injusticias y las persecuciones; á obedecer al gobierno y á las personas de jerarquía superior á la propia; y les aconsejó que se dieran mutuamente buen ejemplo y procuraran dárselo también á los paganos con su irreprochable conducta.

El concepto del bien se reducía para Vinicio á estimar como bueno todo lo que contribuyera á devolverle á Ligia y como malo todo lo que de ella le alejara; no podía por menos de causarle asombro, pues, lo que el anciano decía, y hasta le parecieron irritantes sus doctrinas. La pureza de costumbres y el combatir las propias pasiones, tal y como Pedro lo aconsejaba, era condenar su amor, animar á Ligia á la resistencia y fortalecer su desvío; y sobradamente comprendía el joven que si Ligia estaba presente y oía tales exhortaciones, desde luego le consideraría á él como enemigo de la doctrina que Pedro predicaba. Este razonamiento le indignó.

—¿Qué ha dicho de nuevo ese hombre?—se preguntaba.—¿Y asegura que predica una nueva religión? Pues todo el mundo conoce esas doctrinas; todo el mundo las ha oído. Los cínicos recomiendan la pobreza y aconsejan que reduzcamos las necesidades; Sócrates encomia la virtud como cosa antigua y buena, y el primer estoico con quien se topa, aunque sea Séneca, que tiene quinientas mesas de limonero, alaba la continencia, encarece la verdad, recomienda la paciencia para sobrellevar los embates de la adversidad, y la entereza en el infortunio; son éstas teorías demasiado añejas y constituyen un manjar que el pueblo no quiere llevarse á la boca porque le sabe á rancio.

Vinicio estaba contrariado y había sufrido un desencanto: acariciaba la esperanza de descubrir misterios y secretos ó de oir, cuando menos, hablar á un retórico de maravillosa elocuencia, y la esperada oración se reducía á las enunciadas doctrinas, expuestas con palabra sencilla y sin frases de relumbrón; por lo mismo, le sorprendía más la atención, el recogimiento con que la muchedumbre escuchaba.

El anciano continuaba dirigiéndoles la palabra y exhortándoles á ser buenos, humildes, justos, pacíficos, puros;

porque así vivirían en paz en la tierra y luego, después de morir, estarían por toda una eternidad en unión de Cristo, gozando de felicidad, gloria y reposo en tal medida, que ni en el mundo hay nada semejante ni la mente humana puede comprenderlo.

El joven tribuno, aunque mal dispuesto su ánimo, no pudo menos de establecer la diferencia que mediaba entre las doctrinas del anciano pescador y las de los cínicos, estoicos y demás filósofos, los cuales aconsejaban el bien y la virtud como cosas razonables, como las únicas verdaderamente prácticas de la vida; mientras que Pedro prometía la inmortalidad. Mas no una inmortalidad exenta de grandezas y plagada de miserias y privaciones, sino rodeada de magnificencia y esplendor y que sólo podía compararse con la vida de los dioses.

Pedro hablaba de la vida eterna como de cosa indudable, y aseguraba que apoyada en la fe alcanzaba la virtud inestimable valor; porque las miserias de la vida hacíanse tolerables y hasta llevaderas; porque sufrir temporalmente, en espera de una felicidad sin fin, no era lo mismo que sufrir porque el padecer está en el orden de la naturaleza.

Decía también el anciano, que debemos amar la virtud y la verdad por lo que son, valen y representan; puesto que Dios, sumo y eterno bien y suprema virtud, ha existido siempre.

—El que ama el bien y la virtud, ama á Dios—añadía,—y amando á Dios llegará á ser hijo predilecto del Supremo Ser.

Poco sacaba en claro Vinicio de todo esto, pero ya había oído á Pomponia Grecina decirle á Petronio que según las creencias de los cristianos, Dios era uno y omnipotente; por eso al escuchar de labios de Pedro la afirmación de que Dios era también infinitamente bueno y justo, no pudo menos de decirse que al lado de aquel Dios, Júpiter, Saturno, Apolo, Juno, Vesta y Venus, no pasaban de la categoría de gentecilla vanidosa y entrometida, puesto que todos pretendían intervenir en los asuntos de los hombres, sin perjuicio de hacerlo cada uno separadamente en su jurisdicción particular. Pero lo que más le sorprendió al joven fué oir al Apóstol afirmar que Dios era todo amor y que el que amaba á sus semejantes cumplía con el supremo precepto de Dios; y que no basta amar á los hombres de nuestra propia nación, sino que era necesario amarlos á todos, porque por todos había derramado su sangre el Hombre-Dios, que aun entre los paganos encontró algún elegido como el centurión Cornelio; y que tampoco bastaba amar solamente á los que nos hicieran bien, puesto que Cristo perdonó á los judíos que le dieron muerte y á los soldados romanos que le crucificaron.

—No es bastante—decía,—perdonar á los que nos ofenden; debemos amarles y volverles bien por mal. Ni debéis contentaros con amar á los buenos; debéis también amar á los malos, pues sólo con el amor lograréis desterrar el mal de sus almas.

Chilón, escuchando estas doctrinas, veía en inminente peligro el plan tramado contra Glauco, pues suponía que por nada del mundo le mataría Urso aquella noche ni nunca; sin embargo, vino á consolarle cierta deducción que sacó en beneficio propio, á saber: que las mismas causas que le impedirían á Urso matar á Glauco, le impedirían á Glauco matarle á él.

Vinicio, entretanto, empezaba á no considerar como vulgaridades las palabras de Pedro; al contrario, decíase con asombro:

—¿Qué Dios es éste, y qué gente la que oye con tanto recogimiento semejante doctrina?

Para él era incompresible lo que oía y parecíale una lamentable confusión de ideas. Decíase que si se inclinara á aceptar aquella doctrina tendría que prescindir de su manera de pensar, de sus costumbres, de su carácter y hasta de su índole; reducir todo esto á la nada y abrir su alma á nueva vida, completamente distinta de la que has-

ta entonces tuviera, trasmutándose él, por ende, en un ser también completamente nuevo. Para el joven era á todas luces insensata toda ciencia ó religión que obligara á los romanos á amar á los partos, á los sirios, á los griegos, á los egipcios, á los galos y á los britanos; y peor que peor, si además mandaba perdonar á los enemigos y volverles bien por mal. Sin embargo, se daba clara cuenta de que, aun siendo locura aquello de perdonar y amar á todos, había en tal locura algo más grande y fuerte que todos los sistemas filosóficos conocidos hasta entonces. Pensaba que tal religión era impracticable por su mismo carácter de locura; pero que precisamente por eso era también divina. Arrojaba del pensamiento y del espíritu las doctrinas que acababa de oir, y, al rechazarlas, le parecía que se apartaba de un perfumado prado de espicanardos, en el que se respiraba embriagador aroma de incienso; pues es sabido que cuando se ha aspirado el perfume de aquella planta, viviendo en el ambiente que ella embalsama, todo se olvida y sólo se desea continuar viviendo allí, como los lotófagos olvidaban la propia patria y cobraban acendrado afecto al suelo que producía el loto con que se alimentaban. Vinicio empezaba á presentir la existencia de nuevos, dilatados y más amplios horizontes que nunca sospechó, sintiendo á la vez que la intuición de la inmensidad el torcedor de la incertidumbre. La reunión de que formaba parte le parecía un conventículo de locos congregados en un lugar misterioso, en el cual, como si fuera formándose en una cuna mística, iba á salir á luz algo misterioso también y espantable, que conmovería el mundo. Repasaba el tribuno de memoria lo que el Apóstol había dicho acerca de la vida, de la verdad, del amor y de Dios, y tales ideas, al tornar á su mente, le deslumbraban con sus fulgores, como deslumbra y ciega la coruscante luz de los relámpagos alternando con la negrura del horizonte.

Como suele acontecerles á las personas que han concentrado la vida en una sola pasión, unía con su amor, por medio de los invisibles hilos del pensamiento todo lo que veía y oía; y á la vívida luz de esos destellos veía claramente que si Ligia estaba presente, si profesaba aquella religión, sería vana quimera pensar en que pudiera ni quisiera ser su amante. Por vez primera comprendía entonces esto, y por vez primera también se daba cuenta de que, aunque la tuviera á su lado, la doncella nunca sería toda suya. Y este pensamiento despertó en su espíritu la alarma, que creciendo poco á poco acabó por convertirse en tempestad de ira desencadenada contra los cristianos en general y contra el Apóstol en particular. El viejo pescador que á primera vista le pareció sencillo aldeano, ahora le infundía miedo, porque le suponía dotado de oculto poder y creía que iba á decidir su suerte sin apelación y quizá de un modo trágico.

Los canteros echaron más combustible al fuego, el viento cesó de silbar entre los pinos y la llama se levantó oscilante, dirigiendo las puntas de sus ígneas lenguas hacia las estrellas que brillaban en el diáfano cielo.

El anciano hablaba de Cristo; los oyentes contenían el aliento, para no perder sílaba, y el silencio era tan profundo que casi se percibía el palpitar anhelante de los corazones.

Narraba el Apóstol los hechos de que fué testigo, y los exponía con la sencillez y el colorido de quien conserva grabado de manera indeleble el recuerdo de cada episodio, de cada momento, hasta de cada parpadeo, y que con sólo cerrar los ojos y reconcentrar el pensamiento los ve tomar en su cerebro nueva vida, como si ante su vista se repitieran los cuadros que presenciara.

Contaba que él y Juan, al volver del Calvario, estuvieron en el cenáculo dos días y dos noches sin tomar alimento, ni dormir, abrumados por el dolor, con la cara entre las manos y sin querer creer en la muerte de Cristo. Cuando amaneció el día tercero, ambos permanecían en el cenáculo, sentados, entregados al dolor, sin consuelo ni espo-

ranza. Después de tan prolongada vigilia, el sueño les martirizaba mucho; no habían dormido desde la noche anterior á la Pasión. Al ver la luz del nuevo día se pusieron en pie y tornaron á lamentarse de su orfandad, del terrible abandono en que se hallaban. Mas apenas salió el sol, llegó María de Magdala, jadeante y con el cabello suelto, y exclamó:

—¡Nos han robado al Maestro!

Juan y él echaron á correr, al escuchar la noticia, y fueron al sepulcro.

Llegó primero Juan, que era más joven: miró al interior, y, viéndolo vacío, no se atrevió á entrar. Cuando se reunieron los tres, entró él, Pedro, y sólo halló en el sepulcro un lienzo y un sudario; pero del cuerpo de Cristo ni señales quedaban. Creyendo que los sacerdotes se habían llevado el cadáver, se apoderó de los apóstoles el temor, y ambos regresaron poseídos de la más grande amargura. Otros discípulos del Divino Maestro se juntaron con ellos después, y todos oraron, ya reunidos, ya separadamente, para que el Señor de los Ejércitos les escuchara benévolamente. Sentían punzante angustia, porque hasta entonces habían confiado en que el Divino Maestro redimiría á Israel, y ya era el tercer día después de su muerte. No comprendían por qué el Padre abandonaba al Hijo, y ya no tenían ni ánimos para ver la luz del día. Tan tremendo era el peso que oprimía sus almas, que querían morir.

Todavía, evocando el anciano al través del tiempo el recuerdo de aquellas terribles escenas, el dolor le arrancó dos gruesas lágrimas que brillaron como diamantes á la luz de la hoguera y resbalaron por sus mejillas, yendo á perderse entre la plateada barba. Temblábale al Apóstol la calva y venerable cabeza, y de su angustiado pecho salían entrecortados los dolientes acentos de su voz.

—Ese hombre está diciendo la verdad—pensaba Vinicio,—y llora porque siente.

Los demás oyentes derramaban lágrimas y se daban golpes de pecho. Más de una vez habían oído hablar de la Pasión de Cristo, y sabían que al dolor le había sucedido el júbilo de la resurrección; pero, al escuchar el relato del Apóstol que fué testigo presencial de los hechos que narraba, se retorcían las manos con angustia y sollozaban; sin embargo, el deseo de continuar escuchando impuso nuevo silencio.

El anciano cerró los ojos para reconcentrar el pensamiento y evocar aquellos lejanos días, y prosiguió diciendo:

—Todos se lamentaban y elevaban plegarias, cuando María de Magdala entró por segunda vez, contando que había visto al Señor y que al pronto no le reconoció: pero que El la había llamado *¡María!* y que entonces ella se había postrado de rodillas, exclamando: *¡Rabboni!* (¡Maestro!) El entonces mandó que fuera á reunirse con sus discípulos, y desapareció.

Mas los discípulos no creyeron lo que María les decía, y viéndola llorar de gozo, unos la reconvinieron y otros supusieron que el dolor la había trastornado, pues aseguraba también que había visto ángeles en el sepulcro. Los discípulos fueron por segunda vez al sepulcro, y entonces, como antes, lo encontraron vacío.

Por la noche se presentó Cleofás, que venía de Emmaus con otra mujer, y dijo:

—¡El Señor ha resucitado!

Y los discípulos discutieron estas palabras á puerta cerrada, por miedo á los judíos.

Entonces Jesús apareció entre ellos, sin que se hubiera oído abrir las puertas.

Y cuando ellos demostraron temor, El les dijo:

—*¡Que la paz sea con vosotros!*

* * *

«Yo le vi y le vieron todos.

»El era diáfano, porque era la luz, la felicidad para nuestros corazones.

»Era la felicidad, porque ya creíamos

que se había levantado de entre los muertos.

»Y creíamos en que se secarían los mares, y en que las montañas caerían hechas polvo; pero que su gloria no perecería jamás.

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

»Ocho días después, Tomás Dídimo tocó con sus propios dedos las llagas del Señor; y cayó de rodillas á sus pies, exclamando:

»—¡Mi Dios y mi Señor!

»Y El le contestó:

»—*Has necesitado ver para creer. ¡Bienaventurados los que sin ver creyeron!*

»Y todos oímos estas palabras, y nuestros ojos le vieron; porque estaba entre nosotros.»

Vinicio escuchaba estupefacto y comenzaba á perder la noción de la realidad: no podía dar crédito á lo que oía, y, sin embargo, necesario era estar ciego, renunciar al testimonio de la propia razón, para admitir que mintiera aquel anciano, que con profunda fe repetía: «¡yo lo he visto!» En sus ademanes, en su llanto, en su aspecto y en los detalles de los acontecimientos que narraba, había algo que proclamaba la veracidad de sus palabras; algo que desvanecía hasta la sombra de una sospecha.

A Vinicio, que no apartaba de él los ojos, le parecía que soñaba; pero la realidad estaba allí: ante su vista se apiñaba la silenciosa multitud, el tufo que despedían las linternas hería su olfato, y cerca, encima del sillar, levantábase la figura del anciano, el cual repetía:

—Yo lo he visto.

Pedro habló larga y detalladamente de los demás episodios, hasta la ascensión al Cielo, y de vez en cuando hacía breve pausa para descansar un poco. En su relato, que era muy circunstanciado, se advertía que los más leves detalles habíanse fijado en su memoria indelebles, como grabados á buril en la piedra.

El auditorio le escuchaba extático, y casi todos se habían echado hacia atrás la capucha para no perder ni una de aquellas palabras que para todos tenían inestimable valor; les parecía que un poder sobrehumano les había transportado á Galilea, que se pascaban por aquellas arboledas en compañía de los discípulos de Cristo, y que con ellos también surcaban aquellas aguas; que el cementerio se había transformado en el lago de Tiberiades, en cuyas orillas aquéllos aguardaban al Divino Maestro. Veían á Cristo en pie, como le viera Juan desde la barca, cuando dijo: «Es el Señor», y Pedro se echó á nadar para llegar más pronto á postrarse á sus pies.

En todos y en cada uno de los rostros que rodeaban á Pedro se pintaba el arrobamiento y la expresión de un amor infinito; era indudable que durante la narración que aquél hacía, algunos llegaron á ver visiones ultraterrenas. Y al relatar cómo y cuándo en la Ascensión se cerraron las nubes á los pies del Salvador, cubriéndole y ocultándole á la vista de los Apóstoles, todos, instintivamente, elevaron la mirada al cielo, como si esperaran ver aparecer al Señor que descendía de las celestes regiones para ser testigo de cómo apacentaba el anciano Apóstol las ovejas que El había confiado á su cuidado, y para bendecir al rebaño y al pastor. En aquel punto, para la multitud cristiana no existían Roma ni el César, ni templos ni dioses paganos; sólo existía Cristo, el Divino Maestro que llenaba con su grandeza la tierra, los mares, los cielos y el orbe entero.

Acá y allá, en las casas esparcidas á lo largo de la Vía Nomentana, comenzaron á cantar los gallos, anunciando la media noche.

Chilón le tiró del manto á Vinicio para llamarle la atención y le dijo al oído:

—Señor, allí, cerca del Apóstol, veo á Urbano; á su lado está una joven.

El tribuno se estremeció como si despertara de un sueño; miró en la dirección que el griego le indicaba y vió á Ligia.

## XXI

Al verla, toda la sangre del joven patricio afluyó á su corazón, se olvidó del lugar en donde estaba, de las incomprensibles cosas que había oído, del anciano Apóstol que las pronunciara y de todo, para no pensar más que en Ligia. Después de tanto luchar, de tropezar con tantos obstáculos, de tantos días de amargura y sufrimientos, la veía allí, á corta distancia, y casi no daba crédito á sus ojos. Aunque creía que la Fortuna tenía el deber de complacerle en todo, se resistía á creer en la felicidad presente. Sin la extraña impresión de incredulidad y de estupor que le embargaba, quizá el impetuoso y apasionado joven habría dado algún paso imprudente para persuadirse de que no soñaba ni era víctima de una alucinación por consecuencia de los prodigios que perturbaban su cerebro; sin embargo, no era posible dudar: Ligia estaba allí, una distancia de pocos pasos la separaba de él, la luz la iluminaba de lleno y el mancebo podía deleitarse contemplándola á su gusto.

La doncella tenía la cabeza descubierta, desordenado el cabello, entreabiertos los labios, y miraba al Apóstol pendiente de sus palabras, escuchándolas como en éxtasis. Iba cubierta con obscuro manto de lana, como las mujeres del pueblo, y á pesar de la perturbación de ideas y de sentimientos que experimentaba Vinicio, se sintió dominado por la nobleza y la distinción de la admirable cabeza de patricia de la joven, que ofrecía violento contraste con el traje que ésta vestía, más propio de una esclava que de una dama.

El tribuno sintió que su amor le envolvía, como inmensa y abrasadora llama, mezclado con un profundo sentimiento de simpatía y de admiración.

Al lado de su servidor, del gigantesco Urso, Ligia parecía más pequeña, casi una niña; advirtió el joven que aquélla había adelgazado, que su cutis tenía extraordinaria transparencia, y, en conjunto, le pareció un ser espiritual ó una flor. Mas el fruto de tales observaciones fué estimular su anhelo de poseer á aquella mujer tan diferente de las que hasta entonces conociera en Asia ó en Roma. Por ella hubiera dado todas las mujeres de la ciudad y el mundo entero por añadidura.

Dios sabe hasta cuándo hubiera durado su contemplación si Chilón no le diera otro tirón del manto para llamarle al orden, temeroso de que hiciera algo que pudiera denunciar su presencia en aquel lugar.

Los cristianos empezaron de nuevo á cantar y á rezar; luego entonaron un himno, y después bautizó el Apóstol con agua de la fuente á todos los catecúmenos que los presbíteros le presentaron preparados para recibir el Sacramento del Bautismo.

El patricio, impaciente, creía que la ceremonia no se acababa nunca; y anhelaba verla terminada, para acercarse á Ligia por el camino, al regresar, y apoderarse de ella.

Por fin, empezaron á salir del cementerio algunos cristianos, y Chilón le dijo al joven al oído:

—Señor, vámonos hacia la puerta; no nos hemos quitado la capucha, y esta circunstancia les ha llamado la atención á algunos que nos observan.

El prudente griego estaba en lo cierto: mientras hablaba el Apóstol, todos habían ido descubriéndose la cabeza para oir mejor, y Vinicio y él se mantenían con la capucha calada.

El tribuno aprobó el consejo de su acompañante y se colocó junto á la puerta; desde allí podía ver á los que salieran y le era más fácil reconocer á Urso por sus formas y su estatura.

—Les seguiremos — dijo Chilón,— averiguaremos á dónde van, y mañana, ó mejor dicho, hoy, podrás rodear la casa con tus esclavos y llevarte á la doncella.

—¡No!—replicó Vinicio.

—Entonces, ¿qué piensas hacer?

—Seguirla hasta su casa y llevármela si Crotón quiere dar el golpe.

—Dispuesto estoy—contestó el atleta ;—y me comprometo á entregarme á ti como esclavo si no le rompo el espinazo al bisonte que la acompaña.

Chilón se apresuró á disuadirles de su intento y á suplicarles por todos los dioses que no hicieran semejante cosa, diciéndoles que Crotón les había acompañado únicamente para defenderles de un ataque, en caso de necesidad, mas no para arrebatar á la joven ; que acometer la empresa del rapto, los dos solos, era exponerse locamente á la muerte ; que convenía prever la contingencia de que la doncella se les escapara de entre las manos y fuera á ocultarse en otro sitio, quizá fuera de Roma.

—¿Qué haremos, si tal sucede?—preguntaba para reforzar sus argumentaciones.—¿No vale más ir sobre seguro? ¿Por qué hemos de exponernos á morir y á que fracase la empresa?

Aunque Vinicio tuvo que apelar á toda su fuerza de voluntad para no atropellar por todo llevándose á Ligia en el acto, comprendió que el griego tenía razón, y quizá hubiera cedido á sus consejos sin la insistencia de Crotón, que, deseoso de ganar cuanto antes la recompensa convenida, exclamó arrogante :

—Señor, dile á ese viejo macho cabrío que se calle ó permíteme que le dé un puñetazo en la cabeza. En cierta ocasión me llevó á Bugento Lucio Saturno, á unos juegos. Estando en una hostería, me acometieron siete gladiadores borrachos, y puedo asegurarte que ni uno solo se llevó sanas las costillas. No te digo que arrebates á la muchacha ahora mismo de entre la muchedumbre porque podrían apedrearnos ; pero cuando esté en su casa me apoderaré de ella y la llevaré adonde me indiques.

—¡Así lo haremos ; por Hércules !—exclamó Vinicio sonriente y gozoso.—Sería fácil que mañana no la encontráramos en su casa, porque si los sorprendemos seguramente la trasladarán á otra parte.

—¡Cuidado que el ligio me parece extraordinariamente forzudo !—gimió Chilón.

—No eres tú el que has de habértelas con él, sino yo—replicó el atleta.

Largo rato aguardaron todavía, pues cantaban ya los gallos porque se acercaba la aurora, cuando vieron salir á Urso y á Ligia acompañados por muchas personas.

Entre éstas creyó reconocer el griego al Gran Apóstol, con el cual iba otro anciano más bajo de estatura, dos mujeres de edad y un muchacho que llevaba una linterna. Detrás venía un grupo de unas doscientas personas, y con él se incorporaron Vinicio, Chilón y Crotón.

—Bien guardada va la doncella, señor—dijo el griego.—La acompaña el Gran Apóstol. Mira cómo se arrodillan los que pasan cerca de él.

La observación del griego era exacta ; pero Vinicio no veía nada porque no apartaba los ojos de Ligia ni un solo instante, ni pensaba más que en apoderarse de ella. Y como en la guerra había aprendido el arte de preparar estratagemas, aplicaba la actividad de su inteligencia á combinar con precisión militar el plan para realizar el proyectado rapto. No se le ocultaba que era por demás atrevido el paso que intentaba ; pero sabía también que los ataques audaces suelen ser lo que mejores triunfos proporcionan.

Largo era el camino, y mientras lo recorría se detuvo más de una vez á pensar cuán grande era el abismo que la maravillosa religión cristiana abría entre él y Ligia. Ahora se explicaba claramente todo lo que hasta entonces le había acontecido y se daba razón circunstanciada de la causa : antes no conocía de verdad á Ligia, pues sólo había visto en ella á la joven de hermosura sin par, que no podía compararse con ninguna ; á la doncella hacia la cual le impulsaban febriles anhelos. Ahora sabía que la religión de esa doncella establecía una diferencia notable

entre esta joven y las demás; sabía que para ella eran vana ilusión, cosa deleznable, la opulencia, el fausto, el esplendor y el bienestar que él supuso que podían deslumbrarla. Y comprendía, por último, lo que ni él ni Petronio pudieron comprender antes, á saber: que la nueva religión infiltraba en el alma algo que era completamente desconocido en la sociedad en que él vivía; y que Ligia, aunque le amase, no sacrificaría en aras de su amor ninguna de las verdades cristianas que le habían inculcado; pues si para ella existían la felicidad y el placer, este placer y esta felicidad eran completamente distintos de como los entendían Petronio y él y con ellos la corte del César y Roma toda. De cualquiera de las mujeres que conocía podía hacer una amante; de la joven cristiana sólo conseguiría hacer una víctima.

Estas ideas provocaban su cólera al pronto; mas luego le causaban pena, porque comprendía que la cólera era simplemente la expresión de su impotencia.

Apoderarse de Ligia le parecía fácil empresa, y estaba casi convencido de que la realizaría; pero convencido estaba también de que ante la religión de la joven no significaba nada su intrepidez, su poder era nulo, y nunca lograría lo que tanto ambicionaba.

Y he aquí cómo el tribuno militar de Roma se encontraba por primera vez en su vida con que por encima de su poder había otro, incontrastable, y se preguntaba con asombro en qué consistía esa potestad superior; mas no lograba darse respuesta satisfactoria.

Buscando esta respuesta, acudían á su mente las escenas del cementerio, veía á la muchedumbre agrupada con recogimiento, á Ligia pendiente de los labios del anciano y escuchando con toda su alma la narración de la Pasión y Muerte y de la Resurrección del Hombre-Dios, redentor del mundo y mensajero de la eterna felicidad; de la felicidad inefable que aguardaba á los creyentes al otro lado de la laguna Estigia. Revolviendo todo esto en su imaginación, su cabeza era un caos.

De este caos vino á sacarle Chilón, lamentándose de su mala suerte. Había ofrecido descubrir el paradero de Ligia, decía; la había buscado con evidente riesgo de su vida y acababa de indicar el punto donde se hallaba. ¿Qué más podían pedirle? El no se había comprometido á apoderarse de la doncella. ¿Ni quién cometería la locura de exigirle semejante cosa á un hombre mutilado, á un pobre viejo que pasaba la vida entregado á la meditación, á la virtud y á la ciencia? Además, agregaba para reforzar los argumentos, ¿qué acontecería si á un caballero tan encumbrado como Vinicio le sucediese un contratiempo al llevarse á la muchacha? Era indudable que los dioses debían velar por la seguridad de sus elegidos; pero muchísimas veces han ocurrido accidentes desgraciados, como si en tales ocasiones hubieran estado los dioses descuidados ó entretenidos en algo que les impidiera vigilar con ojo avizor lo que en el mundo acaecía. La Fortuna es ciega, como todos sabemos, y claro es que no puede ver bien ni á la luz del día; ¿cómo podría ver de noche? ¿No podía acontecer algo grave? Por ejemplo: que el oso ligio le aplastara la cabeza al noble Vinicio con una muela de molino; que le tirara un barril de vino, ó de agua, que sería muchísimo peor. ¿Y quién, entonces, le aseguraba que en vez de recompensarle no le imputarían á él, al infeliz Chilón lo sucedido? ¡Ah! El noble Vinicio le atraía, como Alejandro de Macedonia atraía á Aristóteles. Y si el magnífico patricio quisiera darle la bolsa que se había colgado del cinturón antes de salir de casa, le facilitaría, al menos, recursos para pedir auxilio si la necesidad lo exigía ó *argumentos persuasivos* con que influir en el ánimo de los cristianos. ¡Ah! ¿Por qué el noble joven cerraba los oídos á los consejos de un anciano, frutos de la experiencia y de la sabiduría?

Vinicio que oía impaciente esta pe-

rorata, sacó la bolsa, se la tiró al griego y le dijo:

—¡Tómala y calla!

Sopesóla Chilón, vió que estaba repleta y cobró ánimos.

—He aquí toda mi esperanza—dijo. —Hazañas más difíciles llevaron á cabo Hércules y Teseo. ¿Y qué es Crotón, mi íntimo y distinguido amigo, más que un Hércules? A ti, noble señor, no he de calificarte de semidiós, porque todo un dios eres, y abrigo la certeza de que en lo venidero no olvidarás á este pobre y fiel siervo tuyo ni tengo la menor duda de que proveerás á sus necesidades de cuando en cuando; pues él, al engolfarse en sus libros, se abstrae del mundo y no piensa en otra cosa. Unos estadios de tierra cultivada y una casita con pórtico, aunque sea pequeñito, para tomar el fresco en el verano, sería regalo digno de tu munificencia. Entretanto, admiraré de lejos tus proezas y heroicidades, invocaré á Jove para que te sea propicio, y, siempre que te convenga, me tendrás dispuesto á levantar un clamoreo que ponga á media Roma en pie para acudir á ayudarte. ¡Qué camino tan áspero y quebrado! Se ha acabado el aceite de la linterna y ya no veo dónde pongo los pies. Si Crotón, que es tan noble como forzudo, me llevara en brazos hasta la puerta, le serviría de ensayo para apreciar si podría conducir de igual manera y con la misma facilidad á la doncella. Además, realizaría una acción semejante á la de Eneas, logrando propiciar á los dioses, los cuales le ayudarían tan decididamente, que yo no abrigaría el menor recelo en cuanto al resultado de la empresa.

—Antes que á ti llevaría en brazos á un carnero que hubiera muerto de sarna el mes pasado—replicó el gladiador;—pero si me das la bolsa que el noble tribuno te regaló poco ha te llebaré hasta la puerta.

—¡Córtente primero el dedo gordo del pie!—exclamó Chilón.—¿De qué te ha servido oir las doctrinas que predicaba el dignísimo anciano que hemos escuchado, encomiando la pobreza y la caridad como virtudes cardinales? ¿No te mandó terminantemente que me amaras? Veo con pena que nunca lograré convertirte ni en mediocre cristiano; más hacedero sería para el sol atravesar con sus rayos los espesos muros de la cárcel Mamertina, que á la Verdad penetrar al través de tu cráneo de hipopótamo.

—No te aflijas por eso—dijo Crotón, que si poseía una fuerza brutal, carecía en cambio de sentimientos humanos. —Nunca seré cristiano. ¡No quiero perder mi pan!

—Si supieras siquiera los rudimentos de la filosofía, no ignoraríais que el oro es pura vanidad.

—¡Déjame en paz con tus filosofías! ¡Si te doy un cabezazo en el estómago veremos quién gana!

—Lo mismo pudo haberle dicho á Aristóteles un buey.

Los primeros albores de la mañana empezaban á desvanecer las sombras de la noche y á su blanquecina luz se destacaban ya las líneas de las murallas. Los árboles que se alineaban á lo largo del camino, los edificios y las tumbas esparcidas acá y allá iban ya dibujando sus formas vagamente, y comenzaban á pasar viandantes. Los vendedores de hortalizas avanzaban ya hacia las puertas, conduciendo burros y mulas cargados de verduras, y en la misma dirección adelantaba crujiendo alguna carreta de las que llevaban aves al mercado. Ligera niebla, nuncio de buen tiempo, cubría el camino como blanquecina gasa; vistos al través de ella, los caminantes parecían fantásticas apariciones.

Vinicio devoraba con los ojos á Ligia, cuya delicado cuerpo aparecía como envuelto en argentino nimbo á medida que aumentaba la luz.

—Señor—dijo Chilón,—creo que lo ofendería si me permitiera calcular hasta dónde pueden llegar tus bondades; por lo tanto, ahora que me has pagado, no sospecharás que me inspira el afán de lucro y puedo aconsejarte que vayas á tu casa por esclavos y por una litera, tan pronto como sepas con

certeza dónde vive Ligia. No hagas caso de ese trompa de elefante de Crotón, que se obstina en cargar ahora mismo con la doncella, con el único objeto de procurarse pretexto para estrujar tu bolsillo como bolsa de requesón.

—Voy á darte un puñetazo entre los hombros y excuso decirte lo que te va á suceder—exclamó el atleta.

—Y yo voy á darte un barril de vino de Cefalonia—replicó el griego,—y excuso decirte que seremos amigos.

Vinicio guardaba silencio, porque á la sazón llegaban á la puerta y una escena extraordinaria atraía su atención: dos soldados se habían arrodillado al pasar el Apóstol, y éste, colocando la mano sobre sus férreos yelmos, les bendecía.

Nunca hasta entonces se le había ocurrido al tribuno pensar que pudiera haber cristianos en el ejército; pero, al presenciar la escena apuntada, comprendió con sorpresa que lo mismo que en una ciudad incendiada va el fuego propagándose de edificio en edificio, la nueva doctrina iba ganando de día en día mayor número de prosélitos é invadiendo todas las clases sociales. Asimismo comprendía que si Ligia hubiera querido huir de la ciudad, no le habrían faltado guardianes dispuestos á proteger su fuga. Y dió gracias á los dioses porque así no había ocurrido.

Después de atravesar por varios lugares escabrosos y cerca ya de las murallas, se diseminaron los cristianos, imponiendo con su desbandada la necesidad de seguir á Ligia de lejos y con precauciones para no llamar la atención.

Chilón creyó oportuno empezar á lamentarse de sus heridas y de dolores en las piernas, para justificar el quedarse rezagado; Vinicio nada le dijo, porque consideraba innecesaria ya la presencia del inútil y cobarde griego, y hasta le hubiera permitido irse si Chilón lo pretendiera; mas al parecer, motivos de circunspección le impedían al digno sabio separarse del todo de sus compañeros de expedición. La curiosidad debía de ser uno de estos motivos, puesto que seguía en pos de ellos y á veces se acercaba á Vinicio para repetirle alguna de las indicaciones que antes le había hecho. También suponía, no sin temor, que el anciano que acompañaba al Apóstol podía ser Glauco; pero se inclinaba á desechar tan inquietadora idea, porque le parecía que aquél era más bajo de estatura que su enemigo.

Largo rato anduvieron antes de llegar al Trastíber, y próximo estaba ya á brillar el sol en el horizonte, cuando se disolvió el grupo que rodeaba á Ligia. El Apóstol, acompañado por una anciana y un muchacho, siguió río arriba; el anciano que con él había venido del cementerio, Urso y Ligia, penetraron en una calle estrecha, avanzaron como unos cien metros y se metieron en una casa, en la que había dos tiendas: en una vendían aceitunas y en la otra aves de corral.

Chilón que venía cincuenta ó sesenta pasos detrás de Vinicio y de Crotón, se paró en firme, como si los pies se le hubieran clavado en el suelo; luego se arrimó á la pared y llamó á aquéllos con un silbido, haciéndoles señas para que se acercaran.

Acudieron Vinicio y el atleta, y el primero le dijo al griego:

—Da la vuelta y observa si esa casa tiene puertas que den á la otra calle.

Chilón, aunque había dicho que tenía lastimados los pies, echó á correr como si le hubieran nacido en los tobillos las alas de Mercurio, y regresó rápidamente, diciendo:

—Señor, la casa no tiene más que una puerta.

Y repuso, juntando las manos con ademán suplicante:

—Desiste de tu intento, señor; te lo suplico por Júpiter, por Apolo, por Vesta, por Cibeles, por Isis, por Osiris, por Mitra, por Baal y por todos los dioses de Oriente y de Occidente. Escucha...

Las palabras expiraron en sus labios porque vió que Vinicio se ponía pálido de cólera y que sus ojos brillaban como

los de un lobo; el aspecto del joven indicaba claramente que nada en el mundo le haría abandonar la empresa comenzada.

Crotón empezó á respirar con fuerza y á mover la ruda y deprimida cabeza de un lado á otro, con movimiento semejante al del oso enjaulado; pero en su rostro no se manifestó el menor síntoma de temor.

—Iré delante—dijo.

—No—exclamó Vinicio en tono que no admitía réplica, — tú irás detrás de mí.

Y uniendo la acción á la palabra, ambos penetraron por la obscura puerta de la casa.

Chilón se situó en la esquina de la calle más cercana, para vigilar, en espera de los acontecimientos.

## XXII

Vinicio no se dió cuenta de las dificultades que la empresa ofrecía, hasta que se vió dentro del edificio.

Este era espacioso, compuesto de varios pisos, y su construcción, como muchas de la época, la más adecuada para producir la mayor renta posible. Tan á la ligera estaban hechas tales casas, que á menudo se hundían, sepultando á los inquilinos entre los escombros. Aquellos edificios eran verdaderas colmenas, altos y angostos, y en sus menguadas habitaciones se amontonaba la gente pobre.

Muchas calles de Roma, en aquel entonces, carecían de nombre y lo propio les ocurría á no pocas casas por lo que toca á los números; esclavos comisionados por los propietarios estaban encargados de cobrar los alquileres, y como ninguna ley les obligaba á consignar los nombres de los inquilinos, con frecuencia solían ignorarlos. Así, pues, buscar á una persona en semejantes casas, sobre todo, cuando sólo se podía dar el nombre, era empreso problemática, singularmente si la casa no tenía portero.

Vinicio y Crotón se encontraron en un agosto recinto, especie de *atrium*, cerrado por cuatro paredes y con una fuente en medio, cuyo surtidor caía en un pilón de piedra. Acá y allá arrancaban escaleras de piedra y de madera que daban paso á las galerías en donde estaban las puertas de las habitaciones. En el piso bajo había también cuartos, con puertas de madera unos y otros con biombos de lienzo, que de puertas hacían las veces; la mayor parte de estos biombos ó mamparas estaban agujereados y remendados.

Era muy temprano y aún no se veía á nadie en el patio, probablemente, porque los vecinos, excepto los que acababan de regresar del *Ostrianum*, estarían entregados al reposo.

Crotón se detuvo y preguntó á Vinicio:

—¿Qué hacemos, señor?

—Aguardar—contestó el joven.—Puede venir alguien y no conviene que nos vean en el patio.

Entonces se dió cuenta de que el medio indicado por Chilón era acertado y prudente, pues con un puñado de esclavos á sus órdenes, en aquel momento, le hubiera sido fácil guardar la puerta, que era, al parecer, la única salida, y registrar las habitaciones hasta encontrar á Ligia. Obrando de otro modo, los cristianos, que seguramente serían numerosos, podrían dar la voz de alarma. Por lo mismo, era peligroso pedir informes á los vecinos de la casa, y Vinicio se preguntó si no sería juicioso enviar á alguien en busca de sus esclavos.

En el instante en que pensaba esto, salió de detrás del biombo que cubría la entrada de una de las más lejanas habitaciones un hombre, con un cedazo en la mano, y se acercó á la fuente.

Vinicio reconoció al punto á Urso; que él era el hombre del cedazo, y dijo á Crotón en voz baja:

—Es el ligio.

—¿Quieres que le rompa los huesos? —preguntó á su vez el atleta.

—Aguarda.

Urso no paró mientes en los dos hom-

bres, casi invisibles en la penumbra, y se puso tranquilamente á sumergir en el agua unas legumbres que llevaba en el cedazo. Al cabo de un ratito, cuando acabó de lavar las legumbres, volvió por el mismo camino y desapareció detrás del biombo.

El tribuno y Crotón le siguieron, creyendo que iría á las habitaciones de Ligia; pero vieron con sorpresa que el biombo no cubría la entrada de un aposento, sino la de otro recinto, en cuyo extremo había un jardinito con algunos cipreses y mirtos. En el fondo aparecía una casita adosada á un muro sin ventanas, perteneciente á otro edificio de piedra contiguo.

Los dos hombres comprendieron que esta circunstancia favorecía sus designios, porque todos los vecinos podían acudir al patio, pero no tan fácilmente á la casita, cuyo aislamiento era, en cierto modo, una garantía. En tales condiciones ofrecía menos peligro deshacerse de cualesquiera defensores, ó más propiamente de Urso, y salir inmediatamente á la calle, llevándose á Ligia. Y ya en la calle, podrían defenderse mejor.

No parecía probable que nadie les atacara; pero si llegaba el caso dirían que llevaban una mujer que estaba en rehenes y que se había fugado de la casa del César. Vinicio apoyaría esta declaración, dándose á conocer á los guardias y hasta pidiéndoles ayuda.

Cerca ya de la casita, oyó Urso el ruido de los pasos de Crotón y el patricio, se detuvo, volvió la cabeza, y, al ver que dos personas se acercaban, puso el cedazo en la balaustrada, y preguntó:

—¿Qué buscáis aquí?

—A ti—contestó el tribuno.

Y agregó, dirigiéndose á Crotón, en voz baja, y con acento breve é imperioso:

—¡Mátale!

Crotón se abalanzó á Urso con un salto de tigre, y antes de que el ligio se diera cuenta de lo que ocurría ni reconociera á sus enemigos, el atleta le aprisionó entre sus brazos de acero.

Vinicio, que confiaba ciegamente en la formidable fuerza de Crotón, no creyó necesario aguardar el desenlace de la lucha; de un salto ganó la puerta de la casita, la abrió de un empujón y se encontró en un aposento débilmente alumbrado por el fuego que ardía en la chimenea, cuya claridad iluminaba de lleno á Ligia. Al lado de ésta y del fuego, veíase al anciano que había acompañado á la joven y á Urso desde el *Ostrianum*.

Tan brusca y repentina fué la entrada del joven, que éste pudo coger á Ligia en brazos y huir con ella antes de que la doncella le hubiera reconocido; pero el anciano trató de detenerle, y Vinicio, sujetando á Ligia con un brazo, tuvo que apartarle á un lado con el otro. Al efectuar este movimiento, se le cayó hacia atrás la capucha, y el aspecto de aquel rostro conocido, en el que se pintaba una expresión terrible, le heló á Ligia la sangre en las venas y le ahogó la voz en la garganta.

La infeliz quiso pedir socorro y le faltó el aliento; intentó agarrarse á la puerta y resistir, y sus dedos resbalaron en la piedra. La desventurada se habría desmayado si el terrible cuadro que se ofreció á sus ojos, cuando en brazos de Vinicio llegó al jardín, no la hubiera hecho experimentar otra tremenda sacudida: Urso tenía entre las manos á Crotón completamente doblado hacia atrás, con la cabeza balanceándose como una borla y la boca ensangrentada.

Al ver á Ligia en brazos del patricio, descargó el ligio otro puñetazo á Crotón, y, en menos que se dice, se abalanzó á Vinicio como una fiera.

—¡Voy á morir!—se dijo el joven.

Mas como en un sueño, llegó á su oído la voz de Ligia, que le decía al gigante:

—¡No matarás!

Luego, le pareció que un rayo le anonadaba; abrió los brazos; dejó caer á Ligia, creyó que la tierra daba vueltas, y se apagó la luz de sus ojos...

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Oculto detrás de una esquina próxima, aguardaba Chilón el desarrollo de los acontecimientos, luchando entre la curiosidad y el miedo. Pensaba que si la empresa terminaba satisfactoriamente, Vinicio le trataría muy bien en su casa. Ya no le temía á Urbano, porque estaba convencido de que Crotón le mataría. Tan pronto como viera grupos en las calles, á la sazón desiertas, es decir, cuando barruntara que los cristianos ó quienesquiera se apercibían á la defensa, él les dirigiría la palabra como representante de la autoridad, como uno de los ejecutores de la voluntad del César, y si las circunstancias lo exigían reclamaría el auxilio de los guardias para apoyar al joven patricio contra la sediciosa plebe, conquistando así á los ojos de Vinicio méritos adicionales.

A pesar de estos halagüeños pensamientos, el griego no modificaba su opinión acerca del plan del patricio, que le parecía imprudente; pero, teniendo en cuenta las formidables fuerzas del atleta, creía posible el triunfo y confiaba en que si el asunto tomaba mal cariz, Vinicio cargaría con la joven y Crotón le abriría paso al través de los grupos.

Entretanto, la espera se le hacía pesada y sospechoso el silencio que reinaba en la casa.

—Si no dan con los fugitivos—se decía,—y promueven un alboroto, se va á asustar la doncella.

Pero esta consideración no le hacía mella, porque comprendía que si surgía algún contratiempo volvería el joven á necesitar de sus servicios y, por lo tanto, él aprovecharía la oportunidad para sacarle nuevas y repletas bolsas de sestercios.

—Hagan lo que hagan—pensaba,—el caso es que trabajan para mí sin sospecharlo. ¡Oh, dioses! Permitidme...

Chilón se interrumpió bruscamente, porque le pareció que alguien asomaba la cabeza por la puerta.

El griego no se engañaba: una cabeza había aparecido, lanzando una mirada en torno y desapareciendo al punto.

—Deben de ser Vinicio ó Crotón—se dijo.—Pero si ya ha cogido á la muchacha, ¿por qué no me llama y por qué mira hacia la calle? De todos modos, ya no hay miedo de evitar que encuentren gente por el camino, pues antes de que lleguen á las Carinas empezarán á animarse las calles. Pero ¿qué ocurre? ¡Por los dioses!

Al griego se le erizaron los escasos y ásperos cabellos: Urso había salido de la casa, con el cuerpo de Crotón á cuestas, y, después de echar una ojeada en derredor, se dirigía apresuradamente hacia el río.

Chilón se incrustó, por decirlo así, en la puerta, para que el coloso no le viera, y murmuró:

—¡Si me ve, estoy perdido!

Pero Urso echó á correr con su carga, y desapareció rápidamente.

El griego no quiso aguardar más, y castañeteando los dientes de terror, echó también á correr, con tanta velocidad, que un joven le habría envidiado.

—Si á su vuelta me ve, me acogota—murmuraba, sin dejar de mover las piernas con rapidez increíble.—¡Sálvame, Zeus! ¡Sálvame, Apolo! ¡Mercurio, sálvame! ¡Sálvame, Dios de los cristianos! ¡Me iré de Roma, tornaré á Mesember; pero líbrame de caer en manos de ese demonio!

El ligio que había tenido alientos para matar á Crotón, le parecía al griego en aquellos momentos un ser sobrenatural.

Sin dar paz á los pies, pensaba que bien podía ser Urso un dios encarnado en el cuerpo de un bárbaro; y al suponerlo, creía á puño cerrado en todos los dioses y en todos los mitos de que solía burlarse. También se le ocurrió pensar que podía haber sido el propio Dios de los cristianos el matador de Crotón, y los ralos cabellos volvieron á erizársele ante la idea de verse amenazado por Dios tan poderoso.

Sin cesar de correr atravesó calles y callejas, y sólo logró serenarse un poco

cuando vió venir hacia él á unos obreros. Ya le faltaba el aliento y tuvo que sentarse en el umbral de una puerta, murmurando á la vez que se limpiaba con una punta del manto el copioso sudor que le inundaba el rostro:

—Soy viejo y necesito tranquilidad.

En esto, pasaron los obreros, se metieron por una calle, y la en que se había detenido Chilón quedó otra vez desierta.

La ciudad dormía. El movimiento empezaba muy de mañana en los barrios ricos, donde los esclavos se levantaban antes de que luciera la aurora; pero en los barrios de la población libre que vivía á expensas del Estado, y, por consiguiente, en el ocio, los vecinos se levantaban tarde, sobre todo, en invierno.

Chilón permaneció sentado hasta que tuvo frío; entonces se puso en pie, se cercioró de que no había perdido en su carrera la bolsa que le diera Vinicio, y con paso lento se encaminó al río.

—Puede que vea en alguna parte el cadáver de Crotón—iba diciéndose,—¡oh, dioses! Si ese ligio es un hombre, efectivamente, podría ganar al cabo del año los sestercios que le diera la gana; porque, ¿quién sería capaz de vencer al que ha ahogado á Crotón como á un cachorro? Cada vez que se presentara en la arena le darían tanto oro como pesa. Guarda á esa doncella mejor que Cerbero á las Parcas. ¡Así se lo traguen las Parcas! No quiero nada con ese animal. ¿Y qué hago yo ahora? Ha sido un acontecimiento terrible. Si ese bárbaro le ha roto los huesos á un atleta como Crotón, no hay la menor duda de que el alma de Vinicio está gimiendo ahora en esa maldita casa en espera del entierro. ¡Por Cástor! Pero Vinicio era patricio, amigo del César, sobrino de Petronio y toda Roma le conocía; era tribuno militar y su muerte no puede quedar impune. Si yo fuera á ver al pretor ó les contara lo ocurrido á los guardias de la ciudad...

Detúvose el griego, meditó breves instantes, y luego exclamó:

—¡Pobre de mí! ¿Quién, si no yo, le llevó á esa maldita casa? Lo mismo sus libertos que sus esclavos saben que fuí á buscarle y algunos no ignoran para qué: ¿qué pasaría si sospecharan que fuí expresamente para conducirle hasta el lugar donde ha encontrado la muerte? Aunque luego, ante el tribunal, pudiera yo probar que no preveía tan funesto desenlace, siempre quedaría establecido que sin mí no hubiera ido al sitio en donde perdió la vida, y que yo, por lo tanto, soy el causante de su muerte. Se trata de un patricio y nadie me librará de un castigo. Y si huyo de Roma secretamente, sólo conseguiré hacerme más sospechoso.

El asunto tomaba mal cariz y no le quedaba al griego más recurso que escoger entre muchos males el menor.

Roma era enorme y populosa; pero á Chilón le parecía pequeña para esconderse.

Cualquiera, en su lugar, habría ido sin perder momento á informar al Prefecto de los guardias de la ciudad de lo acontecido, aguardando tranquilo el resultado, aunque recayeran sospechas al principio sobre el denunciante; pero su pasado le daba á Chilón sobrados motivos para temer fundadamente que una visita al Prefecto de la ciudad ó al de los guardias pudiera acarrearle serios disgustos. Además, huir, si tomaba tal determinación, era lo mismo que suministrar á Petronio la idea de que Vinicio había sucumbido á la traición, asesinado por consecuencia de un complot. Petronio era influyentísimo, podía dar órdenes á todos los policías del Imperio y seguramente buscaría á los culpables hasta en las entrañas de la tierra. Por lo mismo, discurrió el griego acudir á él y contarle lo ocurrido. Mas antes de buscarle era indispensable averiguar qué había sido de Vinicio, pues Chilón lo ignoraba, y no dejaba de decirse que lo mismo podía haber sido muerto que herido ó preso lisa y llanamente.

Además, ya con más sosiego, reflexionó Chilón y acabó por pensar que los cristianos no se habrían atrevido á ma-

tar á un magnate tan poderoso como Vinicio, amigo del César y militar de elevada jerarquía, por miedo de que su crimen originara una persecución general; más probable le parecía que hubieran detenido al joven para facilitarle á Ligia los medios de ocultarse por segunda vez. Y este razonamiento le devolvió las esperanzas.

—Si el dragón ligio no le ha hecho pedazos de la primera embestida, estará vivo; y si está vivo, nadie mejor que él podrá atestiguar que yo no le he hecho traición. En tal caso, no sólo me veré libre de todo peligro (¡oh, Mercurio, ya puedes contar con las dos ternerillas!); no sólo me veré libre de temores, sino que tornaré nuevamente á mi pasada actividad. También está en mi mano indicarle á cualquiera de los libertos de Vinicio el lugar en donde encontrará á su señor. ¡Muy bien! Así el liberto acudirá al Prefecto ó á quien le acomode; allá él; lo esencial es que yo no vaya. Puedo igualmente buscar á Petronio, que me recompensará. He encontrado á Ligia; falta encontrar á Vinicio, y luego otra vez á Ligia; pero lo urgente es averiguar si Vinicio es vivo ó muerto. Esta noche procuraré ver al panadero Demas y le preguntaré por Urso.

Pero el griego rechazó inmediatamente esta idea: no quería nada con el ligio. Suponía, con fundamento, que si éste no había matado á Glauco sería porque hubiera descubierto sus designios al pontífice cristiano, el cual habría impedido la consumación del crimen, demostrándole que era juguete de las malas artes de un traidor.

Lo cierto era que Chilón se echaba á temblar cada vez que recordaba el nombre de Urso. Por fin, decidió enviar por la noche á Euricio á la casa en donde había ocurrido el misterioso suceso, para que le trajera noticias.

Entretanto, necesitaba tomar un baño, un refrigerio y algún descanso: la noche en vela, la expedición al *Ostrianum*, los sobresaltos y la carrera que dió desde el Trastíber le habían rendido. Algo había, sin embargo, que le confortaba: la repleta bolsa que Vinicio le diera en su casa y la que le tiró en el camino, al volver del cementerio. Esta grata circunstancia y las emociones que había sufrido le decidieron á comer opíparamente y á beber más vino y mejor que el de costumbre.

Y cuando abrieron la taberna, cumplió con tanta fidelidad sus propósitos, que no se acordó del baño.

Ahito de comida y de vino, tuvo sueño, y con paso vacilante y tardo se encaminó á su domicilio, en donde le aguardaba la esclava que compró con el dinero que Vinicio le diera.

Apenas entró en su dormitorio, que era tan obscuro como la cueva de un zorro, se echó en la cama y se quedó profundamente dormido.

Al anochecer se despertó ó mejor dicho, le despertó la esclava, diciéndole que había llegado una persona que quería verle con urgencia.

El prudente griego se envolvió apresuradamente en un manto con capucha y miró cautelosamete hacia afuera.

Lo que vió le dejó petrificado: ante la puerta del dormitorio se erguía imponente y aterrador Urso en persona.

Chilón se quedó helado de espanto; su corazón dejó de latir, y un horrible escalofrío le recorrió la espalda. Durante algunos minutos no pudo articular palabra: luego, castañeteando los dientes de miedo, dijo ó más propiamente, gimió:

—Sira... no estoy en casa... no conozco á ese... buen hombre.

—Señor—replicó la esclava,—ya le he dicho que estabas en casa, pero que dormías, y me contestó que te despertara.

—¡Oh, dioses!... Te mando que...

Pero Urso, quizá impaciente porque le obligaban á aguardar, se acercó á la puerta del dormitorio, asomó la cabeza y exclamó:

—¡Chilón Chilónides!

—¡*Pax tecum, pax, pax!*—contestó el griego.—¡Oh, tú, el mejor de los cristianos! Sí, Chilón soy; pero estás en un error... ¡Yo no sé quién eres!

—Chilón Chilónides—repitió Urso, —tu señor, Marco Vinicio, te manda que vayas conmigo adonde él está.

## XXIII

Un dolor agudo le hizo á Vinicio volver en sí. Al pronto, no pudo darse cuenta del lugar en donde se encontraba ni de lo que había ocurrido; tenía la cabeza atontada y turbia la vista, mas poco á poco fué siendo dueño de sí mismo, y aunque veía como al través de un velo á las tres personas que le rodeaban, pudo reconocer en dos de ellas á Urso y al anciano á quien había dado un empujón cuando huía con Ligia. La tercera, á quien nunca había visto, le estaba examinando el brazo y palpándoselo desde el codo hasta el hombro. Este examen le causaba al joven tan vivo dolor, que llegó á imaginarse que era un medio de vengarse y exclamó, con la boca contraída por el sufrimiento:

—¡Matadme de una vez!

El desconocido prosiguió impávido el reconocimiento, como si no hubiera oído la exclamación del tribuno ó no le atribuyera más importancia que la de un quejido propio del paciente atenaceado por fuertes dolores.

Urso, cuyo rostro enérgico permanecía inalterable, tenía en la mano un rollo de tiras de lienzo blanco.

—Glauco—dijo el anciano, dirigiéndose al desconocido que le palpaba el brazo á Vinicio,—¿estás seguro de que la herida de la cabeza no es mortal?

—Segurísimo—contestó el interpelado.—Cuando yo estaba al servicio de la escuadra en calidad de esclavo, y luego, durante el tiempo que residí en Nápoles, curé muchísimas heridas; tantas fueron, que con el dinero que gané curándolas logré manumitirme y rescatar á mis deudos. Puedo, pues, asegurarte en conciencia, que la herida de la cabeza es leve.

Y añadió, indicando á Urso.

—Este, al arrancar á la niña de los brazos del joven, le empujó contra la pared; el joven, al caer, extendió instintivamente el brazo buscando apoyo y se lo fracturó y desarticuló, pero consiguió librar del golpe la cabeza, y con ello la vida.

—Más de uno de nuestros hermanos están encomendados á tus cuidados—repuso Crispo;—tienes merecida reputación de médico hábil, y por eso envié á Urso á buscarte.

—Sí: y Urso me confesó por el camino que ayer estaba decidido á matarme.

—Antes me manifestó sus propósitos, y yo, que te conozco y sé cuán grande es tu amor á Cristo, le demostré cumplidamente que el traidor no eras tú, sino el desconocido que trataba de inducirlo á asesinarte.

—¡Era un espíritu malo y yo le tomé por un ángel!—exclamó Urso, exhalando un suspiro.

—Ya hablaremos de eso; ahora, cuidemos al herido.

Y dicho esto, Glauco se puso á reducir la fractura.

Crispo le rociaba á Vinicio el rostro con agua fresca; mas no obstante, el agudo dolor le hizo al joven desmayarse varias veces, lo cual fué para él un beneficio, porque le evitó en parte sentir la dolorosa operación.

Glauco entablilló el miembro roto para impedirle todo movimiento, y terminaba la operación cuando Vinicio volvió en sí y vió á Ligia.

Esta estaba en pie á la cabecera de la cama, sosteniendo una palangana de bronce con agua, en la cual mojaba Glauco de cuando en cuando una esponja para humedecerle la cabeza al paciente.

Vinicio miraba y no daba crédito á sus ojos: lo que veía parecíale una visión, un sueño producido por la fiebre. Largo rato transcurrió antes de que sus labios se entreabrieran para murmurar:

—¡Ligia!

La doncella estuvo á punto de dejar caer la palangana al oir su nombre en boca del patricio; miróle con honda ex-

presión de tristeza y dijo en voz baja:

—¡Que la paz sea contigo!

Luego permaneció en pie, con la pena y la compasión retratadas en el angelical semblante.

Vinicio clavaba en ella los ojos ansioso de mirarla, de extasiarse contemplándola para que el inefable cuadro se le grabara en la retina y pudiera verlo aún con los ojos cerrados. Miraba aquel rostro, más pálido y demacrado que antes; las ricas trenzas de sus negros cabellos, el pobre traje de obrera que llevaba la joven; y la miraba con tal fijeza, que la nívea frente de la doncella se cubrió de carmín.

El tribuno se decía que su amor sería eterno, que la palidez de Ligia y la pobreza en que estaba sumida se las debía á él, puesto que él la había arrancado de una casa en donde todos á porfía la rodeaban de afecto, de bienestar y de comodidades, para obligarla á refugiarse en aquella miserable estancia y á vestirse con aquel pobre traje de lana obscura.

—Ligia—dijo,—tú evitaste que me mataran.

—¡Quiera Dios devolverte pronto la salud!—contestó la doncella con dulce acento.

Para Vinicio que no podía olvidar los agravios que había inferido á la joven y las violencias de que la hiciera objeto recientemente, aquellas palabras fueron un bálsamo pero no le pasó por las mientes que pudieran ser hijas de las enseñanzas cristianas; sólo comprendió que las pronunciaba la mujer amada y con tales inflexiones de ternura y de bondad infinita, que le llegaron á lo más hondo del corazón. Antes le postró el dolor, y la emoción le anonadaba ahora. Grande y agradable languidez se apoderó de su ser, y experimentó la impresión del que se hunde en un precipicio y siente con la velocidad del descenso un secreto gozo, una dicha incomparable. En aquel instante de arrobador desvanecimiento le pareció que se cernía sobre su cabeza y que le daba vigor, espíritu y fuerza, una dulce deidad que le confortaba.

Glauco, entretanto, acabó de lavar la herida que Vinicio tenía en la cabeza y le aplicó un ungüento. Urso tomó la palangana de manos de Ligia, y ésta cogió una copa de vino aguado que estaba preparada sobre la mesa, y se la acercó al herido á los labios.

El tribuno no sentía ya dolores: la operación le había aliviado, la contusión le molestaba menos y empezaba á recobrar por completo sus facultades.

—Dame de beber otra vez—dijo.

Ligia fué con la copa vacía al aposento contiguo.

Crispo cambió algunas palabras con Glauco, se acercó al lecho, y dijo:

—Dios te ha impedido, Vinicio, que lleves á cabo la mala acción que intentabas y te ha conservado la vida para que te arrepientas. El, ante quien el hombre es menos que un grano de polvo, te trajo indefenso á nuestras manos; pero Cristo, en quien creemos, nos manda amar á nuestros enemigos. Por eso te hemos curado las heridas, y, como Ligia te ha dicho, le pedimos á Dios que te devuelva la salud; pero no podemos permanecer por largo tiempo entregados á cuidarte. Vuelva, pues, á tu ánimo la calma, y medita bien acerca de si es digno de ti proseguir la emprendida persecución contra Ligia. Ya lo ves: has privado á esa joven de sus tutores y á nosotros nos has dejado sin techo; pero te devolvemos bien por mal.

—¿Me abandonáis?—preguntó Vinicio.

—Queremos salir de esta casa para librarnos de la persecución del Prefecto de la ciudad; tu compañero murió, y tú, que eres poderoso entre los tuyos, estás herido. Nada de esto ha ocurrido por culpa nuestra; pero podría caer sobre nosotros el peso de la ley.

—No temáis las persecuciones—dijo el patricio,—yo os protegeré.

—Violencia grande le costaba á Crispo decirle que no se trataba únicamente de sustraerse á las persecuciones del Prefecto y de la policía, sino de huir de él, de Vinicio, para poner á Ligia á cubierto de ulteriores golpes de mano.

—Señor—repuso,—tienes bueno el brazo derecho; he aquí unas tablas enceradas y un estilo; escríbeles á tus sirvientes para que esta noche vengan con una litera y te lleven á tu casa, en donde tendrás más comodidades que en medio de nuestra escasez. Vivimos aquí con una pobre viuda que no tardará en venir y con su hijo, el cual llevará tu carta. Nosotros buscaremos otro sitio donde ocultarnos.

Vinicio palideció, comprendiendo que querían separarle de Ligia y que, en este caso, no la vería más en su vida. No se le ocultaba lo infructuoso de ofrecer seguridades á aquella gente que no le creería, aunque jurara que estaba pronto á conducir á Ligia á casa de Pomponia Grecina, y la incredulidad estaba justificada, porque bien pudo hacerlo antes. Si en vez de obstinarse en perseguir á Ligia se hubiera dirigido á Pomponia, jurándole que renunciaba á los actos de violencia, quizá la esposa de Áulio habría dado con Ligia y se la hubiese llevado á su casa.

Demasiado comprendía Vinicio que sus ofrecimientos y sus promesas no impedirían que los cristianos llevaran adelante el propósito de abandonarle, que no le admitirían juramento alguno, por solemne que fuera, sobre todo, teniendo en cuenta que sólo podría jurar por los dioses inmortales; por los propios dioses en quien él casi no creía y que los cristianos calificaban de espíritus malos. Tenía vehementes deseos de influir sobre Ligia y sus guardianes, fuese como fuese; pero esto exigía tiempo. Lo esencial era verla y gozar de su presencia, aunque fuera por pocos días. Y lo mismo que al náufrago le parece un medio de salvación la tabla ó el remo que ve al alcance de la mano, á Vinicio le parecía que quedándose unos días al lado de Ligia, podría decirla algo que la inclinara en su favor, que ayudara á sus propósitos ó quizá, esto era lo mejor, que sobrevendría un acontecimiento favorable á sus designios. Inspirándose en esto, reunió, no sin esfuerzo, sus ideas, y habló en los siguientes términos:

—Oídme, cristianos: como vosotros, estuve ayer en el *Ostrianum*, y escuché la predicación; aunque antes de entonces no os conocía, vuestros hechos me han demostrado que sois honrados y buenos. Decidle á la viuda que vive en esta casa que permanezca, quedaos vosotros y permitidme que continúe en vuestra compañía. Este hombre, que es médico ó por lo menos práctico en curar heridas, os dirá si puedo irme hoy de aquí. Estoy enfermo, tengo roto un brazo que no debo moverlo durante algunos días, y por consiguiente declaro que no me iré de aquí como no me echéis empleando la fuerza.

En este punto calló el joven, falto de aliento para continuar.

—No usaremos contra ti, señor, de violencia alguna—dijo Crispo,—sólo aspiramos á salvar nuestras cabezas.

El tribuno, poco acostumbrado á oir objeciones, frunció el ceño al escuchar estas palabras, y replicó:

—Dejadme que tome aliento.

—Por Crotón, á quien mató Urso, nadie ha de preguntar—repuso tras breve pausa.—Hoy debía ir á Benevento, llamado por Vatinio, y todos creerán que ha partido. Cuando entré con él en esta casa solamente nos vió un griego que había estado con nosotros en el *Ostrianum;* yo os indicaré dónde vive, para que venga aquí. Escribiré una carta á mi casa, diciendo que me he marchado á Benevento, y si el griego hubiera dado algún aviso al Prefecto, declararé que yo maté á Crotón y éste me rompió el brazo. Os juro por las sombras de mi padre y de mi madre que lo haré como lo digo y que podéis permanecer aquí, seguros de que nadie tocará un cabello de vuestras cabezas. Procurad, pues, que venga pronto ese griego, cuyo nombre es Chilón Chilónides.

—Entonces, la viuda se quedará contigo y Glauco te cuidará—dijo Crispo.

—Entérate, anciano, de lo que digo —repuso Vinicio, frunciendo aún más el ceño.—Te debo gratitud y me pareces bueno y honrado; pero no me dejas ver el fondo de tu alma. ¿Temes

que yo llame á mis esclavos y les mande que se lleven á Ligia?

—Así es—contestó Crispo con severidad.

—Bien; pero ten presente que hablaré con Chilón en vuestra presencia y que escribiré á mi casa una carta anunciando mi viaje á Benevento. Desde ahora en adelante, sólo vosotros seréis mis mensajeros; tomad en consideración todo esto y no me irritéis más.

Al expresarse así, tenía Vinicio el rostro contraído por la cólera y le ahogaba la indignación.

—¿Has creído—repuso con exaltación creciente—que yo negaría que quiero quedarme aquí para verla? Inútil sería negarlo, porque el más necio adivinaría mis intenciones, aunque yo tratara de ocultarlas. Pero está tranquilo, que no volveré á intentar llevármela á la fuerza. Y te diré más: si ella se niega á quedarse aquí, con la mano que tengo sana me arrancaré los vendajes del brazo roto, no tomaré alimento ni bebidas y dejaré que mi muerte caiga sobre ti y sobre tus hermanos. ¿Para qué me habeis curado, entonces? ¿Por qué no has mandado que me maten?

Al terminar este apóstrofe, estaba pálido de ira y exhausto de fuerzas.

A Ligia, que lo había escuchado todo desde la habitación contigua y que estaba convencida de que el joven lo haría como decía, le causó el efecto de una puñalada la amenaza que encerraban las últimas palabras de Vinicio. ¡Ah! No; ella no quería que él muriera. Indefenso y herido, ya no le causaba temor, sino compasión. Y como desde el día de su fuga había vivido con personas de mucho fervor religioso, pensando solamente en hacer sacrificios y ofrendas y en practicar la caridad sin límites, las nuevas ideas ocupaban en su corazón el lugar de la familia y de la perdida felicidad, convirtiéndola en una de las vírgenes cristianas que algunos años después tuvieron la virtud de transformar el espíritu del mundo. Vinicio había ejercido en su destino una influencia trascendental, interviniendo tanto en su vida, que no era fácil olvidarle. Días enteros había pasado pensando en él y pidiéndole á Dios que le concediera ocasión en que, con arreglo á los preceptos de su religión, pudiera devolverle mucho bien por el mucho mal que él le causara; ofrecerle perdón y misericordia, en pago de sus persecuciones, y enternecer así su alma, ganándola para el cristianismo y procurándole la salvación eterna. Ahora le parecía que el momento propicio había llegado y que Dios escuchaba sus ruegos.

Acercóse, pues, á Crispo, radiante el rostro como el de una iluminada, é indicando á Vinicio, habló de esta manera, con voz que, más que humana, parecía eco melodioso de sublime y celeste voz:

—Que permanezca entre nosotros, Crispo; con él nos quedaremos, hasta que Cristo tenga á bien devolverle la salud.

El anciano presbítero, acostumbrado á ver en todo la voluntad de Dios, al fijar la mirada en el radiante rostro de la doncella, en el que parecía resplandecer una aureola de inspiración sobrehumana, pensó que quizá por su boca hablaba un poder más alto, y, lleno de fervor religioso, inclinó la cabeza, diciendo:

—Hágase tu voluntad.

Vinicio no apartaba los ojos de Ligia, y al ver la obediencia y sumisión de Crispo, sintió extraordinaria emoción por lo que aquello significaba. A su juicio, la joven era entre los cristianos una especie de sibila ó de sacerdotisa á quien rendían homenaje y acatamiento; y el tribuno, también subyugado, sufría el ascendiente y estaba dispuesto á rendirle los mismos homenajes. Nunca creyó posible que sus relaciones con la doncella se modificaran hasta el punto de no depender ella de la voluntad de él, sino él de la de ella; pero no le quedaba más remedio que reconocer, que quebrantado y enfermo, ya no era la fuerza ofensiva y conquistadora, sino el niño indefenso puesto á

merced de la joven y entregado á sus cuidados. Con su carácter altivo y dominante, la situación en que se encontraba le hubiera parecido humillante tratándose de cualquier persona que no fuera Ligia; pero al lado de ésta, la cosa variaba y no solamente no le causaba despecho, sino que tributaba á la doncella gratitud y la consideraba como una especie de reina.

Este orden de ideas era tan nuevo para el tribuno, que lo hubiera calificado de incomprensible un día antes; y aun en la actualidad le llenara de asombro si se hallara en condiciones de analizarlo con calma y buen juicio, pero aceptó la situación, como si fuera la más natural, sin meterse en semejantes análisis psicológicos. Por el momento, dábase por satisfecho y se consideraba dichoso con encontrarse en donde estaba, y quería manifestar su gratitud de todo corazón, impulsado por un sentimiento que no acertaba á explicarse, que tampoco sabía qué nombre darle y que era, en resumen, el instintivo anhelo de rendir pleito homenaje á Ligia. Las emociones le habían debilitado tanto que ni hablar podía. Limitóse, pues, á expresarle su agradecimiento con los ojos; con unos ojos radiantes de júbilo porque iba á permanecer á su lado, á verla. A verla hoy, mañana, todos los días, durante un largo período de tiempo quizá... Pero una nube venía á ensombrecer su alegría: el temor de perder al cabo de ese período la ventura que acababa de conquistar.

Y el temor adquirió intensidad tan grande, que cuando Ligia se acercó por segunda vez á la cama á ofrecerle agua, experimentó Vinicio vehemente deseo de cogerle una mano; pero se detuvo sin atreverse á hacerlo.

¡No atreverse Vinicio á cogerle una mano, cuando en el banquete del César la besó en la boca á viva fuerza! ¡El, que á raíz de la fuga de la doncella quería arrastrarla de los cabellos hasta el *cubiculum* y mandar luego á sus esclavos que la azotaran sin piedad!

## XXIV

También le asaltaron á Vinicio serios temores de que algo inopinado viniera á turbar su dicha.

Pensó que Chilón podía haber dado cuenta de su desaparición al Prefecto de Roma ó informar del caso á sus libertos, y que entonces los guardias de la ciudad allanarían aquel asilo, tan grato para él; pero si tal sucedía, pensaba también el joven que podría mandar que se apoderaran de Ligia y la llevaran á su casa. Mas luego reflexionaba y se decía que obrando así obraría mal, y le faltaban ánimos para realizar el proyecto.

Vinicio era tiránico é insolente; sus costumbres, corrompidas; su corazón, á veces, inexorable; pero distaba mucho de ser un Nerón ni un Tigelino. La vida militar había inculcado en su alma ciertas nociones de justicia, de religión y de conciencia, las cuales le hacían ahora comprender que ejecutar el proyecto concebido hubiera sido acción monstruosa y por todo extremo infame. De encontrarse en su estado normal, fuerte y vigoroso, quizá hubiera sido capaz de perpetrar tamaña ruindad aconsejado por la ira; pero á la sazón estaba enfermo y débil y en su alma anidaba una ternura insólita. Para él la cuestión capital, por el momento, era que nada viniera á interponerse entre su amor y Ligia.

No pasó inadvertido para el joven, y aun le produjo asombro, el que desde el instante en que la doncella se había puesto de su parte, ni ésta ni el anciano Crispo le pidieran seguridades de ningún género, como si ambos confiaran ciegamente en que un poder sobrenatural acudiría en su defensa tan pronto como lo reclamara la inminencia del peligro. Y el patricio, en cuya razón la línea que separa lo posible de lo imposible se había ido debilitando hasta borrarse casi, desde la memora-

ble noche en que oyera al Apóstol en el *Ostrianum*, se inclinaba á creer en la posibilidad de que así sucediera.

Considerando luego las cosas con más calma, recordó lo que había dicho del griego y volvió á rogar que enviaran á buscarle.

Crispo manifestó su conformidad y decidieron mandar á Urso.

Antes de la excursión al *Ostrianum*, había enviado Vinicio más de una vez algún esclavo en busca de Chilón y conocía las mañas de éste para no dejarse ver cuando no le convenía; por lo tanto, dió al ligio detalles exactos acerca de la morada del filósofo, escribió luego unos renglones en una tablilla encerada y dijo á Crispo:

—Le escribo al griego porque es suspicaz y taimado, y muchas veces, cuando le he mandado llamar, les han dicho en su casa á mis esclavos que no estaba; éste era el recurso á que apelaba para no verme, porque no tenía buenas noticias que comunicarme y temía incurrir en mi desagrado.

—Si le encuentro — dijo Urso, — le traeré quiera ó no quiera.

Y envolviéndose en el manto, salió apresuradamente.

Ni aun llevando, como llevaba Urso, datos precisos acerca del domicilio de Chilón, era fácil encontrar en Roma á la persona á quien se buscaba; sin embargo, al ligio le ayudó más su instinto de sabueso que el conocimiento que de la ciudad tenía, y tardó poco en dar con la casa del griego. Mas no reconoció á éste, porque sólo le había visto una vez en su vida y de noche. Además, el anciano solemne y lleno de unción que le demostró la necesidad imperiosa de asesinar á Glauco, en nada se parecía al griego que ahora tenía delante encogido de miedo, y no era fácil imaginarse que ambos fueran la misma persona.

Cuando comprendió Chilón que Urso le miraba como se mira á un desconocido, se serenó algo y logró dominar el terror que le embargaba; la tablilla escrita de puño y letra de Vinicio acabó de tranquilizarle, pues por lo menos era una garantía de que no le preparaban una emboscada. También pensó

ban una emboscada. También pensó

los cristianos no se habían atrevido á poner la mano sobre tan empingorotado personaje, y acabó por decirse:

—Vinicio me protegerá si es necesario, porque no es admisible que me mande llamar para que me maten.

Echó, pues, mano de todo su valor, que en realidad era poquísimo, y le dijo á Urso:

—Dime, buen hombre, ¿mi amigo, el noble Vinicio, no ha enviado una litera? Tengo hinchados los pies y no puedo recorrer andando tan larga distancia.

—No ha enviado litera alguna y tendremos que ir á pie.

—¿Y si yo me negara?

—No lo intentes siquiera, porque irás de grado ó por fuerza.

—Iré, sí, pero será voluntariamente; nadie puede obligarme, porque soy libre y además amigo del Prefecto de la ciudad. Soy sabio también y poseo medios singulares para imponerme á los demás hombres; gracias á mi ciencia, puedo convertir á quien me plazca en árbol ó en fiera. Sin embargo, iré, sí, iré; pero antes voy á ponerme un manto de más abrigo y con capucha para evitar que los esclavos de tu barrio me reconozcan y me detengan á cada paso para besarme la mano.

Púsose Chilón un manto gálico y se caló la capucha por temor de que Urso le reconociera cuando estuvieran en sitio mejor iluminado.

—¿Adónde vas á conducirme? — le preguntó cuando salieron á la calle.

—Al Trastíber—contestó el ligio.

—Ha poco que vine á Roma y no conozco ese barrio; pero supongo que en él vivirán personas amantes de la virtud.

Urso, que era sencillo y había oído decir á Vinicio que el griego estuvo con él en el *Ostrianum*, y que además le había visto entrar con Crotón en casa de Ligia, no se pudo contener y replicó en el acto:

—Anciano, no mientas; has estado

con Vinicio en el *Ostrianum* y luego en la misma puerta de nuestra casa.

—¡Ah! ¿Se llama el Trastíber el barrio en donde está tu casa? Como ha poco que estoy en Roma, ignoro los nombres de los barrios. Dices verdad, amigo; llegué hasta la puerta de tu casa y en nombre de la virtud le rogué á Vinicio que no entrara. También fuí al *Ostrianum;* ¿y sabes por qué? Porque hace tiempo que vengo trabajando para convertir á Vinicio y quería que oyera la predicación del príncipe de los Apóstoles. ¡Ojalá penetre la luz en su alma y en la tuya! Mas tú eres cristiano y, como tal, anhelas que la virtud impere sobre el mal.

—Así es—contestó Urso humildemente.

Chilón se sintió ya animoso y dijo:

—Vinicio es poderoso y amigo del César, y todavía cede á las sugestiones del espíritu del mal; pero, si alguien osara tocar con la punta del dedo á Vinicio, el César haría sentir el peso de su venganza á todos los cristianos.

—Nos protege un poder más alto que el del César.

—¡Es verdad, es verdad! ¿Pero qué pensais hacer con Vinicio?—preguntó Chilón, alarmado de nuevo.

—No lo sé; Cristo nos manda perdonar.

—Has contestado juiciosamente. Piensa siempre así, pues, de lo contrario, arderás en los infiernos.

Urso lanzó un suspiro.

Chilón pensó que no le sería difícil manejar á su gusto á aquel hombre, tan temible por sus hercúleas fuerzas, y deseando averiguar cómo había terminado la intentona de apoderarse de Ligia, continuó interrogándole con el severo acento de un juez.

—¿Qué has hecho de Crotón?—le preguntó.—¡Habla y no mientas!

—Vinicio te lo dirá—contestó Urso lanzando el segundo suspiro.

—Entiendo que le habrás matado á palos ó á puñaladas.

—No; yo no llevaba armas ni garrote.

El griego no fué dueño de reprimir el movimiento de admiración que le causó la sobrehumana fuerza de aquel bárbaro.

—¡Que Plutón!... ¡Que Dios te perdone!—dijo.

Y prosiguieron en silencio su camino, hasta que Chilón volvió á tomar la palabra diciendo:

—Yo no he de hacerte traición; pero ten cuidado con los guardias.

—Le temo á Cristo; á los guardias, no.

—Bien está; pero ten presente que no hay crimen más atroz que el asesinato. Rogaré á Dios por ti, aunque no sé si atenderá mis súplicas mientras tú no hagas voto inquebrantable de no volver á tocar á nadie ni con la punta del dedo.

—La verdad es que yo no tenía propósito de matarle.

Chilón, que quería garantizar hasta donde era posible su seguridad personal, continuó lanzando anatemas contra el asesinato y excitando á Urso á que de todo corazón formulara el voto que le exigía. Luego le preguntó por Vinicio con insistencia, pero el ligio contestaba de mala gana á sus interrogaciones, limitándose á contestar que todo lo sabría de labios del patricio.

Por fin, llegaron al Trastíber y se encontraron delante de la casa.

El corazón le palpitaba al griego como si quisiera salírsele del pecho; el miedo le hacía creer al miserable que Urso le miraba con ojos de lobo hambriento.

—Triste cosa sería para mí—decía para su sayo—que este bárbaro me matara, sin la menor intención de hacerlo ó contra su voluntad; más vale que le sobrevenga un ataque de parálisis á él y á todos los ligios. Lo cual ¡oh, Zeus! te ruego que permitas... si eres capaz de permitirlo.

Y terminó su ruego mental envolviéndose mejor en el manto so pretexto del frío.

Cuando atravesaron la entrada y el primer patio y llegaron al corredor que conducía al jardín de la casita, se paró de pronto, diciendo:

—Déjame que tome aliento, pues de lo contrario no podré hablar con Vinicio y darle saludables consejos.

Por más que el griego procuraba convencerse de que no le amenazaba un peligro inminente, le temblaban las piernas sólo de pensar que iba á encontrarse entre los misteriosos personajes que viera en el *Ostrianum*.

En esto oyó un himno que cantaban en la casita y le preguntó á Urso:

—¿Qué es eso?

—¡Aseguras que eres cristiano, y, sin embargo, no sabes que nosotros tenemos la costumbre de glorificar á nuestro Salvador cantando himnos en acción de gracias después de comer!—exclamó Urso.

Y repuso:

—Ya deben de haber llegado Miriam y su hijo, y quizá también el Apóstol, que todos los días visita á Crispo y á la viuda.

—Conduceme al lado de Vinicio.

—Vinicio está en la misma habitación que todos, que es la más espaciosa; las demás son alcobas que sólo utilizamos á las horas de dormir. Entra y descansarás.

Penetraron ambos en la estancia, que estaba envuelta en una semiobscuridad, pues la tarde estaba nublada y la débil claridad que despedían algunas velas no bastaba para desvanecer por completo las sombras.

Vinicio adivinó, más bien que vió, al griego.

Este vió en un extremo del aposento el lecho, en que yacía el tribuno y se fué en derechura á él, sin mirar á ninguno de los presentes, como si se creyera más seguro al lado del joven.

—¡Oh, señor!—exclamó.—¿Por qué no escuchaste mis consejos?

—¡Calla y óyeme!—le dijo imperativamente Vinicio.

Luego clavó en Chilón los ojos, y lentamente, como para darle á entender que cada una de sus palabras era una orden y que, por lo tanto, debían grabársele en la memoria, le habló de esta manera:

—Crotón quiso matarme y robarme, *¿entiendes?* Luchando con él le dí muerte, y esta gente ha curado las heridas que recibí en la lucha.

Chilón comprendió al vuelo que cuando Vinicio hablaba de esta suerte, habría hecho algún convenio con los cristianos y quería que todos dieran crédito á lo que estaba diciendo; así lo leyó claramente en la expresión de su rostro, y, sin demostrar duda ni asombro, levantó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Crotón era un miserable! ¡Ya te advertí, señor, que desconfiaras de él! Mis sanas enseñanzas rebotaban en su dura cabeza como guisantes en la pared. ¡En los infiernos no hay tormentos dignos de su crimen! Es cosa sabida que quien no quiere ser hombre de bien ha de ser necesariamente un pícaro. ¿Hay nada más difícil para un pícaro que ser honrado? ¡Pero acometer á su bienhechor, á un amo tan magnánimo!... ¡Oh, dioses!...

Chilón se interrumpió de pronto, recordando que le había dicho á Urso por el camino que era cristiano.

—Si no hubiera sido por la *sica* (daga) que yo tenía, me habría asesinado —dijo Vinicio.

—Bendigo el momento en que te aconsejé que fueras armado siquiera con un cuchillo.

—¿Qué has hecho hoy?—le preguntó Vinicio al griego, mirándole significativamente.

—¿Cómo?... ¿Qué?... ¿No te he dicho, señor, que he hecho un voto por tu salud?

—¿Y nada más?

—Sí; me preparaba á venir en tu busca, cuando este buen hombre llegó á mi casa y me dijo que iba de tu parte.

—Bien. He aquí esta tablilla escrita de mi puño; ve á mi casa, dásela á mi liberto Demas y confírmale lo que digo en ella; esto es, que salí esta mañana para Benevento, llamado por una carta urgente de Petronio.

Y repitió con marcada intención:

—He ido á Benevento, *¿comprendes?*

—Te has ido, señor, te has ido: yo te despedí en la puerta Capena, y se apoderó de mí tan honda tristeza, que si tu magnanimidad no viene á remediarla lloraré hasta el último instante de mi vida, como la cuitada esposa de Ceto, inconsolable por la pérdida de Itilio.

Vinicio, aunque dolorido y postrado, no pudo reprimir una sonrisa provocada por las marrullerías del griego; y como estaba satisfecho de que tan fácilmente le comprendiera, le dijo:

—Escribiré también para que te enjuguen las lágrimas. Dame una luz.

Chilón ya había recobrado la tranquilidad. Se acercó á la chimenea y descolgó una de las velas que junto á la pared ardían; pero al levantar los brazos se le cayó la capucha y la luz le dió de lleno en el semblante.

Dió entonces Glauco un salto y, plantándose delante del griego, le preguntó con voz que hizo estremecerse á los presentes:

—Cefas, ¿me conoces?

A Chilón se le escapó la vela de la mano; se inclinó casi hasta el suelo y se puso á gemir, balbuceando:

—¡No soy yo!... ¡No soy yo!... ¡Perdón!...

Glauco les dijo entonces á los cristianos:

—He aquí el hombre que nos vendió y que causó mi ruina y la de toda mi familia.

Aquella historia la sabían todos, incluso Vinicio, aunque éste sólo la conocía por la narración del mentiroso griego. Si el joven no cayó antes en la cuenta de que aquél era el Glauco de la historia, fué porque como se desmayó varias veces por causa de los dolores, no oyó pronunciar su nombre.

Para Urso fueron las palabras del médico como la luz de un relámpago en una noche de tempestad: reconoció al punto á Chilón, se puso de un salto á su lado, y cogiéndole de un brazo, exclamó:

—¡Este, éste es el que me instigó á que matara á Glauco!

—¡Perdón!—gimió el culpable.

Y añadió, encarándose con Vinicio:

—¡Señor, sálvame!... ¡He puesto en ti mi confianza, ponte tú ahora de mi parte!... Llevaré tu epístola!... ¡Señor, señor!....

Vinicio presenciaba la escena con la mayor indiferencia, porque conocía bastante bien las trapisondas de Chilón y además porque la compasión nunca tuvo entrada en su pecho.

—Enterradle en el jardín—dijo con naturalidad,—otro llevará mi carta.

El miserable comprendió que aquellas palabras eran su sentencia de muerte. Los huesos del brazo que Urso le tenía aprisionado crujían entre las terribles manos del ligio y el dolor le arrancaba lágrimas.

—¡Por vuestro Dios!—exclamó.—¡Tened misericordia de mí! ¡Soy cristiano! *¡Pax vobiscum!* ¡Soy cristiano; y si no me creéis, bautizadme otra vez, dos, tres veces, cuantas queráis! ¡Glauco, ésta es una equivocación; no lo dudes! ¡No me matéis! ¡Tened compasión de mí!

Su voz iba debilitándose por el dolor, cuando se levantó el Apóstol Pedro, permaneciendo en silencio por breves instantes con la cabeza inclinada y los ojos cerrados; abrió los ojos luego y dijo con acento solemne:

—El Salvador ha dicho: si tu hermano peca contra ti, repréndele; pero si se arrepiente, perdónale. Si te ha ofendido siete veces al día y siete veces te ha mirado, diciéndote: *perdóname*, le perdonarás.

Profundo silencio siguió á estas palabras.

Glauco continuó largo rato con la cara oculta entre las manos; apartóla luego, y dijo:

—¡Cefas: que Dios te perdone el mal que me has hecho, como yo te lo perdono por amor de Cristo!

Urso soltó al griego, le miró de hito en hito y dijo á su vez:

—¡Que el Salvador tenga misericordia de mí, como la tengo yo de ti!

Cayó Chilón desplomado al suelo, se apoyó en las manos y alzó temeroso la cabeza, mirando en derredor, como fie-

ra cogida en la trampa que observa recelosa por dónde viene la muerte; ni daba crédito á sus oídos ni le parecía verosímil que le perdonaran. Tenía los labios temblorosos y lívidos de terror. Sin embargo, se recobró un poco, cuando oyó que el Apóstol decía:

—Levántate y vete en paz.

Alzóse Chilón del suelo, mas no pudo articular palabra. Se acercó al lecho de Vinicio, como si aun implorara la protección del joven, pues todavía no era bastante dueño de sus ideas para hacerse cargo de que el tribuno, después de haberse servido de él y cuando todavía era su cómplice, le había condenado tranquilamente, mientras que todos aquellos á quienes tan gravemente ofendiera le perdonaban. Pero esto lo vería claro después; de momento, sólo incredulidad y asombro revelaban sus miradas. Aunque no tenía la menor duda de que le habían perdonado, ansiaba verse lejos de aquellos hombres incomprensibles, cuya mansedumbre le infundía ahora tanto terror como antes la crueldad que les suponía. Parecíale que permaneciendo allí le sobrevendría alguna desgracia, y, tan pronto como estuvo en pie y junto á Vinicio, murmuró con voz quejumbrosa:

—¡Dame la carta, señor: dame la carta!

Diósela el tribuno, tomóla el griego, y, haciendo dos reverencias á los cristianos, se deslizó receloso á lo largo de la pared, hasta que salió de la estancia.

Cuando se vió en el jardín, envuelto en las sombras de la noche, se le erizaron los cabellos de espanto: tenía miedo de que Urso saliera detrás de él y le matara en medio de la obscuridad. De buen grado hubiera echado á correr; pero las temblorosas piernas no se lo permitían y acabó por quedarse como clavado en el suelo. Acababa de ver que Urso en persona estaba á su lado. De repente se echó boca abajo, clamando con plañidero acento:

—¡Urbano, en nombre de Cristo!...

—Nada temas—le dijo el ligio.—El Apóstol me ha mandado que te acompañe para que no te extravíes entre las tinieblas. Me ha dicho también que si te faltan las fuerzas te lleve á tu casa.

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿No vienes á asesinarme?

—No; y si te cogí demasiado bruscamente y te he magullado el brazo, perdóname.

—Ayúdame; quiero levantarme... ¡Ay! ¿No me matarás? ¿No? Llévame hasta la calle; luego me iré solo.

Urso le levantó como si fuera una pluma, le puso en pie y le condujo á lo largo del corredor hasta el segundo patio; atravesaron después el pasillo que había á la entrada y llegaron á la calle.

Mientras estuvo dentro del edificio no cesó Chilón de repetirse: «¡No hay remedio; me acogota!» Mas cuando se vió en la calle, sintióse más animado y se atrevió á decir:

—Déjame; ya puedo seguir solo mi camino.

—¡Que la paz sea contigo!—le dijo Urso al separarse de él.

—¡Y contigo; y contigo! ¡Déjame tomar aliento!

Pero hasta que vió desaparecer á Urso no respiró con libertad. Entonces se palpó el cuerpo para convencerse de que estaba vivo y de que no tenía nada roto, y á continuación se alejó presuroso de aquellos lugares.

De pronto, se detuvo y se preguntó:

—¿Pero por qué no me han matado? ¿Por qué?

Y á pesar de las conversaciones que había sostenido con Euricio acerca de las doctrinas de Cristo; no obstante lo que con Urbano hablara á orillas del río y pese á todo lo que en el *Ostrianum* oyera de los propios labios del Apóstol, no pudo contestar satisfactoriamente á la pregunta que á sí mismo se había formulado.

## XXV

Vinicio tampoco acertaba á explicarse las causas de lo que había presenciado y estaba casi tan asombrado como

Chilón. La conducta que los cristianos observaran con él, curándole solícitos en vez de vengarse del allanamiento de su hogar, tenía para el joven explicación en las doctrinas de Cristo, y, sobre todo, en el influjo de Ligia; pero el perdón otorgado al miserable griego le parecía absurdo é inverosímil, con tanto mayor motivo, cuanto que, á su juicio, Chilón merecía la muerte. ¿Por qué no le han matado?—se preguntaba el tribuno.—Hubiera sido natural y sencillísimo y Urso habría arrojado el cadáver al Tíber si no querían enterrarlo en el jardín.

En aquella época en que tan frecuentes eran los asesinatos en el misterio de la noche y en que el mismo César no esquivaba el cometerlos por su mano, era tan corriente que por la mañana aparecieran cadáveres flotando en el río que nadie trataba de averiguar la procedencia. La impunidad hubiera sido, pues, indudable para el matador del griego. Y según Vinicio, los cristianos no solamente podían, sino que debían haberle dado muerte.

La piedad no era completamente desconocida en tiempos del paganismo: los atenienses erigieron un altar á la Misericordia, y durante mucho tiempo no consintieron que se introdujeran en Atenas las luchas de gladiadores.

En Roma, á veces, eran perdonados los vencidos, y de ejemplo puede servir Calicrato, rey de los britanos, que cayó prisionero en época de Claudio: el vencedor dispuso que se atendiera con largueza á sus necesidades y le permitió que viviera libremente en la ciudad. Pero el vengar una ofensa personal era, no solamente para Vinicio, sino para todos los romanos de su tiempo un acto natural y justo. Renunciar á tal derecho era incompatible con su manera de pensar. Verdad es que en el *Ostrianum* había oído decir al Apóstol que se debía amar aun á los enemigos; pero este precepto le parecía lisa y llanamente una teoría sin aplicación posible. Supuso luego que Chilón habría librado la vida quizá porque el día coincidiera con alguna festividad ó porque estuviera dentro de una de las fases de la Luna en que sus doctrinas prohibían á los cristianos matar á nadie. Había oído decir que en ciertas naciones no se puede declarar la guerra ni aceptarla en determinados días.

Mas si así era, ¿por qué no entregaron al griego á la justicia? ¿Por qué decía el Apóstol que si un hombre pecaba siete veces era menester perdonarle otras tantas, y por qué Glauco había dicho á Chilón: «Que el Salvador tenga piedad de mí como yo la tengo de ti»? Y esto, teniendo presente que el griego le había inferido el más terrible agravio que á un hombre puede hacerle otro. Sólo de pensar lo que él haría con el hombre que matara á Ligia, por ejemplo, el corazón quería salírsele del pecho, como el agua que hierve en la caldera. ¡Ah! ¡Los mayores tormentos le parecerían demasiado dulces y suaves á Vinicio para vengar tamaño crimen!

¡Y Glauco y Urso perdonaban á Chilón! Esto era inconcebible, sobre todo, de parte del ligio, que podía matar impunemente á quien le viniera en ganas, sólo con dar muerte primero al «rey de las selvas de Nemea» y sustituirle. ¿Podría el gladiador que á la sazón ocupaba dicho puesto, al que llegó matando previamente al *rey* anterior, resistir el empuje del vencedor de Crotón?

La conducta de los cristianos no tenía más que una explicación admisible: perdonando á Chilón daban prueba de una bondad sin precedentes y á la vez hacían patente su ilimitado amor al prójimo; amor tan grande, que les hacía olvidarse de sí mismos, de las ofensas recibidas, de la felicidad y del infortunio propios, y vivir únicamente para sus semejantes.

Vinicio oyó en el *Ostrianum* hablar del premio reservado á los que así procedían, y entonces no pudo darse exacta cuenta de su trascendencia; pero le pareció que la vida, con la obligación de renunciar en beneficio del prójimo á todo lo bueno y agradable, debía de ser insoportable. Por lo tanto, en la opinión que iba formando de los cristia-

nos, aparte el asombro que éstos le causaban, entraba por mucho la lástima y por algo también el desdén. Aquellos hombres mansos y bondadosos le parecían ovejas destinadas á perecer, más tarde ó más temprano, en la boca del lobo, y su orgullo de romano se resistía á reconocer personalidad á los que humildemente se dejaban devorar.

También advirtió, con gran sorpresa, que cuando Chilón se fué la alegría brilló en el rostro de los cristianos, y que el Apóstol se acercó á Glauco y le dijo, poniéndole una mano en la cabeza:

—Cristo ha vencido en ti.

Y Glauco, como si sintiera íntima é inesperada felicidad, levantó los ojos radiantes de esperanza y de júbilo.

Vinicio, que comprendía el placer de la venganza, clavó en él una mirada que revelaba la fijeza de la fiebre y la curiosidad de quien contempla á un loco; y vió, no sin indignación, que Ligia estampaba sus purpurinos labios en la mano de aquel viejo con facha de esclavo. Entonces creyó que el orden del mundo se trastrocaba.

Vino luego Urso diciendo que había acompañado al griego hasta la calle y que le había pedido perdón por el dolor que le causara apretándole rudamente el brazo; el Apóstol bendijo al ligio y Crispo declaró que «aquel día era de triunfo para todos».

Al oir esto le pareció á Vinicio que la sociedad se desquiciaba; mas, cuando Ligia tornó á ofrecerle una bebida refrescante, cogióla una mano y la dijo:

—¿Y tú, me perdonas?

—Somos cristianos—contestó la doncella,—y no podemos dar entrada al rencor en nuestro pecho.

—Ligia, quienquiera que sea tu Dios, sólo porque es el tuyo le haré una ofrenda de cien bueyes y le rendiré homenaje.

—Le honrarás en tu corazón, cuando hayas aprendido á amarle.

—Sólo porque es tu Dios...

Vinicio cerró los ojos vencido por la debilidad.

Ligia se alejó, volviendo á poco é inclinándose sobre él para ver si dormía.

El patricio entreabrió los ojos y se sonrió; la doncella le pasó suavemente la mano por los párpados, como para invitarle á que durmiera.

Experimentó el joven dulcísima sensación de bienestar; sentíase á la vez dichoso y enfermo.

Llegó la noche y aumentó la calentura. Vinicio no lograba conciliar el sueño y seguía con la mirada todos los movimientos de su amada. En el sopor de la fiebre, veía y oía todo lo que ocurría en derredor, pero la visión de la realidad se mezclaba con el delirio febril.

Le parecía que estaba en un cementerio antiguo y abandonado, en cuyo centro se levantaba un templo en forma de torre; Ligia era sacerdotisa de este templo. Vinicio la veía en lo alto de aquella torre tañendo una lira y cantando himnos sublimes, como las sacerdotisas que él viera en Oriente entonar durante la noche cánticos en honor de la luna. Mientras ella cantaba, él iba subiendo, á costa de ímprobos esfuerzos, por una escalera de caracol, tratando de llegar á donde la doncella estaba y llevársela. Chilón le seguía castañeteando los dientes de miedo y repitiendo hasta la saciedad: «Señor, no hagas eso, porque es sacerdotisa y El la vengará». Vinicio no sabía quién era éste El; pero tampoco se le ocultaba que iba á cometer un sacrilegio y comenzaba á tener miedo. Sin embargo, continuaba avanzando. Llegó, por fin, á la balaustrada que rodeaba la plataforma de la torre, y entonces apareció de pronto al lado de Ligia el Apóstol con su plateada barba y le dijo:

—Guárdate de tocarla, porque me pertenece.

Y al acabar de pronunciar estas palabras, echó á andar con Ligia por un camino de rayos de luna, que debía de ser el camino del cielo.

Vinicio entonces extendiendo hacia ellos los brazos les suplicó que le llevaran en su compañía...

Y se despertó, volviendo á la realidad y mirando atónito en derredor.

Una lámpara colocada en alto lucía débilmente, aunque alumbraba lo bastante para distinguir los objetos. Los cristianos se calentaban al fuego, pues la noche era fría y desabrigada la estancia, hasta el punto de que Vinicio pudiera ver que el aliento que exhalaban se condensaba en forma de tenue vapor. En el centro del grupo que los cristianos formaban estaba el Apóstol, y á sus pies, en un escabel, Ligia; cerca de ésta, Glauce, Crispo y Miriam, y Nazario, el hijo de la última, y Urso, ocupaban los dos extremos. Nazario era un hermoso muchacho de negros y largos cabellos que le llegaban hasta los hombros.

Ligia escuchaba atentamente al Apóstol, en el cual estaban fijas todas las miradas.

Pedro hablaba en voz baja.

Vinicio le miró con cierto temor supersticioso, semejante al que experimentara durante su febril delirio, pues le parecía que el ensueño que había tenido era visión profética de la realidad y que aquel anciano de cabello canoso, recién venido de lejanas playas, iba á llevarse á Ligia por misteriosos senderos á lugares remotos é ignorados. El joven estaba seguro de que el anciano hablaba de él, y temía que estuviera exponiendo un proyecto para separarle de Ligia. A él le parecía imposible que nadie pudiera hablar de otra cosa. Apelando á toda su fuerza de voluntad, procuró concentrar la atención para oir lo que Pedro decía, y se convenció de que su suposición era errónea, pues el Apóstol hablaba nuevamente de Cristo.

—Su vida se reduce á invocar ese nombre—pensó el tribuno.

El anciano relataba cómo prendieron al Salvador y decía:

—Vinieron los soldados y con ellos algunos siervos del sacerdote para apoderarse de El. Y cuando el Salvador les preguntó á quién buscaban, ellos contestaron: «A Jesús de Nazaret». Y El les dijo: «Yo soy». Entonces cayeron de rodillas, sin atreverse á poner las manos sobre El. Pero luego volvieron á formular la pregunta, y entonces se apoderaron de El.

Hizo el Apóstol una pausa, acercó las manos al fuego y prosiguió:

—La noche era fría, como ésta. El corazón se agitaba dentro de mi pecho. Saqué la espada para defenderle á El y le corté una oreja á Marco, sirviente del Sumo Sacerdote. Y habría seguido defendiéndole más que á mi propia vida si El no me hubiera dicho: «Envaina la espada. Si mi padre me envía este cáliz de amargura, ¿por qué no he de apurarlo?» Entonces le prendieron y le ataron.

Pedro hizo nueva pausa y se llevó la mano á la frente, como si quisiera ordenar la multitud de recuerdos que á su memoria acudían.

Urso, exaltado, se puso en pie, atizó la lámpara y exclamó, volviendo á sentarse:

—Pasara lo que pasara, yo...

Mas no pudo terminar la frase, porque Ligia le tapó la boca con la mano.

El ligio respiraba con la fuerza de un fuelle de fragua; en su ancho pecho rugía la tempestad, y aunque siempre estaba dispuesto á besarle los pies al Apóstol, se conocía que la escena que éste acababa de narrar no era de su agrado. ¡Si alguien, en su presencia, hubiera osado levantar la mano sobre el Redentor!... ¡Ah! ¡Ni pensarlo siquiera! Urso habría pulverizado á los soldados, á los siervos, á los sacerdotes y á los oficiales. Nada más que de pensar en aquello, echaba fuego por los ojos y en su interior se libraba penosa lucha; pues si por un lado pensaba que no solamente habría defendido al Redentor con todas sus energías, sino que habría llamado en su auxilio á todos los ligios, gente decidida y buena, por otra parte se decía que proceder así era desobedecer al Redentor, dificultando quizá la salvación del género humano. Y esta lucha le hacía derramar lágrimas.

Vinicio, entretanto, tornó á sentir el sopor de la fiebre y á soñar semidespierto. En su imaginación relacionaba lo que ahora oía con lo que el Apóstol

dijera en el *Ostrianum* acerca del día en que Cristo se apareció á orillas del Tiberiades, y veía una sábana de agua que se extendía ante sus ojos. Flotaba en aquellas aguas la barca de un pescador, y á bordo de la barca iban Pedro y Ligia; él, Vinicio, nadaba desesperadamente para alcanzar la barca, pero no conseguía llegar, porque el dolor del brazo roto se lo impedía. El oleaje le azotaba el rostro y le cegaba. Exhausto de fuerzas, vió que se sumergía y se puso á pedir auxilio con suplicante voz.

Ligia entonces se arrodillaba á los pies del Apóstol, éste hacía virar á la lancha y le alargaba un remo, al cual se asía el joven y, ayudado por la doncella y por el Apóstol, se izaba á bordo y caía extendido en el fondo de la frágil embarcación.

Luego se ponía de pie y veía que multitud de náufragos se dirigían hacia la barca; pero las embravecidas olas les cubrían de espuma y ellos levantaban las manos en demanda de socorro. Pedro salvaba sucesivamente á los que estaban á punto de ahogarse, y la barca iba creciendo á medida que entraban en ella más personas.

Pronto estuvieron á bordo todos los grupos del *Ostrianum*, formando verdadera muchedumbre. Vinicio veía con asombro que todos cabían en la barca y temió que el excesivo peso la hundiera en las revueltas aguas; pero Ligia le tranquilizó, indicándole una luz que brillaba en la lejana orilla, hacia la cual navegaban.

Vinicio veía estas escenas, como una fantasmagoría, mezcladas con las descripciones que en el *Ostrianum* hiciera el Apóstol de cómo Cristo se había presentado sobre el lago. Entre las sombras vió una figura que se movía iluminada por la luz de suave amanecer; hacia ella gobernaba Pedro la barca, y á medida que se acercaban iba amainando el viento, se calmaban las aguas y la luz adquiría mayor intensidad.

La multitud salvada entonaba himnos dulcísimos; grato aroma de nardo esparcíase por la atmósfera; brillaba hermoso el arco iris; y la barca tocó, por fin, con la quilla la arena de la encantadora ribera.

Ligia tomó de la mano á Vinicio y le dijo: «Ven; yo te guiaré». Y le condujo por el camino de la luz.

El joven creyó por breves momentos todavía encontrarse en el lago y en medio de la multitud, entre la cual, sin saber por qué, buscaba á Petronio, sorprendiéndose de no verle.

Chisporroteó la leña en la chimenea. Cerca del fuego no había ya nadie, y el resplandor de la lumbre devolvió al tribuno la visión de la realidad. La leña de olivo se consumía en el hogar y unas astillas de pino, arrojadas sin duda pocos momentos antes, despedían vivas llamas, á cuya luz vió Vinicio á Ligia sentada cerca de su lecho. La presencia de la doncella le conmovió hasta el fondo del alma. Recordó que la joven había pasado toda la noche última en el *Ostrianum*, que había dedicado el día entero á cuidarle y que ahora, cuando todos se retiraban á descansar, ella permanecía velando á su cabecera.

Fácil era adivinar por su actitud que la rendía el cansancio; estaba inmóvil y con los ojos cerrados.

Vinicio no sabía si dormía ó meditaba. Contempló su perfil delicado, sus párpados cerrados con languidez, sus manos cruzadas sobre el regazo, y en su imaginación de pagano acostumbrado á las desnudeces provocativas y á las soberbias bellezas griegas y romanas, concibió la idea de que existía en el mundo otra belleza impecable, modesta y pura, animada por un espíritu nuevo. Y aun se dijo que si ella permanecía allí cuando todos se habían ido á descansar, sería porque su religión se lo mandaba así; pero este pensamiento que le parecía muy bien tocante á la religión de Ligia, le mortificaba al mismo tiempo, porque para él hubiera sido más halagüeño que ella permaneciera á su lado atraída por su amor, por su rostro, por sus formas estatuarias: en una palabra, que su solicitud obedeciera á los mismos impulsos que

más de una vez llevaron á ceñir su cuello voluptuosos brazos de griegas y romanas blancos como la nieve

Y, sin embargo, comprendía que si Ligia fuera como las otras mujeres que rodearon su cuello con brazos de nieve y rosas, no le parecería á él tan perfecta.

Vinicio no lograba comprenderse á sí mismo ni acertaba á explicarse los fenómenos que se iban desenvolviendo en lo íntimo de su ser; pero adivinaba vagamente por sus nacientes inclinaciones, que en su alma empezaban á nacer sentimientos nuevos, para él desconocidos, y con ellos gustos y simpatías que le apartaban de sus antiguas creencias, del ambiente en que hasta entonces había vivido.

Abrió Ligia los ojos, al sentir la impresión de la fija mirada del joven, se acercó á él y le dijo:

—Estoy á tu lado.

—Y yo—contestó Vinicio—he visto en sueños tu alma.

## XXVI

El enfermo se despertó á la mañana siguiente muy débil, pero con la cabeza despejada y limpio de fiebre.

Al abrir los ojos, le pareció que le había despertado el murmullo de una conversación, pero no vió á nadie por allí cerca; sólo Urso, junto á la chimenea, arreglaba la lumbre y soplaba para avivar el fuego con tanta violencia como si sus pulmones fueran un fuelle de fragua.

Vinicio miraba con la atención de un aficionado á las luchas del Circo el hercúleo torso del ligio y sus miembros recios como columnas; recordaba que Crotón había muerto entre las manos de aquel bárbaro, y murmuraba:

—¡Gracias á Mercurio que no me ha roto el espinazo! ¡Por Pólux! Si todos los ligios son como éste, puede que llegue un día en que lo pasen mal las legiones del Danubio.

—Oye, esclavo—agregó en voz alta.

Urso levantó la cabeza y dijo sonriéndose:

—Que Dios te dé buenos días, señor, y mucha salud. En cuanto á mí, has de saber que no soy esclavo.

Quería Vinicio interrogar á Urso acerca del país de Ligia, y las palabras que aquél pronunciara le produjeron grata impresión; porque hablar con un hombre libre, aunque fuera un rústico, no era tan violento para su orgullo de ciudadano romano y de patricio como conversar con un esclavo, á los cuales no consideraban como personas ni la ley ni las costumbres.

—¿No eres de los Plaucio?—preguntó.

—No, señor; soy servidor de Calina, como lo fuí de su madre, por mi propia voluntad.

Púsose de nuevo á soplar el fuego, al que había añadido algunos trozos de leña, y cuando acabó continuó diciendo:

—En nuestro país no hay esclavos.

—¿Dónde está Ligia?

—Ha estado velándote toda la noche y ha poco que salió. Yo voy ahora á prepararte la comida.

—¿Por qué no le reemplazaste tú?

—Porque ella quiso velarte y mi deber es obedecerla.

Luego repuso, en tanto que sus ojos tomaban sombría expresión:

—Si no fuera porque la obedezco, no estarías hoy vivo.

—¿Sientes no haberme matado?

—¡Oh, no, señor! Cristo nos prohibe matar.

—¿Y Atacino, y Crotón?

—¡No pude remediarlo! El Señor me ha dado para mi castigo una fuerza terrible.

Y al expresarse así, con pena, echó una triste mirada á sus enormes manos, que no habían dejado de ser paganas, aunque él, desde lo íntimo de su alma, hubiera abrazado el cristianismo. Puso luego una olla en el fuego y se quedó pensativo contemplando las llamas.

—La culpa es tuya, señor—dijo al cabo de unos momentos.—¿Por qué te

atreviste á atentar contra ella, contra la hija de un rey?

Vinicio se estremeció de indignación al ver que aquel hombre vulgar, un bárbaro, se permitía no solamente hablarle de igual á igual, sino que osaba reprenderle. Era un detalle más que agregar á las mil cosas extrañas é inverosímiles que desde el día anterior venían sucediéndole; pero estaba débil, indefenso y solo y contuvo sus naturales ímpetus; sobre todo, porque tenía vivos deseos de conocer algunos detalles de la vida de Ligia. Dominóse, pues, y continuó preguntando á Urso acerca de la guerra entre los ligios y los suevos.

Urso estaba dispuesto á contestar, pero poco podía añadir á lo que Aulio Plaucio había referido á Vinicio. Limitóse á relatar plácidamente que no había tomado parte en la guerra porque le tocó en suerte acompañar á los rehenes al campamento de Atelio Hister. Sabía que los ligios derrotaron á los suevos y yazigos, pero que su caudillo y rey había sucumbido bajo las flechas de los últimos. Al tener noticias de que los semnones habían incendiado los bosques que bordeaban las fronteras, los ligios volvieron á toda prisa á vengar el atentado; entretanto quedaron ellos en rehenes en poder de Atelio Hister, el cual, al principio, mandó que se les tributaran honores reales. Murió luego la madre de Ligia y el jefe romano no sabía qué hacer con la niña.

Cuando se supo que una embajada ligia había ido á visitar á Pomponio y á ofrecerle el apoyo de su país contra los bohemios, Atelio Hister le mandó con Ligia á Pomponio; pero al llegar ante éste supieron que los embajadores no se habían presentado. En tales condiciones permanecieron en el campamento. Pomponio les llevó luego á Roma, y, obtenido el triunfo, entregó á la hija del rey Ligio á Pomponia Grecina.

Aunque Vinicio sólo desconocía algunos detalles de la narración de Urso, y poco importantes por cierto, escuchó al gigante con mucha complacencia; porque lisonjeaba su amor propio oir de labios de un testigo ocular la confirmación de la regia estirpe de Ligia. Esta, como hija de rey, podía ocupar en la corte del César una posición igual, por lo menos, á la de las hijas de las más encumbradas familias romanas; con tanta más razón, cuanto que la nación que gobernara su padre nunca estuvo en guerra con Roma, y aunque bárbaro, podía ser enemigo terrible pues si los informes del propio Atelio Hister eran exactos, poseía grandes fuerzas, especialmente por la intrepidez de sus guerreros.

Urso, contestando á una pregunta del tribuno, vino á robustecer esta opinión diciendo:

—Vivíamos en los bosques, pero nuestras tierras son tan dilatadas, que no hay quien sepa adónde llegan los límites; en tan vasto territorio habita un pueblo numerosísimo. Tenemos también ciudades, cuyos edificios son de madera, en medio de los bosques, y en ellas abunda todo porque les quitamos á los cuados el botín que recogen en sus excursiones. Ellos no se atreven á atacarnos, pero cuando sopla el viento de la parte de su país, incendían nuestros bosques. Nosotros no les tenemos miedo ni á ellos ni al mismo César romano.

—Los dioses han hecho á Roma señora del mundo—le dijo severamente Vinicio.

—Los dioses son espíritus malos—replicó Urso con sencillez;—y donde no hay romanos no se siente su dominio.

Atizó el ligio el fuego y luego continuó de esta manera:

—Cuando el César se llevó á Calina al Palatino temí que le acaeciera una desgracia y pensé ir á nuestros bosques para llamar á los ligios en socorro de la hija de nuestro rey. Seguramente habrían avanzado hacia el Danubio, porque forman un pueblo virtuoso, aunque pagano; pero yo les habría llevado la «buena nueva». De todos modos, si Calina vuelve á casa de Pomponia Grecina le pediré permiso para ir á nues-

tro país, porque Cristo nació en tierras muy lejanas y allí todavía no han oído hablar de El. Claro es que sabía mejor que yo en dónde debía nacer; pero si hubiera nacido entre nosotros no le habríamos maltratado y muerto: de eso estoy seguro. Le habríamos cuidado solícitos y atendido tanto, que nunca le faltaran aves, hongos, pieles de castor y ámbar. Y todo el botín que les quitáramos á suevos y bohemios se lo habríamos dado á El para que disfrutara de comodidades, abundancia y bienestar.

Mientras hablaba de esta suerte, puso otra vez en la lumbre la olla con la comida de Vinicio y luego guardó silencio.

Entonces recorrió con la imaginación y por breves instantes los frondosos bosques ligios, hasta que empezó á hervir la olla; volcóla luego en un plato grande y después de enfriar un poco el contenido, dijo:

—Señor, Glauco cree que debes mover lo menos posible hasta el mismo brazo sano. Calina me ha mandado que te dé de comer.

Lo mandaba Ligia y no era posible hacer la menor objeción, ni á Vinicio se le hubiera ocurrido contrariar su voluntad, segrada para él como la de la hija del César ó la de una diosa. No replicó, pues.

Urso se sentó en la cama, echó el líquido en una taza y acercó ésta á la boca del joven.

Tanta era la solicitud del ligio y tan afable la expresión que en su rostro se advertía, que Vinicio no daba crédito á sus ojos ni comprendía cómo podía ser aquel hombre el formidable bárbaro que aniquilara á Crotón y que á él mismo le habría hecho pedazos sin la compasiva intervención de Ligia. Ante este contraste se preguntaba el joven qué fenómenos se estarían realizando en el alma de aquel hombre tan sencillo, que no era más que un bárbaro y un sirviente.

En el desempeño de su cometido demostró Urso que era un enfermero tan cuidadoso y solícito como torpe y desmañado; la taza desaparecía entre sus manazas hasta el punto de no quedarle al enfermo sitio en donde poner los labios. El ligio hizo algunos esfuerzos, que resultaron completamente infructuosos, y acabó por decir muy apurado:

—¡Ay! ¡Creo que me costaría menos trabajo coger un uro (1) por los cuernos!

Los apuros de Urso regocijaban á Vinicio; pero su triste exclamación le hizo efecto. Había visto en los circos algún terrible uro procedente de las selvas del Norte, y siempre observó que se acercaban á él temerosos los más audaces *bestiarii*, los cuales, aunque habituados á luchar con las fieras en los juegos públicos, tenían miedo á aquellos animales, que sólo al elefante cedían en tamaño y fuerza.

—¿Has cogido alguna vez por los cuernos á semejante fiera?—preguntó con asombro.

—Hasta que cumplí los veinte años, les tenía miedo—contestó Urso;—pero después me atreví á probar.

Y continuó dándole de comer á Vinicio, más torpemente si cabe, hasta que, convencido de su mala maña, acabó por decir:

—Voy á llamar á Nazario ó á Miriam.

Pero en aquel momento apareció detrás de la cortina el pálido rostro de Ligia y la joven dijo:

—Voy, voy.

Y, en efecto, pronto salió del *cubiculum*, donde debía de estar preparándose para entregarse al sueño, pues traía puesta solamente una túnica talar ó camisa de dormir que los romanos llamaban *capitium* y que le cubría completamente el pecho, y además llevaba suelto el cabello.

Vinicio sintió que su corazón latía con violencia al presentarse la joven. Reprendió á ésta dulcemente porque todavía no se había entregado al reposo, y ella replicó con placentero acento:

---

(1) Uro, toro bravío de Polonia.

—Me preparaba á descansar; pero antes tengo que relevar á Urso.

Tomó la taza de manos de éste, y, sentándose en el borde de la cama, empezó á darle el alimento á Vinicio, el cual experimentaba indecible gozo.

Cada vez que la doncella se inclinaba hacia él sentía el joven el suave calor de su cuerpo y le rozaban el pecho los sueltos cabellos de Ligia. Estaba pálido de emoción y embargado por un dulce sentimiento: comprendía que coronando los adorables encantos que admiraba había una cabeza digna de ser amada sobre todas las cosas y superior á todo; una cabeza á cuyo lado, según Vinicio, nada significaba el mundo entero. Al principio sólo quería poseer á Ligia; después comprendió que comenzaba á amarla con todo su corazón. Como suele acontecer, hasta entonces había sido egoísta, insensible y ciego, como todos sus contemporáneos, y sólo pensaba en sí mismo; ahora empezaba á pensar en Ligia.

Llegó un punto en que no quiso tomar más alimento, y aunque mirar á la doncella y tenerla al lado le producía gran complacencia conforme con sus nuevas ideas, la dijo:

—Basta ya; vete á descansar, divina mía.

—No me llames divina; no quiero oir semejantes palabras de tus labios —replicó la joven.

Y mirándole luego sonriente, le dijo que ya no estaba cansada ni tenía sueño ni se recogería hasta que viniera Glauco.

Vinicio escuchaba las palabras de la doncella como si fueran dulce música; tenía el corazón inundado de alegría, de gratitud creciente, y pensaba en la manera de demostrar lo mejor posible esta alegría y esta gratitud.

—Ligia—dijo tras breve pausa,—no te conocía y he querido conseguirte por medios reprobados. Vuélvete á casa de Pomponia y vive tranquila, con la seguridad de que en lo sucesivo ningún peligro te amenazará.

Una nube de tristeza obscureció la frente de la doncella, que replicó:

—Muy grato sería para mí volver á ver á Pomponia; aunque fuera desde lejos; pero es imposible que yo vuelva á su casa.

—¿Por qué?

—Los cristianos sabemos por Actea lo que ocurre en el Palatino. ¿Ignoras quizá que el César, después de mi fuga, llamó á Pomponia y á Plaucio y les amenazó con su cólera porque creyó que me habían ayudado? Afortunadamente, le dijo Aulio:

«—Señor, ya sabes que la mentira nunca manchó mis labios: pues bien: te juro que no hemos cooperado á la fuga de Ligia, cuyo paradero ignoramos.»

—Y el César—repuso Ligia—lo creyó y no pensó más en el asunto. En cuanto á mí, aconsejada por mis superiores no le he escrito á mi madre ni le he indicado mi paradero, para que siempre, y bajo juramento si fuera necesario, pueda sostener que no sabe dónde me encuentro. Puede que tú no comprendas bien esto, Vinicio; pero has de saber que entre nosotros es pecado la mentira y que no debemos mentir ni para salvar la propia vida. Tal es nuestra religión, que traza derroteros hasta para los afectos que anidan en nuestro corazón. Ahora comprenderás por qué no he visto á Pomponia desde que salí de su casa, y que obrando así he cumplido con mi deber. De vez en cuando, llegan hasta ella ciertos ecos lejanos, confusamente, y así sabe que estoy viva y que no me amenaza peligro alguno.

Mientras que la doncella hablaba en estos términos, las lágrimas empañaron sus hermosos ojos; pero se dominó pronto y dijo:

—Sé que nuestra separación le es también penosísima á Pomponia; pero los cristianos tenemos fuentes de consuelo que para los demás son desconocidas.

—Sí, vuestro consuelo es Cristo; pero yo no lo comprendo.

—Oye: para nosotros no hay separación, dolor ni sufrimientos; y si sobrevienen, se convierten en goces. La

muerte, que para vosotros es el fin de la vida, para nosotros es el principio, la trasmutación de una felicidad mezquina y efímera en felicidad grande y duradera; de una dicha agitada por la zozobra en otra perenne y serena. ¡Reflexiona cómo será una religión que nos manda amar á nuestros enemigos, que prohibe y condena la mentira, que purifica las almas, desterrando de ellas el odio, y que promete una felicidad sin fin después de la muerte!

—Ya tuve ocasión de oir esas doctrinas en el *Ostrianum* y doy fe de cómo os habéis conducido conmigo y con Chilón. Cuando pienso en ello, me parece que he soñado y que no debo dar crédito á mis oídos ni á mis ojos. Mas dime, Ligia: ¿eres feliz?

—Sí; el que ama á Cristo no puede ser desgraciado.

Vinicio la miró, convencido de que todo aquello que oía estaba por encima de la comprensión humana, y repuso tras breve pausa:

—¿No tienes ganas de volver á casa de Pomponia?

—Lo deseo con toda mi alma, y algún día volveré si tal es la voluntad de Dios.

—En ese caso, te aconsejo que vuelvas, y juro por mis lares que no te amenazaré nunca más.

—No puedo seguir tu consejo porque sería lo mismo que exponerles al peligro. El César no quiere á los Plaucio, en Roma se propagan las noticias rápidamente, gracias á los esclavos, y si yo tornara á aquella casa, mi regreso haría ruido, Nerón lo sabría al punto y castigaría á Plaucio y á Pomponia, ó, por lo menos, me separaría nuevamente de ellos.

—Tienes razón; todo podría ocurrir tal como dices y el César se apoderaría otra vez de ti, aunque no fuera más que para demostrar que es preciso obedecer sus mandatos. Te olvidó porque tu fuga no le importaba á él, sino á mí, y quizá si te recordara y tornara á sacarte de casa de Aulio sería para enviarte á la mía; si así sucediera, yo te llevaría á casa de los Plaucio.

—¿Quieres verme otra vez en el Palatino?

—No — contestó Vinicio apretando los dientes.—He hablado como un necio.

Y al expresarse así, creyó que á sus pies se abría un abismo. Aunque era patricio, tribuno militar y potentado, por encima de él y de todos los magnates romanos estaba un loco, cuyos caprichos y malignidad iban más allá de toda previsión. Unicamente los cristianos podían prescindir de Nerón ó no temerle, porque para ellos nada representaba la vida terrenal con sus angustias y dolores y aun á la misma muerte no le daban importancia; pero los demás hombres temblaban en presencia del tirano. Las angustias de la época en que vivía aparecían ya á los ojos de su imaginación con toda la magnitud de su monstruosidad. No había, pues, posibilidad de que Ligia volviera á casa de Pomponia; lo impedía el temor de que el monstruo la recordara y descargase sobre ella su cólera. Por la misma razón la expondría casándose con ella, expondría también á Plaucio, y él mismo estaría en peligro; un momento de mal humor del César podía ocasionar la ruina de todos.

Discurriendo de esta suerte pensó Vinicio por vez primera que el mundo debía transformarse ó de lo contrario le sería imposible la existencia. Entonces vió claro lo que antes se le ofrecía como un enigma, á saber: que en tiempos como los que atravesaba solamente podían ser felices los cristianos. Mas ante todo y por encima de todo sintió honda pena, porque también vió con claridad meridiana que él mismo había creado el peligro que amenazaba su vida y la de Ligia y aquella situación tan difícil, á la que era ardua empresa buscarle salida.

—¡Eres más feliz que yo!—exclamó con desaliento.—Vives pobre, en este mezquino aposento y rodeada de gente sencilla; pero tienes para tu dicha tu religión y tu Cristo mientras que yo sólo te tengo á ti. Cuando huiste de mi lado me dejaste reducido á la condi-

ción del mendigo que carece de techo que le cobije y de pan que llevarse á la boca; vales más para mi corazón que el mundo entero. Te busqué, porque no podía vivir sin ti. No me atraían los placeres ni las fiestas ni el sueño acudía á cerrar mis ojos. Si no me hubiera sostenido la esperanza de encontrarte me habría atravesado el pecho con la espada; pero me daba miedo la muerte, porque me privaría de volver á verte. La verdad es que la vida sin ti es para mí un tormento. Hasta ahora me ha alentado la esperanza de encontrarte y recrearme mirándote. ¿Te acuerdas de nuestras conversaciones en casa de Aulio? Un día dibujaste en la arena un pez; entonces no sabía yo lo que significaba. ¿Recuerdas que jugamos á la pelota? Te amaba ya más que á mi vida y tú empezabas á adivinar mi amor. Llegó Plaucio, interrumpió nuestro coloquio y me atemorizó con Proserpina y Pomponia, cuando nos íbamos de tu casa, le dijo á Petronio que Dios era uno, justo y todopoderoso; pero la verdad es que entonces no se me ocurrió ni por asomo pensar que Cristo era su Dios y el tuyo. Que yo te reciba de manos de El y le amaré, aunque tu Dios me parece el de los esclavos, los extranjeros y los mendigos. Estás á mi lado, y, aunque cerca de mí, sólo en El piensas. Piensa también un poco en mí, si no quieres que le aborrezca. Para mí tú y sólo tú eres la divinidad. ¡Bendito sea tu padre, bendita tu madre, bendita la tierra que te vió nacer! ¡Quisiera abrazarme á tus pies, elevar hasta ti mis plegarias, rendirte todos los honores y presentarte ofrendas y homenajes; mujer tres veces divina! ¡Ah, no, no sabes, no puedes saber cuánto te amo!

Vinicio se pasó la mano por la frente y entornó los ojos. Su carácter no admitía término medio para amar ni para odiar. Se expresaba con fuego y con vehemencia, como el que no es dueño de sí mismo y carece de voluntad para enfrenar y medir las palabras y los sentimientos; pero hablaba sinceramente y con toda su alma. Saltaba á la vista que la amargura, el anhelo, la pasión, todos aquellos sentimientos acumulados y confundidos durante largo tiempo en su corazón, se desbordaban al fin, como torrente impetuoso de fogosas frases. Algunas de éstas sonaban á blasfemias en los oídos de Ligia; sin embargo, su corazón palpitaba con fuerza, como si quisiera romper la túnica que cubría su seno virginal. Los sufrimientos de aquel hombre le causaban pena y compasión, y los homenajes que le tributaba la conmovían hasta lo más íntimo de su ser. Conocía que era amada y deificada hasta lo infinito, que aquel hombre peligroso é indomable era suyo en cuerpo y alma como un esclavo, y la conciencia del propio poder y la de la sumisión de él la inundaban de felicidad.

Las memorias de pasados días revivieron en breves instantes. Vinicio tornaba á ser para ella el joven hermoso como un dios del paganismo; el que en casa de Plaucio le hablara de amor, despertando su entonces casi infantil corazón. Mas era también el mismo Vinicio de cuyos brazos la arrancara Urso en el memorable banquete del Palatino, como se liberta á la víctima del incendio de la aterradora llama que la envuelve. Y ahora que veía retratados en su aguileño rostro el éxtasis y el dolor, ahora que pálido, herido, quebrantado por el amor, rendido y pronto á someterse y á rendirle homenaje, yacía en el lecho, Ligia veía en él al hombre que había soñado y amado, al preferido de su alma, tal como nunca le viera.

De pronto, comprendió con miedo que podía llegar el día en que el amor de Vinicio se apoderara de ella, la dominara y arrastrara como el viento á las hojas; y la asaltó el estremecimiento de pavor que experimenta el que se ve al borde de tenebroso abismo, al recordar que el tribuno era un corrompido soldado de Nerón. ¿Y para venir á esta conclusión había dejado la casa de Aulio, huído y ocultádose en los barrios más miserables? ¿Quién era Vinicio? Un augustano, un cortesano de Nerón,

que tomaba parte en las desenfrenadas orgías palatinas, que hacía ofrendas á los falsos dioses del paganismo, en los cuales no creería probablemente, y sin embargo les tributaba culto. Vinicio la había perseguido con ensañamiento para convertirla en su esclava, en su concubina; para lanzarla en aquella licenciosa y desenfrenada sociedad que se agitaba en la molicie y el libertinaje, en el crimen y en la deshonra; en aquella sociedad que provocaba la cólera y la venganza de Dios. Verdad es que parecía modificado; pero, ¿no acababa de decirle que si pensaba más en Cristo que en él aborrecería á Cristo? La desdichada, presa de indecible angustia, tuvo miedo de sentir un amor que no fuera el de Cristo, de incurrir en pecado contra El y contra su religión.

En el preciso instante en que en el alma de Ligia se libraba esta lucha se presentó Glauco, que venía á informarse de la salud del paciente. Este no fué dueño de reprimir un gesto de contrariedad, al ver interrumpido su coloquio; y cuando el médico le interrogó, contestóle malhumorado y desdeñoso. Verdad es que pronto se dominó; pero si Ligia había concebido la esperanza de que lo que el joven había oído en el *Ostrianum* hubiera ejercido beneficioso influjo en su alma de romano, tuvo que renunciar á ella; Vinicio no había cambiado más que en lo tocante á Ligia; pero fuera de este sentimiento ennoblecido, en su pecho seguía latiendo el mismo corazón duro y egoísta, corazón de romano y de lobo, inaccesible á elevadas concepciones, á las doctrinas del cristianismo y á la gratitud.

La doncella salió de la estancia con el alma llena de zozobra y de ansiedad: había ofrecido á Cristo un corazón sereno y cristiano, puro como una lágrima, y la serenidad de ese corazón ya no existía; un insecto ponzoñoso se había posado en la perfumada flor y dejaba oir el denunciador zumbido.

El sueño huyó de los ojos de la desventurada, aunque el cansancio de las dos noches de vigilia la rendía; y cuando logró dormirse no consiguió el reposo necesario: soñó que veía á Nerón entrar en el *Ostrianum* á la cabeza de un ejército de augustanos, bacantes, escribientes y gladiadores, y montado en magnífico carro. El César aplastaba á los cristianos que caían bajo las ruedas de su carro adornado con guirnaldas de rosas, y Vinicio, estrechándole entre sus brazos, la llevaba á la cuádriga, repitiéndole al oído:

—Ven; ven con nosotros.

## XXVII

A partir de entonces, Ligia entró con menos frecuencia en la habitación del enfermo y se acercó pocas veces al lecho; pero la calma no volvía á su espíritu. Observaba que Vinicio la miraba con expresión de súplica, que soportaba en silencio su retraimiento, temeroso de disgustarla con una queja y de alejarla de su lado, y comprendía que ella era para el joven la felicidad y la salud. Cuando más procuraba sustraerse á las miradas del enfermo, más aumentaban la compasión y el interés que el tribuno le inspiraba, y más crecía en su corazón la ternura. A veces se decía que su deber le mandaba precisamente estar al lado del paciente, tanto porque Cristo quiere que se devuelva bien por mal, como porque era necesario inculcar en el ánimo del pagano las doctrinas del Divino Maestro; pero la voz de la conciencia le avisaba pronto el peligro en que estaba de engañarse á sí misma, disfrazando con el ropaje de la caridad los impulsos del amor: decíale que no era el espíritu cristiano el que hacia Vinicio la impulsaba, sino el amor y el secreto encanto que éste inspira, encanto que ya ejercía el joven sobre ella, atrayéndola con fuerza irresistible.

Y así vivía Ligia: en lucha constante, cada día más cruel, y como aprisionada en una red de tupidas mallas, en la que cada vez se enredaba más, gracias á los esfuerzos que hacía por li-

brarse de ella. El transcurso de los días aumentaba en su corazón la necesidad de ver al tribuno, cada vez le era más grato escucharle, y tenía que apelar á todas las energías de su voluntad para no sentarse á su cabecera. Cuando se aproximaba al lecho y veía que un rayo de alegría iluminaba el pálido rostro de Vinicio, sentía indecible gozo en el fondo del alma.

Un día sorprendió huellas de llanto en los ojos del joven, y por vez primera en su vida pensó que aquellas lágrimas podía ella enjugarlas con sus besos; mas asustada de tal idea é indignada consigo misma, pasó la noche llorando.

Vinicio, en cambio, se había vuelto tan sufrido como si hubiera hecho voto de paciencia: cuando sentía un arrebato de cólera ó de orgullo, lo reprimía enérgicamente y dirigía á la joven una mirada de alarma, reveladora del temor de ofenderla.

Nunca hasta entonces había podido adquirir Ligia una seguridad tan absoluta de que era profundamente amada; y al sentirse objeto de tan vivo afecto, se consideraba dichosa y culpable á la vez.

Vinicio también estaba muy variado: en sus conversaciones con Glauco, no predominaba ya la soberbia; empezaba á comprender que eran seres humanos el pobre médico esclavo, la mujer extranjera, la vieja Miriam, que se desvivía por cuidarle, y Crispo, que pasaba la existencia engolfado en sus oraciones. Y por más que este orden de ideas le asombrara, ocupaba á menudo su mente.

Poco á poco se fué aficionando á Urso, con quien entablaba largos diálogos, porque hablando con él oía y pronunciaba á cada momento el nombre de Ligia.

El ligio, por su parte, era incansable narrador, y, aunque desempeñaba al lado del enfermo los más humildes servicios, también le iba cobrando afecto.

Vinicio consideraba á Ligia como á un ser superior que estaba cien codos por encima de las personas que la rodeaban; pero también empezaba el joven patricio á mirar con atención á la gente humilde y sencilla, atención que nunca había pensado en dispensarle, y descubría rasgos que jamás pudo presumir. Sólo Nazario le era intolerable, porque sospechaba que el pobre muchacho había osado poner los ojos en la doncella. Durante mucho tiempo disimuló la aversión que le inspiraba; pero un día el mancebo le trajo á la joven dos codornices que había comprado en el mercado con el producto de su trabajo, y entonces reapareció en Vinicio el descendiente de los orgullosos Quirites (nobles romanos), para quienes todo advenedizo procedente de países extranjeros era tenido en menos que un vil gusano. Cuando oyó que Ligia le daba las gracias palideció de cólera y le dijo á la doncella, tan pronto como Nazario se ausentó para ir por agua:

—¿Cómo consientes que te obsequie ese mancebo? ¿Ignoras que á los de su nación les llaman los griegos perros judíos?

—No sé cómo les llaman los griegos; pero sí que Nazario es cristiano y por consiguiente hermano mío—replicó Ligia.

Y al proferir estas palabras miró á Vinicio con asombro y pena, pues ya iba perdiendo la costumbre de oirle semejantes sobarbadas.

El patricio apretó los dientes para no decir que de la mejor gana mandaría apalear al importuno hermano y que con el mayor gusto le enviaría luego á cavar las viñas sicilianas en calidad de *compeditus* (preso) con los correspondientes grilletes en los pies.

Cuando consiguió ahogar la ira en lo más hondo del pecho, dijo:

—Perdóname, Ligia; tú eres siempre para mí la hija de un rey y la hija adoptiva de los Plaucio.

Y logró dominarse hasta tal punto, que cuando regresó Nazario, le prometió regalarle un par de pavos reales ó de flamencos de los muchos que tenía en su jardín.

A Ligia no podía ocultársele el heroico esfuerzo que le costaba al joven cada una de estas victorias sobre sí mis-

mo, y su corazón se inclinaba más hacia Vinicio á medida que éste conseguía más á menudo vencerse.

Por esta vez el mérito de la victoria estaba muy por debajo del concepto que había formado Ligia; porque si bien Vinicio se indignó con el muchacho, fué por su atrevimiento y no porque de él tuviera ni asomos de celos. Según su manera de ver, el hijo de Miriam no tenía más importancia que un perro; además, no era más que un niño, y si amaba sería con amor inconsciente y servil.

Luchas mayores y más difíciles hubo de sostener consigo propio para pasar en silencio el homenaje que los cristianos rendían al nombre de Cristo y á su religión. Tocante á esto, se iban produciendo asombrosos fenómenos en su alma: Ligia creía en la religión cristiana, y ello bastaba para que él estuviera pronto á acatarla.

A medida que recobraba la salud iban reapareciendo en su memoria los pasados acontecimientos y resurgiendo las ideas que habían agitado su cerebro desde la noche del *Ostrianum*; y cuanto más pensaba en ello, más y más le asombraba el sobrehumano poder de aquella religión que transformaba radicalmente el alma de los hombres. Comprendía que encerraba algo extraordinario y nunca conocido sobre el haz de la tierra, y que si se difundiera por el orbe, llevando á la conciencia de la humanidad sus máximas de amor y de caridad, traería al postre, en días más ó menos remotos, una era como la legendaria en que no regía el mundo Júpiter, sino Saturno.

Ya no se atrevía Vinicio á dudar del origen sobrenatural de Cristo ni de su resurrección: hombres que no mentían aseguraban que fueron testigos presenciales del milagro, y era insensato suponer que relataran sucesos que no habían ocurrido. Además, el excéptico tribuno podía dudar de los dioses, pero no de los milagros. Estaba, pues, ante un maravilloso enigma, con cuya solución no atinaba.

Por otra parte, la religión del Crucificado le parecía incompatible con el orden de cosas existentes, impracticable y más descabellada que las demás religiones. A su modo de ver, lo mismo los romanos que los demás hombres podían ser malos; pero esto no quería decir que también lo fuera el orden de cosas establecido, que, por el contrario, era bueno y no debía sufrir transformación alguna. Si el César fuera hombre de bien á carta cabal y el Senado estuviera compuesto de ciudadanos como Tráseas, y no de insignificantes libertinos, ¿qué más se podía apetecer? Nada; la supremacía de Roma y la paz interior eran beneficiosas para todos, y justa y apropiada la distinción de clases entre los hombres. La religión cristiana vendría á destruir, en concepto del joven, todo orden, toda supremacía, toda distinción. Y entonces, ¿á qué quedaría reducido el poder de Roma? ¿Dejarían los romanos de gobernar ó tendrían que reconocer como iguales á las bárbaras naciones conquistadas y uncidas á su carro? Esto no le cabía en la cabeza al conturbado patricio.

Por lo que á él personalmente le atañía, la religión del Crucificado estaba en abierta oposición con sus ideas y costumbres, con su carácter y con el concepto que tenía de la vida. ¿Cómo, pues, vivir, si un día se decidiera á admitirla y profesarla? La temía y la admiraba; pero sólo de pensar en aceptarla se estremecía. Cuando reflexionaba que esa religión era el único obstáculo que le separaba de Ligia, la aborrecía con todas las veras de su alma; pero también se veía obligado á reconocer que esa misma religión la había dado al alma de la doncella la inexplicable y extraordinaria belleza que á él le subyugaba y que le infundía en el corazón el respeto que ponía un freno á su amor y un dique á su deseo; la que había hecho de Ligia el ser que él veneraba y amaba sobre todos los seres de la tierra.

Al llegar á este punto se sentía inclinado á amar á Cristo, comprendiendo que le era forzoso amarle ó aborrecerle; no había término medio ni in-

diferencia posible. Fluctuaba entre dos corrientes opuestas, vacilaba y se perdía en un laberinto de ideas y de sentimientos, sin saber qué partido tomar, y acababa por inclinar la cabeza ante ese Dios para él incomprensible, rindiéndole acatamiento porque era el Dios de Ligia.

A ésta no se le ocultaba la evolución que se iba operando en el alma de Vinicio; seguía paso á paso la lucha que el joven sostenía consigo mismo y veía que, en resumen, no admitía el cristianismo. Y aunque esto le desagradaba mucho, en su corazón predominaban la compasión, la simpatía y la gratitud más sinceras, excitadas por la mansedumbre y el silencioso respeto del tribuno para Cristo, actitud que atraía cada día más á la doncella. Pero ésta no olvidaba la situación de Aulio y de Pomponia; para la amante esposa del General era constante torcedor la idea de que no podría reunirse con su marido más allá de la tumba, porque Plaucio no era cristiano. Y Ligia comprendía el tormento, la amargura de tal situación, porque también sufría mucho al pensar que había encontrado un ser querido y que sobre su cabeza se cernía la amenaza de una separación eterna.

A veces procuraba engañarse á sí misma diciéndose que el alma de Vinicio se abriría al cristianismo; pero su ilusión no podía ser duradera; conocía demasiado bien al patricio. ¡Vinicio cristiano! ¡Imposible! Tal esperanza era quimérica, irrealizable. Si Aulio, prudente y reflexivo y al lado de la recta y virtuosa Pomponia, no había llegado á convertirse al cristianismo, ¿cómo podría convertirse Vinicio? De ninguna manera; para él no había esperanza ni salvación.

Más de una vez pensó Ligia en hablarle noble y lealmente del obscuro porvenir que se le ofrecía; pero, en cierta ocasión, estando sentada á su lado y cuando le decía que fuera de las verdades del cristianismo no había vida, Vinicio, cuya salud mejoraba mucho, se incorporó, apoyándose en el brazo sano, reclinó la cabeza en el regazo de la doncella y exclamó:

—¡La vida eres tú!

Ligia se quedó helada; la abandonó su habitual presencia de ánimo y una especie de arrobamiento invadió todo su ser. Apoyó las manos en la frente del joven para obligarle á levantar la cabeza, é involuntariamente se inclinó tanto, que rozó con los labios los cabellos del tribuno. Durante un momento ambos se sintieron presa de dulcísimo deliquio, de un éxtasis embriagador, y sólo pensaron el uno en el otro bajo la influencia de aquel sublime anhelo que les movía á unirse con un solo y recíproco impulso de amor y de adoración.

La enamorada doncella se levantó de pronto y huyó presurosa, sintiendo que corría por sus venas ardiente llama y que la cabeza le daba vueltas.

Aquel instante de embriaguez fué la gota que hizo rebosar la copa, llena ya hasta los bordes.

Vinicio no podía adivinar cuán caro pagaría tan breve momento de felicidad; Ligia comprendió que había llegado el instante de ponerse en salvo. No se le ocultaba que necesitaba ayuda y socorro, pues sola era impotente para luchar con el sentimiento que la impulsaba. Pasó la noche en vela, llorando y orando, y aun le parecía que Dios no escucharía ya sus plegarias.

A la mañana siguiente conferenció con Crispo en aquella glorieta del jardín cubierta de verde yedra, de campanillas marchitas y de secos sarmientos de la parra; allí le abrió su alma y le rogó que le permitiera salir de casa de Miriam porque ya carecía de confianza en sí misma y no podía ahogar en el corazón el amor que por Vinicio sentía.

Crispo, anciano severo y lleno de religioso fervor, accedió al deseo de la doncella; pero no encontró una palabra para perdonar aquel amor que consideraba culpable. La indignación le ahogaba sólo de pensar que aquella criatura custodiada por él el día de su fuga, á quien había amado, y robustecido

en la fe; aquella azucena nacida en el campo de la doctrina cristiana sin que el más leve soplo de impureza empañara su candor, hubiera dado entrada en su alma á un asqueroso gusano, á un amor terrenal. Hasta aquel instante, había creído que no existía sobre el haz de la tierra otro corazón más exclusivamente consagrado á Cristo, y el desengaño que acababa de sufrir le llenaba de pesar y de asombro.

—¡Vete y pídele á Dios que te perdone!—exclamó el inflexible anciano. —Huye antes de que el mal espíritu que de ti se ha apoderado te hunda en la más completa ruina y antes de que tus actos pugnen abiertamente con las enseñanzas del Divino Maestro. El murió en afrentosa cruz por redimir tu alma con su sangre, y tú prefieres amar al que de ti quiso hacer su concubina. Dios te salvó milagrosamente, y tú abres el corazón á los deseos impuros amando al hijo de las tinieblas. ¿Quién es ese hombre? El amigo, el servidor del Anticristo, su compañero de crímenes y de libertinaje, el que te conducirá al abismo de la Sodoma en que vive y que el Señor destruirá con el fuego de su santa ira. ¡Valiera mil veces más que hubieras muerto, que las paredes de esta casa se desplomaran sobre tu cabeza, hundiéndote en las ruinas, antes de que en tu alma se introdujera la serpiente y la manchara con la ponzoña de la iniquidad!

A medida que hablaba Crispo, se exaltaba más y más; el desencanto que Ligia le hacía sufrir le producía dolor y rabia, y al mismo tiempo le causaba horror y repugnancia la Humanidad en general y la mujer en particular, porque los verdades del cristianismo no tenían poder bastante para protegerla contra la debilidad que perdió á Eva. Para el anciano nada significaba que la joven hubiera conservado su pureza, que quisiera huir de aquel amor, que lo confesara arrepentida y contrita; él había querido transformarla en ángel, elevarla á las alturas en que sólo existe el amor divino, y ella desvanecía sus ilusiones y hundía sus esperanzas, enamorándose de un augustano. ¡Ah, no; Crispo no podía perdonarla! Por eso, en vez de palabras de perdón y de consuelo, brotaban de sus temblorosos labios anatemas y nada más que anatemas; pero le producía honda pena pronunciarlos, mientras agitaba nerviosamente las descarnadas manos por encima de la cabeza de la aterrorizada niña.

Esta se reconocía culpable; pero no tanto. Y entendía que el alejarse de casa de Miriam era alcanzar señalado triunfo sobre la tentación é imponerse una verdadera expiación de la falta. Mas Crispo la acongojaba con sus recriminaciones, demostrándole que su alma seguía un camino de perdición que ella no había ni remotamente sospechado; al contrario: Ligia, cuando apeló al anciano presbítero, que había sido para ella un padre desde el día de la fuga, creía que Crispo se mostraría compasivo y que la consolaría y le infundiría valor y fortaleza.

—El dolor que me causas—dijo el anciano—se lo ofrezco á Dios; pero ten presente que á El le has engañado como á mí, yendo á hundirte en un lodazal que con sus miasmas ha envenenado tu alma. Tu alma, que debías ofrecérsela á Cristo como un cáliz precioso, diciéndole: «Llénalo de tu gracia, Dios mío». Mas antes que hacerlo así, has preferido entregársela al servidor del genio del mal... Que Dios te perdone y tenga misericordia de ti; yo no te miraré como á la elegida del Salvador, mientras no hayas lanzado de tu corazón á la serpiente.

El anciano se interrumpió; acababa de advertir que no estaban solos. Al través de la yedra del cenador, veía á dos hombres: uno era Pedro, el Apóstol; el otro, envuelto en un manto de burda lana de los llamados *cilicium*, parecía Chilón, el griego.

Como uno y otro oyeran hablar á Crispo, que exaltado levantaba la voz, entraron en la glorieta y se sentaron en un banco de piedra.

El acompañante de Pedro era de rostro demacrado y ascético, de cabello ri-

zoso y un principio de calvicie iba despoblando la parte superior de su cabeza; tenía enrojecidos los párpados, corva la nariz, y en su rostro, que nada tenía de hermoso, pero que expresaba inspiración, reconoció Crispo al punto las facciones de Pablo de Tarso.

Ligia se postró de hinojos, abrazóse á las rodillas de Pedro con desesperación, y con la cara oculta entre los pliegues del manto del Apóstol permaneció inmóvil y silenciosa.

—La paz sea con vosotros—dijo Pedro.

Y al ver á la niña arrodillada á sus pies, preguntó qué había ocurrido.

Crispo le refirió lo que Ligia le había contado, lamentándose de que aquella alma que quería ofrecer á Cristo pura como una lágrima, hubiera pecado, manchándose con un sentimiento terrenal inspirado por uno de los paganos que con sus odiosos crímenes provocaban la divina venganza.

Mientras el anciano hablaba, Ligia permanecía arrodillada á los pies del Apóstol, como buscando amparo é implorando misericordia.

Pedro escuchó sin pestañear, hasta que terminó Crispo; luego se inclinó, impuso la diestra sobre la cabeza de la niña, y, mirando al anciano presbítero, habló de esta manera:

—¿No has oído decir que nuestro amado Maestro estuvo en las bodas de Canaán y bendijo el amor de los esposos?

Crispo dejó caer los brazos y miró asombrado al Apóstol, sin poder proferir una palabra.

—¿Crees—repuso Pedro tras breve pausa—que Cristo, que permitió á María Magdalena postrarse á sus pies y llorar y que perdonó á la gran pecadora, apartaría los ojos de esta virgen, pura como el lirio de los campos?

Ligia apretó convulsivamente las rodillas de Pedro y rompió en sollozos, comprendiendo que no había buscado inútilmente su consuelo y su amparo.

El Apóstol la hizo levantar el rostro, que apareció inundado de lágrimas, y y la dijo:

—Hasta que los ojos del hombre á quien amas se abran á la luz de la verdad, huye de él, para que no te contamine con su error; pero pide por él á Dios, porque el amarle no es pecado. Y ya que quieres apartarte de la tentación, apártate; que tu acción será meritoria, y, como tal, tenida en cuenta. No llores ni te desesperes; pues en verdad te digo que la gracia del Señor no te abandona, que El escuchará tus oraciones, y que para ti lucirán al cabo días de júbilo.

Hablando de esta suerte, impuso ambas manos sobre la cabeza de la joven, alzó los ojos al cielo y la bendijo. Su rostro resplandecía de celestial bondad.

—He pecado por falta de misericordia—murmuró Crispo arrepentido y humilde.—Creí que dando albergue en su corazón á un amor terrenal se apartaba de Cristo.

—Tres veces me aparté yo de El; le negué tres veces—replicó Pedro—y El me perdonó y me encargó que velara por sus ovjas.

—Como además—repuso Crispo—Vinicio es augustano...

—Corazones más duros ablandó Cristo—arguyó Pedro.

Pablo de Tarso, que hasta entonces había guardado silencio, dijo, poniéndose la diestra en el pecho:

—Yo soy el que persiguió á muchos servidores de Cristo; yo, el que apresuró su muerte; yo, el que mientras lapidaban á Esteban custodiaba la ropa de sus verdugos; yo, el que hizo todo lo posible por extirpar la verdad del mundo; y, sin embargo, el Señor me destina á predicarla por toda la tierra, y ya he proclamado la verdad en Judea, en Grecia y en esta ciudad impía, en donde entré como prisionero por vez primera. Pedro, mi superior, me trae ahora á esta casa, y aquí estoy para hacer que una cabeza orgullosa se incline ante Cristo; para sembrar la simiente en un corazón rebelde, terreno pedregoso que el Señor fertilizará para que dé cosecha.

Pablo se puso en pie.

Crispo, al contemplar á aquel hombre encorvado y pequeño, creyó ver á un gigante.

Gigante era, en verdad, el que había de conmover el viejo mundo y juntar en una comunión á diferentes razas, pueblos y naciones.

## XXVIII

### Carta de Petronio á Vinicio.

«¡Por los dioses, *carissime*, procura no imitar en tus cartas á los lacedemonios ni á Julio César! Si, como éste, pudieras decir: *Veni, vidi, vici* (vine, vi, vencí), tu laconismo sería explicable; mas como tu carta quiere decir, lisa y llanamente: *veni, vidi, fugi* (vine, vi, huí), conclusión que pugna con tu carácter, necesito explicaciones; con tanta más razón, cuanto que sé que estás herido y que te ocurren cosas extraordinarias.

»Se me hace cuesta arriba creer en la muerte de Crotón, y mucho más cuando aseguras que el ligio le mató con la misma facilidad que un perro caledonio ahogaría á un lobo en los barrancos de Hibernia. Ese hombre vale tanto oro como pesa, y si quisiera llegaría á ser el favorito del César. Cuando yo regrese á la ciudad quiero conocerle, y mandaré que le hagan una estatua de bronce. Mas así que «Barbas de Cobre» la vea, reventará de curiosidad y querrá también conocer al original. Ese bárbaro es un Hércules soberbio.

»Los cuerpos verdaderamente atléticos van siendo cada vez más raros en Italia y en Grecia; del Oriente no hay que hablar. En cuanto á los germanos, aunque recios, tienen los músculos cubiertos por una capa de grasa que les da más apariencia que fuerza. Pregúntale á tu ligio si es una excepción ó si en su país abundan los hombres como él; podría darse el caso de que tú ó yo tuviéramos que organizar juegos públicos, y no estaría demás saber en dónde encontraríamos hombres de su tipo.

»¡Gracias á todos los dioses de Oriente y de Occidente que has salido con bien del poder de esa gentuza! Debes tu salvación, sin duda alguna, á tu elevada posición y á que eres hijo de cónsul; pero así y todo, lo ocurrido me sorprende y hay en ello algo que no acierto á comprender. El cementerio en donde estuviste con los cristianos, el comportamiento de éstos contigo, la fuga de Ligia y, por último, la tristeza y el desaliento que tu lacónica misiva revela, necesitan aclaración; hay muchos puntos que son para mí otros tantos enigmas, y si quieres que hable con franqueza, te diré claramente que no entiendo á los cristianos, ni entiendo á Ligia ni te entiendo á ti.

»Y no te cause extrañeza el que yo, que por nada en el mundo me intereso, fuera de mi persona, te pida explicaciones: tus aventuras me tienen con cuidado porque soy, en cierto modo, el causante de ellas, y es natural que considere el asunto como cosa propia. Escríbeme, pues, pronto, largo y tendido, porque no puedo prever cuándo volveremos á vernos; en la mente de «Barbas de Cobre» cambían los planes como los vientos en la primavera. Desde aquí quiere ir directamente á Grecia, sin volver antes á Roma.

»Sin embargo, Tigelino le aconseja que vaya á la ciudad, aunque sea por pocos días, pues el pueblo, que sufre con su ausencia (entiéndase por la del pan y los juegos), podría impacientarse y alborotarse.

»En tal situación, no es fácil adivinar á dónde iremos. Si decidimos dirigirnos á la Acaya, es posible que en seguida se nos antoje encaminarnos á Egipto.

»Creo que lo mejor que podrías hacer sería venirte con nosotros, pues en el estado de espíritu en que te hallas, los viajes y los pasatiempos te curarían. Si la idea no te halaga ó no nos encuentras en Benevento, vete á pasar una temporada á tus tierras de Sicilia, en donde estarás mejor que en Roma.

»Escríbeme extensamente acerca de

todo lo que te concierne. Te deseo salud... ¿Y qué más? ¡Por Pólux, que no sé lo que debo desearte!»

Vinicio no contestó inmediatamente esta carta y hasta pensó en dar la callada por respuesta; ni podría explicar nada ni á nadie beneficiaría contestando. Era presa del desaliento y á la vez había formado el más triste concepto de la vanidad de las cosas humanas. Supuso, además, que Petronio no había de entenderle, porque la serie de acontecimientos por que él pasara era de tal índole, que en la actualidad abría una ancha sima entre tío y sobrino. ¿Qué tenía esto de extraño, cuando ni el propio Vinicio lograba entenderse y ponerse de acuerdo consigo mismo?

Al volver débil y convaleciente del Trastíber á su deliciosa *insula*, estaba extenuado; en los días primeros le produjeron cierta satisfacción el descanso, las comodidades y la abundancia; mas presto cambió todo, porque se convenció de que arrastraba una existencia inútil y de que cuanto hasta entonces formara el encanto de su vida había perdido los atractivos, quedándose reducido á imperceptibles proporciones.

Le parecía que habían arrancado de su alma los áureos vínculos que antes le ligaban á la vida; y la idea de ir á Benevento y á la Acaya á engolfarse en la molicie y en el desenfreno, no le ofrecía el menor incentivo.

—¿Para qué?—se decía.—¿Qué bien me reportará?

Tales fueron las primeras preguntas que se formuló á sí propio. Y entonces por vez primera se imaginó que hasta la conversación de Petronio, su brillante ingenio, su exquisita palabra que expresaba el pensamiento cual ninguna y como ninguna también daba plasticidad á las ideas, llegaría quizá á aburrirle.

Pero la soledad también empezaba á hacérsele pesada. Sus amigos estaban en Benevento con el César, y él se veía obligado al aislamiento, con la mente llena de ideas y el corazón de sentimientos que no lograba analizar. Había momentos en que le parecía que hablando con alguien acerca de lo que sentía, quizá consiguiera comprenderlo mejor, ponerlo en orden y darse cuenta cabal de ello.

Animado con esta esperanza, después de pasar algunos días entre dudas y vacilaciones, resolvió escribirle á Petronio, buscando consuelo y desahogo para su corazón. Entonces trazó la siguiente carta:

«¿Quieres que te escriba largo y tendido? Sea; pero no me atrevo á asegurarte que lo haré con claridad, porque hay tales sombras en mi alma, que yo mismo no consigo ver claro.

»Te he informado de mi estancia entre los cristianos, de su comportamiento conmigo y con Chilón, de la bondad con que me atendieron mientras estuve enfermo y de la desaparición de Ligia; ahora te diré que no me respetaron porque era hijo de cónsul: tal circunstancia no tiene valor ninguno para ellos, puesto que también perdonaron á Chilón, á pesar de que les dije que sin miramiento alguno lo enterraron en el jardín.

»Gente como ésta no la ha habido en el mundo hasta ahora, y los hombres escuchan con asombro su novísima doctrina. Nada más puedo decirte, como no sea para asegurar que estará muy lejos de lo cierto el que pretenda medirles por nuestro propio rasero. Nuestra táctica para tratar con hombres y cosas no sirve para con ellos.

»Ten por cierto que si yo hubiera estado en mi casa, postrado en el lecho, con un brazo roto y atendido por los míos, aunque éstos fueran de mi familia, no habría sido objeto de cuidados más solícitos que los que me prestaron aquellos pobres: mayores comodidades hubiese tenido en cualquier parte; más cariñosas atenciones, no.

»Ligia es como los demás: si fuera mi hermana ó mi esposa no me habría prodigado cuidados más solícitos. Sólo el amor es capaz de inspirar semejante ternura, y más de una vez le vi asomarse á sus ojos. ¿Creerás que rodeado de

aquella sencilla gente, que se reune para dormir en un obscuro *cubiculum* y que vive en un pobre aposento, *culina* (cocina) y *triclinium* al mismo tiempo, he sido más feliz que en ninguna otra época de mi vida?

»Ligia no me miraba con indiferencia ni puedo creer que me mire hoy; y sin embargo, abandonó secretamente y por causa mía la casa de Miriam. Y en la actualidad paso los días enteros sentado, con la barbilla hundida en el pecho, y preguntándome:

»—¿Por qué hizo eso mi amada?

»Espontáneamente me brindé á llevarla á casa de Plaucio, y ella replicó que era imposible, porque Aulio y Pomponia habían partido para Sicilia. Además, me demostró que si volvía á aquel tranquilo hogar, los esclavos propagarían la noticia, llegaría á oídos de Nerón y éste la arrancaría otra vez de su casa y hasta perseguiría á sus protectores. Por lo demás, ella sabía que yo no reincidiría por el sistema de la violencia; que adorándola y no pudiendo vivir sin ella la conduciría á mi casa, que estaría adornada con guirnaldas para recibirla y la sentaría como en un trono en la piel sagrada que la aguarda junto al hogar.

»¡Lo sabía, y huyó! ¿Por qué, si por mi parte no la amenazaba peligro alguno? Si no me amaba podía haberme rechazado.

»El día anterior al de su fuga conocí á un hombre admirable, á un tal Pablo de Tarso. Me habló de Cristo y de sus doctrinas, de tan asombrosa manera, que oyéndole me parecía que sin que él lo pretendiera cada palabra suya iba reduciendo á polvo impalpable los cimientos de nuestra sociedad. A raíz de la fuga de Ligia volvió á verme y me dijo: «Cuando Dios te abra los ojos á la luz de la verdad y aparte de ellos la viga, como la apartó de los míos, comprenderás que Ligia obró muy cuerdamente alejándose de ti; y entonces quizá vuelvas á encontrarla».

»Y aquí me tienes, devanándome los sesos para desentrañar el sentido de estas palabras, como si las hubiera oído de labios de la Pitonisa de Delfos.

»Creo que algo he adelantado y que las voy descifrando. Los cristianos aman al prójimo; pero son enemigos de nuestro género de vida, de nuestros dioses y de... ¿por qué no decirlo? de nuestros crímenes; por eso huyó Ligia de mí, porque pertenezco á la corte del César y no quiere compartir conmigo una vida que sus correligionarios consideran criminal. Dirás que podía rechazar mis pretensiones, sin huir; pero, ¿y si me ama? En tal caso, más que de mí huía de su amor. Al pensar en esto me dan intenciones de mandar á mis esclavos que recorran toda Roma y se detengan en cada puerta diciendo á voces: «¡Vuelve, Ligia, vuelve á mi lado!»

»La verdad es que no logro explicarme satisfactoriamente por qué huyó. Yo nunca me opondría á que creyera en Cristo y hasta le hubiera erigido un altar en el *atrium*. ¿Qué daño podría hacerme un nuevo dios y por qué no había de creer en él, yo, que no estoy muy convencido de la existencia de los nuestros?

»No tengo la menor duda de que los cristianos no mienten; ellos aseguran que Cristo resucitó de entre los muertos; un hombre no puede resucitar; luego es sobrenatural el hecho.

»Pablo de Tarso es ciudadano romano; mas, como judío, conoce los libros hebreos y afirma que la venida de Cristo la habían anunciado los profetas más de mil años ha. Todo esto me parece extraordinario, ¿y á ti? Verdad es que por todas partes nos rodea lo extraordinario y que todavía se habla de Apolonio de Tiana.

»La teoría de Pedro acerca de la existencia de un solo dios la juzgo razonable: dicen que Séneca opina lo mismo y que antes que él creyeron otros lo propio.

»Admitiendo, pues, como cierto que Cristo vino al mundo, que se entregó y fué crucificado por redimir al hombre, y que resucitó de entre los muertos, no

atino por qué no he de erigirle un altar; sobre todo, cuando estoy dispuesto á levantarle otro á Serapis, por ejemplo. Ni creo que me costará trabajo renegar de nuestros dioses, aunque no sea más que porque ya no cree en ellos ninguna persona de elevado entendimiento.

»Te diré, si embargo, que lo expuesto no podría satisfacer á los cristianos: para ellos no basta con honrar á Cristo, sino que es preciso ajustar la vida á su doctrina. Y ante tal exigencia me encuentro como á la orilla de un mar que por mandato superior tuviera yo que atravesarlo á nado. Si les prometiera hacerlo, creerían que mi promesa era palabra vana; así me lo expresó Pablo sin ambages.

»Sabes cuánto amo á Ligia, por cuyo amor soy capaz de todo; pero, aunque Ligia me lo suplicara, yo no podría cargarme á cuestas el Soracto ó el Vesubio, ni esconder el lago Trasimeno en el hueco de la mano, ni hacer que mis ojos, de negros que son, se tornaran azules como los de los ligios. Si tal me exigiera, sería mi mayor anhelo complacerla; pero el realizar sus deseos estaría por encima del poder humano.

»Ya sabes que no soy filósofo, Petronio, pero tampoco soy tan zote como crees, y voy á decirte lo que pienso: ignoro cómo arreglan su vida los cristianos; pero sé que donde empieza su doctrina acaba el poder romano y aun la misma Roma. Y que se concluye el régimen social de hoy y desaparecen las diferencias entre vencedor y vencido, entre ricos y pobres, entre señores y esclavos. Empleos y honores se convierten en humo, cae el César, se hunde su corte, nuestra sociedad se desquicia; y de entre el derrumbamiento surge Cristo, con una bondad y una misericordia infinitas y desconocidas hasta ahora, contrarias á la naturaleza humana y singularmente á nuestros romanos instintos.

»Claro es que para mí no hay más que Ligia, que está muy por encima de Roma y de sus grandezas; pero ahora sólo aludo á la imposibilidad en que me encuentro de contentar á los cristianos.

»Estos quieren la verdad, no la apariencia; el sentimiento, y no las formas que lo fingen; el alma, en una palabra, convencida y sometida á sus enseñanzas. Y yo no puedo ingresar en su comunión. ¿Sabes por qué? Porque en mi naturaleza hay algo que repele aquellas doctrinas y que hace que tales creencias me causen repugnancia. Si un día las admitiera y practicara, la razón me advertiría al punto que obraba por amor de Ligia y no porque el amor de Cristo determinara un movimiento espontáneo en mi alma. Nada hay en la tierra tan opuesto á mis sentimientos como esa fe nueva.

»Y lo curioso del caso es que nada de lo que te cuento es un misterio para Pablo de Tarso ni para el Apóstol Pedro, á quien veneran todos porque es discípulo de Cristo. ¿Y sabes lo que hacen para reducir mi rebeldía? Orar, pedir para mí lo que ellos denominan *gracia*, y que yo ignoro en qué consiste. Y mientras que ellos oran, yo me muero de inquietud y de pena por la ausencia de Ligia.

»Cuando ésta huyó, me dejó una crucecita que ella misma hizo con ramitas de boj. Al despertarme la encontré junto á mi cama. La guardo en el *lararium* y no sé por qué me acerco á ella con respeto y temor, como si fuera un objeto divino. Le tengo cariño á esa cruz porque Ligia la hizo para mí; y á la vez la aborrezco, porque es la que nos separa.

»Algunas veces me figuro que en este asunto hay encantamiento y que el *teurgo* (mágico) Pedro, por más que dice que es pescador y de obscuro linaje, es más grande que Apolonio y que sus predecesores y nos tiene embrujados á Ligia, á Pomponia y á mí.

»Dices que mi carta anterior revela mi inquietud y mi tristeza: la tristeza es natural, puesto que por segunda vez he perdido á Ligia; la inquietud obedece al convencimiento de que mi alma se modifica.

»Sinceramente te declaro que nada hay tan contrario á mi naturaleza co-

mo la doctrina de los cristianos; y, sin embargo... yo no soy yo desde que encontré á Ligia. ¿Es hechicería? ¿Es amor? Me inclino á creer lo segundo, porque Circe transformaba el cuerpo de un hombre solamente con tocarlo; pero en mi caso no ha sido el cuerpo, sino el alma quien ha sufrido la transformación. Y tal cambio únicamente Ligia podía hacerlo; ó expresándome con más propiedad: Ligia, merced á la admirable doctrina que profesa.

»Cuando de la casa de los cristianos volví á la mía, nadie me aguardaba, pues todos creían que yo estaba en Benevento y que no regresaría tan pronto. Hallé las cosas en el mayor desorden y borrachos á los esclavos, que estaban de comilona en mi propio triclinio. Menos sorpresa que mi aparición les habría causado la de la Muerte, y aun creo que también menos terror, pues presumían que el castigo que yo les impondría sería tremendo; unos cayeron de rodillas y otros se desmayaron de miedo. Mi primer impulso fué el de mandar que apalearan á aquella canalla, y que les aplicaran luego hierros candentes; pero me dió vergüenza, y al mismo tiempo me inspiraron compasión los miserables, entre los que había esclavos viejos que mi abuelo Marco Vinicio trajo de las regiones del Rhin en la época de Augusto. Me encerré en la biblioteca, reflexionando que después de lo que había visto y oído entre los cristianos no debía tratar duramente á los esclavos, que al fin y al cabo eran hombres.

»Durante dos días vivieron presa de mortal terror, suponiendo que el castigo tardaba porque yo estaba meditando algo terrible y cruel; pero no les castigué. ¡Cómo había de castigarles si no podía! Al tercer día les llamé y les dije: «Os perdono; mas en lo sucesivo, poned el mayor cuidado en el cumplimiento de vuestras obligaciones para reparar la falta cometida».

»Todos cayeron de rodillas á mis pies, levantando hacia mí las manos, sollozando y llamándome padre. Y, lo confieso con rubor, me conmovieron, sentí profunda conmiseración y me pareció que veía el rostro de Ligia, cuyos ojos preñados de lágrimas clavaban en mí una mirada de agradecimiento por el disparate que acababa de hacer.

»Y, *proh pudor!* también á mis ojos acudieron las lágrimas. ¿Sabes lo que voy á confesarte? Pues que no puedo vivir sin ella, que la soledad me aniquila y que soy mucho más desgraciado de lo que puedes imaginarte.

»Tocante á mis esclavos he hecho una observación extraña: figúrate que el perdón que les otorgué, lejos de darles alas, los ha vuelto más trabajadores y disciplinados. El miedo al castigo no les hizo nunca más diligentes y solícitos que les ha hecho la gratitud; ahora no se limitan á servirme bien; rivalizan en ver quién adivina primero mis deseos.

»Menciono este hecho, recordando lo que Pablo me dijo el día antes de que yo me marchara de casa de los cristianos.

»—Tus doctrinas—le había yo dicho, —si llegan á triunfar, desharán la sociedad, como se deshace el barril cuando le quitan los aros.»

»Y Pablo me contestó:

»—El amor sujeta más sólidamente que el miedo.»

»Ahora me convenzo de que esa teoría no carece de fundamento, como demuestra el hecho que acabo de contarte y el que me ocurrió con mis arrendatarios.

»Estos vinieron á saludarme tan pronto como supieron mi regreso. Sabes que nunca me mostré tacaño con ellos y que mi padre, altanero con ellos por principio, me enseñó á tratarles con altanería. Pues bien, ahora, al ver sus raídos mantos y sus famélicas caras, sentí conmiseración, mandé que les dieran de comer y hasta les hablé, llamando á unos por su nombre y preguntando á otros por sus mujeres y sus hijos. La emoción les arrancó lágrimas, y á mí me pareció otra vez que Ligia estaba presenciando aquello, que aprobaba mi conducta y que daba muestras de la satisfacción más viva.

»¿Flaquea mi corazón? ¿Trastorna el amor mis sentidos? No lo sé. Sólo puedo decirte que me parece que Ligia me está mirando á todas horas y que tengo miedo de hacer algo que la aflija ó la ofenda.

»¡Tal es mi situación, Cayo! En mi alma se ha operado una revolución, y á veces creo que esa revolución me ha mejorado; pero á veces también sufro, porque temo que mi virilidad y mi energía hayan decaído, incapacitándome para el consejo, para el discernimiento, para las fiestas y hasta para la guerra. ¡Estoy hechizado, completamente hechizado!

»Por si lo dudas, he aquí una prueba más: si Ligia se pareciera á Popea, á Crispinilla, á Nigidia ó á cualquiera de nuestras mujeres divorciadas; si fuera tan miserable, tan cruel, tan inhumana y despreciable como ellas, no la amaría como la amo.

»Y como la amo precisamente porque posee las cualidades que de ella me alejan, comprenderás que mi alma es un caos, te harás cargo de las sombras que me envuelven y te explicarás por qué no alcanzo á distinguir los caminos que á mi vista se ofrecen y cuán lejos estoy de saber por dónde he de empezar.

»No, no saldré de Roma. En Benevento no podría soportar el trato de los augustanos. Además, lo único que sirve de alivio á mi pena y á mi inquietud es la idea de que estoy cerca de Ligia, con la esperanza de que me traiga noticias suyas Glauco, el médico, que me ofreció visitarme, ó Pablo de Tarso.

»No; en la ocasión presente no me movería de Roma aunque me ofrecieran el gobierno de Egipto.

»Se me olvidaba decirte que he encargado á un escultor un monumento de piedra en memoria de Gulo, el pobre esclavo á quien maté en un insensato acceso de cólera. He recordado, demasiado tarde, que Gulo me llevó de niño en sus brazos y me enseñó á colocar la flecha en el arco. No sé por qué su memoria reviste los caracteres del pesar y del remordimiento.

»Si lo dicho te sorprende, conste que á mí no me sorprende menos y que te digo la pura verdad sinceramente y sin ocultarte nada.

»Salud.»

## XXIX

Petronio no le contestó á Vinicio porque suponía que de un día á otro daría el César la orden de regresar á Roma.

Y, en efecto, pronto cundió por la ciudad la noticia de que volvía Nerón, causando viva alegría á la plebe ansiosa ya de asistir á los juegos y más aún de que se realizara la obligada distribución de los cereales y de las aceitunas que durante la ausencia del Emperador se habían ido acumulando en Ostia en cantidades enormes.

Helio, liberto de Nerón, anunció por fin al Senado la vuelta del imperial viajero.

Este, que con su corte se había embarcado en Miseno, navegó con lentitud, haciendo escalas en las poblaciones ribereñas con objeto de descansar y de exhibirse en los teatros. Cerca de veinte días permaneció en Minturna, desde donde quiso regresar á Nápoles para aguardar la primavera, que en la ciudad partenopea es suave y temprana.

Vinicio, entretanto, permanecía retirado en su casa, pensando en Ligia y procurando explicarse los fenómenos que agitaban su espíritu y que le inspiraban ideas y sentimientos que en otra época habría calificado, sin vacilar, de absurdos.

De vez en cuando, veía á Glauco, el médico, cuyas visitas le eran gratísimas, porque durante ellas sólo se hablaba de Ligia.

Glauco no podía decirle dónde se había refugiado la doncella, porque lo ignoraba; pero sí estaba en condiciones de asegurarle que ésta no corría el menor peligro, porque la protegían los jefes.

Cierto día, compadecido de la tristeza del joven tribuno, le contó cómo Pe-

dro le había reprochado á Crispo la severidad con que éste increpara á Ligia porque amaba al patricio.

Tan intensa fué la emoción de Vinicio, que se puso pálido como un muerto. Había supuesto algunas veces que Ligia no le miraba con indiferencia, y otras tantas le asaltaron dudas y temores acerca de la exactitud de tales hipótesis. Mas la suposición forjada por su anhelo y su esperanza venía á ser confirmada por boca de un extraño; de un cristiano, precisamente.

Impulsado por la gratitud y la alegría quiso echar á correr en busca de Pedro; pero el médico le dijo que el Apóstol no estaba en Roma, sino en los alrededores, cumpliendo su misión de propaganda. Vinicio le suplicó entonces que le condujera á presencia de Pedro, prometiéndole en cambio obsequiar con largueza á los pobres de la comunión cristiana.

Vinicio creía que amándole Ligia ningún obstáculo se levantaría ya entre ellos, puesto que él estaba á punto de rendir acatamiento á Cristo; pero Glauco le hizo ver la necesidad de que antes recibiera el agua del bautismo.

Mas no por eso se aventuró á asegurarle que el bautismo bastaría para que obtuviera inmediatamente á Ligia; por el contrario, le manifestó que le era indispensable desear ser cristiano por la religión misma, por amor de Dios y no con otros fines.

—Es necesario—agregó,—que el alma sea cristiana.

Vinicio, aunque se enardecía ante los obstáculos, empezaba á comprender que Glauco, como cristiano, tenía el deber de hacerle tales advertencias.

Muchas veces sentía impulsos de buscar á Pablo de Tarso, cuyos discursos le interesaban á la vez que le ponían en gran turbación, ideaba argumentos para refutar las doctrinas del anciano y se resistía á admitirlas; mas, no obstante, quería verle y oirle. Pero Pablo estaba en la Aricia, las visitas de Glauco eran cada vez menos frecuentes, y el joven se consumía en la soledad.

Para combatir la tristeza volvió á sus antiguas excursiones, recorriendo las calles del Suburra y las callejuelas del Trastíber, siempre con la esperanza de ver á Ligia, aunque fuera desde lejos; mas al cabo perdió esta esperanza y el tedio y la impaciencia empezaron á devorarle.

Llegó por fin un día en que despertaron sus inclinaciones de antaño con la fuerza impetuosa de la ola que después de retroceder sordamente se lanza con mayor pujanza otra vez hacia la playa. Le parecía que había sido un necio malgastando el tiempo en incubar ideas que le robaban la salud y la alegría, y que debía entregarse á los placeres que le brindaba la vida, abriéndole de par en par la puerta de los goces.

Y tan violenta fué la reacción, que resolvió olvidar á Ligia, ó por lo menos buscar en brazos de otras el placer que ella no podía procurarle. El joven pensaba que esta prueba fuera la última y definitiva; por lo mismo se entregó á ella con toda la impetuosidad propia de su carácter.

En aquellos momentos Roma convidaba á la disipación y á la alegría. La ciudad, aletargada y despoblada en el invierno, comenzaba á sacudir su letargo con el próximo retorno del César, á quien le preparaban un solemne recibimiento.

Había llegado la primavera. La nieve de los montes Albanos se derretía al soplo de los vientos de Africa; las violetas esmaltaban el césped de los jardines. La multitud acudía á las plazas y al Campo de Marte á tomar el sol, cuyo calor aumentaba de día en día. La Vía Apia, lugar de reunión de la sociedad elegante, veíase ya poblada de carros ricamente adornados. Las excursiones á los montes Albanos empezaban ya. Con pretexto de rendir culto á Juno y á Diana, en el Lavinio y en la Aricia, las mujeres jóvenes salían de la ciudad en busca de aventuras amorosas, que no escaseaban en una sociedad alegre y ligera y dispuesta á todo género de amables locuras.

Cierto día vió Vinicio en la Vía Apia, entre otros carros, el de Crisotemis; dos

esclavos la precedían y en torno de ella iban jóvenes patricios y senadores viejos, cuya posición les había obligado á permanecer en la ciudad.

La propia Crisotemis guiaba su carro, del que tiraban cuatro caballos sicilianos de hermosa estampa, y con amables sonrisas ó con su látigo de oro contestaba á los saludos que la dirigían. Cuando vió á Vinicio, refrenó los caballos, le invitó á subir á su lado, y, después del paseo, le llevó á su casa, en donde hubo una fiesta que duró toda la noche. Bebió mucho el tribuno y se embriagó hasta el punto de no darse cuenta de cómo llegó á su casa ni de quién le llevó; sólo recordaba que Crisotemis le preguntó por Ligia, y que él, ofendido, le echó por la cabeza una copa de Falerno.

Al siguiente día, Crisotemis, olvidando la ofensa, se presentó en casa del joven patricio, para que éste la acompañara á la Vía Apia y luego á su domicilio. De vuelta del paseo, mientras cenaban, Crisotemis declaró que estaba harta de Petronio y hasta de su músico favorito, y que tenía libre el corazón.

Por espacio de una semana se presentaron juntos en los lugares públicos; pero la improvisada alianza no podía ser duradera. Aunque el nombre de Ligia no volvió á ser pronunciado después de la rociada de vino de Falerno, Vinicio no lograba olvidar á la doncella; siempre le parecía que sus azules ojos le miraban con expresión de conmiseración y de pena, y esta mirada imaginaria le tenía en constante temor y desasosiego. Sufría porque no podía desechar la idea de que con su conducta atormentaba á Ligia, y tal idea era también para él un martirio.

La primera escena de celos que representó Crisotemis, con pretexto de haber comprado Vinicio dos esclavas sirias, bastó para que el tribuno la despidiera brusca y definitivamente; pero esta ruptura no fué parte á modificar su vida licenciosa: por el contrario, se entregó al libertinaje con rabia loca, como para ahogar en él todo recuerdo. Convencióse, por último, de que el recuerdo de la joven, lejos de borrarse, se acentuaba más y más; se persuadió de que ella era la causa única de todo lo que ejecutaba, bueno ó malo, y de que fuera de ella nada le interesaba en el mundo, y la repugnancia, el cansancio y el hastío se apoderaron de su ánimo. Entonces le cobró aborrecimiento á su desordenada vida, que sólo le dejaba en el alma las amargas heces del remordimiento; perdió la energía y la confianza en sí mismo y cayó en una especie de atonía, de la que no consiguió sacarle ni la llegada del César. Ni siquiera tuvo deseos de ir á saludar á Petronio ni se decidió á verle hasta que su tío mandó por él á un emisario con una litera.

A la acogida de Petronio, franca y afectuosa, correspondió con fría reserva, contestando de mala gana á sus preguntas; pero sus sentimientos, por tanto tiempo refrenados, se desbordaron al fin y de sus labios salió un torrente de palabras.

Le contó á su tío todo lo que había hecho para buscar á Ligia, sin omitir un detalle; su estancia entre los cristianos y cuanto allí viera y oyera; las ideas que atormentaron su cerebro y los sentimientos que agitaron su corazón. Y en medio de todo esto, se lamentó de haber caído en un caos de confusiones, en medio del cual no conseguía darse cuenta de la realidad de las cosas ni formar juicio exacto de ellas ni de los hombres.

—No sé qué partido tomar—decía exaltado.—Tan dispuesto estoy á honrar á Cristo como á perseguirle con saña. Comprendo la grandeza de su doctrina y á la vez me inspira invencible repugnancia. Ligia podrá llegar á ser mía; pero nunca será mía enteramente, porque Cristo estará siempre entre los dos. Vivir así no es vivir; vivo sin porvenir, sin fe en la dicha futura, sumido en tenebrosa obscuridad y buscando ansioso un rayo de luz que no consigo descubrir.

Mientras el joven hablaba, observaba Petronio atentamente su demacra-

do rostro y las enflaquecidas manos que Vinicio extendía hacia adelante, accionando como si pretendiera abrirse camino entre las sombras.

Reflexionó el poeta breves instantes, posó la diestra en la cabeza de su sobrino y le dijo:

—¿Sabes que tienes ya algunas canas junto á las sienes?

—Puede ser—contestó Vinicio.—No me extrañaría verme pronto con la cabeza completamente blanca.

Siguióse una breve pausa.

Petronio, que tenía claro entendimiento, meditaba acerca de la vida y del destino del hombre. Decíase que en la sociedad de su tiempo podía ser la vida feliz ó desdichada en sus manifestaciones externas; pero que en el fondo giraba sobre los ejes de una armonía interior que los cataclismos exteriores no lograrían alterar. Lo mismo que el rayo ó el terremoto pueden derribar un templo, pueden también las desventuras abatirse sobre la vida humana; mas no por ello las líneas armónicas de la vida misma se quebrarían, pues para aquellos romanos de alma poco complicada la vida debía de fluir con la impasible regularidad de lo eterno.

Sin embargo, de lo dicho por Vinicio se desprendía algo que venía á empequeñecer este concepto, y Petronio se encontró por vez primera en su vida frente á una serie de abstrusos problemas psicológicos que nadie había logrado resolver hasta entonces. Con su claro juicio comprendía instintivamente la importancia de estos problemas; pero, pese á su penetración, no acertaba á desenredar la madeja de aquellas complicaciones psicológicas completamente nuevas para él ni atinaba con una respuesta que pudiera tranquilizar á Vinicio.

—Me parece—dijo al cabo de largo silencio—que todo eso es cuestión de hechicería.

—Más de una vez he pensado yo también que nos habían hechizado á Ligia y á mí—profirió el joven.

—¿Por qué no consultas á los sacerdotes de Serapis? Entre ellos hay embusteros y embaucadores, pero hay también hombres que han sabido desentrañar extraños misterios.

Petronio expuso esta opinión con voz insegura, porque no se le ocultaba que semejante consejo en su boca debía de parecerle á su sobrino vano y hasta ridículo.

—¡Hechizos!—exclamó el tribuno.—He conocido hechiceros que empleaban en provecho propio la misteriosa fuerza latente de la tierra; he visto otros que la utilizaban para dañar á sus enemigos; pero los cristianos no pueden compararse con tales personas: viven en la pobreza, perdonan á los que les hacen mal, predican la humildad, la virtud y la misericordia; ¿qué ganarían, pues, practicando la hechicería y para qué habían de recurrir á ella?

A Petronio le mortificaba no poder contestar satisfactoriamente á pesar de toda la sutileza de su ingenio.

—Se trata de una secta nueva...—replicó por decir algo.

Y se interrumpió, añadiendo:

—¡Por la divina soberana de los bosques de Pafos, te aseguro que tales sectas y semejantes doctrinas perturban nuestra existencia! Admiras la bondad, la virtud de los cristianos; y sin embargo, yo afirmo que son malos, puesto que son enemigos de la vida, lo mismo que las enfermedades y la muerte. Hartos enemigos tenemos ya en el actual estado de cosas para que á ellos vengan á sumarse también los cristianos. Ve contando: las enfermedades, el César, Tigelino, los versos de Nerón, la horda zapateril que invade la Corte y nos gobierna, los libertos que tienen asiento en el Senado... ¡Por Cástor y Pólux! ¿Te parecen pocos? Yo creo que son demasiados. ¿Has probado á combatir la tristeza con las dulzuras de la vida, tan gratas á tus años?

—Sí; pero en vano.

—¡Ah, traidor! ¡Las noticias cunden y ya sé que me has robado el corazón de Crisotemis!

Vinicio se encogió de hombros.

—Los esclavos son malos guardadores de secretos—repuso Petronio.—Después de todo, te lo agradezco. Le enviaré á la bella Crisotemis un par de sandalias bordadas con perlas, presente que en mi lenguaje amatorio quiere decir: «Vete á paseo». Y conste que te estoy doblemente reconocido: primero, porque no quisiste aceptar á Eunice; segundo, porque me has librado de Crisotemis. Oye: aquí tienes á un hombre que madrugaba, se bañaba, asistía á banquetes, poseía á Crisotemis, escribía sátiras, en cuya prosa solía engarzar flúidos versos; pero que también se aburría de vez en cuando, tan soberanamente como el propio César, y hasta se daba el caso, con deplorable frecuencia, de que no pudiera sacudir los pensamientos tétricos. ¿Y sabes por qué? Pues porque buscaba lejos lo que tenía al alcance de la mano.

Una mujer hermosa vale siempre más oro que pesa; pero si además de hermosa está enamorada, su valor es inapreciable. Ni con todas las riquezas de Verres (1) podrías comprar semejante tesoro. Yo he encontrado esa felicidad y con ella lleno mi vida como se llena una copa con el vino más exquisito que haya producido la tierra; y beberé en esa copa hasta que mi mano caiga rendida de levantarla y mi rostro palidezca. No sé ni me importa lo que venga después; he aquí la síntesis definitiva de mi nueva filosofía.

—¿Nueva? No; es la misma de siempre.

—Con la diferencia de que ahora tiene la parte sustancial de que antes carecía.

Diciendo esto, llamó á Eunice.

Esta se presentó primorosamente vestida de blanco; más que una esclava, parecía la diosa del amor y de la felicidad.

—Ven—le dijo el poeta, abriéndole los brazos.

La joven se sentó en las rodillas de Petronio, le rodeó el cuello con los brazos y reclinó la rubia y hermosa cabeza en el pecho del Arbitro.

Vinicio observó que las mejillas de Eunice se coloreaban y que leve niebla de arrobamiento velaba sus lindos ojos.

Petronio y la esclava, unidos en armónico grupo, formaban el más bello cuadro del amor venturoso y vencedor.

El poeta introdujo la mano en un ancho vaso lleno de violetas que estaba en una mesa próxima y, sacando un puñado, roció de olorosas florecillas la cabeza, el seno y el manto de la joven. Luego, entreabriendo por los hombros los pliegues de la túnica de Eunice, murmuró:

—¡Dichoso quien como yo ha libado el amor en vaso de forma tan perfecta! Hay ocasiones en que me parece que los dos somos dioses. Mira, Vinicio, y dime si Praxíteles, Mirón, Escopas ó Lisias crearon líneas de belleza tan portentosa; si hay en Paros ó en el Pentélico un mármol como éste, tibio, róseo y palpitante de amor. Otros buscan el deleite en los bordes de la copa; yo prefiero buscarlo donde en realidad está: aquí.

Y al decir esto acarició con los labios los hombros y el cuello de Eunice, la cual sintió embriagador estremecimiento y cerró los ojos con expresión de inefable felicidad.

Hizo luego el poeta que la joven levantara la linda cabeza, y dijo mirando á Vinicio:

—Ahora reflexiona y dime qué son y qué valen los tétricos cristianos al lado de esta felicidad. Si eres incapaz de apreciar la diferencia, vete con ellos, aunque abrigo la esperanza de que empezarás á curarte viéndonos á Eunice y á mí.

Vinicio dilataba las narices aspirando el perfume de violetas que embalsamaba la estancia, y se puso densamente pálido de pensar que si él acariciara con sus labios los hombros de Ligia, como el poeta acariciaba los de la rubia esclava, cometería un sacrilegio; mas con tal de gozar de semejante ven-

(1) Cayo Licinio Verres, pretor de Sicilia, célebre por su rapacidad y vida licenciosa. Cicerón puso de manifiesto sus crímenes en una célebre oración.

tura importábale poco que después se desquiciara el mundo.

—Dispón, divina Eunice, que nos traigan guirnaldas y nos sirvan un refrigerio—dijo Petronio.

Y agregó cuando salió la joven:

—Quise hacerla libre y me contestó: «Más quiero ser esclava tuya que esposa del César». Y no aceptó la manumisión. Entonces la liberté sin que lo supiera, gracias á un pretor complaciente que se prestó á prescindir de su presencia. Mas ella ignora que es libre y que esta casa y todas mis joyas, excepto las gemas (piedras preciosas), serán suyas también cuando yo muera.

Levantóse el poeta, dió algunos paseos por la estancia y continuó de esta manera:

—El amor transforma más ó menos visiblemente á todos los hombres y yo no me he librado de su influjo; antes me gustaba el aroma de la verbena; mas como Eunice prefiere el suave perfume de las violetas, éste me agrada hoy más que el de las demás flores. Desde que ha llegado la primavera respiramos constantemente este olor. Y tú, ¿conservas tu afición al nardo?

—¡Déjame en paz!—exclamó malhumorado el joven.

—He querido que veas á Eunice y te he vuelto á hablar de ella, porque quizá tú también andas buscando lejos lo que puede que tengas al alcance de la mano. Acaso en los *cubiculus* de tus esclavos haya en estos momentos un corazón sencillo y fiel que palpite por ti. Ese bálsamo sería el mejor para tus heridas. ¿Dices que Ligia te ama? Es posible; pero, ¿qué género de amor es ese que renuncia al ser amado? Tal proceder indica que el amor cede el campo á otro sentimiento más poderoso. ¡Ah, *carissime!* ¡Ligia no es Eunice!

—Sí, ya lo sé. Todo es para mí insoportable y no interrumpido tormento. Cuando besabas á Eunice en los hombros pensé que si Ligia me ofreciera los suyos desnudos haría yo lo mismo que tú y me importaría poco que en seguida se abriese la tierra bajo nuestros pies; pero al concebir tal idea, sentí extraño terror, como si hubiera profanado á una vestal ó á una deidad sagrada. Ligia no es Eunice, dices bien; pero la diferencia que entre ellas hay no la apreciamos lo mismo tú que yo. El amor te ha modificado los órganos olfatorios y hoy prefieres el olor de las violetas al de la verbena; á mí me ha modificado el alma, y te aseguro que, á pesar de lo que padezco, de la angustia en que vivo y de mi insaciable deseo, quiero que Ligia continúe siendo como es y que no se parezca á las demás mujeres.

—En ese caso no tienes por qué quejarte; pero declaro que no te entiendo.

—¡Tienes razón!—exclamó Vinicio con vehemencia.—¡Nosotros no podemos ya entendernos!

Sucedióse otra pausa y al cabo dijo Petronio:

—¡Que la Estigia se trague á esos cristianos, que te han robado el sosiego, destruyendo en tu ser el concepto de la vida! ¡Que las Parcas los devoren! Si crees que su doctrina es buena, te equivocas: bueno es lo que procura al hombre la felicidad, la belleza, el amor y la fuerza. ¡Y precisamente á esto le llaman los cristianos vanidad! Tampoco estás en lo cierto si te figuras que son amantes de la justicia porque devuelven bien por mal; si tal hacen, ¿con qué pagarán el bien? Además, si el bien y el mal han de tener la misma recompensa, ¿por qué hemos de ser buenos?

—No, el premio no es el mismo en ambos casos, puesto que para el bueno empieza la recompensa, según su doctrina, en una vida futura, cuya duración no tiene término.

—No seré yo quien se meta en tales cuestiones, porque estimo que después de morir veremos lo que ocurre, si es posible ver sin ojos. Mientras el caso llega, lo único que puedo decirte es que esos cristianos no sirven para nada. Urso estranguló á Crotón porque tiene los músculos de bronce, cosa que salta á la vista; pero los otros son tontos y el porvenir no puede ser de los bobos.

—Para ellos la vida empieza con la muerte.

—Que es como decir que el día empieza con la noche. ¿Piensas quitarles otra vez á Ligia?

—No puedo pagarles con un mal el bien que me han hecho. Además, he jurado no hacerlo.

—¿Vas á hacerte cristiano?

—Lo quisiera; pero mi naturaleza se resiste á ello.

—¿Lograrás olvidar á Ligia?

—No.

—Entonces emprende un viaje.

Los esclavos anunciaron que estaba servido el refrigerio.

Cuando tío y sobrino se dirigieron al triclinio, el primero le dijo al segundo:

—Has recorrido una parte del mundo, mas como soldado que va á su destino sin detenerse en el viaje. Vente con nosotros á la Acaya. El César, que no ha renunciado á esa excursión, se detendrá en todas partes para cantar y cosechar coronas; saqueará templos y tornará á Roma como triunfador. Será, pues, la expedición, hasta cierto punto, un viaje en honor de Baco y de Apolo, personificados en nuestro «Barbas de Cobre». ¡Por Cástor! ¡Te aseguro que será digno de verse el espectáculo que se prepara para asombro del mundo!

Petronio se tendió junto á Eunice en lecho triclinario, y cuando un esclavo le puso en la cabeza una guirnalda de anémonas, continuó diciendo:

—¿Qué has podido ver, infeliz, estando al servicio de Corbulón? Nada. ¿Has visitado detenidamente los templos griegos? Yo les dediqué dos años. ¿Has estado en Rodas para ver el lugar en donde se alza el coloso? ¿Has visto en Panope, en la Fócida, la arcilla que le sirvió á Prometeo para formar al primer hombre; en Esparta los huevos de Leda (1); en Atenas la celebérrima coraza sármata hecha de cascos de caballo; en Eubea el yelmo de Agamenón ó la copa modelada sobre el seno izquierdo de Helena? ¿Conoces á Alejandría, Menfis y las Pirámides? ¿Has contemplado los cabellos que Isis se arrancó en un trasporte de dolor llorando á Osiris? ¿Has oído los quejidos lastimeros de Memnón? (1) El mundo es grande, querido Marco; no se acaba en el Trastíber. Yo acompañaré al César, y al regresar del viaje iré á Chipre; porque mi diosa de cabellos de oro quiere que juntos ofrezcamos unas palomas á la deidad de Pafos, y todo lo que ella quiere lo quiero yo.

—Soy tu esclava—murmuró quedo Eunice.

Petronio reclinó la cabeza coronada de anémonas en el regazo de la joven y replicó sonriendo:

—Entonces soy esclavo de una esclava. ¡Te admiro, divina mía; te admiro!

Y repuso, dirigiéndose á Vinicio:

—Créeme, vente á Chipre; pero antes es preciso que te presentes al César. Has hecho mal en no haber ido ya al Palatino, porque Tigelino es muy capaz de aprovechar esta circunstancia para perjudicarte. Verdad es que no te odia; pero tampoco puede quererte bien, aunque no sea más que porque eres sobrino mío. Diremos que has estado enfermo y pensaremos lo que debes contestar si te pregunta por Ligia. Lo mejor sería decirle que la tuviste á tu lado hasta que te cansaste de ella; así se quedará satisfecho. Dile también que la enfermedad te ha obligado á permanecer en casa y que te agravaste por causa de la pena que te produjo el no haber podido ir á Nápoles á escuchar su divino canto, pero que la esperanza de oirle aquí te ha devuelto la salud. No temas incurrir en exagera-

(1) Leda, hija de Testio, Tespio ó Glauco y esposa de Tíndaro. Como fruto de los amores de Júpiter con ella, dió á luz dos huevos; de uno nacieron Pólux y Helena; del otro, Cástor y Clitemnestra.

(2) Memnón, hijo de Titón y de la Aurora. En Egipto existen restos de una estatua colosal llamada de Memnón, de la que se cuenta que colocada en disposición ingeniosa, lanzaba lastimeros gemidos al despuntar la Aurora.

ciones, pues escuchará con la mayor complacencia las hipérboles más disparatadas.

Tigelino ha anunciado que prepara algo grande y que sorprenderá al César por la originalidad; temo que ello venga en menoscabo de mi prestigio y que en el estado de ánimo en que te hallas...

—¿Sabes—interrumpió Vinicio—que hay hombres que no le temen al César y viven tan tranquilos como si Nerón no existiera?

—Me figuro que serán tus cristianos.

—Has acertado. Y, en cambio, nosotros pasamos la existencia en continuo sobresalto.

—Déjame en paz y no hablemos más de los cristianos. Si no le temen al César será porque éste no tiene la menor noticia de que existen, ó porque si la tiene le importan menos que un montón de hojas secas; pero témanle ó no le teman, no me cansaré de repetirte que esos sectarios no sirven para nada. Y tú mismo lo comprenderás así, pues si sus doctrinas se avienen mal con tu naturaleza de romano es porque presientes que son unos pobres de espíritu. Tú eres superior á ellos, estás hecho de otra clase de arcilla; por consiguiente, no pienses más en los cristianos ni me hagas que piense yo. Nosotros sabemos vivir y morir; en cuanto á ellos nadie sabe todavía lo que son capaces de hacer.

A Vinicio le causaron impresión estas palabras, y al volver á su casa, meditando acerca de ellas, se dijo que quizá Petronio estaría en lo cierto y que la índole bondadosa y caritativa de los cristianos podía ser prueba patente de su pobreza de espíritu. Le parecía que no era de hombres enérgicos y viriles perdonar con la facilidad que perdonaban ellos, y germinó en su cerebro la idea de que esto era la causa de la repulsión que su alma de romano, fiera y fuerte, sentía por la doctrina de Cristo.

—Nosotros sabemos vivir y morir—murmuró, repitiendo las palabras de Petronio;—ellos sólo saben perdonar y no comprenden el verdadero amor ni el odio verdadero.

## XXX

El César regresó á Roma muy enojado porque volvía y sintiendo vehementes deseos de emprender la proyectada excursión á la Acaya. Pensando en realizarla, publicó un edicto anunciando que su ausencia sería breve y que los negocios públicos seguirían su marcha regular para bien de todos.

Fué al Capitolio rodeado de su corte de augustanos, entre los cuales se hallaba Vinicio, á hacer ofrendas á los dioses para emprender el viaje bajo los mejores auspicios; pero al segundo día, al visitar el templo de Vesta, ocurrió un accidente que trastornó todos sus planes.

Nerón no creía en los dioses, pero les temía, singularmente á la misteriosa Vesta, que le causaba pavor. Y precisamente ante esta divinidad y al ver el fuego sagrado se le erizaron los cabellos, comenzó á castañetear los dientes y á temblar convulsivamente, y se desplomó en los brazos de Vinicio que casualmente estaba cerca de él.

Le sacaron inmediatamente del templo, le condujeron al Palatino y no tardó en reponerse; pero guardó cama todo el día y manifestó, con asombro de los que le oyeron, que aplazaba el viaje porque la divinidad le había advertido que así debía hacerlo.

Una hora después se anunciaba por toda Roma que el César, en vista de la tristeza que su ausencia les causaba á los ciudadanos y movido por el paternal amor que les profesaba, había dispuesto permanecer en la ciudad para compartir con ellos sus penas y sus alegrías.

Esta determinación llenó de júbilo á la multitud, que, convencida de que no le faltarían juegos, y, sobre todo, una distribución de trigo, acudió á las

puertas del Palatino, aclamando al divino César.

Este, que en aquellos momentos jugaba á los dados con los augustanos, interrumpió el juego, al oir el rumor de la muchedumbre, y dijo:

—Era preciso aplazar el viaje. Según las profecías, el porvenir me reserva la dominación de Egipto y del Oriente; cuando la haya realizado, haré en la Acaya lo que deseo. Mandaré cortar el istmo de Corinto, y levantaré en Egipto monumentos tan grandiosos, que las pirámides, á su lado, parecerán juguetes de niño. Haré construir una esfinge siete veces mayor que la que en Menfis mira al desierto, y en ella mandaré esculpir mi rostro, para que en los siglos venideros hablen las futuras generaciones de esa maravilla y de mí.

—Con tus versos—replicó Petronio—te has erigido un monumento no siete, sino veintiuna veces más soberbio que la pirámide de Cheops.

—¿Y con mi canto?—preguntó Nerón.

—¡Ah, si pudieran levantarte una estatua como la de Memnón, que cantara á la caída de la tarde! ¡El lejano mar de Egipto se poblaría por los siglos de los siglos de un enjambre de naves abarrotadas de gente que de las tres partes del mundo acudirían á escuchar tu canto!

—¡Ah, sí! Pero, ¿quién sería capaz de ejecutar esa obra?

—Nadie. Mas, en cambio, puedes mandar que tallen en basalto un monumento que te represente guiando tu cuádriga hacia aquellos mares.

—¡Es verdad! ¡Así lo haré!

—Y al hacerlo otorgarás un nuevo don á la Humanidad.

—En Egipto me desposaré con la Luna, que es viuda, y entonces seré verdaderamente un dios.

Y á nosotros nos darás estrellas por esposas, formaremos una nueva constelación y le daremos tu nombre. Mas con Vitelio y Tigelino harás una excepción: al primero le casarás con el Nilo, para que pueda engendrar hipopótamos; al segundo, le darás el desierto, para que sea rey de los adives (1).

—Y á mí, ¿qué me reservas?—preguntó Vatinio.

—¿A ti? ¡Que te bendiga Apis por las maravillosas diversiones que nos preparaste en Benevento! Sólo bien puedo desearte. Haz un par de botas para la esfinge, cuyas patas se enfriarán con el relente, y luego puedes calzar á los colosos que se extienden en dos filas formando calle en la alameda del templo. Todos tendrán allí ocupación adecuada á sus aptitudes. Domicio Africano, por ejemplo, será tu tesorero, ya que tan proverbial y famosa es su honradez. Me agrada sobremanera, César, oirte hablar de Egipto y sólo me apena que hayas aplazado el viaje.

—Vuestros ojos mortales nada vieron porque las divinidades se hacen invisibles cuando quieren; pero sabed que en el templo de Vesta se me apareció la diosa y me dijo al oído: «Aplaza tu viaje». Y tan inopinada fué su aparición, que me infundió pavor, aunque debo estar agradecido á los dioses por la solicitud con que por mí velan.

—Todos nos espantamos, y Rubria, la vestal, se desmayó—dijo Tigelino.

—¡Rubria! — exclamó Nerón. — ¡Blanco es su cuello como el ampo de la nieve!

—Y se turba en presencia del divino César.

—Es verdad. Yo también lo he notado. ¡Es raro! ¡Una vestal! Las vestales tienen algo de divino, y Rubria es bellísima, además.

Nerón guardó silencio, y luego repuso:

—¿Por qué los hombres le temen más á Vesta que á los otros dioses? ¿Por qué? Yo mismo, aunque Sumo

---

(1) Adive, especie de perro parecido á la zorra, natural de las regiones cálidas de Asia y de Africa. Conserva los instintos del chacal, de cuya especie creen algunos naturalistas que es una variedad.

Sacerdote, me sobrecogí. Recuerdo que me desplomé, y habría dado con mi cuerpo en tierra si alguien no me hubiera sostenido. ¿Quién fué?

—Yo—contestó Vinicio.

—¡Ah, membrudo hijo de Marte! ¿Por qué no fuiste á Benevento? Me dijeron que estabas enfermo; y, en verdad, que te encuentro bastante desmejorado. Me parece haber oído decir que Crotón quiso matarte; ¿es cierto?

—Ciertísimo. Y me rompió un brazo; pero me defendí enérgicamente.

—¿Con el brazo roto?

—Acudió en mi ayuda cierto bárbaro más forzudo que Crotón.

—¡Más forzudo que Crotón!—exclamó Nerón sorprendido.—¡Lo dices en broma! Crotón era el más forzudo de los gladiadores; no hay más que uno que le iguale: Siphax, el de Etiopía.

—Puedo dar fe porque lo he visto: aquel bárbaro tenía más fuerza que Crotón.

—¿En dónde se oculta esa perla? ¿Cómo no le han hecho ya rey de Nemea?

—Lo ignoro, César; lo he perdido de vista.

—¿Tampoco sabes de qué pueblo es oriundo?

—Enfermo y con un brazo roto, no pensé en averiguarlo.

—Búscale y tráele á mi presencia.

Y, cambiando de conversación, repuso.

—Te agradezco que me hayas sostenido en el templo, pues si llego á caer al suelo podía haberme roto la cabeza. Antes eras buen compañero, pero combatiendo á las órdenes de Corbulón te has vuelto huraño y te veo de tarde en tarde.

Siguióse una breve pausa, y Nerón preguntó luego:

—Dime, ¿cómo está aquella muchacha demasiado estrecha de caderas, de quien te enamoraste y que mandé sacar para ti de casa de Aulio?

La pregunta aturdió á Vinicio, pero Petronio acudió á sacarle del apuro, diciendo:

—Apuesto, señor, á que ya no se acuerda de ella. Observa cómo se turba el mozo. Pregúntale más bien á cuántas ha amado desde entonces, aunque no respondo de que pueda precisar el número. Los Vinicios son buenos guerreros... y mejores gallos; necesitan nutridos *gallineros*. Castígale, señor; castígale por eso, y que no vaya á la fiesta que Tigelino ha prometido disponer en tu honor en las piscinas de Agripa.

—¡Me guardaré mucho! Espero, Tigelino, que allí no faltarán bandadas de bellezas.

—¿Cómo han de faltar las Gracias en donde el Amor está?—exclamó Tigelino.

—Me mata el tedio—dijo Nerón.—Por expresa voluntad de la diosa aplazo el viaje á la Acaya; pero me iré á Ancio. Me asfixio en las estrechas calles de Roma, entre las casas que se desmoronan, las raquíticas arboledas y las asquerosas charcas, cuyo repugnante olor llega hasta el Palatino y satura mis jardines. ¡Ah, si un terremoto, una catástrofe, la ira de los dioses destruyera esta ciudad, arrasándola para que no quedara piedra sobre piedra! ¡Yo demostraría al mundo entonces cómo debe edificarse una ciudad que es cabeza del mundo y capital de mi Imperio!

—¡César!—exclamó Tigelino.—¿Has dicho que «si la ira de los dioses destruyera á Roma...» no es así?

—¡Precisamente! ¿Y qué?

—¿No eres tú dios?

Nerón hizo un gesto de displicencia.

—Veremos lo que nos ofreces en la piscina de Agripa. Después iré á Ancio. Vosotros sois muy pequeños y no comprendéis que yo necesito algo verdaderamente grande.

Y cerró los ojos para indicar que quería descansar.

Los augustanos se retiraron.

Salió Petronio también, acompañado de Vinicio, y le dijo éste:

—Ya ves que estás invitado á tomar parte en la fiesta monstruo que se prepara. «Barbas de cobre» renuncia por ahora á su proyectado viaje y para con-

solarse andará más desenfrenado que nunca, hará mil locuras en la anunciada fiesta y se lanzará á mil desatinadas aventuras en la ciudad, como si estuviera en su propia casa. Procura tú también buscar en las locuras que se preparan distracción y olvido. Hemos conquistado el mundo y tenemos el derecho de divertirnos. Tú, Marco, eres un hermoso ejemplar de tu raza y á ello atribuyo, hasta cierto punto, la inclinación que siento hacia ti. ¡Por Diana de Efeso! Si pudieras apreciar la belleza de tus cejas, que se juntan en el entrecejo, y la de tu rostro correcto y altivo, que proclama que por tus venas corre la antigua sangre de los quíritas, comprenderías que á tu lado los que cerca de ti se hallaban poco ha parecían simples libertos. ¡Y pensar que si no fuera por esa religión insensata, Ligia estaría en tu poder á estas horas! En vista de esto, ¡prueba ó intenta probar que los cristianos no son enemigos de la vida y de la humanidad! Se han portado bien contigo y tu agradecimiento está muy en su lugar; pero en cambio te han desgarrado el alma. Yo en tu lugar, execraría esa religión y buscaría el placer donde pudiera encontrarlo. Eres, te lo repito, mozo gallardo y apuesto, y en Roma son numerosas las bellas divorciadas

—Me extraña y me sorprende que todavía no te hayas cansado de cuanto te rodea.

—¿Por qué supones tal cosa? Mucho tiempo ha que el aburrimiento me atormenta; pero ni tengo tus años ni tus aficiones. Me gustan los libros, que para ti carecen de atractivo; la poesía, que á ti te aburre; soy aficionado á las esculturas, á las piedras preciosas y á muchísimas cosas que á ti no te llaman la atención. Además, padezco de reuma, mal que á ti no te aqueja, y, por último, tengo á Eunice, mientras que tú no has encontrado nada que se le parezca. Para mí es un deleite estar en mi casa, entre obras maestras; y á ti, por mucho que yo quisiera cambiarte, nunca lograré infundirte el sentimiento estético. Sé que la vida no puede ofrecerme ya nada que supere á lo que poseo, pues tengo todo lo que pudiera apetecer; y tú, al contrario, ni siquiera sabes en qué consiste lo que buscas y esperas sin tregua ni reposo. Si la muerte viniera á visitarte ahora, te desagradaría profundamente, á pesar de tu tristeza y tu valor, el verte obligado á dejar tan pronto el mundo; yo, en cambio, aceptaré la muerte como una necesidad lógica é ineludible y convencido de que no he malgastado la vida, pues no existe fruto que yo no haya gustado. Esto no quiere decir que tengo prisa por llegar al fin lo antes posible; no lo he de apresurar ni procuro retardarlo; sólo quiero gozar arregladamente de todo hasta el último instante. Hay excépticos alegres; los estoicos son unos necios; pero el estoicismo tiene siquiera de bueno que templa el carácter, mientras que los cristianos infunden en el alma una melancolía desoladora, que es en la vida lo que la lluvia en la Naturaleza.

¿Sabes la última noticia acerca de la fiesta que prepara el incomparable Tigelino? Pues escucha: alrededor de la piscina de Agripa habrá lupanares poblados por las más bellas y nobles mujeres de Roma. ¿No te parece que entre ellas podrás encontrar una hermosa capaz de aliviar tus penas? También irán doncellas, que se presentarán por vez primera como ninfas. ¡Estamos en el Imperio romano! Empieza el calor, los aires del mediodía templan las aguas, y en ellas se mecerán cuerpos desnudos. ¿Y tú, ¡oh, Narciso!, no quieres gozar? Créeme: no habrá mujer que pueda resistirte; ninguna, aunque sea una vestal.

Vinicio se llevó la mano á la frente, y con el pensamiento puesto en Ligia, exclamó:

—¡Pobre de mí! He tenido la desgracia de tropezar con la única que se me resiste.

—¿Y quién tiene la culpa, más que los dichosos cristianos? ¿Qué puede esperarse de unos hombres, cuya divisa es una cruz? Oye, Marco: Grecia, soberanamente hermosa, creó la sabidu-

ría; los romanos hemos creado la fuerza. ¿Qué crearán, á tu juicio, las enseñanzas cristianas? Explícamelo si lo sabes, porque yo te aseguro por Pólux que no acierto á adivinarlo.

—Parece que temes que me haga cristiano.

—Temo simplemente que malogres tu vida. Si no puedes ser griego, sé romano: domina y triunfa. Nuestras locuras tienen su justificación en el amor á nosotros mismos que entrañan. Desprecio á «Barbas de cobre» por bufón griego; si fuera romano, sólo por serlo podrían permitírsele sus locas extravagancias. Ahora prométeme que si al llegar á tu casa te encuentras con alguno de esos sombríos cristianos, le harás una morisqueta. ¡Y hasta la vista, en las piscinas de Agripa!

## XXXI

Un cordón de pretorianos rodeaba las arboledas de la piscina de Agripa, para evitar que la muchedumbre, que acudía ansiosa de contemplar el espectáculo, molestara al César ni á sus invitados; entre los cuales es fama que figuraba todo lo que en Roma sobresalía por su riqueza, su hermosura y su talento. Allí se había congregado la dorada multitud para tomar parte en la fiesta, que superaba á cuantas habían dejado memoria en la historia de la ciudad.

Tigelino quería compensar el descontento del César, originado por la suspensión del viaje á la Acaya; sobrepujar á todos los que le precedieron en la organización de fiestas en honor de Nerón, y probarle así al tirano que nadie sabía divertirle como él.

Previendo el caso había comenzado los preparativos con mucha anticipación, cuando estaba con el César en Nápoles y en Benevento, dando las órdenes necesarias para que desde las más remotas regiones del Imperio llevaran á Roma fieras, peces raros, pájaros y plantas, vajillas, telas preciosas y artísticos tapices; todo para mayor esplendor decorativo.

En la ejecución de estos proyectos insensatos y dispendiosos se consumían los impuestos de provincias enteras; de modo que el poderoso favorito podía gastar con largueza. Su influencia crecía como la espuma, no porque Nerón le profesara más cariño que á los demás, sino porque se hacía cada vez más indispensable.

Petronio era por su cultura, su talento, su ingenio y su atractivo, infinitamente superior á Tigelino; de conversación fácil y amena, nadie como él sabía entretener al César. Mas precisamente y por desgracia, por aventajar al César en todo le eclipsaba, excitando así su envidia. Además, el Arbitro no podía ser sumiso instrumento de Nerón en lo tocante á buen gusto, y aquél temía sus críticas, sus opiniones y sus consejos, siempre que del asunto se trataba. En cambio, delante de Tigelino no sentía el menor embarazo. El mismo título de *arbiter elegantiarum* con que distinguían á Petronio mortificaba la vanidad del César; porque, ¿cómo era posible que nadie tuviera derecho para ostentar donde estuviese él semejante calificativo?

Tigelino tenía el suficiente buen sentido para reconocer su inferioridad y comprendía que no le era posible competir con Petronio, con Lucano y con otros que brillaban en la Corte por su saber, su talento ó su alcurnia; y decidió eclipsarlos con su infinito servilismo y con la magnificencia de ciertos proyectos que deslumbraban la exaltada imaginación de Nerón.

Fiel á este propósito, dispuso que el banquete se llevara á cabo en una gigantesca balsa construída con vigas doradas, cuyos bordes estaban adornados con conchas lindísimas del Mar Rojo y del Océano Indico, que heridas por los rayos del sol despedían nacarados destellos con todos los colores del iris. A los lados del improvisado triclinio, veíanse grupos de palmeras, de árboles de loto y de rosales llenos de flores; y medio escondidas entre el verde ramaje, fuentes de agua perfumada, estatuas de dioses y diosas y jaulas de oro

y de plata con aves de variadísimos colores.

En mitad de la balsa y sobre una columna de plata, se extendía un toldo inmenso de púrpura tejido en Siria. A la sombra de este toldo y refulgentes como soles, veíanse las mesas preparadas ya y aguardando que cada comensal ocupara su sitio, cargadas de valiosísima cristalería de Alejandría y de vajilla riquísima, botín procedente de Grecia y del Asia Menor.

Amarrados con cabos ó remolques de púrpura y oro á la balsa, que por las innumerables plantas que sostenía parecía un maravilloso jardín flotante, había infinidad de esquifes en forma de cisnes, de gaviotas, de peces y de fenicópteros, tripulados por remeros de ambos sexos completamente desnudos y de formas y facciones admirablemente hermosas. Las mujeres iban tocadas al estilo de Oriente ó con el cabello sencillamente recogido en redecillas de oro.

Cuando acompañado de Popea y de los augustanos tomó asiento Nerón bajo del toldo, comenzaron á bogar los remeros, atirantáronse los cabos de oro y la maravillosa isla flotante, con todos los invitados á bordo, fué remolcada y empezó á moverse y á describir círculos en la piscina, escoltada por numerosos botes llenos de mujeres que pulsaban arpas y cítaras y cuyos sonrosados cuerpos, al dibujarse en el azul del cielo y de las aguas y recibir los reflejos de los áureos instrumentos, parecía que participaban de aquel hermoso azul y que absorbían los reflejos, como capullos de lozanas flores que se abren con mágicos cambiantes. De los bosquecillos de la orilla y de fantásticas tiendas ocultas entre el ramaje, partían armoniosos sones musicales y cantos melodiosos; cantos y armonías resonaban en derredor, entre los árboles, y más lejos repercutían vibrantes notas de cuernos y trompetas.

César, sentado entre Popea y Pitágoras, mostrábase gratamente sorprendido; y cuando aparecieron entre los botes esclavas adolescentes disfrazadas de sirenas, con mallas que simulaban escamas y algas marinas, prorrumpió en alabanzas al organizador de la fiesta, á Tigelino. Pero al punto, obedeciendo á inveterada costumbre, buscó con la mirada á Petronio, como esperando su aprobación; el poeta miraba indiferente el espectáculo, y sólo cuando el César le pidió claramente parecer, contestó con displicencia:

—Opino, señor, que diez mil mujeres desnudas producen menos impresión que una sola.

A pesar del dictamen del Arbitro, el banquete flotante le agradó al César por la novedad, por los exquisitos y rebuscados manjares, que causaran la admiración de Apicio, y por la infinita variedad de vinos; de tantas clases los hubo, que el mismo Otón, que solía ofrecerlos de ochenta distintas, habría ido á ocultar su vergüenza bajo las aguas si hubiera sido testigo del hiperbólico sibaritismo que presidió á aquel festín.

Sentáronse á la mesa, además de las mujeres, los augustanos, entre los cuales descollaba Vinicio por su hermosura varonil.

Su rostro y sus formas, que antes eran propios del soldado curtido en la guerra, ahora, por consecuencia de los padecimientos morales y físicos que el joven experimentara, se habían afinado, modificando en cierto modo sus facciones, como bajo la hábil é inteligente mano de un escultor. Su tez había perdido el color tostado, pero conservaba el brillo trigueño del mármol de Numidia; y sus ojos que parecían más grandes tenían cierta expresión soñadora que los embellecía. Su cuerpo, que parecía hecho expresamente para llevar la armadura, conservaba toda la pureza de sus vigorosas líneas; y coronando el torso marcial del legionario erguíase hermosa y altiva la cabeza, propia de un dios griego ó del más refinado patricio. Petronio hablaba como hombre experimentado al decir que ninguna de las damas de la corte romana querría ó podría resistirse á Vinicio: todas miraban al joven; todas,

sin exceptuar á Popea ni á Rubria, la vestal, á quien el César había invitado expresamente.

Pronto empezaron á caldear las cabezas y á animar los corazones los vinos refrescados entre la nieve traída de las montañas. A cada momento se destacaban de la orilla botes en forma de cigarras ó de mariposas, y la superficie de la piscina se vió en breve poblada de ellos. Por encima de estos botes revoloteaban palomas y aves de la India y de Africa sujetas con sutiles cordoncillos azules ó con hilos de plata.

El sol, coruscante, había recorrido ya la mitad de su carrera y el día, aunque de los primeros de mayo, era caluroso. El golpear de los remos movidos al compás de las alegres músicas agitaba las cristalinas aguas. No se advertía el más leve soplo de viento y las ramas de los árboles se mantenían inmóviles, cual si embelesadas contemplaran las escenas que sobre las aguas se sucedían. La balsa proseguía su evolución circular, con su cargamento de flores, de maravillas y de invitados. Estos eran ya presa de la embriaguez, que cada vez se tornaba más estrepitosa y alegre.

La fiesta no había llegado á la mitad de su curso, y ya comenzaban la algazara y el desorden en torno de las mesas.

Nerón dió ejemplo, levantándose y mandando á Vinicio que abandonara el asiento que ocupaba al lado de Rubria; le sustituyó y se puso á hablarle á la vestal al oído.

Por consecuencia de este cambio, Vinicio se encontró junto á Popea.

Esta le contempló en silencio por breves instantes y luego le rogó que le ajustara en el hombro un broche que se le había desprendido.

Con mano temblorosa ejecutó el joven lo que se le pedía; Popea entonces le lanzó una lánguida mirada de fingido pudor, y con la linda y rubia cabeza le hizo un amistoso signo de resistencia.

El sol, entretanto, se ocultaba con rojos resplandores de incendio detrás de las copas de los árboles. Casi todos los invitados sentían ya los efectos de la embriaguez. La enorme balsa proseguía su evolución circular con un radio más extenso, y por consiguiente se acercaba á la orilla, en la cual, por entre los arbustos y las flores, corrían faunos y sátiros persiguiendo á ninfas, dríadas y hamadríadas.

Al extenderse las sombras de la noche, resonaron doquier cantos á la luna, mezclados con las suaves notas de las cítaras y las desagradables de los pitos y tamboriles. Millares de lámparas brillaron entre el verde ramaje, y de los lupanares emplazados en la ribera irradiaban infinitas luecillas. En las azoteas aparecían nuevos grupos de mujeres desnudas formados por las esposas y las hijas de los más nobles patricios, y con frases y ademanes libres incitaban á los hombres á que fueran á reunirse con ellas.

La balsa atracó á la orilla. El César y los augustanos saltaron á tierra, se metieron entre la arboleda y se diseminaron, yendo unos á los lupanares y otros á las tiendas ocultas entre el ramaje del bosque ó á las grutas artificiales preparadas al efecto cerca de las fuentes.

Borrachos, desatinados, como locos, imposible era distinguir en medio de aquel mare magnum á los senadores de los plebeyos, de los guerreros, de los músicos y danzantes. Los sátiros y los faunos corrían detrás de las ninfas, llamándolas á voces; y entre infernal algarabía rompían con los tirsos los farolillos pendientes del ramaje á fin de apagarlos. Por todas partes resonaban risas, gritos, bullicioso ruido que absorbía el susurro de los coloquios íntimos. Hasta entonces no había sido Roma teatro de escenas semejantes.

Vinicio, aunque no se había embriagado como en el festín memorable del Palatino, sentía viva excitación, producida por el espectáculo que en derredor veía; apoderóse de él el ansia de placer, y acompañado de otros echó á correr hacia el bosque, en pos de las dríadas y en busca de la más hermosa.

Bandadas de ninfas pasaban por delante de él corriendo, dando voces y cantando, perseguidas por faunos, sátiros, senadores y patricios, entre los alegres sones de la música.

De pronto, se encontró con un grupo de dríadas, capitaneado por una doncella vestida de Diana, y sintió mortal angustia; le había parecido que la apócrifa deidad que lucía en la frente la media luna era Ligia. Se sintió desfallecer y se acercó al grupo para cerciorarse; mas pronto se desvaneció su error.

Cercaron las muchachas á Vinicio y empezaron á dar vueltas en torno de él con rapidez vertiginosa; luego, para excitarle á que las siguiera, huyeron veloces como corzas.

Mas el joven permaneció inmóvil, como si estuviera clavado en el suelo, con el corazón agitado y sin aliento apenas; aunque estaba persuadido de que aquella Diana no era Ligia y de que ni siquiera se le parecía vista de cerca, la impresión que experimentara fué tan violenta que le dejó aplanado. Pero la reacción vino pronto á hacerle sentir un anhelo vehemente; el amor de Ligia resurgió en su corazón avasallador é incontrastable. Nunca le pareció á Vinicio tan bella la joven, tan dulce, tan pura y digna de adoración, como en aquel momento, en aquella fiesta cínica, desenfrenada, de loco libertinaje, de licencia inaudita. Y sintió vergüenza.

Poco antes quería lanzarse en aquel torbellino de vergonzoso abandono sensual, y ahora experimentaba honda impresión de disgusto y repugnancia; le asfixiaba aquel ambiente de infamia y quería á toda costa respirar aire puro y contemplar las estrellas.

Quiso, pues, huir, alejarse; y cuando lo iba á poner por obra, se detuvo ante él una mujer con el rostro cubierto con un velo; le puso las manos en los hombros y le dijo al oído, abrasándole la cara con su aliento:

—Te amo. Ven. Apresúrate.

Vinicio se pasó la mano por la frente como si despertara de un sueño, y preguntó:

—¿Quién eres?

La incógnita se apoyó en el pecho del tribuno, y repuso:

—¡Pronto! ¡Ven! ¡Estamos solos... y te amo!

—¿Quién eres?—repitió Vinicio.

—Adivínalo—contestó la desconocida.

Y echándole los brazos al cuello, juntó febrilmente sus labios con los del joven al través del velo, murmurando con lánguida voluptuosidad:

—¡Noche de amor y de locura! ¡Estamos libres! ¡Soy tuya!

Para Vinicio no había más que Ligia en el mundo; con ella estaban su corazón y su alma. Así, pues, rechazó suavemente á aquella mujer, diciéndole:

—Seas quien seas, amo á otra y no te quiero. Descúbreme el rostro.

En aquel preciso instante se oyó ruido entre los mirtos; alguien se acercaba y la tapada huyó veloz, lanzando, cuando estuvo á cierta distancia, una carcajada estridente que no presagiaba nada bueno.

Entonces se presentó Petronio, diciéndole al joven:

—Todo lo he visto y oído.

—Alejémonos de estos lugares—exclamó Vinicio con enojo.

Y dejando atrás los lupanares profusamente iluminados, las arboledas y el cordón de pretorianos que custodiaba los alrededores del estanque, llegaron adonde estaban las literas.

—Te acompañaré á tu casa—dijo el poeta á su sobrino.

Ambos se acomodaron en la litera y recorrieron en silencio todo el camino.

—¿Sabes quién era la tapada?—preguntó Petronio, cuando estuvieron en el *atrium* de la casa de Vinicio.

—¿Rubria quizá?—interrogó á su vez el interpelado, estremeciéndose de pensar que una vestal se atreviera á tanto.

—No.

—¿Quién entonces?

—El fuego de Vesta ha sido profanado—contestó el poeta en voz baja.—Rubria estaba con el César. La que se acercó á ti era la divina Augusta.

No supo el César ocultar su pasión por Rubria—prosiguió Petronio tras breve pausa,—y Popea quiso, sin duda, vengarse. Afortunadamente llegué á tiempo; porque, si reconociéndola la hubieras rechazado, tu ruina era irremediable y quizá también la de Ligia y la mía.

—¡No puedo más!—exclamó el joven fuera de sí.—¡Estoy harto de Roma, del César, de sus escandalosos festines, de la Augusta, de Tigelino, de vosotros y de vuestros crímenes! ¡Me ahogo! ¡No puedo continuar viviendo así; no puedo! ¿Me entiendes?

—¡Vinicio, pierdes la cabeza, y con ella el buen sentido y la moderación!

—¡No amo más que á ella; sólo á ella en el mundo!

—Bien, ¿y qué más?

—Nada más: que no quiero vuestros amores, ni vuestras desenfrenadas fiestas, ni vuestra impudicia, ni vuestros vicios, ni vuestros crímenes.

—¿Qué fenómenos están operándose en ti? ¿Eres ya cristiano?

Vinicio se llevó las manos á la cabeza con ademán desesperado y exclamó repetidamente:

—¡Todavía no! ¡Todavía no!

## XXXII

Petronio se encogió de hombros y se marchó á su casa muy disgustado porque le parecía que ya no tenía medio de entenderse con su sobrino, desde el momento en que sus almas se habían separado por completo.

Tenía el poeta en otro tiempo gran ascendiente sobre el joven guerrero, que como modelo le miraba siempre, y en más de una ocasión, con palabras irónicas oportunamente pronunciadas, había conseguido refrenar los ímpetus de Vinicio ó inducirle á adoptar determinada resolución; pero aquel ascendiente había desaparecido y era tan radical el cambio, que el Arbitro no intentó siquiera servirse de los antiguos medios, convencido de que su ironía y su ingenio se estrellarían contra los nuevos principios que el amor y el roce con los incomprensibles cristianos habían inculcado en el alma del joven tribuno.

El escéptico Petronio comprendió que se había desvanecido la influencia que hasta entonces ejerciera sobre su sobrino, y experimentó fuerte contrariedad y hasta temor; sobre todo, al reflexionar acerca de los acontecimientos de aquella noche.

—Si la desdichada aventura no ha sido un simple devaneo de la Augusta—se decía,—y ésta insiste en sus pretensiones, Vinicio cederá; y en tal caso, el menor accidente puede determinar su ruina. Mas si procediendo como hace presumir su actual estado de ánimo la rechaza otra vez, Augusta se vengará cruelmente de él y quizá de mí también porque soy tío de Vinicio; envolverá en su odio á toda mi familia y apoyará á Tigelino resueltamente. De un modo y de otro, la situación se presenta erizada de dificultades y de peligros.

Era Petronio valeroso, sereno y no le temía á la muerte; mas, como nada esperaba de ella, tampoco se apresuraba á salirle al encuentro.

Después de maduras reflexiones, creyó lo más prudente y seguro alejar de Roma á Vinicio. Y si pudiera darle á Ligia para que le acompañara por el camino, lo haría con el mayor gusto, seguro de que su sobrino emprendería con mil amores el viaje. El, entonces, diría en el Palatino que Vinicio había caído otra vez enfermo, y así conjuraría el peligro que les amenazaba á entrambos.

El amor propio de la Augusta estaba en salvo, puesto que Vinicio no la había reconocido; pero la situación podía empeorar en lo porvenir y convenía evitarlo á toda costa.

Ante todo, Petronio quería ganar tiempo y asegurar su prestigio, comprendiendo que tan pronto como el César partiera para la Acaya, Tigelino, incompetente en materia de arte, quedaría relegado al segundo lugar y perdería su influencia. Una vez en Grecia, el *Arbitro de las elegancias* estaba seguro de que triunfaría de todos los rivales.

Por de pronto, decidió velar sobre Vinicio y procurar que se ausentara cuanto antes.

También pensó que si lograra del César un edicto expulsando de Roma á los cristianos, Ligia saldría de la ciudad con sus correligionarios y Vinicio en pos de ellos. En tal caso, no habría necesidad de apelar á medios persuasivos para decidir al joven.

En la época de Claudio, poco tiempo hacía, los judíos suscitaron perturbaciones por odio á los cristianos, y dicho emperador, ante la imposibilidad de distinguir á unos y de otros, los expulsó á todos. ¿Por qué no había de hacer Nerón otro tanto con los sectarios de Cristo? Sin ellos, habría en Roma más tranquilidad y más espacio.

Después de la fiesta celebrada en las piscinas de Agripa, Petronio veía diariamente á Nerón en el Palatino y en otros lugares; y apuntarle la idea mencionada era facilísimo, en atención á que el César nunca rechazaba las indicaciones que podían dañar ó perjudicar á alguien.

Al cabo de maduras reflexiones, combinó el plan con sus menores detalles: dispondría un festín en su propia casa, y en el momento oportuno persuadiría al César de la conveniencia de expedir el edicto; y hasta acariciaba la fundada esperanza de que el César le confiara la ejecución. En este caso, empezaría por enviar á Ligia á Bayas, con todas las consideraciones á que era acreedora la amante de Vinicio, facilitando así á ambos jóvenes excelente ocasión de entregarse á su amor y á las peregrinas prácticas cristianas á medida de su gusto.

Entretanto no cesaba de visitar á Vinicio, porque, á pesar de su egoísmo de romano, no podía prescindir del afecto que le profesaba, y porque, además, quería convencerle de la necesidad de emprender el viaje.

Vinicio, por su parte, pretextando falta de salud, no se dejaba ver en el Palatino, donde cada día se proyectaban nuevos viajes y diversiones.

Por fin, llegó el momento en que, en presencia de Petronio, anunció el César que de allí á tres días partiría para Ancio. A la mañana siguiente, á primera hora, fué aquél á llevarle la noticia á Vinicio, el cual le enseñó una lista con los nombres de las personas que debían acompañar á Nerón, y le dijo:

—Estoy en la lista. Me la trajo esta mañana un esclavo, y creo que cuando vayas á tu casa encontrarás otra igual.

—Si mi nombre no estuviera entre los de los invitados, me daría por muerto—contestó el Arbitro.—Y no me parece que esto pueda ocurrir antes de ir á la Acaya, porque allí me necesita Nerón.

Acabamos de llegar á Roma—prosiguió Petronio recorriendo la lista de invitados—y ya tenemos que dejarlo todo y emprender un nuevo viaje. Y no hay más remedio que ir, porque esta invitación es á la vez una orden.

—¿Y si alguien se negara á obedecerla?

—Le mandarían que se pusiera inmediatamente en camino para el lugar *de donde no se vuelve*. ¡Es lástima que no hayas seguido mis consejos cuando aun era tiempo! Ahora tendrás que ir á Ancio.

—¡Tendré que ir á Ancio! ¡En qué tiempos vivimos y qué miserables esclavos somos!

—¿Hasta hoy no has caído en la cuenta?

—Ha tiempo que lo advertí; pero tú me has dicho que las doctrinas cristianas son contrarias á la vida, puesto que la encadenan. Y lo cierto es que esas cadenas no pueden ser más pesadas que las que á nosotros nos sujetan. Afirmas que Grecia creó la sabiduría

y la belleza y Roma el poder. ¿Quieres decirme dónde está el poder nuestro?

—Llama á Chilón y que te lo explique; yo no estoy ahora para filosofías. ¡Por Hércules! Yo no he creado los tiempos actuales ni soy responsable de lo que en ellos ocurre. Hablemos de Aucio. ¿Sabes que vas á correr allí serios peligros? Más te valiera, antes que ir allá, medir tus fuerzas con Urso, el que aplastó á Crotón. Sin embargo, es forzoso que vayas.

—¡Peligro de muerte!—exclamó Vinicio encogiéndose de hombros.—Todos andamos errantes entre sombras de muerte, y, por lo tanto, nuestras cabezas están constantemente amenazadas; no pasa un instante sin que alguien se hunda en los abismos.

—¿Quieres que enumere los ciudadanos que han tenido un poco de juicio y que, á pesar de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, han cumplido setenta ú ochenta años? Ahí tienes, por ejemplo, á Domicio Africano, que ha visto llegar tranquilamente la vejez, aunque toda su vida ha sido un criminal y un villano.

—¡Quizá por lo mismo ha vivido!—replicó Vinicio.

Y tornando á mirar la lista, repuso:

—Tigelino, Vatinio, Sexto, Africano, Aquilino Régulo, Suilio Nerulino, Eprio Marcelo y así sucesivamente. ¡Qué hato de bribones! ¡Y pensar que esta gente es la que gobierna el mundo! Mejor empleados estarían recorriendo pueblos y aldeas, enseñando una divinidad egipcia ó siria al son de los sistros, ganándose la vida embaucando á la gente con la buenaventura ó divirtiéndola bailando en calles y plazas.

—O con monos sabios, perros calculadores y burros flautistas — agregó Petronio.—Tienes razón; pero hablemos de cosas más importantes que de esos necios, que sólo sirven para saltimbanquis. Escúchame atento: he dicho en el Palatino que estás enfermo é imposibilitado para salir de casa; sin embargo, tu nombre figura en la lista, y ello me indica que hay alguien que no cree en tu enfermedad y tiene empeño en que nos acompañes. Este alguien no debe de ser Nerón, pues tú, como soldado, no entiendes de poesía ni de carreras de circo y le inspiras menos interés que su bufón. Ese alguien no me cabe la menor duda de que es Popea; ha hecho que tu nombre figure en la lista, y esto me demuestra que persiste en conquistarte.

—¡Es audaz, la Augusta!

—Si la rechazas no vacilará en perderte. ¡Ojalá que Venus le inspire cuanto antes un nuevo amor! Entretanto y puesto que la Emperatriz te desea, procede con extremada cautela en todo. Nerón empieza á cansarse de ella y prefiere á Rubria ó á Pitágoras: mas por consideración á sí mismo fácil sería que os hiciera objeto de la más terrible venganza.

—En la piscina de Agripa no la conocí; pero tú, que escuchaste nuestra conversación, oirías que le dije que amaba á otra y que no la quería á ella.

—Te ruego por todos los dioses ocultos é infernales que procures no acabar con el poco juicio que los cristianos te han dejado, que seas cauto y que no irrites á Popea. ¿Hay vacilación posible cuando se trata de escoger entre un mal probable y uno seguro? ¿No te he dicho ya que si hubieras lastimado el amor propio de Popea no habría salvación para ti? ¡Por los Hados! Si te pesa la existencia, ábrete de una vez las venas ó atraviésate el pecho con la espada; pues si irritas á la Augusta quizá sea menos cómoda la muerte que te aguarde. Antes era mucho más fácil que ahora hablar contigo y convencerte. ¿Puede acaso esta aventura ocasionarte perjuicio ni impedirte que sigas amando á Ligia? No olvides, por otra parte, que Popea vió á la doncella en el Palatino y que, por consiguiente, no le costaría grandes esfuerzos adivinar por qué rechazas tan obstinadamente sus favores. Y si lo adivina será capaz de buscar y encontrar á esa joven hasta en las entrañas de la

tierra. Y si tal sucede, serás tú la causa, no solamente de tu ruina, sino de la de Ligia. ¿Me has entendido?

Vinicio, que le oía distraídamente, como si su pensamiento estuviera lejos de allí, dijo de pronto.

—Necesito verla.

—¿A quién?

—A Ligia.

—¿Sabes en dónde está?

—No.

—¿Pretendes, acaso, reanudar las pesquisas de marras, recorriendo los rincones, los antiguos cementerios y el Trastíber?

—No lo sé; pero quiero verla.

—Bien. Puede que ella, aunque cristiana, sea más razonable que tú y lo demuestre evitando su ruina y la tuya.

—Me salvó de las manos de Urso.

—Pues apresúrate á buscarla, porque «Barbas de Cobre» se marchará dentro de tres días, y en Ancio pueden dictarse sentencias de muerte con la misma facilidad que en Roma.

Vinicio no le oía; preocupado con la idea de celebrar una entrevista con Ligia, sólo pensaba en dar con el medio de llevarla á cabo.

Al día siguiente, ocurrió un suceso que vino á allanar dificultades: Chilón se presentó en casa de Vinicio, con aire preocupado, aspectó miserable y el hambre retratada en el demacrado semblante. Los sirvientes no se atrevieron á detenerle, porque no habían olvidado la orden de admitirle á cualquier hora del día ó de la noche, y á pesar de su astroso ropaje le dejaron pasar.

Penetró, pues, el griego directamente en el *atrium*, se plantó ante el joven patricio y exclamó:

—¡Que los dioses te den la inmortalidad y compartan contigo el dominio del mundo!

El primer impulso del tribuno fué mandar que le echaran á la calle; pero casi inmediatamente pensó que acaso podría darle noticias acerca del paradero de la doncella, y la curiosidad venció á la repulsión que el viejo le inspiraba.

—¡Tú aquí! ¿Qué te ha sucedido? —le preguntó.

—¡Grandes desgracias, oh, hijo de Jove!—contestó Chilón.—La verdadera virtud no es estimada en los calamitosos tiempos actuales, y el sabio y el virtuoso tienen que darse por contentos con poder disponer siquiera una vez cada cinco días de los recursos necesarios para comprar una cabeza de carnero y roerla regada con lágrimas en las soledades de su tugurio. ¡Ah, señor! Todo lo que me diste lo empleé en libros de Atracto, y luego me los robaron y me arruinaron. El esclavo que debía escribir mis sabias máximas para perpetuarlas á través de las generaciones, huyó con los restos de lo que tu munificencia se dignó otorgarme. Estoy en la mayor inopia, señor; peor que un mendigo. Y, ¿á quién, si no es á ti, puedo dirigirme; á ti, á quien amo y deifico y por quien expuse mi existencia?

—¿A qué vienes y qué traes?

—Vengo en demanda de auxilio, ¡oh, Baal! y traigo mi miseria, mis lágrimas y las noticias que por amor de ti he logrado adquirir. ¿Recuerdas, señor, que una vez te dije que le había dado á una esclava del divino Petronio un hilo del cendal de la Venus de Pafos? Aquel hilo fué benéfico para ella; y tú, ¡oh, descendiente del sol! que no ignoras lo que ocurre en casa de tu tío, harto sabes cuál es actualmente la situación de Eunice. Pues bien; tengo otro hilo todavía, guardado para ti, señor.

Al llegar á este punto se percató de que Vinicio se enfadaba y fruncía el ceño, y se apresuró á conjurar la tempestad, diciendo:

—Sé dónde vive la divina Ligia y te lo indicaré.

—¿Dónde vive?—preguntó el joven con viva emoción.

—En casa de Lino, anciano sacerdote de los cristianos; con ella está Urso, que ha vuelto á trabajar en el molino de Demas, del homónimo de tu mayordomo. ¡Sí, Demas! Urso trabaja de noche; de modo que si tú aprovechas

las mismas horas para ir á la casa en donde Ligia habita, no encontrarás al tremendo ligio. Lino es viejo, y viejas son también las dos mujeres que acompañan á Ligia.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—No habrás olvidado, señor, que los cristianos me tuvieron en su poder y no solamente me perdonaron la vida, sino que no me hicieron daño alguno. Verdad es que Glauco se equivocaba al suponerme autor de sus desdichas; pero el hecho es que él me creía culpable, á pesar de que soy un infeliz, que todavía persiste en su error, y que, sin embargo, me perdonaron. Teniendo esto en cuenta, no te extrañará, señor, que mi corazón se inundara de gratitud. No soy del tiempo actual, sino de los buenos tiempos que pasaron, y no pude abandonar á mis buenos amigos, á mis bienhechores. ¿No hubiera sido la más negra ingratitud no preguntar por ellos ni informarme de lo que les ocurría ni de su estado de salud? ¡Por la Cibeles de Pesinunte! ¡Soy incapaz de semejante comportamiento! Al pronto, me detuvo el temor de que pudieran interpretar torcidamente mi conducta; pero el cariño que os profeso á ti y á ellos venció mis escrúpulos y la facilidad con que perdonan las ofensas me dió valor. Sobre todo, pensaba en ti, señor; nuestra última intentona acabó desastrosamente; y como era imposible que tú, ¡oh, hijo de la Fortuna! te resignaras con la derrota, te he preparado el triunfo. La casa de Lino está aislada y tus esclavos podrán cercarla de manera que no se escape ni una rata. Sólo de ti depende, señor, el que esta noche esté en tu casa y á tu lado la hija del magnánimo rey de los ligios. Y cuando esto suceda, no olvides que contribuyó á la realización de tu deseo este pobre y hambriento hijo de mi padre.

Vinicio sintió una oleada de sangre en la cabeza y la tentación agitó su espíritu. El griego tenía razón: seguro era el medio, y cuando Ligia estuviera en su poder, ¿quién osaría arrebatársela? Y cuando fuera su amante, ¿qué remedio le quedaba á la infeliz doncella, más que conformarse con su suerte? ¿Qué le importaban á él todas las religiones? ¿Qué representaban á sus ojos los cristianos, con su misericordia y sus prohibitivas enseñanzas? Había llegado la hora de librarse de tales trabas; de vivir como los demás hombres. Después de todo, ¿qué recurso le quedaba á Ligia, más que hacer lo posible por conciliar su suerte con la religión que profesaba? Y aun este punto revestía muy secundaria importancia. Primero y ante todo, era menester que Ligia fuera suya y en brevísimo plazo; luego habría tiempo de ver si la religión tenía poder para vencer y ahogar en el corazón de la joven las impresiones de la nueva vida en que iba á entrar, de la opulencia en que viviría, y para sofocar las emociones que agitarían su alma.

Y todo, todo podía realizarse fácil y prontamente; bastaba para ello con detener á Chilón y darles á los esclavos las órdenes oportunas, tan pronto como obscureciera. Y luego, ¡á vivir entre inacabables delicias!

—Desde que conocí á Ligia, ¿qué ha sido mi vida?—se decía el tribuno.—Una serie no interrumpida de sufrimientos y de deseos no satisfechos; una sucesión de problemas sin solución posible. Ahora puede terminar todo de la manera más rápida, sencilla y fácil.

Al llegar á este punto acudió á su memoria la promesa que hiciera de respetar á Ligia.

—Lo juré—se dijo, vacilando,—mas no por los dioses; no creía en ellos; ni por Cristo, porque todavía no creía en él. Después de todo, si ella se considera ofendida nos casaremos y la ofensa estará reparada... Sí; á ello estoy obligado, porque le debo la vida...

Las ideas de Vinicio cambiaron de orientación en este punto: recordó el asalto de Crotón á la morada de Ligia y el instante en que una palabra de la doncella apartó de su cabeza el terrible puño del ligio que le amenazaba de muerte; acudió á su memoria su larga estancia en casa de Miriam, el recuer-

do de los solícitos cuidados que Ligia le prodigara durante la enfermedad; y la veía inclinada sobre el lecho en que él yacía herido, tan pobremente vestida como una esclava, bella como una deidad y buena y tierna y admirada por todos...

Instintivamente dirigió una mirada al *lararium*, donde tenía la crucecita de boj que la doncella le dejara antes de partir. ¿Iba él á pagar con una nueva felonía el bien que recibiera? ¿Debía pensar otra vez en arrastrarla del cabello, como una esclava, hasta el *cubiculum?* ¡Qué había de pensar en ello, cuando la amaba con todo su corazón, y la amaba precisamente porque era como era!

Entonces comprendió claramente que no le bastaba tener á Ligia en su hogar ni traerla á sus brazos merced á un acto de violencia, sino que su amor pedía mucho más: su consentimiento, su afecto, su estimación, su alma. Bendito aquel techo si Ligia venía á cobijarse voluntariamente bajo él; bendito el momento en que tal aconteciera; bendito el día y bendita la existencia, porque entonces la felicidad de ambos sería infinita, como mar sin orillas, inagotable, como la luz del sol. Pero arrancarla de su asilo, apoderarse de ella á viva fuerza, equivaldría á desvanecer para siempre toda esperanza de felicidad, á manchar y profanar el bien que apreciaba como más valioso y grato en la vida. De pensarlo no más experimentó fría sensación de terror.

Chilón había metido la mano por entre los harapos que cubrían su escuálido cuerpo y se rascaba tranquilamente, sin dejar de observar á Vinicio.

Este le miró y se sintió dominado por una repugnancia invencible; al mismo tiempo experimentó vehemente deseo de aplastar á su antiguo auxiliar, como se aplasta á un vil gusano ó á un reptil venenoso. Incapaz de mantenerse en los límites de la moderación y dejándose llevar de su carácter de romano, le dijo al griego fríamente:

—No seguiré tus consejos; mas como tampoco quiero que salgas de esta casa sin recibir la merecida recompensa voy á mandar que te den trescientos azotes en la prisión doméstica.

El griego se puso pálido como un muerto. El hermoso rostro de Vinicio revelaba tan fría é inquebrantable resolución que el taimado Chilón no pudo acariciar la más leve esperanza de que la recompensa anunciada no pasara de ser una broma cruel. Cayó, pues, de rodillas, bajando la frente casi hasta tocar el suelo, y empezó á gemir con plañidero acento:

—¡Cómo, oh, rey de Persia! ¿Por qué?... ¡Oh, monumento de bondad! ¡Coloso de misericordia!... ¿Por qué? Soy anciano, desventurado, y estoy hambriento... Te he servido... ¿Y me pagas de esta suerte?

—Así les pagaste tú á los cristianos —replicó Vinicio.

Y llamó al *dispensador*, en tanto que el mísero griego, abrazándose convulsivamente á sus rodillas, clamaba balbuciente y lívido de terror:

—¡Oh, señor! ¡Oh, señor! ¡Soy viejo! ¡Trescientos, no; cincuenta bastan! ¡Ciento! ¡Oh, perdón! ¡Perdón!

Vinicio, que á fuer de romano no se conmovía fácilmente y mucho menos tratándose de aquel miserable, le rechazó con el pie.

Casi en el mismo instante entró el *dispensador* con dos fornidos esclavos; ataron al griego por el cuello con sus propios harapos y le sacaron arrastrando de la estancia.

—¡En nombre de Cristo!—gimió el miserable al llegar al corredor.

Vinicio se quedó solo y altamente satisfecho con la victoria que acababa de alcanzar sobre sí mismo. Le parecía que desoyendo los consejos de Chilón había hecho algo que le acercaba moralmente á Ligia y que merecía adecuada recompensa.

Al pronto, no echó de ver que acababa de cometer una gran injusticia castigando á Chilón por lo mismo que antes le premiara. Ni su corazón de romano era susceptible de moverse á piedad por el dolor ajeno ni el altivo tribuno podía parar mientes en el mísero grie-

go; y si se dignaba pensar en los sufrimientos que á Chilón le originaría el castigo, la idea de que éste era justo y merecido tranquilizaba al punto su conciencia.

El joven patricio pensaba en Ligia y se decía:

—No debo volverle mal por bien; y cuando sepa cómo castigo al que osó inducirme á actos de violencia contra ella, me estará agradecida.

Mas le asaltó una duda: ¿aprobaría Ligia el castigo de Chilón? La religión cristiana mandaba perdonar, y los cristianos, fieles cumplidores de sus preceptos, perdonaron al mismo miserable; aunque éste, con su proceder inicuo, se había hecho acreedor á la más terrible venganza.

Entonces rechinó en su oído el grito postrero que Chilón profiriera: «¡En nombre de Cristo!» Recordó que la propia exclamación libró al griego de las terribles manos de Urso, y acabó por decirse que debía indultar á aquél del resto del castigo que le había impuesto.

Ya iba á llamar al *dispensador* para darle la orden, cuando éste se presentó, diciendo:

—Señor: el viejo se ha desmayado y hasta puede que haya muerto. ¿Debo mandar que continúen azotándole?

—Reanimadle y traedlo.

Apresuróse á obedecer el *dispensador*; pero la tarea de reanimar al filósofo no debía de ser muy fácil, porque Vinicio tuvo que aguardar bastante rato. Y ya comenzaba á impacientarse, cuando los esclavos trajeron al griego, le dejaron ante el joven y se retiraron á una señal que éste les hizo.

El desdichado filósofo estaba pálido como un difunto, y á lo largo de las piernas le caían hilillos de sangre, salpicando de rojas gotas el pavimento de mosaico del *atrium*.

Cayó de rodillas, y, con fingida humildad, que revelaba que ya era dueño de sí mismo, exclamó, extendiendo las manos:

—¡Gracias, señor; eres grande y misericordioso!

—¡Perro!—replicó Vinicio.—Te he perdonado por Cristo, al cual le debo yo también la vida.

—¡Oh, señor! En lo sucesivo consagraré la existencia á serviros á El y á ti.

—¡Calla, levántate y óyeme! Vas á salir conmigo para indicarme la casa en donde vive Ligia.

Se puso Chilón en pie; pero su palidez se hizo más intensa y dijo con desfallecido acento:

—Te obedeceré en todo, é iré, señor; pero me muero de hambre y las fuerzas me faltan. Dispón que me den aunque sean los restos de la comida de tus perros y me pondré al punto en camino.

Vinicio mandó que le dieran de comer, de beber, una moneda de oro y un manto.

El griego, debilitado por los azotes y el hambre, tenía gran necesidad, mas no podía comer á gusto, porque el terror se lo impedía; le horrorizaba la idea de que Vinicio tomara su desfallecimiento por terquedad y le mandara azotar de nuevo.

—Un poco de vino para reanimarme —decía castañeteando los dientes de terror.

Algo repuesto con la comida y con el vino, recuperó un tanto las fuerzas y salió con Vinicio.

Tuvieron que andar bastante, porque Lino vivía en el Trastíber, como la mayor parte de los cristianos. Pasaron por delante de la casa de Miriam. Chilón se detuvo cerca de una casita aislada y rodeada de una pared cubierta de hiedra, y dijo al joven:

—Aquí es, señor.

—Bien—contestó éste.—Ya puedes marcharte; pero antes, escúchame y conserva en la memoria lo que voy á decirte: olvida que me has servido en este asunto; olvida el lugar en donde moran Miriam, Pedro y Glauco; olvida esta casa y olvida igualmente á todos los cristianos. Una vez cada mes preséntate en mi casa, y Demas, mi liberto, te entregará dos monedas de oro; mas si continúas espiando á los cristianos, mandaré que te azoten otra

vez ó te entregaré al Prefecto de la ciudad para que te maten flagelándote.

—Lo olvidaré todo—dijo el griego, inclinándose.

Pero tan pronto como Vinicio desapareció en un recodo de la callejuela, extendió las manos, con los puños cerrados en ademán de amenaza, y dijo, bramando de ira:

—¡Te juro por Ate (1) y por las Furias, que no olvidaré nada!

Y cayó desmayado.

## XXXIII

Vinicio se dirigió por el camino más corto á casa de Miriam y encontró en la puerta á Nazario, el cual se turbó al verle; pero el joven patricio le saludó afectuosamente y le rogó que le condujera á presencia de su madre.

Hízolo así el muchacho, y Vinicio encontró reunidos á Miriam, Pedro, Crispo, Glauco y Pablo de Tarso; el último acababa de llegar de Fregelas.

La entrada del joven produjo general asombro.

—Os saludo en nombre de Cristo, á quien reverenciáis—dijo el tribuno.

—Que su nombre sea glorificado por los siglos de los siglos—contestaron todos.

—He tenido ocasión de apreciar vuestras virtudes, me hicisteis objeto de vuestras bondades, y hoy vengo á vosotros como amigo.

—Así te recibimos, señor, y te damos la bienvenida—contestó Pedro.—Toma asiento y comparte con nosotros nuestro refrigerio.

—Sí, lo haré, y compartiré vuestro pan; pero antes escuchadme vosotros, Pedro y Pablo de Tarso, y os convenceréis de mi sinceridad. Sé dónde se oculta Ligia y acabo de pasar por delante de su puerta, pues he pasado frente á la casa de Lino, no lejos de aquí. Tengo derechos sobre Ligia, puesto que el César me la ha otorgado, y en Roma poseo cerca de quinientos esclavos, con los cuales podría cercar la vivienda de Lino y apoderarme de la joven, sin que ésta tuviera ni la más remota probabilidad de huir. Sin embargo, no lo he hecho ni lo haré.

—La bendición del Señor caerá sobre ti y tu corazón será purificado—dijo Pedro.

—Gracias te doy. Mas escuchadme, que aun no he terminado. Aunque atormentado por la pena de no ver á Ligia, hoy no puedo emplear con ella la violencia. Antes de conoceros, lo hubiera hecho sin vacilar; pero vuestras virtudes y vuestra fe, de la que no participo todavía, han transformado mi alma de manera que rechazo todo sistema de violencia. Ni yo mismo sé explicarme la causa; pero ello es que se ha operado mi transformación. Por eso acudo á vosotros, que hacéis las veces del padre y de la madre de Ligia, para deciros: «dádmela por esposa, y os juro que no solamente no le prohibiré adorar á Cristo, sino que procuraré instruirme en sus doctrinas».

Hablaba Vinicio con la cabeza erguida y firme el acento; pero estaba tan conmovido, que le temblaban las piernas. Como todos guardaran silencio, se apresuró á proseguir en estos términos, tratando, sin duda, de prevenir una contestación desfavorable:

—No ignoro los obstáculos que nos separan, pero amo á Ligia como á las niñas de mis ojos; y aunque todavía no soy cristiano, tampoco soy enemigo vuestro ni de Cristo. Quiero persuadiros de mi sinceridad, para que tengáis en mí confianza. El momento presente es para mí de vida ó muerte; por eso me ofrezco tal como soy. Otro, en mi lugar, quizá os diría: «Bautizadme». Yo me limito á deciros: «Instruídme». Creo que Cristo resucitó, porque lo he oído decir á personas amantes de la verdad y que le vieron después de su muerte; y creo, porque lo he visto con mis ojos, que vuestra religión produce frutos de virtud, de justicia y de perdón, y que no engendra crímenes como los que algunos os atribuyen. No conozco más

(1) Ate, diosa del mal.

cristianos que á vosotros, ni tengo, hasta ahora, idea exacta de esa religión. Algo me han enseñado vuestra conducta y vuestras conversaciones; algo también me ha inculcado Ligia y otro poco he aprendido con vuestro ejemplo. Todo ello ha operado en mí, os lo repito, una gran transformación.

Ayer, regía yo á mis esclavos con mano de hierro; hoy no puedo hacer lo mismo. No conocía la compasión, y me he vuelto compasivo; era amante de los placeres, y la otra noche huí de la piscina de Agripa, porque me causaba repugnancia el espectáculo y mi alma se asfixiaba en aquella atmósfera. Antes confiaba en la fuerza, y ya veis que ahora renuncio á emplearla.

Yo mismo me desconozco, pues me disgustan las fiestas, el vino, el canto, las cítaras, las guirnaldas, la corte del César, las mujeres desnudas y los crímenes. Cuando pienso que Ligia es cándida y pura como la nieve de las montañas, la amo más; y cuando considero que es así porque es cristiana, vuestra doctrina me atrae y anhelo conocerla. Mas, como todavía no la conozco ni la entiendo é ignoro si podré amoldarme á ella, la incertidumbre me tortura y vivo mártir de un sufrimiento que puede compararse con el del prisionero que encerrado en obscura mazmorra vive rodeado de tinieblas.

Al expresarse así, contrajo Vinicio las cejas á impulso del dolor, y la sangre coloreó sus mejillas.

—¡Ya lo veis!—exclamó con exaltación creciente.—La incertidumbre y el amor me tienen sometido á un verdadero tormento. Me han dicho que vuestra doctrina es enemiga de la vida, de la felicidad, de la alegría humana, del derecho, del orden, del poderío de Roma; que son insensatos los que la profesan. Y yo os pregunto: ¿es verdad todo eso? ¿Cuáles son vuestras ideas, vuestros propósitos? ¿Es pecado amar, tener alegría, desear la dicha? ¿Sois verdaderamente enemigos de la vida? ¿Está obligado el cristiano á arrastrar una existencia miserable? ¿Debo renunciar á Ligia? ¿Qué fines perseguís? Vuestras palabras, vuestras acciones, son como la tersa superficie del agua cristalina; pero yo quiero ver el fondo. Ya veis que soy sincero; á vosotros os toca ahora desvanecer las tinieblas que me rodean. Y me han dicho más: «Grecia creó la sabiduría y la belleza; Roma creó el poder; pero ellos, los cristianos, no han creado nada». Decidme, pues, ¿qué ofrecéis vosotros á los hombres? Si vuestras puertas ocultan la luz, ¡abridlas ante mis ojos!

—A los hombres les ofrecemos el amor—contestó Pedro.

Y Pablo de Tarso agregó:

—Aunque yo hablara con la lengua de los hombres y con la de los ángeles, si mi corazón fuera incapaz de amar, mis palabras no tendrían más alcance que los sonidos del bronce.

El anciano Apóstol sintió que el corazón se le oprimía ante el sufrimiento de Vinicio, cuya alma, como ave enjaulada, pugnaba por abrirse camino para gozar del aire, del sol, de la libertad; extendió, pues, las manos hacia el tribuno, y dijo:

—«Llamad y os abrirán». El Señor te favorece con su gracia. Yo te bendigo, y bendigo tu alma, y bendigo tu amor, en nombre del Redentor del mundo.

Vinicio, que había pronunciado su oración fogosamente y con extraordinario entusiasmo, se acercó rápidamente á Pedro, al oir su bendición, y los circunstantes tuvieron ocasión de asistir á una escena extraña por demás: el altivo descendiente de los quírites, que poco antes no consideraba como hombres á los extranjeros, se apoderó de la mano del anciano pescador galileo y la besó agradecido y reverente.

Pedro experimentó la satisfacción más viva al ver que la simiente que sembraba caía en tierra fecunda y que en su red de pescador acababa de entrar un alma.

Y todos, regocijándose con tan palmaria manifestación de acatamiento al Apóstol de Cristo, exclamaron á coro:

—¡Gloria á Dios en las alturas!

Vinicio se levantó radiante de serena alegría, y dijo:

—Ahora creo que entre vosotros puede albergarse la felicidad, puesto que soy feliz; y creo también que como me habéis convencido de esta verdad, llegaréis á convencerme de otras. Mas debo asimismo preveniros de que esto, por ahora, no será en Roma. El César se marcha á Ancio y tengo que acompañarle, porque he recibido orden de hacerlo así. Ya sabéis que desobedecerle es morir. Pero, si algo merezco á vuestros ojos, venid conmigo á Ancio y allí me instruiréis. Entre la multitud pasaréis inadvertidos y correréis menos peligro que yo mismo. Podréis propagar vuestras doctrinas en la propia corte del César. Dicen que Actea es cristiana y que tenéis hermanos hasta entre los pretorianos; lo segundo debe de ser verdad, puesto que yo he visto en la puerta Nomentana soldados que se arrodillaban cuando tú, Pedro, pasabas de vuelta del *Ostrianum*. Tengo en Ancio una casa de campo y en ella podremos reunirnos para escuchar tu palabra, á corta distancia del palacio de Nerón. Glauco me dijo una vez que por salvar un alma estabais dispuestos á ir á los confines de la tierra; no me abandonéis; seguidme y haced por mí lo que habéis hecho por aquellos por quienes habéis venido aquí desde Judea.

Los cristianos deliberaron acerca de la proposición de Vinicio; pensaban satisfechos y complacidos en el triunfo de su religión, y en la importancia que entre la sociedad pagana tendría la conversión de un augustano como Vinicio, descendiente de una de las más linajudas familias de Roma.

Dispuestos estaban los Apóstoles á recorrer el mundo entero por rescatar un alma, y en verdad que no habían hecho otra cosa desde la muerte del Maestro; por lo tanto, no pensaron ni remotamente en contestar al tribuno con una negativa. Pedro no podía en aquellos momentos apartarse de su rebaño de Roma; pero Pablo de Tarso, que acababa de llegar de la Aricia y de Fregelas y que estaba en vísperas de emprender un largo viaje á Oriente, con objeto de visitar los templos y excitar el celo religioso, se prestó á acompañar al joven á Ancio, donde se embarcaría para Grecia.

Vinicio, aunque lamentando que no fuera con él á Ancio Pedro, á quien tanto debía, manifestó su agradecimiento por la benevolencia con que habían acogido su ruego, y expuso la última súplica en estos términos:

—Sé dónde está Ligia, he podido entrar á verla y á preguntarle, como es de razón, si me querrá por esposo cuando me convierta al cristianismo; pero prefiero pedírtelo á ti, ¡oh, Apóstol! ¿Me permites que la vea, ó quieres llevarme á su presencia? No sé el tiempo que me obligarán á estar en Ancio; pero ten presente que al lado del César nadie tiene segura la vida. El mismo Petronio me ha dicho que allí no puedo considerarme en salvo. Déjame, pues, verla antes de partir; permíteme que me recree mirándola, y que le pregunte si me perdona el mal que la hice y si quiere pagármelo con un poco de amor.

—¿Quién ha de negarte, hijo mío, tan legítima alegría?—replicó Pedro, sonriéndose bondadosamente.

Vinicio se inclinó y de nuevo le besó la mano, incapaz de dominar el júbilo que inundaba su alma.

El Apóstol le levantó y poniéndole las manos en las sienes, le dijo:

—No temas al César; pues en verdad te digo que no caerá un cabello de tu cabeza.

Luego envió á Miriam en busca de Ligia, encargándole que no le dijera quién estaba con ellos, para que la sorpresa ocasionara más intensa alegría á la doncella.

Como la casa de Lino estaba cerca, tardó poco en reaparecer entre los mirtos del jardín Miriam, trayendo de la mano á Ligia.

El primer impulso de Vinicio fué echar á correr y salirle al encuentro; pero la emoción y la alegría le dejaron

paralizado, inmóvil, con el corazón palpitante, sin aliento y sin fuerzas para tenerse en pie: estaba cien veces más conmovido que cuando oyó por primera vez silbar junto á su cabeza las flechas de los partos.

Ligia entró presurosa en el aposento, tranquila y muy lejos de sospechar la sorpresa que la aguardaba; pero al ver al patricio se detuvo, quedándose como clavada en el suelo. Encendiósele el rostro de rubor, primero, y luego se puso muy pálida. Lanzó en torno una mirada atónita y medrosa, y vió que los rostros de todos sólo expresaban placidez y bondad.

Pedro, el Apóstol, se acercó á ella y le preguntó:

—Ligia, ¿le amas todavía?

La interpelada guardó silencio; asustada y temblorosa, como el niño cogido en falta, que atemorizado va á prorrumpir en llanto, porque se ve obligado á confesarla, no se atrevió á alzar los ojos.

—Responde—insistió el Apóstol.

Entonces la joven, humilde, sumisa y con cierto temor, contestó en voz casi imperceptible, arrodillándose á los pies de Pedro:

—Sí: le amo siempre.

Vinicio se arrodilló al lado de Ligia.

Y Pedro, poniéndole á cada uno una mano en la cabeza, dijo:

—Amaos en el Señor y para su gloria, pues no hay pecado en vuestro amor.

## XXXIV

Vinicio se paseaba con Ligia por el jardín y le explicaba con palabras entrecortadas, pero hijas del corazón, lo que había hablado con los Apóstoles. Decíale que desde que dejó de verla, la tristeza que sentía, por lo honda, únicamente era comparable con su amor; que la inquietud se había apoderado de su alma y que la existencia era para él un tormento no interrumpido desde que la joven se alejó de casa de Miriam. Confesó francamente que había hecho cuanto estaba en su mano por olvidarla, y que sus esfuerzos fueron infructuosos porque su voluntad era impotente para apartar de ella el pensamiento. Declaró asimismo que la crucecita de boj que ella le había dejado y que él guardaba cuidadosamente en el *lararium*, considerándola involuntariamente como si tuviera algo de divino, se la recordaba sin cesar. Lejos de disminuir su anhelo crecía, porque el amor absorbía todo su ser y se enseñoreaba de su alma, desde el punto y hora en que la vió por vez primera en casa de Plaucio. Las Parcas devanaban el hilo de la vida de los demás hombres; el de la suya lo devanaban el amor, la nostalgia y la melancolía. Reconocía que obró mal; pero podía servirle de atenuante el haber sido impulsado por su indomable amor. Y ahora bendecía el momento en que, cerrando los oídos á los pérfidos consejos de Chilón, se decidió á castigarle é ir en persona en busca de los Apóstoles para consultar con ellos.

—Ahora—terminó diciendo,—estás á mi lado y no huirás como en casa de Miriam.

—No huí—murmuró Ligia.

—Entonces, ¿por qué me abandonaste?

La doncella alzó sus hermosos ojos y contestó, tornando á bajarlos púdicamente:

—¡Harto lo sabes!

Vinicio guardó silencio, embargado por la felicidad que inundaba su corazón, y luego habló otra vez de sus sentimientos y de lo diferente que era Ligia de las mujeres romanas, asegurando que la única con quien tenía algún parecido era con Pomponia Grecina. Además, si bien no podía explicarle lo que él mismo no lograba definir, ello era que en la doncella hallaba una belleza nueva, ideal; una belleza singular, de un género que nunca, hasta entonces, había existido y que no era puramente plástica, como la de las estatuas, sino como él suponía que

debía ser la de los espíritus. Y añadió, colmando de júbilo á la joven con tal manifestación, que precisamente porque había huído de él la amaba más y que para él sería en el hogar como un sagrado numen.

—¡Ligia, Ligia!—repetía, reteniendo entre las suyas una mano de la doncella y contemplándola enajenado, como si en ella viera la felicidad de toda la vida, que acabara de conquistarla y quisiera convencerse al mismo tiempo de que no era una visión, de que la había encontrado por fin y de que estaba junto á ella. Luego quiso indagar cuáles eran sus sentimientos é ideas respecto á él, y Ligia le confesó que le amaba desde el primer día que ambos se vieron en casa de los Plaucio. Manifestóle también, que si él la hubiera restituído á aquella casa al sacarla del Palatino, ella no les habría ocultado á sus protectores el amor que por el joven sentía y hasta hubiese procurado calmar su justo enojo.

—Te juro—dijo Vinicio,—que nunca me ha pasado por la mente la idea de sacarte de casa de Aulio; fué Petronio quién me sugirió ese medio cuando le dije que te amaba y que quería hacerte mi esposa. «Que sea ella, le dije, quien unte con grasa de lobo la puerta de mi casa y se siente conmigo junto al fuego del hogar en el sitial de la esposa.» Pero Petronio se burló de mí y le indicó al César la idea de reclamarte para entregarte luego á mí. ¡Cuántas veces le he maldecido en mis largas horas de dolor! Más quizá la fortuna bienhechora haya dispuesto que las cosas pasen así y no de otra manera, para que yo pudiera conocerte, comprenderte y amarte.

—No lo dudes, Marco—replicó Ligia,—ha sido Cristo quien en sus altos designios te ha atraído por ese camino.

El joven la miró sorprendido y dijo con viveza:

—¡Es verdad! Buscándote á ti me encontré con los cristianos, y fué en el *Ostrianum* en donde oí con asombro al Apóstol; nunca, en mi vida, había escuchado conceptos como los que brotaban de sus labios. Mas dime, Ligia; ¿rogaste allí por mí?

—Sí—contestó la interpelada.

Cuando la joven pronunciaba este monosílabo pasaban precisamente junto á la glorieta, que una tupida capa de hiedra la cubría, y se acercaban al punto en donde Urso arremetió contra Vinicio después de haber dado muerte á Crotón.

—Aquí—dijo el joven,—habría yo perecido si tu mediación no me hubiera salvado.

—Olvídalo y no se lo recuerdes tampoco á Urso.

—¿Crees que podría yo vengarme de él porque te defendió como un valiente? Al contrario: si fuera esclavo mío le daría al punto la libertad.

—Si Urso fuera esclavo, ha largo tiempo que Plaucio lo habría manumitido.

—¿Te acuerdas—preguntó Vinicio,—de que estando herido quise llevarte á casa de tus protectores y te opusiste por temor de que pudiera saberlo el César y descargara el peso de su enojo sobre Aulio y sobre Pomponia? Pues bien, ahora puedes verles cuando quieras.

—¿Por qué, Marco?

—Digo «ahora» porque creo que cuando seas mi esposa no habrá el menor peligro en que les veas siempre que te plazca. Si al saberlo el César me preguntara, yo le diría: «Me he casado con ella y va á verles con mi consentimiento.» César no estará mucho tiempo en Ancio porque tiene pensado ir á la Acaya; pero, aunque estuviera más de lo que presumo, no tendré que verle todos los días. Cuando Pablo de Tarso me instruya, me bautizará; entonces volveré aquí, me reconciliaré con Aulio y con Pomponia, que ya habrán regresado á la ciudad, y no tendremos que vencer en lo sucesivo obstáculos de ningún género para que puedas ocupar tu sitio en mi hogar ¡oh, amada mía!

Vinicio levantó las manos, como po-

niendo al cielo por testigo de su amor, y Ligia respondió, clavando en él la mirada de sus dulces ojos :

—Entonces podré decir : «Donde estás tú, Cayo, allí estoy yo, Caya».

—Sí, Ligia mía ; y te juro que nunca mujer alguna habrá sido tan reverenciada en el hogar como lo serás tú en el mío.

Continuaron paseándose en silencio, enamorados, felices y tan hermosos como si la primavera les hubiera dado vida al mismo tiempo que á las flores. Junto al ciprés que se erguía al lado de la casa se detuvieron al cabo ; apoyóse Ligia en el tronco y Vinicio le dijo con acento que la emoción hacía tembloroso :

—Envía á Urso á casa de Aulio por tus muebles y tus juguetes de niña y que lo lleve todo á mi casa.

—No es costumbre hacerlo así—replicó la doncella, con las mejillas encendidas de rubor.

—Lo sé ; es la *pronuba* (1) quien se encarga de esa comisión y lleva esos objetos detrás de la novia ; pero tú me complacerás, ¿verdad? y yo me los llevaré á Ancio, á mi quinta, en donde serán otros tantos recuerdos que me hablen de ti.

Y juntando las manos con ademán suplicante, repitió con pueril insistencia :

—Pomponia volverá á la ciudad uno de estos días ; accede á mi ruego, *diva* (diosa), ¡ concédeme lo que te pido !

—Pomponia hará lo que quiera—contestó Ligia, que se había ruborizado al oir nombrar á la *pronuba*.

Guardaron silencio de nuevo ; pero sus corazones latían aceleradamente á impulso del amor.

Ligia estaba en pie, apoyada en el ciprés ; inclinados los ojos, palpitante el seno como si rebosara de exuberante vida, su rostro fresco y bellísimo, como primaveral capullo, destacábase por su blancura en la sombra y parecía una flor envuelta en la penumbra del árbol.

Vinicio la escuchaba extasiado y pálido de emoción.

En la calma de aquella hora solemne se percibía el rítmico latido de sus corazones, y merced al éxtasis que les embargaba, parecíales que se encontraban en un encantado valle de amor.

De repente se presentó Miriam en la puerta y les invitó al refrigerio vespertino.

Entraron los jóvenes y se sentaron á la mesa, junto á los Apóstoles. Estos les miraban complacidos, con aire de satisfacción, como á representantes de una generación nueva, como á los sucesores llamados á continuar esparciendo la semilla de la nueva fe, cuando ellos no fueran ya de este mundo.

Pedro bendijo y partió el pan.

En todos los rostros se reflejaba la más apacible serenidad y en aquel lugar se respiraba la dicha.

—Ahora—exclamó Pablo, dirigiéndose á Vinicio,—míranos bien y dime si te parece que somos enemigos de la vida y de la felicidad.

—Nunca he sentido una dicha igual á la que experimento entre vosotros en estos instantes—respondió el joven.

## XXXV

El mismo día, al anochecer, volvía Vinicio á su casa por el *Forum*, cuando cerca del *Vicus Toscus* (Barrio Toscano) encontró la dorada litera de Petronio conducida por ocho fornidos esclavos bitinios ; hízoles seña á éstos para que se detuvieran, y acercándose vió en el interior al Arbitro medio dormido.

—¡ Que sea dulce tu sueño ! — exclamó riendo.

—¡ Ah, eres tú !—dijo el poeta abriendo los ojos.—Me he quedado dormido porque he pasado la noche en el Palatino. Vengo de recorrer las libre-

(1) Especie de madrina, que acompañaba á la novia y tenía el deber de iniciarla en sus obligaciones de esposa.

rías y estoy cansado de revolver tanto papiro.

—¿Has recorrido las librerías?

—Sí; no quiero desordenar mi biblioteca y me he provisto de libros para el viaje. Se dice que han aparecido nuevas obras de Musonio y de Séneca. También busco un libro de Persio Flaco y una edición especial que necesito de las Eglogas de Virgilio. Estoy cansado, me duelen las manos de hojear libros y me caigo de sueño. Cuando entra uno en la librería quiere verlo todo. He estado en la tienda de Avirno y en la de Atracto, en el barrio Argileto; y en casa de los Socios, en el *Vicus Sandalarius* (barrio en el que se vendía calzado). ¡Por Cástor, qué sueño tengo! ¿Qué hay de nuevo?

—La misma pregunta te devuelvo; has estado en el Palatino y podrás contarme algo. Envía á tu casa la litera con los libros y vente conmigo. Hablaremos de Ancio y de otras cosas.

—Me parece bien. ¿Sabes ya que partimos para Ancio pasado mañana?

—¿Cómo habría de saberlo?

—¿Pero en qué mundo vives? En fin, te daré la noticia; prepárate á partir pasado mañana por la mañana. «Barbas de cobre» está ronco; han sido inútiles las cataplasmas de guisantes y aceite de oliva y los pañuelos de lana que hasta ahora se ha aplicado alrededor del enorme pescuezo, y no queda más remedio que marcharse. Echa pestes contra Roma, maldice la atmósfera que la envuelve y vería con gusto la ciudad arrasada hasta los cimientos ó destruída por el fuego. Tiene ansia por verse á orillas del mar y asegura que los pestilentes olores de las callejuelas romanas le llevarán á la tumba. Hoy se han hecho grandes sacrificios en todos los templos para que recobre la voz, y ¡ay de Roma, y especialmente del Senado, si no la recobra pronto!

—Estando ronco, ya no tiene razón de ser su deseo de ir á la Acaya.

—¿Qué dices? ¿Pues qué, es ése el único talento de nuestro divino César? ¿No es también poeta, automedonte, atleta, músico y danzante? ¿Sabes á qué se debe la ronquera de ese mono sabio? Pues á que ayer se empeñó en eclipsar á Paris como danzante y se puso á bailar las aventuras de Leda. Durante la pantomima (que por cierto quiere repetirla en público aquí y en Acaya) sudó como un caballo y se resfrió. Empapado en sudor, estaba tan mojado y escurridizo como anguila que acaba de salir del agua. Cambió de máscara repetidas veces, dió más vueltas que un huso y manoteó como un desesperado; nada más ridículo que verle bailar con su voluminoso vientre y sus flacas piernas: parecía que iba á derretirse. Dos semanas ha estado Paris dándole lecciones; pero no hay lecciones que valgan: ¡Imagínate á «Barbas de cobre» haciendo de Leda ó de cisne divino! Era un perfecto ganso. ¿No te parece que esa idea es de lo más divertido? Ahora quiere representar esa pantomima en Ancio, primero, y después en Roma.

—Que cante, puede pasar; pero que un César baile pantomimas en público... No; sería ya demasiado, y creo que Roma no estará dispuesta á tolerarlo.

—Roma, querido, tolerará eso y mucho más. Seguro estoy de que el Senado le dará un voto de gracias al *Padre de la patria* y de que la plebe se entusiasmará contemplando al César convertido en bufón por divertirla.

—¿Es posible llegar á tanto envilecimiento?

Petronio se encogió de hombros y replicó:

—Como vives metido en tu casa, pensando en Ligia, ignoras lo que ocurrió hace dos días: Nerón se unió en matrimonio con Pitágoras públicamente, y Pitágoras se presentó vestido de novia. Parece que esto traspasa los límites de la locura, ¿no es verdad? Pues bien, no quedó en eso; Nerón llamó á los flámines (sacerdotes), y los flámines acudieron y celebraron la ceremonia con toda solemnidad. Yo lo presencié y confieso, que aunque soy ca-

paz de presenciar impasible los actos más desatentados, el que te refiero me hizo pensar que si los dioses existen debieron dar allí mismo evidentes muestras de su cólera. Pero Nerón no cree en los dioses, y tiene razón.

—Según eso, Nerón es sumo sacerdote, dios y ateo, todo en una pieza—dijo Vinicio.

—Precisamente—contestó riendo Petronio.—No se me había ocurrido; y reconozco que es una amalgama sin igual en el mundo.

—Pero es necesario completarla—repuso tras breve pausa,—agregando que ese sumo sacerdote que no cree en los dioses y ese dios que de los dioses se burla, les teme, siendo ateo. Lo acontecido en el templo de Vesta demuestra claramente su temor.

—¡En qué sociedad vivimos!

—A tal sociedad, tal César. Pero este estado de cosas no puede durar eternamente.

Así, conversando, llegaron á casa de Vinicio.

Este pidió alegremente que les sirvieran la cena y reanudó la conversación diciendo:

—No, querido: tal como está la sociedad, no puede continuar; tiene que reformarse, que renacer.

—Reforma que no realizaremos nosotros—contestó Petronio.—En los tiempos que corremos, el hombre es una mariposa, cuya breve vida dura el espacio de un día al calor del sol cesáreo y se extingue al primer soplo del cierzo. Más de una vez me he preguntado en virtud de qué milagro ha podido Lucio Saturnino llegar á los noventa y tres años, sobreviviendo á Tiberio, á Calígula y á Claudio... Pero dejemos á un lado estos asuntos. ¿Me permites que mande tu litera en busca de Eunice? Se me ha pasado el sueño y quisiera pasar un ratito de placer. Dispón que durante la cena nos recreen los músicos el oído y luego hablaremos de Ancio; es preciso hablar de ello, aunque no sea más que por lo que te atañe.

Vinicio envió por Eunice y dijó á su tío con indiferencia:

—Te aseguro que no pienso calentarme la cabeza pensando en el viaje á Ancio; caliéntesela en buen hora los que viven á los resplandores de la gracia del César. El mundo no se encierra en el Palatino, especialmente para los que llevan en el corazón algo más que sus fiestas, sus banquetes y sus intrigas.

Pronunció el joven estas palabras con acento tal, que Petronio, sorprendido, no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué te ocurre? Hoy tienes un aire especial, que me recuerda los días en que llevabas colgada al cuello la *bula* de oro.

—Soy feliz y te he invitado expresamente para participártelo.

—¿Qué te ha sucedido?

—Algo que yo no cambiaría por el Imperio Romano.

Dicho esto, se sentó Vinicio, apoyóse en el brazo de la silla, reclinó la cabeza en la mano y repuso sonriendo:

—¿Te acuerdas de haber visto en casa de Aulio Plaucio, por vez primera, á una divina adolescente, á quien llamaste *Aurora* y *Primavera?* ¿Recuerdas su belleza incomparable, superior á la de todas las mujeres, á la de vuestras vírgenes y á la de vuestras diosas?

Al oir estas preguntas, Petronio le miró con extrañeza; la expresión de su mirada revelaba ciertas dudas acerca del estado mental de su sobrino.

—¡Qué lenguaje tan extraño!—exclamó.—¿De quién hablas? ¿De Ligia? Es natural que me acuerde de ella.

—Soy su prometido esposo.

—¡Cómo!

Vinicio se puso en pie, hizo que llamaran á su mayordomo, y cuando le vió en su presencia, le dió la siguiente orden:

—Que todos los esclavos, sin exceptuar á ninguno, vengan inmediatamente. ¡Pronto!

—¿Has dicho que eres el prometido de Ligia?—preguntó el Arbitro.

Pero antes de que volviera de su asombro, se llenó de esclavos el espacioso *atrium*. Había entre ellos ancianos, jóvenes vigorosos, mujeres, muchachos y niñas, y el número de los que llegaban aumentaba sin cesar. En los corredores, denominados *fauces*, llamábanse unos á otros en varios idiomas, y la multitud que llenaba el *atrium* se hacía más compacta cada vez. Toda aquella *familia* se iba colocando en filas, á lo largo de las paredes y entre las columnas.

Cuando estuvieron reunidos, Vinicio, que estaba en pie cerca del *impluvium*, le dijo á su liberto Demas:

—Todos los esclavos que hayan servido veinte años en mi casa se presentarán mañana al Pretor para que les otorgue la libertad; los que no alcancen ese tiempo de servicio, recibirán tres monedas de oro por cabeza y doble ración durante una semana. Enviarás á las prisiones rurales una orden de indulto general: que salgan los prisioneros ó castigados, que se les quiten los grillos y cadenas y que se les dé alimentación abundante. Sabed todos que el día de hoy es para mí de felicidad y que quiero que en mi casa reine la alegría.

Los esclavos, atónitos, guardaron silencio, como si no dieran crédito á sus oídos; luego, de repente, prorrumpieron en exclamaciones y bendiciones, y todos levantaron los brazos, exclamando:

—¡Ah, señor! ¡Ah!

A una señal de Vinicio se retiraron; y aunque todos, á porfía, querían demostrarle su gratitud postrándose á sus pies, se alejaron presurosos, para manifestar obediencia, y en toda la casa resonaron á poco rumores de júbilo.

—Mañana—dijo Vinicio á Petronio, —mandaré que todos se reunan en el jardín y que cada uno trace un dibujo en la arena. Ligia en persona dará la libertad á todos los que dibujen un pez.

Petronio, vuelto ya de su sorpresa, que en él era siempre pasajera, preguntó con sencillez:

—¿Un pez? ¡Ah, sí! Ya recuerdo que ése es el emblema de los cristianos.

Y tendiéndole la mano á Vinicio, repuso:

—La felicidad está... donde cada uno la encuentra. ¡Que la esposa de Céfiro siembre de flores tu camino! Te deseo tanto bien como tú mismo puedes apetecer.

—Te lo agradezco. Creí que intentarías disuadirme, aunque en verdad hubiera sido perder el tiempo.

—¿Disuadirte? ¡No en mis días! Al contrario: creo que obras perfectamente.

—¡Ah, tornadizo! ¿Has olvidado lo que me dijiste cierta tarde, al salir de casa de Pomponia Grecina?

—No lo he olvidado; pero he cambiado de parecer. ¿Cómo no, querido mío, si en Roma cambiamos de todo? Los maridos cambian de esposa; las esposas, de marido; ¿por qué no he de cambiar yo de ideas? Faltó muy poco para que Nerón se casara con Actea, de la cual se decía en aquel entonces, por halagar al César, que era de regia estirpe: casándose con ella hubiera tenido él esposa honrada y nosotros honrada Augusta. ¡Por Prometeo y sus inmensos y desiertos espacios de la mar! Cambiaré de opinión tantas veces como me plazca ó me acomode. Por lo que á Ligia atañe, su ascendencia real es más positiva que la de Actea. Unicamente te prevengo, que en Ancio conviene que tengas mucho cuidado con Popea, que es rencorosa y vengativa.

—No abrigo temor alguno; en Ancio no correré el menor peligro.

—Si crees que por segunda vez vas á excitar mi asombro, te equivocas; pero dime: ¿por qué estás tan seguro de que no correrás el menor peligro en Ancio?

—Porque me lo ha dicho el Apóstol Pedro.

¡Ah, si te lo ha dicho el Apóstol Pedro, es razón convincente y no hay argumento que valga contra ella! Permíteme, sin embargo, que por mi parte adopte ciertas precauciones, aunque no sea más que para que el Apóstol no resulte falso profeta; si se equivocara perderías la fe que en él tienes y sería una verdadera lástima. Tu confianza ha de serle muy útil al buen viejo en lo futuro.

—Haz lo que te plazca. Creo en el Apóstol, y si te figuras que con tu ironía vas á hacerme pensar mal de él, te equivocas de medio á medio.

—Una pregunta; una nada más: ¿eres cristiano?

—Todavía no; pero Pablo de Tarso, que irá conmigo, me instruirá en las doctrinas de Cristo, y luego me propongo recibir el agua del bautismo. No es cierto que los cristianos son enemigos de la vida y del contento.

—Tanto mejor para ti y para Ligia —replicó Petronio, encogiéndose de hombros.

Y repuso, como hablando consigo propio:

—Es admirable la habilidad que tiene esa gente para ganar prosélitos y la rapidez con que se extiende su secta.

—Sí—afirmó Vinicio con el mismo entusiasmo que si ya estuviera bautizado,—los cristianos se cuentan por miles de miles en Roma, en todas las ciudades de Italia, en Grecia y en Asia; los hay entre los legionarios, entre los pretorianos y hasta en el propio palacio del César. Esclavos y ciudadanos, ricos y pobres, patricios y plebeyos, de todas las clases hay ya que profesan la nueva fe. Algunos de los Cornelios son cristianos; cristianos son Pomponia Grecina y Actea y es probable que también Octavia fuera cristiana. ¡Ah, sí! La doctrina de Cristo se extiende por todas partes y cambiará por completo la faz del mundo. No te encojas de hombros con tu incredulidad acostumbrada; ¿quién sabe si dentro de un año, de un mes quizá, serás tú también cristiano?

—¡Yo! ¡No, por el hijo de Latona! Nunca aceptaría esa doctrina, aunque ella encerrara la sabiduría de todos los hombres y de todos los dioses, porque equivaldría á crearme dificultades, y yo las rehuyo en todo; me exigiría que renunciara á muchas cosas, y nada quiero negarme á mí mismo. Dada tu naturaleza, que puede compararse con el fuego y el agua hirviendo, es admisible que en ocasiones te inclines á ella; pero yo... yo tengo mis gemas, mis camafeos, mis vasos, mi Eunice. No creo en el Olimpo, y aquí, en la Tierra, he arreglado uno para mi uso particular, en el que pienso continuar gozando, hasta que las flechas del divino arquero vengan á poner término á mis goces ó hasta que el César me mande que me abra las venas. Me gusta mucho aspirar el perfume de las violetas y gozar de las delicias del triclinio; me gustan también nuestros dioses, como figuras retóricas, y me agrada Acaya, á dónde iré con nuestro gordinflón *patas de araña*, con nuestro incomparable y divino César, con el Hércules Augusto, hostigador de las edades: con Nerón. ¡Aceptar yo las doctrinas de esos galileos!...

Y riéndose sólo de pensar que pudiera amoldarse un día á las enseñanzas del pescador de Galilea, se puso á cantar:

«Y la tajante espada adornaré con mirto
á imitación de Harmonio y de Aristogi-
[ton...»

En aquel momento se presentó Eunice; los esclavos sirvieron la cena inmediatamente, y durante ella ejecutaron los citaristas algunas estrofas de canto.

Vinicio le contó á Petronio la visita de Chilón y los consejos que éste le había dado, y le dijo que en pago de ellos le había mandado azotar.

Petronio, que empezaba otra vez á tener sueño, se llevó la mano á la frente y replicó:

—Yo, en tu lugar, le hubiera dado

tres monedas de oro; pero ya que quisiste que le flagelaran, bien azotado estuvo. Sin embargo, debiste dar orden de que le remataran; porque ¿quién sabe si andando el tiempo recibirá los homenajes de los senadores, como hoy los recibe nuestro patricio remendón Vatinio? Tengo sueño. ¡Buenas noches!

Y despojándose de la guirnalda que llevaba en la cabeza, salió con Eunice.

Vinicio se dirigió á su biblioteca y escribió á Ligia la siguiente carta:

«Quiero que cuando abras los lindos ojos, esta epístola te dé los buenos días. Pasado mañana parte el César para Ancio y debo acompañarle. No hay medio de evitarlo, porque ya sabes que desobedecerle equivale á jugar la vida; y yo carezco de valor para morir ahora. Sin embargo, si no quieres que vaya, dime una sola palabra y me quedaré; Petronio podrá alejar con un discurso el peligro que me amenace.

»Hoy es para mí día de felicidad y he querido celebrarlo recompensando á todos mis esclavos: los que llevan en mi casa veinte años serán mañana libres. Creo que aprobarás mi conducta, que por esta vez está de acuerdo con tu dulce religión; y creo también que obrando así te complazco. Mis libertos te deberán mañana su libertad y así lo oirán de mis labios, para que te rindan el homenaje de gratitud que mereces y bendigan tu nombre. En cuanto á mí, me constituyo en tu esclavo. ¡Dios quiera que nunca me vea libre de tan dulces cadenas!

»Maldigo á Ancio y á «Barbas de cobre» y te aconsejo que es para mí gran fortuna no poseer la sabiduría de Petronio; porque si la poseyera me vería obligado á ir también á Grecia.

»Mientras dure la ausencia me consolaré evocando tu dulce recuerdo y siempre que pueda montaré á caballo y vendré á Roma ansioso de recrearme contemplando la luz de tus ojos y de escuchar las melodías de tu voz; cuando no pueda venir enviaré un esclavo para que me lleve noticias tuyas.

»Salud, divina Ligia; me postro á tus pies. No te disgustes porque te llame *divina;* si me lo prohibes, me conformaré con tu mandato, pero todavía no he aprendido á darte nombre más dulce.

»Te saludo desde el hogar en que has de ser mi reina y con toda mi alma te bendigo.»

## XXXVI

Todos sabían en Roma que el César quería detenerse en Ostia para ver el barco más grande del mundo, que acababa de llegar de Alejandría con cargamento de trigo, y que después de contemplarlo pensaba continuar por la *Vía Littoralis* el viaje á Ancio. Como se habían dado con mucha anticipación las órdenes oportunas, el día señalado para emprender el viaje se aglomeró en la *Porta Ostiensis* un gentío inmenso, ávido de admirar los esplendores de la corte del César.

El camino de Ancio no era malo ni largo y la ciudad, que encerraba en su recinto soberbios palacios y quintas deliciosas amueblados con todo el lujo y las comodidades que exigía el refinamiento de la época, era verdaderamente suntuosa. Sin embargo, el César llevaba siempre consigo sus objetos predilectos, desde los instrumentos de música y los muebles hasta las estatuas y los mosaicos, y cada vez que para descansar ó por gusto se detenía en el camino, mandaba colocar aquellos efectos al alcance de su mirada. Para transportar toda esta impedimenta le acompañaban legiones de esclavos, amén de los guardias pretorianos y los augustanos, los cuales llevaban también su séquito personal de esclavos.

Aquel día al amanecer, grupos de pastores de la Campania, de curtido rostro y calzados con abarcas de piel de cabra, salían ya para Ancio arrean-

do las quinientas burras en cuya leche había de bañarse Popea tan pronto como llegara á la ciudad mencionada. La plebe miraba entre chanzas y burlas las mil orejas de los mansos cuadrúpedos que atravesaban la llanura levantando nubes de polvo y aguijados con el alegre restallar del látigo.

Cuando pasaron las burras invadió el camino una nube de esclavos que lo barrieron y lo cubrieron de flores y de ramas de pino. La multitud decía, muy ufana, que todo el trayecto, hasta Ancio, estaría igualmente alfombrado con flores procedentes de los jardines particulares que había en las inmediaciones ó compradas á subido precio á los mercaderes de la *Porta Mugionis*.

La concurrencia aumentaba sin cesar: familias enteras acampaban al lado del camino y para hacer la espera menos aburrida colocaban las provisiones de boca en las piedras destinadas á servir de cimientos al nuevo templo de Ceres y se engullían tranquilamente su *prandium* al aire libre. En todas partes se veían grupos, en los cuales descollaba generalmente y llevaba la palabra algún conocedor de los usos y costumbres que presidían á los viajes del César, hablaba del viaje actual, de los que después emprendería, y acá y allá sólo se oía disertar largo y tendido sobre este tema.

Marineros y soldados referían á su vez maravillas de sus campañas y de lo que en remotas regiones oyeran decir acerca de países en donde el romano no había puesto aún la planta. Entre el auditorio, los que nunca habían ido más allá de la Vía Apia escuchaban embobados narraciones de la India, de la Arabia y de los archipiélagos de Britania. Con asombro no menor oían historias de las regiones hiperbóreas, en donde había mares helados que se alzaban con horrísono estruendo cuando el sol, como un náufrago, se hundía moribundo en sus aguas. ¡Y la plebe daba crédito á semejantes consejas! ¿Cómo no, si Tácito y Plinio las creyeron?

Comentaban también las noticias referentes al barco que el César quería ver en Ostia, barco que traía trigo para el consumo de dos años, cuatrocientos pasajeros, otros tantos marinos é innumerables fieras destinadas á los juegos estivales del Circo. Alababan á Nerón, que cuidaba de alimentar al pueblo y de divertirlo; por eso se congregaba allí una muchedumbre de ese pueblo dispuesta á tributar una manifestación de entusiasmo á su magnánimo Emperador.

De pronto apareció un destacamento de caballería númida perteneciente á la guardia pretoriana. Iban vestidos los jinetes con túnicas amarillas, llevaban cinturones encarnados y grandes aretes en las orejas, que daban reflejos dorados á sus negros rostros. Heridas por los rayos del sol las lanzas de bambú brillaban como llamas. En pos del destacamento venía el cortejo, abigarrado y compacto, á manera de procesión. Impulsada por la curiosidad, adelantó la masa humana para ver de cerca; pero tropezó con la doble fila de pretorianos colocada adrede para impedir que la muchedumbre que se apiñaba interrumpiera la marcha de la comitiva.

Echaron primero á andar numerosos carros, en los que estaban las tiendas de púrpura, de color de violeta y de fino lienzo egipcio blanco como la nieve y salpicado de lentejuelas; también contenían los carros tapices orientales, mesas de oloroso cedro taraceadas, piezas de mosaico, baterías de cocina y, encerradas en jaulas, aves de Oriente, del Norte y de Occidente, destinadas á abastecer de lenguas y de sesos la mesa del César. Figuraban también en el convoy grandes vasijas de vino y cestos de frutas. Los objetos de valor que no debían exponerse á golpes ni averías llevábanlos en hombros los esclavos, centenares de éstos pasaban á pie con estatuas y vasos de bronce corintio. Los había destinados exclusivamente á transportar vasos etruscos, otros estaban encargados expresamen-

te de los griegos, de los de oro, de los de plata ó de los de fino cristal de Alejandría.

Destacamentos de infantería y de caballería pretoriana escoltaban estas riquezas, y con cada división de esclavos iban mayorales ó capataces provistos de látigos, cuya punta terminaba en un pedacito de hierro ó de plomo.

El desfile de tantos seres humanos conduciendo con cuidado sumo objetos preciosos, ofrecía aspecto de solemne procesión religiosa.

Pasaron luego los instrumentos de música del César y de los cortesanos: arpas, liras griegas, hebreas y egipcias; formingas, cítaras, flautas; largas y retorcidas trompas de cuerno de búfalo y címbalos. Al contemplar los infinitos instrumentos, cuyos metales y piedras preciosas brillaban heridos por los rayos del sol formando espléndido conjunto, parecía que Apolo y Baco emprendían uno de sus fantásticos viajes por la Tierra.

Seguían en pos de los instrumentos ricos carros, en los que se agrupaban artísticamente danzantes y acróbatas de ambos sexos con tirsos en las manos; después venían infinitos esclavos, que no estaban destinados al servicio, sino á la ostentación: eran adolescentes y niñas de corta edad, escogidos en Grecia y en el Asia Menor; éstas, con los cabellos sueltos ó aprisionados en redecillas de oro; aquéllos, con largas cabelleras; y unos y otros, hermosos como amorcillos, llevaban el rostro embadurnado con espesa capa de cosmético para que el delicado cutis no padeciera con el sol y el viento de los campos.

Detrás de éstos apareció una cohorte pretoriana de gigantes sicambros de ojos azules, barbudo rostro y cabello rubio ó rojo. Al frente de esta tropa, los portaestandartes llevaban las águilas romanas y otros conducían tabletas con inscripciones, estatuas de dioses romanos y germanos y el busto de Nerón. Por debajo de las pieles y de las armaduras asomaban los recios y atezados miembros de aquellos guerreros, cuyo andar cadencioso y pausado acusaba la fuerza; dijérase que la Tierra se estremecía al sentir su mesurado y fuerte paso. Conscientes de su fuerza, que podían emplearla contra el propio César si así les placía, miraban con desprecio los grupos populares, olvidando quizá, en su orgullo presente, que muchos de ellos llegaron á Roma como esclavos. Corto era el número de estos soldados, porque las fuerzas pretorianas se habían quedado acampadas para guardar la ciudad y mantener el orden.

Pasó esta gallarda cohorte y aparecieron encadenados los leones y tigres de Nerón. La misión de estos animales era la de tirar del carro del César, si á éste se le ocurría imitar á Dionisio. Indios y árabes los conducían amarrados con cadenas; pero éstas estaban tan ingeniosamente entrelazadas con guirnaldas, que parecía que las fieras iban sujetas con cadenas de flores. Domesticados por hábiles domadores, leones y tigres miraban á la muchedumbre con soñolientos ojos; pero de vez en cuando levantaban la cabeza, dilataban las narices y olfateaban, relamiéndose, las emanaciones de carne humana que exhalaba la multitud.

A continuación venían los carros de la corte, las literas grandes y chicas, encarnadas ó doradas, con incrustaciones de nácar ó de marfil, con perlas ó con diamantes; á retaguardia, otra cohorte de pretorianos armados á la romana y compuesta exclusivamente de voluntarios de Italia; luego, multitud de esclavos, hombres, mujeres y niños; y, por último, el César, que fué aclamado por millares de personas.

Entre la muchedumbre se hallaba el Apóstol Pedro, que había querido ver á Nerón siquiera una vez en su vida. Le acompañaba Ligia, cuyo rostro ocultaba espeso velo, y Ursó, el cual, con su hercúlea fuerza era una garantía para la joven en medio de aquella heterogénea y turbulenta multitud.

El ligio había cogido una de las pie-

dras destinadas á la cimentación del templo de la hija de Saturno, la levantó en alto, con sorpresa y admiración de los circunstantes, y la colocó á la vera del camino, para que subido en ella el Apóstol pudiera ver bien aquel espectáculo extraordinario. Entre la muchedumbre se produjo un murmullo de desaprobación cuando Urso se abrió paso hendiendo la masa humana como el buque hiende las aguas del mar; mas al verle levantar la piedra, con la cual no habrían podido cuatro hombres forzudos, el murmullo se trocó en admiración y ésta se tradujo en exclamaciones de *¡Macte!* (¡Muy bien!)

El César pasó á corta distancia del punto en donde estaba Urso; venía sentado en un carro en forma de tienda de campaña, del que tiraban seis blancos y hermosos caballos de Idumea con herraduras de oro. Los paños de la tienda, recogidos de intento por los lados, permitían ver al César. Lo espacioso del vehículo hubiera consentido que en éste fueran muchas personas; pero Nerón, ansioso de que la atención de todos se concentrara en él, iba solo en el carro, llevando por todo acompañamiento dos enanos monstruosos echados á sus pies. Vestía túnica blanca y toga de color de amatista, que daba á su rostro tonos violáceos, y ostentaba en la cabeza una corona de laurel.

Había engordado mucho desde su regreso de Nápoles: tenía la cara más ancha y la papada, aumentando de volumen, hacía que la boca, siempre demasiado cercana á la nariz, pareciera ahora todavía más inmediata. Traía alrededor del enorme pescuezo un pañuelo de seda, y de vez en cuando se lo ajustaba con sus blancas, gordas y velludas manazas, cuyos rojos pelos simulaban manchas de sangre. Nerón no consintió nunca que los depiladores le extirparan el vello, porque le habían dicho que corría riesgo de que después de la operación se le quedaran temblonas las manos, con menoscabo de su habilidad para tocar el laúd. Como de costumbre, su inmensa vanidad se reflejaba aquel día en su rostro, á la vez que el aburrimiento y la contrariedad; en aquel rostro, que era vulgar y terrible al mismo tiempo. Por el camino no cesaba de volver la cabeza ya á un lado ya á otro, entornando los ojos y prestando oído á las exclamaciones con que le saludaba la multitud.

Esta prorrumpió en aplausos al verle, y por todas partes se oyó exclamar:

—¡Salve, divino César! ¡Salve, conquistador! ¡Salve, incomparable! ¡Hijo de Apolo! ¡Apolo divino!

El solemne César sonreía y á veces se trocaba su sonrisa en mueca; porque la plebe romana, satírica y mordaz, no respetaba ni á sus más amados triunfadores. Es cosa sabido que en cierta ocasión, al entrar en Roma Julio César, gritaron las turbas: «¡Esconded á vuestras esposas, ciudadanos, que viene el viejo libertino!»

Nerón, con su hinchada vanidad, no toleraba la menor crítica; y sin embargo, al paso del carro imperial, oíanse, mezclados con las aclamaciones, frases como éstas: «¡Barbas de cobre!» «¿Dónde has dejado tu barba de fuego? ¿Te la has rapado por miedo de incendiar con ella á Roma?»

No podían presumir los que tales chanzas le dirigían que sus palabras encerraban una trágica profecía. Nerón las escuchaba sin enfadarse, porque hacía bastante tiempo que había ofrecido su barba encerrada en un estuche de oro á Júpiter Capitolino; pero fruncía el ceño cuando oía los gritos de «¡Parricida! ¡Orestes! ¡Almeón! ¿Dónde está Octavia? ¡Despójate de esa púrpura, que no la mereces!»

También para Popea, que venía inmediatamente detrás de él, tenía insultos la plebe: «¡Flava coma!» (pelirrubia), le decían, como á la última de las meretrices.

Cuando Nerón oía estas exclamaciones, poníase ante los ojos la esmeralda pulimentada que le servía de lente y miraba á los que las proferían, á fin

de retener en la memoria sus facciones. En una de estas ocasiones vió al Apóstol, que estaba en pie encima de la piedra, y los dos hombres se contemplaron durante breves momentos: ni el César ni ninguno de los que formaban su brillante séquito pudo adivinar que acababan de mirarse frente á frente dos poderes de la Tierra, uno de los cuales se desvanecería muy pronto, como fatídico sueño de horror y de sangre, mientras que el otro, el viejo humilde vestido con pobre sayo, tomaría posesión por siempre de la ciudad y del mundo.

Pasó Nerón, y en pos de su carro, en una litera conducida por ocho africanos, Popea, la emperatriz que el pueblo aborrecía, vestida, como el César, de blanco y amatista. Llevaba la cara embadurnada de cosmético para preservar el cutis del polvo y del sol; inmóvil, indiferente y pensativa, parecía una divinidad hermosa, pero mala. Rodeábala una cohorte de esclavos de ambos sexos y la seguían los carros con sus muebles y ropas.

Muy alto estaba ya el sol cuando empezó el desfile de los augustanos, formando brillante línea que parecía inmensa serpiente. El indolente Petronio, amistosamente aclamado por el pueblo, iba en su litera con la esclava Eunice, hermosa como una deidad. Tigelino, en una cuádriga tirada por jacas adornadas con plumas blancas y encarnadas, no cesaba de mirar á Nerón, esperando que éste le hiciera seña para que fuera á reunirse con él en su carro.

La muchedumbre aplaudió á Liciniano, acogió con risas á Vitelio, con silbidos á Vatinio y con indiferencia á los cónsules Licinio y Lecanio; le demostró su afecto á Tulio Senecio, no se sabe por qué, y á Vestinio le recibió con aplausos.

El desfile era interminable: parecía que lo más notable, brillante y opulento de Roma emigraba á Ancio.

En los viajes de Nerón figuraban centenares de vehículos, y su séquito era más numeroso que una legión, las cuales, como es sabido, se componían de 12.000 hombres.

Entre los expedicionarios iban Domicio Africano, el decrépito Lucio Saturnino y Vespasiano, el cual todavía no había emprendido el viaje á Judea, de donde debía volver para ceñirse la corona de César; veíase también á sus hijos, al joven Nerva, á Lucano, á Anio Galo, á Quincio y, por último, figuraban en la comitiva innumerables mujeres, famosas por su riqueza, su hermosura, su lujo y sus vicios.

La multitud se embelesaba contemplando los carros, los caballos y las extrañas libreas de los esclavos, oriundos de todas las regiones de la tierra conocida.

En aquel fastuoso alarde de lujo y de grandeza, era difícil elegir punto para fijar la mirada, pues no sólo la vista, sino el espíritu, se deslumbraba ante el esplendor del oro y de la púrpura, se ofuscaba con el brillo de la pedrería, del brocado, de las perlas y del marfil: dijérase que los rayos del sol eran menos coruscantes que aquel derroche de refulgente magnificencia.

Entre el gentío no faltaban desheredados carentes de todo bien, privados de todo goce, estómagos vacíos y ojos que el hambre enturbiaba; pero el espectáculo, lejos de despertar la envidia de sus corazones, satisfacíales y les enorgullecía, porque daba idea del poder de la invencible Roma, de la señora del mundo, ante la cual el mundo se inclinaba.

Nadie hubiera podido predecir entonces que tal poder no se perpetuaría al través de las edades, sobreviviendo á todas las naciones, ni que pudiera surgir otro poder capaz de oponérsele...

Vinicio, que era de los que venían á la cola del cortejo, tan pronto como vió al Apóstol y á Ligia se apeó del carro, fué á saludarles radiante de alegría y dijo apresuradamente á la doncella:

—¿Conque has venido? No sé cómo agradecértelo. Dios no ha podido enviarme mejor augurio. Me despido de

ti, pero volveré pronto; siempre que pueda volaré á tu lado, pues tendré postas en el camino. ¡Salud, Ligia!

—¡Salud, Marco!—murmuró la joven.—¡Que Cristo te acompañe y abra tu alma á la palabra de Pablo!

Comprendiendo Vinicio que Ligia quería verle cuanto antes convertido al cristianismo, exclamó:

—¡*Ocelle mihi!* ¡Cúmplase tu deseo! Pablo ha preferido ir con mis esclavos; pero luego estará conmigo y será mi compañero y maestro. Descúbrete un instante el rostro, para que lo contemple antes de ausentarme. ¿Por qué lo ocultas?

—¿He hecho mal?—preguntó la doncella, sonriendo y mostrando la animada y bellísima cara.

—Sí, mal para mis ojos, que no te veían y quisieran verte, sólo á ti, hasta el postrero instante.

—Urso—repuso, dirigiéndose al ligio;—cuídala como á las niñas de tus ojos; que es mi *dómina* á la vez que tuya.

Besó luego la mano á la joven, con asombro de los circunstantes, que no se explicaban por qué el brillante augustano daba tal muestra de respeto á una doncella tan humildemente vestida que parecía una esclava.

—¡Salud, salud!—repitió.

Y echó á correr para incorporarse á la comitiva que se alejaba

Pedro le despidió haciendo imperceptiblemente la señal de la cruz, y el bueno de Urso prorrumpió en la más calurosa apología del tribuno, muy satisfecho de ver que su señora escuchaba con agrado estos elogios.

La comitiva proseguía su camino y se perdía en lontananza entre nubes de polvo; Pedro, Ligia y Urso la miraban alejarse.

En esto se acercó á ellos Demas, el dueño del molino en donde trabajaba Urso por la noche, y después de besarle la mano al Apóstol, le rogó que entrara con Ligia en su casa, que estaba cercana, á tomar un refrigerio y á descansar.

Aceptó Pedro la invitación, y cuando hubieron descansado y tomado el refrigerio, ya al caer de la tarde, regresó con Ligia al Trastíber. Y con objeto de atravesar el río por el puente Emilio, cruzaron por el *Clivus Publicus*, subiendo al monte Aventino, entre el templo de Diana y el de Mercurio.

Pedro contempló desde la altura los edificios que se extendían en torno y los que se esfumaban á distancia. Absorto y silencioso, meditaba acerca de la grandeza y poderío de aquella metrópoli, en la cual ponía la planta para explicar la palabra divina. En los diferentes lugares que hasta entonces recorriera, había sentido los efectos del poder romano, había visto las legiones, que eran como miembros dispersos del inmenso organismo que ahora, por vez primera, acababa de contemplar personificado en Nerón.

La populosa ciudad depravada, rapaz, licenciosa y corrompida hasta la médula é inconmovible en su poder incontrastable; el César parricida y fratricida, en torno del cual vagaban más espectros sangrientos que cortesanos componían su séquito imperial; el libertino bufón que era á la vez señor de treinta legiones y, merced á ellas, dueño del mundo; los fastuosos augustanos, para quienes el mañana era un enigma, pero que hoy eran poderosos como monarcas; todo este conjunto le parecía al Apóstol el reino infernal de la iniquidad, y su sencillo corazón no comprendía cómo el Señor concedía tan inconcebible omnipotencia á Satanás, que reinaba sobre la tierra, hacía derramar tantas lágrimas y tanta sangre inocente, y aniquilaba el mundo como la tempestad y el fuego devastador.

Y elevando el pensamiento desde lo más hondo de su alma hasta su Divino Maestro, dijo así:

—¡Oh, Señor! ¿Qué haré en esta ciudad adonde me has enviado? Es dueña de la tierra y de los mares, posee reinos, legiones que la guardan, ri-

quezas sin cuento; y yo, Señor, ¡soy un pobre pescador de Galilea! ¿Cómo empezaré? ¿Cómo venceré el mal?

Y el Apóstol miraba al cielo, invocando con toda su alma el auxilio de su Divino Maestro y presa de la tristeza y del temor.

—Parece que toda la ciudad arde—dijo Ligia, interrumpiendo la plegaria del anciano.

Parecíalo, en efecto. El sol se ponía y el espectáculo era maravilloso. La mitad del ígneo disco desaparecía ya detrás del Janículo y su claridad se extendía como inmensa y rojiza llamarada; desde el punto en donde se encontraban el Apóstol y la joven, la mirada abarcaba dilatados horizontes. A la derecha veíanse los muros del Circo Máximo; por encima de ellos, en lejana ondulación del terreno, se destacaba el Palatino, y enfrente, más allá del *Forum Boarium* (Mercado de Bueyes), y del *Veladrum*, las columnatas del Capitolio y el templo de Júpiter. Muros, estatuas, columnas y templos se veían como iluminados por el resplandor de un incendio; las aguas del río, en los trechos visibles, á lo lejos, parecían tintas en sangre; y á medida que el sol se hundía detrás del monte se tornaban más rojos sus reflejos. Estos avanzaban y se extendían hasta bañar las siete colinas con su fatídica luz.

—¡Parece que arde Roma!—repitió Ligia.

—¡La ira del Señor cae sobre ella!—dijo Pedro cruzando las manos.

## XXXVII

Carta de Vinicio á Ligia:

«Flegón, el esclavo que te entregará esta epístola, es cristiano y uno de los que recibirán la libertad de tus manos, amada mía. Antiguo servidor de mi casa, merece mi confianza y no abrigo temor alguno de que esta misiva no llegue á su destino.

»Te escribo desde Laurento, en donde nos hemos detenido por causa del calor. Otón poseía aquí una magnífica quinta y se la regaló á Popea; ésta, aunque divorciada de él, juzgó prudente conservar el espléndido presente.

»Cuando pienso en ti y veo á las mujeres que me rodean, me imagino que de las rocas de Deucalión brotaron hombres que en nada se parecían unos á otros y que tú perteneces á la clase de seres que nacieron de un cristal. Te admiro, te amo, y sólo quisiera hablar de ti; pero me violento para darte noticias de nuestro viaje, de mi vida y de la corte.

»El César se aloja en la quinta de Popea, que le ha preparado un recibimiento digno de él. Invitó á pocos augustanos, pero Petronio y yo fuimos de los favorecidos.

»Después de comer dimos por el mar un paseo en doradas barcas; el mar estaba tranquilo como el sueño y azul como tus ojos. Bogábamos nosotros, porque á la Augusta le halagaba que le sirvieran de remeros Cónsules é hijos de Cónsules. César, de pie en la proa y vestido de púrpura, cantaba un himno al mar, compuesto por él la noche anterior y con música de Diodoro.

»En otras embarcaciones seguían á las nuestras esclavos indios que tocaban conchas marinas; alrededor saltaban innumerables delfines, como si la música les atrajera, dando con sus movimientos rumores musicales á las aguas.

»Yo, mientras, pensaba en ti y tu ausencia me entristecía.

»¿Te gustaría que viviéramos á orillas del mar, lejos de Roma? Tengo en Sicilia tierras, con bosques de almendros que se cubren en primavera de blancas flores y tan cercanos al mar, que las ramas casi se bañan en las ondas.

»Allí consagraré la vida á amarte y á admirar la doctrina que me enseña Pablo, que ya sé que no se opone á la felicidad ni al amor. ¿Lo quieres así? Mientras me contestas, continuaré

contándote lo que ocurrió durante el paseo marítimo.

»Cuando ya nos habíamos alejado mucho de la orilla, vimos á lo lejos una vela y se entabló discusión acerca de si sería de una barca pescadora ó de un barco grande procedente de Ostia. Yo fuí el primero en distinguirlo.

»Entonces Popea dijo que para mis ojos no había nada oculto, y cubriéndose con el velo el semblante, me preguntó si podría reconocerla encubierta.

»Petronio contestó con viveza que el mismo sol se hacía invisible detrás de una nube; pero ella replicó sonriendo que sólo el amor podía cegar ojos tan penetrantes como los míos. Luego citó por sus nombres á varias mujeres de la corte y me preguntó de cuál de ellas estaba yo enamorado. Le contesté sosegadamente; pero, al fin, pronunciando tu nombre, se descubrió la cara y me dirigió una mirada escudriñadora y aviesa.

»Petronio tuvo la oportuna habilidad de hacer que la barca se inclinara y la oscilación, poniendo á los tripulantes en cuidado, apartó de mí la atención general.. Mucho se lo agradecí á mi tío, pues me sacó de un apuro; porque si la Augusta hubiera proferido contra ti alguna frase hostil ó desdeñosa, yo no habría podido ocultar la cólera ni quizá el deseo de romperle la cabeza con el remo á esa perversa y ruin mujer. ¿Recuerdas mi encuentro con ella y el incidente de la piscina de Agripa, que te lo conté en casa de Lino la víspera de mi partida? Pues Petronio tiene miedo desde entonces de que si la desairo, la irrito ó mortifico su vanidad, ella se vengue cruelmente de mí; pero Petronio ya no me comprende ni hay medio de hacerle entender que fuera de ti no existe para mí placer, hermosura, amor, ni nada, y que Popea sólo me inspira aversión y desprecio.

»Has hecho que cambie tanto mi alma, que si hoy quisiera volver á mi vida anterior no podría hacerlo.

»Mas no temas por mí. Popea no me ama ni es capaz de amar á nadie; su deseo es hijo de la cólera y el despecho que le produce la conducta del César, pues éste no oculta su vergonzoso proceder ni hace misterio de sus infidelidades, aunque puede que todavía esté hasta cierto punto sometido á la influencia de la Augusta.

»Además, voy á informarte de algo que te tranquilizará: Pedro me dijo al partir que no tuviera miedo del César, pues no me amenazaba el menor peligro; y yo creo en Pedro, porque en el fondo de mi alma oigo una voz que me asegura que todas sus predicciones se verán cumplidas. El bendijo nuestro amor, Ligia, de modo que ni el César ni todo el poder de las Parcas ni el Destino mismo podrían separarte de mi lado. Así lo creo y me considero tan feliz como en el Cielo, donde todo es calma y ventura.

»Si no te agrada que hable así del Cielo y del Destino, perdóname; lo hago sin darme cuenta. El bautismo no me ha purificado todavía y mi corazón es como un vaso vacío, que Pablo lo va á llenar con el néctar de vuestra doctrina. ¡Halle yo gracia á tus ojos, siquiera porque sediento alargo mi copa para llenarla en el puro manantial!

»Pablo gana de día en día ascendiente sobre los individuos de mi séquito, que le escuchan y consideran más que como á un taumaturgo, como á un ser sobrenatural. Ayer le vi con el rostro radiante de alegría, le pregunté qué hacía y me contestó: «Estoy sembrando».

»Petronio, que sabe que está aquí conmigo, quiere verle; y Séneca también, porque ha oído á Galo hablar de él.

»Palidecen las estrellas, Ligia, y el lucero matutino brilla con fulgor creciente; pronto besará la aurora las aguas del mar. Todo duerme en torno, en tanto que yo velo, pienso en ti y te amo.

»¡Bendita seas tú, *sponsa mea* (esposa mía), y la aurora de esta mañana!»

## XXXVIII

CARTA DE VINICIO Á LIGIA:

«¿No has estado nunca en Ancio, amor de mi vida, con Aulio y con Pomponia? Si no has visto esta ciudad sería día de felicidad para mí el día en que pudiera enseñártela. Desde Laurento está todo el camino bordeado de quintas soberbias, y la ciudad la forman innumerables palacios, cuyas columnas se reflejan en el agua cuando hace buen tiempo.

»Yo también poseo aquí una quinta junto al mar, y detrás del edificio se extienden vastos olivares y un bosque de cipreses. Al pensar que todo esto te pertenecerá algún día, los mármoles me parecen más blancos, más agradables las sombras de las arboledas y más azules el cielo que la cobija y el mar que la acaricia. ¡Oh, Ligia mía, qué hermoso es vivir y amar!

»El viejo Menicles, encargado de la casa, ha plantado en el jardín, junto á los mirtos, grupos de lirios que me recuerdan la casa de los Plaucio; á ti también te la recordarán y estoy seguro de que te gustará mucho esta plácida quinta.

»Cuando llegué á Ancio hablamos largamente Pablo y yo durante la comida, primero de ti y luego de vuestras doctrinas, que yo escuché con profunda atención; y ten por cierto que aunque yo tuviera el talento de Petronio y pudiera escribir como él, no podría expresarte lo que por mi mente y por mi alma pasó al oir á Pablo. Nunca pude sospechar que en el mundo fuera posible hallar una dicha, una belleza y una paz tan dulces, desconocidas de los hombres. ¡Con cuánto gusto hablaré de esto contigo, cuando haga mi primera escapatoria á Roma!

»Pero dime: ¿cómo pueden caber juntos en la tierra hombres como Pedro, Pablo y el César? Te lo pregunto porque á poco de llegar ¿sabes lo que oí de boca del propio Nerón? Pues veverás. Fué la noche después de mi conversación con Pablo. Estábamos en el palacio del César y éste nos leyó su poema sobre la destrucción de Troya, lamentando no haber presenciado el hermoso espectáculo que ofrece el incendio de una ciudad y envidiando á Príamo á quien calificaba de dichoso mortal porque había asistido á la destrucción de su pueblo natal.

»Entonces exclamó Tigelino:

»—Di una sola palabra, divino César, y cogeré una antorcha, y verás arder á Ancio antes de que amanezca.

»César le llamó necio y replicó:

»—¿A dónde iría yo, destruído Ancio, á respirar las brisas marinas para conservar la voz, don de los dioses, que los hombres me aconsejan que cuide, para bien de la humanidad? Es Roma la que me hace daño; las pestilentes emanaciones del Suburra y del Esquilino son las que me perjudican. ¿No creéis que los palacios de Roma ardiendo ofrecerían un espectáculo cien veces más trágico y grandioso que el incendio de Ancio?

»Todos comentamos el horror, la espantosa catástrofe que sería ver convertida en un montón de escombros á la ciudad que ha conquistado al mundo. Mas el César nos dijo que, si llegaba ese caso, su poema sería más hermoso que los cantos de Homero, y que él reedificaría la ciudad de tal suerte que asombrara á las generaciones venideras, como cosa jamás soñada por los hombres.

»—¡Hazlo! ¡Hazlo!—exclamaron algunos augustanos ebrios.

»—Para realizarlo—replicó Nerón,—necesitaría yo tener amigos más fieles y abnegados que vosotros.

»Te confieso que tuve miedo al oir estas palabras; porque tú estás en Roma, amada mía. Pero no creo que el César y sus amigos, por insensatos que sean, se atrevan á intentar semejante locura.

»Sin embargo, la más ligera sombra de peligro que amenace al objeto de nuestro amor, nos vuelve tímidos y asustadizos á los amantes; y yo quisiera ahora que la casa de Lino no estuviera en ese rincón del Trastíber habitado por gente vulgar, á quien no se le suele guardar consideración en estos casos. Ni el mismo Palatino con los tesoros que encierra, me parece morada digna de ti; ¡cómo he de verte sin inquietud en casa de Lino, careciendo de las comodidades á que estás acostumbrada desde la niñez! Vete con los Plaucio, Ligia mía. He meditado acerca de esta determinación y no veo que ofrezca peligro estando César fuera de Roma. Si Nerón estuviera ahí podría saber la noticia por los esclavos y quizá te perseguiría nuevamente por haberte opuesto á su voluntad; pero Nerón permanecerá mucho tiempo en Ancio, y antes de su regreso ya no se hablará de ti. Lino y Urso pueden acompañarte y vivir contigo allí.

»Además, vivo y me alimento con la esperanza de que antes de que el César vuelva á Roma, tú, divinidad mía, estés ya en las Carinas. ¡Bendito sean el día y la hora en que traspases los umbrales de mi casa! Si Cristo, en cuya doctrina me estoy ahora instruyendo, me concede tanta ventura, bendito sea también su nombre. Me consagraré á servirle y por él daré mi sangre y mi vida; digo mal: le serviremos tú y yo mientras vivamos.

»Te amo con toda mi alma. Salud».

## XXXIX

Aquella tarde estaba Urso sacando agua de la cisterna con un ánfora de dos asas atada á una cuerda, y mientras ejecutaba este trabajo cantaba á media voz una canción de su país. De cuando en cuando miraba con complacencia á Ligia y á Vinicio, que en el jardinillo de Lino conversaban formando interesante grupo, y que vistos á distancia, destacándose las figuras de ambos sobre el fondo obscuro de los cipreses, parecían dos estatuas de mármol pario. Ni el más leve soplo de brisa agitaba los pliegues de sus túnicas. Caía la tarde y los dos jóvenes hablaban cogidos de la mano, en medio de aquel cuadro sereno y apacible.

—¿No te ocurrirá nada malo, Marco, por haber salido de Ancio sin permiso del César?—preguntó la joven.

—No, amada mía—contestó el patricio;—el César anunció que estaría tres días encerrado con Terpnos para componer un himno, cosa que hace á menudo. Pero, ¿qué me importa el César, cuando estoy á tu lado y mirándome en tus ojos? No podía vivir sin verte y las últimas noches he padecido de insomnios. Más de una vez, rendido de cansancio, caía en una especie de sopor; pero pronto despertaba sobresaltado, creyendo que te amenazaba algún peligro. A veces soñaba también que me habían robado los caballos que tenía apostados para venir de Ancio á Roma más aprisa que cualquiera de los correos del César. Por último, no podía estar ya más tiempo sin verte; te amo demasiado, vida mía.

—Ya sabía yo que vendrías. Dos veces ha ido Urso por encargo mío á las Carinas, á preguntar por ti, á tu casa; Urso y Lino se reían de mi impaciencia.

En efecto, podía asegurarse que la joven le esperaba, porque en vez del traje obscuro que solía llevar, se había vestido con flexibles telas blancas; traía *estola*, especie de ropaje talar amplio, plegado y atado en la cintura, entre cuyos artísticos pliegues asomaban la linda cabeza y los torneados brazos, frescos como *primulas* (primaveras), que brotaran entre nieve, y en los cabellos, sedosas anémonas rojizas.

Vinicio le besó la mano y fueron á sentarse á un banco de piedra, junto á una parra silvestre; cerca el uno del otro, contemplaron silenciosos las luces crepusculares, cuyos postreros destellos se reflejaban en sus ojos. El suave en-

canto de aquella tarde apacible les tenía como extáticos en dulce arrobamiento.

—¡Qué paz reina en torno, Ligia—murmuró Vinicio,—y qué hermoso me parece el mundo! Se acerca la noche con toda su belleza y puedo asegurarte que en mi vida me he sentido más feliz que en este instante. ¿En qué consiste, Ligia? Siempre creí que el amor era anhelo, ansia, llama que enardecía la sangre; nunca pude figurarme que existiera amor como el nuestro, vehemente y, á la par, tranquilo, como si el sueño ó la muerte nos meciera en sus alas. Esto es completamente nuevo para mí. La plácida calma de la naturaleza que nos rodea me parece que dimana de la que siento dentro de mí. Ahora comprendo que puede haber una felicidad que muchos desconocen y me explico por qué Pomponia y tú disfrutáis de inalterable paz. ¡Sí; Cristo os la da!

Ligia apoyó la hermosa cabeza en el hombro del joven y replicó con voz suave como un susurro y reveladora de la emoción:

—¡Marco mío!

No pudo decir más, porque la alegría, la gratitud y la certeza de que al fin era llegado el esperado momento de amarle libremente, ahogaron la voz en su garganta y le trajeron á los ojos lágrimas de emoción.

Vinicio la estrechó un instante contra su corazón y exclamó:

—¡Bendigo el momento en que por vez primera oí tu nombre!

—¡Te amo, Marco!—dijo la doncella con voz semejante á un suspiro.

Ambos guardaron silencio; no podían articular las palabras que brotaban de sus corazones embargados por la emoción.

Los últimos reflejos del crepúsculo se desvanecían entre los cipreses, y la luna, en cuarto creciente, plateaba las frondas del jardín.

—Al entrar aquí—dijo el tribuno tras breve pausa,—leí en tus ojos que querías preguntarme si he recibido el santo bautismo. Voy á contestarte. No, no he recibido todavía el agua que purifica, porque Pablo me dijo: «Ya te he convencido de la existencia de Dios, de que vino al mundo y de que se hizo crucificar por redimir al hombre; ahora, que sea Pedro quien te bañe en la fuente de la gracia, ya que fué él el primero que extendió las manos para bendecirte.» Yo quisiera, amada mía, que estuvieras presente el día solemne en que recibiré el agua del bautismo y que Pomponia fuera mi madrina. Por eso no me han bautizado todavía, aunque creo en el Salvador y en sus doctrinas. Pablo me ha convencido, me ha convertido. ¿Y cómo no? El y Pedro, que fué discípulo de Cristo, vieron al Salvador, y lo mismo que ellos le vieron muchos hombres que nunca han mentido. ¿Cómo no creer que Cristo es Dios, puesto que resucitó de entre los muertos y de ello dan fe los que lo vieron? Le vieron en la ciudad, en el lago y en la montaña hombres cuyos labios jamás manchó la mentira. En el *Ostrianum* empecé á creer confusamente, porque oyendo á Pedro me decía: «Este hombre que dice: *yo lo vi*, afirma la verdad.» Si yo le preguntara á Séneca por qué enaltece la virtud, siendo la maldad la que triunfa, seguro estoy de que no podría darme una respuesta convincente; pero ahora sé que debo ser virtuoso porque la virtud y el amor emanan de Cristo, y para que cuando la muerte me cierre los ojos pueda vivir en otra vida, en la que te encontraré, amada mía. Yo pensaba que tu doctrina era enemiga de la felicidad en la tierra; Pablo me ha sacado de mi error, convenciéndome no sólo de que no la destruye, sino de que nos la ofrece.

Acabas de decirme: «Te amo», y estoy persuadido de que nada en el mundo habría conseguido antes arrancar de tus labios esas benditas palabras; ni todo el poder de Roma. ¡Ah, Ligia! La razón demuestra que esa doctrina es la mejor porque viene de

Dios, y el corazón siente que es la verdadera, ¿quién podrá resistir á esas dos potencias interiores?

Ligia le escuchaba clavando en él los azules ojos, que al fulgor de la luna semejaban místicas flores, y murmuró:

—Sí, Marco, sí; lo que crees y sientes es la verdad.

Eran dichosos gustando una felicidad nueva; comprendían que aparte del amor les unía otro poder irresistible y tierno á la par, á cuyo influjo crece el amor hasta lo infinito, se hace inaccesible á cambios, engaños y traiciones, é inquebrantable hasta la muerte.

Vinicio se daba exacta cuenta de que ese amor profundo y puro era enteramente nuevo para él y desconocido en el mundo, porque era un amor que el mundo no podía dar. Y en el fondo de su alma todo iba á confundirse, á condensarse en aquel amor: Ligia, las doctrinas del Crucificado, la pálida luna que bañaba con su luz de plata suavemente los cipreses, la plácida noche; para él, el Universo todo estaba impregnado, animado, por ese amor.

Pasado un momento, dijo á media voz y con tembloroso acento.

—Tú serás el alma de mi alma, el ser más amado en la tierra; viviremos unidos como un solo ser, y con una oración tributaremos juntos á Dios nuestro homenaje de gratitud. ¡Vivir juntos y juntos adorar al mismo Dios de bondad, y saber que cuando venga la muerte tornarán á abrirse nuestros ojos á nueva luz, como después de un dulce sueño! ¿Puede nadie imaginarse algo más hermoso y más sublime? Sólo me sorprende el no haber adivinado todo esto desde un principio, y no comprendo cómo he vacilado antes de someterme á tu doctrina. ¿Sabes lo que creo ahora? Pues creo que al cabo de algunos siglos será cristiano el mundo entero; que Júpiter desaparecerá de los templos y que éstos serán erigidos únicamente en honor de Cristo en las edades venideras. Oye lo que después de una larga conferencia le dijo Petronio á Pablo: «Vuestras doctrinas no se han hecho para mí.»

—Quisiera saber qué le contestó Pablo—dijo Ligia.

—Pues escucha y sabrás cómo fué. Estábamos en mi casa cierta noche. Petronio, con su fina ironía, le daba bromas á Pablo y éste le habló así:

«—¿Cómo se explica que tú, Petronio, hombre de grande inteligencia y mucha sabiduría, niegues la existencia de Cristo y su resurrección si no habías nacido cuando se verificaron estos acontecimientos, mientras que Pedro y Juan le conocieron y yo mismo le vi en el camino de Damasco? Prueba primero que mentimos y luego refutarás nuestro testimonio.

»Petronio afirmó que no tenía intención de negar nada, porque sobradamente sabía que ocurren acontecimientos inexplicables, pero que una cosa era descubrir un dios extranjero y otra aceptar sus doctrinas. Agregó que no quería creer en nada que amargara la vida disminuyendo sus bellezas y atractivos, y que le importaba poco que los dioses fueran verdaderos ó falsos, puesto que eran bellos y alegraban la existencia, que era lo esencial.

»Pablo le dijo entonces estas palabras:

»—Temiéndoles á las amarguras de la vida no aceptas una doctrina de amor, de misericordia y de justicia. Dime: ¿vuestra vida está en verdad libre de amarguras? Cuando os entregáis al sueño, nunca sabéis si os despertará una orden de muerte. ¡Ah! Si el César aceptara esa doctrina que exige amor y justicia entre los hombres, en verdad te digo que tu felicidad y tu suerte estarían más aseguradas que hoy. Ya que habéis erigido templos suntuosos y soberbios monumentos en honor de dioses engañosos, vengativos y malos, ¿por qué no queréis erigirlos en honor de un solo Dios todo amor y verdad? ¡Cuánto haríais por El si en El creyerais! Vives satisfecho porque naciste rico y tu existen-

cia se consume entre placeres; pero, si hubieras nacido pobre, solamente el cristianismo lograría hacerte tolerable la vida. Entre vosotros, aun los ricos patricios echan del hogar á sus hijos por no cuidarse de su educación; á ti mismo pudo tocarte esa desventura; los nuestros están libres de ella. Llegada la edad propicia te unirías con la mujer amada y ésta te sería siempre fiel; en la sociedad en que vives, las mujeres faltan á sus maridos y las univiras son escasas. Eres rico y pueden arrebatarte las riquezas; joven, y pueden quitarte la vida. Si el César lo mandara, tus propios esclavos te matarían. Dime: ¿Podéis vivir así tranquilos y dichosos? Yo, en cambio, predico el amor entre los hombres y os ofrezco una dicha sin término. ¿Osarías afirmar aún que nuestras doctrinas entenebrecen la vida? Lejos de ello, los hombres serían verdaderamente dichosos si estas doctrinas gobernaran el mundo en vez de gobernarlo el poder de Roma.

»Tal dijo Pablo, y entonces fué cuando Petronio le replicó, como te dije:

»—Vuestras doctrinas no se han hecho para mí.

»Y fingiendo que tenía sueño, se retiró murmurando:

»—Me agrada más mi Eunice que esas doctrinas judaicas; pero no quiero contender públicamente contigo.»

—Oyendo á Pablo—repuso Vinicio, —pensaba yo en ti: te comparaba con Crispinilla, con Popea y con otras y otras, y te amaba más y más. Tú nunca harás traición á la confianza que en ti pongo ni nadie ni nada quebrantará tu fidelidad. Sólo Pomponia y tú sabéis guardar celosamente el sagrado fuego del hogar. ¿No has presentido que desde Ancio hablaba contigo como si estuvieras á mi lado? Te amo cien veces más porque huíste de mí en el Palatino y porque luego te alejaste de mí. La corte con su esplendor y sus fiestas nada me importa ya: te amo. Di una sola palabra y saldremos de Roma para irnos á vivir á lejanas tierras.

Ligia, sin mover la cabeza, que tenía apoyada en el hombro de Vinicio, paseó la mirada por las altas copas de los cipreses plateadas por la luz de la luna, y contestó:

—Sí, Marco; alguna vez me has hablado de llevarme á Sicilia, en donde Aulio quiere pasar los últimos años de su vida.

—¡Ah, amada mía! Las tierras de ellos y las mías están colindantes. La costa es deliciosa, dulce el clima y las noches más claras y serenas que las de Roma. Allí la vida y la felicidad son casi una misma cosa.

Y el joven habló con dulce elocuencia del porvenir que en aquella isla les aguardaba, agregando:

—Olvidaremos las pasadas amarguras, nos pasearemos á la suave sombra de los olivares y en medio de apacible calma. ¡Ah, qué hermosa vida la nuestra entonces, consagrada al amor, á contemplar las flores, el mar y el firmamento; á adorar á un solo Dios omnipotente y justiciero y á practicar el bien y la verdad!

—¿Me consentirás que vea á Pomponia?

—¡Todo lo que quieras! Les invitaremos á nuestra casa y nosotros iremos á la suya. Y si quieres, llevaremos también al Apóstol Pedro. Pablo nos visitará y convertirá á Aulio Plaucio. Y á imitación de los romanos que fundaron colonias en territorios distantes, nosotros fundaremos una de cristianos.

Ligia quiso besarle la mano; pero Vinicio la retiró vivamente, murmurando quedo, como si temiera que el más leve rumor ahuyentara al Angel de la felicidad.

—¡No, Ligia, no; yo soy quien debe rendirte homenaje de amor y de respeto: quiero besarte la mano!

—¡Marco, te amo!—suspiró ella, abandonándole las manos, blancas como jazmines, que él se llevó á los labios con vehemencia.

Durante breve rato sólo se oyó el latir de sus amantes corazones. No se sentía el más leve soplo de viento y los inmóviles cipreses parecían seres animados que contenían el aliento para no turbar aquella inefable escena de amor.

De pronto interrumpió el silencio una especie de trueno sordo y ronco, que parecía salir de las entrañas de la tierra.

Ligia sintió un escalofrío de terror.

Vinicio se levantó y dijo:

—Son los leones que rugen en el *vivarium* (vivero).

Al primer rugido, semejante á un trueno, le siguieron otros y otros; por todos los ámbitos de la ciudad resonaron en breve los rugidos de las fieras. Millares de éstas había á veces en Roma encerradas en los circos, y por la noche, acercándose á los barrotes de las jaulas, apoyábanse en ellos y rugían desesperadamente en demanda de la libertad y de las selvas donde antes se albergaban. Y en medio del silencio de la noche, extendíase por todas partes aquel rebramar aterrador y pavoroso.

Las apacibles y hermosas visiones que Ligia vislumbraba en lo porvenir fueron bruscamente perturbadas, y la doncella, con el corazón oprimido, se puso en pie.

—Tranquilízate, amada mía—le dijo Vinicio, sosteniéndola por el talle;—los grandes juegos del Circo se acercan y las jaulas están llenas de fieras.

Y lentamente se encaminaron ambos á la casa de Lino, acompañados por el pavoroso rugir de los leones, que cada vez se iba haciendo más formidable.

## XI

Petronio, entretanto, cada día alcanzaba nuevos triunfos sobre los augustanos que en Ancio se disputaban los favores y la amistad del César.

Tigelino había perdido su influencia: en Roma era indispensable para hacer desaparecer á los que estorbaban á Nerón, para saquear las propiedades, para organizar espectáculos, en los que no se sabía qué admirar más si la pompa ó el mal gusto; para satisfacer, en una palabra, los monstruosos caprichos del César. Mas en Ancio no era necesario, porque en los hermosos palacios que reflejaban su arquitectura en el mar azul, Nerón hacía la vida más helénica posible. El César y sus cortesanos recitaban versos á todas horas, discutían acerca del metro, de la forma y de sus bellezas, se deleitaban con los giros elegantes, ocupábanse de música y no faltaban tampoco las representaciones teatrales; entregábanse, en suma, á las aficiones del género griego que embellecían la existencia.

En tal ambiente, el talento, la cultura y el buen gusto de Petronio, muy superiores á los de Tigelino, no podían dejar de ser apreciados por el César, y el Arbitro gozaba allí de la preeminencia que la necesidad le otorgaba. Nerón buscaba su compañía, aceptaba sus opiniones, le pedía consejo cuando se trataba de composiciones poéticas y le distinguía con tal deferencia, que los augustanos creyeron ya definitivamente consolidada la amistad que el Emperador le dispensaba al poeta. Los mismos que antes le demostraron antipatía al refinado epicúreo, ya le solicitaban, disputándose su favor. Y no faltó quien sintiera sincero regocijo al ver la preponderancia que adquiría aquel hombre siempre pronto á emitir un cabal é ilustrado juicio acerca de cualquier persona, y que acogía con excéptica sonrisa las adulaciones de sus enemigos de la víspera; pero en cuyo corazón, fuera por indolencia ó por grandeza, no tenía albergue la venganza, pues nunca empleaba su poder en dañar á nadie.

Hubo ocasión en que sólo de su voluntad dependió aniquilar al propio Tigelino; pero se contentó con ridicu-

lizarle, poniendo de relieve su vulgaridad y falta de cultura.

En Roma, el Senado respiraba con más libertad: hacía mes y medio que no se había expedido ninguna sentencia de muerte. Verdad es que tanto en Ancio como en la capital corrían rumores inauditos acerca de la desenfrenada licencia á que se entregaban el César y su favorito; pero todos preferían un César sibarita hasta el refinamiento á un tirano embrutecido en manos de Tigelino.

Este andaba desconcertado y preguntándose si había sonado la hora de darse por vencido, pues Nerón había dicho y repetido hasta la saciedad que en toda Roma y entre todos los augustanos sólo existían dos espíritus capaces de comprenderse, dos verdaderos espíritus helénicos: él y Petronio.

La admirable habilidad del Arbitro confirmaba la creencia de que su influencia sobreviviría á la de todos los augustanos, y nadie comprendía que el César pudiera pasarse sin él. ¿Con quién hablaría de poesía, de música y de arte? ¿En qué miradas podría recoger la impresión para saber si sus composiciones eran realmente perfectas?

Y á todo esto, Petronio, con su acostumbrada indiferencia, no le daba la menor importancia á su posición. Como solía, mostrábase indolente, perezoso, escéptico é ingenioso.

Los que le rodeaban creían advertir en él muchas veces indicios de que se burlaba de ellos, de sí mismo, del César y del mundo entero. Había ocasiones en que se aventuraba á censurar á Nerón en sus barbas, y cuando los circunstantes creían que había ido demasiado lejos y que estaba labrando la propia ruina, él se daba maña para imprimir repentinamente nuevo rumbo á la crítica, con lo cual lograba que ésta viniera á redundar en su provecho convirtiéndose en alabanza. En estos torneos de ingenio y sutileza causaba la admiración de los augustanos, en cuyo ánimo se arraigaba la persuasión de que no habría dificultades que Petronio no supiera vencer airosamente.

Hacía una semana poco más ó menos que Vinicio regresara de Roma, cuando el César leyó en una reunión íntima algunas estrofas de su canto al incendio de Troya. El auditorio prorrumpió en ruidosos transportes de admiración, y Petronio, á quien el César interrogó con la mirada, dijo:

—Esos versos son dignos del fuego.

El auditorio experimentó un sacudimiento de terror.

Nunca, en sus días, había escuchado Nerón juicio semejante emitido por hombre alguno.

Tigelino se estremeció de alegría.

Vinicio palideció y creyó, como los demás, que su tío estaba borracho, aunque nunca le había visto presa de la embriaguez.

Nerón, procurando suavizar la voz que el enojo le enronquecía, preguntó al Arbitro:

—¿Qué defectos les encuentras á estos versos?

—No creas—replicó Petronio con viveza—lo que dice el auditorio; aquí nadie entiende una palabra de esas cosas. Me preguntas qué defectos hay en tus versos y voy á decirte la verdad si quieres escucharla: tus versos, compuestos por Virgilio, por Ovidio y hasta por Homero, serían buenos y dignos de sus autores; pero no son dignos de ti, que estás á mayor altura que ellos. El fuego que describes no quema bastante, el incendio de Troya no es devastador, y á ti no pueden permitírsete ciertos defectos. No des oídos á las lisonjas de Lucano; si él hubiera escrito esos versos, yo le proclamaría un genio, pero tratándose de ti la cuestión varía: tú eres más grande que ellos; favorito de los dioses, tienes que componer versos divinos. Te dejas acariciar por la pereza, señor, y te agrada más dormir después del *prandium* que pulsar la lira. Puedes producir una obra superior á todas las que el mundo ha ensalzado hasta hoy: por

eso te digo cara á cara: «¡escribe mejor!»

Hablaba Petronio con indolencia y parecía que las inflexiones de su voz estaban mezcladas de burla y de reproche; pero oyéndole se deleitaba el César, que acabó por decir con satisfacción:

—Los dioses me han otorgado cierto talento; pero además de ese don me han concedido otro más valioso: un conocedor insuperable de lo bello, amigo leal y crítico justiciero, único hombre capaz de decirme la verdad.

Y diciendo esto extendió la gorda y velluda mano hacia un candelero de oro, procedente del saqueo del templo de Delfos, con intención de quemar los versos; pero Petronio se apoderó de ellos antes de que la llama los tocara, exclamando:

—¡No, no! ¡Aunque no son dignos de ti, pertenecen á la Humanidad! ¡Déjamelos!

—Permíteme entonces que te los mande en una caja de mi invención—dijo Nerón abrazando al poeta.

Y luego repuso:

—Sí, tienes razón; mi incendio de Troya no quema bastante ni sus llamaradas abrasan; pero creí que si lograba llegar á la altura de Homero... Siempre me cohibe cierta timidez y una apreciación modesta de mis facultades; pero tú me has abierto los ojos. ¿Sabes por qué es defectuoso mi poema? Porque cuando el escultor talla la estatua necesita ante todo el modelo; y yo no lo he tenido. Nunca he visto una ciudad ardiendo, y por eso mi descripción adolece de falta de verdad.

—Por eso afirmo que sólo un gran artista como tú es capaz de comprender lo que has dicho.

Quedóse Nerón pensativo, y preguntó al cabo de un momento:

—Dime, Petronio: ¿lamentas la destrucción de Troya?

—¡No, á fe mía! Y te diré por qué. Troya no habría ardido si Prometeo no diera el fuego á los hombres ni los griegos hubieran declarado la guerra á Príamo; de no haber existido el fuego, Esquilo no habría escrito su *Prometeo* ni Homero hubiese compuesto la *Ilíada* sin la guerra de Troya. Y yo prefiero el *Prometeo* y la *Ilíada* á la conservación de una ciudad pequeña y despreciable, que probablemente sería también fea y sucia, y que á estas horas estaría gobernada por un pobre magistrado, el cual te fastidiaría á más no poder con las desavenencias que surgieran entre él y el areópago local (administración).

—Todo lo que has dicho está muy puesto en razón—afirmó el César.—Por el arte y la poesía no sólo es lícito sino que debe y puede sacrificarse todo. ¡Dichosos los aqueos, que dieron asunto á Homero para su *Ilíada*, y dichoso Príamo, que vió la destrucción de su patria! Yo, en cambio, nunca he visto una ciudad envuelta en llamas...

Sucedióse un instante de silencio; Tigelino lo interrumpió diciendo:

—Ya te lo he indicado, César: dame la orden y arderá Ancio. Si te apena la destrucción de estos palacios y jardines, mandaré incendiar los buques anclados en Ostia ó haré que levanten en los montes Albanos una ciudad de madera para que le pegues fuego con tus propias manos.

—¡Ponerme yo á contemplar el incendio de unas miserables barracas! Tu inteligencia se obscurece, Tigelino; y lo que es peor: veo que no aprecias mi talento ni el mérito de mi *Incendio de Troya*, puesto que crees que cualquiera de esos pequeños sacrificios sería harto tributo á mi inspiración.

Turbóse Tigelino, y Nerón, como si quisiera cambiar de tema, repuso tras breve pausa:

—Se acerca el verano. ¡Qué malos olores habrá al presente en Roma! Y sin embargo, es preciso que regresemos para asistir á las fiestas estivales.

Tigelino clavó en Nerón una mirada y dijo:

—Cuando se hayan retirado los au-

gustanos, permíteme que te hable un momento á solas.

Una hora después, al salir de la casa del César, le decía Vinicio á Petronio:

—He temblado de miedo por tu causa; creí que estabas embriagado y te vi próximo á una catástrofe. Estás jugando con la muerte.

—Ese es mi Circo—replicó con indiferencia el poeta,—y me agrada convencerme de que soy el mejor gladiador. Ya ves cómo terminó el incidente. Mi influencia ha aumentado muchísimo esta noche. Enobarbo me enviará sus versos en una arqueta riquísima y de pésimo gusto, y yo le diré á mi médico que me prepare un purgante si he de leerlos.

Tigelino, ahora, en vista del éxito de mis sutilezas, procurará imitarme; ¡y habrá que ver los batacazos! Si intenta aventurar frases chispeantes estará tan gracioso como un oso pirenaico bailando en la cuerda floja. Voy á reirme como Demócrito. Si quisiera podría derrocar completamente á ese necio, substituirle en el cargo de prefecto de los pretorianos y tener á «Barbas de cobre» en mi poder, por consiguiente; pero soy demasiado indolente y prefiero mi vida actual, y aun los versos del César, á gozar de los encantos de situación tan privilegiada.

—¡Qué habilidad la tuya para tornar la censura en elogio! Mas dime, ¿son verdaderamente malos esos versos? Yo no entiendo de esas cosas.

—Los versos no son peores que serían otros. Verdad es que Lucano tiene en un dedo más talento que César; pero éste no carece de él y, sobre todo, es entusiasta de la poesía y de la música. Dentro de dos días nos reuniremos para oir la música de su himno á Venus Afrodita; asistiremos solamente algunos íntimos, Tulio Senecio, el joven Nerva, tú y yo. No es cierto que, como dije una vez, yo use los versos de Nerón como vomitivo después de los banquetes, porque ellos me produzcan el mismo efecto que á Vitelio las plumas de flamenco; tiene Nerón algunos versos buenos. Son patéticas y conmovedoras las lamentaciones de Hécuba, por ejemplo, cuando se queja de los dolores del alumbramiento, y Nerón ha sabido encontrar expresiones felices, quizá porque á él le cuesta el parto de cada verso torturas inenarrables. Hay ocasiones en que le tengo lástima. ¡Por Pólux! Es una mezcla de lo más heterogéneo que existe. Calígula era monstruoso, pero nunca llevó á cabo cosas como las que á éste se le ocurren.

—¿Quién es capaz de prever hasta dónde pueden llegar las locuras de Enobarbo?

—Nadie. Cosas pueden ocurrir todavía que durante siglos hagan estremecerse á las generaciones venideras; pero eso es precisamente lo interesante, porque tiene el encanto de lo desconocido. Y aunque á veces me fastidio, como Júpiter Amón en el desierto, creo que sin César y sus bufonadas me fastidiaría cien veces más. Pablo, tu amigo, el judío, es elocuente; si otros como él proclaman su religión será menester que nuestros dioses se aperciban seriamente á la defensa; pues, de lo contrario, pueden caer prisioneros andando el tiempo. Verdad es que si Nerón fuera cristiano, como dice tu amigo, todos estaríamos más seguros; pero ese argumento de tu profeta de Tarso no reza conmigo, porque precisamente en estas incertidumbres encuentro el encanto de la vida. Lo mejor de los dados es no jugarlos; mas, sin embargo, la gente juega á los dados sabiendo que se expone á perder. He conocido á senadores y á hijos de senadores que se han hecho gladiadores por gusto. Dices que juego con la muerte y tienes razón: juego porque en ello encuentro placer. Las doctrinas de tu Apóstol me aburrirían desde el primer día, tanto como los discursos de Séneca; por eso Pablo derrocha en vano su elocuencia conmigo. Debía comprender que hombres como yo no aceptarán nunca sus enseñanzas. Tú estás en el caso de aborrecerlas ó de admitirlas

ciegamente; á mí me parecen muy razonables, pero me hacen bostezar. ¿Que somos insensatos? ¿Que vamos derechos al precipicio? ¿Que envuelto en las sombras de lo futuro viene hacia nosotros algo desconocido? ¿Que los dioses se van y que algo se derrumba en torno? Convenido; pero sabremos morir á tiempo. Entretanto, no tenemos el menor deseo de amargarnos la vida ni de comer el manjar de la Muerte antes de que ésta venga á ofrecérnoslo. Vivimos para vivir; la vida existe de por sí y no por la muerte ni para la muerte.

—¡Me das lástima, Petronio!

—No tanta como la que me inspiro á mí mismo. Antes pasabas la vida agradablemente entre nosotros, y cuando guerreabas en Armenia suspirabas por volver á Roma.

—También ahora suspiro.

—Sí; porque estás enamorado de una vestal cristiana que vive en el Trastíber. No me extrañan tus amores ni los desapruebo; pero tampoco me explico por qué esa religión que me pintas como fuente inagotable de ventura ha impreso en tu rostro tan honda expresión de melancolía. Pomponia Grecina estaba, como tú, pensativa siempre. Desde que te hiciste cristiano no has vuelto á sonreirte. ¿Sostendrás todavía que esa religión es alegre? Has vuelto de Roma más triste que nunca. Si el amor de los cristianos pone esa cara, te juro por los rizos de Baco que reniego de él.

—Y yo te juro, no por los rizos de Baco, sino por el alma de mi padre, que nunca, en tiempos anteriores, pude siquiera soñar con una felicidad como la que hoy me enajena; pero al mismo tiempo siento una nostalgia profunda, y cuando estoy lejos de Ligia me parece que la amenaza algún peligro. No sé cuál sea ese peligro ni de dónde venga; pero lo siento acercarse como una tempestad.

—Dentro de dos días me comprometo á obtener un permiso para que puedas ausentarte de Ancio por todo el tiempo que te acomode. Popea se ha tranquilizado, y, hasta donde me es posible saberlo, creo que no hay temor de que os haga daño á Ligia ni á ti.

—Hoy mismo me ha preguntado qué he estado haciendo en Roma; ¡cuando yo creía que mi viaje era un secreto para todos!

—Puede que haya mandado que te espíen; pero no ignora que soy ahora temible y tendrá cuidado conmigo.

—Pablo me ha dicho que Dios envía á veces misteriosos avisos, pero que no es lícito creer en los presagios; sin embargo, no puedo desechar los temores que me asaltan, y para aliviarme de un peso voy á contarte lo que me ha sucedido:

Figúrate que Ligia y yo, sentados el uno junto al otro, estábamos en el jardín de Lino, una noche tan serena y clara como ésta, trazando planes para lo porvenir. Imposible sería pintarte la calma y el éxtasis dichoso de aquellos momentos. De pronto oímos rugir á los leones, cosa que á menudo ocurre en Roma; pero desde aquel punto y hora la paz huyó de mí. Me parece que en aquellos rugidos iba envuelta una amenaza ó que, cuando menos, encerraban un presagio de infortunio. Sabes que difícilmente me domina el miedo: sin embargo, aquella noche, después del suceso, todo me causaba zozobra y terror. Fué tan inopinada, tan extraña la coincidencia, que aún siento angustia, y resuenan en mi oído los lúgubres rugidos de las fieras, y se me encoge el corazón, como si amenazara á Ligia un peligro horrendo. Me parece que necesita mi protección, mi auxilio, para defenderla de algo terrible: quizá de esos mismos leones. Vivo en continua tortura. Procúrame cuanto antes el permiso para salir de Ancio; porque si no me iré sin él. No puedo quedarme aquí, te lo repito; no puedo.

Petronio se echó á reir y replicó:

—Todavía no hemos llegado al caso de que los hijos de los cónsules y sus esposas sean entregados á los leones

del Circo. Muchos géneros de muerte podrían amenazarte antes que ése. Además, ¿quién asegura que fueron precisamente leones y no bisontes germanos los que motivaron tu alarma? Los bisontes braman con no menos dulzura que rugen los leones. En todo caso, ríete como yo del hado y de los presentimientos. Anoche hacía calor y vi caer infinidad de estrellas como lluvia de chispas; para muchos hombres es de mal agüero tal fenómeno. Mas yo pensé que si entre aquellas estrellas estaba también la mía, por lo menos se despeñaba con numerosa escolta.

Y repuso tras breve pausa:

—Si vuestro Cristo resucitó de entre los muertos, también podrá protegeros contra la muerte.

—¡Puede!—respondió Vinicio, elevando la mirada al cielo que aparecía cubierto de estrellas.

## XLI

Nerón estaba tocando y cantando un himno en honor de Venus; la letra y la música eran suyas, y como aquel día estaba en voz y los oyentes le escuchaban con gusto, sentíase enajenado de contento, inspirado y feliz.

Cuando lanzó la última nota estaba pálido y conmovido; quizá por vez primera en su vida no experimentaba deseo de oir las alabanzas de los augustanos. Quedóse inmóvil, y con la cabeza inclinada por espacio de breves momentos, respiró luego con fuerza y dijo de pronto:

—Estoy cansado y necesito aire fresco. Templad de nuevo las cítaras.

Y abrigándose el cuello con un pañuelo de seda, repuso dirigiéndose á Petronio y á Vinicio:

—Venid conmigo. Dame el brazo, Vinicio; me faltan las fuerzas. Petronio, entretanto, me hablará de música.

Salieron á la azotea, cuyo pavimento de alabastro estaba cubierto de hojas de azafrán, y dijo el César:

—Aquí se respira libremente. Siento agitada y triste el alma, aunque estoy persuadido de que lo que acabo de cantarte por vía de ensayo puedo cantarlo en público y obtener un triunfo como nunca lo alcanzó ningún romano.

—Puedes cantarlo en público aquí, en Roma y en Acaya—contestó el poeta.—Te admiro de corazón, César.

—Lo sé. Eres demasiado perezoso para molestarte en prodigar alabanzas que no sientes, y además te creo tan sincero como Tulio Senecio; pero tú sabes más que él. Dime tu opinión acerca de la música.

—Cuando oigo declamar versos, cuando te veo guiando una cuádriga, cuando contemplo una estatua, un templo, un cuadro hermoso, comprendo y aquilato todas y cada una de las bellezas que ven mis ojos; nada pasa inadvertido para mi entusiasmo y percibo entera la hermosura. Mas cuando hieren mi oído las armonías de la música, y especialmente de la música tuya, me pierdo en un mundo desconocido de bellezas y nuevos deleites se ofrecen á cada instante á mi espíritu. Los persigo y quiero apoderarme de ellos; pero antes de lograrlo llegan otros y otros con cada nota, como las olas del mar, en sucesión infinita. Te digo que la música es como el océano: vemos desde la orilla el horizonte inmenso en la lejanía; pero nos es imposible abarcar con la mirada la orilla opuesta.

—¡Qué profundo conocedor de lo bello eres, Petronio!—exclamó Nerón.

Guardaron ambos silencio y siguieron paseando. El azafrán crujía levemente bajo sus pies.

Al cabo dijo el César:

—Has dado traducción y forma exacta á mis ideas; por eso te digo y repito siempre que eres el único capaz de comprenderme. Has expresado fielmente el concepto que tengo de la música. Cuando toco ó canto veo co-

sas que ni remotamente sospechaba que existieran en mis dominios ni en el mundo. Soy el César, el mundo es mío y lo puedo todo; pero la música me abre nuevos horizontes, me hace descubrir ignotos reinos, montañas y mares, delicias desconocidas y que no acierto á definir. Muchas veces no puedo aplicarles un nombre que las señale ni darme cuenta de la forma que afectan para retenerlas en la memoria; sólo sé que las siento. Mi entendimiento y mi corazón se ponen al unísono con el de los dioses, veo el Olimpo... Una especie de brisa ultraterrena refresca mi sien, y entreveo, como al través de niebla sutil, cierta grandeza inconmensurable, serena y radiante como el Sol. Todo canta entonces á mi alrededor, y te confieso (al decir esto, Nerón temblaba, profundamente conmovido) que yo, César y dios, me siento en tales momentos tan pequeño como un grano de arena. ¿Lo creerás?

—Sí; sólo los grandes artistas pueden sentirse pequeños ante el arte.

—La noche me predispone á la sinceridad y á la franqueza y voy á abrirte mi alma como á un amigo. ¿Crees que soy ciego ó falto de juicio? ¿Piensas que ignoro que en los muros de Roma escribe el pueblo insultos contra mí, llamándome parricida, monstruo, cruel y asesino, porque Tigelino me hizo que sentenciara á muerte á algunos de mis enemigos? Sí; me califican de monstruo, ya lo sé. Y han hablado tanto de mis crueldades que á veces me pregunto si, en efecto, soy cruel. Mas los que así me juzgan no comprenden que se puede realizar un hecho cruel sin ser perverso. ¡Ah! Nadie creerá, ni quizá tú mismo, que en ocasiones, cuando la música me acaricia el alma, me siento tan bueno é inofensivo como un niño recién nacido. Te juro por esas estrellas que brillan en lo alto, que te digo la pura verdad. ¡El vulgo ignora cuánta nobleza se alberga en este corazón y qué tesoros de bondad descubro en él cuando la música lo conmueve con sus celestes armonías!

Petronio, que no dudaba de que el César hablara en aquel instante con sinceridad ni de que la música pudiera tener la virtud de adormecer sus perversas inclinaciones, contestó:

—Para apreciarte es necesario conocerte tan profundamente como te conozco yo; Roma es incapaz de apreciarte en lo que vales.

Nerón se apoyó más pesadamente en el brazo de Vinicio, como abrumado por la pesadumbre de la injusticia, y dijo:

—Tigelino me ha dicho que en el Senado se murmura que Diodoro y Terpnos tocan la cítara mejor que yo. ¡Hasta esto se me niega ya! Pero tú, que nunca me engañas, dime: ¿tocan mejor que yo? ¿Me igualan siquiera?

—De ningún modo; tú tañes con más dulzura y tienes gran seguridad. Tú eres gran artista; ellos ejecutantes expertos. Oyéndoles primero á ellos es como se comprende mejor lo que tú vales.

—¡Siendo así, que vivan! No es fácil que adivinen el importante servicio que acabas de prestarles. Por otra parte, si les condenara tendría que procurarme otros que les substituyeran.

—Y se diría que por amor á la música matabas á los músicos y destruías la música en tus dominios.

—¡Cuán diferente eres de Tigelino!

—Soy amante del arte.

—Precisamente porque yo soy artista en todo y porque la música me descubre nuevos horizontes ignorados, dominios que no poseo, goces y dichas inconcebibles, no puedo vivir una vida vulgar. La música le dice á mi alma que lo sobrenatural existe; y como existe, lo busco con todo el poder que los dioses han puesto en mis manos. Hay momentos en los que me parece que para lograr la felicidad que me ofrecen esos mundos olímpicos de la armonía, tengo que hacer algo que ningún hombre haya realizado hasta aho-

ra; necesito sobrepujar á los mismos dioses en lo bueno y en lo malo. No se me oculta que dirán que estoy loco; pero no estoy loco, no: busco algo que no encuentro. ¿Comprendes? Mi anhelo es ser más grande que el hombre, porque sólo así llegaré á ser el más grande de los artistas.

Y acercando la boca al oído de Petronio, para que Vinicio no le oyera, agregó muy quedo:

—¿Sabes que hice dar muerte á mi madre y á mi esposa, principalmente porque quería hacer en los umbrales de un mundo desconocido la ofrenda más grande que está al alcance de la humana criatura? Creí que una vez consumado el sacrificio sucedería algo, que se abrirían para mí las puertas de ese mundo ignoto, y que al través de ellas vería lo que hasta entonces jamás contemplaron ojos mortales: un mundo terrible ó divino, lo mismo da, con tal de que sobrepujara á cuanto la mente humana puede concebir; con tal de que yo lo viera grande y libre de vulgaridad. Pero no fué bastante aquel sacrificio; es indudable que para abrir las puertas del empíreo es preciso algo mucho más grande. ¡Sea; así lo quiere el destino!

—¿Qué intentas?

—Lo verás antes de lo que crees. Entretanto, ten por seguro que existen dos Nerones: el que el pueblo conoce y el artista que sólo conoces tú y que si destruye como la muerte ó se deja arrastrar por el frenesí, como Baco, es porque se rebela contra las insignificancias y miserias de la vida vulgar y quiere aniquilarlas para dar nuevas formas á la existencia, aunque para lograrlo tenga que emplear el hierro y el fuego. ¡Ah! ¡Qué gran artista perderéis al perderme! ¡Ningún hombre, ni tú mismo, ha conseguido todavía formar juicio exacto de mi temperamento artístico! Por eso precisamente sufro y confieso con sinceridad que mi alma está tan melancólica como esos cipreses que se yerguen enfrente de nosotros. Es carga demasiado pesada para un hombre llevar á la vez el supremo poder y el más excelso talento.

—Te compadezco de todo corazón, ¡oh, César! y conmigo te compadecen la tierra y los mares, sin contar á Vinicio, que te deifica desde el fondo de su alma.

—Siempre me ha sido grato Vinicio, aunque sirve á Marte y no á las Musas.

—Sirve, ante todo, á Venus Afrodita—exclamó Petronio, á quien le pareció la ocasión de perlas para sacar á escena al joven.

Y resuelto á decidir de una vez el asunto de su sobrino y á conjurar cualquier peligro que le amenazara, prosiguió diciendo:

—Está enamorado, como Toilo de Clérsida. Permítele, señor, que mañana mismo se vuelva á Roma, si no quieres que se muera de impaciencia aquí á mi lado. Figúrate que aquella muchacha que los ligios dejaron en rehenes ha parecido, y que Vinicio, á quien se la regalaste al partir para Ancio, la ha dejado en casa de un tal Lino. No te he hablado de ella antes porque estabas entregado á la composición de tu himno y eso era más importante que todo. Vinicio quiso convertirla en su amante; mas la doncella ha resultado tan virtuosa como Lucrecia. Tanta virtud le ha cautivado y quiere unirse en matrimonio á la muchacha. Como ésta es hija de un Rey, no hay desigualdad de condición. Pero Vinicio es ante todo soldado; y aunque pasa la existencia gimiendo y suspirando, espera, para unirse á su amada, el permiso de su *Imperator* (emperador).

—El *Imperator* no elige las esposas de sus soldados; por consiguiente, Vinicio no necesita mi permiso.

—Ya te he dicho, señor, que Vinicio te deifica.

—Tanto más seguro estará entonces de que no se lo negaré. ¿La ligia es aquella muchacha bien parecida, pero muy estrecha de caderas? La Augusta Popea la acusó de haber hechizado á

nuestra hija en los jardines del Palatino.

—Pero yo le argüí á Tigelino que las deidades estaban fuera del alcance de las hechicerías de los simples mortales. ¿Recuerdas que se turbó Tigelino entonces y que tú exclamaste: «¡*Habet!*» (está vencido)?

—Lo recuerdo—contestó Nerón.

Y agregó:

—Vinicio; ¿amas á la ligia como dice Petronio?

—Sí, señor—respondió el interpelado.

—En ese caso, te mando que partas mañana mismo para Roma, te cases con ella, y no te presentes de nuevo ante mí sin el anillo nupcial.

—¡Gracias, señor! ¡Con todo mi corazón y toda mi alma te doy las gracias!

—¡Cuán grato es hacer felices á los hombres!—exclamó Nerón.—¡Pluguiese á los dioses que yo no hiciera otra cosa en mi vida!

—Concédenos todavía una merced—repuso Petronio;—declara tu voluntad acerca de este asunto en presencia de la Augusta. Vinicio no se atrevería á unirse en matrimonio á una mujer que no fuera grata á la Emperatriz. Con una sola palabra puedes desvanecer su prevención, diciendo que el casamiento se verifica por orden tuya.

—Así lo haré; nada puedo negaros á ti y á Vinicio.

Regresaron á Palacio.

Vinicio tuvo que apelar á toda su fuerza de voluntad para no abrazar á su tío, impulsado por la alegría que inundaba su alma; le parecía que había sido conjurado todo peligro, removido todo obstáculo.

En el atrio encontraron al joven Nerva y á Tulio Senecio conversando con la Augusta, en tanto que Terpnos y Diodoro afinaban las cítaras.

Sentóse Nerón en una magnífica silla taraceada de concha y dió una orden en voz baja á un esclavo griego.

Este se ausentó, regresando á poco con un estuche de oro.

Abrió el César el estuche, y sacando de él un collar de grandes ópalos, dijo:

—Son joyas dignas de esta noche.

—Se diría que están hechas con luces de la aurora—observó Popea, convencida de que el collar era para ella.

Nerón contempló por breves momentos las irisadas piedras, moviendo la rica presea, y dijo luego:

—Vinicio: dale de mi parte este collar á la joven princesa ligia con quien te mando que te unas en matrimonio.

Popea se quedó sorprendida al pronto; luego clavó una mirada de cólera en el César, primero, en Vinicio después y, por último, en Petronio.

Este, con la cabeza inclinada, se entretenía en palpar las molduras de un arpa, como si quisiera grabar su forma en la memoria.

Dióle Vinicio las más expresivas gracias al César por el presente, y acercándose á Petronio le preguntó en voz baja:

—¿Cómo podré pagarte lo que has hecho por mí esta noche?

—Sacrifica un par de cisnes á Euterpe, alaba sin tasa los versos del César y ríete de los malos augurios. Supongo que, después de la orden imperial, el rugido de los leones no turbará tu sueño ni el de la bella Ligia.

—No; ya estoy completamente tranquilo.

—¡Que la Fortuna te sea propicia! Y ahora presta atención, que el César va á tañer el laúd. Suspende el aliento y prepárate á derramar lágrimas.

Cesaron las conversaciones, reinó profundo silencio y todos se quedaron inmóviles y como petrificados: el César iba á cantar.

Terpnos y Diodoro, que se preparaban á acompañarle con sus instrumentos, se miraban mutuamente, pendientes de los labios de Nerón y esperando que emitiera las primeras notas.

De pronto se produjo ruido hacia la entrada y apareció detrás de la cortina Faonte, liberto del César; detrás de él venía el cónsul Lecanio.

Nerón frunció el ceño.

—¡Perdona, divino *Imperator!*—exclamó el liberto entrando.—¡Roma está ardiendo! La mayor parte de la ciudad es presa de las llamas.

Al oir tal noticia, todos se pusieron en pie de un salto.

—¡Oh, dioses!—exclamó Nerón.—¡Por fin veré arder una ciudad y podré concluir mi canto á Troya!

Y dejó el laúd.

Luego le preguntó al Cónsul:

—¿Si partiera inmediatamente alcanzaría á ver el incendio en toda su grandeza?

—Señor—contestó Lecanio, pálido como un muerto;—la ciudad es un mar de llamas, el humo ahoga á centenares de personas y muchos, locos de terror y pretendiendo huir, mueren abrasados por el fuego. ¡Roma perece, señor!

Vinicio rompió el silencio que siguió á estas palabras exclamando:

—*¡Vœ misero mihi!* (¡Ay desgraciado de mí!)

Y tirando la toga, echó á correr, llevando la túnica por todo traje.

—¡Ay, pobre de ti, sagrada ciudad de Príamo!—exclamó Nerón, levantando las manos al cielo.

## XLII

Vinicio no tuvo tiempo más que para mandar que le siguieran algunos de sus esclavos. Montó á caballo y salió á escape por el camino de Laurento, envuelto en las sombras de la noche.

La exclamación de «Roma está ardiendo», vibraba sin cesar en sus oídos; y frenético, loco, se lanzó como un huracán, sin darse cuenta de qué sentía. En medio de su turbación, sólo veía que el infortunio le amenazaba de cerca, y sólo oía la fatal noticia: «Roma está ardiendo». Y el joven hostigaba al noble bruto para que acelerase la ya desenfrenada carrera. Tendido casi sobre el cuello del animal, corría á todo escape, sin mirar adelante ni parar mientes en los obstáculos que al paso encontraba. En la suave paz de aquella noche, el grupo que formaban caballo y jinete, débilmente iluminados por los rayos de la luna, parecía una aparición fantástica.

El potro de Idumea, con las orejas tendidas hacia atrás, extendido el cuello y abiertas las narices, pasaba veloz como una flecha por entre los obscuros cipreses y las blancas quintas que acá y allá se levantaban. El golpear de sus cascos en las losas del camino alborotaba á los perros, los cuales le saludaban con furiosos ladridos y luego, excitados por el brusco despertar, aullaban lúgubremente, mirando á la luna.

Los esclavos que seguían á Vinicio se fueron quedando rezagados; sus caballos no podían competir con el que el joven montaba.

Cuando hubo atravesado como una tromba por la dormida ciudad de Laurento, torció hacia Ardea, en donde, lo mismo que en Bovillas y Ustrino, tenía preparados caballos de refresco desde el día de su partida para Ancio, para recorrer en el menor tiempo posible la distancia que separaba á este pueblo de Roma. Y como sabía que no le faltaría cabalgadura, le importaba poco reventar el corcel que montaba.

Más allá de Ardea le pareció que el cielo se teñía con rojizos reflejos, que podían atribuirse á las primeras luces matutinas; la noche estaba avanzada y en julio amanece temprano. Mas Vinicio lanzó un alarido de rabia y desesperación: no dudaba de que aquellos reflejos eran los siniestros resplandores del incendio. Recordó que el Cónsul había dicho: «La ciudad es un mar de llamas», y creyó volverse loco de dolor, al pensar que no podría salvar á Ligia y que quizá cuando llegara á Roma sería la ciudad un montón de cenizas. Horribles pensamientos se agitaban en su cerebro, sumiéndole en la desesperación y llenándole de pavor el alma.

Ignoraba el tribuno en qué punto de la ciudad había empezado el fuego, pe-

ro suponía que debía de ser en el Trastíber, barrio populoso, en el que abundaban las barracas de madera, los almacenes y los cobertizos de material ligero, destinados á mercado de esclavos; lo más fácil era que este barrio hubiera sido desde el principio pasto de las llamas.

Los incendios eran frecuentes en Roma y daban á la gente maleante ocasión de perpetrar actos de violencia ó de pillaje, especialmente en los puntos habitados por la población menesterosa y semibárbara. ¿A qué extremo podían llegar las cosas en un barrio como el Trastíber, en donde vivía gentuza procedente de todas las partes del mundo?

Vinicio se acordó de Urso y de sus fuerzas prodigiosas, y este recuerdo le trajo un rayo de esperanza. Mas pensándolo despacio, ¿qué podía hacer un hombre aunque fuera un titán, contra la horrible fuerza de las llamas?

Roma había vivido muchos años sufriendo como una pesadilla la amenaza de una rebelión de esclavos; se decía que muchísimos, cientos de miles, soñaban con volver á los tiempos de Espartaco y aguardaban coyuntura para levantarse en armas contra sus opresores. ¿Había llegado ya la hora de la sublevación? Quizá la lucha y la matanza asolaban la ciudad al mismo tiempo que el fuego. ¡Quizá los pretorianos, por orden del César, habían entrado á degüello!...

Al patricio le produjo tal terror esta idea, que se le erizaron los cabellos. Recordó que en la corte de Nerón se había hablado mucho y con extraña persistencia de ciudades incendiadas; acudieron á su memoria las dolientes lamentaciones del César, que se veía en el duro trance de describir una ciudad ardiendo, sin haber visto nunca un verdadero incendio. Acordóse también de la desdeñosa respuesta de Nerón cuando Tigelino le ofrecía incendiar á Ancio ó pegarle fuego á una ciudad de madera construída adrede; y, por último, de que Nerón se había quejado de Roma y de las mal olientes y angostas callejuelas del Suburra. ¿Habría dispuesto el César el incendio de la ciudad? Sólo él podía dar semejante orden, y sólo Tigelino era capaz de ejecutarla.

Y si Roma ardía por orden del César, ¿no podía éste haber mandado también asesinar á los habitantes? ¡Capaz era el monstruo! ¡Incendio, rebelión de esclavos, asesinato en masa! ¡Terrible caos, desencadenamiento espantoso de fuerzas destructoras y de locura humana!

¡Y perdida, revuelta en este caos estaba Ligia!

—¿Quién la librará de los horrores del incendio, quién la salvará?—exclamaba Vinicio.

Se mesó los cabellos, se abrazó al cuello del caballo, y, en un acceso de dolor, estuvo á punto de morderle al noble bruto.

De pronto cruzó á su lado otro jinete, que también corría como un torbellino, y al pasar á su vera exclamó:

—¡Roma perece!

El joven oyó también que el jinete invocaba á los dioses; entonces, levantando la cabeza y extendiendo los brazos hacia el estrellado cielo, dijo:

—No os imploro á vosotros, dioses, cuyos templos se desploman entre las llamas; te imploro á Ti, ¡oh, Señor! ¡que sufriste y eres misericordioso! ¡Sólo Tú comprendes el dolor de los hombres! ¡Tú, que viniste al mundo para enseñarles la piedad, tenla de mí ahora y salva á Ligia! ¡Cógela de la mano y arráncala de las llamas! ¡Señor: Tú puedes hacer eso y mucho más! Hazlo y te consagraré mi sangre y mi vida. ¡Hazlo, Señor, si no por mí, por ella, que es inocente y te ama! ¡Cógela en brazos y condúcela fuera de Roma! ¡Tú puedes hacerlo, y si no quieres!...

Al llegar á este punto se interrumpió; le parecía que su deprecación degeneraba en amenaza y temía ofender á la Divinidad precisamente cuando más necesitaba de su ayuda y de su

misericordia. Para no incurrir en la amenaza que temía, aguijoneó de nuevo al caballo. Ya divisaba á la claridad de la luna las blancas murallas de Aricia, población enclavada en la mitad del camino de Roma.

Poco después pasaba á rienda suelta por delante del templo de Mercurio, que estaba medio oculto entre una arboleda cercana á la ciudad.

En la Aricia debían de tener ya noticias de la catástrofe, á juzgar por el inusitado movimiento que se advertía ante el templo. Al pasar, vió Vinicio que se agrupaba mucha gente entre las columnatas y en las gradas; llevaban antorchas y se apresuraban á ponerse bajo la protección del dios. De allí en adelante no aparecía el camino tan desierto como el que el joven recorriera desde Ardea: numerosos grupos se dirigían á buen paso hacia la arboleda por senderos laterales, y otros avanzaban de prisa por el camino principal, delante del tribuno y en la propia dirección. De la ciudad partía confuso rumor de voces.

El patricio entró en la Aricia como un torbellino, atropellando á las personas que encontraba al paso. Pronto oyó que por todas partes exclamaban:

—¡Roma está ardiendo! ¡Que los dioses la protejan!

Tropezó el caballo y estuvo á punto de caer; pero Vinicio, con sus puños de hierro, le obligó pronto á recobrar el aplomo, justamente cuando llegaban á la posada en donde el joven tenía un caballo de refresco.

Los esclavos estaban en la puerta, como si aguardaran á su amo, y por orden de éste y rápidamente le trajeron la nueva montura.

En aquel instante vió el tribuno un destacamento de diez pretorianos de caballería, que seguramente iba á Ancio con noticias. Salió al encuentro de los soldados y les preguntó:

—¿Qué parte de la ciudad está ardiendo?

—¿Quién eres?—le preguntó á su vez el decurión.

—Vinicio, tribuno militar y augustano. Responde, que te va en ello la cabeza.

—El incendio empezó en las tiendas próximas al Circo Máximo. Cuando nos enviaron estaba ardiendo el centro de la ciudad.

—¿Y el Trastíber?

—Todavía no lo ha atacado el fuego, pero avanza hacia allí con fuerza irresistible. La gente sucumbe ahogada por el calor y el humo. No hay salvación.

El joven no quiso oir más: montó á caballo y continuó su vertiginosa carrera hacia Albano, dejando á la derecha, á Alba Longa con su hermoso lago.

El camino de la Aricia se extendía al pie de un monte que ocultaba el horizonte, y Albano estaba situado del lado de allá; pero el joven sabía que desde la cumbre de aquel monte divisaría no sólo á Bovillas y á Ustrino, en donde tenía caballos de relevo, sino que también alcanzaría á distinguir á Roma, porque, pasado Albano, la llanura de la Campania, en plano más bajo, se extendía á ambos lados de la Vía Apia, siguiendo la cual únicamente se levantaban en dirección de la ciudad los arcos del acueducto y nada más había que pudiera estorbar la vista.

—Desde la cumbre podré ver las llamas—se dijo.

Y aguijoneó al caballo.

Antes de que lograra dominar lo alto del monte, el viento, que lo tenía de cara, le trajo un fuerte olor á humo; al mismo tiempo advirtió el patricio ciertos reflejos rojizos que iluminaban la cima.

—¡El incendio!—exclamó.

El alba blanqueaba ya todo lo que la vista alcanzaba, y en las alturas próximas se empezaban á notar ciertos reflejos róseos, que lo mismo podían provenir del incendio que de la creciente claridad del día.

Llegó por fin Vinicio á la cumbre y pudo contemplar un cuadro horrible: toda la parte baja se hallaba envuelta en humo, como si una inmensa nube

cubriera la tierra; y en la densidad de esta nube desaparecían ciudades, quintas y árboles. Más allá de aquella masa gris, divisábase el incendio de Roma; pero este incendio no tenía la forma de una columna de fuego como ocurre cuando arde un solo edificio, sino que parecía un ancho cinturón, cuyos fulgores podían compararse con la difusa claridad del amanecer.

De aquel inmenso cinturón ascendía un mar de humo, de color de rosa en algunos puntos y de color de sangre en otros. Aquí se retorcía en espiral; allí era denso y obscuro y acullá afectaba la forma de colosal serpiente que desarrollara sus anillos. A veces la monstruosa ola de humo ocultaba el cinturón de fuego, y entonces éste se estrechaba como una cinta; pero la cinta, á poco, iluminaba la nube de humo por debajo, transformando sus volutas en flamígeras ondas. Humo y llamas cubrían el firmamento como follaje de espeso bosque que ocultara el horizonte: los montes Sabinos quedaban escondidos por completo á la mirada.

Al pronto le pareció á Vinicio que no solamente ardía la ciudad, sino el mundo entero, y que no había medio humano de que un ser viviente escapara ileso de aquel mar de llamas y de humo que á la sazón comenzaba á envolver los objetos más cercanos.

Los rayos del sol bañaban ya con su luz de oro las cimas de los montes que circundan el lago de Alba; pero la luz matinal tenía un color siniestro merced á la densa y obscura humareda.

Al bajar hacia Albano penetró el tribuno en una región en que el humo se hacía á cada momento más espeso y envolvía completamente el pueblo, cuyos habitantes, alarmados, habían abandonado sus viviendas y discurrían por las calles. Aterraba pensar lo que sucedería en Roma, cuando en Albano era ya difícil respirar.

La desesperación se apoderó nuevamente del joven y se le erizaron los cabellos; pero, queriendo dominarse, se dijo:

—Es imposible que una ciudad arda por los cuatro costados á un tiempo. El viento norte empuja el humo hacia acá; del otro lado seguramente no habrá nada, y en todo caso, para salvar á Ligia, basta con que Urso huya con ella por la puerta de Janículo. Tampoco es posible la destrucción de una ciudad entera ni que la que gobierne al mundo desaparezca del haz de la Tierra con todos sus habitantes. Hasta en las poblaciones tomadas por asalto entre los horrores del incendio y de la matanza, quedan supervivientes; ¿por qué, pues, he de dar por cierta la muerte de Ligia? El Señor vela por ella; el mismo Dios que triunfó de la muerte.

Al terminar este razonamiento oró de nuevo; y cediendo á inveterada costumbre pagana, hizo grandes votos á Cristo mezclados con promesas de ofrendas y sacrificios.

Cruzó veloz por la ciudad de Albano, cuyos habitantes, casi todos, se habían encaramado en los árboles y en las azoteas para ver mejor el espectáculo del incendio, y se tranquilizó algo recordando que protegían á Ligia no solamente Urso y Lino, sino el Apóstol Pedro; y esta nueva idea trajo algún consuelo á su atribulado corazón.

Pedro le parecía un ser incomprensible y casi sobrenatural. Desde la memorable noche en que le oyó en el *Ostrianum*, abrigaba el convencimiento, como le había manifestado á Ligia, de que las palabras del anciano encerraban la verdad y de que esta verdad sería comprobada con el tiempo. El trato más familiar y frecuente que durante su enfermedad tuviera con el Apóstol había confirmado y robustecido esta opinión, que acabó por convertirse en indestructible. Pedro había bendecido su amor y esto le infundía suave confianza: Ligia no podía, pues, perecer entre las llamas. Roma podía

arder hasta los cimientos; pero no había peligro de que tocara ni una chispa á los vestidos de la doncella.

Aquella noche pasada corriendo á caballo, el insomnio y las violentas impresiones que el joven había experimentado, le tenían en un grado de exaltación fácil de comprender y el más á propósito para creer en todo género de prodigios. Para él era indudable que Pedro hablaría á las llamas, que éstas se apartarían para dejar paso franco al Apóstol, á Ligia y á sus acompañantes, y, sobre todo, como Pedro leía en lo porvenir estaba fuera de dudas que habría previsto el incendio. Y siendo así, no era verosímil que hubiera dejado de prevenir á los cristianos, sacándolos de la ciudad, y con ellos á Ligia, á quien amaba como á una hija.

Al calor de tales ideas crecían las esperanzas de Vinicio y se iban calmando sus angustias. Si habían huído de la ciudad era probable que se encontrara con ellos en Bovillas ó en el camino.

Antes de llegar á Ustrino se vió obligado á refrenar el caballo por causa de la muchedumbre de gente que venía en dirección contraria. Además de las personas que huían á pie llevando á cuestas envoltorios, venían también caballos, mulas y carros cargados de efectos, y últimamente se topó Vinicio con gente rica que huía en literas conducidas por esclavos.

Tal muchedumbre de fugitivos había en Ustrino, que se hacía difícil pasar por entre los apiñados grupos. En la plaza del Mercado, bajo los pórticos de los templos y en todas las calles, el bullicio era imponente. Unos armaban tiendas que debían servir de albergue á familias enteras; otros acampaban al aire libre, daban voces, invocaban á los dioses y maldecían á los Hados. Difícil era averiguar nada de provecho en medio de tal confusión.

Las personas á quienes interrogó Vinicio no contestaban ó se limitaban á decir, con la mirada extraviada, que la hora postrera había llegado para la ciudad y para el mundo.

Nuevos grupos llegaban incesantemente compuestos de hombres, mujeres y niños, y su llegada aumentaba el desorden y la confusión.

Algunos andaban errantes entre la desatentada multitud, buscando con afán á los suyos; otros peleaban á brazo partido por un sitio en donde acampar. Muchos pastores semibárbaros de la Campania acudían en grupos á informarse de las noticias ó con la esperanza de recoger algún botín, fácil en medio del pavoroso tumulto.

Numerosos gladiadores y esclavos procedentes de todas las naciones se entregaban descaradamente á saquear las casas y atacaban resueltamente á los soldados que trataban de impedir tales desmanes.

El senador Junio, con quien se encontró Vinicio frente á la posada y que estaba rodeado de un grupo de esclavos bárbaros, fué el primero que pudo facilitar al joven noticias detalladas del incendio.

—El fuego comenzó—le dijo—en el Circo Máximo, en la parte que mira al Palatino y al Monte Celio, y se propagó con incomprensible rapidez, invadiendo en breve el centro de la ciudad. Desde la época de Breno no se había visto en Roma catástrofe semejante. El Circo ha sido destruído y la propia suerte han corrido las tiendas y casas de los alrededores. El monte Aventino y el Celio están ardiendo; las llamas rodean el Palatino y se han corrido hacia las Carinas.

El narrador, que poseía en el barrio mencionado una magnífica *insula*, en la que guardaba muchas obras de arte que apreciaba sobremanera, cogió un puñado de polvo, y echándoselo en la cabeza prorrumpió en desesperadas lamentaciones.

—Yo también tengo una casa en las Carinas—dijo Vinicio;—mas, cuando todo se hunde y aniquila, ¿qué importa la destrucción de mi casa?

Y recordando que Ligia podía haber seguido su consejo, yéndose á casa de Aulio, preguntó:

—¿Ha llegado el fuego al *Vicus Patricius?*

—Y lo ha destruído.

—¿Y el Trastíber?

El senador le miró con extrañeza y contestó:

—¡Qué nos importa ese barrio!

—¡A mí me importa más que Roma entera!—exclamó fogosamente Vinicio.

—Pues podrás llegar hasta allí por la *Via Portuensis* (del puerto), cerca del Aventino; pero te ahogará el humo. No sé si el fuego habrá invadido el Trastíber; cuando yo salí no alcanzaba todavía, pero sólo los dioses saben lo que después habrá sucedido.

—Oye—repuso tras breve vacilación Junio y expresándose en voz baja—sé que no me harás traición y quiero decirte que el incendio no es casual. Cuando estaba ardiendo el Circo no se permitió que nadie acudiera á extinguir el fuego. Yo mismo he oído amenazar con la muerte al que intentaba sofocarlo. He visto también hombres desconocidos que recorrían la ciudad con antorchas encendidas y que las aplicaban á los edificios. El pueblo, delirante, se subleva, creyendo que el incendio ha sido decretado. No puedo decirte más. ¡Ay de la ciudad, ay de nosotros! ¡Pobre es la lengua humana para describir lo que allí está sucediendo! La gente perece entre las llamas ó se mata en el tumulto. ¡Ha llegado el fin de Roma!

Y repitió con plañidero acento:

—¡Ay de la ciudad, ay de nosotros!

Vinicio montó á caballo de un salto y emprendió de nuevo veloz carrera por la Vía Apia; pero ya le era difícil abrirse paso sin sostener una verdadera lucha con la muchedumbre de gente y la aglomeración de vehículos que huían de la catástrofe.

Roma, devorada por el espantoso incendio, se ofreció por fin á los ojos del tribuno; y de aquel océano de fuego y de humo venía un calor fortísimo y á la vez el rumor clamoroso de los gritos de las víctimas, que el crujir y el derrumbarse de los edificios no era bastante para ahogarlos.

## XLIII

Al llegar á los muros de Roma, se convenció Vinicio de que ofrecía menos dificultad acercarse á la ciudad que entrar en su recinto.

La Vía Apia estaba llena de gente, y las casas, campos, jardines, templos y cementerios veíanse convertidos en campamentos. El desorden era grande, y, sin embargo, aumentaba incesantemente. Las turbas habían echado abajo las puertas del templo de Marte, inmediato á la Puerta Apia, para refugiarse en él; se instalaban en los monumentos sepulcrales, en el cementerio, librando verdaderas batallas para conquistarlos.

El desorden que reinaba en Utrino era nada comparado con lo que acontecía en Roma: borrábanse las diferencias sociales, se atropellaba la ley, se relajaban los lazos de familia. Los gladiadores, borrachos y dando gritos salvajes, recorrían las calles, acometiendo á la pobre gente indefensa, maltratándola y robándola. Multitud de bárbaros destinados al mercado habían huído de las barracas en donde se les exhibía; creían que la destrucción de Roma ponía término á su esclavitud y señalaba la hora de la venganza. Y cuando los que perdían en el desastre todo lo que poseían extendían desesperadamente los brazos, pidiendo auxilio á los dioses, los esclavos, dando feroces alaridos de alegría, disolvían á empellones los grupos, despojaban de sus vestidos á las personas y robaban á las mujeres jóvenes. En la infame tarea les ayudaban muchos esclavos que tiempo atrás habían servido en la ciudad, desarrapados y que nada llevaban encima, excepto unos ceñidores

de lana; hombres de siniestra catadura que muy raras veces se dejaban ver en la calle durante el día y cuya existencia en Roma era casi ignorada.

Esta desenfrenada y bárbara turba, compuesta de germanos, griegos, asiáticos, africanos, tracios y britanos, vociferaba en todos las lenguas de la Tierra y desahogaba su ira brutal, creyendo que había llegado la hora de verse libres y de desquitarse de largos años de miseria y sufrimiento.

Entre esta turbulenta muchedumbre brillaban heridos por los rayos del Sol y por los siniestros resplandores del incendio los yelmos de los pretorianos, bajo cuyo amparo se habían puesto los ciudadanos pacíficos, y que luchando cuerpo á cuerpo rechazaban los ataques de la furiosa multitud.

Vinicio, que en sus campañas había presenciado más de un asalto, nunca vió espectáculo semejante, en el que la desesperación, las lágrimas, los alaridos de dolor, los frenéticos gritos de alegría, el furor y el más tumultuoso desbordamiento se mezclaban y confundían en espantable caos.

Sobre la multitud desatentada y loca chisporroteaba el fuego, extendiéndose devastador por las colinas de la ciudad más grande del mundo, envolviendo en abrasador ambiente á los despavoridos ciudadanos y ahogándolos entre un humo espeso que entenebrecía el azul firmamento.

Vinicio, haciendo grandes esfuerzos y exponiendo la vida á cada paso, consiguió llegar á la Puerta Apia; pero tuvo que retroceder, no solamente porque las turbas le impedían avanzar, sino porque el calor era asfixiante. Además, el puente inmediato á la Puerta Trigémina, frente al templo de la *Bona Dea* (Diosa Buena) ya no existía, y para atravesar el Tíber era necesario ir hasta el puente Sublicio, esto es: dar la vuelta en torno del Monte Aventino, recorriendo una parte de la ciudad que era un verdadero mar de llamas. Y esto era impracticable.

Comprendió el joven que no tenía más remedio que volver hacia Utriba tomar por más abajo de la ciudad llegar hasta la Vía Portuense, que conducía directamente al Trastíber. Y la empresa no era fácil á causa del desorden que imperaba en la Vía Apia. Tendría que abrirse paso con la espada, y Vinicio no llevaba armas; había salido de Ancio tal como se encontraba cuando recibió las primeras noticias del incendio.

Cerca de la fuente de Mercurio encontró á un centurión á quien conocía, el cual con algunas decurias defendía el recinto del templo. El joven le ordenó que le siguiera.

El centurión que sabía que Vinicio era tribuno y augustano no se atrevió á desobedecer la orden.

Tomó el patricio el mando del destacamento, y dando al olvido la doctrina de Pablo en lo tocante al amor al prójimo, se abrió paso por entre la muchedumbre con tal ímpetu, que les costó caro á muchos el no haberse echado á un lado con prontitud.

Un diluvio de imprecaciones y de pedradas cayó sobre el joven y sus hombres; pero él no hizo caso, esforzándose por llegar lo antes posible á espacio más libre.

A pesar de todo, avanzaban lentamente y con grandes dificultades; la gente que estaba acampada no quería moverse y le recibía con injurias y maldiciones contra el César y los pretorianos.

En algunos lugares ofrecía la multitud amenazador aspecto.

Vinicio oía á cada momento que la gente acusaba á Nerón de haber incendiado á Roma, y más de una vez entendió claramente amenazas de muerte proferidas contra el César y contra Popea. Por todas partes exclamaban: «¡*Saunio!*» (bufón) «¡*Histrio!*» (histrión) «¡Muera el parricida! ¡Que nos entreguen al incendiario!» Algunos decían que había llegado la hora de arrojarlo al Tíber; otros, que la paciencia de Roma estaba agotada.

Sólo faltaba que surgiera un caudiseg, para que tales amenazas se trocaAun en seria rebelión.

El pueblo, entretanto, desahogaba su rabia contra los pretorianos, y éstos se habrían paso á duras penas entre la muchedumbre, porque innumerables fardos, cajas, barriles de provisiones, muebles lujosos y modestos, entre los que se veían no pocas cunas y camas, carretones, líos de ropa y otros efectos estorbaban el paso.

Con frecuencia tenían los pretorianos que luchar cuerpo á cuerpo, pero vencían con facilidad á la inerme multitud.

Después de recorrer con mil tropiezos la Vía Latina, la Nimidia, Ardea, Lavinia y Ostia, logró por fin cruzar el Tíber, pasada la aldea llamada *Vicus Alexandri*. Algunos fugitivos, que por todas partes los había, le informaron de que el fuego alcanzaba en el Trastíber solamente á algunas calles, añadiendo que era probable que nada escapara á la voracidad de las llamas, porque había gente que adrede hacía porque el destructor elemento se propagara, sin permitir á nadie apagarlo, y que no se recataban para decir que tenían orden de proceder así.

Vinicio se convenció de que el César había decretado el incendio de Roma y consideró que era merecida y justa la venganza que pedía el pueblo. Estaba colmada la medida, la locura de Nerón entraba en los dominios de lo monstruoso y la existencia del pueblo se hacía incompatible con los criminales caprichos del tirano. El creyó que en verdad había sonado la hora postrera de Nerón y que entre las ruinas de la ciudad debía perecer indefectiblemente el perverso bufón, quedando sepultado con sus nefandos crímenes. Que un hombre de valor se pusiera á la cabeza de aquel pueblo rabioso y desesperado, y en pocas horas estaría todo terminado: el odioso tirano sucumbiría á manos del enfurecido pueblo que rugía ávido de venganza.

Excitadísimo el tribuno pensaba en la sucesión del César: ¿por qué no había de sucederle él? Su casa, que hasta muy cercanos días contaba con una serie de cónsules, era conocidísima en Roma.

Las turbas sólo necesitan un hombre que las acaudille. El día en que fueron sentenciados cuatrocientos esclavos del prefecto Pedanio Segundo, faltó muy poco para que estallara la rebelión y aun la guerra civil. ¿Qué podría acontecer ahora, ante una calamidad horrenda que sobrepujaba á todas las que Roma había sufrido en el transcurso de ocho siglos?

—El que llame á las armas á los Quírites derrocará á Nerón y vestirá la púrpura—se dijo el joven.

¿Por qué no había de ser él? Tenía actividad, valor y menos años que otros augustanos. Verdad es que Nerón mandaba treinta legiones que se extendían hasta los confines del Imperio; ¿pero no se sublevarían con sus jefes, al saber la noticias del incendio? Y si así acontecía, ¿no podría Vinicio alcanzar la púrpura imperial?

Sabía que un adivino vaticinó que Otón la vestiría. ¿Por qué á él, á Vinicio, no habían de otorgársela? ¿Era acaso inferior á Otón? Además, ¿quién sabe si Cristo le asistiría con su divino poder ni si El mismo le inspiraba tal idea? ¡Ah, si se realizara! Se vengaría de Nerón por los peligros que Ligia había corrido y por sus propios temores; unido á la doncella, propagaría la doctrina de Cristo desde el Eufrates hasta las nebulosas playas de Bretaña y comenzaría en el mundo el reinado de la verdad y de la justicia.

Pero ante todo era menester salvar á Ligia; en la incertidumbre de cuál habría sido su suerte, se apoderó nuevamente de su alma el temor y sintió que contemplando aquel océano de humo y de llamas flaqueaba su fe en el Apóstol.

Por segunda vez le dominó la desesperación, cuando se encontró en la Via Portuense, que conducía directamente al Trastíber, y no logró calmarse hasta

que se vió frente á la puerta y escuchó de labios de muchos lo mismo que antes le dijeran algunos de los fugitivos, esto es: que las llamas respetaban aún la mayor parte de aquel barrio, pero que el fuego había pasado al otro lado del río por distintos puntos.

El Trastíber estaba envuelto en densa humareda y los grupos de fugitivos estorbaban el paso; como aquellos vecinos habían dispuesto de más tiempo para el salvamento libraron de las llamas mayores cantidades de efectos.

La calle principal estaba en muchos puntos completamente obstruída, y en torno de la Naumaquia Augusta, estanque destinado á simulacros navales, había grandes hacinamientos de bultos. Las calles estrechas, invadidas por un humo cada vez más denso, estaban del todo intransitables. Los vecinos del barrio huían á bandadas, y Vinicio tuvo ocasión de presenciar escenas aterradoras.

A veces dos corrientes de desventurados que huían en direcciones opuestas se encontraban en un lugar estrecho, se atropellaban, luchaban como desesperados, se maltrataban y se pisoteaban. Algunas familias perdían en tales tumultos uno ó varios de los individuos que las componían, y con frecuencia se oían los desgarradores acentos de las madres que llamaban á sus extraviados ó muertos hijos.

Vinicio se estremeció de horror, sólo de pensar lo que estaría sucediendo en los sitios inmediatos al incendio.

En medio del estruendo, de los gritos y alaridos, era punto menos que imposible interrogar á nadie ni oir la contestación.

El viento empujaba sin cesar nuevas columnas de humo procedentes de la orilla opuesta del río; el humo era negro, y tan pesado, que flotaba á ras del suelo, ocultando á las miradas personas y cosas.

Al fin vinieron rachas de viento que avivaron el incendio, pero que á la vez disiparon la densa humareda; entonces pudo Vinicio llegar, con no pocos esfuerzos, á la calle en donde estaba situada la casa de Lino

El fuerte calor de julio, combinado con el del fuego, llegó á hacerse insoportable; el humo cegaba y la respiración se hacía difícil.

Los vecinos que permanecían en sus casas, con la esperanza de que el fuego no atravesara el río, ya comenzaban también á abandonarlas y á engrosar los grupos de fugitivos.

Los pretorianos que acompañaban á Vinicio se iban quedando rezagados.

De pronto el caballo que montaba el joven recibió un martillazo: al sentirse herido levantó la ensangrentada cabeza, se encabritó y el jinete perdió el mando.

Un hombre dijo que Vinicio era augustano, é inmediatamente se oyó exclamar:

—¡Muera Nerón y mueran sus incendiarios!

El joven patricio corría inminente peligro: centenares de brazos se levantaron amenazadores hacia él; pero el caballo, espantado, resolvió el conflicto sacándole de allí violentamente y pisoteando en su huída á todos los que se le ponían por delante. Un momento después penetraba en la calle, impulsada por el viento, una espesa humareda, haciendo más densa la obscuridad.

Comprendió el joven la imposibilidad de continuar á caballo, echó pie á tierra y prosiguió su camino á lo largo de las paredes, parándose de cuando en cuando para dejar paso á la fugitiva multitud. Ya comenzaba á creer que sus esfuerzos serían infructuosos porque Ligia no estaría en la ciudad, pues seguramente habría apelado á la fuga para salvarse.

Más fácil hubiera sido encontrar una aguja en un pajar que dar con la doncella en medio de aquel tumulto; y, sin embargo, el tribuno quería llegar á casa de Lino, aunque hubiera de perder la vida en la demanda. Se detuvo, res-

tregóse los ojos, desgarró un pedazo de tela de su túnica, se tapó con él la nariz y la boca y prosiguió su camino.

A medida que se acercaba á la orilla del río el calor se hacía más insoportable.

Como el incendio había empezado en el Circo Máximo, creyó que el fuerte calor procedía de los escombros calcinados de aquél y de los del *Forum Boarium* y del *Velarium*, cercanos también y que debían de estar ya consumidos por las llamas. La temperatura subía por momentos.

Un viejo que apoyado en dos muletas huía trabajosamente le dijo al joven :

—No te acerques al puente de Cestio ; la isla es una hoguera.

Ya no era posible seguir forjándose ilusiones.

A la entrada del *Vicus Judæorum* (Judería ó Barrio de los Judíos) que era en donde estaba enclavada la casa de Lino, el joven vió columnas de fuego y nubes de humo ; no solamente estaba ardiendo la isla, sino el Trastíber, ó por lo menos, el extremo opuesto de la calle en donde vivía Ligia.

Recordó Vinicio que la casa de Lino estaba en medio de un jardín, que entre éste y el Trastíber había un erial de poca extensión, y creyó probable que el fuego se detuviera en aquel terreno por falta de combustible.

Alentado por esta esperanza siguió corriendo, aunque ya el viento traía no sólo las oleadas de humo sino millares de chispas que podían prender fuego al otro extremo de la calle y cortarle así la retirada.

Por último consiguió ver al través de la espesa humareda los cipreses del jardín de Lino. Las casas inmediatas al erial ardían ya como haces de leña seca ; pero la pequeña *insula* de Lino estaba intacta todavía.

Vinicio elevó al cielo una mirada de gratitud y echó á correr hacia la casa, desafiando el aire abrasador.

La puerta estaba cerrada. La abrió de un empujón y entró como una tromba. El jardín y el edificio parecían desiertos.

—Quizá se hayan desmayado por causa del humo y del calor—pensó el patricio.

Y llamó á voces :

—¡ Ligia ! ¡ Ligia !

Nadie le respondió. Sólo llegaba á sus oídos el fragor del distante incendio.

Vinicio tornó á llamar á Ligia, y á sus acentos de angustia contestó el lejano rugido de los leones que en ocasión memorable oyera en aquel mismo jardín.

Indudablemente había llegado el fuego al vivero próximo al templo de Esculapio, que estaba en la cercana isla, y las fieras, entre las cuales había leones, empezaban á rugir asustadas.

El joven se estremeció. Era la segunda vez que en ocasión en que Ligia ocupaba su ser todo le contestaban los lúgubres rugidos, fatídico presagio de un porvenir horrendo. Pero la impresión duró poco ; el fragor del incendio, más terrible que los rugidos de las fieras, le obligó á imprimir nuevo rumbo á sus ideas. Ligia no contestaba quizá porque yacía desmayada en aquel edificio amenazado por tan inminente peligro.

Vinicio penetró en el interior.

El reducido *atrium* estaba desierto é invadido por el humo.

El patricio recorrió la casa. En los dormitorios lucía una lámpara, y acercándose á ella vió el *lararium*, en el cual había una cruz en vez de lares ; al pie de la cruz ardía un cirio.

El joven catecúmeno creyó que por este medio le facilitaba la cruz una luz para que pudiera buscar á Ligia ; tomó el cirio y continuó sus pesquisas.

Llegó al primer dormitorio, apartó las cortinas y miró en derredor ; no vió á nadie. Mas Vinicio estaba seguro de que se encontraba en el *cubiculum* de Ligia, porque pendientes de clavos vió en las paredes los vestidos de la doncella. En el lecho había un

*capitium*, especie de camisa que las mujeres llevaban á raíz de la carne.

Se apoderó de aquella prenda, la besó, y, enrollándosela al cuerpo, respiró lleno de esperanza.

La casa era pequeña y pronto la recorrió desde los aposentos hasta la cueva, sin encontrar alma viviente. Ya no le quedaba la menor duda de que Ligia, Lino y Urso se habían salvado.

—Los buscaré entre la multitud que ha salido de la ciudad—se dijo el joven, no extrañando el no haberlos encontrado en la Vía Portuense, porque podían haber huído del Trastíber por el lado opuesto, á lo largo del Monte Vaticano. De cualquier modo ello era que se habían librado del fuego.

Esta idea le alivió de un gran peso. Verdad es que no se le ocultaba el terrible peligro que ofrecía la fuga; pero le consolaba el pensar en las tremendas fuerzas de Urso.

Entonces resolvió ponerse en salvo y dirigirse á los jardines de Agripina, pasando por los de Domicio, en donde esperaba encontrar á los fugitivos. Suponía que el humo no sería tan denso allí, porque el viento soplaba de la parte del Monte Sabino.

Tiempo era ya, en efecto, de que Vinicio pensara en su propia seguridad; el fuego arreciaba más cada vez y nuevas oleadas de humo envolvían ya la calle por completo. El viento le había apagado el cirio que tomara en casa de Lino para alumbrarse en el interior del edificio.

Lanzóse el patricio á la calle, corriendo todo lo que pudo con dirección á la Vía Portuense, punto por donde antes entrara.

El fuego le perseguía con su hálito abrasador, le envolvía en densas nubes de humo y le azotaba con ardientes chispas que le chamuscaban el pelo, la piel y los vestidos. Empezó á arder la túnica; pero él, sin hacer caso, continuó corriendo para evitar que le asfixiara el humo. Tenía en la boca sabor de hollín, y el cálido ambiente le abrasaba la garganta y los pulmones. La sangre se le había subido á la cabeza y ya lo veía todo rojo: hasta el negro y denso humo.

—Esto es achicharrarse vivo—se decía—más valdría echarse al suelo y aguardar la muerte para acabar de una vez. Pero no—agregó,—quiero verla antes, aunque luego deje de existir.

Aquella carrera era para él un martirio; el sudor le escaldaba como agua hirviendo, y si no hubiera sido por el nombre de Ligia, que le servía de poderoso acicate, y por el *capitium*, de la joven, con el que después de besarlo se había envuelto la cabeza, habría caído al suelo. Llegó un momento en que las fuerzas le abandonaban, y sin embargo, corría maquinalmente porque en el campo, término de su carrera, le aguardaba Ligia, la esposa que le había prometido el Apóstol Pedro.

De pronto se apoderó de él un ansia terrible, semejante á una visión de las que preceden á la muerte: la necesidad de ver á Ligia, de unirse con ella y morir luego. Y siguió adelante, tambaleándose como un borracho y casi exhausto de fuerzas.

De repente cambió de aspecto la monstruosa conflagración que destruía la ciudad: el fuego estalló espantoso, y las diferentes y colosales hogueras aisladas se unieron en una sola, formando un horripilante mar de llamas; el viento no traía ya nubes de humo, y el que ensombrecía las calles fué barrido por una corriente de aire asfixiante que arrastraba millones de chispas.

Vinicio continuaba corriendo, envuelto en una nube de fuego; pero ya veía mejor el camino, y un momento después, cuando estaba á punto de dar con su cuerpo en tierra, se encontró en una calle que conducía á la Vía Portuense y al Campo Coletano.

Las chispas ya no le azotaban, y comprendió que si haciendo un esfuerzo supremo lograba llegar á la Vía Portuense, estaría en salvo, aunque cayera sin sentido.

Al poner el pie en el extremo de la

calle, vió que otra nube de humo, ó que por tal la tomó él, le interceptaba el camino.

—Si es humo—se dijo,—no podré pasar.

Y continuó corriendo, agotando con este último esfuerzo las pocas energías que le quedaban. Sin detenerse se quitó la túnica y la tiró, porque ya quemaba, como la de Neso, y sólo conservó el *capitium* de Ligia liado á la cabeza.

Siguió avanzando y vió que lo que supuso humo era polvo y que en el punto en donde se producía oíase rumor de voces. Imaginándose que las turbas se entregaban al saqueo, prosiguió su carrera en aquella dirección confiando en que le socorrerían y pidiendo auxilio á grito herido; pero las fuerzas le faltaron: parecióle que una nube roja pasaba ante sus ojos, sintió que el aire no penetraba en sus pulmones, que se le aflojaban los músculos, y cayó al suelo.

Mas le habían oído, ó más propiamente, le habían visto: dos hombres provistos de calabazas con agua acudieron á socorrerle.

Vinicio había caído extenuado, pero no sin conocimiento; cogió una de las calabazas y de un trago se bebió la mitad de su contenido.

—Gracias—dijo luego,—ayudadme á ponerme en pie y continuaré mi camino.

Hacieron los trabajadores lo que les pedía, le humedecieron las sienes y le condujeron adonde estaban sus compañeros, los cuales le rodearon solícitos.

Sorprendido de la afectuosa acogida, les preguntó el joven:

—¿Quiénes sois? ¿Qué hacéis?

—Estamos derribando casas, para cortar el fuego á fin de que no llegue hasta la Vía Portuense—contestó uno de los obreros.

—Me habéis socorrido cuando caí falto de fuerzas, y os lo agradezco.

—No podemos negar nuestro auxilio al que lo necesita.

Vinicio que no había tropezado durante la larga carrera más que con turbas feroces entregadas al saqueo y al asesinato, miró con atención á aquellos hombres.

—¡Qué Cristo os lo premie!—dijo.

—¡Alabado sea su nombre!—le contestaron á coro.

—¿Sabéis qué ha sido de Lino?—preguntó entonces el patricio, con voz que la emoción hacía insegura.

No pudo oir la respuesta: aniquilado por las emociones y por el agotamiento de fuerzas, cerró los ojos y se desmayó.

Cuando volvió en sí estaba en el Campo Codetano, en un jardín y le rodeaban varias personas.

Sus primeras palabras fueron para preguntar otra vez:

—¿Dónde está Lino?

Al pronto no obtuvo contestación; pero luego una voz que él conocía murmuró á su lado:

—Está más allá de la Puerta Nomentana, en el *Ostrianum;* se fué dos días ha. ¡Que la paz sea contigo, rey de Persia!

Incorporóse Vinicio y vió, no sin sorpresa, á Chilón, su antiguo cómplice, que continuó hablándole con voz meliflua y en estos términos:

—¡Qué horrible desgracia! Los cristianos ¡oh, hijo de Serapis! venían anunciando hace tiempo que el fuego destruiría la gran ciudad. Lino, con la hija de Jove, se refugió en el *Ostrianum.* ¡Oh, cuál desventura para Roma!

Violenta fué la emoción que sintió el joven.

—¿Los has visto?—preguntó.

—Con mis propios ojos. Gracias sean dadas á Cristo y á todos los dioses por haberme concedido la suerte de pagar tus bondades con esta buena noticia. Mas aún te pagaré mejor ¡oh, Ciro! te lo juro por Roma ardiendo.

Anochecía; sin embargo, el jardín estaba iluminado tan claramente como de día por los resplandores del incendio, el cual iba en aumento, hasta el punto de que toda Roma parecía una

inmensa hoguera, cuya luz ahuyentaba las sombras con sus rojos y fatídicos fulgores.

## XLIV

El rojizo resplandor del incendio coloreaba el espacio en toda la extensión que podía abarcar la vista, y la Luna, al levantarse por detrás de las colinas y mirada al través de aquella atmósfera, parecía un disco de cobre; fría é impasible, contemplaba desde la altura el desastre de la ciudad que había dominado al mundo. Entre las rojizas tintas que daban al espacio sangriento color, veíanse algunas estrellas, que brillaban poco porque aquella noche la Tierra despedía fulgores más vivos que el cielo.

Roma era una hoguera colosal que iluminaba toda la Campania, los montes, los pueblos y las quintas. En los acueductos que se extendían por la campiña romana se habían subido muchísimas personas; unas buscando refugio y otras para contemplar el incendio.

Este continuaba propagándose y destruyendo barrios y barrios. Era imposible dudar de que había manos criminales encargadas de extender el fuego, puesto que á cada instante aparecían nuevos focos y á veces en puntos distantes del centro de la ciudad.

Como oleaje de un mar embravecido corrían las llamas desde las colinas hacia los valles, en los que el amontonamiento de construcciones era mayor, pues abundaban los edificios de varios pisos llenos de tiendas, las barracas, los circos portátiles destinados á representaciones y los almacenes de leña, de aceitunas, de granos, nueces y piñones; fruto este último que era base de la alimentación de la mayor parte del proletariado. También había depósitos en los que se guardaban los vestidos que por favor del César se distribuían de cuando en cuando entre la plebe. Como el fuego encontró en esos sitios combustible abundante, invadió calles enteras con increíble rapidez.

El viento arrastraba fuera de aquel mar de fuego millones de cáscaras de nuez y de almendra, las cuales, caldeadas y lanzadas al aire como fugaces bandadas de ígneas mariposas, estallaban con ruido.

La confusión crecía por momentos, porque, mientras por una parte la población huía por todas las puertas, por otra parte el incendio atraía á millares de individuos de las inmediaciones, pastores y campesinos semisalvajes de la Campania, con la esperanza del saqueo.

Por todas partes se oía exclamar: «¡Roma perece!» y la ruina de la ciudad parecía la anulación de todo gobierno y el relajamiento de los vínculos que hasta entonces habían mantenido al pueblo en una sola entidad.

Los esclavos, que eran la mayoría de la plebe, no se inquietaban por el señorío de Roma, calculando que sólo la destrucción de la ciudad podía libertarles. Los actos de violencia y de saqueo se multiplicaban, y parecía que el espectáculo de aquella urbe presa del devastador elemento era lo único que embargaba la atención pública, retardando la hora de la explosión popular, que seguramente sonaría tan pronto como la metrópoli se convirtiera en un montón de ruinas.

Cientos de miles de esclavos, sin pensar que Roma tenía de la parte de allá de sus muros algunas decenas de legiones repartidas por todo el mundo, esperaban únicamente una palabra y un caudillo. El nombre de Espartaco corría de boca en boca; pero Espartaco ya no existía.

Y mientras los ciudadanos se reunían y se armaban como podían, las noticias más estupendas é inverosímiles circulaban por todas partes: se decía que Vulcano, por orden de Júpiter, arrasaba la ciudad con fuego que sacaba del centro de la tierra; otros aseguraban que Vesta castigaba así la transgresión de Rubria. Y los que tal

pensaban no se preocupaban de salvar nada: limitábanse á acudir á los templos á implorar la compasión de los dioses.

Sin embargo, la creencia más extendida era la de que el César había dado orden de quemar á Roma para acabar de una vez con los olores que exhalaba el barrio del Suburra y construir una ciudad que se llamaría Neronia.

Esta opinión excitaba las iras del populacho hasta tal punto, que si, como lo había pensado Vinicio, un caudillo hubiera querido aprovechar la coyuntura que ofrecía la exacerbación de odios, la hora postrera de Nerón habría sonado entonces.

Otros aseguraban que el César estaba loco y que en breve daría orden á los pretorianos y á los gladiadores de caer sobre el pueblo y pasarlo á cuchillo.

Ni faltaba quien juraba por los dioses, que de orden de «Barbas de Cobre» habían puesto en libertad á las fieras; y hasta algunos afirmaban que ya corrían por las calles leones con las melenas ardiendo y elefantes y bisontes enfurecidos, aplastando y haciendo pedazos á la aterrorizada multitud.

Estos rumores no carecían de fundamento: era verdad que en algunos puntos de la ciudad los elefantes, viendo que el fuego les amenazaba de cerca, rompieron las puertas de los viveros, recobraron la libertad, y locos de terror se precipitaron en furiosa carrera por las calles, destruyendo con la impetuosidad del huracán todo lo que encontraban al paso.

Los que tal decían aseguraban que el número de víctimas se elevaba á muchísimos miles. Numerosas eran, verdaderamente. Muchas personas que habían perdido en la catástrofe todos sus bienes ó que habían visto perecer entre las llamas á los seres más queridos, se lanzaban al fuego, impulsadas por la desesperación; muchas, también, morían asfixiadas por el humo.

En el centro de Roma, en el Capitolio, el Quirinal, el Viminal y el Esquilino, lo mismo que entre el Palatino y el monte Celio, en cuyas calles era más densa la población, el fuego había empezado en tantos puntos á la vez, que multitud de personas, al huir del incendio, se encontraban inopinadamente detenidas por otra muralla de fuego que les cerraba el paso y morían envueltas en un mar de llamas.

La gente, presa del pánico, no sabía adónde encaminar sus pasos.

Hacinamientos enormes de mercancías y de efectos obstruían las vías, impidiendo por completo el paso en las estrechas. Los que se habían refugiado en las plazas y mercados, donde más tarde se erigió el Anfiteatro de Flavio, en las inmediaciones del templo de la Tierra y del Pórtico de Silvia; y más arriba, en los templos de Juno y de Luciana, entre el *Clivus Virbius* y la antigua puerta Esquilina, todos murieron carbonizados.

De las familias que habitaban en el centro, puede decirse que casi no hubo una que no perdiera alguno de sus miembros en la catástrofe; por eso á lo largo de las murallas, en las puertas y por todos los caminos, oíanse sin cesar los desesperados lamentos de las mujeres que llamaban con los nombres más tiernos á los seres queridos que perecieron atropellados por las turbas ó víctimas del fuego.

Y mientras unos imploraban á los dioses, otros blasfemaban desesperados.

Muchos ancianos acudían al templo de Júpiter Liberátor y levantaban las manos diciendo:

—¡Si eres Libertador, sálvanos y salva á la ciudad!

Pero la desesperación del pueblo cayó airada sobre los antiguos dioses romanos; porque éstos, á juicio del populacho, tenían el deber de velar por la ciudad con más solicitud que los otros númenes, y sin embargo se mostraban impotentes. Por eso les abrumaban con todo linaje de invectivas y de injurias.

Por otra parte, en la Vía Asinaria, un grupo de sacerdotes egipcios que llevaba una estatua de Isis recién salvada de un templo inmediato á la Puerta Celimontana, se vió acometido por muchedumbre de hombres del pueblo; éstos se apoderaron del carro, lo condujeron hacia la Puerta Apia, cogieron la estatua y la colocaron en el templo de Marte, atropellando á los sacerdotes de este templo que pretendieron oponer resistencia.

En otros puntos invocaba el pueblo á Serapis, á Baal ó á Jehová, cuyos adeptos atronaban el aire con sus gritos ensordecedores en las inmediaciones del Suburra y del Trastíber.

De este estruendo se destacaban gritos de triunfo, y cuando algunos ciudadanos se unieron á los que los proferían, ensalzando al «Señor del Mundo», otros, indignados al oir sus exclamaciones de júbilo, trataban de sofocarlas por medio de la violencia.

En otros lugares, hombres en la flor de la edad, ancianos, mujeres y niños, entonaban himnos majestuosos y solemnes, incomprensibles para la mayoría; pero en los cuales se repetían sonoras y claras las palabras siguientes:

—«¡He aquí que viene el juez en el día de la ira y del desastre!»

La multitud inquieta, triste ó turbulenta, rodeaba entretanto la ciudad incendiada, como un mar borrascoso; pero ni la desesperación, ni las blasfemias, ni los himnos mejoraban la situación: la conflagración era irresistible, implacable como el destino.

Cerca del Anfiteatro de Pompeyo el fuego prendió en unos depósitos de cáñamo y de cuerdas de las que se empleaban en los circos; había allí también máquinas de las que solían servir en los juegos públicos y barriles de pez, que se utilizaba para embrear las cuerdas. Pocas horas después toda aquella parte de la ciudad estaba iluminada por una llama roja tan brillante, que los que la vieron, locos de terror, creyeron que con la universal ruina se había trastornado el orden de la Naturaleza, trocándose la noche en día, y que la extraña claridad era la luz del sol.

Después vino un fulgor de color de sangre á sobreponerse á todos los demás que las llamas producían: de aquel océano de fuego ascendieron gigantescas columnas, que luego se rompían, extendiéndose y afectando las formas más caprichosas, y que el viento iba modificando para lanzarlas al fin sobre la Campania, en dirección de los Montes Albanos, convertidas en lluvia de chispas.

La noche se hizo más clara, el aire parecía luminoso, el Tíber dijérase que en vez de agua, arrastraba fuego por su cauce; Roma, desventurada, estaba convertida en un infierno, y el incendio avanzaba impetuoso, con furia loca, invadiendo valles y colinas, incontrastable y atronador.

## XLV

Llevaron á Vinicio á casa de un tejedor llamado Macrino, el cual lavó al joven patricio, le hizo tomar algún alimento y le dió ropa.

Ya repuesto, el tribuno expresó su agradecimiento al artesano y le dijo que quería reanudar inmediatamente sus pesquisas en busca de Ligia.

El menestral, que era cristiano, afirmó lo que Chilón manifestara á Vinicio, repitiendo que Lino, con el arzobispo Clemente, se había ido al *Ostrianum*, en donde el Apóstol debía bautizar á un número considerable de neófitos.

Los cristianos sabían que Lino había dejado al cuidado de su casa á un tal Cayo. Cuando Vinicio lo supo se convenció de que Ligia y Urso habían partido con el Apóstol y se tranquilizó bastante.

Lino era anciano y no podía ir diariamente sin grande esfuerzo hasta la distante Puerta Nomentana y regresar

desde allí á su casa; por lo tanto era lícito suponer que para evitarse tan largas caminatas se hospedara durante esos días, con Ligia, en casa de algún correligionario. Y así debieron de librarse del incendio y de sus horrores.

En la salvación de ambos veía Vinicio la mano protectora de Cristo, y en su corazón aumentaron el amor y la gratitud. Al mismo tiempo é impulsado por estos sentimientos, prometía desde el fondo de su alma corresponder á tan evidentes muestras de protección, aunque fuera con el sacrificio de la propia vida. Mas los mismos sentimientos le empujaban hacia el *Ostrianum*, para ver cuanto antes á Ligia, á Lino y á Pedro, y llevárselos lejos, muy lejos, á una de sus propiedades: á Sicilia, si era posible.

Roma ardería toda. Al cabo de pocos días la ciudad estaría reducida á un montón de humeantes ruinas. ¿Por qué asistir á la consumación de tan espantosa catástrofe, en medio de un populacho furioso? En sus tierras tenía multitud de esclavos que les protegieran, y, por consiguiente, podían vivir en la apacible tranquilidad del campo, en sana paz, amparados por Cristo y bendecidos por Pedro.

Vinicio se consumía de impaciencia por encontrarlos; pero la empresa no era fácil.

No había podido olvidar las dificultades que hubo de vencer para llegar desde la Vía Apia al Trastíber, ni que la necesidad le obligó á dar un rodeo para llegar á la Vía Portuense; por lo tanto, decidió rodear también ahora la ciudad, aunque en sentido contrario al que entonces siguiera, y calculó que yendo por la *Vía Triumphatoris* podría ganar el puente Emilio, seguir el curso del Tíber, dejar atrás el Monte Pincio, todo el Campo de Marte, pasando por fuera de los jardines de Pompeyo, Lúculo y Salustio, y entrar, por último, en la Vía Nomentana: éste era el camino más corto, pero Chilón y Macrino le aconsejaron que no lo siguiera, porque si bien el fuego no había alcanzado todavía aquella parte de la ciudad, era probable que plazas, mercados y calles estuvieran llenos de gente del pueblo y de efectos y mercancías amontonados acá y allá.

Chilón opinaba que debía dirigirse por el Campo Vaticano á la Puerta Flaminia, cruzar el río en este punto y continuar extramuros, más allá de los jardines de Acilio, hasta la Puerta Salaria; y Vinicio acabó por aceptar el consejo.

Macrino no podía acompañarle porque tenía que quedarse al cuidado de la casa; pero le proporcionó dos mulas que después las podía utilizar para viajar con Ligia. Quería cederle también un esclavo, pero Vinicio lo rehusó, creyéndole innecesario, porque suponía que el primer destacamento de pretorianos que encontrara se pondría á sus órdenes.

El joven y Chilón emprendieron el camino, cruzando por el *Pagus Janiculus* (Pago, terrenos del Janículo) para llegar á la Vía Triunfal.

En los descampados encontraron multitud de carros, pero pasaron entre ellos sin dificultad, porque, como la mayor parte de los fugitivos habían salido por la Vía Portuense con dirección al mar, el barullo allí no era grande. Pasada la Puerta Septimia adelantaron entre el río y los espléndidos jardines de Domicio, cuyos altos cipreses aparecían enrojecidos por el incendio, como si los iluminara el sol poniente.

A medida que avanzaban estaba el camino más y más despejado; sólo tenían que luchar con la corriente de los campesinos que se dirigían á la ciudad.

Vinicio hostigaba sin tregua á su mula, y Chilón monologaba de esta suerte:

—Bien. Dejamos atrás el incendio, que nos caldea las espaldas. Nunca estuvieron estas vías mejor alumbradas de noche. ¡Oh, Zeus! Si no descargas una lluvia torrencial sobre esa hoguera tendremos que confesar que no

le tienes á Roma el menor cariño; porque el poder humano no basta para extinguir esas llamas. ¡He ahí la ciudad de quien Grecia y el mundo entero dependían! Ahora el último de los griegos podrá pisotear con desprecio sus cenizas y silbar impunemente en las ruinas de sus templos. Roma perece, ya no habrá Roma ni gobernantes romanos. ¡Oh, dioses! ¡Silbar sobre las ruinas de una ciudad que ha sido dueña del mundo! ¿Qué griego ni qué bárbaro pudo soñar con semejante acontecimiento? Y se puede silbar: no hay duda; porque un montón de cenizas, ya proceda de la cabaña de un pastor ó de una ciudad opulenta, nunca será más que un montón de cenizas; de cenizas, que más tarde ó más temprano el viento las esparcirá.

Mientras que así discurría, contemplaba con expresión maliciosa y satisfecha los resplandores del incendio.

—Desaparecerá—proseguía diciendo, —desaparecerá del haz de la Tierra y ya no volverá á levantarse de entre sus escombros. ¿Adónde enviarán ahora los más ricos mercados del mundo sus cereales, sus aceitunas, sus mujeres y sus tesoros? ¿Quién exprimirá al mundo en lo sucesivo para arrancarle oro y lágrimas? El mármol no se quema, pero al fuego, se desmorona; el Capitolio se convertirá en polvo y polvo ha de ser también el Palatino. ¡Oh, Zeus! Roma ha sido una especie de pastor y las demás naciones, las ovejas; cuando el pastor tenía hambre mataba una oveja, se la comía, y á ti, ¡oh, padre de los dioses! te ofrecía solamente la piel. Ahora ¿quién hará las matanzas y en qué manos caerá el látigo del pastor? Porque Roma está ardiendo. ¡Oh, Padre! y se consume como si hubieras lanzado sobre ella una lluvia de rayos.

—Date prisa—exclamó Vinicio;—¿qué estás diciendo entre dientes?

—Estoy derramando lágrimas, señor, sobre las ruinas de Roma que perece; lloro por la divina ciudad de Júpiter.

Anduvieron un rato en silencio, oyendo los crujidos del incendio y el batir de alas de las aves; pues á la sazón multitud de palomas que tenían los nidos en las casas de campo y en los pueblecitos de la Campania, y numerosos pájaros procedentes de las orillas del mar y de las montañas cercanas, aturdidos ó quizá creyendo que los resplandores del incendio eran los rayos del sol, volaban en bandadas en dirección del fuego.

Vinicio rompió al fin el silencio, preguntando:

—¿Dónde estabas cuando estalló el incendio?

—Iba en busca de mi amigo Euricio, que tenía una tienda junto al Circo Máximo, y precisamente pensaba en Cristo cuando oí la voz de «¡fuego!». Se reunió gente alrededor del Circo, lo abrasaron por completo y simultáneamente se les vió aparecer en diferentes puntos de la ciudad. A la curiosidad de los primeros momentos sucedió el terror, y nadie pensó más que en salvarse.

—¿Viste á los individuos que arrojaban teas encendidas en las casas?

—¡Qué habrá que yo no haya visto, oh, nieto de Eneas! Vi muchos hombres que espada en mano se abrían paso entre la multitud; presencié luchas de otros, y tuve ocasión de contemplar las entrañas de los combatientes pisoteadas en el suelo. ¡Ah, señor: si hubieras sido testigo de tales hechos te habría parecido que los bárbaros acababan de tomar la ciudad y la estaban pasando á cuchillo! Decían que había llegado el fin del mundo; algunos, perdida por completo la cabeza y paralizados por el estupor, en vez de huir, aguardaban estúpidamente, dejándose abrasar por las llamas, que en un instante les devoraban. Unos se quedaban como anonadados, otros exhalaban alaridos horribles; ¡y hasta había quien lanzaba gritos de júbilo! ¡Ah, señor; hay en el mundo gente perversa que no aprecia en lo que valen los beneficios de vuestro paternal

gobierno y las justas y equitativas leyes, en cuyo nombre os apoderáis de lo que los demás poseen! Esa gente, ya lo ves, se resiste á acatar la voluntad de los dioses.

Vinicio estaba harto preocupado con sus propios asuntos para parar mientes en la ironía de las palabras del griego. El joven se estremecía de horror sólo de pensar que Ligia hubiera podido encontrarse en medio de aquel caos, quizá en alguno de los puntos en donde rodaban por el suelo y eran pisoteadas las entrañas de los vencidos. Tornó, pues, á preguntarle á Chilón por décima vez para calmar sus temores:

—Dime: ¿Viste al Apóstol y á Ligia con tus propios ojos?

—Sí, hijo de Venus; vi á la doncella, al bueno de Urso, á Lino y al Apóstol Pedro.

—¿Antes del incendio?

—Sí; antes del incendio.

Temeroso Vinicio de que aquel bribón le engañara, refrenó la mula, se acercó á él y le preguntó, mirándole amenazadoramente:

—¿Qué estabas haciendo en el *Ostrianum?*

Chilón se turbó; como muchos, creía él también que con la destrucción de Roma vendría el término de la dominación romana; pero estaba enfrente de él el joven, mirándole cara á cara, y se acordaba de que le había prohibido espiar á los cristianos, especialmente á Lino y á Ligia, conminándole con duros castigos.

—Señor—dijo al cabo,—¿por qué no quieres creer que amo á esa buena gente? Fuí al *Ostrianum* porque soy casi cristiano ya. Pirrón me ha enseñado á estimar la virtud más que la filosofía; por eso busco el trato de las personas virtuosas. Además, soy pobre, y cuando tú estabas en Ancio me acerqué muchas veces hambriento al *Ostrianum*, porque los cristianos, aunque pobres, dan limosnas.

Esta explicación satisfizo á Vinicio, el cual volvió á sus preguntas, diciendo:

—¿Sabes en dónde se ha refugiado Lino?

—Una vez me castigaste cruelmente por curioso—contestó el griego con voz sorda.

Y ambos guardaron silencio.

—¡Oh, señor!—dijo Chilón, tras breve pausa.—Si no fuera por mí no encontrarías á la doncella. ¿Cuándo la hallemos olvidarás á tu desvalido sabio?

—Te regalaré una casa con una viña en Ameria.

—¡Gracias, Hércules! ¿Con una viña? ¡Oh, sí! ¡Gracias, gracias! ¡Que tenga viña!

Pasaban entonces por el monte Vaticano, iluminado por los fulgores del incendio, y más allá de la Naumaquia torcieron á la derecha; así, tan pronto como pasaran del Campo Vaticano, llegarían al río, y, después de atravesarlo, se dirigirían á la Puerta Flaminia.

—Se me ocurre una buena idea, señor—dijo de pronto Chilón, haciendo alto.

—¿Qué es ello?—preguntó el patricio.

—Entre las colinas del Janículo y del Vaticano, detrás de los jardines de Agripina, hay unas excavaciones, de las que han extraído piedra y arena para edificar el Circo de Nerón. Hace poco que los judíos, numerosos en el Trastíber, han vuelto á perseguir con saña á los cristianos. No habrás olvidado que en tiempos del divino Claudio hubo tales disturbios, que el César se vió en la necesidad de expulsar de la ciudad á los israelitas. Estos han vuelto, y, gracias á la protección de la Augusta, se consideran seguros, y de nuevo y con más insolencia que antes, molestan á los cristianos. Me consta porque lo he visto. No se ha promulgado edicto alguno contra los cristianos, pero los judíos los delatan al prefecto como asesinos de niños y les

acusan de adorar á un burro y de propagar una religión que el Senado no ha reconocido. Con tal pretexto les maltratan y atacan sus casas de oración, tan sañudamente, que los cristianos tienen necesidad de ocultarse.

—¿Qué quieres darme á entender con eso?

—Que los judíos tienen sus sinagogas públicamente en el Trastíber, en tanto que los cristianos se ven constreñidos á orar á escondidas y á reunirse en sotechados ruinosos, extramuros de la ciudad. Los que viven en el Trastíber han elegido precisamente las excavaciones de que yo hablaba y ciertas cuevas que hay junto al río. Por consiguiente, te aconsejo que pasemos por allí. Como los momentos son críticos, los cristianos estarán orando y los hallaremos reunidos en número considerable.

—¿Para qué hemos de ir, si tú me has dicho que Lino está en el *Ostrianum?*—replicó Vinicio irritado.

—Me has ofrecido una casa con su viña en Ameria, y es natural que haga todo lo que pueda para ganarla; podría darse el caso de que hubieran vuelto al Trastíber, puesto que Lino tiene allí su casa y es natural que quiera cerciorarse de si el fuego la ha respetado. Si han regresado, te juro por Proserpina que los encontraremos orando en las excavaciones, ó por lo menos que allí sabremos de ellos.

—Tienes razón.

El griego, apenas oyó las anteriores palabras del tribuno, torció á la izquierda, hacia el monte, por un camino angosto y obscuro.

Cuando dejaron atrás el Circo, tomaron nuevamente á la izquierda, un tenebroso pasadizo, y á distancia, en medio de la obscuridad, vió el joven brillar algunas lucecillas.

—Allí están—dijo Chilón;—y en mayor número que nunca, porque los demás oratorios han sido destruídos por el fuego ó invadidos por el humo.

—Sí; ya oigo sus cánticos.

Hasta ellos llegaba, efectivamente, rumor de voces, que partía de una negra abertura, por la cual iban desapareciendo sucesivamente las lucecillas.

Por otros pasadizos laterales aparecían de continuo nuevos bultos, que eran otras tantas personas, y al cabo de un rato se encontraron Vinicio y su acompañante en medio de una reunión numerosa.

El griego se apeó de la mula y le dijo á un muchacho que halló á mano:

—Soy sacerdote de Cristo y obispo. Cuida de nuestras mulas y recibirás mi bendición y la absolución de tus pecados.

Sin aguardar respuesta, entregó las riendas de ambas cabalgaduras al chicuelo, y llevando á Vinicio al lado, se metieron entre los cristianos.

Con éstos entraron en un subterráneo y avanzaron por el obscuro pasadizo á favor de la débil claridad que las linternas despedían, hasta una vasta cueva, en la cual la luz era más viva, porque además de los cirios y linternas, iluminaban el recinto algunas antorchas. Entonces vió el joven que allí había muchos cristianos arrodíllados y con las manos en alto, como si esperaran algún acontecimiento sobrenatural.

No estaban Ligia, el Apóstol Pedro ni Lino; pero Vinicio vió en derredor rostros en los que se advertía una expresión de emoción solemne. En algunos se retrataba la alarma; en otros, la esperanza.

Aquellos ojos elevaban la mirada al cielo y brillaban heridos por la luz; el sudor bañaba las pálidas frentes. Unos entonaban himnos, otros repetían el nombre de Jesús y algunos se daban fervorosamente golpes en el pecho.

De pronto se apagó el eco de los cánticos y apareció Crispo; pálido, dura la mirada y severo el ademán, adelantó hacia el centro.

Todos fijaron en él los ojos, anhelantes de escuchar palabras de consuelo y de esperanza.

Crispo bendijo á la asamblea y ha-

bló así, con voz sonora y con extrañas vibraciones:

—¡Haced penitencia por vuestros pecados; llorad vuestras culpas, porque ha sonado la hora de la justicia divina! ¡Sobre la nueva Babilonia, sobre la ciudad del desenfreno y del crimen, ha desencadenado el Señor la destructora llama de su cólera infinita! ¡Ha llegado el día del juicio final; el momento de la destrucción y del aniquilamiento! El Señor prometió que vendría y pronto le veréis; mas no será ya el humilde Cordero que ofreció su preciosa sangre para redimir al mundo: será el juez terrible que arrojará á los incrédulos y á los culpables al abismo. ¡Ay del mundo! ¡Ay de los pecadores! ¡Llorad por ellos; porque para ellos no habrá misericordia! ¡Te veo, oh Cristo! ¡Llueven las estrellas, se apaga el Sol, ábrense las entrañas de la Tierra, se levantan los muertos de sus tumbas, y Tú vienes al son de trompetas de venganza, entre legiones de ángeles y en medio de truenos y relámpagos! ¡Oh, Cristo! ¡Yo te veo; yo te oigo!...

Guardó Crispo silencio y alzó la vista, como si penetrara los misteriosos arcanos de lo futuro.

En aquel momento llegó hasta el subterráneo un sordo rumor, repitiéndose muchas veces.

Era el derrumbamiento de calles enterras; devorados los edificios por el fuego, se venían abajo con estrépito.

Al oirlo, creyeron muchos cristianos que la hora terrible se acercaba, y el terror se apoderó de la asamblea.

—¡Ha llegado el día del juicio!—exclamaban algunos.

Y otros se cubrían el rostro con las manos, convencidos de que la Tierra se estremecía y esperando que las furias del infierno se precipitaran fuera de sus antros para aniquilar á los pecadores.

—¡Cristo, ten piedad de nosotros!—gemían unos, en tanto que otros confesaban sus culpas á voces.

Y no faltaba quien se echaba en brazos de un amigo para tener cerca un corazón compasivo en la hora suprema de la muerte.

Mas también en algunos rostros se retrataba el éxtasis; en éstos, sonrientes con expresión ultraterrena, no aparecía la menor sombra de temor.

Algunos hombres, en medio de sus transportes religiosos, pronunciaban en voz alta palabras en idiomas extranjeros.

Uno, que estaba en apartado y sombrío rincón, exclamó:

—¡Vosotros, los que dormís, despertad!

Pero, dominando todas las voces, se oía la de Crispo, que repetía:

—¡Velad y orad! ¡Velad y orad!

De vez en cuando reinaba un instante de silencio, como si todos los allí reunidos contuvieran el aliento para escuchar mejor la venida de lo que esperaban; entonces se percibían con claridad los estallidos del incendio y el estrépito de los edificios al derrumbarse. Y los gemidos y las exclamaciones tornaban á resonar en el subterráneo.

—¡Renunciad á los bienes terrenales, renunciad á todo amor terrenal, porque Cristo no quiere á los que más que á El aman á la mujer y á la hija! ¡Ay del que ama á la criatura más que al Creador! ¡Ay de los ricos! ¡Ay de los lujuriosos! ¡Ay de los disolutos! ¡Ay del esposo, de la esposa y de los hijos!

De pronto estremeció la cantera un estruendo más formidable que los anteriores. Postráronse de hinojos los cristianos con los brazos en cruz. Entre el llorar de los niños, el rumor de las respiraciones afanosas y entrecortadas y los sollozos que el terror arrancaba, resonaban algunas voces clamando:

—¡Jesús! ¡Jesús!

En aquellos críticos instantes se oyó proferir con tranquilo y reposado acento:

—¡La paz sea con vosotros!

Y Pedro, el venerable Apóstol, apareció entre sus hijos, que le rodearon

amorosamente, libres ya del dominio del terror. Extendió hacia ellos las manos y les dijo:

—¿Por qué tal inquietud? ¿Por qué tanto temor en vuestros corazones? Ninguno de vosotros puede predecir lo que sucederá. El Señor castiga á Babilonia, descargando sobre ella el fuego de su indignación; pero sobre vosotros, purificados por el bautismo y redimidos por la sangre del Divino Cordero, descenderá su misericordia. Moriréis con su nombre en los labios, y El os dará su gracia. ¡La paz sea con vosotros!

Después de las terribles palabras de Crispo, las de Pedro fueron bálsamo bienhechor para aquellos corazones afligidos, y el amor á Dios desalojó al miedo de sus conturbados espíritus. Así, confortados por el Apóstol, volvieron á ver á Cristo, no como á juez inhumano, sino como al manso Cordero, cuya misericordia era infinitamente más grande que la iniquidad del hombre con ser ésta tanta. La asamblea experimentó grata sensación de alivio, y la tranquilidad y la paz tornaron á los corazones.

—¡Somos tus ovejas! ¡No nos abandones en la hora terrible!—exclamaban cayendo de rodillas.

Vinicio se acercó al anciano Pedro, se inclinó y le dijo:

—¡Señor, acórreme! La he buscado entre el humo del incendio y el torbellino de la desenfrenada multitud, y no la he hallado; pero confío en que tú me la devolverás.

El Apóstol le puso la mano en la cabeza, le bendijo y murmuró:

—Ten confianza y ven conmigo.

## XLVI

La ciudad continuaba ardiendo, y la excitación de sus habitantes crecía como el incendio. El Circo Máximo no era ya más que un montón de ruinas, calles enteras se venían abajo, y por todas partes brotaban columnas de humo y de fuego. El viento soplaba impetuoso de la parte del mar y arrastraba hacia los montes Celio, Esquilino y Viminal oleadas de humo, de fuego y de ceniza.

Las autoridades se habían decidido á adoptar medidas de salvamento, por orden de Tigelino que había venido de Ancio á los tres días. Comenzaba el derribo de los edificios del Esquilino, para cortar el fuego, pero tales medidas sólo podían ya ser útiles para salvar los restos de la ciudad, porque para lo que estaba ardiendo no había salvación posible.

Urgía también prevenir las consecuencias de la catástrofe, porque en ella habían desaparecido incalculables riquezas; casi todas las propiedades de los ciudadanos de Roma estaban reducidas á cenizas, y cientos de miles de hombres andaban errantes por los campos y en la mayor miseria.

El hambre se dejó sentir desde el segundo día del fuego, porque éste destruyó las inmensas cantidades de víveres almacenadas. En medio del desbarajuste general y con la ausencia de las autoridades nadie pensó en el abastecimiento, hasta que llegó Tigelino y se expidieron á Ostia las órdenes oportunas.

Entretanto, la actitud de las turbas era cada vez más amenazadora. Multitud de mujeres rodeaban á todas horas el alojamiento provisional de Tigelino, en Acqua Apia, pidiendo sin tregua:

—¡Pan y hogar!

Los pretorianos, cuyo campamento estaba emplazado entre las Vías Salaria y Nomentana, fueron llamados con toda urgencia y acudieron sin pérdida de tiempo; pero en vano se afanaban por restablecer el orden, pues siempre encontraban franca resistencia armada. Los grupos de hombres inermes exclamaban, indicando la ciudad en llamas:

—¡Matadnos á la luz del incendio!

Y desahogaban la ira lanzando in-

vectivas contra el César, contra los augustanos y los pretorianos.

El tumulto crecía con tales proporciones, que Tigelino, contemplando por la noche los millares de incendios que esparcían sus rojizos resplandores por los alrededores de la ciudad, decíase á sí mismo que parecían los fuegos de campamentos enemigos.

Mandó traer de Ostia y de los pueblos inmediatos enorme cantidad de harina y todo el pan que fué posible obtener; y cuando la primera remesa llegó por la noche al *Emporium* (Mercado), el pueblo echó abajo la puerta principal, que daba al Aventino, y en medio del más espantoso tumulto se apoderó en un santiamén de todas las provisiones. A la claridad siniestra del incendio la gente se disputaba furiosa los panes, muchos de los cuales caían al suelo durante la lucha y la turbamulta los pisoteaba. Rotos los sacos, la harina se desparramó, y desde los graneros hasta los Arcos de Druso y Germánico parecía que la tierra estaba nevada.

El tumultuoso saqueo duró hasta que los soldados consiguieron tomar el edificio y dispersar á la muchedumbre, disparando sobre ella flechas y otros proyectiles. Desde que los galos entraron en Roma acaudillados por Breno, nunca había sido la ciudad teatro de un desastre semejante.

En medio de su desesperación, comparaba el pueblo ambos acontecimientos; pero al empuje de Breno no cedió el Capitolio, que se mantuvo en pie, y ahora aparecía indefenso, amenazado por horrible cinturón de fuego que se iba estrechando. Verdad es que los mármoles no arden; mas de noche, en los momentos en que el viento apartaba las enormes lenguas de fuego, veíanse las columnas rojas, como ascuas colosales.

Por otra parte, en tiempos de Breno tenía Roma una población homogénea, ordenada y amante de la ciudad y de sus altares, mientras que al presente se agitaba en torno de los calcinados muros un populacho políglota y nómada, compuesto en su mayor parte de esclavos y libertos, gente exaltada, turbulenta y dispuesta á rebelarse contra Roma y su poder; pero la misma enormidad de la catástrofe, que infundía temor en los más templados corazones, desarmaba, hasta cierto punto, á la turbamulta.

Era probable que el fuego trajera en pos el hambre y las epidemias, pues para completar el horrible cuadro, ya empezaban á dejarse sentir los fuertes calores del mes de julio, y el aire, inflamado á la vez por el incendio y por los rayos del sol, hacíase irrespirable.

La noche, lejos de traer alivio, ofrecía los caracteres de un verdadero infierno; y de día era horrendo el espectáculo. El centro de la inmensa ciudad parecía un volcán en erupción, los alrededores, hasta los Montes Albanos, estaban convertidos en interminable campamento compuesto de cobertizos, tiendas, barracas, vehículos, fardos, líos y fogatas; todo envuelto en nubes de polvo y de humo é iluminado por los rayos del sol, que se enrojecían al atravesar el humo. De esta indescriptible é improvisada población, salían en confusa algarabía gritos, amenazas, imprecaciones de odio y alaridos de terror, proferidos por los hombres, las mujeres y los niños, que en incalculable número se amontonaban como monstruoso enjambre.

Mezclados y revueltos con los quírites andaban los griegos, los rudos hombres del Norte, de áspera cabellera y azules ojos, los africanos y los asiáticos. Confundidos con los ciudadanos había esclavos, libertos, gladiadores, mercaderes, artesanos, soldados y sirvientes; un río de seres humanos que por todas partes brotaba de la ciudad ardiente.

Entre esta gente circulaban noticias de todas clases, ya favorables, ya adversas; se hablaba de una enorme remesa de trigo y de ropas que debía llegar al *Emporium* para distribuirla al

pueblo; se decía también que, por orden del César, las provincias de Asia y de Africa iban á ser despojadas de sus tesoros, y que éstos serían distribuídos entre los habitantes de Roma, para que cada romano reconstruyera su propia casa. Pero al mismo tiempo circulaba el rumor de que había sido envenenada el agua de los acueductos, y se aseguraba que Nerón quería reducir á polvo la ciudad, exterminar hasta el último de sus habitantes y marcharse luego á Grecia ó Egipto, para gobernar el mundo desde una nueva capital.

Tales rumores se extendían con la velocidad del rayo, el populacho los creía y cobraba alientos y esperanzas ó prorrumpía en exclamaciones de ira, de terror ó de indignación.

La muchedumbre era presa de febril ansiedad; la idea propalada por los cristianos de que se acercaba el fin del mundo y que éste perecería consumido por el fuego, ganaba terreno y cundía rápidamente hasta entre los paganos. Muchos de éstos caían en estado de delirio, y creían ver en las nubes, iluminadas por el incendio, á los dioses presenciando impasibles las escenas de ruina y desolación; y alzaban hacia ellos las manos, para implorar su clemencia ó para lanzarles invectivas y maldiciones.

Los soldados, ayudados por alguna gente del pueblo, demolía casas en el Esquilino, en el Celio y en el Trastíber, logrando por este medio salvar en parte dichos barrios.

Fueron destruídos en el casco de la población incalculables tesoros acumulados durante siglos de conquistas, y con ellos inestimables obras de arte, templos suntuosos y los más preciados monumentos históricos de Roma y de su gloria.

Era creencia general que de toda la ciudad sólo quedarían en pie algunos edificios en los barrios extremos, y que centenares de miles de personas carecerían de techo que las cobijase. Y no faltaba quien difundiera la especie de que los soldados derribaban las casas, no para aislar el fuego, sino para que no quedara piedra sobre piedra.

Tigelino, entretanto, enviaba á Ancio correo tras correo, rogando al César que viniera á calmar la desesperación del pueblo con su presencia; pero el César no tuvo por conveniente moverse hasta que el fuego invadió la *domus transitoria*. Entonces se apresuró á ponerse en camino, para aprovechar el momento en que la conflagración estuviera en su apogeo.

El incendio se extendió hasta la Via Nomentana, y desde este punto, por haber cambiado el viento, volvió hacia la Via Lata y el Trastíber; abarcó después el Capitolio, se propagó á lo largo del *Forum Boarium*, destruyó todo lo que quedaba por arruinar y atacó por vez segunda al Palatino.

Tigelino procuró reunir todas las fuerzas pretorianas, y, conseguido esto, envió varios correos al César, anunciándole que la intensidad del incendio aumentaba y con ella la grandeza del espectáculo.

Nerón, que se había puesto en camino, quería llegar de noche para gozar mejor contemplando el asolamiento de la ciudad. Con tal objeto hizo alto en los alrededores de Acqua Albana, mandó llamar al trágico Alituro y bajo su dirección estudió las actitudes, miradas y gestos que debía adoptar ante el incendio, discutiendo ampliamente con él sobre si al pronunciar las palabras: «Tú, ciudad sagrada, que parecías más fuerte que Ida», levantaría las dos manos ó si mantendría una apoyada en la forminga y elevaría la otra. Este era el grave asunto que tenía grandísima importancia para él en tales momentos.

Reanudó la marcha al alborear el día, mas no sin aconsejarse previamente de Petronio acerca de la conveniencia de agregar á los versos en que describía la catástrofe algunas blasfemias grandilocuentes dedicadas á los dioses; también le preguntó si estas impreca-

ciones serían naturales y plausibles, desde el punto de vista del arte, en boca del hombre que contemplaba la ruina, la total desaparición de su pueblo natal.

Cerca ya de la media noche llegó á las murallas seguido de su numerosa corte, que la componían muchos patricios, senadores, caballeros, libertos, esclavos, mujeres y niños.

Diez y seis mil pretorianos formados á lo largo del camino velaban por la seguridad del César y tenían á raya al indignado populacho, el cual gritaba, silbaba y maldecía á Nerón y su comitiva, pero no se atrevía á acometerle.

En algunos puntos aplaudía la plebe, que, como nada poseía, nada había podido perder en el siniestro y veía, en cambio, una distribución probable de trigo, aceitunas, ropas y dinero, más copiosa que las habituales.

De pronto y por orden de Tigelino sonaron las trompetas, ahogando con sus ruidosas vibraciones los gritos, silbidos y aplausos.

Al llegar á la Puerta Ostiense, se paró Nerón y exclamó:

—César sin un hogar de un pueblo que tampoco lo tiene, ¿dónde apoyaré esta noche la cabeza?

Atravesó luego el *Clivus Delphini* y subió al acueducto Apio por una escalinata construída expresamente, seguido de los augustanos y de un grupo de cantores provistos de cítaras, laúdes y otros intrumentos.

Todos los que le seguían guardaron el más profundo silencio, esperando que pronunciara alguna frase de efecto, frase que por amor á la propia vida debían conservar en la memoria; pero Nerón, con su manto de púrpura, orlada la sien de áureos láureles, contempló callado y como extático el horrible cuadro de la destrucción de Roma. Tomó luego una cítara de manos de Terpnos, elevó los ojos al cielo y aguardó á que la inspiración descendiera sobre su frente.

El pueblo le veía desde lejos y el fuego seguía crepitando.

Las llamas destruían á la sazón el templo de Hércules, construído por Evandro, el de la Luna, erigido por Servio Tulio, el de Vesta, con los penates del pueblo, y la casa de Numa Pompilio. El fuego devoraba la historia de Roma, su espíritu, por decirlo así, mientras que el César, cítara en mano y en actitud teatral, no pensaba en su patria arruinada, sino en la expresión que debía darle á su fisonomía, en los ademanes que había de adoptar y en las patéticas palabras que le convenía pronunciar para describir mejor la magnitud de la catástrofe, excitar más la admiración y provocar mayor ovación de entusiasmo.

Aborrecía á la ciudad, á sus habitantes, y sólo tenía cariño á sus propios versos y á sus cantos; por eso al ser testigo de una tragedia semejante á la que él escribía en el fondo de su alma experimentaba regocijo grande. Sentíase feliz como poeta, inspirado como cómico, y como aficionado á emociones fuertes, pensaba con deleite que la destrucción de Troya no era nada al lado de la de aquella colosal ciudad.

¿Qué más podía pedir? Roma, la poderosa señora del mundo, desaparecía consumida por el fuego, mientras que él, teniendo por pedestal los arcos del acueducto, tañendo áureo laúd y envuelto en manto de púrpura, admirado y magnífico, la contemplaba á sus pies envuelta en llamas.

¿Que murmuraba el pueblo? Bobería. El paso de los siglos no podría borrar el recuerdo del poeta que en aquella memorable noche cantara la ruina y el incendio de Troya; la Humanidad glorificaría eternamente su nombre. Comparado con él, ¿qué sería Homero? ¿Qué sería el propio Apolo?

Al llegar á este punto, alzó Nerón las manos, pulsó las cuerdas, y comenzó á cantar con las palabras de Príamo:

—«¡Cuna de mis mayores, amada cuna mía!»

Al aire libre y entre el horrísono bramar del incendio, su voz resonaba

débil, apagada y trémula, y los acordes del acompañamiento parecían monótono zumbar de insectos.

Mucho duró su canto y con admiración le escuchó la Corte; pero entretanto el pueblo silbaba desde lejos y miles de bocas maldecían á Nerón como autor del desastre. Cuando el César se detenía á tomar aliento, repetían los cantores el último verso; Nerón entonces dejaba desprenderse del hombro la *syrma* (1) trágica de cierta manera que le había enseñado Alituro, y tornaba á cantar.

Cuando acabó se puso á improvisar, buscando comparaciones grandiosas, inspiradas por el cuadro que ante los ojos tenía, y de pronto se demudó; pero no fué por la emoción que le produjera el ver derrumbarse la capital de su patria, sino porque lo patético de sus propias palabras le conmovía hasta hacerle derramar lágrimas.

Con ademán estudiado tiró por fin el laúd, y envolviéndose en la *syrma* quedóse inmóvil como una estatua.

Se hizo breve silencio, interrumpido á poco por una salva de aplausos; á éstos contestó de lejos la muchedumbre con horribles alaridos. Para todos estaba fuera de dudas que el César había decretado el incendio de la ciudad para procurarse el placer de verlo y de dedicarle un canto maravilloso.

Cuando oyó aquel alarido que brotaba de cientos de miles de pechos, desplegó Nerón una triste sonrisa de resignación, propia del que se cree víctima de la injusticia, y exclamó con dejos de amargura:

—¡Ved cuánto me aprecian los romanos y cómo estiman mi poesía!

—¡Miserables! — dijo Vatinio. — Manda, señor, que los pretorianos carguen contra ellos.

—¿Puedo contar con la fidelidad de esos soldados?—preguntó Nerón á Tigelino.

—Sí, Augusto—contestó el interpelado.

—Con su fidelidad, sí—agregó Petronio,—pero con su número, no. No te muevas de aquí. Entretanto es preciso apaciguar al pueblo.

De la misma opinión fueron Séneca y Licino, el cónsul, añadiendo que urgía no perder tiempo, porque la agitación crecía y el pueblo, armado de piedras y de cuanto pudo haber á la mano, rompía ya con fuerza incontrastable las líneas de pretorianos y rugía amenazador.

—¡Oh, dioses! — exclamó Nerón.— ¡Qué horrible noche! ¡Por un lado el incendio, por otro, el pueblo desenfrenado!

Y empezó á pintar con rebuscadas frases el peligro del momento; pero al ver que los augustanos estaban alarmados de veras y que palidecían, tuvo miedo y exclamó:

—Dadme un manto obscuro con capucha. ¿Acabaremos por venir á las manos?

—Señor—dijo Tigelino con insegura voz;—he hecho todo lo posible por evitarlo; pero los instantes son críticos y el peligro arrecia. Háblale al pueblo, señor, y prométele algo.

—¡César hablando á la plebe! Nunca. Que hable alguien por mí. ¿Quién quiere hablarle al pueblo en mi nombre?

—Yo—dijo tranquilamente Petronio.

—Ve, amigo mío; tú eres siempre el más fiel en la hora de la prueba. Háblales y ofréceles cuanto quieras.

El Arbitro echó una ojeada á los cortesanos con indiferencia, y, sonriéndose irónicamente, dijo:

—Que me acompañen los senadores aquí presentes, y además, Pisón, Nerva y Senecio.

Y bajó despacio por la escalinata, seguido de las personas por él designadas, á las cuales infundía cierta confianza la serena calma de Petronio.

Este se detuvo al pie de la grada, mandó que le trajeran un caballo blan-

(1) *Syrma*, vestidura talar que usaban los actores trágicos.

co, y jinete en él y puesto á la cabeza de la cabalgata, emprendió la marcha por entre las apretadas filas de pretorianos hacia la revuelta y amenazadora multitud, llevando por toda arma el fino bastón de marfil que habitualmente usaba.

Rebasó las líneas de soldados y se metió entre las masas.

Muchas manos que empuñaban toda clase de armas y proyectiles se levantaron amenazadoras y la muchedumbre rodeó al Arbitro y á los que le acompañaban; todo alrededor se extendía un mar de cabezas terrible y rumoroso.

Y el rumor fué aumentando gradualmente, hasta que llegó á convertirse en rugido indescriptible.

Petronio se veía amenazado por palos, picas y espadas que manos crispadas blandían sobre su cabeza, y estas manos, de cuando en cuando, asían también las riendas de su caballo; entonces el Arbitro las golpeaba ligeramente con el bastoncillo y sereno, impávido, continuaba avanzando, como si se abriera paso por en medio de una multitud tranquila. Su calma, su confianza y su serena indiferencia, desarmaban y dejaban atónitos á la enfurecida plebe.

Por fin le reconocieron y prorrumpieron en exclamaciones:

—¡Es Petronio! ¡El *Arbiter elegantiarum!* ¡Petronio! ¡Petronio!

A medida que este nombre corría de boca en boca, se iban humanizando aquellos terribles rostros y decrecía el estrépito de los salvajes alaridos; el atildado y elegante patricio, aunque nunca se esforzó por captarse la voluntad del pueblo, gozaba de generales simpatías. Estaba reputado por generoso y magnánimo y su popularidad creció extraordinariamente, sobre todo entre los esclavos, desde el día de la muerte de Pedanio; día en que salvó de la pena capital á todos los esclavos del aquel Prefecto. A partir de entonces le quisieron los esclavos con el ilimitado cariño que los desgraciados y los oprimidos ponen en los que se interesan por su suerte.

A tales motivos había que agregar otro á la sazón: la curiosidad de saber lo que diría el enviado del César; pues nadie dudaba de que el Arbitro era mandatario de Nerón.

Petronio agitó sobre su cabeza la blanca toga orlada de escarlata, en señal de que quería hablar.

—¡Silencio! ¡Silencio!—se oyó decir acá y allá.

Restablecióse la calma, y entonces dijo Petronio, con clara y firme voz, irguiéndose gallardo en su montura:

—¡Ciudadanos! Escuchadme todos, y los que estén cerca, repitan mis palabras para que se enteren los que estén distantes; portaos todos como hombres que sois y no como fieras del Circo.

—Así lo haremos. ¡Habla!—contestaron muchos.

—Pues bien, escuchad. Sabed que la ciudad será reedificada y que tendréis libre acceso á los jardines de Lúculo, de Mecenas, del César y de Agripina. Mañana empezará la distribución de trigo, vino y aceitunas, y será tan abundante, que todos acabaréis ahitos. Además, el César os prepara juegos y espectáculos nunca vistos hasta ahora; después os darán banquetes y regalos. En una palabra: después del incendio: seréis más ricos que antes.

Estas declaraciones fueron acogidas con un murmullo creciente, que se extendió como las ondas del lago cuando se arroja una piedra. Los más inmediatos á Petronio repitieron las palabras de éste á los que estaban distantes, y á poco resonó acá y allá esta exclamación vibrante y atronadora:

—*Panem et circenses!* (¡Pan y juegos!)

Petronio se envolvió en la toga y guardó silencio; con la blanca vestidura é inmóvil en el caballo, parecía una estatua de mármol.

La gritería aumentaba; mas, como

al poeta le quedaba algo por decir, hizo de nuevo señas para que callara la muchedumbre y añadió :

—Os he ofrecido *panem et circenses;* ahora dadle un viva al César ; al César que os viste, os mantiene y os divierte, y retiraos á descansar, porque pronto amanecerá.

Dicho esto, volvió grupas, tocó ligeramente con su bastoncillo á los que le estorbaban el paso ; con la misma tranquilidad con que había venido atravesó por entre las compactas masas y se dirigió al acueducto, en donde reinaba verdadero pánico.

Los augustanos habían interpretado desfavorablemente el grito de *panem et circenses!* tomándolo por una nueva explosión de la ira popular, y no creían posible que Petronio se salvara de aquel tempestuoso mar de seres humanos ; así fué que tan pronto como Nerón le vió de vuelta, se adelantó corriendo hacia las gradas y con demudado rostro le preguntó :

—¿Qué ocurre? ¿Ha empezado la lucha?

Aspiró el poeta con delicia el aire fresco de la noche y exclamó :

—¡Por Pólux! Esos animales sudan mucho y huelen mal. ¿No habrá quien me dé *eplimma* ú otro perfume cualquiera? ¡Voy á desmayarme de asco!

Y dirigiéndose al César, repuso :

—Les he prometido trigo, vino y aceitunas, entrada en los jardines y juegos. Te adoran otra vez y aúllan en tu honor. Pero ¡qué insoportable hedor despide la plebe, oh, dioses inmortales!

—Los pretorianos estaban apercibidos al ataque—dijo Tigelino,—y si tú no hubieras apaciguado á los turbulentos, yo les habría hecho entrar en razón. Es lástima, César, que no me hayas dejado emplear la fuerza.

—Nada hay perdido—replicó el poeta, lanzándole desdeñosa mirada y encogiéndose de hombros ;—quizá mañana tendrás ocasión de echar por la tremenda.

—¡No, no!—exclamó Nerón.—Mandaré que abran los jardines y que repartan trigo. ¡Gracias, Petronio! Tendrá esa plebe maloliente magníficas diversiones y cantaré en público el himno que habéis escuchado hoy.

Y apoyando una mano en el hombro del poeta, agregó :

—Dime sinceramente : ¿qué te parecí cuando cantaba?

—Me pareciste digno del espectáculo, y el espectáculo, digno de ti—contestó Petronio.—Contemplémosle todavía, y despidámonos para siempre de la vieja Roma.

## XLV

Las dulces palabras del Apóstol calmaron la angustia de los cristianos, que creían próximo el fin del mundo, sin perjuicio de creer también que el día del juicio no estaba tan inmediato ; pero sí veían llegar el día postrero del imperio de Nerón, que era para ellos el de Satanás, y ansiaban presenciar el terrible castigo que Dios tenía reservado al César por sus enormes crímenes.

Cuando acabaron los oficios se dirigieron á las casas en donde habitaban provisionalmente y algunos fueron al Trastíber, porque sabían que el fuego, merced á un cambio de viento, había respetado una parte del barrio.

Pedro y Vinicio, al cual seguía Chilón, salieron también del subterráneo.

El segundo no osaba interrumpir las oraciones del Apóstol y le miraba en silencio, implorando su compasión con los ojos y trémulo de inquietud.

En el trayecto se acercaron muchas personas á Pedro á besarle la mano y la orla del manto ; las madres le presentaban á sus hijos y algunos se arrodillaban pidiéndole la bendición ; otros se ponían á su lado y le acompañaban entonando cánticos.

Fuera ya del subterráneo, bendijo el anciano á los que le seguían y luego dijo Vinicio :

—Sosiégate. En casa del cantero, cerca de aquí, encontrarás á Lino y á Ligia con su fiel Urso; Cristo la destina para ti y te la ha conservado.

Tan ruda fué la emoción que experimentó el joven al oir estas palabras, que tuvo que apoyarse en un peñasco para no caer. La desenfrenada carrera desde Ancio, los incidentes del camino y los ocurridos ante los muros de la ciudad, las pesquisas que llevó á cabo para buscar á Ligia entre el fragor del incendio, el insomnio y las violentísimas impresiones que todo esto le había procurado, quebrantaron su vigor hasta tal punto, que le faltó energía para resistir la emoción que le produjo el saber que la persona á quien más quería en el mundo estaba cerca de allí y que pronto podía verla. La alegría, empero, provocó la reacción, y cayendo á los pies del anciano, le abrazó las rodillas sin lograr articular palabra.

—Nada tienes que agradecerme á mí, sino á Cristo—dijo Pedro, queriendo substraerse á aquellas vivas muestras de gratitud.

—¡Qué Dios tan bueno!—exclamó Chilón.—Pero decidme qué hago con las mulas que nos aguardan.

—Ven conmigo—dijo Pedro al joven.

Este se levantó y el fulgor del incendio iluminó sus ojos bañados en lágrimas y su rostro pálido de emoción, mientras que sus labios se movían, como si pronunciaran una oración.

—Vamos—dijo.

—Señor, ¿qué hago con las mulas que nos aguardan?—repitió Chilón.—Puede que ese digno profeta quiera cabalgar en una de ellas, en vez de ir á pie.

Dudó un momento Vinicio. El Apóstol había dicho que la casa del cantero estaba cerca.

—Lleva las mulas á casa de Macrino—contestó por fin.

—Perdóname, señor, que te recuerde lo de la casa en Ameria; ante un incendio tan espantoso, es fácil olvidar tan insignificante bagatela.

—Tendrás la casa.

—¡Oh, nieto de Numa Pompilio! Nunca lo he dudado; pero ahora que este magnánimo profeta ha oído tu promesa, innecesario creo refrescarte la memoria á propósito de la viña. *Pax vobiscum!* Te buscaré, señor. *Pax vobiscum!* Ya te buscaré, señor. ¡Qué la paz sea con vosotros!

—Y contigo—contestaron ambos.

Al cabo de un rato dijo Vinicio al Apóstol:

—Amo á Cristo y creo en él con todas las fuerzas de mi alma. Bautízame pronto, señor, con las santas aguas, para que sea un verdadero cristiano, como lo soy ya de corazón. ¿Qué debo hacer para serlo siempre dignamente?

—Ama á los hombres como á hermanos, pues sólo amando se sirve á Cristo.

—Sí, ahora lo comprendo. En mi infancia creía en los dioses romanos, pero no los amaba; y hoy amo tanto á ese Dios Unico y Misericordioso, que sin vacilar daría por El mi vida.

—Y El te bendecirá y bendecirá tu hogar—contestó con solemnidad el Apóstol.

Al extremo de una hondonada vieron una lucecilla, y dijo Pedro, indicándola con la mano:

—Allí está la casa del cantero que nos dió albergue cuando al volver del *Ostrianum* con Lino, que venía enfermo, no pudimos llegar al Trastíber.

Detuviéronse al fin ante la casa, que era sencillamente una cueva excavada en una depresión de la colina. La puerta estaba cerrada. Al través de una abertura que servía de ventana se veía el interior iluminado por el fuego que en la casa ardía.

Un hombre de elevada estatura les salió al encuentro preguntando:

—¿Quiénes sois?

—Servidores de Cristo—contestó Pedro.—La paz sea contigo, Urso.

El ligio se arrodilló á los pies del anciano, le besó luego la mano á Vinicio y dijo:

—¿Tú también, señor? Bendito sea el nombre de Cristo, por la alegría que experimentará Calina.

Entraron todos en la casa.

Lino, demacrado y pálido, estaba tendido en un montón de paja. Ligia, junto al fuego, freía unos pececillos destinados á la cena. Atenta á lo que hacía, no paró mientes en los que entraban ni alzó los ojos, creyendo que venía solo Urso.

Vinicio se acercó á ella, la llamó por su nombre y le tendió la mano.

Púsose vivamente en pie la doncella, y la sorpresa y la alegría se pintaron en su rostro. Sin hablar, como el niño que tras largos temores encuentra á sus padres, se echó en brazos del tribuno.

Este la estrechó con arrobamiento, como si la hubiera considerado ya perdida y acabara de recobrarla indemne. La besó en la tersa y pura frente y en las manos y la colmó de respetuosas y tiernas caricias. Su alegría era en aquel momento inmensa, como su amor y como su dicha.

Pasados los primeros transportes, le refirió su rápido viaje, describió sus pesquisas al través del incendio y entre el humo y las chispas, en casa de Lino; pintó con los más vivos colores el terror y el sufrimiento que experimentara hasta que Pedro le indicó el lugar en donde podía encontrarla.

—Ya he dado contigo—dijo,—y no puedo consentir que permanezcas cerca del incendio y de las desenfrenadas turbas. Los que huyen del fuego se acometen implacables unos á otros, entablando sangrientas luchas; los esclavos sublevados se entregan al saqueo, y sólo Dios sabe los horrores de que será teatro Roma todavía. Mas no temas. Te salvaré, os salvaré á todos. Iremos á Ancio y allí nos embarcaremos para Sicilia. Todo lo que poseo en aquella isla es vuestro. Además, en ella encontraremos á Plaucio; puedes volver á su hogar y luego te recibiré de sus manos. Todavía no me han bautizado; pero pregúntale á Pedro y él te dirá cuánto ansío ser pronto verdadero cristiano. Le rogué que me bautizara aunque fuera en esta cueva. Créeme y que me crean todos, porque digo la verdad.

Ligia le escuchaba con júbilo.

Los cristianos vivían en continuo sobresalto, tanto por las persecuciones de que los judíos les hacían blanco, como por la difícil situación que el desastre les creaba; por consiguiente les encantaba un viaje á la tranquila Sicilia, viaje que pondría término á todo peligro y sería el comienzo de una era de paz y de ventura.

Si Vinicio hubiera hablado de llevarse solamente á Ligia, ésta se habría resistido por no abandonar á Pedro ni á Lino; pero aquél había dicho que todos le acompañaran y que sus propiedades serían comunes, y la doncella, conmovida, se inclinó en señal de obediencia, diciendo:

—Tu hogar será mi hogar.

Y ruborizándose por haber proferido estas palabras, que, según la costumbre romana, eran propias de las desposadas, turbóse é inclinó la cabeza, temerosa de haber disgustado á Vinicio ó á los cristianos.

El joven la miró extasiado, y dirigiéndose á Pedro, repuso:

—Roma se está quemando por orden del César. Este se quejaba en Ancio de no haber visto nunca un gran incendio. El hombre que ha sido capaz de perpetrar tal crimen, ¿qué iniquidades habrá que no realice? ¿Quién nos asegura que no enviará soldados con orden de pasar á cuchillo al pueblo? En pos de la destrucción de Roma vendrán otras calamidades. Huyamos, nos ocultaremos, y cuando haya pasado la tempestad y cese el peligro, tornaréis de nuevo á sembrar la simiente de vuestra doctrina.

En este instante, y como para justificar los temores del joven, llegaron á la casa gritos lejanos de rabia y de terror, y entró el cantero diciendo:

—La gente se mata junto al Circo de Nerón. Los esclavos y los gladiadores reunidos atacan á los ciudadanos.

Y cerró precipitadamente la puerta.

—Ya lo oís—dijo Vinicio.

—Se colma la medida—replicó Pedro,—y se preparan desastres inmensos é incalculables.

Y repuso, dirigiéndose al patricio é indicando á Ligia:

—Llévate á la joven que Dios te destina y sálvala; Lino y Urso irán contigo.

—Te juro, Maestro, que no te dejaré aquí, porque perecerías—exclamó Vinicio con la vehemencia de su impetuoso carácter, pues había cobrado hondo afecto al Apóstol.

—Bendiga el Señor tu buena voluntad; pero no olvides que Cristo me repitió por tres veces en el lago: «Sé tú el pastor de mis ovejas». Y si tú, á quien nadie ha encomendado la misión de velar por mí, me dices que no quieres dejarme en Roma porque perecería, ¿cómo pretendes que yo abandone mi rebaño en el día del peligro? Cuando en el lago de Tiberiades se levantó la tempestad y el miedo se apoderó de nuestros corazones, El no nos abandonó ni por un solo instante. ¿Y yo, su discípulo, no debo seguir el ejemplo del Maestro?

Levantó Lino la pálida frente y dijo:

—¿Y yo no he de hacer lo que tú, emisario de Cristo?

Vinicio sacudió la cabeza como quien adopta una firme resolución; tomó á Ligia de la mano y dijo con voz segura, en la que vibraba la indomable energía del soldado romano:

—¡Pedro, Lino y tú, Ligia, oídme bien! Me he expresado como me dictaba mi humano y limitado entendimiento; pero el vuestro ve y alcanza más que el mío y os impulsa á atender, no á los peligros que os amenazan, sino á los mandamientos del Salvador. Así ha sido, y yo no comprendía que erraba. Mi carácter impetuoso me impulsará más de una vez á decir cosas que merezcan corrección de vuestra parte; mas, como amo á Cristo y quiero servirle, aunque sea ofreciéndole algo superior á la vida misma, aquí, de rodillas ante vosotros, juro que cumpliré los mandamientos del amor y que no abandonaré á mis hermanos en los momentos de la tribulación y del peligro.

Arrodillóse, y poseído de fervoroso entusiasmo, alzó al Cielo la mirada y las manos, exclamando con emoción tan honda que le arrancaba lágrimas:

—¡Señor, ya te comprendo! ¿Soy ya digno de Ti, oh, Cristo mío?

El Apóstol tomó una vasija de barro llena de agua, se acercó al joven y dijo con acento solemne:

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.

Los presentes cayeron en místico éxtasis y les pareció que una luz celestial inundaba con sus resplandores las paredes de la cabaña; creyeron oir celeste música y que las rocas que formaban la techumbre se abrían permitiéndoles ver en el espacio una cruz y dos manos traspasadas por los clavos, que se agitaban bendiciéndoles.

Fuera de la cabaña arreciaban los clamores y el horrísono estruendo de la catástrofe que asolaba la ciudad augusta.

## XLVIII

La plebe estaba acampada en los soberbios jardines imperiales que antes fueron de Domicio y Agripina, en los de Pompeyo, Salustio y Mecenas, en el Campo de Marte, en los pórticos, en las quintas, en los juegos de pelota y en todas partes; y en los jardines acuchillaba sin piedad pavos reales, flamencos, cisnes, avestruces, gacelas, antílopes, ciervos y demás fauna que contribuía á embellecer aquellos lugares.

El reparto de víveres se llevó á cabo como ofreciera Petronio y el peligro del hambre fué conjurado por el momento. De Ostia llegaron tantos bar-

cos cargados de bastimentos, que una vez fondeados cubrían el ancho Tíber. El trigo se vendía al baratísimo precio de tres sestercios y se repartía gratis á los menesterosos. Trajeron también enorme provisión de vino, aceitunas, castañas y ganados de toda clase para el consumo, con lo cual mucha gente que antes de la catástrofe padecía hambre, ahora nadaba en la abundancia. Mas esto no era óbice para que las turbas mataran, robaran y violaran; el desorden les aseguraba la impunidad, y la gente maleante era la primera en aplaudir y vitorear al César para ganarse su benevolencia, cada vez que se presentaba en público.

La fuerza armada era insuficiente para reprimir los desmanes del populacho en aquella ciudad adonde concurrían las escorias del mundo entero, y se perpetraban fechorías inconcebibles, que las autoridades no podían impedir. No pasaba noche sin luchas, matanzas y raptos de mujeres y de niños. En la *Porta Mugionis*, que era el punto en donde hacían alto los rebaños procedentes de la Campania, se trababan verdaderas batallas, en las que morían á centenares los individuos. Al amanecer aparecían las orillas del Tíber cubiertas de cadáveres, que nadie se cuidaba de recoger y que, permaneciendo insepultos, pronto se descomponían con el calor, inficionando el aire con sus pestilentes emanaciones. Y como era natural, se declararon enfermedades en los campamentos y se hizo inminente la invasión de una epidemia.

Entretanto, continuaba el incendio, cuya violencia no amainó hasta el sexto día, cuando las llamas llegaron á los descampados, preparados en el Esquilino con la demolición de considerable número de casas para atajar el fuego. Los escombros encendidos despedían todavía tan viva luz, que no parecía que la catástrofe hubiera tocado á su término; y en efecto, durante la séptima noche, el fuego tomó nuevo incremento en las casas de Tigelino, pero duró poco por falta de combustible. Sin embargo, continuaba el derrumbamiento de edificios y las columnas de llamas y de chispas se elevaban hasta el cielo. Por último empezaron los escombros á ennegrecerse, y á la puesta del Sol no tenía ya el cielo reflejos rojizos; mas á noche cerrada veíanse oscilar sobre aquel vasto y lóbrego espacio ciertas llamas azuladas que brotaban de los humeantes escombros.

De los catorce cuarteles en que estaba dividida Roma, solamente cuatro quedaron en pie, contando el Trastíber; los diez restantes fueron devorados por las llamas.

Cuando se apagaron los montones de escombros, todo el espacio comprendido entre el Esquilino y el Tíber aparecía como inmensa extensión gris y siniestra, trasunto de la muerte. Allí se erguían hileras de chimeneas semejantes á columnas que se levantaran sobre los sepulcros de un cementerio, y por entre ellas circulaban durante las horas del día grupos de torvos merodeadores que buscaban objetos preciosos, ó de desventurados que revolvían las ruinas para dar con los despojos de algún ser querido. En aquellos parajes aullaban de noche los perros lúgubremente.

La liberalidad del César y los auxilios distribuídos entre el populacho no eran parte á aplacar la indignación ni á acallar los rumores; sólo la gente maleante, ladrones, criminales de toda laya y facinerosos sin hogar, estaban contentos porque bebían, comían, robaban á sus anchas y campaban por sus respetos. En cuanto á las personas que habían perdido bienes ó deudos, no podían darse por satisfechas con la apertura de los jardines, la distribución de pan ó la promesa de juegos y demás regocijos populares. La catástrofe había sido horrible, sin precedente en la historia del mundo.

Las personas en cuyo pecho ardía el sagrado fuego del amor á la ciudad que fué su cuna, llegaban al colmo de la indignación cuando oían decir que el

antiguo nombre de Roma desaparecería, y que sobre las ruinas de la capital levantaría el César una ciudad que se llamaría Necrópolis. El odio se fué acumulando y creciendo de día en día, á pesar de las adulaciones de los augustanos y de las calumnias de Tigelino.

Nerón, más sensible que sus antecesores á las auras populares, temió que en la lucha enconada y sin cuartel entablada en el Senado con los patricios llegara á faltarle en un momento dado el apoyo popular; y los mismos augustanos abrigaban recelos y temores por el estilo, al pensar que cualquier día podría sonar también para ellos la hora de la destrucción.

Tigelino era partidario de que se trajeran algunas legiones del Asia Menor; Vatinio, que pasaba la existencia riéndose á carcajadas, había perdido el buen humor, y Vitelio, el apetito. Otros celebraban consejo para escogitar los medios de conjurar el peligro, porque todos estaban penetrados de que, si el César se veía envuelto en el torbellino de una rebelión, ninguno de los augustanos escaparía con vida, excepto Petronio. A la influencia de éstos se atribuían lo mismo las locuras que los crímenes de Nerón. Por eso eran más odiados que el propio César; por eso algunos apuraban los recursos para eludir la responsabilidad que alcanzarles pudiera en el incendio de la ciudad. Vano intento; para declinar responsabilidades era necesario, ante todo, alejar del César hasta la sombra de una sospecha; no siendo así, nadie creería que los augustanos no habían sido los primeros culpables de la catástrofe.

Tigelino consultó el caso con Domicio Africano y con Séneca, aunque odiaba cordialmente al último.

Persuadida Popea de que la ruina de Nerón era su propia ruina, quiso oir la opinión de sus confidentes y la de los rabinos hebreos, pues era cosa sabida hacía años que observaba la doctrina de Jehová.

Nerón, por su parte, no se decidía á aplicar ninguno de sus peculiares procedimientos; los cuales, si á menudo eran terribles, con más frecuencia eran extravagantes. Y unas veces temblaba de miedo y otras se entregaba á infantiles transportes, sin cesar por eso de quejarse continuamente.

Cierto día, en la casa de Tiberio, que por casualidad se había salvado del fuego, Petronio le decía á César que debía salir de aquel foco de inquietudes y zozobras, y emprender un viaje á Grecia, yendo luego á Egipto y al Asia Menor.

El proyecto le agradó á Nerón, mas no así á Séneca, que replicó:

—Irse es fácil; lo difícil será volver.

—¡Por Hércules!—exclamó el Arbitro.—Siempre podremos regresar á la cabeza de las legiones asiáticas.

—Dices bien—asintió Nerón.

Pero Tigelino era de opinión diferente. En realidad ni tenía opinión ni idea alguna; si la de Petronio fuera suya, no habría vacilado en declararla salvadora y única, pero desgraciadamente se le ocurrió al poeta antes que á él, y era indispensable que Petronio no fuera por vez segunda el único capaz de salvarlos á todos y de conjurar el peligro en los momentos difíciles. Apresuróse, pues, á decir:

—El consejo es desastroso, ¡oh, divino César! porque la guerra civil estallará antes de que llegues á Ostia. ¿Y quién sabe si alguno de los colaterales supervivientes del divino Augusto aprovecharía las circunstancias para proclamarse emperador? ¿Qué haríamos si las legiones le siguieran?

—Procuraremos que no hayan descendientes de Augusto—contestó Nerón;—quedan pocos, y no nos será difícil librarnos de ellos.

—En efecto; mas no son los únicos peligrosos. Ayer, sin ir más lejos, algunos de los hombres que sirven á mis órdenes, oyeron decir que debía elegirse emperador á un hombre como Tráseas.

—¡Plebe insaciable é ingrata!—ex-

clamó Nerón con despecho.—Tienen trigo abundante y fuego para cocer el pan; ¿qué más quieren?

—¡Vengarse!—contestó Tigelino con voz sorda.

Tras breve rato de silencio, se levantó Nerón y declamó estos versos:

¡Venganza pide el corazón y víctimas
exige la venganza!

Y olvidándose de todo, agregó, radiante de alegría:

—Dadme una tableta y un estilo para escribir este pensamiento. Nunca podrá Lucano concebir otro semejante. ¿Habéis visto que lo improvisé espontánea y repentinamente?

—¡Oh, sublime, incomparable!—exclamaron á coro muchos aduladores.

Escribió Nerón los dós versos y luego dijo:

—Sí; la venganza pide víctimas.

Y paseando en torno una mirada, preguntó:

—¿Qué os parece la idea de propalar que Vatinio fué quién incendió la ciudad? Podríamos entregarlo al furor de las masas.

—¡Oh, divino César!—exclamó el interesado.—¡Soy demasiado insignificante!

—Es verdad. Convendría persona de más importancia; Vitelio, por ejemplo.

Palideció el aludido, pero se dominó y contestó sonriendo:

—Mi gordura podría reavivar el incendio.

Aquellos escarceos ocultaban la idea que Nerón acariciaba; él quería una víctima que bastara para calmar la cólera del pueblo, y la encontró.

—¡Tigelino!—exclamó clavando la mirada en el favorito.—¡Tú has incendiado Roma!

Todos se estremecieron, comprendiendo que el César no se chanceaba ya, y sobrevino un momento de penosa expectación.

El rostro de Tigelino se contrajo con una mueca horrible; tomó el aspecto del hocico de un perro hidrófobo que se prepara á morder. Sin embargo, procuró sobreponerse y replicó fríamente:

—Es cierto. Yo incendié á Roma; pero fué por orden tuya.

Los dos hombres se miraron como dos demonios.

Reinó un silencio pavoroso.

Nerón lo interrumpió diciendo:

—Tigelino, ¿me quieres de veras?

—Harto lo sabes, señor.

—Pues sacrifícate por mí.

—¡Oh, divino César! ¿Por qué me brindas el dulce cáliz que no me es dado llevarme á los labios? El pueblo murmura y se subleva, ¿quieres que se subleven también los pretorianos?

Los testigos de esta escena sintieron el corazón oprimido de espanto.

Tigelino era prefecto de los pretorianos, y sus palabras constituían una embozada amenaza que hizo palidecer á Nerón.

En aquel punto se presentó Epafrodito, liberto del César, diciendo que la divina Augusta quería ver inmediatamente á Tigelino.

Este hizo una reverencia al César y salió altanero y desdeñoso. Al ver que la mano imperial se levantaba amenazadora sobre su cabeza, no había vacilado en enseñar los dientes, haciéndoles á todos comprender quién era y lo que valía; y sabiendo que Nerón era cobarde, estaba seguro de que el señor del mundo no se atrevería á volver á levantarle la mano.

Una breve pausa se siguió, y el César, dándose cuenta de que era preciso decir algo, murmuró:

—He criado una serpiente en mi seno.

Petronio se encogió de hombros, como dando á entender que le parecía sencillo y hacedero despedazar á semejante serpiente

Advirtió Nerón su desdeñoso movimiento y le preguntó:

—¿Qué opinas tú? Habla, aconséjame; sólo en ti confío, porque me amas y tienes más juicio que todos.

Petronio tuvo deseos de decirle:

—Nómbrame prefecto de los pretorianos, entregaré á Tigelino al pueblo para que sacie sus iras y apaciguaré la ciudad en un solo día.

Pero no se lo consintió su natural pereza; ser prefecto equivalía á cargar con la persona del César y con muchísimos negocios públicos. Y Petronio no quería echar sobre sus hombros tan pesada carga. ¿No era más agradable leer poesías en la suntuosa biblioteca, admirar vasos y estatuas y acariciar á la bella Eunice? Triunfó su natural indolencia y el Arbitro se limitó á contestar:

—Insisto en que debes partir para Grecia.

—¡Ah!—exclamó Nerón.—Esperaba de ti otra cosa. El pueblo, que antes me era fiel, ahora se subleva; el Senado me aborrece; si me voy pueden proclamar otro César. ¡Por las Parcas! ¡Si el pueblo y el Senado tuvieran una sola cabeza!

—Permíteme que te diga—observó el poeta con fina sonrisa,—que si quieres conservar á Roma tendrás que dejar en ella algunos romanos.

—¡Qué me importan Roma y los romanos! En Acaya me aplaudirían y aquí me rodea la traición. Todos me abandonan y vosotros también me abandonaréis. ¡Lo sé, lo sé! Pero ni remotamente sospecháis lo que de vosotros dirán las generaciones venideras si abandonáis á un artista como yo.

De pronto se dió un golpe en la frente y exclamó:

—¡La verdad es que en medio de estos afanes, me olvido de quién soy!

Y repuso dirigiéndose á Petronio, con el rostro radiante:

—Petronio: el pueblo murmura y se subleva; pero, si yo fuera con mi laúd al Campo de Marte y les cantara lo que oisteis durante el incendio, ¿no crees que los conmovería, como Orfeo amansó á las fieras?

Tulio Senecio, impaciente por irse al lado de unas esclavas que había traído de Ancio, replicó:

—Indudablemente, César; pero falta saber si te permitirían empezar.

—¡Vámonos á Grecia!—exclamó Nerón contrariado.

En aquel instante entró Popea.

Seguíala Tigelino, en el cual se fijaron todas las miradas, porque nunca triunfador alguno subió la escalinata del Capitolio con más orgullo que el del prefecto de los pretorianos al volver á presentarse ante el César. Lenta, enfáticamente y con acento mordaz, habló de esta manera:

—César, escúchame; vengo á decirte cosas de la mayor importancia: he dado con la solución. Tu pueblo pide venganza y he encontrado la forma de complacerle, entregándole no una sola víctima, sino cientos y miles. ¿Has oído hablar de Cristo, el galileo, á quien Poncio Pilatos hizo crucificar? ¿Has oído hablar de los cristianos, de sus crímenes, de sus nefandas ceremonias, de sus profecías que pretenden que el fuego destruirá el mundo? Pues el pueblo les mira con prevención; más aún: les aborrece. Nadie les ha visto frecuentar los templos, porque consideran á nuestros dioses como malos espíritus, ni el *Stadium* (Estadio), porque miran con desdén las carreras de caballos. Jamás cristiano alguno te rindió el homenaje de sus aplausos ni honró en ti á la divinidad. Son enemigos de la Humanidad, de Roma y tuyos. El pueblo murmura y pronuncia tu nombre al comentar el incendio; pero ni tú me has mandado incendiar á Roma ni yo le he pegado fuego. El pueblo pide venganza y la tendrá cumplida; quiere sangre, y de sangre se hartará; sospecha de ti, y es preciso que sus sospechas tomen otra dirección.

Nerón escuchó con sorpresa al principio, y luego fué dándole á su rostro de histrión la expresión que requería el discurso de Tigelino: primero expresó la cólera, el pesar después y sucesivamente la simpatía y la indignación. De pronto se levantó y arrojando á un lado la toga, que cayó á sus pies, dijo,

ó más propiamente, declamó con entonación trágica :

—¡ Oh, Zeus, Apolo, Hera, Atenea, Proserpina y todos los dioses inmortales ! ¿Por qué no acudisteis en nuestro auxilio? ¿Qué mal les había hecho esta desdichada ciudad á esos seres tan desventurados como crueles, para que inhumanamente la incendiaran?

—Son enemigos de la ciudad, enemigos tuyos—dijo Popea.

—¡ Un acto de justicia, señor !—exclamaron algunos de los presentes.— ¡ Castiga á los incendiarios ! ¡ Hasta los dioses piden venganza !

Sentóse Nerón, inclinó la cabeza y guardó silencio, como anonadado por la perversidad de los cristianos, y luego dijo :

—¿Qué castigos, qué martirios merecen los autores de tan nefandos crímenes? ¡ Ah ! Los dioses me iluminarán, y ayudado por los poderes del Tártaro daré á mi pobre pueblo tan asombroso espectáculo, que las generaciones venideras me recuerden con gratitud en los siglos futuros.

Ensombrecióse la frente de Petronio, considerando el peligro que se cernía sobre las cabezas de Ligia y Vinicio, á quienes amaba y cuya vida estaba en inminente riesgo al realizarse los proyectos del monstruo, así como las de los infelices cristianos, ajenos á todo delito. Comprendió también que iba á dar comienzo una orgía de sangre y muerte, insoportable para su temperamento de artista, y, sobre todo, se dijo que debía salvar á Vinicio, el cual perdería la razón si moría Ligia. Y decidió jugar el todo por el todo en la lucha más difícil y peligrosa de su vida.

Con el tono ligero y desenfadado que solía adoptar cuando criticaba ó ridiculizaba los planes del César ó de los augustanos que no se ajustaban á su norma estética, pronunció estas palabras :

—¿Conque ya habéis encontrado víctimas? ¡ Qué me place ! Podéis enviarlas al circo ó vestirlas con la *túnica dolorosa* (1). ¡ Qué me place ! repito ; pero oídme : tenéis poder, fuerza, pretorianos... Sólo os falta una cosa : sinceridad. Sed sinceros por lo menos una vez, ahora, cuando ningún extraño os escucha. Engañad al pueblo si queréis ; ¡ pero no tratéis de engañaros á vosotros mismos ! Entregad á los cristianos á la canalla, dejadles en manos del populacho, martirizadles con todo el refinamiento que vuestra inventiva os sugiera ; mas tened el valor de confesar aquí, donde nadie os oye, que no son ellos los autores del incendio de Roma. ¿No me llamáis *Arbiter elegantiarum?* Pues permitidme que con tal calidad declare que considero insoportables las comedias malas y los comediantes de la Puerta Asinaria ; esos comediantes que para divertir á la gentuza de los suburbios representan papeles de dioses y de reyes, y que cuando se acaba el espectáculo se atracan de cebolla y vino agrio ó reciben palizas de mano maestra. ¡ Sed dioses y reyes de veras, ya que podéis permitíroslo ! En cuanto á ti, ¡ oh César ! que ha poco nos amenazabas con el juicio de las generaciones venideras, no olvides que la posteridad ha de juzgarte á ti también, y, ¡ por la divina Clío ! te hará justicia. Sépase que Nerón, dios y señor del mundo, incendió á Roma porque era tan poderoso en la Tierra como Zeus en el Olimpo ; sépase que Nerón, poeta, fué tan entusiasta de la poesía, que sacrificó en sus aras la propia patria. Nadie, desde el principio del mundo, se atrevió á intentar empresa semejante. ¡ En nombre de las dos veces coronadas Libetrices (1) te ruego que no rehuyas esa gloria que eclipsa á la de Príamo, Agamenón y Aquiles ! No se trata de saber si has hecho bien ó mal incendiando á Ro-

(1) Llamaban «túnica dolorosa» á cierta vestidura azufrada que les ponían á los criminales para acercarlos al fuego y que ardieran.

(1) Musas á quienes estaba consagrada la fuente Libetra.

ma; lo importante es que el hecho fué colosal y extraordinario y que debes tener el valor de proclamarlo así. Y créeme: te aseguro asimismo que el pueblo no osará levantar una mano contra ti. Guárdate de los que te desconocen y de ti son indignos. El único peligro que pudiera amenazarte sería que la posteridad dijera: «Nerón incendió á Roma; pero César, poeta pusilánime y mediocre, tuvo miedo de confesarlo y culpó á personas inocentes.»

El discurso de Petronio causó profunda impresión en el ánimo del César; pero el Arbitro no se forjaba ilusiones acerca del éxito. Comprendía que había echado mano de un recurso por todo extremo peligroso, que quizá pudiera favorecer á los cristianos; pero que más fácilmente podía volverse contra él y originar su ruina. Sin embargo, no titubeó al emplearlo, tanto porque se trataba de Vinicio, á quien quería cordialmente, como por el placer que experimentaba luchando con el peligro.

—La suerte está echada—se dijo.—Veamos si puede más en el mono el miedo de perder la vida que el amor á la gloria.

Cuando el poeta acabó de hablar reinó profundo silencio.

Popea y los demás miraban ansiosos al César.

Este empezó á levantar los labios hasta que el superior tocó con la nariz, como solía cuando se hallaba perplejo, y acabó dando evidentes muestras de inquietud y desagrado.

Tigelino lo advirtió y se apresuró á decir:

—César: permite que me retire. Cuando hay quien prepara tu perdición y además te llama cobarde, poeta mediocre, incendiario y comediante, yo no puedo permanecer escuchando tales frases.

—Perdí la partida—pensó Petronio.

Y encarándose con Tigelino, le miró de arriba abajo con el desprecio que siente un patricio culto y refinado hacia un malhechor protervo y ruin.

—Tigelino—dijo,—ha sido á ti á quien he llamado comediante, porque lo eres y continúas siéndolo ahora mismo.

—¿Soy comediante porque no quiero oirte insultar al César?

—Eres un histrión, porque finges un amor sin límites hacia el César, cuando hace poco le amenazabas con tus pretorianos, tan claramente, que todos, incluso él, comprendimos la amenaza.

Tigelino no suponía que Petronio fuera tan audaz que llevara el asunto á este terreno; al oir el duro reproche se puso pálido, perdió la cabeza y no pudo articular palabra.

Pero este fué el último triunfo del Arbitro; porque Popea acudió en auxilio de Tigelino exclamando:

—¡Señor! ¿Cómo permites que alguien conciba pensamientos semejantes; y lo que peor es: que se atreva á emitirlos en tu presencia?

—¡Castiga al atrevido!—exclamó Vitelio.

Nerón volvió á tocarse las narices con los labios, fijó en el poeta los vidriosos ojos y dijo:

—¿Así correspondes á mi amistad?

—Si me equivoco, demuéstramelo—contestó Petronio,—mas no dudes de que mis palabras son hijas del afecto que te profeso.

—¡Castiga al atrevido!—repitió Vitelio.

—¡Castígale!—exclamaron varios de los presentes.

Y un sordo murmullo de descontento indicó que muchos opinaban como Vitelio.

Todos se fueron apartando de Petroni, incluso Tulio Senecio, su constante compañero en la Corte, y el joven Nerva, que hasta entonces le había demostrado profundo afecto.

El Arbitro se quedó aislado en un lado del *atrium;* lanzó una altiva mirada á los que de él se apartaban, recogió los pliegues de la toga y sus labios

se entreabrieron para dar paso á una desdeñosa sonrisa, disponiéndose á aguardar el fallo de Nerón.

Este dijo:

—¿Queréis que le castigue? No olvidéis que es mi amigo, mi compañero. Me ha herido en mitad del corazón; pero sepa el ingrato que le perdono. Para mis amigos soy indulgente siempre.

—He perdido y estoy perdido—pensó Petronio, mientras el César se levantaba dando por terminado el Consejo.

## XLIX

Mientras que Petronio se dirigía á su casa, Nerón y Tigelino fueron al *atrium* de Popea, en donde aguardaban al primero dos rabinos del Trastíber ricamente vestidos, un escriba y Chilón.

Al ver al César experimentaron los sacerdotes judíos tal emoción, que palidecieron; levantaron los brazos y luego se inclinaron profundamente.

—¡Salud, rey de reyes—dijo el más anciano,—señor del mundo, protector de tu pueblo y del nuestro, león entre los hombres, cuyo reinado es como la luz solar, como el cedro del Líbano, como manantial de agua cristalina, como el bálsamo de Jericó!

—¿No queréis llamarme dios?—preguntó Nerón.

—Señor, tus palabras son tan dulces como un racimo de uvas y como un higo maduro, porque Jehová puso en tu corazón tesoros de bondad. Tu antecesor, Cayo César, fué severo, y sin embargo, nuestros emisarios prefirieron la muerte antes que faltar á su religión y á su ley llamándole dios.

—Y Calígula mandó que fueran devorados por los leones, ¿no es eso?

—No, señor; el César no se atrevió á provocar la cólera de Jehová—replicó el sacerdote irguiéndose, como si el solo nombre de Jehová le infundiera valor, y mirando ya de frente á Nerón.

—¿Venís á acusar á los cristianos de haber incendiado á Roma?

—Venimos á acusarlos de que son enemigos tuyos, nuestros y de la Humanidad; á atestiguar que ha tiempo vienen amenazando con el fuego á la ciudad; lo demás te lo dirá este hombre, cuyos labios no manchó nunca la mentira y que tiene en las venas sangre del pueblo elegido.

—¿Quién eres?—le preguntó el César á Chilón, que era el aludido.

—Tu más ferviente admirador ¡oh, Ciro! y además un pobre estoico.

—Detesto á los estoicos y aborrezco á Tráseas, á Musonio y á Cornuto; sus teorías me repugnan y me desagrada profundamente su desprecio por el arte, su voluntaria pobreza y su constante suciedad.

—Séneca, tu maestro, tiene mil mesas de cedro; si tú quisieras, señor, podría yo poseer doble número. Soy estoico por necesidad. Engalana mi estoicismo con guirnaldas de rosas, ¡oh, radiante! pon un ánfora de vino al alcance de mi mano y cantaré á Anacreonte con tales acentos, que los epicúreos se asombrarán.

A Nerón le cayó en gracia el epíteto de «radiante».

—Me agradas—dijo sonriéndose.

—¡Este hombre vale más oro que pesa!—exclamó Tigelino.

—Sí; más. Añade á mi peso el de tu liberalidad, para que no se lleve el viento toda mi recompensa—replicó el griego.

—No pesará más que Vitelio—agregó el César.

—¡Oh, Apolo, el del arco de plata! ¡Mi ingenio no es de plomo!

—Observo que tu religión no te impide llamarme dios.

—Mi religión eres tú ¡oh, inmortal! Los cristianos blasfeman contra ti y por eso los aborrezco.

—¿Qué sabes de ellos?

—¿Me permites llorar?

—No; me fastidian las lágrimas.

—Razón sobrada tienes: los ojos que

han tenido la ventura de verte no deben volver á derramarlas. ¡Defiéndeme de mis enemigos, oh, divinidad!

—Habla de los cristianos—dijo Popea impaciente.

—Obedezco, Isis. Desde mis años juveniles me dediqué á estudios de la filosofía y á la investigación de la verdad. La busqué entre los sabios, en la Academia de Atenas, y en el templo de Serapis, en Alejandría. Cuando llegó á mis noticias la existencia de los cristianos, creí que éstos formaban una nueva escuela que podría proporcionarme algunos átomos de la ansiada verdad y trabé conocimiento con ellos, para mi desgracia. El primero que me deparó mi mala suerte fué un médico de Nápoles llamado Glauco, el cual me informó de que adoraban á cierto Chrestos que les había prometido exterminar á todos los hombres, destruir las ciudades de la Tierra y respetarles á ellos si le ayudaban á aniquilar á los hijos de Deucalión. He aquí por qué, ¡oh, señora! aborrecen á los hombres, envenenan las aguas y fundan en la destrucción de Roma la esperanza de reinar. Así se lo prometió Chrestos, que fué crucificado, asegurándoles que cuando el fuego haya destruído á Roma, él volverá al mundo para que los que crean en él dominen y triunfen.

—Ahora comprenderá el pueblo por qué ha sido incendiada Roma—dijo Tigelino.

—El pueblo comprende ya muchas cosas, porque yo, que recorro los jardines y el Campo de Marte, procuro instruirle. Pero permitidme que explique por qué quiero vengarme. Glauco, el médico, no me dijo al principio que su religión era enemiga de la Humanidad; al contrario, me hizo creer que su dios era muy bueno y el amor al prójimo la base de su religión. Mi corazón, harto sensible, se enterneció ante tal dulzura, tuve fe en Glauco, le cobré afecto y con él compartí mi pan y mi pobre peculio. ¿Y sabes, señora, como pagó mi cariño? Pues dándome una puñalada, cuando veníamos por el camino de Nápoles á Roma, vendiéndole á un mercader de esclavos á mi mujer, la joven y bella Berenice. ¡Oh, si Sófocles hubiera conocido mi historia! Mas no importa: me escucha alguien que vale infinitamente más que Sófocles.

—¡Pobre hombre!—exclamó Popea.

—El que ha tenido la dicha de contemplar el rostro de la Venus Afrodita ya no es pobre, señora; y yo lo estoy viendo en este instante con mis propios ojos. Mas en aquel tiempo buscaba yo consuelo en la filosofía. Al llegar á Roma procuré ponerme en contacto con los jefes de los cristianos para ver si lograba obtener de ellos que Glauco me devolviera á mi mujer. Tiempo perdido. Conocí al gran sacerdote de ellos, á otro llamado Pablo, que estuvo aquí preso y fué puesto en libertad; conocí también al hijo del Zebedeo, á Lino, á Clito y á muchos más. Sé dónde vivían antes del incendio y en dónde habitan y se reunen ahora, después de la catástrofe. Por eso puedo indicar cierta cueva del Monte Vaticano y un cementerio situado más allá de la Puerta Nomentana, que son los lugares en donde celebran sus vergonzosas ceremonias. He visto al Apóstol Pedro, y á Glauco degollando niños para que aquél bendijera á los presentes rociándoles la cabeza con sangre de las inocentes víctimas. Allí encontré á Ligia, la hija adoptiva de Pomponia Grecina, que se jactaba de haber causado con sus maleficios la muerte de la niña Augusta, de tu hija, ¡oh, Ciro! de la tuya, ¡oh, Isis!

—¿Lo oyes, César?—preguntó Popea.

—Y me parece increíble—exclamó Nerón.

—Yo, que estaba dispuesto á olvidar los agravios de que fuí objeto, al recordar este nefando crimen quise matar á Ligia; pero me lo impidió el noble Vinicio, que la ama.

—¿Vinicio? ¿Pues no huyó ella de él?

—Sí, pero él no podía vivir sin ella.

Me ofreció una miserable recompensa y le ayudé á buscarla; entonces fué cuando descubrí su paradero con los cristianos, en el Trastíber. Allí nos dirigimos con el gladiador Crotón, el cual murió á manos de un esclavo de Ligia. Este esclavo está dotado de fuerza tan extraordinaria que podría retorcerle el pescuezo á un toro con la misma facilidad que cualquiera de nosotros se lo retorcería á una gallina. Precisamente por esa circunstancia le apreciaban Plaucio y Pomponia.

—¡Por Hércules!—exclamó Nerón. —¡El hombre que ha sido capaz de estrangular á Crotón merece que se le erija una estatua en el *Forum!* Mas no, anciano; te equivocas ó mientes: fué Vinicio quien mató á Crotón de una cuchillada.

—¡Cómo engañan los hombres á los dioses! Yo vi, señor, con mis propios ojos á Crotón entre los brazos de Urso y oí con mis orejas crujir las costillas del gladiador al romperse entre aquellos brazos de hierro. Luego lo tiró el esclavo al suelo, como un muñeco roto, y se abalanzó á Vinicio, del cual hubiera dado fin en un abrir y cerrar de ojos si Ligia no interviniera oportunamente. Vinicio estuvo largo tiempo enfermo: los cristianos, para catequizarle, le cuidaron con el mayor esmero. Y no fué en vano, porque Vinicio es cristiano ya.

—¿Vinicio?

—Sí.

—¿Y Petronio también?—preguntó Tigelino con pérfida intención.

El griego vaciló antes de contestar:

—Admiro tu penetración—dijo al cabo, frotándose las manos.—Puede ser; no sería extraño que Petronio también se hubiera hecho cristiano. Sería muy natural.

—Ahora me explico por qué defendía con tanto calor á los cristianos—dijo Tigelino.

—¡Petronio cristiano!—exclamó Nerón riéndose.—¡Petronio enemigo de la vida y de sus goces! Vamos, no intentes persuadirme de semejante desatino, porque entonces tendré por disparate todo lo que diga este viejo.

—Señor, te juro por la divina luz que de tu persona irradia que digo la verdad—replicó Chilón;—nada me causa mayor repugnancia que la mentira. Pomponia Grecina es cristiana; su hijo Aulio y Ligia cristianos son también, lo mismo que Vinicio. Este, para pagarme los servicios que fielmente le presté, mandó que me azotaran cruelmente, sin tener en cuenta mi vejez ni que me hallaba á la sazón enfermo y hambriento. He jurado por las Parcas que no olvidaría los sufrimientos pasados ni los ultrajes recibidos, y por eso te pido ¡oh, señor! que me vengues. Si lo haces te entregaré á Pedro el Apóstol, á Lino, á Clito, á Glauco y á Ligia; y á Urso, el matador de Crotón, y á centenares, á millares de cristianos, pues conozco sus guaridas. Ten por seguro que todas tus prisiones serán pocas para encerrar á tanta gente; y que sin mi ayuda no podrías dar con ninguno. Hasta hoy he buscado consuelo á mis miserias en la filosofía; en lo sucesivo lo encontraré en tus mercedes. Soy viejo, no he conocido los goces de la vida y deseo descansar. ¡Permite que mi nueva existencia comience desde hoy!

—Es decir: quieres ser estoico, pero con el plato rebosando—dijo Nerón.

—El que tiene la suerte de servirte creo que merece que le colmen el plato.

—Y crees bien, filósofo.

Popea no perdía de vista su objeto, que era la venganza. Aunque Vinicio no había sido para ella un amor y mucho menos una pasión, sino un capricho pasajero, los desdenes del joven habían herido su vanidad y su orgullo, despertando el odio en su corazón. Por lo que hace á Ligia, Popea la aborreció desde el primer instante, desde que la viera en los jardines, porque le pareció peligrosa su belleza. Petronio podía exagerar cuanto quisiera la estrechez de caderas de la doncella hablando con el César; pero á Popea no podía darle gato por liebre, porque

la Augusta tenía excelente golpe de vista y á la primera ojeada se había hecho cargo de que en Roma no había más mujer que Ligia capaz por su belleza de competir con ella y hasta de eclipsarla. Y desde aquel punto y hora juró perderla para suprimir estorbos enojosos.

—¡Señor!—exclamó ayudando á Chilón.—Venga á nuestra hija.

—¡Apresuraos, apresuraos!—agregó el griego.—Vinicio podría ocultar á su amada. Yo sé dónde está ahora.

—Te daré diez hombres é irás al instante—dijo Tigelino.

—¡Se conoce, señor, que no viste á Crotón entre los brazos de Urso! Si pones á mis órdenes cincuenta hombres les indicaré la casa donde se ocultan; pero de lejos. Y aun así, si no os apoderais de Vinicio mi perdición es segura.

—¿No te parece, divino—dijo Tigelino mirando á Nerón,—que ha llegado la hora de acabar con el tío y con el sobrino?

—No, ahora no—replicó el César.—El pueblo no creerá, por más esfuerzos que hagamos, que Petronio, Vinicio y Pomponia Grecina han incendiado á Roma; sus casas eran magníficas. Ya les llegará la vez. Ahora necesitamos otras víctimas.

—Dame, señor, la escolta, pero pronto—exclamó Chilón.

—Tigelino, cuídate de eso.

El aludido se quedó pensativo breves momentos y luego dijo á Chilón:

—Por de pronto te hospedarás en mi casa.

En el rostro del traidor griego se pintó la más viva alegría.

—¡Os los entregaré á todos!—exclamó.—Pero apresuraos, apresuraos y todos caerán.

## L

Cuando Petronio se separó del César mandó que le condujeran á su casa, la cual se había salvado milagrosamente del fuego, gracias á los jardines que la rodeaban y á dar uno de sus frentes á la plaza Cecilia. Este era un motivo más para que envidiaran al poeta los augustanos cuyas casas había destruído el incendio con las riquezas artísticas que encerraban y con muchas cosas más, todas de gran valor, y tal suerte de Petronio dió ocasión á que le apellidaran, como antaño, hijo predilecto de la Fortuna. Verdad es que este hijo predilecto de la tornadiza diosa, á quien tan acendrada amistad demostrara el César como para justificar el calificativo, pensaba á la sazón, al dirigirse á su rica biblioteca, en la proverbial volubilidad de su madre y en el parecido que tenía con Cronos, que devoraba á sus propios hijos.

—Si mi casa hubiera ardido y con ella mis gemas, mis vasos etruscos, mis cristales de Alejandría y mis bronces corintios, quizá mis palabras no le hubieran parecido tan ofensivas á Nerón—se decía el Arbitro.—¡Y pensar que ha dependido de mi voluntad únicamente el ser prefecto de los pretorianos y entregar al verdadero autor del incendio, á Tigelino, que es indudablemente el que ha pegado fuego á Roma! Le hubiera entregado al populacho, brindando protección á los cristianos, y luego hubiese reconstruído la ciudad. ¿Y quién sabe si después empezaría una nueva era para los hombres de bien? Por lo menos habría salvado con mi determinación á muchos infelices que ahora sucumbirán. ¡Por Pólux! ¡Yo debía haber aprovechado la ocasión, siquiera por el bien de Vinicio! Si el cargo me daba demasiado trabajo, siempre me quedaría el recurso de cedérselo á mi sobrino, con la certeza de que Nerón no se opondría. ¿Y aunque mi sobrino bautizara á todos los pretorianos y hasta al mismo César, qué perdería yo con ello? ¡Nerón piadoso, virtuoso y clemente! ¡Qué gracioso sería verlo!

Y se echó á reir.

Mas á poco cambió el curso de sus ideas. Le parecía que estaba en Ancio y que en su oído resonaban estas

palabras de Pablo de Tarso: «Creéis que somos enemigos de la vida; pero dime, Petronio: ¿si el César fuera cristiano y ajustara sus acciones á nuestras doctrinas, no seríais más felices? ¿no correría menos peligro vuestra vida?»

—¡Por Cástor!—exclamó el poeta continuando su monólogo.—¡Cuántos cristianos perecerán ahora! Los asesinarán á millares, pero no se extinguirá la raza; porque Pablo los encontrará á millares también. Y los encontrará porque tiene razón: el mundo no puede descansar sobre la base del crimen, la cobardía y la infamia. Yo mismo, á pesar de mis estudios acerca de la vida, no he aprendido á ser un miserable; pero puedo llegar á ser como los demás, y por eso será necesario que me abra las venas. De todos modos ello había de terminar así; y si no así, de otra manera, porque el fin es inevitable. Lo siento por Eunice y por mi vaso mirrino; pero Eunice es libre y el vaso me lo llevaré conmigo á la tumba. No quiero que se apodere de él «Barbas de cobre» ¡Por nada del mundo! Lo siento también por Vinicio; pero quien sabe vivir debe saber asimismo morir, y yo estoy dispuesto. En el mundo hay cosas bellas; pero la mayor parte de los hombres son tan miserables, que su vileza eclipsa lo bello y la vida no vale la pena de afanarse por vivir. Nada; el que ha sabido vivir debe saber morir. Soy más libre de lo que creen. Ahora mismo estarán pensando que me tiemblan las piernas y que se me erizan los cabellos de terror; se equivocan. Tan pronto como llegue á mi casa tomaré un baño de agua de violetas, mi rubia Eunice me lavará con sus lindas manos y luego, después de comer, nos cantarán el himno de Apolo compuesto por Antemio. Mil veces he dicho que no valía la pena de pensar en la muerte, porque ella no nos olvida ni deja de presentarse á su tiempo, sin necesidad de que la llamemos. ¡Grata sorpresa sería que los Campos Elíseos existieran y en ellos se pasearan las sombras de los humanos! Eunice iría allí á reunirse conmigo y juntos vagaríamos por las praderas de asfodelos. De seguro que encontraría allí mejor sociedad que la que aquí me rodea. ¡Cuánto bribón en torno mío! ¡Y qué lejos está esta canalla de la cultura y del buen gusto! ¡Diez *árbitros de la elegancia* serían pocos para transformar á esos Trimalciones en personas decentes! ¡Por Proserpina! ¡Estoy harto de ellos!

Petronio conocía y estimaba en su justo valor á la gente que le rodeaba; pero nunca hasta entonces le pareció tan grande la distancia que le separaba de aquella gente, á quien miraba con desprecio. No era extraño, pues, que estuviera cansado de su trato.

Meditó acerca de su situación. Comprendía con su clara inteligencia que el peligro no era inminente, porque Nerón había aprovechado la coyuntura para pronunciar algunas frases escogidas y estudiadas acerca de la amistad y de la clemencia; y estas frases le obligaban por de pronto, hasta cierto punto.

—Tendrá que idear un pretexto—se dijo el Arbitro,—y mientras da con él puede transcurrir mucho tiempo. Ante todo, echará mano de los cristianos para los próximos juevos y no volverá á acordarse de mí hasta que haya acabado con ellos; por consiguiente no tengo por qué variar mi género de vida por ahora. En cambio Vinicio está en inminente peligro.

Petronio concentró toda su atención en el joven tribuno, con el firme propósito de hacer cuanto pudiera por salvarle.

A pesar de que los cuatro fornidos latinios portadores de la litera andaban con rapidez entre los carbonizados escombros, el poeta les mandó que apresuraran el paso para llegar cuanto antes á su casa.

En ésta se encontraba Vinicio, afortunadamente. Su *insula* había sido destruída por el fuego, y el joven vivía con su tío.

—¿Has visto hoy á Ligia?—le preguntó Petronio, tan pronto como le vió.

—Sí, de verla vengo ahora—contestó el interpelado.

—Pues escúchame atento y no pierdas tiempo en preguntarme nada. Esta mañana ha decidido el César acusar á los cristianos del incendio de Roma y les amenazan grandes peligros, persecuciones y martirios, que empezarán de un momento á otro. Huye con Ligia inmediatamente, aunque sea á Africa; pero apresúrate, porque el Trastíber está más cerca del Palatino que de esta casa.

Vinicio escuchó á su tío con el ceño fruncido, pero impávido; era soldado, y su primer impulso ante el peligro fué defenderse y luchar.

—Voy—dijo lacónicamente.

—Llévate el oro que tengas, armas y algunos esclavos cristianos. Y si es necesario, arranca á Ligia á viva fuerza de manos de sus enemigos.

Vinicio estaba ya en la puerta del *atrium*, cuando Petronio le dijo:

—Envíame noticias con un esclavo.

Al quedarse solo se puso á pasear y á meditar acerca de los últimos acontecimientos. Sabía que después del incendio habían vuelto á casa de Lino éste y Ligia, pues la casa, como muchas del barrio, fué respetada por el fuego; teniendo esto en cuenta, calculaba que no les sería difícil á los pretorianos dar con ellos. Sin embargo, suponía el poeta que en el estado en que se hallaban las cosas, nadie sabría en el Palatino el paradero de Ligia, y, por consiguiente, Vinicio podría adelantarse á los soldados. Suponía también que Tigelino, deseoso de apoderarse de una vez del mayor número posible de cristianos, extendería sus redes por toda la ciudad.

—Aunque envíen diez hombres á prender á Ligia—pensaba Petronio,—el forzudo ligio dará cuenta de ellos, y el asunto se resolverá en un abrir y cerrar de ojos, si Vinicio llega á tiempo de ayudarle con sus esclavos.

Y esta idea le tranquilizó.

Petronio no ignoraba que resistirse á los pretorianos era lo mismo que rebelarse contra el César, y sabía asimismo que si Vinicio lograba substraerse á la venganza de Nerón, éste podía volverse airado contra él; pero le importaba poco. Al contrario, le halagaba la idea de oponerse á los proyectos de Nerón y de Tigelino, y resolvió no escatimar hombres ni dinero para llevar la empresa á feliz término. Pablo de Tarso había convertido durante su estancia en Ancio á la mayor parte de los esclavos del Arbitro y éste contaba con el celo y la abnegación de ellos para empeñarse en la lucha que iba á entablar en defensa de los cristianos.

Eunice vino á sacarle de sus meditaciones.

Al verla se desvanecieron sus temores y recelos, olvidó al César, su situación difícil, la degradación de los augustanos, las persecuciones de que iban á ser objeto los cristianos, y á Vinicio y á Ligia; su pensamiento entero lo ocupó Eunice, á quien miraba con ojos de esteta y de amante.

La bella rubia, vestida con una transparente túnica de color de violeta, de las llamadas *coa vestis*, ligera gasa al través de la cual se vislumbraban las rosadas perfecciones de su cuerpo escultural, parecía una diosa. Sabía que Petronio la amaba y la deseaba; ella le amaba con todo su corazón, y al entrar y fijar en él sus lindos ojos se ruborizó como una inocente doncella.

—¿Vienes á decirme algo, *Carites*? (las Gracias).

—Sí—contestó Eunice,—que Antemio ha llegado con sus coristas y pregunta si quieres oirle.

—Que aguarde; les oiremos durante la comida. A nuestro alrededor se amontonan las ruinas de Roma y nosotros, sin embargo, escucharemos el hermoso himno de Apolo. ¡Por los bosques de Pafos! Cuando te contemplo vestida con la deliciosa *coa vestis* me parece que veo á la propia Venus Afro-

dita velada por tenues y celestes nubes.

—¡Oh, señor!...—murmuró Eunice radiante y tímida á la vez.

—Acércate, abrázame, bríndame tus labios y dime que me amas.

—No amaría más ni tanto al mismo Zeus—dijo la bella.

Y besó apasionadamente á Petronio.

Este dijo luego:

—¿Y si tuviéramos que separarnos?

Eunice le miró sobresaltada y balbuceó:

—¿Qué has dicho, señor?

—No temas. Lo decía, porque quizá tenga que emprender un largo viaje...

—Llévame contigo.

El Arbitro cambió bruscamente de conversación.

—¿Hay asfodelos en el jardín?—preguntó.

—Todo se ha estropeado: los cipreses y los mirtos están calcinados y las plantas todas le dan al jardín un aspecto de muerte.

—Toda Roma está lo mismo y pronto será un vasto cementerio. ¿Sabes que César va á promulgar un edicto contra los cristianos, que empezarán las persecuciones y que morirán millares de ellos?

—¿Por qué perseguirlos, señor? Los cristianos son buenos y pacíficos.

—Por lo mismo.

—Vámonos á orillas del mar. Los espectáculos de sangre ofenden tus hermosos ojos.

—Bien. Mas ahora quiero bañarme. Ven al *oleothesium* y me ungirás los brazos. ¡Por el cendal de Venus, que nunca me has parecido más bella que hoy! Voy á encargar para ti un baño en forma de concha; en él parecerás la más preciada perla. Ven, diosa de los áureos cabellos.

Ambos, coronados de rosas, descansaban una hora después en los divanes del triclinio, ante una mesa servida con vajilla de oro. Niños vestidos de amorcillos les servían; bebían el vino en copas adornadas con hiedra y escuchaban el himno de Apolo dirigido por el propio Antemio. ¿Qué les importaba la ciudad incendiada, sobre cuyas ruinas se erguían algunas chimeneas como mojones que señalaran los lugares en donde estuvieron antiguas y soberbias moradas, ni qué el viento que aventaba las humeantes cenizas de la que había sido Roma? Se amaban y eran felices; el Amor convertía en aquellos momentos la vida de los dos en divino ensueño.

Aun duraba el himno de Apolo, cuando un esclavo, el jefe del *atrium*, se presentó, diciendo con voz insegura:

—Señor, un centurión, acompañado de un destacamento de pretorianos, solicita verte por orden del César.

Calló la música y el temor se apoderó de los ánimos: era sabido que el César nunca se servía de los pretorianos para comunicar con sus amigos, y por consiguiente nada bueno presagiaba la presencia de estos soldados en casa del poeta.

El único que permaneció impasible fué Petronio.

—Bien podían dejarme comer en paz—dijo con displicencia.—En fin, que entre el centurión.

Salió el jefe del *atrium* y á poco se oyó un paso pesado y cadencioso y se presentó Aper, centurión á quien Petronio conocía. Venía armado y traía en la cabeza férreo yelmo.

—Noble señor—dijo;—te traigo una carta del César.

Petronio extendió indolente su blanca mano, tomó la tableta, leyóla de una ojeada y con sosegado ademán se la dió á Eunice, diciendo:

—Va á leer esta noche un nuevo canto á Troya y me invita á oirle.

—Sólo he recibido orden de entregarte la carta—dijo el centurión.

—Bien. La carta no necesita contestación. Mas creo que podrías descansar un momento entre nosotros y beberte una copa de vino.

—Gracias, noble señor. Con gusto

acepto la copa y me la beberé á tu salud; mas no puedo descansar porque estoy de servicio.

—¿Por qué te han encargado á ti y no á un esclavo de traerme la misiva?

—No lo sé, señor; quizá porque yo tenía que venir hacia este sitio á desempeñar otra comisión.

—¿Cuál? ¿Vas en busca de cristianos, no es así?

—Así es.

—¿Cuándo ha empezado la persecución?

—Antes de mediodía han ido algunos destacamentos nuestros al Trastíber.

El centurión vertió unas gotas de vino en honor de Marte, se bebió el resto y dijo:

—Concédante los dioses, señor, cuanto desees.

—Llévate la copa como recuerdo mío.

Y dicho esto, Petronio hizo señas á Antemio para que continuara el interrumpido himno de Apolo.

Volvieron á sonar las dulces melodías, y el poeta pensó:

—«Barbas de Cobre» empieza á jugar conmigo y con Vinicio, y para infundirme miedo me ha enviado la carta con un centurión, al cual le preguntarán luego cómo le he recibido. ¡Necio! Buen chasco va á llevarse, pues el centurión le dirá la verdad. ¡Ah, perverso poeta! ¡Ya sé que no olvidarás la ofensa, y que mi muerte se acerca; pero, si crees que voy á implorar misericordia y que verás el terror pintado en mis ojos, te equivocas, cruel farsante!

—Señor—dijo Eunice,—el César te escribe que vayas «si te place ir». ¿Irás?

—Seguramente. Estoy de tan buen humor, que puedo hasta oir sus versos — contestó Petronio. — Iré, pues, con mayor razón, en atención á que Vinicio no puede asistir á la velada.

Cuando acabó de comer y dió su habitual paseo, mandó á sus esclavas que le peinaran y arreglaran las vestiduras. Una hora después, con el pelo rizado, perfumado, la toga artísticamente plegada y elegante y bello como un dios, se hizo conducir al Palatino.

Era tarde ya. La noche estaba tibia y la luna brillaba con claridad tan viva que los *lampadarii* que precedían la litera apagaron sus antorchas.

Por las calles, entre montones de escombros, circulaban numerosos grupos de borrachos con guirnaldas de hiedra en la cabeza y en las manos ramas de mirto y de laurel procedentes de los jardines del César. La abundancia de trigo y la expectativa de grandes juegos mantenía viva la alegría de la gente del pueblo. Por todas partes se oían canciones ensalzando á la «noche divina» y al amor, y á cada paso se encontraban individuos danzando á la luz de la luna. Con tal motivo los esclavos se veían obligados á menudo á pedir «plaza á la litera del noble Petronio». Y las turbas le abrían paso, aclamando al Arbitro, al favorito popular.

Este iba preocupado con la suerte de Vinicio. El poeta era epicúreo y egoísta; pero en los últimos días había pasado largos ratos con Pablo de Tarso y con Vinicio, y, oyendo con frecuencia hablar de los cristianos, su índole se había modificado, sin que él mismo se diera cuenta. Una aura nueva penetraba en su espíritu y empezaba á pensar en algo más que en sí propio. Amaba tiernamente al joven Vinicio desde su niñez y había querido mucho también á la madre del tribuno, su hermana mayor, desde que era niño. Mezclado en sus aventuras actuales, mirábalas con el interés que el espectador sigue el desarrollo de una interesante tragedia y acariciaba la esperanza de que su sobrino hubiera llegado antes que los pretorianos, teniendo tiempo de huir con Ligia; ó que, en último caso, consiguiera arrancarla de las garras de aquéllos. De todos modos, sentía no tener noticias exactas de lo ocurrido, porque preveía que en casa del César le pondrían en el caso de tener que contestar á ciertas pre-

guntas, cuyas respuestas le convenía llevar previamente preparadas.

La litera se detuvo frente á la casa de Tiberio, apeóse Petronio, y momentos después entraba en el *atrium*, lleno ya de augustanos.

Algunos de éstos lamentaban el haberse precipitado demasiado á manifestarle su indiferencia.

El Arbitro avanzó despreocupado, frío, elegante y tan seguro de sí mismo, como si continuara gozando del favor cesáreo.

El César se hizo el distraído y no contestó á su saludo.

En cambio, Tigelino se acercó á él y le dijo:

—Salud, *Arbiter elegantiarum*. ¿Insistes en sostener que no fueron los cristianos autores del incendio de Roma?

Petronio se encogió de hombros, le dió una palmadita en el hombro, como se la hubiera dado á un liberto, y contestó:

—Lo mismo que yo, sabes á qué atenerte sobre el particular.

—No me atrevo á competir contigo en sabiduría.

—Haces bien. Si fueras capaz de sostener la competencia, cuando el César nos leyera su nuevo canto á Troya, tú, en vez de chillar como un pavo real, podrías emitir una opinión que no fuera, como tuya, una necedad.

Tigelino se mordió los labios y renegó de Nerón y de su ocurrencia de invitar á la fiesta al odiado enemigo; comprendía de sobra que la presencia del poeta podía obligarle nuevamente á aventurarse en un terreno donde todas las ventajas estaban de parte de Petronio.

Los hechos vinieron á demostrar lo fundado de sus recelos. Durante la lectura, Nerón, obedeciendo á la fuerza de la costumbre, miraba á cada momento á Petronio para ver por la expresión de su rostro la impresión que le producían los versos que él iba leyendo.

El poeta escuchaba atento y sin pestañear, alzando las cejas en determinadas ocasiones, como para aprobar, y siempre fijo para no perder ni una sílaba. Luego daba muestras de aprobación unas veces, criticaba otras, proponía correcciones ó indicaba que tal ó cuál pasaje exigía más precisión ó suavidad en la frase.

Nerón sabía que las adulaciones y aplausos de su auditorio significaban simplemente el interés que tenían los que aplaudían en conservar intactas sus propias personas, y que sólo Petronio estaba atento á la composición y apreciaba su verdadero mérito; comprendía harto bien que solamente él podía estimarla y que si la elogiaba podía estar seguro de que los versos merecían elogios.

Insensiblemente se fué empeñando en una discusión con el Arbitro, y cuando éste manifestó dudas acerca de la propiedad de cierta frase, el César le dijo:

—En el último canto verás por qué la he empleado.

—Vamos — pensó Petronio, — esto quiere decir que viviré hasta que acabe el último canto.

Algunos de los augustanos, al oir la observación del César, murmuraron:

—Si dispone de tiempo para ello, Petronio es capaz de reconquistar el favor cesáreo y perder irremisiblemente á Tigelino.

Y la consecuencia de esta hipótesis fué que le rodearon solícitos.

Pero la situación se modificó algo al final: cuando el Arbitro se despedía de Nerón, éste le preguntó con expresión de cruel alegría:

—¿Por qué no ha venido Vinicio?

Si Petronio hubiera tenido la certeza de que su sobrino y Ligia se encontraban ya fuera de Roma, habría contestado: «Gracias al permiso que lo diste, se ha casado y se ha ido»; pero advirtiendo la cruel sonrisa del César, se limitó á decir tranquilamente:

—Cuando recibí tu invitación no estaba en casa.

—Pues dile que me agradará verlo

y que le recomiendo que no deje de asistir al Circo, en donde verá á los cristianos.

Petronio comprendió todo el alcance de estas palabras, temió por Ligia, y cuando entró en la litera, mandó que le llevaran á su casa á escape.

Pero el mandato era más fácil de dar que de ejecutar. Delante del palacio de Tiberio se agolpaba la muchedumbre inquieta y harta de vino; mas no manifestaba su alegría bailando y cantando, sino que parecía presa de honda excitación. Aquella multitud gritaba y vociferaba, y Petronio no pudo al pronto entender sus exclamaciones; pero los gritos fueron creciendo gradualmente y extendiéndose hasta resonar como salvaje alarido, y el poeta los entendió ya claramente.

—¡A los leones con los cristianos!—decían.

Casi al mismo tiempo, las ricas literas de los augustanos comenzaron á abrirse paso por entre la rugiente plebe.

Por todas las bocacalles continuaban apareciendo nuevos y compactos grupos que repetían el mencionado grito. Rápidamente se extendía la noticia de que la persecución había empezado antes de mediodía y que muchísimos de los incendiarios estaban ya presos. De allí á poco en toda la extensión de Roma, resonó el feroz grito:

—¡A los leones con los cristianos!

—¡Rebaño vil!—exclamaba Petronio con desprecio.—¡Eres un pueblo digno de tu César!

Y meditando acerca del caso, se convenció de que aquella sociedad apoyada en la fuerza, la crueldad, los crímenes y el desenfrenado libertinaje, no podía por menos que desquiciarse en plazo no largo; que Roma gobernaba ciertamente al mundo, pero á la vez le corrompía con el hedor de sus entrañas podridas, que despedían pestilencias de cadáver. La muerte batía ya sus alas sobre la decadente vida romana.

A veces, entre los augustanos, había oído Petronio especies tales; pero nunca hasta aquel instante había penetrado la verdad en su espíritu de manera tan evidente y con ella el convencimiento de que el carro cubierto de laureles, en el que Roma se erguía con actitud de triunfadora, arrastrando uncidos á multitud de pueblos, caminaba derecho al abismo. La vida de la dueña del mundo aparecía ahora á sus ojos como orgía desenfrenada que tocaba á su fin; y al considerarla así, dábase cuenta de que sólo los cristianos podían aportar nuevos elementos á la existencia. ¿Qué sucedería, pues, si los cristianos perecían? Que la desenfrenada orgía continuaría bajo la dirección de Nerón, y cuando éste desapareciera de la escena, le substituiría otro semejante ó peor; porque con tal pueblo y tales patricios no era posible esperar mejores gobernantes. Así en pos de la orgía actual vendría otra en escala progresiva, y por lo tanto más repugnante todavía. Pero la serie no podía ser infinita; tendría al cabo solución de continuidad, y entonces el cansancio y la enervación impondrían la necesidad de entregarse al descanso.

Las consideraciones consiguientes á tal orden de ideas abatían á Petronio, el cual acabó por preguntarse si valía la pena de vivir en la incertidumbre, sin más finalidad que contemplar las evoluciones de semejante sociedad. Y al formularse la interrogación, el genio de la Muerte se ofrecía á su espíritu alado y tan hermoso como el del Sueño.

La litera se detuvo por fin en casa del poeta, el cual le preguntó al vigilante guardián que acudió solícito á abrirle la puerta:

—¿Ha vuelto el noble Vinicio?

—Hace un momento, señor—contestó el interpelado.

Petronio encontró al joven en el *atrium*, sentado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Al oir ruido de pasos alzó los ojos, que brillaban con el fuego de la fiebre.

—¿Llegaste tarde?—le preguntó el poeta.

—Sí; la prendieron antes de mediodía.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿A qué prisión la han conducido?

—A la cárcel Mamertina.

Petronio se estremeció y clavó en su sobrino una mirada interrogadora.

El joven le comprendió y se apresuró á decir:

—No, no la han metido en el *Tullianum* (1) ni en el calabozo central; he sobornado al guardián para que le cediera su celda. Urso vela por ella junto á la puerta.

—¿Por qué no la defendió?

—Porque fueron por Ligia cincuenta pretorianos y además porque Lino se lo prohibió.

—¿Lino? ¿Dónde está?

—En libertad. Está moribundo y no quisieron prenderle.

—¿Qué piensas hacer?

—Salvarla ó morir con ella. Yo también soy cristiano.

Vinicio hablaba con calma; pero al través de esta calma se traslucía tan hondo dolor, que se le oprimió el corazón á Petronio.

—Lo comprendo—dijo;—mas, ¿qué harás para salvarla?

—He dado el dinero á manos llenas á los guardianes para que no la ultrajen y para que faciliten su fuga.

—¿Cuándo podrá fugarse?

—Me dijeron que no se atrevían á entregármela inmediatamente por miedo á que les castigaran; pero me la entregarán, cuando, llena la prisión de gente, sea difícil el recuento de los presos. Como ves, he echado mano de un recurso desesperado. Mas tu, amigo del César, puedes salvarla y salvarme. El mismo me la otorgó por esposa. ¡Ve á verle y sálvanos!

Petronio nada dijo. Llamó á un esclavo y le mandó que trajera dos mantos obscuros y dos espadas. Luego añadió, dirigiéndose á su sobrino:

—Por el camino te informaré. Ahora ponte ese manto, toma la espada y vamos á la cárcel Mamertina, á que les ofrezcas á los guardianes cien mil sestercios, quinientos mil, un millón si es preciso, para que dejen salir á Ligia inmediatamente. De no hacerlo así, llegarás tarde.

—Vamos—dijo Vinicio.

Una vez en la calle, habló Petronio de esta manera:

—Oyeme. No he querido perder tiempo en darte ciertas explicaciones. Desde ayer estoy en desgracia y con la vida pendiente de un hilo; por eso no quiero ni debo pedirle nada al César, que haría exactamente lo contrario de lo que yo le pidiera. Lo urgente es que huyas con Ligia. Puestos en salvo vosotros, la cólera del César caerá contra mí; pero no me importa. En estos momentos estará él más dispuesto en tu favor que en el mío; sin embargo, no te fíes. Huye con Ligia; huye. Es el único recurso que te queda. Si éste fracasa discurriremos otros. Entretanto, no te figures que Ligia está presa porque es cristiana, no; el rencor de Popea os persigue á entrambos. Rechazaste á la Augusta, ¿lo recuerdas? La ofendiste en su amor propio. Intentó perder á Ligia atribuyéndole la muerte de la niña Augusta; sabe que por Ligia la desdeñaste y aborrece á Ligia desde el punto y hora en que la vió. Por eso creo que la mano de Popea anda en todo lo que ocurre. Pero, ¿cómo se explica que haya sido la doncella la primera víctima de las persecuciones? ¿Quién ha indicado la casa de Lino? Es lógico suponer que la espiaban hace tiempo; sólo así se explica lo pronto que han dado con ella. Comprendo que estoy dándote mal rato, torturándote y arrancándote las últimas esperanzas; pero es indispensable que lo sepas todo, para que te persuades de que, si no logras libertarla antes de que se sospechen tus manejos,

(1) Subterráneo construído por orden de Servio Tulio, con un agujero en el techo. Allí murió de hambre Yugurta.

los dos os perderéis irremisiblemente.

—¡Oh, sí, lo comprendo!—exclamó Vinicio.

Las calles estaban desiertas por lo avanzado de la hora; sin embargo, vino á interrumpir la conversación de los dos patricios un gladiador borracho, que acercándose á Petronio y apoyándose en su hombro, vociferó con voz vinosa:

—¡A los leones con los cristianos!

—*Mirmillo* (1), sigue tu camino—le dijo sosegadamente Petronio,—y ten por seguro que te doy un consejo saludable.

Con la mano que tenía libre asió el borracho al poeta por un brazo y replicó, echándole en el rostro el poco grato aliento:

—Si no quieres que te rompa la cabeza, di conmigo:

—«¡A los leones con los cristianos!»

Los delicados nervios de Petronio estaban en tensión con los clamores de la plebe, que le perseguían como una pesadilla y que ya le taladraban los oídos; así, al ver suspendido sobre su cabeza el formidable puño del gladiador, se le agotó la paciencia y exclamó:

—Amigo, apestas á vino y me molestas.

Y al decir esto, hundió la espada hasta la empuñadura en el pecho del borracho. Cogióse luego de bracero con Vinicio y continuó diciendo, como si nada de particular hubiera ocurrido:

—El César me ha encargado hoy que te diga que le agradará verte en el Circo, donde verás á los cristianos. Esto significa que quiere convertir tu dolor en espectáculo y que quizá por eso no te han encerrado y á mí contigo. Si no logras libertar á Ligia inmediatamente, ¡quién sabe!... Tal vez pueda ayudarte Actea. Las tierras que posees en Sicilia serán una tentación para Tigelino. ¿Por qué no pruebas á ofrecérselas?

—Todo lo que poseo se lo daría por la libertad de Ligia.

La distancia que mediaba entre las Carinas y el Forum no era larga y pronto la recorrieron. La noche tocaba á su término y la mole del castillo empezaba á destacarse de las sombras. De pronto, al dirigirse hacia la cárcel Mamertina, Petronio se detuvo exclamando:

—¡Ahí están los pretorianos! ¡Hemos llegado tarde!

En efecto, custodiando la prisión veíase doble fila de soldados, cuyas armas brillaban con los primeros albores de la mañana.

—Acerquémonos—dijo Vinicio que se había puesto pálido como la muerte.

Se aproximaron.

Petronio, que tenía excelente memoria, conocía á todos los oficiales y á muchos soldados de la guardia pretoriana. Pronto se fijó en un jefe de cohorte y le hizo señas para que se acercara.

—¿Qué ocurre, Niger?—le preguntó cuando estuvo á su lado.—¿Os han enviado para que custodiéis la prisión?

—Sí, noble Petronio; el Prefecto tiene temores de que intenten libertar á los incendiarios.

—¿Os han mandado que no dejéis entrar á nadie?

—Al contrario; los amigos de los presos pueden entrar y así lograremos apoderarnos de mayor número de cristianos.

—Entonces voy á dentro—dijo Vinicio.

Y repuso, dándole un apretón de manos á Petronio:

—Vete en busca de Actea; yo iré luego á saber el resultado de vuestra entrevista.

—Está bien—contestó el Arbitro.

En aquel instante se oyó al través de los recios muros y como si resonara debajo de tierra el eco de un cántico, débil y confuso al principio y luego claro y distinto: era un himno entonado por los cristianos, hombres, mujeres y niños, en armonioso coro. Pa-

(1) Gladiador armado á la francesa.

recía que la lóbrega prisión vibraba como un arpa en el silencioso despuntar del día.

El canto que entonaban aquellas voces no era un gemido de desconsuelo ni un clamor de desesperación; era un himno de alegría y de triunfo.

Los pretorianos se miraban asombrados, mientras que la aurora comenzaba á teñir el espacio de rosa y oro.

## LI

El grito de «¡A los leones con los cristianos!» se propagó rápidamente y en breve resonó en todos los barrios de la ciudad. Nadie dudaba de que los cristianos eran autores del incendio, ó por lo menos nadie quería dudarlo. Además, el castigo de los incendiarios procuraría al populacho espectáculos muy entretenidos, y esta perspectiva contribuía á que no se quisiera dar cabida á la duda. Pero á la vez se extendía la opinión de que la catástrofe no habría adquirido tan espantosas proporciones sin que la ayudara la cólera de los dioses; y para apaciguar á éstos se hicieron en los templos sacrificios expiatorios y rogativas públicas á Vulcano, Ceres y Proserpina. Las matronas hacían ofrendas á Juno y fueron procesionalmente hasta las orillas del mar para coger el agua con que debían rociar la estatua de la diosa. En una palabra: toda Roma se purificaba implorando por cuantos medios estaban á su alcance el perdón de los irritados dioses.

Al mismo tiempo se abrían nuevas y anchas calles entre las ruinas, se echaban los cimientos de palacios magníficos y de templos suntuosos, y, sobre todo, se construían á escape enormes circos de madera, en los cuales debían ser sacrificados los cristianos.

También y á toda prisa, después del consejo celebrado en el palacio de Tiberio, se dió orden á los procónsules de que adquirieran sin perder momento fieras; y Tigelino dejó vacíos los viveros de todas las ciudades italianas. Por orden suya se organizaron grandes cacerías en Africa, obligando á tomar parte en ellas á los habitantes de cada localidad; trajeron elefantes y tigres de Asia, cocodrilos é hipopótamos del Nilo, leones del Atlas, lobos y osos de los Pirineos, feroces sabuesos de Hibernia, perros del Epiro, bisontes y gigantescos uros montaraces de Germania.

El número de presos era tal que los juegos sobrepujarían en grandeza á todos los que hasta entonces se habían visto.

El César quería ahogar en sangre el recuerdo del incendio y embriagar á Roma con una horrenda carnicería; por eso se preparaban elementos que dieran á la hecatombe proporciones monstruosas.

Entusiasmado el populacho al ver tales preparativos, ayudaba espontáneamente á los *vigiles* á cazar cristianos, tarea que no ofrecía dificultad alguna, porque los perseguidos, que como los demás romanos estaban acampados en los jardines, no ocultaban sus creencias; y cuando se veían cercados, en vez de oponer resistencia se arrodillaban, entonaban sus himnos y se dejaban prender.

La sublime mansedumbre de los mártires irritaba al populacho, que, incapaz de comprenderla, la tomaba por cínico endurecimiento de los criminales y excitaba su ira hasta un grado inconcebible. Tanto era así, que á menudo arrancaba la plebe á los hombres de manos de los soldados y los despedazaba, llevaba á las mujeres á la cárcel arrastrándolas de los cabellos y estrellaba á los niños contra las piedras.

Millares de individuos recorrían las calles á todas horas dando salvajes alaridos, buscaban á las víctimas entre las ruinas, en las chimeneas y en los subterráneos; y ante las puertas de las cárceles organizaban bacanales y danzas báquicas á la luz de las hogueras y alrededor de barriles de vino.

Su alegría era grande cuando oían por las noches los rugidos de las fieras, que en el silencio de la noche resonaban con intensidad de truenos en la desmantelada ciudad.

Las prisiones contenían ya miles de víctimas, y este número aumentaba diariamente con las que en sus excursiones recogían la plebe y los pretorianos. No había piedad para nadie y parecía que los hombres sólo sabían vociferar furiosos :

—«¡ A los leones con los cristianos !»

A este desbordamiento de crueldad contestaban los cristianos con su humildad y mansedumbre y con su anhelo de martirio : iban serenamente al encuentro de la muerte y la recibían sonriendo. Solamente los mandatos de sus superiores lograban enfrenar el afán que sentían por sacrificar la vida ; y por orden de aquéllos, orden que tendía á evitarlo, ya no se reunían más que en las afueras, en las catacumbas de la Vía Apia y en las viñas pertenecientes á los patricios cristianos, ninguno de los cuales había sido todavía reducido á prisión.

En el Palatino se sabía que eran cristianos Flavio, Domitila, Pomponia Grecina, Cornelio Prudencio y Vinicio ; pero César aplazaba el castigarles, temiendo que la plebe romana no diera crédito á la imputación de asesinos é incendiarios que sobre ellos intentaban lanzar ; lo importante, ante todo, era convencer al pueblo de que los criminales eran cristianos.

Otros creían, pero no estaban en lo cierto, que la influencia de Actea había librado hasta entonces del castigo á los patricios citados.

Cuando Petronio se separó de Vinicio fué á celebrar una entrevista con Actea, para rogarle que le ayudara á salvar á Ligia ; pero Actea sólo pudo contestarle con sus lágrimas, pues vivía en el sufrimiento y en el olvido, ya que su presencia en la Corte únicamente se toleraba con la expresa condición de que no se dejara ver de Popea ni del César. Sin embargo, la griega fué á la cárcel á visitar á Ligia, le llevó vestidos y alimentos y, sobre todo, procuró evitar que los guardianes la ultrajaran ; los guardianes que ya habían sido sobornados por Vinicio.

Petronio tenía muy presente que sin el proyecto que concibió para sacar á Ligia de casa de Aulio Plaucio, la doncella no gemiría en una cárcel á la hora presente ; y como además le interesaba mucho vencer á Tigelino en la lucha entablada, no omitió medio ni perdió tiempo para poner por obra sus planes.

En pocos días vió á Séneca, á Domicio Africano, á Diodoro y á Crispinilla, con intención de interesar por medio de ésta á Popea ; habló con Terpnos y con el bello adolescente Pitágoras, favorito de Nerón, y por último, con Paris y con Alituro, á quienes el César generalmente no negaba nada. Valiéndose de Crisotemis, amante á la sazón de Vatinio, procuró ganar á éste, y no fué parco en promesas ni en dinero ; pero todo en vano.

Séneca, inseguro del mañana, le dijo que por razón de Estado debía castigarse á los cristianos, aunque fueran ajenos al incendio de Roma. Terpnos y Diodoro tomaron el dinero que les dió Petronio, pero no hicieron nada. Vatinio informó al César de que habían intentado sobornarle. Sólo Alituro, aunque se mostró hostil á los cristianos, acabó por compadecerse y se atrevió á pedir al César la salvación de Ligia.

Nerón le escuchó con calma y se limitó á decirle :

—¿Me crees menos fuerte de alma que Bruto, el cual, por el bien de Roma, no perdonó la vida ni á sus propios hijos?

Cuando Petronio supo esta respuesta, exclamó :

—Si se compara con Bruto no hay salvación posible.

El Arbitro lamentaba sinceramente el sesgo que tomaba el asunto y temía que Vinicio pudiera atentar contra la

propia vida en un rapto de desesperación.

—Hasta hoy—se decía—los esfuerzos que realiza por salvar á su amada, el verla y su propio sufrimiento mantienen en su corazón un destello de esperanza; mas, cuando hayamos agotado los recursos y ese destello se desvanezca, ¡por Cástor! le faltarán alientos para sobrevivir y se atravesará el pecho con su propia espada.

La verdad era que Petronio comprendía mejor la muerte voluntaria que la vida entre el dolor, el amor y el sufrimiento, como vivía Vinicio.

Este, estretanto, puso por obra todo lo que se le ocurrió para salvar á la doncella: visitó á los augustanos, y él, tan altivo antes, se humilló implorando ayuda. Por medio de Vitelio le ofreció á Tigelino toda la hacienda que poseía en Sicilia y además cuanto se le antojara pedir; pero Tigelino no quiso aceptar por miedo de disgustar á Popea.

Convencido ya de que no debía esperar auxilio de nadie, quiso el joven acudir al César é implorar su clemencia.

—¿Y si te niega lo que le pides ó te contesta con una burla ó una amenaza, qué harás?—le preguntó Petronio.

El rostro de Vinicio se contrajo con amenazadora expresión, y por toda respuesta rechinó los dientes el desdichado mancebo.

—Te aconsejo—repuso su tío,—que no des semejante paso; una negativa de Nerón te cerraría todos los caminos.

El joven se pasó la mano por la frente inundada de frío sudor y murmuró:

—¡No, no; soy cristiano!

—Sí, cristiano eres; pero estoy seguro de que lo olvidarías en un arrebato propio de tu carácter, como te ocurre ahora mismo. Tienes el derecho de perderte si te place; pero no el de perder irremisiblemente á Ligia. No olvides lo que sufrió antes de morir la hija de Seyano.

Al expresarse así no hablaba Petronio con entera sinceridad; pues en realidad le interesaba mucho más la suerte de su sobrino que la de la doncella. Sin embargo, sabía que el único medio de disuadir á éste del peligroso propósito que abrigaba era persuadirle de que perdería á Ligia, y por eso exponía tales razones. Por otra parte estaba en lo cierto: en el Palatino contaban con la visita de Vinicio y habían tomado las necesarias precauciones.

La tortura moral á que estaba sujeto el joven patricio era superior á la resistencia humana: desde el punto y hora en que la prisión de Ligia vino á orlar la cabeza de la doncella con la aureola del martirio, Vinicio la amó mil veces más y hasta empezó á tributarle una especie de mística adoración, como á un ser sobrenatural. Luego, al pensar que iba á perder á aquella criatura á quien amaba y reverenciaba; criatura que quizá antes de morir apuraría tormentos cien veces más atroces que la muerte misma, apoderábase de él un dolor que le trastornaba, un dolor rayano con la locura. El rugido de las fieras, el golpear de los martillos en las maderas con que se edificaban los nuevos circos, los alaridos del populacho y las prisiones abarrotadas de cristianos vinieron á traerle á la realidad, reavivando sus dolores. Su fe en Cristo vaciló entonces; y esta vacilación fué para él nueva tortura, quizá la más cruel.

—Acuérdate del trance porque pasó la hija de Seyano antes de morir—le repetía Petronio.

## LII

Todo fué inútil: Vinicio descendió á pedirles ayuda á libertos y á esclavos del César y de Popea, pagando con ricas dádivas y con deslumbradoras promesas los mentidos ofrecimientos de unos y de otros.

Obtuvo una recomendación de Rufio Crispino, primer marido de Popea, y

á Rufio, hijo de este matrimonio, le regaló su quinta de Ancio; pero el espléndido presente sólo sirvió para irritar al César, que aborrecía á su hijastro.

Envió un correo especial á Otón, segundo marido de Popea, que á la sazón estaba en España; ofreció cuanto poseía para que algunas personas se interesaran en su favor, y al cabo se convenció el cuitado de que estaba siendo juguete de todos y de que quizá habría adelantado más fingiendo que no le importaba la prisión de Ligia. Lo mismo opinaba Petronio.

Pasaban entretanto los días, los circos estaban dispuestos y empezó la distribución de los *tesseræ* (billetes para entrar al *ludus matutinus* ó función matutina).

Estos juegos durarían semanas enteras, porque era enorme el número de víctimas que aguardaban en las cárceles; tantas había, que no se sabía ya dónde colocarlas. En las prisiones no cabían más; la fiebre hacía estragos en ellas, y por miedo á la propagación se decidió empezar el extraordinario espectáculo. Los *puticuli*, pozos que servían de fosa común extramuros de la Puerta del Esquilino, no admitían ya más cadáveres. No era, pues, posible retardar el comienzo de la fiesta.

Tales noticias llegaban á oídos de Vinicio y desvanecían los últimos destellos de esperanza; mientras tuvo tiempo de que disponer pudo esperar; pero el comienzo de los juegos mataba toda probabilidad de salvación. El día menos pensado llevarían á Ligia al *cuniculum* del Circo, subterráneo de donde sólo saldría para entrar en la arena.

¿A cuál de los circos construídos á toda prisa conducirían á Ligia? Vinicio no podía adivinarlo y se dedicó á recorrerlos todos y á sobornar á los guardianes de las fieras, proponiéndoles planes irrealizables, hasta que al cabo se convenció de que por este camino tampoco adelantaba nada. El desdichado había resuelto no sobrevivir á la joven, morir al mismo tiempo que ella; pero temía que el dolor le matara antes.

La tez se le había obscurecido tanto, que su rostro tenía cierto parecido, por el color, con las máscaras de cera que se guardaban en los *tararios*. Acompañado por Urso pasaba noches enteras velando ante la puerta de la prisión de Ligia; y cuando la doncella le instaba para que se fuera á descansar, volvía á casa de Petronio y se ponía á pasear en el *atrium* hasta que amanecía. Muchas veces le veían los esclavos postrarse de hinojos y levantar las manos al cielo ó pegar la cara al suelo implorando á Cristo; porque Cristo era su postrera esperanza, desde que consideraba infructuosos sus esfuerzos personales. Sólo un milagro podía salvar á Ligia; y Vinicio, con la frente hundida en el polvo, le pedía fervorosamente á Dios que hiciera ese milagro.

En medio de su tribulación comprendía que las oraciones de Pedro podían ser más eficaces que las suyas; y se decidió á buscar al Apóstol. Este le había prometido á Ligia, le había bautizado y tenía el poder de consolarle con su santa palabra.

Cierta noche fué á buscarle. Los pocos cristianos que quedaban en libertad le tenían escondido por temor de que alguno, voluntaria ó involuntariamente, le descubriera; y como el mancebo, en la general confusión producida por el desastre y ocupado exclusivamente en libertar á Ligia, había perdido las huellas de Pedro, recurrió al cantero en cuya cabaña le bautizara el Apóstol. Por él supo que pronto se celebraría una reunión extramuros de la Puerta Salaria, en una viña de Cornelio Prudencio. Brindóse el cantero á acompañarle y le aseguró que allí encontraría á Pedro.

Al obscurecer se pusieron en camino, salvaron las murallas y después de pasar por unas excavaciones ocultas entre espesos cañaverales, llegaron á la viña, donde se celebraba la reunión

bajo un sotechado que servía de bodega.

A medida que se acercaba el joven tribuno percibía con mayor claridad cierto murmullo de plegarias, y al entrar en el recinto, débilmente iluminado por una lámpara, vió algunas docenas de personas arrodilladas y abstraídas en oración.

Rezaban una especie de letanía, y un coro compuesto de individuos de ambos sexos repetía á menudo con expresión de profunda tristeza: «Cristo, ten misericordia de nosotros».

Pedro, arrodillado al pie de una cruz de madera clavada en la pared, oraba con las manos en alto.

Vinicio le reconoció desde lejos por su blanco cabello, y su primer impulso fué acercarse y decirle: «¡Sálvala!»; pero, tembloroso, cayó de rodillas junto á la entrada y se limitó á decir con un lamento:

—¡Cristo, ten misericordia de nosotros!

En aquella reunión no había una sola persona que no tuviera que lamentar la pérdida de un ser querido; y cuando los más fervientes y esforzados de sus correligionarios gemían en prisión y de boca en boca corrían noticias de los ultrajes y torturas de que los prisioneros eran víctimas; y cuande la enormidad del desastre sobrepujaba á cuanto la imaginación podía concebir y sólo quedaba un número escasísimo de cristianos, éstos tenían un momento de debilidad, sentían vacilar su fe á impulsos del terror, y se preguntaban angustiados, atenaceados por la duda: «¿Dónde está Cristo? ¿Por qué permite que el mal prevalezca en el mundo?» E imploraban la misericordia divina con acento desgarrador; porque todavía daban abrigo en el corazón á la esperanza de que El viniera á precipitar en el abismo á Nerón y á asentar su imperio sobre la Tierra.

A medida que Vinicio repetía con los demás: «Cristo, ten misericordia de nosotros», sentía que iba cayendo en un éxtasis semejante al que le embargara en casa del cantero.

Todos imploraban fervorosos á Cristo en medio de la más honda aflicción, y Pedro con ellos; de un momento á otro podían abrirse los cielos, temblar la Tierra y aparecer El rodeado de su infinita gloria, misericordioso y terrible á la vez, para enaltecer á los fieles y precipitar en los profundos abismos á sus perseguidores.

Vinicio se cubrió el rostro con las manos é inclinó la cabeza.

Reinó imponente silencio; parecía que el terror había hecho enmudecer á los cristianos.

El mancebo creyó que llegaba el instante de que sobreviniera un acontecimiento sobrenatural; se imaginó que cuando abriera los ojos vería intensa y deslumbradora luz, y que oiría una voz que estremecería todos los corazones; pero el silencio continuaba, interrumpido de cuando en cuando por los sollozos de las mujeres.

Vinicio se decidió por fin á levantar la cabeza y á mirar en derredor. En vez de estrellas y nimbos celestiales, vió la débil luz de las linternas y un rayo de luna, que penetrando por una abertura del techo inundaba el recinto de vaga claridad. Las personas que estaban arrodilladas en torno del joven fijaban en la cruz los ojos empañados por las lágrimas; oíase sollozar y fuera sonaban á intervalos los silbidos de los centinelas.

Pedro se levantó al cabo y dijo:

—Hijos míos, elevad vuestros corazones y ofreced al Redentor vuestras lágrimas.

De pronto exclamó una mujer con acento plañidero:

—Soy viuda; tenía un solo hijo, que era todo mi sostén. ¡Devuélvemelo, Señor!

Y tras esta lamentación reinó el silencio de nuevo; otras lamentaciones y quejas amargas venían de vez en cuando á romperlo.

Pedro, que parecía avejentado por el dolor, continuaba en pie, mirando á los fieles con tierno cariño.

—Mi hija fué ultrajada por sus verdugos y Cristo lo permitió—profirió una voz quejumbrosa.

Y otra añadió:

—Me he quedado sola para cuidar á mis hijos: ¿quién les dará un bocado de pan y un sorbo de agua cuando me encarcelen?

—¡Señor—exclamó otra voz,—perdonaron á Lino por enfermo; pero ya se lo han llevado y ha sido sometido á la tortura!

—Si volvemos á nuestras casas se apoderarán de nosotros los soldados—gimió otra voz.—¡Ya no sabemos dónde ocultarnos!

—¡Desventurados!

—¡Ay de nosotros!

—¿Quién nos amparará?

Tales eran los lamentos que en el silencio de la noche resonaban, reveladores de un dolor terrible y abrumando al Apóstol.

Este cerró los ojos y, con profunda expresión de dolor retratada en el rostro, meneó la blanca cabeza, agobiado por el cúmulo de penas y de terrores.

Tornó á imperar el silencio y volvieron á oirse los silbidos de los centinelas.

Vinicio se puso en pie, decidido á echarse á las plantas del Apóstol implorando su auxilio; pero se detuvo, como si á sus pies se hubiera abierto un abismo para atajarle el paso.

—¿Qué va á ser de mí—pensó—si Pedro reconoce su impotencia y confiesa que el César puede más que Jesús Nazareno?

Sólo de pensarlo se le erizaron los cabellos de espanto.

—¡Oh!—se decía.—Entonces se hundirá todo en el precipicio: la última de mis esperanzas, Ligia, mi amor, mi fe, yo mismo; ¡todo se lo tragará el abismo y sólo me quedará la noche, la muerte, como un mar sin orillas!

A cortar el hilo de tan penosas reflexiones vino la voz de Pedro.

Hablaba tan quedo el Apóstol, al principio, que apenas se le oía.

—Hijos míos—decía,—vi en el Gólgota crucificar á Cristo, oí los martillazos, vi levantar la cruz para que la multitud contemplara la agonía del Hijo de Dios; vi cómo le abrían el costado de una lanzada y le vi morir. Y al volver del Gólgota clamé con dolor tan profundo como ahora lo hacéis vosotros: ¡Ay, de mí! ¿Señor, tú que eres Dios, por qué has permitido que te den muerte y que el dolor destroce nuestros corazones, cuando creíamos cercana la hora de tu reino?

Y El, nuestro Señor y nuestro Dios, resucitó al tercer día y estuvo con nosotros hasta que ascendió á su reino lleno de gloria.

Y nosotros, arrepentidos de nuestra poca fe, fortalecimos nuestros corazones.

Y desde entonces nos consagramos á sembrar la semilla divina.

Dirigió el Apóstol la mirada al sitio de donde partiera la primera lamentación y dijo con voz firme y vibrante:

—¿Por qué os lamentáis? El mismo Dios se sometió al martirio y á la muerte. ¿Pretendéis vosotros que El os libre de sufrirlos? Hombres de poca fe, si habéis comprendido su doctrina, decidme: ¿os ha prometido El esta vida deleznable, únicamente?

El se acerca á vosotros y os dice: «Seguid mis pasos».

El quiere elevaros hasta su excelsa altura.

Y vosotros os abrazáis á la tierra clamando: «¡Sálvanos, Señor!»

Y soy polvo ante Dios: pero soy su Apóstol ante vosotros.

Y en su nombre os digo que no es muerte la que os espanta, sino vida; que no son torturas, sino goces eternos; que no son lágrimas y gemidos, sino cánticos de júbilo. Vuestro cautiverio es libertad.

Y yo, Apóstol de Cristo, me dirijo á ti, viuda desolada, y en verdad te digo que tu hijo no ha muerto; ha renacido á nueva vida, á la vida eterna,

á la Gloria; y con él te reunirás por siempre.

A ti, gemebundo padre, cuya inocente hija ultrajaron los verdugos, te prometo que volverás á encontrarla cándida y pura como los lirios del Hebrón.

Y á vosotros todos, los que habéis perdido á vuestros hijos ó á vuestros padres; los que pronto veréis morir á los seres más amados y los que moriréis con el nombre de Cristo en los labios; los desdichados que temblando de temor y dudando os quejáis; á vosotros todos os digo en nombre de Cristo que reviviréis en una nueva vida, nueva vida venturosa, como quien despierta de un sueño, como si de una noche lóbrega pasarais al amanecer de un día divino y eterno iluminado por la luz de Dios.

En el nombre de Cristo; ¡que desaparezca la viga de vuestros ojos! ¡Fortalézcanse vuestros corazones!

—*Amén*—exclamaron algunos, mientras el Apóstol levantaba la diestra con ademán imperativo.

Sus ojos se animaban con irradiaciones cuya intensidad aumentaba gradualmente, y su aspecto era fuerte, sereno, majestuoso.

Los cristianos sintieron circular la sangre con más vigor en las venas, renacer las perdidas fuerzas y fortalecerse la fe. Ya no veían al decrépito anciano, sino al hombre poderoso y enérgico que levantaba sus almas del polvo en que el terror las tenía sepultadas; y se inclinaban ante él sumisos y fervorosos.

Pedro prosiguió hablando de esta suerte:

—Sembrad lágrimas para cosechar alegrías.

No temais al poder del mal; por encima de Roma y del mundo entero está el Señor.

Y el Señor mora en vuestras almas.

Nuestros hermanos regarán con lágrimas las piedras; la arena beberá mucha sangre inocente y vuestros cadáveres rellenarán las fosas.

Mas en verdad os digo, que vosotros sois los vencedores.

El Señor viene á asaltar esta ciudad maldita y vosotros sois su ejército.

Lo mismo que El sufrió el martirio por redimir al mundo, quiere que vosotros, con el vuestro, redimáis á esta ciudad, semillero de crímenes; y os lo dice por mi boca.

Abrió Pedro los brazos y elevó la vista al cielo.

Los corazones cesaron de latir. Todos comprendían que aquella mirada penetraba en regiones inaccesibles para humanos ojos.

Volvió el Apóstol á hablar..

—Señor—dijo,—estás aquí, te veo y te oigo. Vienes á indicarme el camino. ¡Gracias, Jesús mío! ¿No es en Jerusalén, sino en esta ciudad de Satanás, donde has decidido fijar la capital del mundo cristiano? ¿Aquí, edificada con lágrimas y sangre, quieres cimentar tu Iglesia? ¡Aquí, donde impera Nerón, se establecerá tu reinado eterno!

¡Oh, Señor! ¡Quieres que los huesos de estos desdichados constituyan los cimientos de la sagrada Sión y que sea yo quien vele por este rebaño y por todos los pueblos de la Tierra! ¡Señor, Tú, que infundes fortaleza á los débiles, me mandas que en esta ciudad apaciente tus ovejas hasta la consumación de los siglos! ¡Alabado y glorificado seas, Señor, en tus altos é inescrutables designios! *¡Hosanna! ¡Hosanna!*

El espíritu de los pusilánimes se levantó reanimado por una fuerza misteriosa y divina y la luz de la fe vino á iluminar á los que dudaban.

—*¡Hosanna, Hosanna!*—exclamaron unos.

—*¡Pro Christo!*—dijeron otros.

Y el silencio reinó de nuevo.

Pedro, absorto en la contemplación de la celestial visión, permaneció largo rato orando.

Brilló en el espacio la cárdena luz de un relámpago, y á su fulgor se vieron por un instante los pálidos rostros de

los cristianos, en los que se pintaba viva excitación.

Por fin el Apóstol volvió hacia ellos la inspirada cabeza rodeada de un nimbo luminoso, y dijo:

—Ya veis cómo el Señor ha vencido vuestras dudas; pues así alcanzaréis la victoria invocando su santo nombre.

Y aunque estaba seguro de que triunfarían y sabía qué frutos habían de producir las lágrimas y la sangre de las víctimas, la emoción sofocaba su voz cuando exclamó al bendecirlos:

—¡Hijos míos, os bendigo en vuestro martirio y en vuestra muerte! ¡Hasta la eternidad!

Postráronse todos de hinojos llorando y exclamaron:

—Dispuestos estamos; ¡pero tú, santo enviado y pastor nuestro, sálvate!

Y besaban la orla de su manto.

Pedro posaba la mano en la cabeza de cada uno, á medida que á él se acercaban, y los iba bendiciendo individualmente, como padre cariñoso al despedir á los hijos de su corazón que emprendieran un largo viaje.

Todos fueron saliendo del recinto serenos y deseosos ya de que les condujeran á la cárcel y al Circo.

Nerec, esclavo de Prudencio, acompañó á Pedro por un oculto sendero que conducía desde la viña á su casa.

Vinicio les siguió hasta la puerta de la casa. Allí se acercó de repente y se puso de rodillas ante el Apóstol.

Este le preguntó:

—¿Qué quieres, hijo mío?

El joven, en cuyos oídos resonaban todavía las palabras que acababa de escuchar en la viña, no se atrevía á formular sus deseos; pero en demanda de amparo se abrazó á las rodillas del anciano y prorrumpió en sollozos.

—Ya sé—le dijo el Apóstol—que te han arrebatado á la doncella á quien amas. ¡Ruega por ella!

—¡Señor—gimió el cuitado,—soy un miserable gusano, menos que nada; pero tú, que conociste á Cristo, intercede por ella!

Sacudido por el dolor, temblaba el desdichado como la hoja en el árbol. Tenía fe en el Apóstol y creía que únicamente éste podía lograr la salvación de Ligia.

Pedro, conmovido, recordó que también la doncella, un día, desolada por la implacable severidad de Crispo, se había arrodillado á sus pies implorando misericordia; y que él la había alzado del suelo, consolando su atribulado espíritu. Quiso, pues, hacer lo mismo con Vinicio y murmuró:

—Rogaré por ella, hijo mío; pero no olvides que el propio Dios fué crucificado, y ten presente que después de esta vida empieza la vida eterna.

—Lo sé, señor; te he oído en la viña. ¡Mas no puedo!... Si es necesario que la sangre corra, pídele á Cristo que esa sangre sea la mía; soy soldado y puedo soportar todos los martirios. ¡Pero que se salve ella! ¡Es una niña! Cristo es cien veces más poderoso que César. Tú nos has bendecido y amas también á esa inocente criatura. ¡Tú, que conociste á Cristo, intercede por ella! ¡El te escuchará! ¡Ruega por ella, señor!

Entornó Pedro los ojos y oró fervorosamente.

El mancebo le contemplaba, esperando de sus labios una sentencia de vida ó muerte.

Solemne silencio reinó, interrumpido de vez en cuando por el canto de la codorniz y por el lejano rumor de las muelas de los molinos de la Vía Salaria.

—¿Tienes fe, Vinicio?—preguntó, al cabo, Pedro.

—¡Si no la tuviera, habría venido aquí!—replicó el joven.

—Pues mantente firme en la fe hasta el último instante; porque la fe mueve las montañas. Y aunque veas á Ligia bajo la cuchilla del verdugo ó en las garras del león, cree con fe ciega que Cristo puede salvarla. Ruégale con fe y eleva conmigo tus plegarias.

Y alzando la mirada al Cielo, agregó:

—¡Señor: vuelve misericordioso los ojos á este corazón dolorido y acongojado y envíale consuelo! ¡Oh, Cristo Misericordioso! ¡Tú, que imploraste de tu Padre que apartara de tus labios el cáliz de la amargura, apártalo de los labios de tu siervo! *Amén.*

Levantó Vinicio las manos hacia el cielo y exclamó fervorosamente:

—¡Oh, Cristo! ¡Tuyo soy! ¡Llévame en lugar de ella!

Las estrellas palidecían ante la claridad del alba, que empezaba á lucir.

## LIII

Cuando Vinicio se separó del Apóstol, se encaminó á la prisión, acariciando nuevas esperanzas; pues, aunque en el fondo de su corazón se agitaban todavía terrores y ansias, procuraba acallarlos, no creyendo posible que el Señor dejara de escuchar los ruegos de Pedro. En tal estado de ánimo, temía tanto entregarse á la confianza como á la duda.

—Aunque la vea entre las garras del león debo creer que Dios puede salvarla—se decía.

Y si bien es cierto que tal idea le hacía estremecerse de pies á cabeza, cada latido de su corazón era una plegaria y su fe se robustecía; porque ahora, al experimentar la fuerza misteriosa que sentía latente en lo más hondo de su ser, empezaba á convencerse de que, en efecto, la fe podía mover las montañas, y se consideraba con energías bastantes para acometer empresas que el día antes habrían parecido irrealizables. Había instantes en que daba por conjurado el peligro; y cuando la horrible duda empezaba á surgir, evocaba el recuerdo de aquella noche y de la blanca y venerable cabeza que miraba al Cielo en actitud de orar, y se repetía, convencido:

—No, no es posible que Cristo desoiga los ruegos de su discípulo amado, del pastor de su rebaño. Ni debo ni puedo dudarlo.

En la prisión recibió malas nuevas: los pretorianos que daban la guardia en la cárcel Mamertina le conocían y no solían oponer dificultad á su entrada; pero en la ocasión presente le cerraron el paso y un centurión le dijo:

—Perdona, noble tribuno; hoy tenemos orden de no dejar que entre nadie.

—¿Orden?—balbució el mancebo palideciendo.

—Orden del César—repuso el soldado, mirándole compasivamente.—Hay muchos enfermos en la prisión y se teme que la epidemia se propague.

—¿Esa orden es sólo para hoy?

—La guardia se releva á mediodía.

Guardó silencio el joven y se quitó el *pileolus* (especie de birrete) que á pesar de ser de fieltro le pesaba como si fuera de plomo.

El soldado se acercó más á él y le dijo al oído:

—Tranquilízate, señor; velan por ella dos guardianes y Urso.

Dicho lo que antecede, se inclinó y con la espada trazó rápidamente en el suelo un pez.

Miróle Vinicio con atención y exclamó:

—¿Y tú eres pretoriano?

—Sí, hasta que me encierren ahí dentro—contestó el soldado, indicando los calabozos.

—También yo creo en Cristo.

—Alabado sea su nombre. Ya sabía yo que eras cristiano; mas no puedo dejarte entrar en la prisión. Y puesto que entrar no puedes, escribe una carta y yo haré que llegue á su destino.

Vinicio le dió las gracias al soldado, le llamó hermano, le estrechó la diestra y se marchó animado por nuevas esperanzas. Ya no le pesaba el *pileolus* como si fuera de plomo.

El Sol se levantaba sobre el horizonte, y lo mismo que sus vivificadores rayos animaban el día, así las palabras del soldado hicieron penetrar en el corazón del mancebo un nuevo rayo de esperanza. Este soldado cristiano era para él elocuente testimonio del poder de Cristo.

Después de andar un rato se detuvo, miró las nubes que flotaban por encima del Capitolio y del templo de Júpiter Stator, y murmuró:

—Señor, hoy no la he visto; pero creo en tu misericordia.

Al llegar á casa encontró á su tío. Este, fiel á su costumbre de trasnochar, acababa de entrar y de bañarse y se disponía á acostarse.

—Tengo que darte una noticia—le dijo á su sobrino apenas le vió.—He estado en casa de Tulio Senecio, en donde encontré al César. La Augusta tuvo la ocurrencia de llevar consigo al niño Rufio, no sé por qué; quizá para ver si su infantil belleza ablandaba el corazón de Nerón. Desgraciadamente, el muchacho estaba cansado y soñoliento y se durmió durante la lectura, como en ocasión parecida le ocurriera á Vespasiano. «Barbas de cobre» le vió dormido, y, para castigar tal desacato, le tiró á la cabeza una copa, hiriéndole gravemente. Popea se desmayó, y todos oyeron á Nerón decir:

«—Estoy ya harto de este chiquillo».

Comprenderás que esta frase equivale á una sentencia de muerte.

—El castigo de Dios hiere á Popea —dijo Vinicio.—¿Pero á mí qué me importa todo eso?

—Te lo cuento para que te hagas cargo de que si Popea os ha perseguido con su odio á ti y á Ligia, preocupada ahora con su propia desgracia quizá prescinda de su afán de venganza y se ablande. Esta noche la veré y hablaré con ella.

—Gracias, Petronio; me has dado una buena nueva.

—Ahora, báñate y duerme. Tienes amoratados los labios y no eres ni la sombra de ti mismo.

—¿Sabes cuándo será el primer *ludus matutinus?*

—Dentro de diez días. Pero antes que la Mamertina desocuparán otras prisiones. Cuanto más tiempo tengamos disponible, mejor. Todavía no se ha perdido todo.

Esto decía el Arbitro, pero no lo creía; al contrario, tenía muy presente la rebuscada contestación del César comparándose con Bruto cuando Aliturо intercedió por Ligia, y sabía que ya no había salvación para la doncella. Con el propio piadoso fin le ocultó que se había informado en casa de Senecio de que el César y Tigelino habían acordado escoger para ellos y para sus amigos las más lindas doncellas cristianas, ultrajarlas antes del martirio y entregar las demás el día del espectáculo á los soldados pretorianos y á los guardianes de las fieras.

Además, estaba convencido de que su sobrino no querría sobrevivir á Ligia, y le animaba por cariño y porque deseaba que, si Vinicio buscaba refugio en el seno de la muerte, muriera hermoso y no con el rostro ajado por el dolor y las vigilias.

—Hoy—le dijo al joven,—le hablaré á la Augusta, pidiéndole que salve á Ligia para ti y ofreciéndole en cambio salvar para ella á Rufio. Y te aseguro que procuraré hacerlo como lo digo. Tratándose de Enobarbo, una palabra oportuna puede salvar ó perder á una persona. De todos modos ganaremos tiempo.

—Gracias—repitió Vinicio.

—La mejor manera de demostrarme tu agradecimiento es que comas y duermas. ¡Por Atenea! Odiseo no prescindió jamás del alimento ni del sueño, aun en sus días de mayor tribulación. Tengo por seguro que has pasado toda la noche en la cárcel.

—No; quise entrar, pero han dado orden de que nadie pase. Procura averiguar, Petronio, si esa orden es sólo para hoy ó si durará hasta que los juegos empiecen.

—Lo averiguaré esta noche y mañana temprano lo sabrás; indagaré también la causa que la ha motivado. Ahora, aunque agobiado por la pena se hunda Helios (el Sol) en las regiones de Cimeria (las tinieblas), voy á acostarme y te aconsejo que hagas lo propio.

Despidiéronse tío y sobrino; pero

éste, en vez de seguir los consejos de aquél, se fué á la biblioteca y escribió una carta para Ligia, llevándola luego personalmente al pretoriano cristiano.

Tomóla el soldado y á poco volvió y dijo al mancebo:

—Ligia te saluda y hoy mismo te entregaré su contestación.

Vinicio no quiso regresar á su casa; se sentó en una piedra, resuelto á aguardar la anhelada respuesta.

El Sol estaba ya muy alto y, como de costumbre, mucha gente se dirigía al *Forum* por el *Clivus Argentius* (Cuesta de los Banqueros).

Los vendedores ambulantes voceaban su mercancía, los adivinos ofrecían sus servicios á los transeuntes y los ciudadanos se acercaban á los *rostra* (tribunas) para oir á los oradores y enterarse de las novedades.

A medida que con el avanzar del día aumentaba el calor, aumentaba también el número de desocupados, los cuales se iban poniendo al abrigo de los rayos solares bajo los pórticos de los templos. Desde éstos emprendían á cada momento el vuelo bandadas de palomas, cuyo blanco plumaje brillaba herido por los rayos del Sol.

El calor, la viva luz, el rumor y el cansancio rindieron á Vinicio, cuyos párpados se cerraban abatidos por el sueño. Luchó un poco contra el sopor, levantó varias veces la cabeza, clavando la mirada en la prisión, y, por último, impotente para resistir al cansancio, se reclinó sobre una piedra, suspiró como un niño á quien le acomete el sueño después de haber llorado mucho y se quedó dormido.

Apenas cerró los ojos, soñó que era de noche, que llevaba en brazos á Ligia dormida y que atravesaban por una viña desconocida, precedidos de Pomponia Grecina, la cual les alumbraba con una linterna.

Una voz parecida á la de Petronio le decía desde lejos:

—«¡Vuelve!»

Mas él no hacía caso y continuaba andando hasta que llegó á una choza, en cuyos umbrales encontró á Pedro.

Vinicio, indicando á Ligia, le dijo al Apóstol:

—Venimos del Circo y no podemos despertarla; despiértala tú.

—Cristo la despertará—contestó el anciano.

Luego variaba la escena: el joven veía á Nerón y á Popea. Esta llevaba de la mano á su hijo Rufio, cuya ensangrentada cabeza lavaba Petronio. Veía también un banquete, en el que tomaban parte muchos augustanos y á Tigelino echando cenizas en los exquisitos manjares que devoraban Vitelio y otros comensales.

A este banquete asistía Vinicio con Ligia. Por entre las mesas se paseaban leones con las fauces ensangrentadas. La doncella le rogaba que se la llevara lejos de allí; pero él, medio desvanecido, no podía moverse.

Las visiones de este ensueño fueron haciéndose cada vez más confusas, hasta que acabaron por esfumarse y desvanecerse entre densas tinieblas.

El ruido de la calle despertó por último al mancebo.

La concurrencia era numerosa y Vinicio vió, cuando abrió los ojos, á dos corredores vestidos de amarillo, que provistos de largas varas daban voces y abrían paso entre la muchedumbre á una rica litera conducida por cuatro fornidos esclavos egipcios. En la litera y vestido de blanco iba un hombre, cuyas facciones era casi imposible distinguir porque un rollo de papiro, que el desconocido leía atentamente, le tapaba el rostro.

—¡Paso á un noble augustano!—exclamaban los corredores.

El augustano bajó un instante el papiro, asomó la cabeza y dijo:

—Apalead á esa canalla.

Mas al ver á Vinicio, retiró vivamente la cabeza y tornó á engolfarse en la lectura.

El tribuno se restregó los ojos, dudando de lo que veía, porque en el au-

gustano había reconocido á Chilón. Entonces comprendió muchas cosas que antes no lograba explicarse.

Ya se disponían los egipcios á proseguir su interrumpido camino, cuando el joven patricio se acercó á la litera y dijo:

—Chilón, te saludo.

—Salud, joven—contestó el griego con petulancia y esforzándose por aparentar una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.—No me detengas, porque tengo prisa por ver á mi noble amigo Tigelino.

Apoyóse Vinicio en la litera y clavando en Chilón una mirada, le dijo en voz baja:

—Tú has entregado á Ligia.

—¡Oh, Coloso de Memnón!—exclamó el griego asustado.

Mas, como la mirada de Vinicio no era amenazadora, el taimado Chilón se tranquilizó pronto. Además, contaba con la protección de Tigelino y la del propio César, poder que aterraba á todos, tenía cerca algunos esclavos robustos y Vinicio estaba indefenso y quebrantado por el peso del sufrimiento; no había, pues, motivo para asustarse.

Miró á Vinicio atrevidamente, con ojos cuyos párpados estaban enrojecidos, y le contestó en voz baja también.

—Y tú mandaste que me azotaran cuando me estaba muriendo de hambre.

—Fuí injusto—replicó sordamente el tribuno.

Irguióse Chilón y castañeteando los dedos, lo cual era en aquel entonces signo de burla y desprecio, contestó en voz alta para que todos le oyeran:

—Amigo, si quieres pedirme algo ve á mi casa, al Esquilino, por la mañana, que es mi hora de recibir á conocidos y á clientes.

E hizo señas á los esclavos para que continuaran andando.

Los egipcios agitaron sus varas exclamando:

—¡Paso al noble Chilón Chilónides!

## LIV

Ligia le escribió á Vinicio una larga carta, despidiéndose de él para siempre. Sabía que estaba prohibida la entrada en la prisión y por consiguiente vería al joven por vez postrera cuando la condujeran al Circo. Por eso le rogaba que no dejara de asistir al espectáculo el día del suplicio, para verle por última vez.

La carta no revelaba la más ligera sombra de temor; al contrario: decía la doncella, que tanto ella como sus compañeros anhelaban el supremo instante de verse libres de las pesadas cadenas de la vida deleznable. «Que Cristo—escribía—me liberte en vida ó después de mi muerte es igual; El me ha hecho tu prometida por boca del Apóstol y tuya soy para siempre.»

Le rogaba que no dejaran de concurrir al espectáculo Pomponia y Aulio.

Cada frase de su carta demostraba la exaltación de ánimo y el desprendimiento de la vida que era norma á la sazón de todos los cristianos; y como la muerte no era para ella más que un tránsito, le rogaba al tribuno que no llorara ni se dejara dominar por la pena. Llena de infantil confianza, le decía que tan pronto como terminado su martirio se hallara en presencia de Cristo, le rogaría que le permitiera volver por un instante al lado de su prometido Marco para consolarle, para asegurarle que estaba viva, que no se acordaba ya de su martirio y que era dichosa.

La epístola, dulce y serena, respiraba felicidad y esperanza. Sólo un ruego referente á asuntos terrenales aparecía en ella: expresaba la doncella el deseo de que Vinicio recogiera su cuerpo en el *spoliarium* (1) y le dic-

(1) Depósito del Circo destinado á los cuerpos de los que sucumbían en las luchas con los hombres ó con las fieras.

ra sepultura en la misma tumba en donde él reposaría cuando muriera.

Vinicio leyó la carta con el corazón desgarrado; pero creyendo siempre que Cristo tendría misericordia de la doncella y que ésta no moriría destrozada por las fieras. La fe y la esperanza no le abandonaban.

Cuando regresó á su casa tornó á escribirle á Ligia, diciéndole que abrigaba la esperanza de que Cristo la salvaría, aunque fuera en el Circo; que todos los días pasaría por la prisión, con la esperanza de que Cristo derrumbara los muros; que el Apóstol rogaba por ella y no era de creer que Cristo le desoyera; y que, por consiguiente, se acercaba la hora de la liberación.

Por la mañana, cuando Vinicio llegó á la cárcel, el centurión que debía hacerse cargo de la carta se acercó á él y le dijo:

—Oyeme, señor: aunque Cristo te proporciona horas terribles, no te escatima su gracia. Los libertos de César y del Prefecto vinieron anoche á elegir doncellas cristianas, á las cuales aguardaba la deshonra; preguntaron por tu prometida; mas, como Dios le mandó la fiebre que hace estragos entre los presos del *Tullianum*, tuvieron que dejarla. Anoche estaba ya sin conocimiento. ¡Bendigamos por ello el nombre del Salvador! La enfermedad que la ha librado de la deshonra, puede librarla también de la muerte.

El joven tuvo que apoyarse en el hombro del soldado para no caer redondo al suelo.

—Dale gracias al Señor por su misericordia—repuso el centurión.—A Lino se lo llevaron para darle tormento; pero, al ver que se estaba muriendo, nos le devolvieron. Puede ser que ocurra lo mismo con tu amada, y luego Cristo la ponga buena.

El patricio inclinó la cabeza y calló por breves momentos.

—Dices bien—murmuró luego.—Cristo, que la libró de la deshonra, la librará también de la muerte.

El mancebo permaneció hasta la tarde contemplando los muros de la prisión. Cuando volvió á su casa, mandó gente en busca de Lino, con orden de que le condujeran á una de sus quintas.

Petronio, por su parte, no se descuidaba; fué á ver por segunda vez á Popea y la encontró á la cabecera de su hijo Rufio.

Este deliraba; tenía fiebre, producida por la herida que recibiera en la cabeza. Su madre, aterrada y desesperada, hacía los mayores esfuerzos por salvarle, pensando con horror que si lo lograba quizá sería para que la infeliz criatura pereciera de muerte más terrible.

No quería oir hablar de Vinicio ni de Ligia, pues su dolor la hacía insensible á todo; pero Petronio la asustó diciéndole:

—Has ofendido á una divinidad nueva y desconocida. Según dicen, adoras al Jehová de los hebreos. Los cristianos sostienen que Cristo es hijo suyo. Reflexiona, Augusta; siendo esto así, ¿no te perseguirá ahora el enojo del Padre? ¿Quién puede asegurar que no es su venganza la que te hiere? ¿Quién sabe si la vida de Rufio depende de tu proceder para con ellos?

—¿Qué me aconsejas?—preguntó Popea aterrada

—Que desagravies á las deidades ofendidas.

—¿Cómo?

—Ligia está enferma. Influye con César ó con Tigelino para que se la entreguen á Vinicio.

—¿Crees que podré conseguirlo?—preguntó con desaliento la Augusta.

—Si no lo logras, intenta otra cosa: si Ligia sana morirá en el Circo. Ve al templo de Vesta y ordena á la *Virgo Magna* (Gran Vestal) que se coloque junto al *Tullianum*, como por casualidad, cuando conduzcan á los prisioneros á la muerte, y pida que le entreguen la doncella. La Gran Vestal no te negará este servicio.

—¿Y si Ligia muere de la fiebre?

—Los cristianos dicen que Cristo es vengador, pero justiciero; puede ser que consigas aplacar su enojo con las buenas intenciones que demuestres yendo en auxilio de Ligia.

—Si es como dices, que me prometa que salvará á Rufio.

—¡Oh, Augusta!—replicó Petronio, encogiéndose de hombros.—No vengo á verte como embajador de Cristo; me he limitado á decirte que procures estar en paz con todos los dioses, sean éstos romanos ó extranjeros.

—Iré — dijo Popea con dolorido acento.

—Algo he conseguido—pensó el Arbitro.

Y cuando vió á su sobrino, le dijo:

—Pídele á tu Dios que Ligia no muera de la fiebre; pues si de ella se salva, la Gran Vestal reclamará su liberación en el momento en que la vayan á conducir al Circo. La Augusta en persona se lo pedirá así.

—Cristo la salvará—replicó Vinicio, mirándole con ojos de iluminado.

Popea, que por la salud de su hijo estaba dispuesta á ofrecer hecatombes á todos los dioses habidos y por haber, fuése aquella misma noche en derechura al *Forum*, en busca de las vestales, dejando el enfermito al cuidado de su fiel nodriza Silvia.

La sentencia de muerte de la infeliz criatura estaba ya dictada. Tan pronto como la litera de Popea desapareció por la puerta del palacio, dos libertos del César entraron en el aposento, amordazaron á Silvia, le dió uno de ellos un golpe en la cabeza con una estatua de bronce de la Esfinge, y la pobre mujer cayó sin vida. Luego se acercaron al niño. Este, presa de la fiebre, casi no se daba cuenta de nada y entreabrió los hermosos ojos, sonriendo á sus verdugos como si quisiera reconocerlos.

Le ataron al cuello el cinturón de la nodriza y le estrangularon, sin que la pobre criatura pudiera proferir más que una palabra: el nombre de su madre.

Le envolvieron en una sábana, montaron á caballo y se llevaron el cadáver á Ostia. Allí arrojaron el cuerpecito al mar.

Popea, entretanto, no encontró á la Virgo Magna, que estaba con otras vestales en casa de Vatinio, y se volvió al Palacio.

Al ver vacío el lecho de su hijo y muerta á Silvia, cayó desmayada.

Cuando volvió en sí empezó á dar gritos, y ni en toda la noche cesaron sus desesperados alaridos ni al siguiente día dió tregua á su dolor; pero, al tercero, tuvo que asistir por orden del César á un festín que se celebraba. Y tomó parte en la fiesta, ataviada con su túnica de color de amatista, y con el rostro, que parecía el de una estatua de mármol, coronado por la rubia cabellera; estaba hermosa y siniestra como el ángel de la muerte.

## LV

Antes de que los Flavios construyeran el Coliseo, eran de madera todos los circos de Roma; por eso fueron fácilmente destruídos por el incendio. Nerón mandó levantar varios anfiteatros para que se celebraran los juegos prometidos, y entre ellos uno colosal, digno de los espectáculos que se preparaban. Para construirlo trajeron por agua desde la faldas del Atlas, donde fueron cortados, innumerables y grandísimos troncos de árboles. Había el propósito de que los juegos superaran en esplendor á todos los anteriores y se quería que el número de víctimas fuera asombroso. Por lo tanto, la capacidad del gran circo era extraordinaria. Trabajaban día y noche millares de obreros en la construcción y ornamentación del edificio y se contaban maravillas: tenía columnas con incrustaciones de bronce, marfil, nácar, concha y ámbar; múltiples tuberías, por las que circulaba agua helada procedente de las montañas, habían sido emplazadas á lo largo de las graderías pa-

ra mantener fresca la temperatura á pesar de los fuertes calores del verano. Inmenso *velarium* (toldo) de púrpura defendía á los espectadores de los rayos del sol. De trecho en trecho, entre los asientos, habían colocado pebeteros, en los que se quemarían perfumes de la Arabia: y en lo alto, ingeniosos aparatos, hábilmente dispuestos, derramarían sobre el público menuda lluvia de agua de azafrán y de verbena.

Severo y Céler, arquitectos famosos, se habían esmerado en la edificación de aquel anfiteatro, tanto por hacer algo extraordinario y superior, como porque tuviera dimensiones dignas de los espectáculos nunca vistos á que se le destinaba.

El día en que iban á empezar los *ludus matutinus*, inmensa muchedumbre se agolpaba desde el alba, aguardando que abrieran las puertas y oyendo con deleite los rugidos de los leones, el ronco gruñir de las panteras y los aullidos de los lobos.

Cuarenta y ocho horas hacía que no se les daba alimento á las fieras, y para excitarles más se les enseñaban pedazos de carne fresca y ensangrentada. Había momentos en que era tan formidable el coro de rugidos, que la plebe que se agolpaba á las puertas del Circo no podía entenderse en sus conversaciones y los tímidos palidecían de miedo.

Al salir el sol se oyó un canto apacibe y armonioso.

La gente escuchaba asombrada y decía:

—¡Son los cristianos! ¡Los cristianos!

Así era. La noche anterior habían llevado á muchos de ellos al Circo; mas no todos procedían de la misma prisión; de cada una habían sacado un grupo. Y había tantos, que aunque los echaran á las fieras por centenares los juegos durarían semanas y quizá meses. El número que llevaron para el espectáculo del primer día era tan crecido, que se dudaba de poder dar fin de todos.

El coro de hombres, mujeres y niños, que entonaban el himno matinal, era tan nutrido, que á juicio de los inteligentes en tales fiestas, aunque salieran á la arena por tandas de doscientos, las fieras se cansarían de destrozar y el espectáculo no se terminaría antes de que anocheciera.

Otros opinaban que las tandas numerosas de víctimas estropeaban los juegos, porque mareaban al público, que no sabía dónde fijar la atención, impidiéndole así el verdadero goce del espectáculo.

A medida que se acercaba el instante de abrir los vomitorios (puertas y crujías) se acaloraban las discusiones acerca de los detalles de los juegos: unos sostenían que los tigres eran más ágiles que los leones, en lo tocante á destrozar víctimas, y otros defendían lo contrario; y de esta disparidad de pareceres nacían las apuestas.

Algunos aseguraban que el espectáculo comenzaría con luchas de gladiadores, dando así motivo á nuevas apuestas; había partidarios de los samnitas, de los galos, de los mirmilones, de los tracios y de los *retiarii* (1).

Poco después de anochecer llegaron al Circo los gladiadores, en grupos capitaneados por los maestros llamados *lanistæ*. Para economizar las fuerzas iban desarmados y muchos completamente desnudos. Llevaban en la mano verdes ramas ó en la cabeza coronas de flores. Todos eran jóvenes, hermosos y exuberantes de vida. Sus cuerpos, engrasados con aceite de oliva, aparecían lustrosos, eran membrudos y recios, parecían tallados en mármol y encendían el entusiasmo de aquella gente, admiradora de la belleza. Muchos tenían amigos entre el pueblo, y con frecuencia se oían exclamaciones como ésta:

---

(1) Los *retiarii* se llamaban así porque iban provistos de una red, en la que procuraban enredar al gladiador con quien luchaban. Como arma ofensiva llevaban un tridente.

—¡Dame un abrazo, antes de que me lo dé la Muerte!

Y desaparecían por aquellas puertas, cuyos umbrales quizá no volverían á cruzar.

En pos de los gladiadores llegaron los *nastigophori*, una de cuyas misiones era hostigar á los combatientes flojos con ciertos látigos de que iban provistos.

Detrás, en interminable fila, rodaban hacia el *spoliarium* muchísimos carros arrastrados por mulas y cargados de ataúdes de madera. La gran copia de éstos alborozó á la muchedumbre, que de la enorme cantidad de cajas fúnebres deducía la importancia del espectáculo.

Siguiendo á este lúgubre convoy iban los encargados de rematar á los heridos en el *spoliarium*, disfrazados de Carontes y de Mercurios.

A continuación, los acomodadores y los que debían cuidar del orden en el Circo; luego, los esclavos repartidores de comestibles y bebidas; y por último, los pretorianos, que se colocaban en el anfiteatro, cerca de la persona del César.

Abriéronse, por fin, los vomitorios y empezó á entrar la muchedumbre; pero era tanta, que pasaron horas antes de que penetrara todo aquel gentío. Imposible parecía que hubiera sitio para tan extraordinaria concurrencia.

Las fieras empezaron á rugir con más furor: olfateaban más de cerca las emanaciones de la multitud, que con ensordecedor ruido se iba acomodando en el inmenso Circo.

Presentóse el Prefecto de la ciudad rodeado de los *vigili*, y en seguida aparecieron, formando larguísima fila, las literas de los senadores, cónsules, pretores, ediles, funcionarios palatinos, oficiales pretorianos, patricios y damas elegantes.

Delante de algunas literas iban lictores que llevaban la segur entre un haz de varas; á otras las precedían grupos de esclavos. Los dorados de todas, las telas blancas y de colores, los aretes y el pulido metal de las mazas, brillaban al sol, formando esplendoroso conjunto.

De vez en cuando, estallaban en el interior del Circo las aclamaciones con que el pueblo acogía á los grandes dignatarios.

De los últimos en llegar fueron los sacerdotes de los diferentes templos; á poco, entraron las sagradas vírgenes de Vesta, precedidas por lictores, y sólo faltaba la presencia del César para que el espectáculo pudiera empezar.

Nerón no quería hacer aguardar al pueblo, porque procuraba granjearse su simpatía; poco tardó, pues, en presentarse con la Augusta y rodeado de sus fastuosos augustanos.

Con éstos venía Petronio, que traía en su litera á Vinicio.

El joven patricio sabía que Ligia estaba gravemente enferma y privada de conocimiento; mas como habían sido relevados los guardias de la prisión, á la que nadie podía acercarse porque las órdenes eran cada día más severas, y aquéllos tenían la consigna de no comunicar noticias de los presos á las personas que las pedían, el mancebo ignoraba si entre las víctimas destinadas al espectáculo del primer día se contaba su amada Ligia. Además, los cristianos saldrían á la arena en grupos y envueltos en pieles de fieras cosidas sobre el cuerpo, y, por consiguiente, no sería fácil reconocer á determinada persona entre tantas y de tal suerte disfrazadas.

El mancebo había sobornado á los carceleros y á los sirvientes del Circo, conviniendo con los guardianes de las fieras en que esconderían á la doncella en cualquier rincón obscuro, á fin de poder entregársela por la noche á personas seguras que él enviaría expresamente para que con el mayor sigilo la condujeran á los Montes Albanos.

Petronio, que estaba informado del plan, aconsejó á su sobrino que se presentara en el Circo y que, aprovechando la confusión, se escabullera, yendo á los subterráneos para indicarles á los guardianes quién era la joven que debían esconder y evitar así una equivocación funesta.

Hízolo el joven como su tío le aconsejaba y los sirvientes le dieron entrada por una puertecilla.

Ciro, uno de los guardianes, le condujo al lugar en donde estaban los cristianos y le dijo:

—Señor, no sé si encontrarás á la persona que buscas. Hemos preguntado por la doncella llamada Ligia y nadie nos dá razón de ella, quizá porque no les merecemos confianza.

—¿Hay muchos cristianos aquí?

—Muchos, señor; habrá que dejar algunos para mañana.

—¿Y enfermos, hay?

—No; ó por lo menos no he visto á ninguno que no pudiera tenerse en pie.

Abrió Ciro una puerta y entraron en una amplia sala subterránea, baja de techo y obscura, pues sólo recibía la escasa luz que podía filtrarse por unas estrechas aberturas enrejadas que daban á la arena.

En aquella semiobscuridad nada pudo distinguir el tribuno al pronto; pero oyó confuso murmullo de voces humanas y los gritos de la plebe, que penetraban en aquel sombrío lugar por los enrejados tragaluces.

Cuando sus pupilas se acostumbraron á la vaga penumbra del subterráneo, comenzó á entrever grupos extraños, formados por seres que parecían lobos y osos con voz humana: eran los cristianos destinados á morir en el Circo, que habían sido envueltos en pieles de animales. Unos estaban en pie; otros oraban, puestos de rodillas.

Había mujeres con los cabellos sueltos y envueltas en pieles de lobo, que tenían en los brazos á sus tiernos hijos, vestidos lo mismo que ellas.

A pesar de tales disfraces, que hubieran parecido grotescos si no fueran horribles, veíanse rostros serenos y ojos que brillaban con alegría sobrehumana; se comprendía que aquellos desdichados, abstraídos ó extáticos, no percibían las sensaciones del mundo exterior y eran insensibles á cuanto les rodeaba y á todo lo que pudiera acontecerles. Unos rezaban en alta voz; otros permanecían arrodillados y silenciosos. Al oir á Vinicio, que les preguntaba por Ligia, le miraban atónitos, como si despertaran de un sueño, le sonreían, recomendándole por señas el silencio, y le indicaban con el dedo la reja, por donde penetraba un débil rayo de luz.

Los niños lloraban asustados de los rugidos de las fieras, los aullidos de los perros, los gritos de la multitud y el espantoso aspecto que ofrecían sus padres disfrazados de animales feroces.

Vinicio avanzaba acompañado por Ciro, examinando con ansia todas las caras, buscando afanoso, interrogando á unos y á otros; á cada paso tropezaba en un desgraciado que había caído medio asfixiado por falta de oxígeno, sofocado por el calor ó agobiado por la fiebre. De pronto oyó una voz conocida y se detuvo. Entonces vió á Crispo. Se abrió paso entre la masa humana, acercóse al austero anciano y le oyó que decía:

—¡Se acerca el último instante! ¡Arrepentíos de vuestros pecados! El que cree que con la muerte se redime incurre en nuevo pecado y arderá en el fuego eterno. Cada nuevo pecado renueva el martirio de Cristo; ¿cómo queréis que el solo hecho de morir os lave de todas vuestras culpas? Justos y pecadores morirán hoy igualmente; pero el Señor elegirá á los suyos. ¡Ay de vosotros! ¡Los leones destrozarán vuestras carnes; pero no destrozarán con ellas vuestros pecados! El Señor fué misericordioso dejándose crucificar por vosotros; mas hoy resurge el juez y ha llegado la hora de la justicia y del castigo de vuestras culpas. Por consiguiente, el que haya creído purificarse de todo pecado con el martirio, ha blasfemado de la justicia de Dios. La misericordia ha concluído y empieza la cólera divina.

Pronto compareceréis ante el tremendo juez que únicamente absuelve á los buenos. Arrepentíos de vuestras culpas, pues las puertas del infierno se

abren para recibiros. ¡Cónyuges, ay de vosotros! ¡Ay de vosotros, padres! ¡Ay de vosotros, hijos!

Y extendía las descarnadas manos, impávido é implacable ante la muerte.

—¡Sí, sí! ¡Nos arrepentimos de nuestros pecados! —murmuraron en torno.

Luego reinó el silencio, interrumpido por el llanto de los niños y los golpes de pecho que se daban los aterrados penitentes, gimiendo el *mea culpa*.

A Vinicio se le heló la sangre en las venas: cifraba toda su esperanza en la misericordia divina y acababa de oir que ni el martirio bastaba para alcanzar el perdón.

Como un relámpago cruzó por su cerebro la idea de que Pedro, en aquel momento supremo, habría empleado un lenguaje muy diferente del que usaba el fanático y austero Crispo. Sin embargo, las palabras terribles del anciano, la vista de tantas víctimas esperando el martirio, el terrorífico aspecto del subterráneo débilmente alumbrado por tenue rayo de luz y la inminencia del instante terrible, le causaban pavorosa angustia; este conjunto le parecía espantoso, mil veces más que la batalla más sangrienta á que él asistiera. El calor y las emanaciones de aquel antro le impedían respirar con libertad y frío sudor bañaba su frente. Llegó un momento en que temió caer desmayado como las víctimas con que tropezara al recorrer el lóbrego subterráneo en busca de Ligia.

Y empezó á dar voces llamando á la doncella y á Urso, con la esperanza de que le contestaran, si no ellos, alguien que los conociera.

Un hombre forrado con piel de oso le tiró de la toga y le dijo:

—Señor, Urso y la joven se quedaron en la prisión. Ella estaba enferma y acostada.

—¿Quién eres?—le preguntó el tribuno.

—El cantero en cuya cabaña te bautizó el Apóstol. Hace tres días que me encarcelaron y hoy moriré. Yo te conduje á la viña, ¿lo recuerdas? Allí predicaba el Apóstol.

—Sí, lo recuerdo—contestó el joven, respirando con más tranquilidad porque no estaba Ligia en aquel antro.

Y le dió gracias á Dios por no haberla encontrado.

—Le vi—repuso el cantero,—el día anterior al de mi prisión y me aseguró que vendría al Circo á bendecirnos á todos en el suplicio. ¡Ah, si yo pudiera verle en el momento supremo y que él me bendijera, moriría más contento!... Si sabes dónde está, dímelo.

Vinicio contestó en voz baja:

—Está entre la gente de Petronio, vestido de esclavo. No sé en dónde se han colocado, pero luego le veré. Mírame tú cuando entres en la arena y te lo indicaré con los ojos.

—Te lo agradezco mucho, señor. Que la paz sea contigo.

—Que el Salvador tenga misericordia de ti.

—*Amen.*

Salió Vinicio del *cuniculum*, fué al anfiteatro y se colocó al lado de Petronio, el cual le preguntó:

—¿La has encontrado?

—No está—contestó el mancebo.—Se quedó enferma en la cárcel.

—Se me ha ocurrido una idea—repuso el Arbitro.—Pero mientras te hablo mira á Nigidia, por ejemplo, para que se figure que comentamos su traje ó su peinado. Tigelino y Chilón nos observan. Escúchame: arregla las cosas de manera que metan á Ligia en un ataúd y que se la lleven de noche con los demás cadáveres. ¿Adivinas lo demás?

—Sí.

Tulio Senecio interrumpió el diálogo preguntando:

—¿Sabéis si los cristianos saldrán con armas?

—Lo ignoramos—respondió Petronio.

—Me gustaría que se las dieran, porque si no la arena se convertirá rápidamente en una carnicería. ¡Y qué

hermoso golpe de vista presenta el Circo!

Admirable era, efectivamente: las graderías inferiores estaban ocupadas por numerosos espectadores vestidos con togas y blanqueaban como la nieve. En el dorado *podium* (palco del César) estaba Nerón, con collar de diamantes en el cuello y corona de oro en la cabeza. A su lado veíase á Popea, hermosa y sombría, y á derecha é izquierda, vestales, grandes dignatarios, senadores con bordadas togas, jefes militares con sus relucientes armas; todo, en fin, lo que representaba la grandeza, la opulencia y el brillo de la sociedad romana.

En las últimas filas se apiñaban los patricios y en las graderías altas el pueblo, formando una masa obscura y compacta, sobre la cual se erguían los gallardetes y los mástiles revestidos de hiedra y adornados con guirnaldas de olorosas flores que se extendían de unos á otros.

La gente del pueblo hablaba á voces, se llamaban desde lejos y se reían de las agudezas que circulaban de boca en boca ó pataleaban con impaciencia, pidiendo que comenzara pronto el espectáculo.

El golpear con los pies fué aumentando progresivamente hasta convertirse en ruido atronador; entonces el Prefecto de la ciudad recorrió la arena seguido de su brillante séquito y luego hizo una señal que el público en masa acogió con un prolongado ¡Aaaah!...

Los espectáculos de este género empezaban generalmente con una cacería de fieras, en la que lucían su destreza algunos bárbaros del Norte y del Sur; pero en la ocasión presente comenzaron los juegos con una lucha de *andabates*, nombre que se daba á ciertos gladiadores que llevaban el yelmo completamente cerrado, sin abertura para los ojos, y que, por lo tanto, peleaban á ciegas.

Presentáronse en la arena hasta una docena de ellos; los *mastigophori* los hostigaban para conseguir ponerlos en contacto á unos con otros.

El público elegante miraba con indiferencia la lucha, considerándola despreciable; pero la plebe se divertía viendo los desatentados movimientos de los combatientes y engañándolos con sus indicaciones, equivocadas adrede, pues les decían que fueran hacia la derecha, cuando debían dirigirse á la izquierda, y viceversa. Y á todo esto se reían á carcajadas.

Sin embargo, mientras la plebe se divertía de esta manera, se verificaban algunos encuentros, corría la sangre y los combatientes más esforzados, arrojando el escudo y cogiéndose recíprocamente de la mano izquierda, para no separarse, se asestaban con la diestra golpe tras golpe, hasta morir ó matar.

Los que caían alzaban las manos pidiendo gracia al público; pero éste no la otorgaba generalmente, sobre todo, á los *andabates*, que por la circunstancia de llevar tapada la cara, nadie los conocía, y por consiguiente, tampoco despertaban el menor interés.

El número de combatientes disminuyó poco á poco. Cuando sólo dos quedaban en la arena, les empujaron para que se juntaran; cayeron ambos y en tierra se acuchillaron encarnizadamente, hasta que se les acabó la vida.

Resonó entonces la voz de «*¡Peractum est!*»

Los encargados de retirar los cadáveres se llevaron los inanimados cuerpos de los *andabates*. Salieron unos muchachos y con rastrillos borraron de la arena las manchas de sangre, esparciendo luego en el suelo hojas de azafrán.

Iba á dar comienzo la segunda parte; un combate más importante, que despertaba el interés de la plebe y el del público elegante y que daba ocasión á que se cruzaran apuestas enormes, en las que algún joven patricio comprometía todo su caudal.

Las tabletas en que se apuntaba el nombre del gladiador predilecto y la

cantidad de sestercios que cada uno de sus partidarios apostaba por él, iban pasando de mano en mano.

Los veteranos, es decir, los luchadores que habían alcanzado ya muchos triunfos en el Circo y á los cuales se denominaba *Spectate*, eran los favoritos; pero los gladiadores noveles tenían también sus partidarios, que apostaban por ellos con la esperanza de ganar muchísimo dinero si salían victoriosos.

En las apuestas tomaba parte todo el mundo: el César, los sacerdotes, las vestales, los senadores, los caballeros y el populacho. Y era tanto el afán de apostar, que los plebeyos, cuando perdían todo lo que poseían, apostaban la propia libertad; seguían ansiosos las peripecias del combate, y más de un hombre hacía votos en voz alta á los dioses, implorando su protección para determinado gladiador.

Cuando sonó el agudo toque de las trompetas, el más profundo silencio reinó en el Circo. Todas las miradas fueron á clavarse en las enormes cerraduras de una puerta, á la cual se acercó un hombre disfrazado de Caronte y descargó tres recios martillazos, como para llamar á morir á los luchadores.

Abriéronse lentamente las dos hojas de aquella puerta y del obscuro fondo empezaron á salir, avanzando en grupos de á veinticinco, gladiadores tracios, mirmilones, galos y samnitas, reunidos por nacionalidades y pesadamente armados. Detrás de ellos venían los *retiarii* con la terrible red en una mano y el tridente en la otra.

Al verles prorrumpió el público en frenéticos aplausos y en prolongado clamoreo de júbilo. Por todas partes se veían rostros excitados, manos que aplaudían y bocas que gritaban.

Los gladiadores dieron una vuelta alrededor de la arena con acompasado y firme paso, hermosos con sus brillantes armaduras; se detuvieron ante el palco del César, serenos y altivos, y cuando el agudo son de un cuerno acalló el rumoroso clamoreo, extendieron la diestra, levantaron la cabeza y con la mirada fija en el César salmodiaron este saludo:

*Avé, Cesar Imperator,*
*Morituri te salutant!* (1)

Luego fueron á ocupar sus respectivos sitios en la ancha arena.

La lucha debía verificarse por grupos; pero antes, los combatientes más afamados tenían derecho á trabar singular combate, en el que lucían su fuerza y destreza.

Formaba parte del grupo de los galos un gladiador conocidísimo, llamado Lanio (El Carnicero), vencedor en muchos juegos. Con su yelmo y su coraza, que brillaban al sol, parecía en medio de la dorada arena un fantástico y gigantesco escarabajo.

El *retiarius* Calendio, cuya fama no cedía á la de Lanio, le salió al encuentro.

Entonces se desencadenó el furor de las apuestas.

—¡Quinientos sestercios por el galo!

—¡Quinientos por Calendio!

—¡Mil sestercios!

—¡Dos mil!

Cuando Lanio llegó al centro de la liza, empezó á retroceder blandiendo la espada, é inclinando la cabeza observaba atentamente al adversario al través de las aberturas de la visera.

Calendio, ágil, esbelto y de formas esculturales, estaba completamente desnudo y sólo llevaba una faja alrededor de la cintura. Dió con rapidez algunas vueltas en torno de su vigoroso adversario, agitando á la vez la red con graciosos movimientos y alzando y bajando el tridente, mientras que canturreaba este estribillo propio de los *retiarii*:

*Non te peto, piscem peto;*
*Quid me fugis, galle?* (2)

---

(1) ¡Salve, César Emperador,
Los que van á morir te saludan!

(2) No te busco á ti, busco un pez;
¿Por qué huyes de mí, galo?

Mas Lanio no huía de él: firme y como clavado en la arena, volvíase con movimiento casi imperceptible ya á un lado, ya al otro, para tener siempre cara á cara al enemigo. En su actitud se veía algo que infundía terror, y los espectadores comprendieron que el recio gladiador preparaba un golpe rápido y definitivo.

El *retiarius*, por su parte, avanzaba y retrocedía dando saltos y agitando el tridente con movimientos rapidísimos que hacían imposible seguirlo con la mirada. Más de una vez resbaló la terrible arma en la coraza del adversario; pero éste se mantuvo inalterable, dando prueba con su firmeza de una fuerza colosal.

El gladiador no fijaba la atención en el tridente, sino más bien en la red que daba vueltas por encima de su cabeza como un ave de mal agüero.

Los espectadores seguían con avidez las peripecias de la lucha, admirando la habilidad de los combatientes.

Cuando Lanio lo creyó oportuno, se abalanzó á su enemigo; éste esquivó el golpe con vertiginosa rapidez, se irguió, levantó el brazo y lanzó la red.

Dió el galo media vuelta sobre su propio terreno, rechazó la red con el escudo y los luchadores se separaron.

—*Macté!*—exclamaron muchos espectadores.

Y se entablaron otra vez las apuestas con mayor ardor.

César, que hablando con Rubria casi no prestaba atención al espectáculo, miró á la arena, donde el combate se reanudaba con tal arte, precisión de movimientos y serenidad tan airosa, que más que una lucha á muerte parecía un pugilato sin consecuencias.

Dos veces consiguió el galo evitar la terrible red y luego retrocedió; pero los que habían apostado contra él le gritaron indignados:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Obedeció Lanio y tornó á atacar.

De pronto se tiñó de sangre el brazo del *retiarius* y la red se le escapó de la mano.

El galo aprovechó la coyuntura y dió un salto hacia adelante para asestarle el golpe decisivo; pero Calendio, cuya imposibilidad para manejar la red era fingida, se echó á un lado, evitando el golpe, le metió entre las piernas el tridente al adversario y dió con él en tierra.

Lanio quiso levantarse, pero se encontró envuelto en la red fatal, enredándose más á cada movimiento que intentaba para desliarse.

Calendio lo clavó con el tridente en el suelo, anulando el supremo esfuerzo que aquél hizo por levantarse.

Entonces fiero y arrogante tornó la mirada al César.

Los aplausos hacían retemblar el anfiteatro y el público aclamaba frenético al vencedor. Para los gananciosos era Calendio más grande que el César; y por lo mismo, como el galo les había favorecido con su derrota, les inspiraba cierta lástima, siquiera porque les llenaba el bolsillo á costa de su sangre.

Las opiniones se dividieron: en las galerías altas la mitad de los espectadores pedía «muerte», mientras que la otra mitad pedía «gracia».

El *retiarius* aguardaba con la vista fija en el César.

Desgraciadamente para Lanio, César no le estimaba, porque en los últimos juegos había perdido, apostando contra él, sumas considerables, que Licinio se las ganó. Extendió, pues, la mano con el pulgar hacia abajo; las vestales le imitaron, y el *retiarius*, apoyando una rodilla en el pecho del vencido, sacó un cuchillo corto y de hoja triangular y se lo hundió á Lanio en la garganta hasta el pomo.

—*Peractum est!*—se oyó exclamar en las graderías.

El gladiador se estremeció, clavó convulsivamente los pies en la arena y quedó sin movimiento. Mercurio no necesitaba tocarle con el hierro candente para cerciorarse de que estaba muerto.

Lleváronse inmediatamente el cadá-

ver y salieron nuevas parejas de combatientes.

Cuando se acabaron los combates singulares, entablaron la lucha los destacamentos.

El público se interesaba vivamente en este espectáculo y sin cesar gritaba, silbaba, aplaudía, reía, y azuzaba á los combatientes; parecía presa del vértigo, de la locura.

Los gladiadores, formados en dos grupos, se acometían con feroz encarnizamiento. Chocaban los pechos contra los pechos, se juntaban los cuerpos en mortal abrazo, oíase el crujir de los miembros que se rompían; las espadas penetraban en las carnes y de las bocas amoratadas brotaban de repente borbotones de sangre que enrojecían la arena.

Algunos gladiadores novicios, despavoridos al ver tantos horrores, trataban de huir de la pelea; pero en seguida los *mastigophori* les obligaban á volver á la lucha, azotándoles con látigos que llevaban en el extremo pedacitos de plomo.

La arena se cubrió de grandes manchas obscuras, sobre las cuales caían á cada momento cuerpos desnudos con las armaduras destrozadas. Los supervivientes peleaban pisando los cadáveres, tropezaban con armaduras y escudos, se herían los pies con las armas rotas y á su vez caían; mientras que el pueblo, frenético y delirante, gritaba hasta desgañitarse, aplaudía y aspiraba con fruición las sangrientas emanaciones que iban saturando la atmósfera.

Casi todos los vencidos habían muerto; sólo quedaban con vida algunos, heridos y maltrechos, que arrodillados y temblorosos extendían las manos hacia los espectadores pidiendo misericordia.

Los vencedores recibieron como galardón ramos de oliva y coronas.

Luego hubo un intermedio de descanso, que por orden del todopoderoso César se convirtió en banquete.

Encendiéronse los pebeteros y aparatos colocados adrede lanzaron sobre la concurrencia menuda lluvia de azafrán y de violetas. Se sirvieron refrescos, carnes asadas, pasteles, vino, aceitunas y frutas.

El pueblo engullía á más y mejor, hablaba y aclamaba al César para provocar más y más su munificencia, halagando su vanidad.

Cuando todos saciaron el apetito y la sed, aparecieron centenares de esclavos con cestas llenas de regalos y á la vez muchos muchachos vestidos de Amorcillos, que repartían profusamente aquellos regalos entre los espectadores.

La distribución de billetes de lotería dió ocasión á violentas luchas, pues la plebe se agolpaba ansiosa de coger el deseado número, se golpeaba y se pisoteaba como presa del vértigo en medio de un infernal guirigay. Tal afán se explica, teniendo en cuenta que el agraciado con un premio, podía llegar á poseer una casa con jardín, un esclavo ó una fiera que podría vender fácilmente para el anfiteatro. Con tal ardor se disputaban los espectadores estos billetes, que los pretorianos tenían que intervenir á menudo para apaciguar los ánimos, y con frecuencia había necesidad de sacar del Circo, después de cada distribución, contusos y heridos, con las piernas ó los brazos rotos, y á veces, muertos.

Los ricos, naturalmente, no tomaban parte en esta arrebatiña.

Los augustanos, mientras tanto, se divertían con Chilón, el cual hacía esfuerzos inauditos por demostrar que no turbaban su serenidad aquellas escenas de horror y de sangre. Mas en vano fruncía el ceño, se mordía los labios y apretaba los puños hasta clavarse las uñas; su temperamento helénico y su ingénita cobardía le incapacitaban para presenciar serenamente aquella carnicería. Pálido y con la frente bañada en frío sudor, lívidos los labios, torcidos los ojos y castañeteando los dientes, temblaba como un azogado. Cuando terminó la lucha de

los gladiadores, logró reponerse un poco; pero sus vecinos le dedicaron una andanada de pullas que le revolvió la bilis.

—¡Hola, griego!—le decía Vatinio, tirándole de las barbas.—¡Parece que el espectáculo es superior á tus fuerzas!

El aludido fingió una sonrisa, que descubrió los dos únicos dientes que conservaba en la desguarnecida boca, y replicó:

—Mi padre no era remendón; por eso me repugna ver pieles rotas que no sabría componerlas.

—*Macté! Habet!* (¡Bien! ¡Le venció!)—exclamaron algunos.

—No es culpa suya—dijo Senecio,—si tiene por corazón un queso.

—Ni tuya—replicó el griego,—si tienes por cabeza una vejiga.

—Puede que llegues á ser gladiador. ¡Tendrías que ver, manejando una red en la arena!

—Pero si te cogiera en ella habría enredado un animal asqueroso.

—¿Qué vas á hacer cuando salgan los cristianos?—le preguntó Festo de Liguria.—¿Te gustaría ser perro para morderles?

—No quisiera ser tu hermano.

—¡Leproso de Maento, nariz de cobre!

—¡Mulo de Liguria!

—Se conoce que te pica; pero no me ruegues que te rasque.

—Ráscate tú, pero no te arranques los barros, que son lo mejor de tu persona.

Y continuaron tiroteándose con frases de este género.

El griego devolvía insulto por insulto en medio de la hilaridad general y el César aplaudía, excitando á los burlones y repitiendo:

—*Macté!*

En esto se acercó Petronio, tocó con su bastoncillo de marfil á Chilón y le dijo con glacial acento:

—Muy bien, filósofo insigne; pero has equivocado el camino: los dioses te destinaban á ratero vulgar y tú te has convertido en un demonio. La caída será tremenda y próxima.

Miróle el bellaco con sus enrojecidos ojos y no halló á mano una frase agresiva para replicarle; guardó, pues, silencio breves instantes y luego se limitó á contestar:

—Me sostendré.

El ronco sonido de las trompetas anunció que había terminado el entreacto y los espectadores volvieron á sus respectivos sitios, promoviéndose las disputas usuales entre los que encontraban sus asientos ocupados y los que indebidamente los usufructuaban.

Senadores y patricios tornaron á sus localidades, cesó pronto el ruido y se restableció el orden.

Limpiaron la arena de restos humanos los esclavos destinados á este servicio y llegó el momento de que aparecieran los cristianos.

Como el espectáculo era nuevo y nadie presumía qué actitud adoptarían los mártires, la expectación era intensa. Además, los que iban á presentarse en la arena estaban acusados de incendiarios, de envenenadores del agua en las fuentes, de bebedores de sangre de niños, de enemigos del género humano y de haber perpetrado los más abominables crímenes.

Los castigos más crueles le parecían suaves á aquel pueblo, porque los veía al través del odio que los cristianos le inspiraban y temía que la punición no fuera digna de los espantosos delitos consumados por tan terribles malhechores.

El Sol estaba ya alto y sus rayos, atravesando el *velarium* de púrpura, teñían el anfiteatro de color de rosa. Vista la arena á esta luz aparecía con destellos de fuego, y en los semblantes de los espectadores se retrataba algo terrible y siniestro. En aquella atmósfera se respiraba muerte y horror.

La muchedumbre, bulliciosa y alegre hasta entonces, tornóse hosca bajo la influencia del calor y del expectante silencio.

Por fin hizo el Prefecto la señal, y

el hombre disfrazado de Caronte que llamara á la puerta de los gladiadores, atravesó la arena y dió los tres martillazos de costumbre.

—¡Los cristianos, los cristianos!—murmuraron millares de voces.

Las férreas puertas rechinaron al abrirse y se oyó á los *mastigophori* exclamar.

—¡A la arena, á la arena!

Esta se pobló en un instante de seres indefinibles, de monstruos semifieras, semipersonas. Todos se dirigieron al centro y se arrodillaron, levantando las manos al cielo.

El pueblo creyó que pedían gracia, se indignó y comenzó á silbar y á patear, irritado por la que suponía cobardía de las víctimas; y cayó en la arena una lluvia de cántaros de vino vacíos, huesos y otros desperdicios.

La plebe aullaba furiosa:

—¡Las fieras, las fieras!

Entonces ocurrió una cosa inesperada: el compacto grupo de mártires vestidos de fieras entonó un coro, y por vez primera en un anfiteatro romano resonó solemne el himno «*Christus regnat!* (¡Cristo reina!).

Los cristianos cantaban mirando al cielo y los espectadores les oían con asombro.

El pueblo comprendió que no pedían gracia y que en aquellos solemnes momentos no veían el Circo, á los espectadores, al Senado, ni al César.

El grandioso himno, resonando más vibrante cada vez, llenaba con sus armonías el anfiteatro y se elevaba á las alturas; el público se preguntaba quién era el Cristo invocado por aquellos hombres que se disponían á morir y que tan sereno valor les infundía.

Se abrió otra puerta de hierro y salieron á la arena multitud de perros, ladrando furiosamente. Había gigantescos mastines amarillos, molosos del Peloponeso, manchados perros de caza de los Pirineos y sabuesos de Hibernia; todos hambrientos, con los ijares enjutos y los ojos inyectados de sangre. Sus aullidos hacían retemblar el anfiteatro, en mitad del cual permanecían arrodillados los cristianos.

Estos habían acabado de cantar su himno, y, como clavados en el suelo, estaban inmóviles, repitiendo á coro:

—*Pro Christo! Pro Christo!*

Los canes olfatearon la carne escondida bajo las pieles de fiera; pero no atacaron inmediatamente, sorprendidos por la inmovilidad de las víctimas. Algunos intentaron saltar á las graderías; otros corrían en torno del circo, ladrando furiosos, como persiguiendo á una fiera invisible.

El público acabó por impacientarse y lanzar voces de protesta; algunos rugían como fieras, otros ladraban como perros y muchos azuzaban á los canes con expresiones pronunciadas en todos los idiomas.

El Circo entero se estremecía, conmovido por la tempestad de gritos.

Al fin, un mastín moloso se abalanzó al grupo de mártires y le dió una dentellada en el hombro á una mujer, iniciando así el comienzo de la carnicería. Varias docenas de perros atacaron entonces á los cristianos é hicieron espantoso destrozo en aquellos desdichados.

Cesaron los aullidos del público y éste concentró la atención en el espectáculo.

Entre los ladridos se oía alguna voz que exclamaba:

—*Pro Christo! Pro Christo!*

Y mientras formaban masas movibles los cristianos y los perros que con ellos se ensañaban. La sangre brotaba á raudales de los mutilados cuerpos. Los perros se disputaban los miembros ensangrentados de las víctimas, y el olor de la sangre y el de las vísceras desgarradas dominaba ya al de los perfumes de la Arabia é invadía todo el Circo.

El número de cristianos disminuía y los pocos que quedaban arrodillados desaparecieron pronto entre la enorme y sangrienta masa.

Cuando los mártires entraron en la arena se levantó Vinicio para indicar-

le al cantero, como le había ofrecido, el sitio en donde estaba el Apóstol confundido con la gente de Petronio y mirando con cara de agonizante el espantoso espectáculo; pero se tuvo que sentar de nuevo, descompuesto el semblante y oprimido el corazón. La idea de que el cantero se hubiera equivocado y Ligia estuviera entre las víctimas le aterrorizó; mas luego, al ver que morían entonando el glorioso himno «*Pro Christo!*» y pensar que el Salvador murió también martirizado, comprendió que una gota de sangre no era nada en el mar que inundaba la arena, y que implorar misericordia podía considerarse como pecado.

Sin embargo, continuaba orando por la salvación de su amada y repitiendo con los labios secos y el corazón oprimido:

—¡Cristo, Cristo! ¡Tu Apóstol te ruega que tengas misericordia de ella!

Luego perdió toda noción de lo que ocurría y hasta del lugar en donde se encontraba: le pareció que la sangre que regaba la arena se levantaba como gigantesca ola, llenaba el Circo, rebosaba y se extendía, inundando á Roma entera. Y ya no oyó nada: ni el aullido de los perros ni los gritos del público ni las exclamaciones de los augustanos, que repetían:

—¡Chilón se ha desmayado!

—¿Se ha desmayado Chilón?—dijo también Petronio mirando al griego.

Este, desplomado en su asiento, con la cabeza echada hacia atrás, lívidos y entreabiertos los labios y pálido como un difunto, más parecía cadáver que ser viviente.

Un nuevo grupo de cristianos vestidos también con pieles apareció en la arena. Arrodilláronse como los anteriores. Mas los perros, cansados ya y ahitos, no les acometieron. Algunos, pocos, se abalanzaron á los mártires que estaban más cercanos; y los demás se echaron y se pusieron á rascarse y á bostezar.

El pueblo, inquieto en el fondo, pero feroz y ebrio de sangre, empezó á rugir ronco de furor:

—¡Los leones, los leones!

Estos estaban reservados para el día siguiente; pero en el Circo imponía el pueblo su voluntad aun al propio César. Sólo Calígula, insolente y osado, se resistió alguna vez y hasta mandó apalear al pueblo; pero fué en contadas ocasiones, pues casi siempre cedía.

A Nerón le halagaban los aplausos sobremanera y nunca se oponía á la voluntad popular; por consiguiente menos había de resistirse ahora, puesto que quería granjearse la simpatía del populacho, excitado desde el incendio, y se trataba de los cristianos, sobre los cuales quería descargar la responsabilidad de la catástrofe. Hizo, pues, la señal para que abrieran el *cubiculum*, y el pueblo se apaciguó inmediatamente.

Rechinaron las puertas del encierro de las fieras, salieron los leones sacudiendo la melena y los perros se refugiaron aullando en el extremo opuesto del circo.

Los leones eran grandes y hermosos y los augustanos los recibieron con nutridos aplausos.

El mismo Nerón quiso honrarle con una mirada y se puso en el ojo la lente de esmeralda para verlos mejor.

La plebe los contaba, señalando con el dedo, y observaba con curiosidad á los cristianos arrodillados, aguardando la impresión que les produciría á las víctimas la presencia de las fieras.

Mas los cristianos, con la vista fija en la altura, repetían tranquilos estas palabras, incomprensibles para muchos y que los indignaban á todos:

—*Pro Christo! Pro Christo!*

Y cosa extraña: los leones, aunque hambrientos, no se precipitaban sobre sus víctimas.

Los rojizos reflejos del *velarium* les deslumbraban, y entornaban los soñolientos ojos.

Unos se desperezaban, otros abrían

las fauces, como si quisieran enseñar sus terribles dientes á los epectadores.

El olor de la sangre y de los cuerpos destrozados que yacían en la arena les dió pronto en el olfato y comenzaron á inquietarse ; erizaron las melenas, dilataron las narices y aspiraron con ronco ruido las emanaciones.

Uno de ellos se acercó á una mujer que tenía destrozado el rostro, y poniéndole sobre el cuerpo las patas delanteras, empezó á lamer con la áspera lengua la sangre coagulada. Otro se dirigió hacia un hombre que tenía en brazos á un niño envuelto en la piel de un cervatillo.

La infeliz criatura temblaba de miedo, lloraba y gritaba, y se abrazaba convulsivamente al cuello de su padre. Este, queriendo prolongar, aunque sólo fuera por breves momentos, la existencia de su hijo, probó á desasirle del cuello para entregárselo á un compañero de martirio que estaba detrás de él ; pero el llanto del pequeñuelo y los movimientos del padre excitaron al león : dió un rugido y un salto, mató al niño con las garras y al padre le deshizo la cabeza con los dientes en un abrir y cerrar de ojos.

Los demás leones arremetieron al grupo de cristianos. Entre el público prorrumpieron algunas mujeres en gritos de terror ; pero la multitud los ahogó con sus aplausos.

Lo que entonces ocurrió fué indescriptible ; cabezas que desaparecían en las abiertas fauces de las fieras, pechos desgarrados, en los que quedaban al descubierto el corazón y los pulmones ; huesos que crujían entre los dientes de los leones ; animales que se alejaban con la presa en busca de un rincón obscuro donde devorarla ; otros que luchaban, levantándose sobre las patas traseras y peleándose como gladiadores, obteniéndo ruidosísimos aplausos del público...

Los espectadores se ponían en pie para ver mejor la espantosa tragedia ; algunos bajaban á los pasillos para contemplarla de cerca y se producían atroces apreturas. Hubo momento en que pareció que aquella frenética multitud se iba á lanzar á la arena, ansiosa de morder y despedazar como los leones. Oíanse á veces gritos sobrehumanos ; otras, aplausos y aullidos ; y de cuando en cuando, lamentos lastimeros.

El César miraba con la mayor atención, al través de su lente de esmeralda, el horrible espectáculo.

En el rostro de Petronio se leía la repugnancia y el desprecio.

A Chilón le habían sacado desmayado del Circo.

Entretanto, continuaban saliendo del *cubiculum* nuevas víctimas.

Pedro, el Apóstol, las contemplaba desde lo alto de las graderías. Nadie paraba mientes en él, porque la atención general se concentraba en las escenas de que la arena era teatro, y, por lo tanto, pudo el anciano levantarse del asiento y bendecir uno á uno á los mártires ; éstos se sonreían beatíficamente cuando le veían hacer en el aire la señal de la cruz. El Apóstol bendecía su sangre, su martirio, sus cuerpos inanimados y sus almas que volaban dejando en la Tierra aquel cuadro de horrores. Y decía con el corazón desgarrado :

—¡ Señor : hágase tu voluntad ! ¡ Para dar público testimonio de la verdad apuran los horrores del martirio y sacrifican la vida estas ovejas escogidas de mi rebaño ! Tú me mandaste que las apacentara ; te las devuelvo, Señor. ¡ Cuéntalas una á una, acógelas en tu seno, cura sus espantosas heridas, calma sus dolores y dales la felicidad en premio del martirio que aquí han sufrido !

Y proseguía bendiciéndolas, con el mismo cariño que si fueran sus propios hijos y los estuviera entregando en manos de Cristo.

De repente el César, ya fuera por feroz crueldad, ya impulsado por el deseo de que el espectáculo sobrepujara á todos los que hasta entonces vió Roma, le habló al oído al Prefecto de la ciu-

dad, el cual salió del *podium* y se dirigió al *cubiculum*.

El populacho vió con asombro que á poco se abría de nuevo la férrea puerta y saltaban á la arena fieras de todas especies: tigres del Eufrates, panteras de Numidia, osos, lobos y chacales, dándole á la arena aspecto de movedizo mar de pieles rayadas, amarillas y castañas. Aquello era un caos, en el que nada podía distinguirse, excepto los precipitados movimientos de tantas fieras.

A partir del tal momento, el espectáculo perdió toda apariencia de realidad, convirtiéndose en fantástica orgía de sangre, muerte y horrores; en espantosa pesadilla.

Lo que sucedía estaba muy por encima de cuanto era dable esperar. Los espectadores se creían presa del delirio, y entre el formidable estruendo de gritos, lamentos y rugidos, empezaron á dejarse oir risas espasmódicas: eran de las mujeres, que, horrorizadas, ya no tenían fuerzas para resistir más.

Entonces algunos exclamaron:

—¡Basta! ¡Basta!

Pero era más hacedero echar las fieras á la arena que sacarlas.

Sin embargo, el César discurrió un medio de desembarazar el Circo y de ofrecer á la vez nuevo entretenimiento al pueblo: en todos los pasillos que separaban unas de otras las graderías se presentaron nutridos grupos de númidas negros y fornidos, coronados de plumas, con aretes en las orejas y armados con arcos.

El pueblo adivinó lo que iba á ocurrir y acogió á los arqueros con alegre ovación.

Los númidas se acercaron al antepecho, armaron los arcos y empezaron á asaetear á las fieras; lo que constituía un espectáculo interesante y nuevo. Sus hermoso cuerpos, musculosos y esbeltos, que parecían tallados en mármol negro, movíanse con gallardía. Templaban los arcos y disparaban certeras saetas.

El zumbido característico de las cuerdas y el silbar de las flechas se mezclaban con los rugidos de las fieras y con las exclamaciones de admiración de la concurrencia.

Unos primero, otros después, osos, lobos, panteras y hombres, todos los seres que quedaban con vida, fueron cayendo bajo la lluvia de dardos.

Algunos leones, al sentirse heridos, revolvíanse furiosos para morder y quebrar la flecha que llevaban clavada; otros rugían de dolor.

Había animales que, acobardados, echaban á correr ó se tiraban de cabeza por el enrejado.

El silbar de las saetas no cesó hasta que el último de los seres vivientes que había en la arena cayó agitándose con las convulsiones de la agonía.

Entonces invadieron la arena centenares de esclavos provistos de azadas, palas, escobas, cestos y carretillas, y la limpiaron de los restos esparcidos acá y allá. Otros, con sacos de arena, entraron al punto y con mucha celeridad rellenaron los baches, nivelaron el piso y lo cubrieron con arena seca. Vino luego una legión de Amorcillos esparciendo hojas de rosa, lirios y otras flores. Encendieron nuevamente los pebeteros y recogieron el *velarium*, pues el Sol se acercaba al ocaso.

Los espectadores se miraban preguntándose qué nueva sorpresa les preparaba Nerón.

Este les sacó pronto de dudas, ofreciéndoles lo que no habían podido ni siquiera soñar; con manto de púrpura y diadema de oro, se presentó en la arena, previamente alfombrada con hojas de rosa. Llevaba en la mano un laúd de plata y le seguían doce cantores con cítaras.

Avanzó hasta el centro del Circo con paso solemne, saludó varias veces al público, elevó la mirada al cielo y se quedó inmóvil, como aguardando un rayo de inspiración. Poco después tañó el laúd y cantó lo siguiente:

«¡Oh, tú, señor de Tenedos,
de Crisópolis la hermosa

y de la envidiable Chío,
radiante hijo de Latona!
¿eres tú aquél que, teniendo
en su mano poderosa
de Ilión, la ciudad sagrada,
la guardia, égida y custodia,
pudo entregarla del griego
á la vengativa cólera,
y dejar que los altares
en que ardió la fe de Troya
á la par que el fuego sacro,
con la sangre generosa
de troyanos se tiñeran? ...
Alzábanse á ti piadosas,
¡oh, Apolo! de los ancianos
las manos débiles; locas
de dolor, para sus hijos
pidieron misericordia
con su llanto clamoroso
las tristes madres, y á todas
estas quejas lastimeras,
y del pueblo á las congojas,
¡oh, Esminteo! fuiste insensible
y duro, como la roca...»

El canto adquiría gradualmente acentos de lastimera elegía. Todo el mundo escuchaba en silencio.

Hizo Nerón una pausa y luego, verdaderamente conmovido, cantó esta estrofa:

«De tu lira celestial
con los acordes divinos,
ahogaste de los troyanos
los lamentos y gemidos.
Aun hoy, á los ecos tristes
de este doloroso himno
acude el llanto á los ojos
como á la flor el rocío.
Pero, ¿quién de las cenizas
y el polvo, podrá ¡oh, Divino!
hacer surgir aquel día
de fuego, sangre y martirio?
... ... ... ... ... ... ... ... ... ...
Y entonces, tú, ¿dónde estabas
¡oh, Esminteo! de Jove hijo?...»

Cantó los últimos versos con voz trémula y lágrimas en los ojos. Las vestales lloraban, y el pueblo, que le había escuchado con religioso silencio, prorrumpió en entusiastas aplausos.

Entretanto, por los abiertos vomitorios llegaban sordos y siniestros rumores de las dependencias del Circo y el chirrido de las ruedas de los carros cargados con los ataúdes en que estaban encerrados los sangrientos despojos de los mártires, que eran conducidos á la fosa común denominada *puticuli*.

El Apóstol Pedro se oprimía con las manos la venerable cabeza y exclamaba con acento de dolor profundo:

—¡Señor, Señor! ¡En qué manos has puesto el imperio del mundo! ¿Por qué quieres edificar tu ciudad santa sobre esta ciudad maldita?

## LVI

El Sol se ponía y el espectáculo había terminado.

El pueblo se agolpaba en los vomitorios y los augustanos, no queriendo codearse con la plebe, aguardaban reunidos en el *podium* imperial.

El César no estaba satisfecho, aunque el público no le escatimó aplausos; esperaba mucho más, un entusiasmo delirante. En vano entonaban los augustanos á porfía un coro de hiperbólicas alabanzas; en vano las vestales le besaban la divina mano y Rubria, al inclinarse, acariciaba el rostro de Nerón con sus rojos cabellos: el César no estaba satisfecho ni procuraba ocultar su descontento.

Le inquietaba también el silencio persistente de Petronio, pues una frase lisonjera del poeta le habría servido de consuelo; y no pudiendo dominarse ya, llamó al Arbitro y le preguntó.

—¿No dices nada?

—Callo porque no encuentro palabras para expresar lo que siento—contestó con frialdad el interpelado.—Te has superado á ti mismo.

—Así lo creo; y sin embargo, esa gente...

—No es posible pedirle á la canalla que entienda de poesía.

—¿Has advertido que no han sabido apreciar mis méritos en lo que valen?

—Sí; mas no era oportuno el momento que elegiste.

—¿Por qué?

—Porque los cerebros, trastornados con el vaho de la sangre, no estaban en disposición de apreciar méritos, de oir ni de entender.

—¡Ah, cristianos aborrecibles!—exclamó Nerón apretando los puños.—¡Han quemado á Roma y ahora tienen la culpa de mi fracaso! ¡Todos los tormentos me parecen poco para castigarles!

Petronio comprendió que había andado poco acertado, pues sus palabras produjeron efecto contrario del que se proponía; y para apartar al César de sus ideas de rencor y venganza, se inclinó y le dijo al oído:

—Tu canto es admirable; pero he observado que en el cuarto verso de la tercera estrofa, deja el metro algo que desear.

Ruborizóse Nerón, como colegial cogido en falta, miró temeroso al poeta y murmuró:

—Nada se te escapa. Corregiré ese verso, aunque creo que nadie más que tú se ha percatado del defecto. ¡Mas por los dioses! ¡No le hables de esto á nadie; á nadie, si estimas tu vida!

Frunció el Arbitro las cejas, clavó en Nerón una mirada fría y replicó con indiferencia:

—Condéname á muerte si te estorbo, divino; pero no me amenaces con la pena capital, pues los dioses son testigos de que no me amedrentas.

—No te enojes—se apresuró á decir el César,—ya sabes lo mucho que te quiero.

—¡Mala señal!—murmuró Petronio para sus adentros.

—Quería invitarte hoy á una fiesta—repuso Nerón,—pero voy á encerrarme y á arreglar este maldito verso. Por si Séneca y Segundo Carinas lo han notado, como tú, voy á enviarlos lejos.

Acto seguido llamó á Séneca y le dijo que debía partir con Acrato y Segundo Carinas á Italia y á las demás provincias en busca de dinero, mandándole que lo sacara de las ciudades, de las aldeas y de los templos; en una palabra, de todas partes donde lo hubiera.

Séneca se hizo cargo de que la misión que le confiaban era sencillamente de robo y pillaje y se negó categóricamente á aceptarla, diciendo:

—Señor, necesito retirarme al campo á aguardar la muerte, porque ya soy viejo y estoy enfermo de los nervios.

Séneca tenía nervios de ibero, más fuertes que los de Chilón, y en realidad ninguna enfermedad nerviosa le aquejaba; pero su salud no era buena, en verdad, parecía un espectro y desde poco tiempo antes se le había puesto blanca la cabeza.

Una sola ojeada le bastó á Nerón para comprender que no le quedaba al filósofo mucho tiempo de vida, y contestó:

—Veo que estás enfermo de veras y no quiero exponerte á las fatigas de un viaje; mas, como deseo tenerte cerca de mí, en vez de irte al campo te quedarás en tu casa y no saldrás de ella.

—Enviar solos á Acrato y á Carinas—agregó riendo,—sería lo mismo que enviar un par de lobos á guardar ovejas. ¿A quién designaré para que les acompañe?

—A mí, señor—dijo Domicio Africano.

—¡No, de ninguna manera! No quiero atraer sobre Roma la cólera de Mercurio, que se avergonzaría de vuestros latrocinios. Necesito un estoico como Séneca ó como mi nuevo amigo el filosófo Chilón.

Echó una ojeada en torno y repuso:

—A propósito: ¿dónde está?

El griego había vuelto en sí, cuando le sacaron del anfiteatro, tan pronto como respiró el aire libre; volvió á entrar para oir cantar al César y estaba, pues, presente.

—Aquí estoy, radiante hijo del Sol y de la Luna—se apresuró á decir.—Me sentí mal, pero tu canto me ha puesto bueno.

—Voy á enviarte á la Acaya, para que averigües con exactitud las riquezas que atesora cada templo.

—Mándame ¡oh Zeus! y los dioses te otorgarán tributos más abundantes que nunca.

—Con gusto lo haría; pero no quiero privarte de ver los próximos juegos.

Viendo que el César recobraba el buen humor, empezaron los augustanos á reir y á bromear. Uno exclamó:

—¡Señor, no prives á este valiente griego de esos espectáculos que tanto le agradan!

—¡Pero líbrame, señor, de la presencia de estos bulliciosos gansos capitolinos! Con los sesos de todos ellos no se llenaría una cáscara de nuez. Oye, hijo primogénito de Apolo: estoy escribiendo en tu honor un himno griego y quisiera pasar unos días en el templo de las Musas, implorando su divina inspiración.

—Lo que tú quisieras sería no presenciar los juegos; pero no lo conseguirás.

—Te juro, señor, que estoy escribiendo un himno.

—Lo escribirás de noche. Pídele á Diana que te inspire; al fin y al postre es hermana de Apolo.

Bajó el taimado viejo la cabeza y miró con aire malicioso á los circunstantes, que no podían reprimir la risa.

—Figuraos—repuso el César, dirigiéndose á Senecio y á Suilio Neruino, —que apenas hemos concluído con la mitad de los cristianos destinados á los juegos de hoy.

El viejo Aquilio Régulo, competentísimo en cosas del Circo, replicó:

—Los espectáculos en que las víctimas se presentan *sine armi et sine arti* duran mucho y son menos interesantes que los otros.

—Dispondré que les den armas—contestó el César.

El supersticioso Vestinio, que estaba ensimismado, levantó la cabeza y preguntó con aire misterioso:

—¿Habéis observado que los cristianos, al morir, parece que ven algo consolador? Fijan la mirada en la altura y se diría que expiran sin dolor. Para mí es indudable que ven algo.

Y alzó los ojos, mirando á lo alto del anfiteatro, sobre el cual la noche empezaba á extender su manto tachonado de estrellas.

Los augustanos acogieron la observación con risas é hicieron comentarios y chistes acerca de lo que podrían ver los cristianos en el supremo instante.

A una señal del César se pusieron en movimiento los esclavos portadores de las antorchas y Nerón salió del Circo seguido de su corte.

La noche era serena y calurosa. La multitud se apiñaba ante las puertas del Circo para ver salir la imperial comitiva; pero su actitud era reservada y sombría.

Pocos, repartidos y breves, fueron los aplausos con que el pueblo saludó al César.

Del *spoliarium* continuaban saliendo carros cargados con los sangrientos despojos de los cristianos.

Petronio y Vinicio iban juntos y silenciosos. Cuando ya estaban cerca de la casa del primero, éste preguntó á su sobrino:

—¿Has pensado en lo que te dije?

—Sí—contestó aquél.

—El asunto de Ligia es para mí también importantísimo; quiero libertarla contra la voluntad del César y de Tigelino. La partida está entablada entre ellos y yo, y me propongo ganarla, aunque me cueste la vida. Los acontecimientos de hoy han influído más, si cabe, en mi decisión de llevar adelante mi proyecto.

—¡Dios te lo pague!

Cuando llegaron á casa de Petronio y se apearon de la litera, se acercó á ellos un hombre, preguntando:

—¿Está aquí el noble Vinicio?

—Yo soy — contestó el tribuno. — ¿Qué quieres?

—Soy Nazario, el hijo de Miriam; vengo de la prisión y te traigo noticias de Ligia.

Vinicio apoyó los manos en los hombros del joven y á la luz de las antorchas fijó ansioso las miradas en su rostro, sin poder articular palabra; Nazario comprendió la ansiedad del patricio y su muda interrogación y se apresuró á decir:

—Vive todavía. Vengo por encargo de Urso á decirte que Ligia, en medio del delirio que le produce la fiebre, reza y repite tu nombre.

—Alabado sea Cristo, que tiene el poder de devolvérmela.

Entraron en la biblioteca y Nazario continuó hablando en estos términos:

—La enfermedad la ha salvado de la deshonra, pues sus verdugos, temiendo el contagio, no se han atrevido á acercarse á ella. Urso y Glauco, el médico, la cuidan solícitos día y noche.

—¿Sus guardianes son siempre los mismos?

—Sí, señor; en la habitación de ellos está. Todos los presos que había en el calabozo murieron de calentura ó asfixiados por el aire que en aquella prisión se respiraba.

—¿Quién eres?—preguntó Petronio al muchacho.

—El noble Vinicio me conoce; soy hijo de la viuda en cuya casa estuvo Ligia.

—¿Eres cristiano?

Antes de contestar á esta pregunta, dirigió el muchacho una mirada interrogadora á Vinicio; mas, viendo que el patricio estaba en oración, contestó francamente:

—Sí, señor.

—¿Y cómo te permiten entrar libremente en la prisión?

—Me admitieron para transportar cadáveres á la fosa; me ofrecí para esa faena, porque así puedo ayudar á mis hermanos y llevarles noticias.

El Arbitro examinó detenidamente el simpático y no mal parecido rostro del mancebo y sus azules ojos, y tornó á interrogarle:

—¿De dónde eres?

—De Galilea, señor.

—¿Tienes deseo de ver á Ligia?

—Quisiera verla, aunque me muriera en seguida—contestó el muchacho elevando la mirada al cielo.

Vinicio terminó su oración y tomó parte en el diálogo, diciendo:

—Di á los guardianes que la metan en un ataúd, como si se hubiera muerto. Busca quien te ayude, y de noche la sacáis de la prisión. Cerca de las *fosas pútridas* (fosa común), encontrarás una litera y con ella estarán hombres de confianza á quienes puedes entregar el ataúd. Ofréceles de mi parte una almorzada de oro á cada uno de los guardianes.

La esperanza le devolvía al joven tribuno la enérgica entereza del soldado; en su fisonomía no se pintaba ya el abatimiento, la atonía, como en los días anteriores.

—¡Qué Cristo le devuelva la salud!—exclamó Nazario radiante de alegría.—¡Esta noche estará libre!

—¿Crees que los guardianes ejecutarán tus instrucciones?—preguntó Petronio al muchacho.

—Seguramente; siempre que tengan la certeza de que no les castigarán.

—Los guardianes—observó Vinicio,—estaban decididos á facilitar la fuga de Ligia; menos peligro ofrece para ellos que nos la llevemos como si fuera un cadáver.

—Verdad es—dijo Nazario,—que hay un hombre encargado de aplicar un hierro candente á los cuerpos que sacamos de la prisión, para convencerse de que son efectivamente cadáveres; pero, dándole algunos sestercios, no aplica el hierro á la cara, y si le damos una moneda de oro no tocará con el hierro el cuerpo, sino la caja.

—Ofrécele una bolsa llena de áureos—dijo Petronio.—Mas dime: ¿serás capaz de encontrar hombres de confianza que te ayuden?

—Puedo elegirlos tales, que estén dispuestos á vender mujer é hijos por un puñado de dinero.

—¿Dónde darás con ellos?

—En cualquier parte, en la prisión ó en la ciudad; pues, una vez sobornados los guardianes, dejarán que entre en la cárcel quien yo quiera.

—Entonces iré contigo como jornalero—dijo Vinicio.

—No lo creo prudente—arguyó Petronio.—Podrían reconocerte los pretorianos y todo se habría perdido. Te aconsejo que no vayas á la cárcel ni á las *fosas pútridas;* lo primero que debes procurar es que nadie, inclusos el César y Tigelino, pueda poner en tela de juicio la muerte de Ligia. La más leve sospecha originaría nuevas persecuciones, y á toda costa debes evitar que esa sospecha nazca. Lo sensato es que, aun después de haber puesto en salvo á Ligia en los Montes Albanos ó en Sicilia, permanezcamos tú y yo tranquilamente en Roma. Al cabo de un par de semanas te fingirás enfermo y llamarás al médico de Nerón. El médico dispondrá que tomes los aires de las montañas para restablecerte. Y entonces y sólo entonces, será cuando podréis reuniros Ligia y tú. Después... ¿Quién sabe?—agregó moviendo la cabeza.—Quizá los tiempos cambien.

—¡Que Cristo se apiade de ella!—exclamó Vinicio.—¡Ideas viajes á los Montes Albanos y Sicilia, y puede que en estos momentos la desdichada Ligia esté agonizando!

—Por de pronto—repuso Petronio,—no la alejaremos de primera intención mucho de Roma; para que se restablezca, siempre que logremos ponerla en salvo, bastará con que respire aires puros. Dime: ¿no tienes en alguna finca cercana un hombre de confianza?

—Sí—contestó el joven.—Cerca de Corioli hay uno: me inspira completa confianza; me llevó en brazos cuando yo era niño y me quiere mucho.

—Escríbele que venga mañana.

Y entregándole unas tabletas, repuso Petronio.

—Escribe ahora mismo y enviaré un correo en seguida.

Poco después corría á caballo un esclavo por el camino de Corioli.

—Para mi tranquilidad—dijo Vinicio,—quisiera que Urso acompañara á Ligia.

—Señor—observó Nazario;—con sus fuerzas sobrehumanas, capaz es Urso de arrancar las puertas, romper las rejas y seguirla. Yo le daré una cuerda y podrá huir por una ventana que hay en lo alto del muro y que no está guardada.

—¡Por Hércules!—exclamó Petronio.—Escápese Urso en buen hora, cuando y como pueda; pero de ninguna manera debe hacerlo al mismo tiempo que ella salga como muerta ni siquiera dos ó tres días después, porque le seguirían la pista y podrían dar con la doncella. ¿Queréis perderlos y perdernos? Os prohibo que le habléis á Urso de Corioli.

Vinicio y Nazario comprendieron que Petronio tenía razón sobrada y no replicaron.

El joven galileo pidió permiso para retirarse; en aquellos días de terribles inquietudes ni él ni su madre podían vivir tranquilos y necesitaban verse con la mayor frecuencia posible.

Después de meditar acerca de la misión que le estaba encomendada, decidió sobornar á uno de los conductores de cadáveres que con él hacían este servicio, en vez de buscar en la ciudad quien le auxiliara.

—Señor—dijo aproximándose á Vinicio y hablándole en voz baja,—guardaré el secreto de nuestro plan, no se lo revelaré ni á mi madre; pero pienso confiárselo al Apóstol Pedro, porque nos prometió ir á casa cuando saliera del anfiteatro.

—Puedes hablar en alta voz y sin cuidado—le dijo el tribuno.—El Apóstol estuvo en el Circo oculto entre la gente de Petronio. Voy contigo á verle.

Al decir esto, mandó que le trajeran un manto de esclavo y salió con Nazario.

Petronio exhaló un hondo suspiro y murmuró, al quedarse solo.

—He deseado que esa pobre criatura muriera de fiebre, porque tal muerte me parecía menos terrible que la otra, especialmente para Vinicio; pero ahora estoy dispuesto á ofrecerle á Esculapio un trípode de oro porque le devuelva la salud. ¡Ah, «Barbas de Cobre»! ¿Te preparas á recrearte con el dolor de un amante? Y tú, Popea, que envidiabas la hermosura de Ligia, ¿quisieras devorarla viva, ahora que ha muerto tu Rufio? ¿Y tú, Tigelino, por odio hacia mí y por hacerme daño, deseas la muerte de Ligia? Pues bien, á todos os digo que no tendréis la satisfacción de verla en la arena; porque, si no muere en la cárcel de muerte natural, os la arrancaré de las garras, sin que lo sospechéis, y me reiré de vosotros. Y luego, cada vez que os vea, diré para mis adentros: «Esos son los imbéciles de quienes se ha burlado Cayo Petronio.»

Satisfecho de sí mismo, fuése el poeta al triclinio á cenar con Eunice.

Durante la cena, un lector les leía los Idilios de Teócrito.

Entretanto, el viento amontonaba densas nubes hacia el Soracto y luego estalló una tempestad repentina, interrumpiendo la quietud y el silencio de aquella noche de verano.

El tableteo del trueno retumbaba de vez en cuando.

Los dos amantes, recostados, saboreaban los versos del poeta bucólico que en el musical lenguaje de los dorios celebraba los amores pastoriles.

Estaban á punto de retirarse para entregarse al reposo, cuando se presentó Vinicio.

—¿Qué ocurre?—le preguntó Petronio, saliéndole al encuentro.—¿Ha ido Nazario á la prisión?

—Sí—contestó el interpelado, arreglándose el cabello, mojado por la lluvia.—Nazario ha ido en busca de la gente que necesitamos y yo he visto al Apóstol. Me ha recomendado que rece y tenga fe.

—Muy bien. Si todo sigue como va, mañana por la noche podremos sacarla de la prisión.

—El hombre que ha de venir de Corioli llegará con otros al rayar el día.

—El camino es corto. Ahora, vete á descansar.

Vinicio entró en su *cubiculum*, se arrodilló y se puso á orar.

Niger, el montañés, llegó de Corioli al amanecer, trayendo consigo, por mandato de Vinicio, mulas, una litera y cuatro esclavos de confianza elegidos entre los britanos. Para no llamar la atención, los dejó á todos en una posada del Suburra con la litera y el ganado.

Salió Vinicio á recibir á Niger, y éste, muy conmovido, le besó los ojos y las manos y le dijo:

—¿Qué tienes, amado señor? ¿Estás enfermo ó te han quebrantado tanto los sufrimientos, que me ha costado trabajo reconocerte?

Condujo el mancebo á Niger al interior de la casa y le puso al corriente de todo.

Niger le escuchó atento, y en su curtido rostro se pintó honda emoción, que el montañés no trató de disimular.

—Según eso—exclamó sin poder contenerse y fijando en el tribuno una mirada interrogadora,—¿la doncella es cristiana?

Vinicio comprendió aquella mirada y contestó:

—Yo también soy cristiano.

Lágrimas de júbilo asomaron á los ojos de Niger, el cual exclamó:

—¡Gracias, Cristo mío, por haber abierto á la luz de la verdad los ojos de la persona á quien más amo en el mundo!

Y abrazó á Vinicio y le cubrió de besos.

A poco llegó Petronio con Nazario, diciendo:

—¡Buenas noticias!

En realidad lo eran las que traía. Glauco, el médico, aseguraba que Ligia se restablecería, aunque el mal que la aquejaba era el mismo que en el *Tullianum* y en otras prisiones mataba diariamente á centenares de cristianos. Además, tanto los carceleros como el hombre encargado de aplicar el hierro candente, estaban dispuestos y el segundo comprometido á no tocar con su hierro más que la madera de la caja. Por último, Atis, el ayudante, estaba también apalabrado.

—El ataúd — dijo Nazario, — tiene varios agujeros para que la joven pueda respirar. Podría exhalar un gemido ó un grito al pasar cerca de los pretorianos y esto sería peligroso ; pero no es probable que ocurra, porque está muy débil y no ha abierto los ojos en toda la mañana. A todo evento y como medida de precaución, Glauco le dará un narcótico, preparado por él mismo con drogas que le he procurado yo. La tapa de la caja no irá clavada ; de manera que será fácil sacar á la enferma. Cuando la saquemos, colocaremos en su lugar un saco de arena que vosotros cuidaréis de tener pronto y arreglado.

Vinicio, pálido como el mármol, escuchaba á Nazario con tanta atención, que, más que oirlas, parecía que iba adivinando las palabras del muchacho.

—¿Al mismo tiempo que á Ligia, sacarán otros cuerpos de la prisión?—preguntó Petronio.

—Cerca de veinte murieron la noche pasada y hasta la venidera morirán muchos más. Nosotros iremos con los enterradores, pero procuraremos quedarnos rezagados. Mi compañero fingirá que se lastima un pie, seguirá cojeando y nos quedaremos muy atrás ; vosotros nos aguardaréis junto al pequeño templo de Libitina. ¡Quiera Dios que sea obscura la noche!

—Muy obscura será—dijo Niger.—Anoche estaba claro y se desencadenó de repente la tormenta ; hoy, aunque hace buen tiempo, hay señales de próxima lluvia.

—¿Llevaréis antorchas?—preguntó Vinicio.

—Los que vayan delante las llevarán. Procurad encontraros en donde os he dicho, al obscurecer, aunque generalmente no sacamos los cadáveres hasta cerca de media noche.

Siguióse una pausa, durante la cual sólo se oyó la afanosa respiración del tribuno.

Acercóse á éste Petronio y le dijo :

—Aunque ayer insistí sobre la conveniencia de que ambos permaneciéramos en casa aguardando el resultado, la impaciencia me ha hecho mudar de parecer ; si se tratara de una fuga toda preparación me parecería poca, pero sacando á Ligia como muerta... Creo que nadie abrigará la menor sospecha.

—Lo mismo creo. Iremos—exclamó el mancebo.—Yo la sacaré de la caja.

—Y cuando yo la tenga en mi casa de Corioli—dijo Niger,—responderé de ella.

Y se fué á la posada en busca de su gente.

Nazario se dirigió á la cárcel provisto de una bolsa llena de oro.

Aquellos momentos eran para Vinicio de zozobra, de esperanza, de excitación y de angustia.

—El plan — dijo Petronio, — dará buen resultado ; lo hemos combinado perfectamente. Tú debes fingir honda pena y ponerte una toga negra ; pero no dejes de ir al anfiteatro, porque es preciso que te vean. Todo está previsto... Pero dime : ¿tienes confianza en el montañés?

—Es cristiano — contestó sencillamente el joven.

El Arbitro le miró sorprendido ; luego se encogió de hombros y dijo :

—¡Por Pólux! ¡Esa religión se extiende que es un contento y se apodera de las almas á toda prisa! Parece natural que ante la aterradora, incesante y cruel persecución de que hoy son víctimas los cristianos, renegaran de todos los dioses de Roma, de Grecia y de Egipto ; y sin embargo... ¡Es

admirable! Si yo creyera que nuestros dioses podían hacer algo por vosotros, les ofrecería seis novillos blancos á cada uno y doce á Júpiter Capitolino. No escatimes, Vinicio, las ofrendas á tu Cristo.

—Ya le he dado mi alma.

Separáronse tío y sobrino.

El primero volvió á su *cubiculum* y el segundo se fué á contemplar los muros de la prisión. Desde allí se encaminó luego á la colina del Vaticano, á la casa del cantero, donde le bautizara el Apóstol; creía que orando en aquel lugar llegarían sus oraciones mejor hasta Cristo.

Largas horas pasó pidiendo misericordia con todas las veras de su dolorida alma; y orando fervoroso, se abstrajo hasta el punto de olvidar dónde se hallaba.

Al mediodía vino á sacarle de su arrobamiento cierto sonido de trompetas procedente del Circo de Nerón. Salió de la barraca. El aire era bochornoso y á lo lejos se veían densas nubes.

Tornó Vinicio á su casa y en el *atrium* encontró á Petronio, que le aguardaba.

—He estado en el Palatino—dijo el poeta,—y hasta me empeñé en una partida de dados. Anicio da esta noche un banquete y le ofrecí que asistiríamos; pero le advertí que iríamos después de media noche porque antes necesitaba dormir.

—¿Tienes noticias de Ligia ó de Nazario?—preguntó Vinicio.

—No; les veremos á media noche. ¿Has visto que se nos viene encima una tormenta?

—Sí.

—Mañana tendremos en el Circo espectáculo de cristianos crucificados si la lluvia no lo estropea; pero á ella no la verás en la cruz, sino en Corioli. ¡Por Cástor! ¡No cambiaría yo el momento en que logremos su libertad por todas las gemas de Roma! Pronto anochecerá.

Densas nubes cerraban el horizonte, anticipando el anochecer, y á poco descendió la lluvia, que se transformaba en vapor al ponerse en contacto con las piedras caldeadas por el fuerte sol del día. Sobrevino luego un rato de calma y á continuación copiosos chaparrones. El vapor acuoso formaba una neblina que envolvía toda la ciudad.

—Apresurémonos—dijo al cabo Vinicio.—Puede que con motivo de la lluvia adelanten la hora de sacar los cadáveres de la prisión.

—Vamos—dijo Petronio.

Se cubrieron ambos con mantos galos. Proveyóse el Arbitro de un corto y ancho cuchillo que los romanos llamaban *sica* (puñal), arma que solía llevar en sus excursiones nocturnas, y los dos salieron por la puerta del jardín.

Las calles estaban desiertas por causa de la lluvia.

De cuando en cuando brillaba un relámpago, iluminando con su fulgor los edificios recién construídos, y los que estaban edificando y las mojadas baldosas de las calles. A la cárdena luz de uno de estos relámpagos vieron un grupo de mulas y caballos cerca del templo de Libitina.

—¡Niger!—llamó Vinicio con recatada voz.

—Aquí estoy, señor—le respondió el montañés.

—¿Está todo preparado?

—Todo. Aguardamos desde que obscureció. Poneos al abrigo de la lluvia. ¡Qué tormenta! Me parece que tendremos granizada.

No se equivocaba Niger: á poco rato empezó á caer granizo, fino al principio y poco á poco más gordo y espeso. La temperatura bajó.

Mientras aguardaban bajo la plataforma, resguardados del viento y de los granizos, hablaban en voz baja.

—Aunque nos viera alguien—decía Niger,—no despertaríamos sospechas; pues parece que nos hemos guarecido aquí para esperar á que pase la tormenta. Lo que temo es que no saquen los cadáveres hasta que amanezca.

—La granizada durará poco—dijo

Petronio ;—pero aguardaremos hasta que sea de día si es menester.

Después de los granizos cayó una lluvia torrencial. A veces una ráfaga de viento traía de las *fosas pútridas* un hedor insoportable ; pues los cadáveres, enterrados mal y de prisa, se descomponían casi á flor de tierra.

De pronto dijo Niger :

—Veo una luz entre la niebla ; dos, tres... Son antorchas. Cuidado con las mulas ; que no hagan ruido.

—Los enterradores—dijo Petronio.

Las luces se acercaban y pronto se vió que, en efecto, eran antorchas.

La fúnebre comitiva se detuvo, al fin, cerca del templo de Libitina.

Petronio, Vinicio y Niger retrocedieron algunos pasos, ignorando el motivo de aquella parada. Observando, lograron explicársela : se habían detenido aquellos hombres para taparse las narices y la boca, defendiéndose así de las emanaciones, que eran de todo punto insoportables.

Terminada esta operación, recogieron los ataúdes y continuaron andando ; sólo dos hombres se quedaron rezagados cerca del templo, con una caja.

Vinicio se aproximó á ellos y Petronio y Niger le imitaron ; pero antes de llegar oyó el joven á Nazario, que decía entre las sombras con dolorido acento :

—Señor : se la han llevado con Urso á la cárcel del Esquilino. Aquí llevamos otro cuerpo. A ella la sacaron antes de media noche.

Petronio regresó á su casa triste y sombrío y ni siquiera trató de consolar á su sobrino. Adivinó que habían sacado á Ligia del *Tullianum* para evitar que muriera devorada por la fiebre ; y esto demostraba claramente el interés que tenían en que no se librara del suplicio que la aguardaba en el Circo. Por lo mismo era lógico suponer que la doncella debía de ser objeto de especial vigilancia.

Por ella y por Vinicio le dolió mucho á Petronio el contratiempo ; pero mucho también le dolió pensar que por vez primera en su vida no le favorecía el éxito y quedaba derrotado en la lucha.

—Parece que la Fortuna me vuelve la espalda—se dijo ;—pero se equivocan los dioses si creen que he de resignarme á sufrir una vida como la de Vinicio, por ejemplo.

Y dirigiéndose á éste, que le miraba fijamente, le dijo en voz alta :

—¿Qué tienes? Parece que la fiebre se ha apoderado de ti.

El joven, con las pupilas brillantes por la calentura y la voz entrecortada, contestó :

—Continúo esperando que Cristo me la devuelva.

Por encima de la ciudad resonaban débilmente los últimos truenos.

La tormenta se alejaba.

## LVII

Tres días seguidos de lluvia y granizo, cosa muy rara en Roma durante el verano, interrumpieron los espectáculos del Circo. Además, la gente empezaba á estar inquieta por temor de que se perdiera la próxima cosecha ; y como un rayo fundiera la estatua de Ceres, que estaba en el Capitolio, las sacerdotisas propalaron la voz de que los dioses manifestaban así la justa cólera que les producía la parsimonia con que se castigaba á los cristianos. El populacho pidió que continuaran los espectáculos y al fin se les hizo saber á todos que las fiestas se reanudarían después de aquellos tres días de intervalo. Con esto volvió á los ánimos la tranquilidad y la alegría. Y como ya hacía buen tiempo, miles de espectadores acudieron al anfiteatro.

César llegó temprano y rodeado de sus augustanos y de las vestales se sentó en el *podium*.

Las primeras escenas del espectáculo debían representarlas aquel día los cristianos trabando un combate. Con este objeto los vistieron de gladiadores y les entregaron armas adecuadas, tan-

to ofensivas como defensivas; pero el público sufrió gran desencanto, porque los cristianos, apenas pisaban la arena, tiraban redes, flechas, tridentes y espadas, y se abrazaban, animándose recíprocamente á sufrir el martirio y la muerte con serenidad y entereza.

Su actitud provocó la indignación de los espectadores, algunos de los cuales les acusaban de cobardía, mientras que otros sostenían que se negaban á luchar por odio al pueblo, con objeto de privarle del placer que produce ver los actos de valor.

En vista del resultado negativo de aquella parte del programa, dispuso el César que salieran al Circo verdaderos gladiadores; los cuales cayeron sobre las arrodilladas é indefensas víctimas y dieron fin de ellas en pocos momentos.

Cuando se llevaron de la arena los ensangrentados cuerpos de los mártires, el espectáculo cambió de aspecto: entonces le tocó el turno á una serie de cuadros mitológicos ideados por el propio César. Así la concurrencia tuvo ocasión de contemplar á Hércules ardiendo vivo en el monte Eta.

Vinicio se estremeció pensando si sería Urso el escogido para representar el papel de Hércules; pero sin duda no le había llegado la hora al fiel servidor de Ligia, porque el cristiano que se quemaba en la pira era uno á quien el mancebo no conocía.

Chilón, á quien el César no quiso dispensar de asistir, pudo ver en el cuadro siguiente á antiguos conocidos suyos: este cuadro reproducía la muerte de Dédalo é Icaro. Representaba al primero Euricio, el anciano que de buena fe y engañado por Chilón ayudó á éste á buscar á los cristianos; y el segundo, Cuarto, su hijo.

Por medio de un ingenioso mecanismo fueron ambos elevados á grande altura, recordando las alas de cera que los mitológicos personajes emplearon para fugarse del laberinto de Creta, y, como aquéllos, precipitados desde lo alto.

El cuerpo del joven Cuarto cayó tan cerca del *podium* imperial, que salpicó de sangre los adornos del palco y la colgadura del antepecho.

Chilón no le vió porque cerró los ojos; pero oyó el sordo golpe, y cuando miró y vió la sangre á su lado, estuvo á punto de desmayarse.

Los cuadros se sucedían sin interrupción.

Con gran regocijo de la plebe aparecieron luego las vírgenes, que antes de morir eran vergonzosamente ultrajadas por gladiadores disfrazados de animales. Después vinieron sacerdotisas de Cibeles y de Ceres; las Danaides; Dicre, esposa del rey de Tebas, atada á la cola del astado, y Pasifae, amante del toro y madre del Minotauro; y por último, tiernas é impúberes jovencitas, que fueron descuartizadas por caballos cerriles.

El populacho aplaudía la inventiva de Nerón y éste, muy ufano, no se quitaba un instante la esmeralda del ojo, recreándose en contemplar las convulsiones que estremecían con los espasmos del dolor los blancos cuerpos de las inocentes víctimas.

Después de los cuadros mitológicos les tocó la vez á los históricos. Terminado el martirio de las vírgenes, apareció un Mucio Escévola, con la mano atada á un trípode, en el que se abrasaba lentamente, esparciendo por todo el anfiteatro un fuerte olor de carne quemada.

El cristiano que representaba la histórica figura permaneció impasible, como un verdadero Escévola, sin lanzar un ay, mirando al cielo y musitando una plegaria.

Cuando le mataron y fué arrastrado su cadáver al *spoliarium*, comenzó el entreacto.

El César, con acompañamiento de vestales y augustanos, se trasladó á una inmensa tienda de escarlata, en la que para él y para sus huéspedes estaba preparado un suculento *prandium* ó comida.

El público imitó el ejemplo. Los es-

pectadores abandonaron las galerías y formando grupos rodearon la tienda de Nerón, con el fin de estirar los miembros y desentumirse, y disfrutar, de paso, de los manjares con que los esclavos les obsequiaban por orden del César.

Los más curiosos bajaron á la arena para tocar con propia mano el ensangrentado barro y comentar, á fuer de especialistas aficionados, el espectáculo que acababan de presenciar y el que después les aguardaba; mas, temerosos de llegar tarde al festín, salieron pronto del Circo, en el que únicamente se quedaron ya las personas que retenía, no la curiosidad, sino la simpatía por las víctimas á quienes esperaba la muerte. Pero estas personas procuraban ocultarse detrás de los asientos ó en la parte baja del anfiteatro, á fin de pasar inobservadas.

Entretanto habían arreglado nuevamente el piso del Circo y numerosos esclavos cavaban hileras de hoyos, inmediatos unos á otros, en toda la superficie de la arena, disponiendolas de tal modo, que la última estaba á pocos pasos del *podium* del César.

Mientras que en el exterior del anfiteatro todo era rumor, alegría y aplausos, en el interior preparaban apresuradamente nuevas torturas.

De pronto se abrieron los *cunicula* y de ellos fueron lanzados á empellones á la arena muchos grupos de cristianos desnudos, cargados con cruces.

Delante iban pobres ancianos que se doblegaban bajo el peso de los maderos; seguíanles hombres robustos, en todo el vigor de la edad, mujeres que con los sueltos cabellos intentaban cubrir su desnudez; jóvenes, y hasta tiernos niños.

Las cruces y las víctimas que en ellas habían de morir estaban adornadas con flores.

Los esclavos golpeaban despiadadamente á aquellos desventurados, obligándoles á llevar la carga hasta cerca de los hoyos y á quedarse allí formados en filas.

Venían luego unos esclavos negros, se apoderaban de las víctimas, las extendían boca arriba sobre los maderos y las enclavaban á toda prisa, para que el público, al tornar al Circo después del banquete, viera ya enhiestas las cruces.

El ensordecedor ruido de los martillazos llegaba hasta la tienda en donde estaban el César, su séquito y las vestales. Y mientras que un ejército de verdugos taladraba con clavos los pies y las manos de los cristianos, crucificándolos, Nerón bebía vino, murmuraba palabras misteriosas al oído de las vestales y se mofaba despiadadamente del griego Chilón.

Entre las nuevas víctimas estaba Crispo. Iba á ser crucificado, como todos los infelices que se habían librado de las garras de los leones ó de los colmillos de los perros. Desnudo el enflaquecido cuerpo, habíanle puesto en las caderas una faja de hiedra y en la cabeza, irrisoria corona de rosas. En su severo rostro brillaba la energía de la fe; pero sus facciones conservaban la austera expresión de su inflexible dureza. Su corazón se mantenía inalterable. Lo mismo que en el *cubiculum* amenazaba con la cólera divina á los desventurados que ya estaban cosidos dentro de pieles de animales, así lanzaba ahora anatemas, en vez de prodigar consuelos.

—Dad gracias á Cristo—decía, dirigiéndose á sus compañeros de martirio,—dadle gracias porque os permite morir de la misma muerte que El murió. Quizá por ello logréis que os sea perdonada una parte de vuestras culpas; pero ¡temblad! Porque El hará justicia; es imposible que haya para el justo el mismo premio que para el pecador.

Mientras Crispo profería estas palabras era atronador el ruido de los martillazos.

Entretanto, el número de cruces aumentaba.

Crispo se volvió hacia el grupo de

cristianos que al lado de los respectivos maderos aguardaban turno, y continuó en estos términos:

—Veo abierto el cielo sobre mi cabeza; pero veo también que á mis pies se abre el abismo. No sé cómo daré cuenta de mi vida al Señor, aunque he tenido fe y he aborrecido el mal. No le temo á la muerte, sino á la resurrección; no le temo al martirio, sino al juicio final. Porque ha llegado el día de la cólera divina.

En aquel momento vibró una voz tranquila y solemne, que partía de las más próximas filas de asientos, y pronunció estas palabras:

—Este día no es el de la cólera, sino el de la misericordia; pues se acerca el de la salvación, el de la felicidad eterna, el de la bienaventuranza. En verdad os digo que Cristo os consolará y os sentará á su diestra. Poned en El vuestra confianza; porque se abre para vosotros el reino de los Cielos.

Todas las miradas se dirigieron hacia los asientos desde donde habían proferido estas palabras y hasta los que pendientes estaban ya de las cruces levantaron el descolorido rostro y miraron al hombre que así les hablaba.

Este se aproximó á la barrera y les bendijo haciendo la señal de la cruz, como para despedir á los que abandonaban la Tierra.

Crispo extendió la mano en señal de protesta; pero, reconociendo al hombre que había hablado, dejó caer el brazo, dobló la rodilla y murmuró:

—¡Pablo, el Apóstol!

Con general asombro de los sirvientes del Circo, cayeron de rodillas todos los que aún no habían sido enclavados en las cruces que sostenían.

Pablo de Tarso le dijo á Crispo:

—No les amenaces, Crispo, que todos serán hoy contigo en el paraíso. ¡Tú crees que pueden condenarse! ¿Quién les condenará? ¿Dios, que ofreció por ellos su hijo? ¿Cristo, que murió por salvarlos como ellos mueren ahora por amor de El? No, Crispo. ¿Cómo puede condenar Aquel que es todo amor? ¿Quién acusará á los elegidos de Dios? ¿Quién podrá decir que esta sangre está maldita?

—Yo he aborrecido el mal—gimió el anciano.

—Cristo manda amar á los hombres y este precepto prevalecerá siempre sobre el que manda odiar el mal; porque la religión de Cristo no es de odio, sino de amor.

—¡He pecado en la hora postrera!—exclamó Crispo golpeándose el pecho.

Un acomodador se acercó á Pablo y le preguntó:

—¿Quién eres tú, que así les hablas á los cristianos?

—Soy ciudadano romano—contestó Pablo tranquilamente.

Y prosiguió diciendo á Crispo:

—¡Confía! Hoy es día de gracia y de misericordia. ¡Muere en paz, siervo de Dios!

Dos negros se acercaron á Crispo para enclavarle en la cruz; y él mirando á sus compañeros, exclamó:

—¡Hermanos míos, rogad por mí!

Una expresión de inefable dulzura suavizó sus duras facciones. Voluntariamente extendió los brazos en la cruz para que le enclavaran y dirigiendo la vista al Cielo, oró con fervor. Oraba mientras los clavos le taladraban pies y manos; al levantarse la cruz, oraba también, y dijérase que no sentía ya nada, porque ni el más leve estremecimiento agitó su cuerpo ni su rostro se contrajo con la más ligera expresión de dolor. Sólo cuando el público volvió al anfiteatro, dando voces y riendo, frunció el ceño el anciano, como si protestara de que la turbamulta pagana viniera á perturbar la tranquilidad y la paz de su muerte.

La arena parecía un bosque de cruces. El Sol doraba los brazos de éstas y las cabezas de los mártires; pero en el Circo se proyectaba densa sombra, como un velo, al través del cual brillaba débilmente la amarillenta arena.

La concurrencia concentraba la atención en la agonía lenta y dolorosa de tantas víctimas; nunca, hasta enton-

ces, habían visto ojos humanos tan crecido número de crucifixiones. Tan espeso era el bosque de maderos, que los sirvientes andaban con dificultad por los espacios libres.

En las primeras filas estaban las mujeres. Crispo, como jefe de los cristianos, fué colocado casi enfrente del *podium* imperial; su cruz era enorme y estaba adornada por abajo con madreselvas.

Ninguno de los crucificados había muerto todavía, pero se habían desmayado algunos de los que primero fueron colgados de las cruces.

Nadie se quejaba ni imploraba piedad. Unos agonizaban con la cabeza inclinada sobre un brazo ó caída sobre el pecho, como si durmieran; otros parecían entregados á la meditación y otros, en fin, con la mirada fija en el Cielo, movían los labios en silenciosa plegaria.

Sobre aquel horrible bosque de cruces y de crucificados flotaba algo fatídico, indescriptible, que apagaba la alegría del bárbaro populacho.

Aquel pueblo que se había levantado gozoso y satisfecho del banquete, volviendo al Circo entre exclamaciones de júbilo, guardaba ahora extraño silencio; no sabía en cuál de los mártires fijar los ojos, ni qué pensar, ni qué decir del espectáculo. La desnudez de las mujeres colgadas de las cruces no despertaba en ellos sensación alguna, ni apostaban á quién moriría primero, somo solían hacer en casos parecidos, aunque fuera corto el número de criminales crucificados. El propio César parecía inquieto; á cada momento se volvía pesadamente y se arreglaba el collar con aire preocupado.

De pronto, Crispo, que estaba enfrente de Nerón y que, desmayado ó agonizando, tenía cerrados los ojos, los abrió y su mirada se cruzó con la del César. Pintóse en su rostro tan amenazadora y severa expresión y de sus pupilas brotó tal fulgor, que los augustanos, señalándole con el dedo, comenzaron á hablarse en voz baja, y el César le miró sorprendido al través de su esmeralda. Reinó profundo silencio.

Los espectadores no apartaban los ojos de Crispo.

Este hacía esfuerzos por desenclavar una mano; se dilató su descarnado pecho y exclamó con voz tonante, que se oyó en todo el Circo:

—¡Parricida, ay de ti! ¡Maldito seas!

Al oir el injurioso apóstrofe que en presencia de millares de espectadores le lanzaba el anciano á la cara al señor del mundo, los augustanos se aterraron. Chilón se quedó como petrificado. El mismo César se estremeció y dejó caer la lente de esmeralda. El público no osaba respirar.

En medio del pavoroso silencio tornó á resonar la voz de Crispo, profiriendo estas palabras:

—¡Ay de ti, asesino de tu mujer y de tu hermano! ¡Antecristo, maldito seas! ¡El abismo se abre bajo tu planta y la muerte te arrastra ya hacia la tumba! ¡Ay de ti, cadáver viviente! ¡Perecerás horrorizado y serás maldito por toda una eternidad!

Crispo no conseguía arrancar la mano de la cruz; pero, inflexible como el Destino, señalaba al César con un movimiento de cabeza. Su aspecto infundía miedo: parecía un esqueleto animado; agitaba la blanca barba y cada movimiento de su austera cabeza esparcía en derredor algunas hojas de la corona de rosas que ceñía sus sienes.

—¡Ay de ti, asesino!—prosiguió diciendo con voz sonora.—¡Tus iniquidades han colmado la medida y se acerca la hora de tu tremendo castigo!

Llegó un momento en que pareció que Crispo iba á desenclavar la diestra y á extenderla amenazadora hacia Nerón; pero de pronto se estiraron sus descarnados brazos, se desplomó el flaco cuerpo, doblóse la cabeza sobre el pecho y el anciano expiró.

En el espeso bosque de cruces comenzaron á dormirse los mártires cristianos con el tranquilo, dulce y eterno sueño.

## LVIII

—Señor—le decía Chilón al César,—el mar está tranquilo como una balsa de aceite y las olas parecen dormidas; vámonos á Acaya. Allí te espera la gloria de Apolo con triunfos y coronas y te adora la gente; mientras que aquí...

El griego no pudo continuar: le temblaban tan violentamente los labios, que no lograba articular palabra.

—Cuando se acaben los juegos del Circo, partiremos—replicó Nerón.—Se extiende el rumor de que los cristianos son *innoxia reópora* (inocentes, inofensivos), y ese rumor tomaría cuerpo con mi ausencia. Pero ¿de qué tienes miedo, hongo podrido?

Miraba el César al griego frunciendo el ceño y aparentando una tranquilidad que en verdad estaba muy lejos de tener; pues desde el último espectáculo le quitaban el sueño los apóstrofes de Crispo, y la vergüenza, la rabia y el pavor turbaban su ánimo.

El supersticioso Vestinio tomó parte en el diálogo, y, después de lanzar en torno una recelosa mirada, dijo con acento de misterio:

—No desoigas, señor, á este viejo. En los cristianos se observa algo extraño, incomprensible. Su Dios les da una muerte tranquila; pero ¿quién nos asegura que ese Dios no sea también vengador?

—El organizador de los juegos no he sido yo, sino Tigelino—se apresuró á argüir Nerón.

—Así es—afirmó el aludido;—he sido yo, pero me río de todos los dioses cristianos. Vestinio es una vejiga llena de supersticiones y este griego valeroso es capaz de morirse de miedo sólo de ver á una gallina con las plumas erizadas defendiendo á sus polluelos.

—Lo creo; pero, en lo sucesivo, manda que les arranquen la lengua á los cristianos ó que les amordacen.

—El fuego pondrá freno á su verbosidad, ¡oh, divino!

—¡Pobre de mí!—gimió Chilón.

César, animado con la tranquilidad de Tigelino, se echó á reir y repuso señalando al viejo:

—¡Mirad qué trazas tiene este descendiente de Aquiles!

Era triste, en efecto, el aspecto de Chilón: los escasos cabellos que aún conservaba se le habían vuelto blancos y su rostro expresaba de continuo terror, inquietud, zozobra. A veces caía en profundo abatimiento y otras era presa de accesos de cólera y se insolentaba hasta tal punto, que los augustanos dejaban de hacerle objeto de sus burlas. Ahora se hallaba en uno de estos momentos y dijo con energía:

—¡Haced conmigo lo que os plazca; pero no volveré á ver los juegos!

Nerón le miró y luego dijo á Tigelino:

—Procura que este estoico esté cerca de mí en los jardines; quiero ver qué impresión le producen nuestras antorchas.

La amenaza que entrañaban las palabras de Nerón aterrorizó al griego.

—¡Oh, señor!—exclamó espantado.—No veré nada; de noche no veo.

—La noche estará tan clara como el día—replicó el César esbozando una sonrisa cruel.

Y dirigiéndose á los augustanos, se puso á explicarles los detalles de la iluminación que proyectaba para fin de fiesta y las carreras que pensaba disponer para después de los juegos.

Petronio se acercó á Chilón, le dió un golpecito en el hombro y le dijo:

—Ya te vaticiné que no aguantarías hasta el fin.

—¡Quiero embriagarme!—exclamó el griego, cogiendo con mano temblorosa un vaso de vino.

Mas no consiguió llevárselo á los labios.

Vestinio, que observó su agitación, le preguntó:

—¿Qué te ocurre? ¿Te persiguen las Furias?

Chilón le miró con la boca abierta, como si no le entendiera.

—¿Te persiguen las Furias?—repitió Vestinio.

—No—contestó el griego;—pero la Noche no se aparta de mis ojos.

—¿Qué dices? ¿La Noche? ¡Que los dioses tengan piedad de ti! ¿De qué noche hablas?

—De una noche terrible, insondable, en cuyo seno vislumbro algo que no puedo definir y que me aterra.

—¿Sufres pesadillas?

—No, porque no puedo dormir. Nunca supuse que fuera tan cruel el castigo de los cristianos.

—Siempre los tuve por hechiceros. ¿Te dan lástima?

—¿Por qué derramáis tanta sangre? ¿Oíste lo que dijo uno desde la cruz? ¡Ay de vosotros!

—Lo oí—contestó Vestinio bajando la voz.—¡Pero son incendiarios!

—¡No es verdad!

—Y enemigos del género humano.

—¡No es verdad!

—Y envenenaron las fuentes.

—¡No es verdad!

—Y asesinaban á los niños.

—¡No es verdad!

—¡Cómo!—exclamó Vestinio con asombro.—Tú los acusaste de todo eso y los entregaste á Tigelino.

—Por eso precisamente se me acerca de noche la Muerte amenazadora. A veces creo que estoy muerto y que vosotros estáis muertos también.

—¡No! Los que mueren son ellos; nosotros vivimos. Pero dime: ¿qué ven al morir?

—A Cristo.

—¿Su Dios? ¿Y ese Dios es poderoso?

En vez de contestar, preguntó Chilón:

—¿Qué antorchas son las que van á quemar en los jardines? ¿Oíste lo que dijo el César?

—Sí; esas antorchas se llaman *Sermantitii semaxii* y son hombres envueltos en *túnicas dolorosas* empapadas en pez y atados á unos postes que arden rápidamente. ¡Con tal que el Dios de los cristianos no mande nuevas desventuras sobre la ciudad!... ¡*Semaxii!* ¡Tremendo castigo!

—Si he de presenciarlo, lo prefiero á los otros; en éste, al menos, no hay efusión de sangre. Dile á un esclavo que me dé de beber; la vejez hace que me tiemble la mano.

Los cristianos eran también tema de las conversaciones de los demás augustanos.

El viejo Domicio Africano se burlaba de ellos.

—Hay tantos—decía,—que podrían provocar una guerra civil, como algunos temían; pero ya veis que mueren como ovejas.

—¡Que traten de morir de otra manera!—exclamó Tigelino.

—Os engañáis—replicó Petronio.—Los cristianos se defienden.

—¿Cómo?

—Con la paciencia.

—Es un arma nueva.

—Seguramente. Pero decidme: ¿mueren los cristianos como vulgares asesinos? ¡No! Mueren como si los asesinos no fueran ellos, sino los que á morir les condenan, es decir, nosotros y todo el pueblo romano.

—¡Estás disparatando!—exclamó Tigelino.

—*Hic abdera!* ¡He aquí al más tonto de los tontos!—replicó Petronio.

Sorprendidos los augustanos por la exactitud de la observación del Arbitro, miráronse unos á otros y murmuraron:

—Verdad es que hay algo singular é inexplicable en la muerte de los cristianos.

—Os aseguro que ven á su Dios—dijo Vestinio.

Algunos augustanos le preguntaron entonces á Chilón:

—Tú, viejo, que los conoces, explícanos lo que ven al morir.

—¡La resurrección!—respondió el griego con acento indefinible.

Y tal temblor se apoderó de él, que se derramó el vino en la túnica.

Los augustanos prorrumpieron en ruidosas carcajadas.

## LIX

Vinicio pasaba las noches fuera de su casa, y Petronio, suponiendo que el mancebo ideaba un nuevo plan para salvar á Ligia, no se atrevía á preguntarle, por temor de que su mala estrella influyera en el resultado de la empresa. El escéptico se había vuelto supersticioso. El poco éxito de los esfuerzos realizados para sacar á la doncella de la cárcel Mamertina le había hecho perder la confianza en su suerte. Es verdad que tampoco confiaba mucho en que fueran fructuosas las gestiones de su sobrino.

Las prisiones del Esquilino, improvisadas en los sótanos de las casas que fueron derribadas para atajar el incendio, no eran ciertamente tan seguras como el *Tullianum;* mas por lo mismo estaban cuidadosamente vigiladas.

Petronio suponía fundadamente que el traslado de Ligia obedecía al deseo de librarla de la muerte que en la prisión la amenazaba, para impedir que se substrajera á la que la aguardaba en el Circo; por lo tanto, era obvio que la custodiarían como precioso tesoro.

El Arbitro estaba convencido de que el César y Tigelino le preparaban á la doncella un suplicio especial y extraordinario que sobrepujaría por lo horrible á todos los que hasta entonces se habían visto; y de ello deducía que Vinicio estaba más cerca de perderse en la empresa que de llevarla á feliz término.

El joven tribuno, por su parte, también abrigaba poquísimas esperanzas y sólo en Cristo confiaba para dar cima á la ardua empresa. Sus gestiones tenían ya por objeto únicamente el conseguir ver á Ligia en la prisión.

Concibió la idea de penetrar en la cárcel, como Nazario entrara en la Mamertina, en calidad de enterrador, y gracias á una gruesa suma de dinero que le dió al capataz de los enterradores, logró que éste le admitiera entre los sirvientes que enviaba por la noche en busca de cadáveres. No era probable que le reconocieran en la obscuridad de la noche y con su traje de esclavo. Además, ¿quién había de sospechar que un patricio, hijo y nieto de cónsules, desempeñaba tan bajo oficio, entre sirvientes y enterradores, oficio que sólo aceptaban los más miserables?

De este modo se dedicó Vinicio á una faena que estaba reservada á los desdichados que por ser esclavos ó porque la necesidad extrema les apremiaba se resignaban á sufrirla.

Cuando llegó la noche señalada se puso el mancebo tosco traje de sepulturero, se tapó la cabeza con un paño empapado en trementina, y en compañía de otros hombres se encaminó al Esquilino. con el corazón lleno de ansiedad.

La guardia pretoriana no les opuso la menor dificultad, pues todos iban provistos de *tesseræ* (pases) en regla, que un centurión reconoció á la luz de una linterna.

Las puertas de hierro se abrieron ante ellos. Entraron en un amplio sótano abovedado, lo atravesaron y pasaron á otros.

La vacilante y mortecina luz de unos candiles luchaba en vano por disipar las sombras del recinto, que estaba lleno de cristianos.

Veíase á algunos de éstos tendidos en el suelo, durmiendo ó muertos quizá; otros se apiñaban en torno de grandes vasijas llenas de agua que había en el centro, y bebían del cristalino líquido con el ansia del que siente el ardor de la calentura; otros estaban acurrucados, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza en las palmas de las manos. Muchos, postrados de hinojos, oraban, y acá y allá veíanse también niños dormidos en el mater-

nal regazo. Por todas partes se oían gemidos, el respirar fatigoso de los enfermos, sollozos, plegarias, himnos entonados á media voz y votos y maldiciones de los guardianes.

El aire asfixiaba viciado por las emanaciones de tanta gente y por las de los cadáveres. En la lúgubre semiobscuridad se veía un enjambre de sombras. Cerca de las vacilantes luces aparecían pálidos rostros que revelaban terror y hambre; en estos rostros brillaban los ojos con el fuego de la fiebre ó apenas se distinguían las apagadas pupilas. En los rincones, unos enfermos se quejaban á grito herido, otros pedían agua, y algunos suplicaban que les matasen pronto.

Y con todo esto, la prisión Esquilina era menos terrible que el *Tullianum*.

A Vinicio le flaqueaban las piernas y se le oprimía el corazón sólo de pensar que Ligia participara de tanta miseria, de infortunio tan espantoso. El anfiteatro, los garras de las fieras, la cruz, todo le parecía preferible á aquellos horrorosos subterráneos, emponzoñados y malolientes, en los que sólo se oía voces suplicantes pidiendo la muerte. El valor le abandonaba. Su amor, su anhelo, sus amarguras, trocáronse ante cuadro tan espantoso en un solo y vehemente deseo: el de morir cuanto antes.

Cuando á tales ideas se entregaba, oyó al capataz preguntar:

—¿Cuántos cadáveres hay?

—Una docena—contestó el carcelero;—pero antes de que amanezca caerán más, porque algunos están agonizando.

Y se puso á echar pestes contra las madres que ocultaban los cadáveres de sus hijos por no separarse de ellos y por evitar que los echaran en las *fosas pútridas*.

—Los descubrimos—añadió,—por el olor; así es este aire cada vez más hediondo. Mejor quisiera ser esclavo en una prisión rural que vigilar á estos perros que se están pudriendo en vida.

El capataz trató de consolarle, pintándole lo duro de su oficio, que no era más agradable.

Entretanto, Vinicio escudriñaba la prisión con la mirada, temeroso de no encontrar ya á su amada con vida.

Algunos pasadizos recientemente abiertos ponían en comunicación los calabozos; los enterradores sólo penetraban en los que había muertos que recoger.

Le asaltó á Vinicio el temor de que el privilegio logrado á costa de tantos sacrificios resultara estéril; por fortuna vino su jefe á sacarle de apuros, diciendo:

—La peste se propaga por causa del hacinamiento de cadáveres y hay que llevárselos inmediatamente si no queréis morir también vosotros al lado de los presos.

—Solamente somos diez para atender á todos los calabozos, y comprenderás que necesitamos dormir—replicó el guardián.

—Te dejaré cuatro de mis hombres, con encargo de que recorran de noche los calabozos y recojan á los que se vayan muriendo.

—Si tal haces te convidaré á beber mañana; pero no olvides que es indispensable someter todos los muertos á la prueba: hemos recibido orden de atravesarles el cuello antes de conducirlos á las *fosas pútridas*.

—Convenido, beberemos juntos—dijo el capataz.

Eligió cuatro hombres, uno de los cuales era Vinicio, y se fué con los demás á meter los cadáveres en las cajas.

El mancebo respiró con más libertad, seguro ya de encontrar á Ligia, y empezó á recorrer los obscuros rincones adonde no llegaba la claridad de la linterna. Vió á los que dormían tendidos junto á las paredes y envueltos en groseros vestidos y observó que á los enfermos graves los colocaban en un rincón apartado.

Reconoció inútilmente hasta el tercer calabozo: en ninguno de los tres estaba Ligia. Mas el tiempo transcu-

rría y ya se habían llevado á todos los muertos. Los guardianes dormían en los pasadizos que ponían en comunicación los calabozos entre sí; los niños, cansados de llorar, habían callado; en el tétrico recinto reinaba el silencio, interrumpido por la respiración afanosa de los enfermos y por un leve murmullo de oraciones.

Vinicio, con su linterna en la mano, llegó al cuarto sótano, que era mucho más reducido que los tres anteriores; levantó la luz para ver mejor y se estremeció; habíale parecido distinguir al pie de una reja la hercúlea figura de Urso.

Apagó la luz, se acercó al supuesto ligio y preguntó:

—¿Eres tú, Urso?

—¿Quién me habla?—interrogó á su vez Urso; pues él era.

—¿No me conoces?

—¿Cómo voy á conocerte si has apagado la luz?

En aquel punto divisó el mancebo á Ligia recostada cerca de la pared y envuelta en un manto; fué y se arrodilló junto á ella sin proferir una palabra.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó Urso, reconociéndole entonces.—¡No la despiertes, señor!

Vinicio, arrodillado, contemplaba á la doncella al través de las lágrimas que empañaban sus ojos. A pesar de la obscuridad que allí reinaba, vió su rostro blanco como el mármol y sus brazos enflaquecidos; amargura infinita inundó su alma y al mismo tiempo sintió tan honda piedad, respeto tan profundo y ternura tanta, que se inclinó hasta el suelo y besó con veneración la orla del manto en que reposaba la cabeza de aquella mujer á quien él amaba sobre todo en el mundo.

Urso le miraba en silencio y por último le tiró de la túnica y le preguntó:

—¿Cómo has entrado, señor? ¿Vienes á libertarla?

Levantóse el tribuno, hizo un poderoso esfuerzo para dominar la emoción que le embargaba, y respondió:

—Indícame los medios de conseguirlo.

—Supuse que ya los tenías, señor; á mí no se me ocurre más que uno.

Y miró la reja que había por encima de su cabeza, agregando, como si hablara consigo propio:

—Por allí... pero al otro lado habrá soldados.

—Cien pretorianos.

—Entonces no podremos pasar.

—Imposible.

Urso se llevó las manos á la cabeza y tornó á su primera pregunta:

—¿Cómo has entrado, señor?

—Con una *tesseræ* de entrada que me ha dado el capataz de los enterradores.

Y se apresuró á decir, como si de pronto se le hubiera ocurrido una idea salvadora:

—¡Por la pasión de Cristo! Ya dí con ello. Que tome Ligia mi *tesseræ*, se ponga mi túnica, se cubra la cabeza con el manto y se vaya; yo me quedaré en su lugar. Entre los enterradores hay mocitos muy jóvenes y los pretorianos no advertirán la substitución. Si consigue llegar á casa de Petronio se habrá salvado.

El ligio inclinó la cabeza con desaliento y replicó:

—Ligia no consentirá en ello, porque te ama. Además está tan débil que no puede tenerse en pie. Cuando tú y el noble Petronio no habéis logrado sacarla de la prisión, ¿quién podrá hacerlo?

—¡Cristo!

Callaron ambos.

Urso, con su innata sencillez, se decía:

—Cristo podría salvarnos á todos; y cuando no nos salva, quiere decir que ha sonado la hora del martirio y de la muerte.

Su sencillo corazón se resignaba, aceptando sereno la muerte y el martirio; pero el sacrificio de aquella niña que había crecido en sus brazos y á quien amaba más que á sí mismo, le causaba horrible dolor.

Vinicio volvió á arrodillarse junto á la doncella. Por la reja penetraba un pálido rayo de luna, iluminando el calabozo mejor que la linterna que á la entrada ardía.

La desdichada joven abrió los ojos, cogió entre sus manos, que abrasaban, las del patricio, y dijo:

—Te veo, Marco. Ya sabía que vendrías.

—Sí, aquí estoy, amada mía. ¡Que Cristo te proteja y te salve!—exclamó el mancebo.

Y no pudo decir más, porque le ahogaba el llanto y no quería exteriorizar su pena en presencia de la doncella.

—Estoy enferma, Marco—dijo Ligia,—y he de morir, sea en el Circo ó en la cárcel. Le he pedido tanto al Salvador que me permitiera verte antes, que ha escuchado mis ruegos.

Vinicio la estrechó contra su corazón, sin poder articular palabra.

—Te vi—repuso la doncella,—por la ventana del *Tullianum*. Sabía que vendrías porque ansiabas venir á mi lado. El Salvador me ha devuelto el conocimiento por breves instantes para que podamos darnos la eterna despedida. Voy á buscarle, Marco; pero te amo y te amaré siempre.

Vinicio logró al cabo sobreponerse á su tormento; merced á un esfuerzo heroico ahogó su dolor, y dijo con firme acento:

—No, mi bien amada, no morirás; el Apóstol me recomendó que orara y tuviera fe. El ruega por ti, conoció á Cristo, Cristo le ama y no le negará lo que pide. Si fueras á morir, no me habría mandado Pedro que tuviera confianza; pero él me dijo que tuviera fe. Cristo no quiere que mueras y tendrá misericordia de ti y de mí. Te juro por el nombre de Cristo que Pedro está orando por ti.

Ambos callaron. La única linterna que alumbraba el recinto se apagó, mas por la reja penetraban los rayos de la luna.

En un rincón del calabozo lloraba un niño. Fuera se oía la voz de los pretorianos que al pie de la muralla jugaban al *scriptæ duodecim*.

—¡Oh, Marco!—murmuró Ligia rompiendo el silencio.—Cristo mismo le dijo á su padre: «Aparta de mis labios este cáliz de amargura»; y sin embargo, lo apuró y murió en la cruz. ¿Por qué ha de reservarme á mí suerte distinta de la de los miles de cristianos que por El mueren? Le he oído decir al Apóstol Pedro que él también morirá en el martirio. ¿Quién soy yo comparada con Pedro? Cuando los pretorianos entraron á buscarnos tuve miedo de la tortura y de la muerte; pero ahora no le tengo miedo á nada. Esta prisión es horrible; pero yo me voy al Cielo. Aquí está el César; allí está el Redentor, bueno y misericordioso. Triunfaremos de la muerte. Tú, que me amas, piensa en la felicidad que me aguarda. Vendrás á mí, mi amado Marco, y allí nos reuniremos.

Dutúvose para tomar aliento, que bien lo había de menester su fatigado pecho; llevóse á sus labios la mano de Vinicio y murmuró:

—¿Marco?

—¿Qué quieres, amada mía?

—No llores por mí y piensa en que pronto nos reuniremos. Corta ha sido mi vida; pero Dios me ha concedido durante ella tu amor. Le diré á Cristo que al morir yo estabas tú presente y que aunque mi muerte te causó dolor profundo, no blasfemaste contra El, acataste su voluntad, continuaste amándole de todo corazón y le amarás siempre, ¿no es así? y que sufrirás con resignación mi muerte. Y El nos reunirá entonces. ¡Te amo y quiero estar eternamente contigo en el Cielo!

Falta otra vez de aliento, hizo nueva pausa y repuso al cabo con voz que parecía un suspiro:

—¡Prométemelo, Marco!

Este la abrazó temblando y contestó con seguro acento:

—¡Por tu adorada cabeza, te lo prometo!

Un rayo de luna iluminó el rostro radiante de la enferma; ésta estampó

sus labios en la mano de Vinicio y pronunció con voz casi imperceptible :

—¡ Soy tu esposa !

Al otro lado del muro, los pretorianos disputaban sobre una jugada de *scriptæ duodecim;* pero los dos amantes, olvidando la prisión, los guardias y la tierra entera, en celestial, inefable transporte, elevaron á Dios férvida plegaria.

## LX

Durante tres noches ningún acontecimiento vino á turbar la calma en que vivían los dos amantes.

Terminada la tarea de separar los muertos de los vivos y los enfermos de los sanos, los guardianes se echaban á dormir en los corredores y Vinicio se iba al lado de Ligia, permaneciendo con ella hasta el amanecer.

La doncella reclinaba la cabeza en el hombro del mancebo, hablaban quedo del amor y de la muerte é insensiblemente se alejaban de la tierra con sus palabras, sus esperanzas y hasta sus deseos, llegando á perder gradualmente la noción de la vida.

Eran como dos navegantes que apartándose de la costa en misterioso barco no distinguieran desde un punto dado más que la inmensidad del mar y el espacio infinito ; eran dos almas afligidas y hermanas íntimamente unidas por recíproco amor y ligadas además por el que ambas tributaban á Cristo, prontas á desplegar las alas para volar hacia las ignotas regiones de la eternidad.

Había momentos en que el dolor atenaceaba á Vinicio ; otras veces iluminaban su corazón relámpagos de esperanza hijos de su amor y de su fe en el Crucificado ; en ocasiones se restablecía la calma y el joven se entregaba cada día más y más apaciblemente á la idea de la muerte.

Cuando por la mañana salía de la prisión y volvía á encontrarse entre sus conocidos, oyendo el ruido de la ciudad y viendo la agitación de la vida, le parecía que estaba soñando ; todo ofrecía á sus ojos un aspecto extraño y lo veía todo como distante, vago y confuso. En tal estado de ánimo ni la tortura podía ser temible ; porque mientras la víctima estuviera sometida á ella, su espíritu se abismaría en otras ideas y su vista se recrearía con extrañas y misteriosas perspectivas.

A los dos amantes les parecía que la eternidad había ya comenzado para ellos y hablaban de cómo se amarían y de cómo vivirían juntos más allá de la tumba. Si sus ideas rozaban alguna vez la tierra, era como las de dos personas que se aprestan á un largo viaje y hacen los preparativos para el camino. Ambos cifraban su anhelo en que no les separase Cristo ; y como cada vez se arraigaba más y más en su ánimo el convencimiento de que Dios no les separaría, su amor hacia El se convertía en apretado y fuerte vínculo que los unía en un sentimiento inefable de paz y de ventura. Aun cuando todavía pertenecían al mundo, del mundo se iban desprendiendo cada vez más y sus almas eran ya puras como lágrimas.

Bajo el imperio del terror y de la muerte, acosados por la amargura y el sufrimiento, para ambos había descendido el Cielo hasta el fondo de aquel antro sombrío, puesto que Ligia, como ángel salvador, conducía á Vinicio de la mano hacia la fuente de la vida eterna.

Petronio se admiraba de ver á su sobrino más tranquilo cada vez. Y no logrando explicárselo de otro modo, se figuraba que el joven había dado por fin con el medio de salvar á Ligia. La idea de que Vinicio no le confiara sus proyectos y esperanzas, le mortificaba bastante, y acabó por decirle un día :

—Estás muy cambiado de algún tiempo á esta parte. Si tienes algún proyecto, dímelo, pues sabes que quiero secundarte y que dispongo de medios para ello. ¿Qué has decidido?

—Algo en lo que tú no puedes pres-

tarme auxilio—contestó el patricio.—Cuando Ligia muera declararé públicamente que soy cristiano é iré á reunirme con ella.

—Según parece has perdido toda esperanza.

—Al contrario: tengo más esperanzas que nunca. Cristo me devolverá á Ligia y no nos separaremos más.

Petronio, desconcertado é impaciente, se puso á pasearse por el *atrium*, diciendo:

—Para venir á esa conclusión no necesitabas á tu Cristo; nuestro *Thanatos* (la Muerte), puede prestarte el mismo servicio.

—No, querido tío—replicó el mancebo con triste sonrisa;—no puedes comprenderme.

—No quiero ni puedo, ni es la ocasión presente propia para discusiones; pero acuérdate de que me dijiste cuando fracasó nuestro proyecto de libertarla del *Tullianum:* «Creo que Cristo puede devolvérmela». Pues bien, que te la devuelva. Si yo tiro al mar un vaso de valor, no habrá entre nuestros dioses ninguno con poder bastante para devolvérmelo; si al tuyo le ocurre lo propio, no sé por qué he de tributarle mayor homenaje que á los demás.

—El mío me la devolverá.

Petronio se encogió de hombros.

—¿Sabes—dijo,—que van á iluminar mañana con los cristianos los jardines del César?

—¿Mañana?

Aterrado Vinicio y pensando que quizá aquella noche sería la última que podría pasar al lado de Ligia, se despidió de su tío y se fué á toda prisa en busca del capataz de los enterradores para pedirle su *tesseræ*.

Con profunda sorpresa vió que el capataz, en vez de darle la contraseña, le dijo:

—Perdona, señor; no puedo hacer por ti más de lo que ya he hecho, sin arriesgar la vida. Esta noche llevarán á los cristianos á los jardines del César; la prisión estará llena de soldados, y si te reconocieran, mis hijos y yo estaríamos perdidos.

Vinicio no insistió, comprendiendo que sería inútil.

Con la esperanza de que los soldados le dejarían entrar sin contraseña, se disfrazó como de costumbre, con la túnica de un enterrador, y atándose un pañuelo alrededor de la cabeza, se dirigió á la prisión en cuanto llegó la noche. Pero los soldados reconocían aquel día las contraseñas con más cuidado que nunca, y, lo que era más peligroso, el centurión Escivino, que era del César en cuerpo y alma, conoció á Vinicio á pesar del disfraz. Compadecido quizá su duro corazón al ver tal infortunio, en vez de dar la señal de alarma, golpeando con la lanza el escudo, llamó aparte al tribuno y le dijo:

—Vete, señor, á tu casa. Te he conocido; pero callaré porque no quiero perderte. No puedo dejarte pasar; vete y que los dioses mitiguen tu dolor.

—Si no puedes dejarme entrar, permíteme siquiera que permanezca aquí para ver los que llevan al suplicio.

—Las órdenes que he recibido no me lo prohiben, señor.

Vinicio aguardó junto á la puerta.

Esta se abrió por fin cerca de media noche y empezaron á salir los cristianos rodeados de soldados.

La noche era muy clara y la luna llena permitía distinguir bien las facciones de aquellos desdichados hombres, mujeres y niños, que formados de á dos en fondo en interminable y triste procesión, eran conducidos á la muerte en medio de un silencio sólo interrumpido por el ruido de las armas.

Numerosísimas eran las víctimas; tantas, que parecía que no debía de quedar ya ni un solo cristiano en los subterráneos del Esquilino.

Vinicio vió perfectamente á Glauco, el médico, que iba de los últimos; Ligia y Urso no salieron de la prisión.

---

## LXI

Antes del obscurecer empezaron á acudir los curiosos á los jardines del César; venían vestidos con el traje de los días de fiesta, alegres, coronados de flores, cantando y gozando por adelantado con el espectáculo que iban á presenciar. Entre ellos había algunos borrachos.

Las exclamaciones *Semaxii Sarmentii* resonaban por doquier y se extendían por la *Via Treta* (Calle Obscura) y la Triunfal, cercana al Circo de Nerón, propagándose hasta el Puente Emilio y hasta el Monte Vaticano.

El suplicio de las «antorchas vivas» no era nuevo en Roma; pero nunca el pueblo romano había visto quemar simultáneamente y amarradas á los postes á tantas y tantas víctimas.

Queriendo el César y Tigelino acabar de una vez con los cristianos y atajar al mismo tiempo la creciente epidemia, que de las prisiones se extendía ya á la ciudad, habían mandado sacar de los calabozos á todas las víctimas, dejando únicamente unas pocas reservadas para los últimos juegos.

Las hermosas calles de los jardines imperiales, abiertas entre frondosas arboledas y extensos prados floridos, aparecían erizadas de postes untados con resina, á los cuales estaban amarrados los cristianos. Desde los puntos más elevados, donde los árboles no impedían la vista, veíanse en los llanos y siguiendo las ondulaciones del terreno, interminables hileras de postes adornados con flores, mirto y hiedra; se prolongaban tanto, que, en la perspectiva, los postes cercanos parecían mástiles de barco y los lejanos astas de bandera clavadas en el suelo. Y tan numerosos eran aquellos postes, que los más exagerados cálculos se quedaban muy por debajo de la realidad. Parecía que la voluntad del César había atado allí á todos los habitantes de una ciudad para divertirse y divertir á Roma.

Los concurrentes se detenían ante ciertos postes, cuando el aspecto ó el sexo de la víctima despertaban su curiosidad; contemplaban su rostro, las coronas y las guirnaldas de hiedra y luego proseguían su camino, preguntándose con sorpresa:

—¿Es posible que haya tantos criminales?

Y la sorpresa se trocaba en temor.

Obscureció por fin; brillaron las estrellas en el cielo y vino á situarse un esclavo al lado de cada uno de los condenados, llevando en la mano una antorcha. Sonó un toque de trompeta y antes de que la vibración se extinguiera, cada esclavo puso fuego con la antorcha al poste de que estaba encargado. La paja oculta bajo las flores y empapada en pez ardió rápidamente con viva llama; ésta aumentó gradualmente, lamió la hiedra y subió veloz, empezando á abrasar los pies de las víctimas.

La muchedumbre miraba silenciosa.

De repente resonó un gemido espeluznante, entre desgarradores gritos de dolor; sin embargo, algunos mártires, levantando los ojos al cielo, entonaron cánticos de alabanza á Cristo.

El pueblo los escuchaba mudo de asombro.

Y cuando acá y allá se oyeron voces infantiles que exclamaban: «¡Madre, madre!» conmoviéronse los más duros corazones y no faltó quien se preguntara:

—¿Cómo es posible que hayan incendiado á Roma tiernos niños que apenas pueden andar?

Y los espectadores se estremecieron, aun los borrachos, al ver aquellos rostros inocentes y aquellos cuerpecitos retorcerse por el dolor ó desplomarse asfixiados por el humo que les envolvía.

Las llamas subían sin cesar, abrasando coronas de rosas y de hiedra, y un fuerte olor de carne quemada se esparció por todas partes. Los esclavos

llenaron de mirra y áloe los pebeteros para dominar aquel olor.

Todo estaba iluminado: los grupos de árboles, los prados y las floridas plazas; brillaba el agua de los estanques, las temblorosas hojas de los árboles aparecían con cambiantes rojizos y todo se veía con la misma claridad que de día y con la luz del sol.

La muchedumbre prorrumpía en gritos que no se sabía si eran de satisfacción ó de asombro y que aumentaban al mismo tiempo que el fuego.

Este envolvía ya los postes, subía hasta el pecho de las víctimas, les quemaba el cabello, les ennegrecía el rostro y continuaba subiendo, como si quisiera demostrar con su triunfo el de la fuerza destructora á quien obedecía, atacando y aniquilando á los inocentes.

Al comenzar el espectáculo, el César había entrado magnífico, guiando riquísima cuádriga del Circo, de la que tiraban, como indica el nombre, cuatro hermosos caballos, blancos todos. Iba Nerón vestido de auriga, con el color de los *Verdes*, que era el favorito suyo y de la Corte.

Detrás, en otros carros, venían los augustanos lujosamente vestidos, senadores y sacerdotes y bacantes desnudas y coronadas, con ánforas de vino en la mano, casi ebrias y dando voces. A su lado, músicos disfrazados de faunos y de sátiros tocaban citaras, formingas, flautas y cuernos.

En otros carros venían las matronas y las doncellas, borrachas también y semidesnudas.

Rodeando la cuádriga corrían muchos hombres que llevaban en la mano tirsos adornados con cintas; otros tocaban tamboriles, y una legión de Amorcillos deshojaba flores ante los carros.

El brillante cortejo avanzaba entre exclamaciones de *¡Evoé!* por la amplia calle del jardín llena de humo, y se iba abriendo paso entre los grupos procesionales del pueblo.

Nerón llevaba á su lado á Tigelino y á Chilón, cuyo terror le divertía; guiaba él mismo su cuádriga y avanzaba al paso, mirando los cuerpos que ardían y oyendo con atención las exclamaciones de la multitud. Iba en pie en el alto y dorado carro, atravesando por entre la muchedumbre, que se inclinaba á su paso, iluminado por los fulgores del fuego y llevando en la cabeza la corona de triunfador del Circo; su figura, que descollaba sobre los augustanos y el pueblo, parecía la de un gigante: con los enormes brazos extendidos hacia adelante para sujetar las riendas, parecía que iba bendiciendo á la multitud. Ligera sonrisa animaba su rostro y sus entornados ojos. Nerón brillaba sobre aquella inmensa masa de pueblo como un sol ó como una deidad terrible y omnipotente.

De cuando en cuando se detenía para contemplar á una doncella, cuyo seno lamían las llamas, ó el rostro de algún niño que se retorcía convulsivamente con atroces espasmos de dolor; luego continuaba por su camino, llevando detrás un séquito excitado y turbulento. Otras veces saludaba al pueblo, se volvía un poco, tiraba de las doradas riendas y hablaba con Tigelino.

Al llegar á una fuente que había en el cruce de dos calles, se apeó de la cuádriga, hizo una señal á sus acompañantes y se mezcló con la multitud, que le acogió con aplausos y aclamaciones.

Bacantes, ninfas, senadores, augustanos, sacerdotes, faunos, sátiros y soldados le rodearon; pero él, con Tigelino á un lado y Chilón al otro, dió una vuelta en torno de la fuente, haciendo comentarios acerca de las antorchas humanas que allí ardían y burlándose del griego, cuyo rostro expresaba la desesperación.

Detúvose por último ante un poste elevadísimo adornado con hiedra y mirto. Las rojas lenguas de fuego llegaban ya á lamer las rodillas del mártir que á aquél estaba amarrado y cuyas facciones no podían verse porque los vás-

tagos verdes, al arder, despedían densa humareda que las ocultaba.

De pronto, ligera brisa barrió el humo y dejó al descubierto la cabeza de la víctima. Era ésta un hombre de luenga y canosa barba que le llegaba hasta el pecho.

Tan pronto como le vió cayó Chilón aterrado, retorciéndose, y exhaló un grito, que más que grito humano parecía horrendo graznido.

—¡ Clauco ! ¡ Glauco !—exclamó.

Era, en efecto, el anciano médico. Le miró desde lo alto del poste que ardía.

El sin ventura tenía el rostro contraído por el dolor y estaba inclinado hacia adelante, como si quisiera ver por última vez á su verdugo, al hombre que le hiciera tan negra traición, al que le robara esposa é hijos, al que le entregara en manos de asesinos ; al que después de perdonado en nombre de Cristo, todavía olvidó el perdón y tornó á entregarle á sus enemigos. Nadie había inferido á otro hombre agravios más terribles y sangrientos. ¡ Y ahora, cuando la víctima que perdonó al verdugo se abrasaba en aquel poste embreado, el verdugo venía á colocarse á sus pies !

Glauco no apartaba los ojos del griego ; éste quiso huir, pero no pudo. Le parecía que una mano misteriosa le detenía, que en su interior estallaba algo, que sobre él pesaba una montaña de plomo, que se acercaba el fin de su vida y que se borraban de su vista el César, la Corte, la multitud ; sólo veía ya en torno el vacío tenebroso, en cuyo negro fondo continuaban brillando los ojos del mártir, que le emplazaban, mirándole al través del humo y del fuego.

Y Clauco seguía con la vista fija en él.

Los presentes adivinaron que algún misterio había entre aquellos dos hombres ; pero no se rieron, porque el rostro de Chilón revelaba tan horrible sufrimiento como si aquellas lenguas de fuego devoraran su propio cuerpo.

De repente levantó las manos y exclamó con acento desgarrador :

—¡ Glauco ! ¡ En nombre de Cristo, perdóname !

Reinó el silencio, se estremecieron los espectadores de aquella escena y fijaron todos la mirada en el mártir.

Este movió levemente la cabeza y con voz que parecía un gemido pronunció las siguientes palabras :

—¡ Te perdono !

Chilón cayó al suelo, aullando como un perro presa del terror ; y hundiendo la frente en el polvo, con ambas manos se cubrió de tierra la cabeza.

En lo alto del madero, las llamas acariciaban ya el pecho y el rostro de Glauco, chamuscaban la corona de mirto que ornaba su cabeza y empezaban á consumir hasta las cintas que había en la cúspide del poste, que despedía vivísima claridad.

Breves instantes transcurrieron.

Chilón se puso de pie. Tan transfigurado se alzó del suelo, que los augustanos creyeron que era otro hombre. Sus ojos despedían extraño fulgor y su rugosa frente parecía iluminada por la aureola de la inspiración ó del éxtasis. El acobardado griego de pocos momentos antes estaba transformado : parecía un sacerdote que inspirado por un numen se dispusiera á revelar una verdad arcana.

—¿ Qué le pasa ? ¿ Se ha vuelto loco ?—preguntaban algunos.

Pero Chilón, sereno é imponente, se volvió hacia la multitud, extendió la diestra y con voz vibrante, que la oyeron no solamente los augustanos, sino la muchedumbre de espectadores, exclamó :

—¡ Pueblo romano ! ¡ Te juro por mi muerte que las víctimas que aquí perecen son inocentes ! ¡ He ahí el incendiario !

Y con el dedo indicó á Nerón.

Reinó aterrador silencio.

Los augustanos se quedaron atónitos.

Chilón continuó en pie, erguido, ex-

tendido el brazo y señalando con el tembloroso índice al César.

De repente se produjo una oleada tumultuosa: el pueblo rodeó impetuosamente al griego.

—¡No te acobardes!—exclamaban unos.

—¡Prendedle!—decían otros.

—¡Ay de nosotros!—clamaron algunos.

Y se levantó una tempestad de silbidos y de gritos.

Entre el ensordecedor alboroto, se oía gritar acá y allá:

—«¡Barbas de Cobre!» ¡Parricida! ¡Incendiario!

La confusión creció rápidamente.

Las bacantes lanzaban agudos chillidos y se escondían en los carros.

Algunos de los postes que sostenían las «antorchas vivas», calcinados ya, se vinieron abajo entre una lluvia de chispas, aumentando la confusión.

Chilón, arrastrado por la multitud, desapareció en un remolino que le llevó hasta el fondo del jardín.

Los postes se iban cayendo, sucesivamente, esparciendo humo, chispas y olor de carne quemada. Las luces empezaban á apagarse y la obscuridad á invadir los jardines.

La muchedumbre excitada, triste y amenazadora á la par, se atropellaba por salir.

La noticia de lo acontecido corrió de boca en boca, exagerada y modificada á gusto del narrador; decíase que César había caído presa de un desmayo al oir la acusación del griego y que se había declarado autor del incendio de Roma. Y no faltaba quien aseguraba que Nerón estaba gravemente enfermo y que le habían sacado de los jardines moribundo.

Tampoco escaseaban frases de simpatía y de compasión para los cristianos ni comentarios desfavorables para Nerón y Tigelino.

—Si los cristianos no han sido los autores del incendio—decían,—¿por qué agobiarlos bajo el peso de tan tremenda injusticia? ¿Por qué derramar tanta sangre? ¿No era una provocación á los dioses, que vengarían á los inocentes? ¿Qué *piácula* serían parte á aplacar su justa indignación? *Innoxia córpora!* (¡Víctimas inocentes!) se oía repetir á menudo por todas partes.

Las mujeres no se recataban para expresar la compasión que les inspiraban los niños, en tan gran número martirizados en el Circo y en los jardines; y las frases de lástima acababan por convertirse en ultrajes dedicados al César y á Tigelino.

Por último, tampoco era escaso el número de los que se preguntaban:

—¿Qué Dios es ése, que les da tanto valor para soportar los martirios y la muerte?

Y regresaban á sus casas preocupados y tristes muchos de los que entraron alegres en los jardines malditos.

Chilón, entretanto, daba vueltas por aquellos parajes, sin saber adónde dirigir sus pasos y tropezando á cada instante con cuerpos quemados á medias, que al recibir el golpe despedían chispas; de vez en cuando se sentaba desfallecido y miraba en derredor con extraviados ojos.

Los jardines se habían quedado casi á obscuras; la débil claridad de la Luna proyectaba entre los árboles muy vaga luz, insuficiente para alumbrar las calles, los ennegrecidos postes y las víctimas medio quemadas y convertidas en negros é informes bultos.

Al griego le parecía que desde el plateado disco de la Luna los ojos de Glauco no se apartaban de él; y amedrentado, corrió á esconderse en un paraje sombrío. Como impelido por oculta fuerza, pronto abandonó también aquel retiro y tornó á la fuente, junto á la cual había entregado Glauco su alma á Dios.

De repente sintió que le tocaban en el hombro; volvió la cara y se encontró con un desconocido.

—¿Quién eres?—le preguntó con acento de terror.

—Soy Pablo de Tarso—contestó el desconocido.

—¡Estoy maldito! ¿Qué quieres de mí?

—Salvarte.

Chilón buscó apoyo en un árbol, porque se le doblaban las piernas.

—¡Para mí no hay salvación!—replicó con sordo acento.

—¿No has oído decir que Dios perdonó al ladrón crucificado junto á El?

—¿Pero sabes tú lo que yo he hecho?

—Sé que he sido testigo de tu dolor y que te he visto proclamar la verdad.

—¡Oh, señor!

—Si te ha perdonado un siervo de Cristo en la hora del martirio y de la muerte, ¿cómo te negará Cristo su perdón?

Chilón se oprimió las sienes con las manos y exclamó con acento que revelaba desesperación:

—¡Perdón! ¡Perdonado yo!

—Nuestro Dios es misericordioso.

—¿Lo será para mí?—preguntó el griego.

Y prorrumpió en sollozos.

—Apóyate en mi brazo y sígueme—le dijo el Apóstol.

Ambos se dirigieron al *cuadrivio*.

En el silencio de la noche, el rumor de la fuente parecía un lamento que las aguas lanzaran por las víctimas cuyos cadáveres carbonizados llenaban aquellos lugares.

—Nuestro Dios es misericordioso—repitió Pablo.—Si te pusieras en la orilla del mar á tirar piedras al agua, ¿podrías llenar con ellas la inmensidad de su seno? Pues en verdad te digo que la misericordia de Dios es como el Océano y que las culpas y los pecados de los hombres desaparecen en El como las piedras en los abismo del mar. Su misericordia es como el firmamento que cobija los mares y las montañas; se extiende por todas partes y no tiene principio ni fin. Has sufrido al pie del poste de Glauco y Cristo ha visto tu sufrimiento. Despreciando el peligro á que te exponías, dijiste: «¡He ahí al incendiario!» Cristo tiene presentes tus palabras y olvida tu maldad y tus calumnias; pues sólo ve tu corazón, en el que ha entrado el arrepentimiento. ¡Oyeme! Yo aborrecí á Cristo, y perseguí á sus elegidos, y no creí en El, hasta que El se manifestó á mí y me llamó. Desde entonces El ha sido mi amor único; El ha sido para mí la misericordia. El ha hecho que penetre en tu alma el remordimiento, la zozobra y el dolor, para llamarte á Sí. Tú le aborrecías y El te amaba. Tú has entregado á sus creyentes al martirio y El quiere perdonarte y salvarte.

Los sollozos agitaban el pecho del infortunado viejo. Pablo se apoderó de él, subyugó su espíritu y le llevó consigo, como un soldado victorioso lleva prisionero al enemigo vencido en buena lid.

—Ven—repuso el Apóstol,—yo te conduciré hasta El. ¿Quieres saber por qué me he acercado á ti? Porque el Señor me mandó que recogiera las almas con amor. Tú te crees ya condenado y yo te digo: Ten fe en Cristo y te salvarás. Mírame: cuando yo no le amaba, el odio llenaba mi corazón; y ahora, su amor hace en mí las veces de padre y de madre, de poder y de riqueza. El es el único refugio, el solo consuelo.

Hablando así llegaron á la fuente, cuya argentada linfa brillaba á la luz de la Luna. En derredor reinaba el silencio. En los jardines no había nadie.

Chilón cayó de rodillas sollozando, se cubrió el rostro con las manos y permaneció inmóvil.

—¡Oh, Señor!—dijo Pablo, elevando la mirada al Cielo.—¡Apiádate del dolor de este desdichado, de sus lágrimas y de sus sufrimientos! ¡Dios de misericordia, que derramaste tu sangre por salvarnos, perdónale por tu pasión y muerte y por tu gloriosa resurrección!

Luego guardó silencio y estuvo largo rato en oración, con la vista fija en la altura.

A sus pies clamaba Chilón entre gemidos :

—¡ Cristo ! ¡ Cristo ! ¡ Perdóname !...

Se acercó el Apóstol á la fuente, cogió agua en el hueco de la mano, y rociando con ella la cabeza del infeliz arrodillado á sus pies, dijo :

—¡ Chilón ! ¡ Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo ! ¡ Amén !

Levantó el griego la blanca cabeza, abrió los brazos y permaneció en tal postura durante varios momentos. La Luna le iluminaba de lleno, dándole el aspecto, con su inmovilidad, de un cadáver ó de una estatua de mármol.

Las horas transcurrían. En las grandes pajareras de los jardines de Domicio empezaron á cantar los gallos.

El griego preguntó al Apóstol, como quien despierta de un sueño :

—¿ Qué debo hacer antes de morir?

Pablo meditaba acerca de la omnipotencia divina, ante la cual no pudo resistirse el rebelde espíritu del viejo estoico ; las palabras de éste le sacaron de su abstracción y contestó :

—Ten fe y atestigua la verdad.

Salieron juntos de los jardines.

En la puerta, bendijo otra vez el Apóstol á Chilón y se separaron, á instancias de éste, pues suponía con fundamento que después de lo ocurrido el César y Tigelino mandarían que le buscaran.

Y estaba en lo cierto, pues cuando llegó á su casa le aguardaban los pretorianos, que se apoderaron de él y le condujeron al Palatino.

Nerón se había retirado á descansar ; pero Tigelino esperaba al griego y apenas le vió, le dijo con acento frío y amenazador :

—Has cometido un crimen de traición y el castigo era inevitable ; pero si consientes en declarar mañana en el anfiteatro que estabas borracho y no sabías lo que decías, y que los autores del incendio fueron los cristianos, el castigo quedará reducido á azotes y destierro.

—No puedo, señor, declarar lo que me pides—contestó Chilón en voz baja y con seguro acento.

Tigelino se acercó á él lentamente y en voz baja también, pero amenazadora, le dijo :

—¿ Cómo osas decir que no puedes, perro griego? ¿ Conque no estabas borracho? ¿ Sabes lo que te aguarda? ¡ Mira !

Y extendió la mano hacia un rincón del *atrium*, en donde, junto á un banco de madera, había cuatro esclavos tracios con cuerdas y tenazas en la mano.

—¡ No puedo !—repitió Chilón.

Tigelino sintió una oleada de cólera que le invadía el cerebro ; pero se dominó.

—¿ Has visto cómo mueren los cristianos?—preguntó.—¿ Quieres morir como ellos?

Levantó el griego la cabeza, movió los labios, sin articular palabra, y luego murmuró :

—Yo también creo en Cristo.

—¡ Perro !—exclamó Tigelino.—¡ Te has vuelto loco de veras !

Y dando rienda suelta á la cólera, se abalanzó al anciano, le asió de la barba, le derribó y le pisoteó, repitiendo con los dientes apretados :

—¡ Te retractarás ! ¡ Te retractarás !

—¡ No puedo, no puedo !—repetía Chilón en el suelo.

—¡ Al tormento con él !—rugió el prefecto de los pretorianos.

Los esclavos cogieron al griego, le tendieron en el banco, le ataron y empezaron á atenacearle las flacas piernas ; pero él, mientras le ataban, besábales humildemente las manos.

Cerró luego los ojos y se quedó como muerto.

Tigelino se acercó á él y tornó á preguntarle :

—¿ Te retractarás?

Chilón movió los amoratados labios y murmuró con voz casi imperceptible :

—¡ No puedo !

El favorito mandó suspender la tortura, dió algunos paseos por el *atrium*, con el rostro descompuesto por la ira,

y por último, exclamó con la satisfacción del que ha dado con una buena idea:

—¡Arrancadle la lengua!

## LXII

Solían representar el drama *Aureolus* en los teatros ó anfiteatros de Roma, arreglando éstos de manera que tenían dos escenarios; pero en el caso presente hicieron las cosas de otro modo, porque lo que se pretendía era que asistieran al espectáculo el mayor número posible de espectadores para presenciar la muerte de un esclavo, que enclavado en una cruz iba á ser devorado por un oso. En los teatros representaba á este animal un actor envuelto en una piel á propósito; pero á la sazón la escena iba á ofrecer todos los caracteres de la realidad, merced á la fecunda inventiva de Tigelino.

El César declaró que no asistiría á la representación, pero el favorito le obligó á cambiar de propósito, haciéndole ver que después de lo ocurrido en los jardines tenía más necesidad que nunca de presentarse en público. Además, le aseguró que el esclavo crucificado no le insultaría como Crispo.

Comenzaba el pueblo á estar harto de sangre y cansado, y para atraerle se le ofreció una nueva distribución de billetes de lotería y de regalos y un banquete que se celebraría en el anfiteatro, profusamente iluminado, cuando se acabara la representación.

Al obscurecer estaba lleno el recinto. Los augustanos, con Tigelino á la cabeza, asistieron sin que faltara uno, no sólo atraídos por el espectáculo, sino impulsados por el deseo de demostrar su adhesión al César y el concepto que les merecía Chilón, del cual hablaba en aquellos días toda Roma.

Se decía en voz baja que el César, al regresar de los jardines, había tenido un espantoso acceso de furor; que no pudo dormir; que le perseguían visiones terroríficas y que, en vista de todo esto, estaba decidido á marcharse á la Acaya al día siguiente.

Otros negaban que tal hubiera ocurrido, afirmando que, al contrario, Nerón estaba más animado que nunca á perseguir con saña á los cristianos.

Tampoco faltaba quien dijera, por pusilanimidad, que la acusación que el griego lanzara contra Nerón podía traer funestas consecuencias.

Por último, muchos patricios, por humanidad, le pedían á Tigelino que cesara en su cruel persecución. Entre éstos estaba Barco Sorano, el cual le dijo:

—Ved lo que hacéis. Quisisteis encauzar la cólera del pueblo y hacerle creer que castigabais á los culpables, y el resultado ha sido contraproducente.

—¡Es verdad!—asintió Antistio Vero.—Se murmura que los cristianos son inocentes; y si es cierto, habrá que convenir en que Chilón tenía razón cuando aseguraba que los sesos de todos vosotros cabían en una cáscara de nuez.

—También se murmura, Barco—replicó Tigelino,—que tu mujer y tu hija Servilia esconden á los esclavos cristianos para librarlos de la justicia del César. Y otro tanto cuentan de tu esposa, Antistio.

—¡Eso es falso!—exclamó con inquietud Barco.

—Vuestras mujeres divorciadas—dijo Antistio Vero no menos alarmado,—envidian á mi esposa por sus virtudes y quieren perderla.

—¿Qué le ha sucedido al griego?—preguntaba en otro grupo Eprio Marcelo.—Entregó á los cristianos en manos de Tigelino; era un mendigo y se encontró en la opulencia; ha podido acabar sus días tranquilamente, contar con unos espléndidos funerales y un soberbio mausoleo, ¡y nada! De repente y por propia voluntad, lo ha perdido todo y se ha perdido. Se ha vuelto loco; no hay duda: se ha vuelto loco.

—No se ha vuelto loco—replicó Tigelino ;—se ha hecho cristiano.

—¡ Imposible !—exclamó Vitelio.

—¿ No os lo decía yo?—dijo Vestinio.—Exterminad á los cristianos, si así os place ; pero creedme : no os metáis con su Dios, que no aguanta bromas. Ya veis lo que ocurre. Yo no he tenido arte ni parte en el incendio de Roma ; pero, si el César me lo permitiera, ofrecería inmediatamente una hecatombe á ese Dios y vosotros deberíais imitarme. Os repito que la cosa no es para tomarla á chanza. Y no olvidéis mis palabras.

—Algo más os he dicho yo—agregó Petronio.—Tigelino se echó á reir el otro día, cuando aseguré que los cristianos se defendían al morir ; ahora voy más lejos : ahora os digo que, al morir, vencen.

—¿ Cómo es eso? ¿ Cómo es eso?—preguntaron muchos de los presentes.

—¡ Por Pólux ! ¿ Cómo ha de ser? Si un hombre como Chilón no ha podido resistir y le han subyugado, ¿ quién se resistirá? Si creéis que después de cada espectáculo como los pasados no aumenta el número de cristianos, haceos caldereros ó barberos ; pues practicando estos oficios quizá averiguaréis mejor lo que piensa el pueblo y lo que ocurre en la ciudad.

—¡ Por el sagrado peplo de Diana ! —exclamó Vestinio.—¡ La verdad habla por tu boca !

—¿ En conclusión, qué opinas?—le preguntó Barco al Arbitro.

—Lo que manifestabais al principio : opino que ya basta de sangre.

Tigelino le miró con aire burlón, diciendo :

—¡ Ah, no !... ¡ Todavía hace falta más ; un poquito más !...

—Si no basta con la cabeza que llevas sobre los hombros, en tu bastón tienes otra—dijo desdeñosamente Petronio.

Llegó el César acompañado de Pitágoras y se interrumpió la conversación.

La representación de *Aureolus* empezó inmediatamente, entre la indiferencia del público ; Chilón embargaba por completo el ánimo de los asistentes.

Acostumbrado el pueblo á las emociones fuertes que los espectáculos de sangre procuraban, se aburría y empezó á silbar, á proferir exclamaciones poco lisonjeras para los augustanos y á pedir la escena del oso, única que ofrecía interés. Sin los regalos prometidos y la esperanza de ver á Chilón, el interés de la presentación no habría sido bastante para retener á los espectadores.

Llegó por fin el esperado instante. Los sirvientes del Circo sacaron una cruz bastante baja para que el oso llegara al pecho del mártir levantándose sobre las piernas traseras ; la colocaron, y, después, dos hombres trajeron á Chilón ó más propiamente : le arrastraron hasta el lugar del suplicio, porque el griego no podía andar ; en la tortura le habían roto los huesos de las piernas.

Le tendieron en el madero, le enclavaron, y tan de prisa ejecutaron la cruel operación, que los curiosos augustanos no pudieron fijarse en el desdichado hasta que la cruz quedó en pie y clavada en el suelo ; pero nadie reconocía en aquel viejo desnudo al antiguo Chilón. Las torturas á que fué sometido por orden de Tigelino habían dejado exangüe, al parecer, el desmedrado cuerpo, y la blanca barba conservaba huellas sangrientas, producidas por la bárbara operación de arrancarle la lengua. Casi se veían los huesos al través de la piel. Parecía mucho más viejo. Sus ojos, antes inquietos y llenos de malicia, que brillaban en aquel rostro revelador de la astucia y la desconfianza, entornados ahora no parecían los mismos. Aquella fisonomía sólo expresaba dolor ; pero con expresión suave, apacible, como la de un sueño tranquilo ó la de una muerte serena.

Tal vez le infundiera confianza el recuerdo del ladrón crucificado á quien

Cristo perdonó; quizá desde el fondo de su alma, lleno de fe, dijera á Cristo:

—¡Señor! Mordí como serpiente venenosa; pero siempre he sido desdichado. Padecí hambre y sed, y los hombres me dieron de golpes, me pisotearon y escarnecieron. Pobre y desgraciado, ahora me martirizan y me enclavan en una cruz. ¡No me rechaces, Señor, en esta hora tremenda, que es la de mi muerte!

Y la paz descendió, como bálsamo bienhechor, á calmar los dolores de su corazón desgarrado.

Nadie se reía. Aquel anciano decrépito crucificado aparecía tan tranquilo, tan humilde, que inspiraba compasión. Y muchos se preguntaban por qué martirizar y matar á quien de cualquier modo podía vivir muy poco tiempo.

Reinaba un silencio penoso.

Vestinio, inclinándose, ora á la derecha, ora á la izquierda, les decía á los augustanos que tenía al lado, en voz baja y medrosa:

—¡Observad cómo mueren!

Todos esperaban impacientes la entrada del oso, porque deseaban que el espectáculo se acabara cuanto antes.

Salió por fin la fiera, mirando al suelo y meneando la cabeza; parecía que buscaba algo. Vió la cruz y en ella el cuerpo desnudo; se acercó, levantóse sobre las patas traseras y pronto volvió á su posición natural. En seguida se echó al pie del madero y empezó á gruñir, como si á su corazón de fiera le moviera á piedad el mísero aspecto del escuálido viejo que ofrecían á su fiereza.

Los sirvientes del Circo azuzaron al oso; pero el público continuó guardando silencio.

El anciano griego levantó lentamente la cabeza y paseó una mirada por la concurrencia, deteniéndola al fin en determinado punto de una de las últimas filas de asientos.

Entonces ocurrió algo que llenó de admiración y de asombro á cuantos lo advirtieron: el triste rostro de Chilón se animó con dulce sonrisa; un nimbo luminoso rodeó su frente; alzó los ojos al Cielo; dos gruesas lágrimas resbalaron lentamente por sus flacas mejillas y expiró.

En aquel instante una voz varonil y sonora exclamó desde la parte más alta del *velarium*.

—¡Paz á los mártires!

En el anfiteatro reinaba profundo silencio.

## LXIII

Después del espectáculo de las *antorchas vivas*, quedaron las prisiones casi vacías. La caza de cristianos continuaba, pero con resultados tan menguados, que apenas bastaban las personas capturadas para los juegos que estaban ya á punto de terminar. El pueblo estaba ya harto de sangre, cansado de fiestas y cada día más alarmado en vista de la actitud de las víctimas en el trance supremo. Los temores del supersticioso Vestinio se generalizaban y las posibles represalias de los cristianos infundían terror. Corrían de boca en boca rumores inverosímiles acerca de lo vengativo que era el Dios de los cristianos. El tifus, que desde las prisiones se había difundido por la ciudad, aumentaba el miedo general y la zozobra del pueblo; y como el número de funerales era mayor cada día, reconocía todo el mundo que eran necesarios nuevos *piácula* para apaciguar al desconocido Dios. Y se hicieron ofrendas á Júpiter y á Libitina.

A pesar de los esfuerzos de Tigelino y de sus acólitos, la idea de que Roma había sido incendiada por orden del César y que, por consiguiente, eran inocentes los cristianos, tomaba de día en día más incremento entre el pueblo. Por lo mismo, el César y su favorito no cejaron en las persecuciones.

Para contentar al pueblo se hicieron nuevas distribuciones de trigo, vino y aceitunas; y para halagar á los propietarios se publicaron reglamentos que facilitaran la reedificación de las

destruídas casas, determinando la anchura de las calles y los materiales que debían emplearse en la construcción, para evitar en lo porvenir, la propagación de posibles incendios.

El mismo César quiso asistir á las sesiones del Senado y deliberó con los *padres de la patria* acerca de los mejores medios de hacer felices á su amado pueblo y á la ciudad; mas, á pesar de todo, no hubo una sombra de clemencia para los condenados.

Nerón hacía todo lo posible por convencer á los romanos de que tan cueles castigos eran justos porque herían á los verdaderos criminales; y en el Senado no se levantó una sola voz para protestar de tamañas crueldades, porque nadie quería ofender al César y además porque consideraban el asunto desde el punto de vista político: todos abrigaban el convencimiento de que los fundamentos de la dominación romana se desmoronarían al empuje de la nueva doctrina.

Como entregaban á sus familias los muertos y los moribundos, porque las leyes romanas no alcanzaban con su venganza á los cadáveres, Vinicio, perdida la esperanza de salvar á Ligia, experimentaba un triste consuelo pensando que podría sepultar á su amada en la tumba de su familia y descansar á su lado. Cada día se desprendía más y más de la existencia, y consagrado por entero á Cristo, sólo ansiaba unirse con Ligia en la eternidad.

Su fe era inconmovible; ante ella, le parecía la vida eterna más real y verdadera que la deleznable y fugaz que hasta entonces arrastrara. Tenía el corazón henchido de fervor religioso. Vivía en medio del mundo, y sin embargo, podía decirse que se había transformado en un ser espiritual: ansiaba la completa liberación, lo mismo para sí que para aquel otro ser privilegiado que venía á ser complemento del suyo. Creía firmemente que cuando los dos estuvieran libres de todo vínculo terrenal irían cogidos de la mano al Cielo, en donde Cristo les bendeciría, permitiéndoles vivir en un mundo de luz serena y bella como la de la aurora. Con toda su alma le pedía á Cristo que librara á Ligia del martirio del Circo, durmiéndola en la prisión con el sueño eterno. Y él estaba profundamente convencido de que se moriría al mismo tiempo que ella.

Los ríos de sangre que habían corrido no le dejaban la más remota esperanza de que con Ligia se hiciera una excepción indultándola. A Pedro y á Pablo les había oído decir que ellos también morirían en el martirio; y Chilón crucificado acababa de persuadirle de que la muerte del mártir podía ser dulce. Por eso la apetecía para su amada y para sí mismo, como medio de trocar un destino triste y adverso en dichoso é ineíable.

Había momentos en que su espíritu creía vislumbrar la existencia que le aguardaba más allá de la tumba: la tristeza en que flotaban su alma y la de Ligia iba perdiendo lentamente su amargo sabor y transformándose en apacible abandono, en sumisión dulce á la voluntad de Dios.

Y el que luchara denodadamente contra los acontecimientos, el que en la lucha contrariara y constriñera tanto su ser, cedía al cabo, persuadido de que dejándose llevar llegaría á la paz, á la calma, al sosiego. Vinicio adivinaba que Ligia y él tenían cercana la muerte y que á pesar de los espesos muros que les separaban, juntos se dirigirían hacia el común destino; y al calor de tal idea, sonreía placentero, como ante una perspectiva de felicidad.

Y verdaderamente avanzaban juntos y tan unidos como si durante largo período de tiempo comulgaran en las mismas ideas y se hubieran comunicado hasta sus más íntimos sentimientos.

Ligia no alimentaba más deseo ni más esperanza que la esperanza y el deseo de la vida eterna; la muerte se presentaba á sus ojos no sólo como único medio de librarse de la horrible prisión en que yacía y de substraerse á los criminales planes del César y de

Tigelino, sino también como único medio de realizar su matrimonio con el elegido de su corazón. Al lado de esta inquebrantable seguridad, carecían de peso las demás consideraciones.

Más allá de la tumba la esperaba la felicidad; una dicha que debía de ser continuación de la terrenal, de la cual ella no había gozado. Por eso la aguardaba como la novia aguarda el día de la boda.

La incontrastable fuerza de la fe que arrancaba de la realidad de la vida á miles y miles de criaturas, formando la interminable lista que encabezaron los primeros mártires del cristianismo, impulsaba también á Urso, cuyo corazón bueno y sencillo no se resignaba con la muerte de Ligia. Pero diariamente llegaban á la prisión las nuevas de lo que en los anfiteatros ácontecía é igualmente llegaron las de lo sucedido en los jardines; y desde el momento en que el suplicio parecía el fin común é inevitable de todos los cristianos á la vez que el principio de la felicidad eterna, sublime concepción, el ligio no se atrevía ya á rogarle á Cristo que privara á la doncella de tal felicidad ó que la aplazara indefinidamente. Con su sencillez de bárbaro, pensaba que á la hija del rey ligio debía de corresponderle en las celestiales delicias una participación mayor que á los seres vulgares de la turbamulta, como él, por ejemplo, y que en el Cielo estaría Ligia sentada más cerca de Cristo que los demás.

Verdad es que había oído decir que ante Dios todos los hombres eran iguales; mas, no obstante, él persistía en creer que la hija del rey de los ligios no era ni podía ser igual á una esclava. Y como consecuencia de esta idea, acariciaba la de continuar al lado de Ligia en la otra vida, sirviéndola como de costumbre, por permisión de Cristo.

Por otra parte, su anhelo era morir crucificado como el *Cordero;* pero al mismo tiempo le parecía demasiada felicidad y no se atrevía á pedirla en sus oraciones, á pesar de que sabía que en Roma crucificaban hasta á los más terribles malhechores.

Tenía el convencimiento de que le condenarían á morir destrozado por las fieras y esto le desagradaba; había vivido desde la niñez en bosques impenetrables, dedicado á la caza, en la que gracias á sus colosales fuerzas se había hecho famoso entre sus conterráneos aun antes de llegar á la edad viril. Tanto le gustaba la caza, que obligado durante su permanencia en Roma á prescindir de las acostumbradas cacerías, se iba á los viveros y á los anfiteatros á contemplar las fieras; y al verlas, se despertaba en su ánimo vehemente é irresistible deseo de luchar con ellas, de vencerlas y matarlas. Por lo tanto, ahora le asaltaba el temor de que al verse en el anfiteatro cara á cara con las fieras, se apoderaran de él pensamientos indignos de un cristiano que debía morir mansamente, piadosamente, y no luchando y matando. Mas en esto, como en todo, se entregaba en manos de Cristo; y otras ideas venían luego á confortarlo.

Le habían dicho que el *Cordero* estaba en perenne guerra con los poderes infernales, y pensaba el buen ligio que en esa guerra podía él serle al *Cordero* mucho más útil que otros; porque para Urso estaba fuera de dudas que su alma y su cuerpo eran más fuertes que los cuerpos y las almas de los demás mártires.

El ligio pasaba el día entero en oración, ayudaba á los presos y á los guardianes de la prisión y consolaba á su joven princesa, que se lamentaba á veces de no haber podido hacer tantas buenas obras como la famosa Tabitha, cuya vida le había contado el Apóstol Pedro. Hasta los carceleros, á quienes infundía respeto el ligio por sus tremendas fuerzas, para las cuales nada eran rejas y cadenas, acabaron por cobrarle afecto por su mansedumbre. Su natural pacífico les asombraba, pues no comprendían cómo podían aunarse tanto vigor y humildad tanta.

Con convencimiento tan arraigado

les hablaba Urso de la vida perdurable, que le escuchaban atentos y reconocían que al través de los muros del sombrío calabozo, podía penetrar la felicidad, aunque los rayos del sol no penetraban. A veces, cuando Urso les exhortaba á que creyeran en el *Cordero*, más de uno de aquellos desgraciados se decía en su interior que su oficio era propio de esclavos y su vida una desdicha; y por lógica consecuencia, veían la muerte como único término de tal vida. La muerte, que sólo representaba para ellos un temor más y que nada les prometía más allá del sepulcro.

Y en cambio el atleta y la virgen, aquella virgen que podía compararse con una pura y delicada flor abandonada en el fangoso suelo de infecta mazmorra, iban en busca de la muerte entusiasmados, como se corre en busca de la dicha.

## LXIV

Cierta tarde visitó á Petronio el senador Escevino, habló largamente con él del César y de los malos tiempos que corrían y lo hizo con tanta franqueza, que el Arbitro se encerró en la más prudente reserva, aunque conocía de antiguo al senador.

Lamentábase éste de que las cosas iban muy mal y de que, continuando así, Roma estaba amenazada de una catástrofe peor que el incendio. Dijo que el descontento cundía entre los augustanos; que Finio Rufo, segundo prefecto de los pretorianos, tenía que hacerse gran violencia para soportar la odiosa autoridad de Tigelino; y que toda la familia de Séneca estaba indignada por la conducta que Nerón observaba con su antiguo maestro y con Lucano. Y terminó diciendo que crecía la irritación del pueblo y hasta la de los pretorianos, la mayor parte de los cuales eran partidarios de Finio Rufo.

—¿Qué te mueve á hablar así?—le preguntó.

—El interés que el César me inspira —contestó Escevino.—Entre los pretorianos hay un lejano pariente mío, nombrado, como yo, Escevino, el cual me informa de lo que en el campamento sucede. El descontento cunde. Calígula fué también un insensato, y ya sabemos cómo acabó: surgió cierto Casio Queroneo... Fué un crimen terrible, es cierto, y nadie lo alabará; pero no es menos cierto que Casio libró al mundo de un monstruo.

—Tus palabras quieren decir, si no yerro: «No apruebo lo que hizo Casio Queroneo; pero fué todo un hombre, y oportuno. ¡Quieran los dioses enviarnos todos los Queroneos que necesitemos!» ¿Las interpreto bien?—preguntó el Arbitro.

Eludió Escevino la respuesta cambiando de conversación y comenzó á elogiar á Pisón, diciendo que era bien nacido, de alma generosa, prudentísimo, amante de su mujer, y virtuoso y que poseía el don de gentes, y terminó con estas palabras:

—El César no tiene hijos; todo el mundo indica á Pisón para sucederle y seguramente le ayudarán con empeño á escalar el poder. Finio Rufo le quiere y la familia de Anneo también; Plaucio Laterano y Tulio Senecio se arrojarían por él al fuego y otro tanto puede decirse de Natal, de Subrio Flavio, de Sulpicio Asper, de Afrinio Quincio y hasta de Vestinio.

—Este le servirá de poco, ¡se asusta hasta de su sombra!—replicó Petronio.

—Vestinio tiene miedo de los ensueños y de los fantasmas; pero es hombre de innegable mérito y les sobra razón á los que quieren hacerle cónsul. Además, Vestinio reprueba con toda su alma las persecuciones de los cristianos, y esto bastaría para predisponerte en su favor; á ti te interesa que acaben de una vez tales atrocidades.

—A mí, no, á Vinicio; por él quiero salvar á cierta doncella... Pero me he

convencido de que no lo conseguiré, porque he caído en desgracia.

—¡Cómo! ¿No has visto que el César te busca de nuevo? Piensa emprender un viaje á la Acaya, en donde entonará los cantos que ha compuesto en griego. Tiene impaciencia por partir, pero les teme á los habitantes de aquel país, porque se figura que han de procurarle el mayor de los triunfos ó la más vergonzosa de las derrotas. Necesita buenos consejos y sabe que nadie como tú puede dárselos. Precisamente por eso empiezas á recobrar su favor.

—Lucano me substituiría cumplidamente.

—Enobarbo le aborrece y estoy seguro de que en el fondo de su corazón ha decretado ya la muerte del poeta; pero estará buscando pretexto que la justifique, porque es sabido que siempre lo necesita.

—¡Por Cástor! Bien podría ser. Pero dispongo de medio más eficaz para volver al favor del César.

—¿Cuál?

—Informarle de todo lo que me has dicho.

—¡No he dicho nada!—exclamó Escevino atemorizado.

Petronio le puso una mano en el hombro y replicó:

—Has dicho que César estaba loco; que probablemente le sucedería Pisón, y que Lucano comprende que hay que apresurarse. ¿Apresurarse á qué, *carissime?*

Se miraron ambos fijamente y Escevino murmuró:

—¡Tú no dirás nada!

—¡Por las caderas de Venus! ¡Se ve que me conoces! No, no diré nada. Ni he oído nada ni quiero saber nada. ¿Me comprendes? La vida es demasiado corta para acometer empresas que valgan la pena. Lo único que te pido es que hoy mismo visites á Tigelino y estés con él tanto rato como has estado conmigo. Háblale de lo que quieras; el tema lo dejo á tu elección.

—¿Por qué me encargas que le visite?

—Para que si se le ocurre á Tigelino decirme: «Escevino estuvo contigo» pueda yo contestarle: «Sí, precisamente el mismo día que estuvo contigo».

Escevino partió en dos pedazos el bastón de marfil que llevaba en la mano y exclamó:

—¡Que la mala suerte caiga sobre este bastón! Ahora mismo voy á ver á Tigelino y luego al festín que da esta noche Nerva; allí espero encontrarte. Si no vas, nos veremos pasado mañana en el anfiteatro, en donde morirán los últimos cristianos. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta pasado mañana!—dijo Petronio.

Y murmuró para sí:

—Urge aprovechar el tiempo: «Barbas de cobre» me necesitará en la Acaya. Ha llegado el momento de intentar un golpe de audacia.

Y decidió apelar al último recurso.

En el banquete, en casa de Nerva, quiso Nerón que Petronio estuviera enfrente de él, porque deseaba hablarle de Acaya y de las ciudades en donde tuviera probabilidad de alcanzar más señalados éxitos. Los atenienses le preocupaban más que nadie, porque les temía.

Algunos augustanos no perdían ni una palabra de la conversación y procuraban retener las ideas que el Arbitro emitía, para exponerlas después como propias.

—Me parece—decía Nerón,—que voy á empezar á vivir ahora, naciendo en Grecia.

—Sí; en Grecia nacerás á nueva gloria y á la inmortalidad—afirmó Petronio.

—Así lo espero, y confío en que Apolo no dará muestras de envidia. Si allí recojo muchos laureles, le ofreceré una hecatombe.

Escevino recitó estos versos de Horacio:

*«Sic te diva potens Cipri,*
*Sic fratres Helenæ, lucida sidera,*
*Ventorumque regat Pater...»*

—El barco me aguarda ya en Nápoles—repuso Nerón.—Me gustaría partir mañana mismo.

Petronio se levantó entonces y clavando una mirada en los ojos de Nerón, le dijo :

—Permíteme, divino, que antes dé yo una fiesta de himeneo, á la que te invitarán primero que á nadie.

—¿Festín de himeneo? ¿Qué himeneo?

—El de Vinicio con la hija del rey de los ligios. Verdad es que ahora está presa ; mas como quedó en rehenes no puede reducírsela á prisión. Además, tú decretaste que Vinicio se uniera con ella en matrimonio ; y como tus sentencias son inapelables, lo mismo que las de Zeus, dispondrás que la pongan en libertad y yo se la entregaré á su prometido.

La sangre fría y la seguridad con que hablaba Petronio turbaron á Nerón, como le ocurría siempre que alguien le hablaba en términos parecidos.

—Ya sé... — balbuceó bajando los ojos.—No la he olvidado, ni al hombre forzudo que mató á Crotón.

—Entonces—dijo tranquilamente el Arbitro,—se han salvado los dos.

—Esa muchacha—arguyó Tigelino, acudiendo en auxilio de su amo,—está en la cárcel por orden del César ; y tú mismo, Petronio, acabas de decir que sus sentencias son inapelables.

Los presentes, que sabían la historia de Vinicio y de Ligia, guardaron silencio, esperando el resultado de la contienda.

—Esa muchacha está encarcelada—replicó con énfasis el poeta,—contra la voluntad del César y por un error tuyo, hijo de tu supina ignorancia acerca de la ley de las naciones. Eres un necio, Tigelino ; mas, sin embargo, seguro estoy de que no te arriesgarás á sostener que esa muchacha incendió á Roma. Y si te atrevieras, César no te creería.

Nerón, á quien el auxilio de Tigelino había devuelto su audacia de cobarde, entornó los ojos con expresión de malicia, y dijo :

—Tiene razón Petronio.

Tigelino le miró sorprendido.

—Tiene razón Petronio—repitió el César.—Mañana se abrirán para ella las puertas de la prisión. En cuanto al festín de himeneo, hablaremos pasado mañana.

—Perdí otra vez—se dijo el Arbitro.

Y tan persuadido estaba de que Ligia moriría, que cuando entró en su casa mandó al anfiteatro á uno de sus libertos de confianza, para que le comprara al jefe del *spoliarium* el cadáver de la joven y entregárselo á Vinicio.

## LXV

Los espectáculos nocturnos en el Circo se pusieron de moda en tiempo de Nerón ; antes eran poco frecuentes.

A los augustanos les agradaban porque solían ir seguidos de banquetes suntuosos que se prolongaban hasta el amanecer.

El pueblo estaba ya harto de sangre. Sin embargo, cuando cundió la nueva de que los últimos cristianos iban á morir en una fiesta nocturna, que señalaría el fin de los juegos, inmensa muchedumbre acudió al anfiteatro.

Ni uno solo de los augustanos faltó ; todos presumían que el espectáculo sería extraordinario, pues para nadie era un secreto que el César quería procurarse el placer de recrearse con el trágico dolor de Vinicio.

Tigelino había guardado la mayor reserva acerca del martirio que preparaba á la prometida esposa del joven patricio ; y esta actitud del prefecto de los pretorianos sirvió de incentivo á la curiosidad.

Todos los que habían visto á la doncella en casa de Aulio Plaucio se hacían lenguas de su belleza. Unos discutían sobre si Ligia aparecería ó no en la arena ; porque los que oyeron la con-

testación que el César diera á Nerva y á Petronio, la interpretaban de dos maneras. Otros suponían que Nerón entregaría á la doncella á Vinicio, y aun que quizá ya lo habría hecho, fundándose en que aquélla estaba en rehenes y por lo tanto tenía el derecho de adorar á la divinidad que fuera de su agrado, y en que la ley de las naciones no autorizaba su castigo.

Entre unas y otras opiniones, la incertidumbre, la expectación y la curiosidad crecían extraordinariamente.

Nerón llegó al Circo más pronto que otras veces y los espectadores comprendieron al verle que se preparaba algo verdaderamente extraordinario, porque acompañaba al César, además de Tigelino y de Vitinio, el centurión Casio, hombre corpulento y de fuerzas colosales, que únicamente iba con Nerón cuando éste quería tener cerca un defensor de empuje; por ejemplo: en sus correrías nocturnas por el Suburra ó cuando se entregaba á la diversión denominada *Sagatio*, que consistía en mantear á las doncellas que encontraba en la calle, empleando al efecto el manto de un soldado. Advertíase también que el número de guardias pretorianos era mucho mayor que de costumbre y que no los mandaba un centurión, sino el tribuno Subrio Flavio, partidario acérrimo del César.

Era indudable que éste tomaba precauciones para prevenir un rapto de desesperación de Vinicio; y el caso excitó más la curiosidad

Todas las miradas convergían en el punto donde estaba sentado el desventurado amante.

Este, pálido como un cadáver y con la frente inundada de sudor, tenía las mismas dudas que los demás espectadores y además, como es lógico suponer, era presa de cruel, de terrible zozobra.

Petronio ignoraba también lo que iba á suceder y aguardaba en silencio. De pronto le preguntó á su sobrino si estaba dispuesto á todo y decidido á quedarse hasta la terminación del espectáculo.

El mancebo contestó afirmativamente, sobrecogido de espanto.

Puede decirse que hacía tiempo que sólo vivía á medias ó que se había hundido en los abismos del no ser, familiarizándose con la idea de la muerte de Ligia, muerte, que, con la propia, equivalía para él á liberación y á matrimonio; pero la situación cambiaba, con la inminencia del momento de la prueba. Entonces se convenció de que no era lo mismo pensar en el instante postrero viéndole lejano, como suave transición de la vigilia al sueño, que asistir al martirio de la persona que amaba más que á la propia vida. Los sufrimientos pasados tornaban y se recrudecían; la desesperación, que se había mitigado algo, volvía acompañada de su cohorte de angustias; el deseo de salvar á Ligia revivía vehemente, incontrastable.

Vinicio intentó por la mañana entrar en los *cunicula* para cerciorarse de si Ligia estaba allí; pero los pretorianos vigilaban en las puertas, habían recibido severas órdenes y ni aun los que le conocían, se ablandaron con las dádivas ni con las súplicas.

Al desdichado le parecía que la incertidumbre le mataría antes de que empezara el espectáculo; y sin embargo, en el fondo de su alma acariciaba la débil esperanza de que Ligia no estuviera en el Circo y de que sus temores fueran vanos. Había momentos en los que se asía de esta esperanza con las fuerzas que presta la desesperación y pensaba que Cristo llamaría á la doncella á Sí en la prisión, porque no podía permitir que fuera martirizada en la arena.

Estaba resignado y acataba la voluntad divina; sin embargo, cuando después de intentar, sin resultado, penetrar en los *cunicula*, tornó á su sitio en el anfiteatro y por la general curiosidad de que era objeto se convenció de que eran admisibles las más espan-

tosas suposiciones, imploró la misericordia divina con vehemencia rayana en amenaza.

—¡Tú no puedes, no puedes!...—repetía tembloroso y con los puños crispados.

Hasta que llegó el instante no pudo darse cuenta cabal de lo terrible de la incertidumbre; pero ante la inminencia del peligro y sintiendo perfectamente lo que pasaba en su alma, comprendía que presenciando el martirio de Ligia podía trocarse en odio su amor á Dios y en desesperación su fe. Y la conciencia de ello aumentaba su turbación, porque temía ofender á Cristo, precisamente cuando más necesitaba de su misericordia y cuando con más fervor le pedía que hiciera un milagro.

Ya no le pedía á Dios la vida de Ligia, sino que la permitiera morir antes de salir á la arena. Y desde los profundos abismos de su dolor repetía mentalmente:

—¡Atiende, Señor, mi ruego, y te amaré más, mil veces más que te amo ahora!

Sus ideas se agitaban como mar encrespado. Sentía sed de sangre y de venganza y locos deseos de abalanzarse á Nerón y estrangularle á la vista de todo el mundo; pero al punto se decía que tal arrebato constituía una ofensa para Cristo, una infracción de los mandamientos de su ley. Tan pronto penetraban en su alma rayos de esperanza, al pensar que la mano del Todopoderoso podía fácilmente evitar lo que tanto pavor le infundía, como veía desvanecerse aquella esperanza y se sumía en el dolor más acerbo, considerando que Aquel que podía reducir á polvo el Circo con una sola mirada abandonaba á Ligia, á pesar de lo mucho que ella confiaba en El y del acendrado amor que para El atesoraba su puro corazón.

Decíase también que la doncella, débil é indefensa, estaba en el lóbrego antro á merced de guardias brutales, exhalando quizá el último suspiro; mientras que él en horrible incertidumbre, aguardaba en el Circo sin saber qué espantosas escenas debía presenciar ni á cuál martirio someterían al objeto de sus ansias.

Por último, lo mismo que se agarra el que se despeña á todo lo que supone que puede prestarle apoyo, así Vinicio puso en la fe todas las esperanzas de su alma. La fe era el único recurso que le quedaba. Pedro le había dicho que la fe mueve las montañas. El mancebo tuvo fe y se sintió reanimado; ahogó la voz de la duda dentro de su corazón, concentró todo su ser en la palabra «creo» y esperó el milagro.

Pero la cuerda demasiado tensa puede romperse; y el esfuerzo moral quebrantó á Vinicio. Se puso densamente pálido y sintió que las fuerzas le abandonaban. Entonces creyó que Dios le había escuchado y le enviaba la muerte. Creyó también que Ligia moriría al mismo tiempo y que Cristo les llevaría unidos á su lado. Los ojos se le anublaron y ya no vió la arena, las blancas togas, los espectadores, la luz de los miles de antorchas y de lámparas que iluminaban el anfiteatro; todo se desvaneció como entre densas brumas. Mas su desmayo fué breve: pronto le hicieron volver en sí los golpes que daba con los pies la multitud impaciente.

—Si te sientas mal—le dijo Petronio,—manda que te lleven á casa.

Y sin cuidarse de lo que el César podría decir, se levantó para sostener á su sobrino y ayudarle á salir. Estaba hondamente conmovido y á la vez indignado porque Nerón, al través de su esmeralda, no le quitaba ojo al desventurado, gozando con sus tormentos y quizá pensando en describirlos luego en patéticas estrofas para conquistar el aplauso del auditorio.

Vinicio movió la cabeza para darle á entender á su tío que no saldría del Circo, aunque le costara la vida el quedarse.

El espectáculo iba á empezar.

Mientras se desarrollaba esta esce-

na entre tío y sobrino, el Prefecto de la ciudad agitó un pañuelo rojo, rechinaron los goznes de una puerta frontera del *podium* imperial y del obscuro antro salió Urso.

Al pisar la arena, que estaba brillantemente iluminada, cerró el ligio los ojos, ofuscado por la viva claridad; cuando tornó á abrirlos, avanzó hasta el centro, mirando en derredor, como para indagar qué destino le reservaban, pues acariciaba la esperanza de morir en una cruz.

Los augustanos y casi todos los espectadores sabían que aquel hombre había estrangulado á Crotón; por lo tanto le saludaron con un murmullo.

Los gladiadores de elevada estatura no eran raros en Roma; pero nunca vieron los quírites colosos semejantes á Urso. Casio, que estaba en pie en el *podium* cesáreo, se conceptuaba pequeño comparado con el ligio. Los senadores, las vestales, Nerón mismo, los augustanos y el pueblo contemplaban con entusiasmo de inteligentes conocedores los robustos muslos, tan recios como troncos de árboles, el amplio tórax, tan ancho como dos escudos juntos, y los fornidos brazos, dignos de Hércules.

El murmullo crecía; murmullo de admiración, porque para aquella gente no había espectáculo más grato que el de unos músculos poderosos puestos en tensión por el esfuerzo de la lucha.

Y entre el murmullo se oía preguntar:

—¿Qué pueblo produce tamaños gigantes?

Entretanto, el objeto de la entusiasta admiración estaba allí, en pie, semejante en su desnudez á un coloso de piedra más bien que á un hombre; aguardaba, y su rostro expresaba recogimiento. La mirada serena y melancólica de sus azules ojos, mirada infantil, recorría el anfiteatro, se detenía en el César y de cuando en cuando buscaba la reja de los *cunicula*, por donde pensaba que saldrían sus verdugos. Al entrar en la arena, su sencillo corazón alentaba la esperanza de encontrar la ansiada cruz; pero, convencido luego de que Dios no le otorgaba la gracia de este martirio, se juzgó indigno de ella y se resignó á morir entre las garras de las fieras. Resuelto á perecer como cristiano, quiso elevar por la vez postrera sus oraciones al Salvador, se arrodilló, juntó las manos y levantó la vista al cielo, en el que brillaban las estrellas cobijando la amplia superficie del Circo.

Su actitud impresionó desagradablemente á la plebe. Harta ésta de ver morir á los cristianos con la mansedumbre de corderos, preveía que, de no defenderse el ligio, perdería el espectáculo su atractivo; y acá y allá sonaron algunos silbidos, mientras que muchos de los concurrentes pedían á voces que entraran los *mastigophori*, cuya misión, como es sabido, consistía en azotar á los renuentes para obligarlos á pelear. Mas pronto se restableció el silencio, hasta ver qué aguardaba Urso y si se decidía á luchar cuando viera la muerte cara á cara.

Por fin sonaron las vibrantes notas de las trompetas de bronce, se abrió una reja frente al *podium* del César, y salió á la arena, excitado por las voces de los bestiarios, un enorme uro germánico, que traía atadas con cuerdas á la cabeza á una mujer desnuda.

—¡Ligia! ¡Ligia!—exclamó Vinicio.

Y mesándose los cabellos y retorciéndose como si le hubiera atravesado las entrañas penetrante dardo, gimió con ronca voz.

—¡Tengo fe! ¡Tengo fe! ¡Cristo, un milagro!

Tan trastornado estaba, que no sintió el contacto de la toga con que Petronio le envolvió la cabeza; lejos de ello, creyó que el dolor ó la muerte le cegaban y le pareció que se hundía en un vacío sin fin. Ni un solo pensamiento agitaba su cabeza, en tanto que maquinalmente repetía, como un loco:

—¡Tengo fe! ¡Tengo fe! ¡Tengo fe!

Profundo silencio reinó en el anfiteatro.

Los augustanos se pusieron en pie simultáneamente, como movidos por un resorte.

En la arena ocurría una cosa extraordinaria : el ligio, humilde y resignado á morir poco antes, tan pronto como vió á su princesa atada á las astas de la fiera, saltó como impelido por misteriosa fuerza, inclinó el ágil cuerpo y echó á correr hacia el enfurecido toro.

Resonó en el Circo una exclamación general de asombro, á la que se siguió el más profundo silencio.

El ligio alcanzó á la fiera en un abrir y cerrar de ojos y la asió por las astas.

—¡ Mira !—dijo Petronio, quitándole al mancebo la toga con que le tapara la cabeza.

Vinicio levantó el lívido rostro y miró á la arena con vidriosos y extraviados ojos.

Los espectadores no se atrevían á respirar y en el anfiteatro se hubiera podido oir el vuelo de una mosca.

Nadie daba crédito á sus ojos ; desde que Roma era Roma, no había noticia de otra escena semejante : el ligio sujetaba á la fiera por los cuernos ; con los pies hundidos en la arena hasta los tobillos, en tensión de arco la formidable espalda, la cabeza casi hundida entre los hombros y la poderosa musculatura de los brazos tan vigorosamente contraída que parecía que iba á reventar la piel, había logrado parar en seco al toro.

El hombre y el animal se quedaron inmóviles durante breves instantes, y á los espectadores les pareció que tenían ante los ojos un cuadro que representara las hazañas de Hércules ó de Teseo ó un pétreo grupo escultórico.

Mas la aparente movilidad del racional y el bruto mantenía en acción el tremendo empuje de dos fuerzas contrarias.

Como el hombre, el toro hundía las patas en la arena y contraía el cuerpo para desarrollar más energía ; y en tal actitud, parecía enorme y peluda bola.

¿Quién cedería primero? ¿Quién sería vencido? Esto se preguntaban los aficionados á tales lidias ; para éstos el asunto tenía más importancia que su propia suerte, que la de Roma y que la del Imperio mismo.

En aquellos instantes, era Urso para el público un semidiós merecedor de homenajes y digno de que se le erigieran estatuas. Hasta el César se puso en pie, como los demás espectadores.

El y Tigelino, que de oídas conocían las colosales fuerzas del ligio, idearon el proyecto, murmurando en son de burla :

—¡ Ahora veremos si el vencedor de Crotón vence también al toro escogido que le soltaremos !

Y el César y su favorito contemplaban atónitos la tremenda lucha, que les parecía una pesadilla.

La ansiedad de los espectadores llegaba al colmo : unos permanecían inmóviles y como fascinados ; otros, con los brazos en alto, como si se hubieran petrificado ; y todos estaban sudorosos y anhelantes, como si ellos fueran los que luchaban con la fiera. En el Circo no se oía más ruido que el casi imperceptible de las lámparas al arder y el chisporroteo de las antorchas. El público había enmudecido ; pero los corazones palpitaban como si quisieran romper las paredes de los respectivos pechos. A todos les parecían siglos los instantes.

Entretanto, el hombre y el bruto no cejaban en su titánico esfuerzo ; ambos parecían clavados en el suelo.

De pronto un bramido sordo, semejante á un quejido, resonó en la arena y los espectadores, como un solo hombre, exhalaron un grito ahogado ; luego reinó de nuevo el silencio.

En seguida, los concurrentes se creyeron presa de la alucinación, pues no daban crédito á lo que veían : el enorme pescuezo del toro empezaba á doblarse bajo la presión de las férreas manos del bárbaro.

Este tenía ya amoratados, de puro encendidos, la cara y los brazos, y el arco de su espalda se acentuaba más; á todas luces agotaba las energías que le quedaban, haciendo un esfuerzo supremo que no podía prolongarse.

El bramido del toro, más ronco y doloroso de momento en momento, se oía á la vez que la respiración fatigosa del atleta. La cerviz del animal se doblaba gradualmente, cediendo á la presión de los puños de hierro de aquél, y por el entreabierto hocico salió por último la enorme lengua cubierta de baba. Los espectadores más cercanos á la arena oyeron poco después chasquidos de huesos rotos y en seguida vieron todos desplomarse muerto al animal.

Entonces Urso desató rápidamente las cuerdas que sujetaban á Ligia, cogió á ésta en brazos, y mientras la levantaba se le vió jadear. Estaba pálido, empapados de sudor los cabellos y el cuerpo. Quedóse inmóvil y como aturdido por breves instantes y luego alzó los ojos y miró al público.

El entusiasmo de éste era delirante y sus estruendosas exclamaciones hacían retemblar los macizos muros del edificio. No había memoria de que nunca, desde el principio de los juegos, se hubiera producido en el Circo semejante excitación. Los que ocupaban asientos en la parte más elevada del anfiteatro, los abandonaron tumultuosamente y se agolparon en los pasillos para ver de cerca á aquel rey de la fuerza. Se levantó un clamoreo general pidiendo gracia y pronto se convirtió en formidable trueno.

El hércules era ya el favorito de aquel pueblo enamorado de la fuerza muscular; era el primer personaje de Roma.

El coloso se dió cuenta al cabo de que el pueblo pedía que le otorgaran la vida y la libertad; mas, como no pensaba en sí mismo, se acercó al *podium* del César y, presentando á Ligia en los extendidos brazos, lanzó una suplicante mirada, que con su muda elocuencia quería decir:

—¡A ella es á quien debéis salvar! ¡Piedad para ella! ¡Para ella he luchado!

El Circo en masa comprendió al vuelo el deseo de Urso. Y viendo á la desmayada doncella, que en los hercúleos brazos del ligio parecía una tierna niña, conmoviéronse nobles y plebeyos. Aquellas delicadas formas, blancas y tersas como el alabastro; su desmayo, el horrible peligro de que acababa de librarla el atleta, y, por último, su belleza y su amor, despertaron la piedad de todos. El ligio les hacía á muchos el efecto de un padre pidiendo gracia para su hija. Y la compasión se manifestó como repentina llamarada.

Hartos de sangre, de martirios y de carnicería, los asistentes empezaron á pedir gracia á voces y hondamente conmovidos.

Urso, con la niña en brazos, daba vueltas alrededor de la arena y con los ojos, con la actitud imploraba el perdón de la doncella.

Vinicio dejó su asiento, saltó la barrera que separaba las graderías de la arena, y cubrió con su toga el desnudo cuerpo de su amada. En seguida se desgarró la túnica, descubrióse el pecho, mostró las cicatrices de las heridas que recibiera guerreando contra los armenios, y extendió los brazos hacia el público en ademán de súplica.

El entusiasmo popular llegó entonces al paroxismo; nunca se vió en circo alguno efervescencia igual. La multitud pateaba furiosamente y sus gritos eran ensordecedores; millares de voces pedían gracia, con acento amenazador ya. No sólo se ponía el pueblo al lado del atleta, sino que se levantaba en defensa del soldado, de la doncella y del amor de ambos. Muchos miraban ya iracundos al César y tendían hacia él los puños cerrados; pero Nerón no acababa de decidirse.

No le animaban contra Vinicio odios ni rencores, ni tenía interés en que Li-

gia muriera; pero su refinada crueldad y sus depravados instintos hubieran encontrado cierto deleite en ver el desnudo cuerpo de la virgen destrozado por los cuernos del toro ó por las garras de las fieras. ¡Y el pueblo quería privarle de este placer! Su abotargado rostro expresó la cólera. El amor propio le aconsejaba que no cediera á la exigencia del público, pero su ingénita cobardía le mandaba ceder.

Echó una mirada en torno, buscando entre los augustanos siquiera uno que tuviera inclinado el pulgar hacia abajo en señal de muerte; y tuvo el disgusto de ver la señal opuesta: uno, Petronio, tenía la mano en alto y clavaba en él los ojos descaradamente, casi con aire de reto. Vestinio, que era supersticioso y se asustaba de los espectros, pero no de los hombres, imitó al Arbitro. Lo mismo hicieron el senador Escevino, Nerva, Tulio Senecio, el famoso general Ostonio Escápulo, Antistio, Pisón y Veto; y como ellos Crispino, Minucio Termo, Poncio Telesino y muchos más, incluso el más prestigioso entre el pueblo: el austero Tráseas.

Nerón se quitó la esmeralda del ojo, dando visibles muestras de despecho y de ira; su orgullo herido le mortificaba extraordinariamente.

Entonces Tigelino, que á toda costa quería derrotar otra vez á Petronio, se acercó y le dijo al oído:

—No cedas, divino; los pretorianos están de nuestra parte.

Dirigió el César la vista al punto en donde estaban los mencionados guardias; á la cabeza de éstos se encontraba accidentalmente el rudo y severo Subrio Flavio, que era de Nerón en cuerpo y alma. El severo tribuno se mantenía erguido en su puesto; pero algunas lágrimas resbalaban por sus mejillas y levantaba la diestra pidiendo gracia.

Entretanto, la ira comenzaba á dominar á la muchedumbre, que con su rabioso patear levantaba nubes de polvo, nublando el anfiteatro.

Mezcladas con los imponentes rugidos del populacho, se oían maldiciones y las exclamaciones siguientes:

—«¡Barbas de Cobre!» ¡Parricida! ¡Incendiario!

Nerón las entendió y se alarmó de veras.

La voluntad popular era soberana en el Circo romano. Algunos de los Césares anteriores á Nerón, y especialmente Calígula, se permitieron en ocasiones contrariar los deseos del pueblo; mas con su oposición provocaron siempre disturbios y á veces hasta la efusión de sangre.

La situación de Nerón no era como la de sus antecesores. Como actor y cantante necesitaba de la benevolencia del pueblo; además, le convenía tenerlo de su parte, contra el Senado y contra los patricios. Después del incendio todos sus esfuerzos iban encaminados á granjearse la voluntad de la plebe y á desviar su cólera, haciéndola caer sobre los cristianos.

No se le ocultaba que oponerse resueltamente era peligroso; una asonada que tuviera origen en el Circo podía ser la chispa que propagándose por toda la ciudad acarreara incalculables consecuencias.

Volvió, pues, á mirar á Subrio Flavio, al centurión Escevino, pariente del senador del mismo nombre, y á los pretorianos; y como viera que todos, fruncido el ceño y con la excitación pintada en el adusto rostro, tenían clavados los ojos en él, dió la señal de perdón.

Los aplausos estallaron ensordecedores y comenzó una ovación indescriptible.

Los condenados se habían salvado. Desde aquel instante los tomaba el pueblo bajo su protección y nadie, ni el mismo César, podía permitirse la osadía de perseguirlos.

---

## LXVI

Cuatro esclavos bitinios fueron los encargados de llevar á Ligia á casa de Petronio con el mayor cuidado.

Vinicio y Urso, á pie y cada uno á un lado de la litera, la escoltaban y recomendaban sin cesar á los portadores que aceleraran el paso. Tenían prisa por llegar y entregar á la doncella en manos del médico. Ambos guardaban silencio. Los acontecimientos estaban demasiado recientes para no embargar el ánimo de los dos.

Vinicio no acababa de convencerse de la realidad ni en sus ideas se había restablecido del todo el equilibrio. No se cansaba de repetirse que Ligia estaba ya salvada, libre al fin de la prisión y de la muerte; que para entrambos habían ya tocado á su término las desdichas; que Ligia estaba allí, á su lado, y que nada ni nadie los separaría jamás.

Y al decirse esto le parecía que entraba en una vida nueva, desconocida.

De vez en cuando miraba al interior de la litera para contemplar á la claridad de la Luna el rostro de su amada y murmuraba:

—¡Es ella, es ella! ¡Cristo la ha salvado y me la ha devuelto!

La doncella estaba como adormecida.

El mancebo recordaba que cuando él y Urso la sacaron del *spoliarium*, un médico desconocido le aseguró que la joven vivía y viviría. Y al traer á la memoria esta afirmación, le embargaba emoción tan profunda, que le flaqueaban las piernas y tenía que apoyarse en el brazo de Urso para andar.

El ligio miraba al cielo, cubierto á la sazón de estrellas, y oraba fervorosamente.

Avanzaba la comitiva por entre edificios blancos de reciente construcción, que brillaban á la luz de la Luna. La ciudad estaba casi desierta. Sólo se veía acá y allá algún grupo cantando y bailando ante los pórticos, al són de las flautas, disfrutando de la hermosura de la noche y aprovechando el último día de las fiestas que comenzaran con los juegos del Circo.

Cerca ya de la casa, interrumpió Urso sus oraciones para decirle á Vinicio en voz baja:

—Señor, el Redentor ha sido quien la ha salvado. Cuando la vi en los cuernos del toro, una voz interior me dijo: «¡Defiéndela!» Era sin duda alguna la voz del Cordero. En la cárcel había yo perdido las fuerzas; pero El me las devolvió con creces en el momento crítico. El hizo también que ese pueblo cruel se pusiera de nuestra parte. ¡Hágase su voluntad!

—¡Alabado sea su nombre!—contestó Vinicio.

Y calló porque le ahogaban las lágrimas. Un deseo vehemente de prosternarse y dar gracias al Señor por su misericordia y por el milagro que acababa de realizar se apoderó de su ánimo.

En esto llegaron á la casa, donde los esclavos de Petronio, avisados de antemano, salieron á recibirles.

La mayor parte de ellos habían regresado de Ancio convertidos ya por Pablo de Tarso; todos estaban informados de las desdichas de Vinicio y su alegría fué grande cuando vieron sanas y salvas á las víctimas arrancadas milagrosamente del poder del César.

El médico Teocles reconoció á la doncella y declaró que su salud no había sufrido grave quebranto, asegurando que cuando desapareciera la debilidad ocasionada por la fiebre, Ligia se pondría buena del todo.

El dictamen del médico causó general é inmensa alegría.

La doncella volvió en sí aquella misma noche, y al verse en rica estancia iluminada con lámparas corintias y embalsamada con el aroma de la verbena y del nardo, le pareció que estaba soñando. Sólo recordaba el momento en que la ataron á las astas del toro; así

fué que al encontrar á su lado á Vinicio, creyó que ya no estaba en este mundo. Tenía tal confusión de ideas, que la parecía natural, después de sus tormentos, ir ya camino del Cielo. Mas como no sentía dolor alguno, le sonrió al mancebo y quiso que le explicara en dónde se encontraban ambos; pero no logró proferir palabras, sino emitir un leve sonido, en el que el joven adivinó, más bien que oyó, su propio nombre.

Arrodillóse entonces junto al lecho, le puso una mano en la frente á su amada y dijo:

—¡Cristo te ha salvado y te ha devuelto á mi amor!

Ligia movió los labios, murmuró alguna frase ininteligible, se agitó su seno virginal á impulso de leve suspiro y cayó en el profundo sueño que el médico aguardaba y que debía devolverle la salud.

El patricio continuó de rodillas y orando fervorosamente. Amor tan intenso encendía su alma, que, absorto, no se daba cuenta de nada, ni de su propia existencia.

Teocles entró repetidas veces en el *cubiculum*. Eunice, la de los cabellos de oro, también levantó muchas veces la cortina y asomó la cabeza. Por último, las grullas del jardín saludaron el nuevo día.

Y Vinicio, de rodillas, sin ver ni oir lo que en torno suyo pasaba, continuaba entregado á la oración, elevando al Todopoderoso ferviente acción de gracias. Su alma, aunque el cuerpo alentaba en la Tierra, encontrábase en el dintel del Paraíso.

## LXVII

Petronio no quería irritar más al César; por consiguiente, una vez salvada Ligia, le siguió al Palatino con otros augustanos.

Tenía curiosidad por saber lo que allí se dijera, y, sobre todo, por averiguar si Tigelino intentaría algo contra la doncella; pues aunque ésta y Urso estaban bajo la protección del pueblo y nadie podía causarles daño sin provocar un levantamiento, el favorito era capaz de todo, con tal de vengarse de él. Y el Arbitro temía que, no pudiendo herirle directamente, procurara hacerlo en la persona de su sobrino.

Nerón estaba irritadísimo porque el final del espectáculo había sido muy diferente de como él lo quería; ni siquiera se dignó mirar á Petronio.

Sin embargo, éste se acercó al César y con la amable desenvoltura que le distinguía, le dijo:

—Divino, se me ocurre una idea: debes escribir un poema, basado en la joven á quien la voluntad del señor del mundo ha salvado de los cuernos de un toro para entregarla á su amante. Los griegos son de corazón sensible y estoy seguro de que el poema les encantará.

La idea le pareció de perlas á Nerón, tanto porque el tema era bueno, como porque le permitía ensalzar su propia magnanimidad.

—Aplaudo tu idea—le contestó á Petronio;—¿pero es lícito que yo mismo celebre mi magnanimidad?

—No es menester que cites los nombres verdaderos de los personajes; toda Roma sabe de quién se trata y pronto lo sabrá el mundo entero.

—¿Estás seguro de que el poema agradará en la Acaya?

—¡Por Pólux! ¡Sin género de duda!

Gracias á esta ocurrencia, pudo Petronio retirarse tranquilo, pues llevaba el convencimiento de que Nerón aprovecharía para su obra literaria el acontecimiento indicado y por lo tanto no consentiría que Tigelino le pusiera un epílogo sangriento. Sin embargo, decidió aconsejarle á Vinicio que se ausentara de Roma tan pronto como lo permitiera la salud de Ligia.

Firme en este propósito, le dijo á su sobrino al día siguiente:

—Vete á Sicilia con Ligia. Gracias á una circunstancia favorable no os amenaza por ahora peligro alguno por

parte del César; pero Tigelino es capaz de envenenaros, si no por haceros daño á vosotros, por hacérmelo á mí.

—Ligia estaba en las astas del toro —replicó sonriéndose Vinicio,—y Cristo la salvó.

—Ofrécele una hecatombe, si quieres, pero no le pidas que la salve otra vez. ¿Recuerdas cómo recibió Eolo á Ulises, cuando éste le pidió por vez segunda vientos favorables? A los dioses no les gusta repetir las gracias.

—Cuando Ligia se reponga la llevaré á casa de Pomponia Grecina.

—Lo apruebo, con mayor motivo porque Pomponia está enferma, según me ha dicho Antistio, un pariente de Aulio Plaucio. Durante vuestra ausencia ocurrirán aquí sucesos que harán que se os olvide. Y créeme: en los tiempos actuales, los olvidados son los que mejor están. ¡Que la Fortuna os sea propicia, sea vuestro Sol en invierno y vuestra sombra en el estío!

Salió Petronio, dejando á su sobrino entregado á la dicha, y fué en busca de Teocles para informarse del estado de Ligia.

Esta ya no corría peligro. Estaba demacrada por causa de la fiebre, del aire viciado y de las incomodidades de la prisión; si aquel estado de cosas se hubiera prolongado le habría costado la vida. Mas las circunstancias habían cambiado: ahora era objeto la joven de los más tiernos cuidados, de solícitas atenciones y vivía rodeada de comodidades, de abundancia y en medio del refinamiento.

Dos días después dispuso Teocles que la llevaran á los jardines de la quinta y en ellos pasaba Ligia horas enteras.

Vinicio le adornaba la litera con anémonas y con gladiolos, para recordarle el *atrium* de la casa de Aulio. Hablaban con frecuencia de los pasados sufrimientos y de sus amarguras y la doncella le decía al tribuno que Dios le había conducido por la senda del dolor para transformar su alma y elevarla hasta El.

El mancebo asentía y no se le ocultaba que no quedaba ya en él nada del antiguo patricio; de aquel altivo romano que no reconocía más ley que su omnímoda voluntad. Mas en tales recuerdos no había asomos de amargura: á ambos les parecía que habían transcurrido muchos años, que el terrible pasado se esfumaba en lejanas penumbras. Y experimentaban una serenidad y una paz de espíritu desconocida hasta entonces. Nueva vida, vida de inenarrable ventura, venía á reemplazar á la anterior y les atraía y les envolvía como mágica red. Podía Nerón llenar al mundo de espanto con sus locuras y su maldad; ellos vivían tranquilos, porque velaba por su sosiego un poder infinitamente superior al del César.

Cierta tarde, al ponerse el Sol, oyeron los dos amantes rugidos de leones y de otras fieras, que provenían de lejanos viveros. En tiempos pasados los rugidos le infundían pavor á Vinicio. Ahora, al oirlos, Ligia y él se miraron serenamente y elevaron la vista al cielo, por el que el vespertino crepúsculo iba extendiendo su velo de sombras.

La joven, que todavía estaba débil y no podía pasearse sola, se dormía á veces en la tranquilidad de aquel jardín. Vinicio velaba su apacible sueño. Y contemplando entonces aquel rostro encantador, se daba cuenta involuntariamente de la transformación que había sufrido su amada: la enfermedad y la prisión habían marchitado, hasta cierto punto, su soberana belleza.

Cuando Vinicio vió á Ligia por vez primera en casa de Aulio, y aun en la de Miriam, al intentar apoderarse de ella, la hermosura de la joven se asemejaba á la maravillosa de una estatua; ahora había adquirido su rostro, al palidecer, cierta transparencia, tenía descoloridos los labios, descarnadas las manos, menos voluminoso el cuerpo, combatido por la fiebre, y hasta el puro azul de sus ojos parecía menos azul.

La bella Eunice, la de los áureos cabellos, que la obsequiaba con flores

y le abrigaba los pies con ricas telas, parecía, comparada con ella, la diosa de Chipre.

En vano examinaba Petronio á la joven, buscando en ella la hermosura de antaño; el poeta acababa por decirse que aquella sombra escapada de los Campos Elíseos no valía las penas, los apuros, las luchas, los esfuerzos y las torturas que por su causa había padecido Vinicio.

Este, en cambio, la amaba más cada día, porque era el alma lo que amaba y no la material envoltura. Y cuando inclinado sobre ella velaba su dulce sueño, parecíale que sus ojos contemplaban el universo entero.

## LXVIII

Los pocos cristianos que se habían librado en Roma del martirio y de la muerte supieron pronto la milagrosa salvación de Ligia y se apresuraron á acudir á casa de Petronio, para ver á la elegida, en quien de manera tan palmaria se había manifestado el poder de Cristo.

Nazario y Miriam, en cuya casa estaba escondido el Apóstol Pedro, fueron los primeros que llegaron. Ligia, Vinicio, los esclavos cristianos de Petronio y hasta éste mismo, escuchaban con la mayor atención á Urso referir lo ocurrido en el Circo y cómo le mandó la voz interior luchar con el toro para salvar á Ligia.

Los cristianos volvían á sus casas llenos de consuelo después de aquella visita y animados por la esperanza de que Cristo no permitiría que todos desaparecieran del haz de la Tierra antes de que El viniera para el Juicio Final. Unicamente la esperanza les animaba, porque las persecuciones no habían cesado y todo el que el rumor público señalaba como cristiano era inmediatamente encarcelado.

Como la mayor parte habían sucumbido en las prisiones ó en el martirio, las víctimas escaseaban ya. Los pocos que quedaban se habían marchado á lejanas provincias á esperar que pasaran tan críticas circunstancias ó habían buscado refugio en seguros asilos y no se reunían para orar, como no fuera en parajes distantes de la ciudad.

Sin embargo, la persecución continuaba y aunque habían terminado los juegos, los nuevos presos servirían para espectáculos futuros ó serían sometidos á castigos especiales. Nadie creía ya que los cristianos fueran los autores del incendio; pero, considerados como enemigos de la Humanidad y del Estado, el edicto contra ellos continuaba vigente.

El Apóstol no se aventuró á presentarse en casa de Petronio hasta que pasó algún tiempo. Al fin una noche anunció Nazario que vendría.

Ligia, que ya andaba sin ayuda, y Vinicio salieron á recibirle y se arrodillaron á sus pies.

Pedro los contempló conmovido: eran ya pocas las ovejas que quedaban del rebaño que Cristo le confiara.

—Señor—le dijo el tribuno,—gracias á ti me la ha devuelto el Salvador.

—Te la ha devuelto—contestó el Apóstol con solemne sencillez,—porque tuviste fe y para que no enmudecieran todos los labios que bendicen su nombre.

Luego levantó las temblorosas manos y les bendijo.

Ligia y Vinicio permanecieron arrodillados, presintiendo quizá que aquélla era la última bendición que del anciano recibieran. Mas aun debían verle otra vez.

Al cabo de pocos días trajo Petronio terribles nuevas del Palatino: habían averiguado que uno de los libertos del César era cristiano; en su poder quiso el Destino que se encontraran cartas de los Apóstoles Pedro, Pablo, Santiago, Juan y Judas.

Tigelino sabía que Pedro estaba en Roma; pero creía que había perecido entre los innumerables mártires sacrificados. Al enterarse de que los dos

vas
hadillos de la nueva fe continuaban vivos y en la capital, resolvió apoderarse de ellos á todo trance, con la esperanza de que su muerte acarrearía la extinción completa de la secta odiada.

Petronio había oído de labios de Vestinio que el César en persona dictó la orden de encerrar á Pedro y á Pablo en la cárcel Mamertina, dando tres días de plazo para que la ejecutaran, y que destacamentos enteros de pretorianos se habían puesto en movimiento para registrar una por una todas las casas del Trastíber.

Cuando el Arbitro informó de esto á su sobrino, el joven quiso avisarle al Apóstol de lo que ocurría, y aquella noche él y Urso, encubiertos con mantos galos, fueron á casa de Miriam, en donde Pedro vivía.

La casa estaba situada al pie del Janículo, en un extremo del Trastíber.

Por el camino vieron varias viviendas cercadas por soldados á quienes guiaban personas desconocidas.

El barrio entero se había alarmado y en algunos puntos se reunían grupos de curiosos, mientras que los centuriones preguntaban acá y allá por Simón Pedro y por Pablo de Tarso.

Sin el menor contratiempo llegaron Urso y Vinicio á casa de Miriam, donde encontraron á Pedro rodeado de un puñado de fieles. Timoteo, compañero de Pablo, estaba al lado del Apóstol, y Lino también.

Enterados de la inminencia del peligro, Nazario les guió por un pasadizo oculto hasta la puerta del jardín y luego á unas canteras desiertas, poco distantes de la puerta del Janículo.

Urso tuvo que llevar en brazos á Lino; le habían roto á éste los huesos en la tortura y no podía andar.

Cuando llegaron á la cantera se creyeron en lugar seguro, y á la luz de una antorcha que Nazario encendió se pusieron á hablar en voz baja acerca del medio más prudente de poner en salvo al Apóstol, á quien tanto amaban.

—Señor—dijo Vinicio;—permítele á Nazario que te lleve á los Montes Albanos apenas luzca el nuevo día. Allí me reuniré contigo é iremos á Ancio, en donde me aguarda un barco que nos conducirá primero á Nápoles y luego á Sicilia. Benditos sean el día y la hora que entres en mi casa y bendigas mi hogar.

Todos oyeron con gusto las palabras de Vinicio y unieron sus ruegos á los del joven, diciéndole al Apóstol:

—Huye, santo jefe, no permanezcas en Roma. Conservemos viva la verdad para que no perezcas con nosotros y contigo. Atiende la súplica que te dirigimos como si fuéramos tus hijos.

—Sí; ¡en nombre de Cristo!—agregaron otros, tocando sus vestiduras.

—Hijos míos—replicó el Apóstol;—nadie sabe cuándo le llegará el día que el Señor le ha señalado como postrero de su vida.

Mas no afirmó que partiría, porque en realidad vacilaba; la incertidumbre y el temor agitaban su alma. Su rebaño había desaparecido casi por completo, su obra estaba paralizada y la Iglesia, que antes del incendio se erguía fuerte y lozana como árbol gigantesco y exuberante, ahora se desmoronaba bajo el poder de la *Bestia* infernal. Sólo quedaban ya lágrimas, recuerdos de martirios y de muerte. La cosecha fué buena, pero Satanás la destrozó, aniquilándola en la era. Los ángeles no acudieron en auxilio de las víctimas y Nerón, más fuerte que nunca, extendía su terrible poder y su gloria, dominando al mundo.

En medio de su soledad y su amargura, el pescador humilde había levantado muchas veces las manos al cielo clamando con angustia:

—Señor, ¿qué debo hacer? ¿Cómo yo, anciano y débil, podré luchar contra el invencible poder del mal, que Tú has permitido que se enseñoree de la tierra? El rebaño que encomendaste á mis cuidados ha desaparecido; tu Iglesia se hundió; la soledad y el duelo moran en tu capital. ¿Qué quieres que haga ahora? ¿Permanezco aquí ó

conduzco fuera los desbandados restos del rebaño, para que puedan seguir bendiciendo tu nombre en lejanas comarcas, allende el mar?

Pedro sabía que la verdad se perpetuaría, triunfando al fin; pero temía que la hora del triunfo tardara mucho aún y que no sonara hasta que el Señor descendiera, el día del Juicio sin apelación, con poder infinitamente superior al del César. Muchas veces pensaba que al marcharse de Roma le seguirían los fieles, los conduciría lejos, á las frondosas arboledas de Galilea, á las riberas del lago Tiberiades, y los encomendaría al cuidado de pastores mansos como palomas ó como los corderos que allí pacen. Y del corazón del anciano se apoderaba vehemente deseo de paz y ansia de volver á ver el lago de Galilea. Entonces las lágrimas asomaban á sus ojos. Mas cuando estaba á punto de decidir sentía repentina alarma, vivo temor. ¿Cómo abandonar la ciudad regada con la sangre de los mártires, en donde éstos habían dado público testimonio de su doctrina y de su fe? ¿Debía ser él el único que cediera? ¿Qué le contestaría al Señor, si el Señor le dijera: «Aquéllos murieron por la fe y tú has preferido huir»?

El anciano Apóstol era preso de la ansiedad y la amargura. Los que perecieron entre las garras de los leones ó devorados por el fuego en los jardines del César, habían ido á dormir el sueño eterno en el Señor, después de apurar los terribles momentos de la tortura; pero él no podía dormir y las torturas de su espíritu eran más crueles todavía que las que los verdugos inventaron para atormentar á sus víctimas. Más de una vez le sorprendió el alba clamando desde el fondo de su dolorido corazón:

—Señor, ¿por qué me mandaste que fundara tu ciudad en el cubil de la *Bestia?*

Treinta y cuatro años hacía, desde la muerte del Maestro, que Pedro no tenía un día de reposo; báculo en mano había recorrido el mundo, anunciando á los hombres «la buena nueva». Y cuando, agotadas sus fuerzas, echaba los cimientos de la ciudad de Dios, en Roma, capital del mundo, un soplo de Nerón la había incendiado, saturando el aire de crímenes y empapando la tierra de sangre; y era menester comenzar de nuevo la lucha. ¡Y qué lucha! A un lado estaban el César, el Senado, el pueblo, las legiones que encerraban al mundo en un círculo de hierro, numerosas ciudades, dilatadísimos territorios; un poder, en conclusión, grande cual no otro, pues semejante nunca lo vieron humanos ojos. Al otro lado, él; él solo y tan abrumado ya por la pesadumbre de la edad y los trabajos, que su temblorosa mano apenas podía sostener el báculo.

Había momentos en que el Apóstol creía imposible medir sus fuerzas con las del César romano y que sólo Cristo podía triunfar en la lucha.

Y mientras tales pensamientos cruzaban por su cerebro, sus adeptos le repetían con acento de súplica:

—¡Huye, *Rabi* (Maestro), y sálvanos del poder de la *Bestia!*

Hasta el mismo Lino, inclinando la venerable cabeza, que conservaba huellas de la tortura, le decía:

—¡Señor! El Salvador te encargó que apacentaras sus ovejas; pero el rebaño está muy mermado y las pocas que quedan desaparecerán en breve. Vuélvete allá, donde hay otras. La palabra del Señor vibra todavía en Jerusalén, Antioquía, Efeso y otras ciudades. ¿Por qué permanecer en Roma? Si pereces aquí, será mayor el triunfo de la *Bestia*. El Señor no ha señalado el límite de la vida de Juan; á Pablo, como ciudadano romano, no pueden condenarle sin juzgarle primero; mas si el poder del infierno se desencadena contra ti, los cristianos que empiezan á desalentarse se dirán: «No hay poder capaz de contrarrestar el de Nerón». Tú eres la piedra fundamental de la Iglesia de Dios; deja que muramos, pero no permitas que el Anticristo venza al Vicario de Dios ni vuel-

vas á esta ciudad hasta que el Señor haya pulverizado al que derrama la sangre de tantos miles de inocentes.

—¡Mira nuestras lágrimas y muévante á piedad!—exclamaron muchos.

También el llanto bañaba los ojos de Pedro.

Este extendió la mano sobre aquel puñado de cristianos arrodillados á sus pies y murmuró:

—¡Alabado sea el santo nombre del Señor! ¡Hágase su voluntad!

## LXIX

Al siguiente día, cuando las primeras luces del alba asomaban por el Oriente, dos hombres vestidos con obscuras túnicas avanzaban por la desierta Vía Apia, camino de la Campania: eran Nazario y el Apóstol Pedro. Este abandonaba la ciudad y á sus hijos.

En el cielo comenzaban á aparecer ligeros matices verdosos orlados de amarillentos tonos. Los árboles con sus hojas plateadas, los mármoles de las quintas, y de los acueductos que atravesaban la llanura hasta la ciudad, salían poco á poco de entre las fugitivas sombras de la noche; y los esmeraldinos matices del firmamento se aclaraban gradualmente mezclándose con franjas de oro y permitiendo ver los contornos de los Montes Albanos, maravillosamente hermosos, pues sus cumbres aparecían rodeadas de nimbos de color de lirio y como si estuvieran formadas por resplandores. En las temblorosas hojas de los árboles brillaban las gotas de rocío. La neblina matinal se disipaba, abriendo al través de su transparente cendal vistas de la llanura, cada vez más hermosas y amplias; de las casas de que estaba salpicada, de los cementerios, de los poblados y de las arboledas, por encima de las cuales descollaban las blancas columnas de los templos.

El camino estaba desierto. Los aldeanos, que al clarear el día solían traer legumbres á la ciudad, aún no habían empezado á ponerles los atalajes á las bestias que arrastraban los carros.

En las anchas losas, pavimento del camino, resonaba débilmente el chocar de la madera de las sandalias de los viajeros.

Por fin asomó el disco de oro del sol por encima de la línea de colinas; y en aquel instante, una visión maravillosa se ofreció á los asombrados ojos del Apóstol: parecióle á éste que el áureo disco, en vez de ascender, bajaba de las alturas y avanzaba por el camino.

Detúvose Pedro y preguntó á Nazario:

—¿Ves aquella claridad que hacia nosotros viene?

—No veo nada, señor—contestó el joven.

El Apóstol se puso una mano á manera de pantalla delante de los ojos y repuso tras breve pausa:

—Se acerca un hombre envuelto en los resplandores del sol.

En el silencio del amanecer no se oía el más leve rumor de pasos.

Nazario veía que las hojas de los árboles temblaban, como si invisible mano las moviera, y que la llanura se inundaba de vivísima claridad. Miró sorprendido al Apóstol y exclamó con ansiedad:

—¡*Rabi!* ¿Qué te ocurre?

El báculo se le había escapado de las manos á Pedro. Este, con las pupilas inmóviles, retratados en el rostro el asombro, el gozo y el arrobamiento, miraba al frente. De pronto cayó de rodillas, extendió los brazos y exclamó:

—¡Cristo! ¡Cristo!

Y tocó con los labios la tierra, como besándole los pies al Divino Maestro.

Sucedióse un largo silencio.

Luego murmuró el anciano entre sollozos:

—¿*Quo vadis, Domine?* (¿A dónde vas, Señor?)

Nazario no pudo oir respuesta algu-

na; pero el Apóstol oyó una voz dulce y triste que decía:

—Abandonas á mi pueblo y voy á Roma para ser por segunda vez crucificado.

Pedro permanecía con el rostro pegado á tierra, silencioso é inmóvil.

Nazario creyó que estaba desmayado ó muerto; mas pronto vió que se levantaba, cogía con temblorosa mano el báculo y silenciosamente regresaba á la ciudad de las siete colinas.

Entonces el muchacho repitió como un eco:

—*¿Quo vadis, dómine?*

—A Roma—contestó dulcemente el Apóstol.

Pablo, Juan, Lino y los demás cristianos le vieron tornar con emoción y sorpresa, tanto más justificadas, cuanto que al rayar el día y precisamente cuando Pedro acababa de partir, rodearon los pretorianos la casa de Miriam, registrándola de arriba abajo para buscar al Apóstol.

A las preguntas que le dirigían, contestaba Pedro con tranquilo acento:

—¡He visto al Señor! ¡Le he visto!

Por la noche se fué al cementerio de Ostia á bautizar y á predicar de nuevo la palabra divina. A partir de entonces iba allí diariamente y le seguían multitud de adeptos.

Parecía que por cada lágrima de un mártir germinaban nuevos cristianos, y que cada gemido que el suplicio arrancaba á las víctimas arraigaba más la fe en centenares de pechos.

Nerón nadaba en sangre; Roma y el mundo pagano no se detenían en su frenética carrera. Mas los que estaban ya hartos de crímenes y de locuras, los desgraciados, cuya vida se arrastraba entre la desventura y la tiranía; los perseguidos y maltratados por la demencia señorial; todos los desdichados, en fin, acudían presurosos á oir á Pedro, á escuchar de su boca la buena nueva, la palabra de Dios que por amor al hombre, por redimir á la humanidad, se entregó para ser crucificado. Al encontrar á ese Dios á quien podían amar, tuvieron lo que la sociedad de aquella época no había podido darles: amor y felicidad.

Entonces comprendió Pedro que el César, con su omnímodo poder y con sus numerosas legiones, no lograría ahogar en lágrimas y en sangre la verdad divina que triunfaba; y comprendió asimismo por qué el Señor le había hecho volver á Roma: aquella ciudad de corrupción y de crímenes, la dominadora del mundo, era suya; y en ella iba á asentarse la nueva capital que extendería por todo el orbe su imperio sobre las almas.

## LXX

Sonó la hora para los dos Apóstoles, que aun en la prisión ganaron almas para el Cielo: los soldados Proceso y Martiniano, que les custodiaban en la cárcel Mamertina, fueron bautizados.

Y llegó el día del martirio:

Nerón no estaba en Roma y firmaron la sentencia sus dos libertos Helio y Politetes, encargados del gobierno de la ciudad durante la ausencia del César.

El anciano Apóstol fué azotado, con arreglo á la ley, el día antes de ser conducido al Monte Vaticano, lugar en donde debía ser crucificado, según sentencia.

Los soldados miraban con sorpresa á la muchedumbre que se agolpaba delante de la prisión; nunca pudieron suponer que la muerte de un hombre vulgar, y extranjero por añadidura, despertara tanto interés. Ni podían presumir que aquella multitud no se componía de curiosos, sino de cristianos que querían acompañar al Apóstol hasta el sitio de la ejecución.

Por la tarde se abrieron las puertas de la cárcel y salió Pedro, rodeado de un destacamento de soldados pretorianos.

El sol declinaba hacia Ostia y la tarde era clara y serena.

Por consideración á sus muchos años

no obligaron al anciano Apóstol á que cargara con la cruz, pues suponían que era peso superior á sus fuerzas, ni le ataron al cuello el dogal que dificultaría sus movimientos. Salió, pues, suelto y libre y sin nada que le impidiera á la muchedumbre verle bien.

A veces, cuando su blanca cabeza aparecía entre los férreos yelmos de los pretorianos, estallaban sollozos entre la multitud; pero cesaban pronto, porque la faz del anciano revelaba tanta serenidad y tenía tales irradiaciones de alegría, que todos se persuadían de que el discípulo de Cristo no era la víctima que iba al suplicio, sino el triunfador que celebraba su victoria.

Y esto era en verdad. Pedro, humilde y encorvado generalmente, llevaba entonces la cabeza erguida y nunca su apostura fué tan majestuosa; más que un condenado á la pena capital, parecía un rey seguido de su pueblo y de su ejército. Su paso era solemne y reposado, sereno su mirar. No se le ocultaba al Apóstol que desde el sacrificio del Gólgota, no había acontecido acaecimiento de tanta importancia; Pedro comprendía que así como la sangre del Hijo de Dios redimió al mundo entero, la suya redimiría á la ciudad.

En el trayecto, la gente se paraba á contemplar con admiración al majestuoso anciano; y los cristianos les decían con tranquilo acento á los simples curiosos:

—He ahí cómo va á la muerte el justo; éste conoció á Cristo, fué su discípulo y vino al mundo á predicar la ley universal del amor.

Los transeuntes se quedaban pensativos y se alejaban murmurando:

—¡En verdad que ese hombre no puede ser culpable!

Y por todas partes, al pasar Pedro, cesaba el ruido; todos guardaban respetuoso silencio.

La comitiva avanzaba por entre casas recientemente edificadas y marmóreas columnas de templos, bajo un cielo diáfano y azul.

La gente guardaba silencioso recogimiento, turbado solamente por el ruido de las armas de los soldados ó por el murmullo de alguna oración. Cuando Pedro la oía, iluminaba su faz plácida alegría, producida por el convencimiento de que brotaban á millares los cristianos, hasta el punto de que á él no le era posible ya abarcarlos á todos con la vista. Entonces se daba cuenta de que había conducido su misión á feliz término y de que la verdad, á predicar la cual había consagrado su vida, se sobreponía por fin á todo y todo lo invadiría con empuje irresistible, como el del mar, y no habría nada que sobre ella prevaleciera.

—¡Señor!—decía elevando la mirada al Cielo.—¡Me enviaste á conquistar á la ciudad dominadora del mundo y la he conquistado! ¡Me mandaste que en ella fundara tu capital, y fundada está! ¡He aquí tu ciudad, Señor! Ahora voy hacia Ti, porque ya he terminado mi laboriosa tarea.

Al pasar por delante de los templos exclamaba:

—¡Seréis templos cristianos!

Y proseguía su camino, seguro ya de la victoria, convencido de que había prestado servicios á la causa de Dios, persuadido de su poder, contento, sereno y grande.

Hiciéronle pasar los soldados por el *Pons Triumphalis* (Puente triunfal), como si quisieran proclamar su triunfo, llevándole hasta la Naumaquia y el Circo.

Los fieles del Trastíber se unieron entonces á la comitiva, formando ya tan considerable muchedumbre, que el centurión que mandaba los pretorianos se dió cuenta al fin de que custodiaba á un Sumo Pontífice rodeado de creyentes; y le asaltaron temores, al considerar el corto número de soldados de que disponía. Sin embargo, no oyó un grito de cólera ni de indignación.

Los hombres, penetrados de la solemnidad y grandeza del momento, limitábanse á mirar con devoción y recogimiento. Algunos, recordando que al morir el Redentor tembló la tierra

y los muertos resucitaron, creyeron que también se observarían ahora fenómenos que perpetuaran en la memoria de los hombres y al través de los siglos la muerte del Apóstol. Otros creían que quizá elegiría el Señor aquella hora memorable para descender del Cielo, como lo prometió, y empezar el juicio de los hombres; y se encomendaban á la misericordia divina.

Mas todo aparecía tranquilo; hasta las colinas parecía que estaban descansando y templándose á los rayos del sol.

El cortejo hizo alto entre el Circo y el Monte Vaticano.

Unos soldados se pusieron á abrir un hoyo y otros colocaron en tierra la cruz, los martillos y los clavos.

La muchedumbre se arrodilló con recogimiento.

Volvió el Apóstol la cabeza, que los rayos del sol la iluminaban, y fijó en la ciudad los ojos.

Al pie de la colina se deslizaba el Tíber como ancha cinta de plata; más allá se veía el Campo de Marte; en una altura, el mausoleo de Augusto; y abajo, las inmensas termas edificadas por Nerón; más abajo todavía el teatro de Pompeyo y detrás se divisaba en parte, pues otros edificios ocultaban lo demás, el Septa Julia y multitud de pórticos, templos y columnas; y en último término, las colinas cubiertas de casas, grandes centros de población, cuyos extremos se desvanecían entre la niebla azul. El conjunto de todo aquello constituía la morada del crimen y del poder; del orden y de la locura; la ciudad que había llegado á ser capital del mundo y su tirano, su árbitro, su ley, el poder incontrastable; la ciudad invencible y eterna.

El Apóstol, rodeado de soldados, la contemplaba como rey y señor que contemplara sus dominios, y pensaba:

—¡Te he redimido! ¡Ya eres mía!

Ninguno de los presentes, ni los soldados que cavaban el hoyo destinado á plantar la cruz ni los fieles arrodillados ante Pedro, se imaginaban que éste era el verdadero soberano de la ciudad; que caerían los Césares, que terminarían las invasiones de los bárbaros y se perdería la memoria de los siglos en la noche del olvido; pero que el reinado de aquel viejo que iba á ser martirizado no tendría fin.

El sol descendía por el lado de Ostia y su disco se agrandaba tornándose rojo; el Occidente se inundó de claridad vivísima. Los soldados se acercaron á Pedro para despojarle de sus vestiduras.

El Apóstol, que estaba orando, se irguió y levantó la mano derecha.

Los verdugos se detuvieron, como intimidados.

Reinó profundo silencio, porque los fieles creyeron que iba á dirigir la palabra al pueblo.

El Apóstol, de pie en la altura, extendió la diestra, hizo la señal de la cruz y bendijo en la hora de la muerte:

*Urbi et orbe!* (¡á la ciudad y al mundo!).

... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ... ...

Aquella misma tarde de imborrable memoria, otro destacamento de pretorianos conducía por la Vía Ostiense con dirección á *Acquæ Salviæ* á Pablo de Tarso. Detrás iban numerosos fieles por él convertidos. Cuando entre ellos veía á alguno á quien conocía personalmente, se detenía á conversar con él; era ciudadano romano, y como á tal debían guardar los soldados ciertas consideraciones.

Pasada la Puerta Trigémina (hoy de San Pablo), encontróse con Plautilla, hija del prefecto Flavio Sabino; y al verla llorosa, la dijo dulcemente:

—Plautilla, hija de la Salvación Eterna, prosigue en paz tu camino y no llores. Dame el velo, para que con él me tapen los ojos cuando vaya á unirme con el Señor.

Y tomando el velo que la joven le ofrecía, siguió andando, con rostro sereno, como el trabajador que tras un día de ruda faena regresa satisfecho al hogar.

Su espíritu, lo mismo que el de Pedro, estaba tan tranquilo y plácido como el cielo en aquella hermosa tarde. Contemplando la llanura que ante su vista se extendía y los Montes Albanos, envueltos en blanquecina luz, recordaba sus viajes, sus esfuerzos, las luchas en que había sido vencedor, las iglesias que fundara en todas los países y más allá de todos los mares; y seguro de que había realizado su obra difundiendo la verdad inmortal por todas partes, pensó que ya merecía el descanso, puesto que los vientos de la iniquidad no esparcirían ya la simiente que estaba dando sus frutos.

Abandonaba la vida persuadido de que la verdad que su palabra proclamara, triunfaría; y esta convicción llenaba su alma de dulce paz.

Largo era el camino que conducía al lugar de la ejecución y la noche se acercaba.

Las cumbres de las montañas se teñían de púrpura y las laderas comenzaban á hundirse en la sombra. El ganado tornaba al aprisco y los esclavos, con las herramientas de trabajo al hombro, regresaban á sus hogares. A las puertas de las casas jugaban los niños y miraban con curiosidad á los soldados que iban pasando. La atmósfera estaba límpida y transparente y los últimos rayos del sol le daban áureos reflejos. La calma, la serenidad de aquella tarde penetraban en el alma y la elevaban hacia el Cielo.

Pablo sentía la influencia de aquella maravillosa armonía y su corazón se conmovía ante la idea de que había aportado á la armonía universal una nota nueva: la del amor; la del amor paciente, dulce, que lo espera todo, que no tiene fin y sin el cual el sentimiento no pasaba de ser ruidoso concierto de címbalos ó de sonoros bronces.

Recordaba cómo le había enseñado al pueblo la ley del amor, cómo había inculcado en el ánimo de los hombres la idea de que, aun poseyendo todos los secretos y las ciencias todas, nada serían sin el amor; sin el amor bueno, tolerante, que no devuelve mal por mal ni ambiciona honores; que todo lo soporta, lo cree todo, todo lo sufre resignado y manso.

Pablo había pasado la existencia enseñando al pueblo el amor que no muere, el amor que el César, con todas sus legiones, no podría ya extirparlo de las almas. Por eso iba victorioso como un conquistador á recibir la recompensa.

El cortejo se salió del camino real y torció hacia Oriente, metiéndose por un sendero estrecho en dirección á *Acquæ Salviæ*.

El centurión mandó á los soldados que se detuvieran cerca del manantial que allí había. Los últimos rayos del sol doraban las copas de los árboles.

Pablo se echó al brazo el velo de Plautilla, que luego debía servirle para vendarse los ojos; y por vez primera alzó la serena mirada, contempló la misteriosa luz de aquella tarde y oró.

Había llegado el momento.

Pablo veía un ancho y luminoso camino que conducía al Cielo; y desde el fondo de su alma repitió las palabras que antes había escrito, consciente de haber cumplido su misión y de que se acercaba su fin en la Tierra:

»—He reñido una empeñada batalla; mi misión ha terminado; ahora aguardo el galardón de la justicia divina.»

## LXXI

Roma, presa del vértigo, continuaba desenfrenada su loca carrera, aniquilándose á sí propia; parecía que la señora del mundo estaba próxima á sucumbir desquiciada y que no había hombres capaces de salvarla.

Antes de la muerte de los Apóstoles, estalló la conspiración de Pisón, que fué ahogada en la sangre de los ciudadanos más prestigiosos; y hasta los que miraban á Nerón como á un dios se preguntaban si sería el de la muerte.

Cubierta de luto la ciudad, invadidos por el terror los hogares, se adornaban, sin embargo, los peristilos con hiedra y con flores, porque no era lícito demostrar preocupación ni tristeza, aunque cada patricio, al despertar por la mañana, se preguntara inquieto si vería la venidera noche. Y la inquietud estaba justificada, puesto que diariamente crecía el número de víctimas.

A Pisón le había costado la vida la conspiración, y, como él, perecieron Séneca y Lucano, Fenio Rufo y Plaucio Laterano, Flavio Escevino y Afranio Quinctiano, el disoluto compañero de locuras de Nerón. La propia suerte corrieron Tulio Senecio, Próculo, Araricio, Tugurino, Grato, Silano y Próximo, que antes eran del César en cuerpo y alma; Sulpicio Asper y muchos más. Unos murieron por insignificantes; otros, por ricos; por cobardes ó por animosos, los demás.

Asustado el César del considerable número de conjurados, coronó de soldados las murallas, mantenía á Roma como en estado de sitio y diariamente enviaba á casa de los sospechosos centuriones con sentencias de muerte.

Muchos de los condenados se humillaban; en cartas serviles le daban las gracias por la sentencia y le cedían una parte de sus bienes, creyendo que así salvarían el resto para sus hijos.

Dijérase que Nerón se excedía deliberadamente con el propósito de ver hasta qué grado de abyección habían llegado los hombres y hasta qué punto soportarían su infamia y su crueldad.

Los parientes, los amigos de los conspiradores y hasta los que no pasaban de simples conocidos, todos seguían la misma suerte.

Los dueños de los suntuosos palacios edificados después del incendio no salían á la calle una sola vez sin encontrar procesiones fúnebres.

Pompeyo, Cornelio, Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio murieron acusados de desamor al César; Novio Prisciano, porque era amigo de Séneca; á Rufio Crispo se le negó el derecho al agua y al fuego porque había sido marido de Popea. Al gran Tráseas le perdió su virtud; muchos perdieron la vida porque eran de noble alcurnia, y la misma Popea, estando en cinta, sucumbió de un puntapié en el vientre, víctima de un acceso de furor del desatentado Nerón.

El Senado se arrastraba á los pies del terrible Emperador, en cuyo honor erigió un templo, hizo ofrendas para que su voz no se extinguiera, coronó sus estatuas y señaló sacerdotes consagrados á su servicio, como al de una divinidad.

Los senadores, presa del terror que estremecía sus envilecidos corazones, acudían al Palatino á aplaudir y alabar su canto de los *Periodonices* y á aturdirse en orgías desenfrenadas, entre cuerpos desnudos, flores y vino.

Entretanto, en el campo regado con las lágrimas y la sangre de los mártires germinaba más lozana cada día la semilla sembrada por Pedro.

## LXXII

### CARTA DE VINICIO Á PETRONIO.

«Llegan hasta aquí, *carissime*, las noticias de lo que en Roma ocurre; y lo que no sabemos, nos lo refieren tus cartas con prolijos detalles.

»Cuando cae una piedra en el agua levanta una onda circular que gradualmente se ensancha; del mismo modo la onda de la iniquidad y la locura llega hasta nosotros desde su centro, que es el Palatino.

»Carinas, al emprender su viaje á Grecia, recibió orden de pasar por aquí y saquear templos y ciudades, para reponer con el botín el agotado Tesoro. Nerón está levantando en Roma su *Casa de Oro*, amasada con el sudor y con las lágrimas del pueblo; es probable que nunca ojos mortales hayan con-

templado maravilla semejante, pero en cambio es positivo que tampoco vieron injusticias tales.

»Ya conoces á Carinas; Chilón era su vivo retrato, hasta que con su muerte redimió su pasada vida. Sus acólitos no han llegado todavía á estos alrededores, porque aquí no hay templos ni tesoros.

»Me preguntas si estamos seguros, y te diré que estamos libres de preocupaciones y que ello nos basta.

»Desde el pórtico bajo el cual te escribo, veo la bahía y á Urso en una barca, echando la red en las límpidas y azuladas aguas.

»Mi esposa, á mi lado, devana lana encarnada, y en los jardines, á la sombra de los almendros, cantan nuestros esclavos.

»Esta dulce paz, *carissime*, desvanece penosos recuerdos de sufrimientos y terrores.

»No son las Parcas, como dices, las que tejen los hilos de nuestra existencia; es Cristo, nuestro amado Salvador y Dios que nos proteje.

»Tampoco nos faltan aquí lágrimas y penas, porque nuestra religión nos enseña á tomar parte en las ajenas desventuras; pero en estas lágrimas se encuentra un consuelo que ignoráis vosotros.

»Cuando termine aquí nuestra vida, iremos á reunirnos con todos los seres queridos que han perecido y con los que ahora perecen por nuestra fe; y esto nos procura la serenidad con que se desliza nuestra existencia.

»Para nosotros no han muerto Pedro ni Pablo; han renacido sencillamente á nueva vida. Nuestras almas les ven, y mientras que derramamos lágrimas, inunda el júbilo nuestros corazones, porque ellos gozan de la eterna felicidad.

»Sí, *carissime*, somos felices, y nuestra ventura es indestructible; puesto que la muerte, que para ti es el fin, es para nosotros el principio del reposo eterno, de una felicidad superior á todas las felicidades terrenas.

»De esta manera vemos deslizarse los días y los meses en medio de la más dulce tranquilidad de espíritu.

»Nuestros sirvientes y esclavos creen en Cristo lo mismo que nosotros, como nosotros practican sus mandamientos, y nos amamos recíprocamente.

»Muchas veces, cuando el sol declina ó cuando la luna riela en el mar, Ligia y yo recordamos los tiempos que pasaron y que ya nos parecen un sueño. Y cada vez que pienso en lo cerca que estuvo del horrendo suplicio y de la muerte esta mujer adorada, amo más al Señor, que la sacó sana y salva del peligro y la trajo á mi lado para siempre.

»¡Oh, Petronio! Tú que has sido testigo de la resignación y de las sublimes energías que presta nuestra religión en los terribles momentos de la prueba, ven y te convencerás de que es también manantial de goces en las épocas normales de la vida.

»Los hombres no conocían antes á un Dios á quien pudieran amar; por eso tampoco se amaban unos á otros, y de ahí dimanaban sus desventuras y sus dolores; porque así como la luz viene del sol, del amor viene la dicha.

»Legisladores y filósofos no han enseñado esta verdad, desconocida en Grecia y en Roma; y cuando digo en Roma, es como si dijera en el mundo entero.

»La fría y seca doctrina de los estoicos templa los corazones y los endurece como si fueran hojas de acero; mas no los hace mejores, sino impasibles é indiferentes.

»Verdaderamente, ¿á qué vienen estas consideraciones, escribiéndote á ti, estudioso que has aprendido mucho y que tienes mayor penetración que yo? Conociste á Pablo de Tarso y con él celebraste largas conferencias; puedes, por lo tanto, apreciar las verdades que enseñaba, compararlas con las doctrinas de los filósofos y de los retóricos y sacar el convencimiento de que éstas no son más que juego de palabras huecas.

»Recuerdo que Pablo te hizo la siguiente pregunta: «¿Si el César fuera cristiano, no os consideraríais más dueños de vuestras vidas y haciendas, más libres de zozobras y más seguros del mañana?»

»Varias veces me has dicho que nuestras doctrinas eran contrarias á la vida; pues bien, te aseguro que si toda esta carta, desde el principio hasta el fin, se redujera á repetir cien y cien veces la frase «¡Soy feliz!» todavía sería insuficiente tanta repetición para darte idea de mi ventura.

»Probablemente me dirás que mi felicidad es Ligia; y acertarás. Sí, *carissime:* acertarás, porque amo su alma inmortal y porque ambos nos amamos en Jesucristo. Y en este amor no hay separación, engaño, mudanza, edad ni muerte; pues sé que, cuando pasen la juventud y la hermosura y la muerte llame á la puerta de nuestro hogar, el amor sobrevivirá todavía á nuestros cuerpos, porque sobrevivirá el espíritu.

»Antes de que mis ojos se abrieran á la luz de la verdad hubiera sido yo capaz de quemar mi propia casa por el amor de Ligia; y sin embargo, ahora puedo afirmar que entonces no la amaba. Cristo me enseñó á amar; que El es fuente inagotable de paz y de ventura. Y no soy yo quien lo afirma: lo proclama la realidad.

»Compara vuestra opulenta y regalada vida, amargada por la inseguridad del mañana; compara vuestras orgías sin freno ni dique, con la sencilla vida de los cristianos. Mas para que puedas hacerlo con acierto, ven á nuestro lado. Te esperan dos corazones que te aman con ternura.

»Ven y juntos nos recrearemos contemplando las montañas de perfumado ambiente, los bosques de olivo, las riberas orladas de hiedra. Ven; aquí te aguarda una paz de la que nunca has disfrutado. Tú que tienes un alma noble y buena, mereces ser feliz.

»Tu clara inteligencia puede, como pocas, reconocer la verdad y amarla luego. Se puede ser enemigo de ella, como el César y Tigelino; pero indiferente no puede serle á nadie.

»Ligia y yo, Petronio mío, acariciamos la dulce esperanza de verte pronto. No te hagas esperar y sé feliz. ¡Salud!»

Petronio recibió esta carta en Cumas, á donde había ido acompañando á Nerón. Su larga lucha con Tigelino tocaba á su término.

Sabía el Arbitro que debía sucumbir en la contienda y no se le ocultaba el motivo: el César se hundía más y más en una corrupción enfermiza, grosera y abyecta; descendía cada día más, representando los papeles de histrión y auriga, y el exquisito poeta, con sus gustos refinados, empezaba á ser para él carga pesada. Petronio callaba, pero Nerón interpretaba su silencio como agravio y en sus elogios creía descubrir siempre un fondo de ironía. El brillante patricio mortificaba su amor propio y excitaba su envidia. Además, el César y su omnipotente favorito codiciaban las riquezas que el poeta poseía y sus magníficas obras de arte.

Hasta entonces se había aplazado la ejecución de Petronio con motivo del viaje que Nerón iba á emprender á la Acaya; el buen gusto del refinado patricio, su profundo conocimiento de todo lo relativo á Grecia y á los griegos, podían ser utilísimos durante la excursión. Pero Tigelino había logrado convencer poco á poco al César de que Carinas substituiría ventajosamente al Arbitro por su insuperable buen gusto y sus conocimientos, acabando por persuadirle de que aquél prepararía en Acaya mejor que nadie juegos, fiestas y triunfos.

A partir de entonces Petronio estaba perdido; pero no se atrevieron á enviarle la sentencia estando en Roma. Ni el César ni Tigelino habían olvidado que el trasnochador sempiterno, aparentemente afeminado, el esteta que vivía en la molicie sin pensar más

que en el arte, en el amor y en los festines, había demostrado cumplidamente que era enérgico y de valía, como procónsul de Bitinia y, aun después, siendo cónsul de la capital. Fundadamente, pues, le creían capaz de cualquier hazaña y además tenían muy presente que contaba en Roma con el cariño del pueblo y con la simpatía de los pretorianos. Y como no podían adivinar lo que haría al recibir la sentencia de muerte, les pareció lo más prudente alejarle de Roma; con tal objeto se le invitó á ir á Cumas con los demás augustanos.

Aunque sospechaba la emboscada, allá fué el Arbitro, quizá con el deseo de mostrarse una vez más á los ojos del César contento y despreocupado y vencer una vez más también á Tigelino.

Este le acusó, tan pronto como salió de Roma, de haber sido cómplice del senador Escevino, alma de la conspiración de Pisón; hizo prender á sus esclavos y los guardias pretorianos ocuparon su casa.

Cuando Petronio lo supo ni se asustó ni manifestó sorpresa. Estaba á la sazón en su suntuosa quinta de Cumas, rodeado de augustanos, y sonriéndose les dijo:

—«Barbas de cobre» es enemigo declarado de las interpelaciones directas; veréis qué cara pone cuando yo le pregunte si ha dado orden de aprisionar á mi *familia*.

Y acto seguido les invitó á una fiesta con que quería obsequiarles «antes de emprender *el más largo de los viajes*».

Haciendo estaba los preparativos propios del caso, cuando recibió la carta de Vinicio, que le dejó algo pensativo; mas pronto volvió su rostro á tomar la habitual expresión.

Aquella misma noche le contestó á su sobrino en los siguientes términos:

«Admiro vuestro gran corazón y me agrada vuestra dicha.

»Nunca me imaginé que dos amantes pudieran acordarse de un amigo ausente. Y vosotros no os limitáis á no olvidarme, sino que además me invitáis á ir á Sicilia á compartir vuestro pan y vuestro amor á Cristo, que tan completa felicidad os procura.

»Hacéis bien en venerarle. Sin embargo, no te ocultaré mi creencia de que Urso y el pueblo romano han tenido parte activa y no despreciable en la realización de tu ventura, puesto que salvaron á Ligia. No obstante, desde el momento en que crees que sólo á Cristo le debes la felicidad, no he de contradecirte; y hasta te aconsejo que no le escatimes las ofrendas. Prometeo también se sacrificó por el hombre; pero ¡ay! Prometeo, según parece, no pasa de ser una ficción de los poetas; mientras que hombres dignos de crédito me han asegurado que vieron á Cristo con sus propios ojos. Convengo contigo en que vuestro Dios es el mejor de los dioses.

»No he olvidado la pregunta de Pablo de Tarso y creo que si el César fuera cristiano tendría yo tiempo de visitaros en Sicilia. Entonces hablaríamos largamente á la sombra de los almendros, junto á las fuentes, de todos los dioses y de todas las verdades que han discutido los filósofos griegos de todos los tiempos; mas por ahora te responderé con brevedad.

»Solamente admito dos filósofos: Pirrón y Anacreonte; los demás se los regalo á quien los quiera, sin excluir los estoicos griegos y romanos. La verdad, Vinicio, está tan alta, que ni los dioses logran divisarla desde la cumbre del Olimpo. Vuestro Olimpo me parece todavía más elevado; y puesto de pie en la cima, me llamas y me dices: «Sube y verás bellísimos paisajes que nunca sospechaste que existieran.» Lo creo y te contesto: «Ya carezco de piernas para emprender semejantes ascensiones.» Y cuando llegues al final de esta carta reconocerás que la razón me asiste.

»¡Esposo feliz de la princesa Aurora, vuestra doctrina no es para mí! Según sus preceptos, tendría yo que

amar á los bitinios que llevan mi litera, á los egipcios que me calientan el baño, á «Barbas de Cobre» y á Tigelino. Pues bien, te juro por las blancas rodillas de las Gracias, que no podría amarles aunque quisiera.

»En Roma hay por lo menos cien mil personas con los hombros contrahechos, las rodillas deformes, flacas las pantorrillas, los ojos saltones ó torcidos y la cabeza gorda; tú me aconsejarías que amara á todos esos desdichados, ¿no es cierto? ¿De dónde sacaría yo ese amor si no le tengo en el corazón? ¿Si vuestro Dios quiere que yo ame á todas esas personas, por qué su omnipotente voluntad no les dió formas como las de los hijos de Niobe, por ejemplo, que más de una vez has visto en el Palatino? El que ama la belleza no puede amar la fealdad. Se puede no creer en los dioses y amarlos, á la manera de Fidias, Praxíteles, Mirón, Lisias y Escopas.

»Te diré más: si me asaltara el deseo de seguirte, ya no podría; mas como sobre no poder no quiero, tampoco hay medio de que nos pongamos de acuerdo.

»Tú, como Pablo de Tarso, veréis á Cristo en algunos Campos Elíseos, al otro lado de la laguna Estigia; pues bien, cuando le veas, pregúntale si me recibiría con mis gemas, mi vaso mirrino, mis libros publicados por los Socios y mi Eunice, la de los áureos cabellos.

»Me río al escribir estas palabras, porque Pablo de Tarso me explicó que por Cristo había que renunciar á las coronas de rosas, á los festines y á la voluptuosidad. Verdad es que en compensación me ofrecía no sé qué otras felicidades; mas le contesté que yo era ya demasiado viejo para venturas nuevas, que á mis ojos serían siempre agradables las rosas y que el perfume de las violetas era más grato para mí que el olor que exhalaban mis sucios semejantes del Suburra.

»Por todo lo expuesto tu felicidad no puede serlo para mí; pero ahí va el argumento más concluyente, que lo he guardado para el final: *Thanatos* (la Muerte) me reclama. Para ti comienzan los albores de la vida; para mí el sol está en su ocaso y los melancólicos fulgores crepusculares me envuelven ya. Más claro: debo morir, *carissime*.

»No vale la pena de hablar mucho de ello; yo tenía que acabar así. Ya conoces á «Barbas de Cobre» y comprenderás lo que ocurre. Tigelino ha vencido ó, más propiamente, se acabó la serie de mis victorias. He vivido á mi gusto y moriré como me plazca. Mas no te apures: ningún dios me había prometido la inmortalidad y por lo tanto no me sorprende el morir.

»También te diré, Vinicio, que no estás en lo cierto al afirmar que únicamente tu Dios enseña al hombre á morir tranquilo; nuestra sociedad sabía, antes que vosotros, que después de apurar la última copa, cuando llegaba el instante de entrar en la sombra, debía dar el paso con perfecta tranquilidad. Y tranquilamente lo damos nosotros todavía.

»Dice Platón que la virtud es música y armonía la vida del sabio; si dice la verdad, virtuosamente he vivido y moriré.

»Quisiera despedirme de tu divina esposa con las palabras que antaño le dirigí, al saludarla en casa de Aulio Plaucio:

«He visto muchos pueblos en mi vida,
Mas nunca vi mujer que te igualara.»

»Si el alma es algo más de lo que Pirrón cree, la mía volará hacia vosotros, cuando vaya en busca de los confines de los mares; se detendrá en tu casa, en forma de mariposa ó como creen los egipcios, en forma de hembra del gavilán. Sólo así podré llegar á vuestro lado.

»Entretanto, que Sicilia sea para vosotros un jardín de las Hespérides; que los dioses de los campos, los bosques y las aguas siembren de flores

vuestra camino y que las blancas palomas aniden en los acantos de las columnas de tu hogar.»

## LXXIII

Dos días después, el joven Nerva, que era muy afecto á Petronio, le envió á Cumas un liberto de toda su confianza, para informarle de que su muerte estaba decidida y de que á la mañana siguiente le mandarían con un centurión la orden de permanecer en Cumas hasta nuevo aviso; le previno asimismo que pocos días después llegaría otro mensajero, portador de la sentencia de muerte.

Petronio oyó sin alterarse la noticia y le dijo al liberto:

—Entrégale de mi parte á tu señor un vaso precioso que te darán al partir y dile que le agradezco con toda mi alma el aviso, pues gracias á él no recibiré la sentencia ni la obedeceré.

Y como si se le hubiera ocurrido la idea más divertida, se echó á reir.

Aquella misma tarde recorrieron sus esclavos la población, invitando á cuantos augustanos y damas se encontraban en ella á un banquete que el Arbitro de las elegancias daba en su suntuosa quinta.

Pasó algunas horas escribiendo, en su biblioteca, se bañó luego, hizo que le vistieran las *vestiplicæ*, y brillante y hermoso como un Dios, se fué al triclinio á inspeccionar con ojo experto los preparativos que allí se hacían. Pasó después á los jardines, donde mancebos y doncellas griegas estaban tejiendo guirnaldas de rosas para los invitados. Su rostro no revelaba la más ligera preocupación.

Los sirvientes sabían que la fiesta sería de una magnificencia inusitada, pues Petronio había mandado recompensar con largueza á los que le dejaran complacido, apalear ligeramente á los que no cumplieran, hubieran merecido castigo ó incurrieran en su desagrado, y pagar con esplendidez y por adelantado á los citaristas y cantantes. Por último, se sentó en el jardín á la sombra de un haya, al través de cuyas ramas los rayos del sol señalaban en la tierra puntos brillantes, y llamó á Eunice.

Vino ésta vestida de blanco, con una rama de mirto en los cabellos y hermosa como las Gracias.

Hizo Petronio que se sentara á su lado, y acariciando suavemente con la mano sus dorados cabellos, la contempló con la admiración del crítico ante una estatua, obra preciada del cincel de un maestro.

—Eunice—le dijo.—¿Sabes que no eres esclava hace tiempo?

Clavó la joven en Petronio la mirada de sus serenos ojos, azules como el cielo, y meneando negativamente la cabeza, murmuró:

—Siempre lo soy tuya.

—Quizá ignores que esos esclavos que tejen guirnaldas y coronas, esta quinta con todo lo que encierra, con sus tierras y sus rebaños, te pertenecen desde hoy.

Al oir esto, levantó Eunice la hermosa cabeza y preguntó alarmada:

—¿Por qué me dices eso, señor?

Y pálida como la muerte, fijó en el Arbitro una mirada interrogadora.

Este, sonriéndose y mirándola también con fijeza, se limitó á pronunciar este monosílabo, contestando á la muda interrogación:

—Sí.

Guardaron los dos silencio. Se oía el roce de las hojas del haya, suavemente movidas por la brisa.

Contemplando á Eunice inmóvil, creyó Petronio que tenía ante los ojos una estatua de mármol blanco.

—Eunice—murmuró,—quiero morir en paz.

La tierna amante, sonriendo, más con sonrisa que partía el corazón, le dijo quedo:

—Te comprendo, señor.

Llegó la noche y se llenó la casa de augustanos.

Estos conocían ya las fiestas de Pe-

tronio y sabían que, comparadas con ellas, hasta las de Nerón eran fastidiosas y bárbaras. Nadie, al acudir á casa del refinado patricio, adivinó que asistía al último *symposium* (convite), aunque no era un secreto que la cólera del César flotaba en torno de la cabeza del anfitrión. Pero el caso no era nuevo, y el Arbitro se había dado tal maña en circunstancias semejantes para desvanecer las amenazadoras nubes con una frase audaz, que no era posible creer seriamente en peligros reales. Viéndole ahora sonriente y sereno, los invitados estaban muy lejos de imaginarse que se disponía á morir con calma.

La hermosa Eunice, á quien había revelado este propósito y que acogía cada frase de Petronio como una sentencia del Destino, manifestaba la más completa tranquilidad y el vivo fulgor de sus ojos parecía indicio de secreta alegría.

En la puerta del *triclinio*, unas doncellas que llevaban redecillas de oro en los cabellos, coronaban de rosas á los convidados y les advertían, como era uso y costumbre, que entraran en la estancia con el pie derecho.

En el vestíbulo, iluminado con lámparas de cristal de Alejandría y de varios colores, las violetas embalsamaban el ambiente. Junto á los lechos tricliniarios, doncellas griegas estaban encargadas de perfumarles los pies á los invitados.

Los citaristas y los cantantes atenienses sólo aguardaban la señal del director para empezar.

El servicio de la mesa era magnífico y atildado: no ofendía la vista; era simplemente un accesorio adecuado á la opulenta mansión. Las copas con gemas engastadas ó con camafeos preciosos abundaban entre las ánforas; éstas reposaban entre nieve y guirnaldas de hiedra. Allí se respiraba la alegría y la libertad al mismo tiempo que el aroma de las violetas.

Al penetrar en aquel aposento se sentían los invitados libres de cuidados y de temores, cosa que no ocurría en el Palatino, donde á cualquier comensal podía costarle la vida un elogio poco expresivo.

Las artísticas lámparas y los vasos adornados con hiedra, el vino refrescado en nieve y los delicados manjares, dieron rienda suelta á la alegría, que pronto reinó en todos los pechos, procurando accesos de risa, aplausos y hasta algún ruidoso beso estampado indiscretamente en unos blancos y torneados hombros.

Antes de llevarse á los labios las adornadas copas, derramaban los comensales algunas gotas de vino en honor de los dioses, invocando su benevolencia y su simpatía para el amable anfitrión. Muchos no creían en los dioses; pero era necesario cumplir con lo que la costumbre y la superstición prescribían.

Petronio, con su habitual desenvoltura, hablaba de Roma, de los últimos divorcios, de asuntos de amor, de las carreras, de Epículo, que acababa de conquistar en la arena fama de notable gladiador, y de los libros puestos últimamente á la venta en las tiendas de Atraccio y de los Socios.

Al derramar las primeras gotas de vino, dijo el Arbitro que lo hacía en honor de la Señora de Chipre, la más antigua y grande de las divinidades y la única verdaderamente eterna.

Su conversación era como la luz del sol, que á cada momento hace brillar un nuevo objeto, ó como las brisas del verano, que mueven blandamente las flores de los jardines.

Hizo una seña al director de la música; al punto sonaron dulcemente las cítaras y se oyó un coro de voces juveniles. Vinieron acto continuo las bailarinas, doncellas de Cos, pueblo natal de Eunice, y empezó la danza.

Sus cuerpos, velados con tenues gasas, lucían toda su belleza en los rítmicos movimientos del baile. Luego entró un adivino egipcio y con un vaso de cristal en la mano, en el que nadaban dorados pececillos, pronosticó varias cosas á los comensales.

Terminados los pasatiempos que amenizaban el banquete, se incorporó Petronio en los almohadones sirios de su diván y dijo con reposado acento :

—Amigos, perdonadme que os dirija un ruego : quisiera que cada uno de vosotros aceptara como recuerdo mío el vaso con que ha hecho sus libaciones en honor de los dioses y por mi felicidad.

Avaloraban los vasos de Petronio el oro, las piedras preciosas y primorosas labores, producto del cincel de artistas famosos. Aunque estos obsequios eran usuales en Roma, la esplendidez del regalo agradó sobremanera á los invitados. Algunos expresaron con calurosas frases su agradecimiento, otros dijeron que nunca honró Júpiter á los dioses con dádivas más ricas, y no faltó alguien que se negara á aceptar, alegando que tales presentes eran superiores á los habituales.

Mas Petronio levantó su vaso mirrino, que brillaba como el arco iris y cuyo precio era fabuloso, y habló así :

—Ved mi ofrenda á la Señora de Chipre ; sólo yo he libado en él. Jamás labios de hombre volverán á tocarlo ni mano alguna lo levantará en honor de otra divinidad.

Y estrelló el precioso vaso, que al chocar contra el pavimento ligeramente cubierto de azafrán, se rompió en mil pedazos.

Luego, al advertir que todos le miraban con asombro, repuso :

—Amigos, alegraos y no os sorprendan mis palabras : la vejez y la impotencia, que son las tristes compañeras de los últimos años de la vida, pueden evitarse ; yo quiero daros un buen ejemplo y un buen consejo : en vuestra mano está el rehuir la compañía de tan importunos huéspedes, yéndoos á tiempo, como voy á hacerlo yo.

—¿Qué te propones?—exclamaron alarmados muchos de los comensales. —¿Qué vas á hacer?

—Voy á alegrarme, á divertirme, á beber, á oir la música, á deleitarme contemplando las divinas formas que á mi lado tengo ; y á dormirme en seguida, coronada de flores la cabeza Ya me he despedido del César. Oíd lo que le digo :

Y leyó la siguiente carta :

«Bien sé, divino César, que me aguardas impaciente, y que tu leal corazón de amigo fiel padece con mi ausencia. No ignoro que estás dispuesto á colmarme de honores, á nombrarme prefecto de la guardia pretoriana y á mandar á Tigelino que torne á ser lo que á los dioses les plugo que fuera : mulero, en las fincas que heredaste después de envenenar á Domicio ; pero, divino, tengo que excusarme...

»Por el Averno, y más particularmente por las sombras de tu madre, de tu esposa, de tu hermano y de Séneca, te juro que no puedo ir á verte.

»La vida es un tesoro y me vanaglorio de haber sacado de él los materiales con que he hecho, para disfrutarlas, las más preciadas joyas ; pero también hay en la vida cosas que no tengo resignación para soportarlas más.

»No creas, te lo ruego, que me ha lastimado profundamente el que asesinaras á tu madre, á tu mujer y á tu hermano ; que me he indignado porque incendiaras á Roma y enviaras al Erebo (Infierno) á todos los ciudadanos honrados de tu Imperio ; no, amadísimo nieto de Cronos : la muerte es el fin natural de todos los seres y no era dable esperar de ti otras hazañas.

»Pero tener que soportar por largos años tu canto que me destroza los oídos, ver tu barriga, digna de Domicio, y tus flacas piernas dando grotescas volteretas en pírrica danza ; escuchar tu música, oirte declamar versos que no son tuyos, desdichado poetastro de suburbio, cosas son verdaderamente superiores á mis fuerzas y á mi paciencia, y han acabado por inspirarme el irresistible deseo de morirme.

»Roma se tapa los oídos por no oirte y el mundo se ríe de ti y te desprecia. En cuanto á mí, no puedo conti-

nuar avergonzándome de tu insignificancia, ni aunque pudiera lo querría. ¡No puedo más!

»Los ladridos de Cerbero serán para mí menos enojosos que tu canto, aunque á él se parezcan; porque, al fin y al cabo, como nunca fuí amigo de Cerbero, no tengo motivo para avergonzarme de sus ladridos.

»¡Salud, augusto, y no cantes; asesina, pero no hagas versos; envenena, pero no bailes; incendia, pero no toques la cítara!

»Estos son los deseos y el último consejo del

»*Arbiter Elegantiarum.*»

Los invitados se quedaron aterrados al oir la carta; no se les ocultaba que para Nerón hubiera sido menos dolorosa la pérdida del Imperio, que semejante misiva. Comprendían también que el autor de tal escrito tenía que morir necesariamente y á la vez se estremecían de pensar que habían escuchado la lectura.

Petronio se echó á reir con sincera y franca alegría, como si se tratara de la más inocente broma, y paseando la mirada por el ancho círculo de invitados, dijo:

—Nada temáis, amigos; ninguno de vosotros está obligado á decir que me ha oído leer esta epístola; y en cuanto á mí, sólo podré jactarme de ella con Caronte, cuando me pase con su barca á la orilla opuesta de la laguna.

Hizo en seguida seña al médico griego y le presentó el brazo.

Teocles, con mucha habilidad, le puso un aro de oro y le abrió la arteria por la articulación del brazo.

Saltó la sangre, cayendo en la almohada y salpicando á Eunice, que le sostenía la cabeza á su señor.

La joven, inclinándose amorosa hacia él, murmuró:

—¿Has creído, señor, que yo te abandonaría? Aunque los dioses me ofrecieran la inmortalidad y el César el Imperio del mundo, yo te seguiría siempre.

Petronio se sonrió, incorporóse, y tocando apenas con sus labios los de su amante, dijo:

—¡Ven conmigo! Tú me has amado de veras, divina.

Eunice le presentó al médico entonces un brazo que parecía hecho de nieve y rosas, y un instante después la sangre de los dos amantes corría junta, mezclándose y confundiéndose.

A una señal de Petronio volvieron á dejarse oir las voces juveniles y las notas de las cítaras.

Cantaron primero el *Harmodio* y luego el himno de Anacreonte, en el cual el poeta se lamenta de que en cierta ocasión encontró al tierno hijo de Afrodita lloroso y aterido al pie de un árbol; le dió abrigo, secó sus alas y el ingrato niño, en pago, le atravesó el corazón con una flecha.

Petronio y Eunice, juntos y bellos como dos divinidades, escuchaban; su palidez aumentaba gradualmente.

Cuando se acabó el himno, mandó Petronio que sirvieran más vino y nuevos manjares; habló con los invitados que tenía más cerca de mil agradables naderías, tema usual de conversación en los festines, y quiso luego que el griego le ligara la arteria, porque, según dijo, el sueño empezaba á molestarle y deseaba entregarse un rato á Hypnos (el Sueño), antes de que Thanatos (la Muerte) le cerrara los ojos para siempre.

Durmióse pronto, y cuando despertó, la exangüe cabeza de Eunice descansaba sobre su pecho, semejante á blanca flor.

La acomodó en los almohadones para contemplarla mejor y mandó que le abrieran otra vez la arteria.

Los coros volvieron á cantar el himno de Anacreonte. Las cítaras acompañaban con leve sonido, para que el auditorio no perdiera ni una sola palabra de la letra.

Petronio palidecía más cada vez, y cuando expiró la última nota, se dirigió á los comensales, exclamando:

—Convenid, amigos, en que con nosotros perece...

No pudo terminar la frase. Estrechó con el brazo á Eunice, dejó caer la cabeza y expiró.

Los invitados, que veían entre flores aquellos dos cuerpos bellos y blancos como dos estatuas admirables, comprendieron que con ellos había muerto también lo último que le quedaba á la sociedad romana: la belleza y la poesía.

## EPÍLOGO

A la rebelión de Vindex y de las legiones galas no se le dió al principio ninguna importancia. César tenía treinta y un años y nadie se atrevía á creer que el mundo se vería pronto libre del joven tirano que le oprimía como una pesadilla.

Recordábase que durante los reinados anteriores hubo sediciones parecidas entre las legiones y que no originaron cambios de gobierno. Druso, en tiempo de Tiberio, apaciguó las legiones de Hungría y Germánico las del Rhin.

El pueblo se preguntaba: ¿Quién le sucederá á Nerón, si no queda ni uno siquiera de los descendientes del divino Augusto? Al mismo tiempo creían que el poder de Nerón era invencible, como el de Hércules, y se figuraban que no había fuerza capaz de quebrantarlo. Y hasta no faltaba quien aguardara impaciente su regreso de Acaya, porque Helio y Politetes, encargados por él del gobierno de Roma y de Italia durante su ausencia, eran más crueles y sanguinarios que el propio César.

Nadie tenía seguras vida ni hacienda, la ley había dejado de ser protectora, los lazos de familia estaban relajados ó rotos, y el general envilecimiento de los corazones no dejaba resquicio á la esperanza de mejores días.

Llegaban, entretanto, sin cesar, noticias de Grecia, relatando los triunfos del César, enumerando los millares de coronas que conquistaba y dando cuenta de que los infinitos espectadores le aplaudían entusiasmados.

Parecía que el mundo se había convertido en loca orgía de histriones y verdugos, y á la vez se formaba y difundía la opinión de que la época de la dignidad y la virtud había pasado, sucediéndole la era de la danza, la música y el desenfreno, cuyo reinado iba á ser eterno.

César, á quien la rebelión de Vindex dió pretexto para cometer nuevas rapiñas y saqueos, no se inquietaba por ella; al contrario, se mostraba complacido. Ni siquiera quería salir de Acaya, teatro de su gloria, y hasta que Helio le hizo comprender que retrasar el regreso á Roma podía originar la caída de su gobierno, no se decidió á embarcarse para Nápoles, donde continuó cantando, representando y recibiendo con displicencia los anuncios del inminente peligro que le amenazaba.

Tigelino se esforzaba por hacerle ver que las tropas antiguas carecían de caudillos, mientras que á la sazón se había puesto á la cabeza de los revoltosos un hombre de prestigio, descendiente de los antiguos reyes de Galia y de Aquitania y soldado famoso y agúerrido; advertencia inútil.

—Aquí —contestaba Nerón— me escuchan los griegos, únicos que saben

escuchar y que son dignos de mi canto.

Y terminaba declarando que sus primeros deberes eran el arte y la gloria.

Mas al enterarse de que Vindex le había calificado de artista detestable, salió precipitadamente para Roma.

La herida que le había causado Petronio con su carta se iba cicatrizando durante la estancia en Grecia; pero, ante aquel insulto, se abrió de nuevo y manó sangre, y el agraviado artista quiso que el Senado castigara tan inaudita injusticia.

Como en el viaje de regreso viera un grupo fundido en bronce que representaba á un guerrero galo vencido por un patricio romano, lo consideró augurio favorable y no volvió á hablar de las legiones sublevadas y de Vindex más que para ridiculizarles.

Su entrada en Roma sobrepujó á cuanto se había visto hasta entonces.

Entró en el carro triunfal de Augusto, echaron abajo un arco del teatro para que pasara la comitiva, y el Senado, los caballeros y una muchedumbre inmensa salieron á su encuentro, haciendo retemblar las murallas con los gritos de «¡Salve, Augusto! ¡Salve, Hércules! ¡Salve, divino, olímpico, inmortal!»

Detrás de César iban los carros cargados con las coronas que había conquistado, con rótulos que ostentaban los nombres de las ciudades teatro de sus triunfos y los de los cantantes y poetas á quienes había derrotado.

Contento y satisfecho, decíales Nerón á los augustanos que iban cerca de él:

—¿Qué fué el triunfo de Julio, comparado con este mío?

Y César, que se creía verdaderamente olímpico y por ende sagrado é inviolable, no pensaba ni remotamente en que existiera un mortal tan osado que levantara la mano contra él.

La excitación de la plebe, que se embriagaba con su propio clamoreo, daba mayor incremento á su locura.

Parecía que no solamente Nerón y Roma, sino el mundo entero, habían perdido el juicio.

Nadie alcanzaba á ver el precipicio que se ocultaba debajo de aquel océano de coronas, flores y guirnaldas. Y sin embargo, aquella misma noche, las columnas y los muros de los templos se cubrieron de letreros alusivos á los crímenes de Nerón, amenazándole con una espantosa venganza y burlándose de él como artista.

De boca en boca circulaba esta frase: «Cantó, cantó, hasta que despertaron los *gallos*» (galos).

Cundían mil noticias alarmantes, crecía la ansiedad, la zozobra se apoderó de los augustanos, y el pueblo, lleno de incertidumbre acerca de lo porvenir, no se atrevía á expresar deseos ni esperanzas ni casi á sentir ni á pensar; pero Nerón continuaba entregado á la música y á la poesía é indiferente á la lucha.

Nuevos instrumentos musicales ocupaban su atención, y entre ellos un órgano hidráulico, que estuvo probándolo en el Palatino.

Con criterio pueril, incapaz de proyectos discretos ni de acción sensata, figurábase que podría en cualesquiera circunstancias conjurar el peligro con la promesa de juegos y representaciones en interrumpida serie.

Las personas que le rodeaban, viendo que, en vez de arbitrar recursos y de organizar un ejército, se entretenía en rebuscar frases para describir el peligro, se quedaban atónitas; no faltando quien creyera que su único objeto era aturdirse y aturdir á los demás con frases ampulosas y grandilocuentes, para acallar la zozobra y el terror que embargaban su alma.

Cada día concebía mil proyectos diferentes y á veces se decidía á arrostrar el peligro; entonces daba orden de empaquetar sus laúdes y cítaras, de armar á las esclavas á guisa de amazonas y de enviar las legiones al Este. Otras veces ideaba dominar la rebelión con su canto y su poesía, y en lo íntimo de su alma se deleitaba imagi-

nándose cuán grandioso sería el acto de conquistar á los soldados con las notas de su canto: los legionarios le rodearían con lágrimas en los ojos; él entonaría un himno á la victoria y en seguida empezaría la edad de oro para él y para Roma.

En algunas ocasiones tenía sed de sangre; en otras, se hubiera dado por satisfecho con el gobierno de Egipto.

De cuando en cuando recordaba la predicción que le había vaticinado el señorío de Jerusalén, y se conmovía de pensar que llegaría un día en que tuviera que ganarse el pan cotidiano como trovador, y que ciudades y pueblos le honrarían, no como César y señor del mundo, sino como poeta eminentísimo, sin segundo en la tierra.

Y en estas alternativas vivía, luchando, enfureciéndose, tocando, cantando, ideando planes, declamaciones y frases y convirtiendo la vida en una pesadilla ridícula y á la vez sangrienta, en la que se confundían y atropellaban las frases ampulosas, los versos malos, los gemidos, las lágrimas y la sangre.

Entretanto, el horizonte se obscurecía más y más en Occidente; la medida estaba ya colmada y la insensata comedia llegaba al último acto.

Cuando César se enteró de la sublevación de Galba y de España, tuvo un acceso de furor rayano con la locura; rompió vasos, volcó la mesa en un festín, destrozó cuanto halló á mano y dió tales órdenes, que ni Helio ni el mismo Tigelino se atrevieron á ejecutarlas; que degollaran á los galos residentes en Roma, que se incendiara otra vez la ciudad, que soltaran las fieras y que se trasladara la capital á Alejandría. Todo esto le parecía grande, asombroso y de fácil ejecución.

Los días de su poderío estaban contados y sus mismos cómplices empezaban á mirarle como un loco. Sin embargo, la muerte de Vindex y las disensiones entre las legiones sublevadas fueron circunstancias que, por un momento, pareció que inclinaban la balanza del lado de Nerón.

Estos acontecimientos se celebraron en Roma con nuevas fiestas, nuevos triunfos y nuevas sentencias, hasta que una noche llegó al Palatino un mensajero, jinete en un caballo cubierto de espuma, y trajo la noticia de que en la ciudad misma habían levantado los soldados el pendón revolucionario, proclamando César á Galba.

Cuando el mensajero llegó, Nerón estaba entregado al sueño; despertó sobresaltado y llamó inútilmente á la guardia nocturna que velaba á la entrada de sus habitaciones. El Palacio estaba desierto y en los rincones apartados los esclavos saqueaban á toda prisa los aposentos, pero al ver á Nerón huían, y éste, solo y aterrorizado, recorrió el palacio entero, dando gritos y presa de la desesperación.

Por último, sus libertos Faonte, Esporo y Epafrodito acudieron á socorrerle y le aconsejaron que huyera, pues no había tiempo que perder; pero él, indeciso y engañándose aún, les decía que si se vistiera de luto y le hablara al Senado, éste no podría resistirse á sus súplicas y á su elocuencia; que, si desplegara su retórica y sus talentos de actor, no habría en la tierra quien dejara de someterse y quizá entonces le darían siquiera el gobierno de Egipto.

Acostumbrados los libertos á adularle, no se atrevieron á contradecirle abiertamente y se limitaron á indicarle que antes de que llegara al Foro, el pueblo le haría pedazos; añadiendo que, si no montaba inmediatamente á caballo, se verían precisados á abandonarle.

Faonte le ofreció asilo en una quinta que poseía fuera de la Puerta Nomentana.

Poco después montaban á caballo y, cubriendo á Nerón con un manto, se dirigieron á galope hacia las afueras de la ciudad.

La hora del alba se acercaba y el movimiento que se advertía en las calles revelaba lo excepcional de la situación.

Los soldados, en pequeños grupos ó

de dos en dos, recorrían las calles, las aclamaciones á Galba emperador se oían por todas partes. Cerca ya del campamento, el caballo del César se asustó de un cadáver y dió una brusca huída, haciendo que se le cayera á Nerón el manto con que recataba el rostro; le reconoció un soldado y, azorado con el inesperado encuentro, le saludó militarmente.

Al pasar por el campamento de los pretorianos oyeron aclamaciones atronadoras en honor de Galba, y Nerón comprendió al cabo que se acercaba su última hora.

El terror y los remordimientos le asaltaron entonces. Parecióle que veía una sombra en forma de obscura nube y que de ella se destacaban, inclinándose hacia él, los rostros de su madre, su mujer y su hermano. Temblaba de miedo y castañeteaba los dientes. Mas para su alma de comediante tenía cierto encanto el horror de aquel momento trágico.

Ser dueño absoluto del mundo y perderlo todo de repente, le parecía un acontecimiento grandioso hasta lo inverosímil; y comediante hasta el fin, desempeñaba atento su papel en la tragedia. Se apoderó de él la fiebre de las citas y de las frases y á la vez el vehemente deseo de que tomaran nota de ellas los que le acompañaban, para transmitirlas á las generaciones venideras.

Había momentos en que decía que quería morir y llamaba á Epículo, el más hábil matador de todos los gladiadores; otras veces, decía en tono declamatorio:

—¡Mi madre, mi mujer y mi padre reclaman mi muerte!

Sin embargo, de cuando en cuando le animaban destellos de esperanza, aunque sabía que era vana y pueril quimera; iba en busca de la muerte y se resistía á creerlo.

La Puerta Nomentana estaba abierta. Siguiendo camino adelante, pasaron cerca del *Ostrianum*, en donde Pedro había predicado y bautizado, y al amanecer llegaron á la quinta de Faonte.

Entonces no le ocultaron ya los libertos que había llegado el instante de morir.

Mandó Nerón que cavaran su sepultura y se tendió en el suelo para que tomaran bien las medidas; mas cuando vió la fosa abierta tornó á sentir el miedo, se puso lívido y gruesas gotas de sudor bañaron su frente.

Aturdido, buscaba pretextos para retrasar el momento decisivo; y con voz insegura, que en vano se esforzaba por hacerla trágica y solemne, empezó á declamar de nuevo sus citas y su huera fraseología.

Por último, les rogó que incineraran su cadáver y exclamó con afectación:

—¡Qué grande artista va á perder el mundo!

En esto estaba, cuando el mensajero que había enviado Faonte vino con la noticia de que el Senado había sentenciado al *parricida* á morir con arreglo á la antigua costumbre.

—¿Cuál es la antigua costumbre?—preguntó Nerón acobardado.

—Te sujetarán por el cuello con un tridente, te azotarán hasta matarte y luego arrojarán al Tíber tu cadáver—contestó brutalmente Epafrodito.

Nerón se descubrió el pecho y elevando la mirada al cielo exclamó:

—¡Ha llegado el momento!

Y repitió su frase:

—¡Qué grande artista va á perder el mundo!

Se oyó el galope de un caballo: lo montaba un centurión que con un grupo de soldados venía por la cabeza de Enobarbo.

—¡Apresúrate!—exclamaron impacientes los libertos.

Nerón, con cobarde mano, se apoyó en el cuello el cuchillo, mas sin apretar; le faltaba valor para clavarse la hoja.

Entonces Epafrodito le empujó violentamente la mano y el cuchillo se

hundió hasta la empuñadura en la garganta del César. Este volteó los ojos con horrible expresión de terror.

—¡Te traigo la vida!—exclamó el centurión entrando.

—Es tarde—murmuró Nerón con voz ronca.

Y repuso:

—¡Oh, la fidelidad!

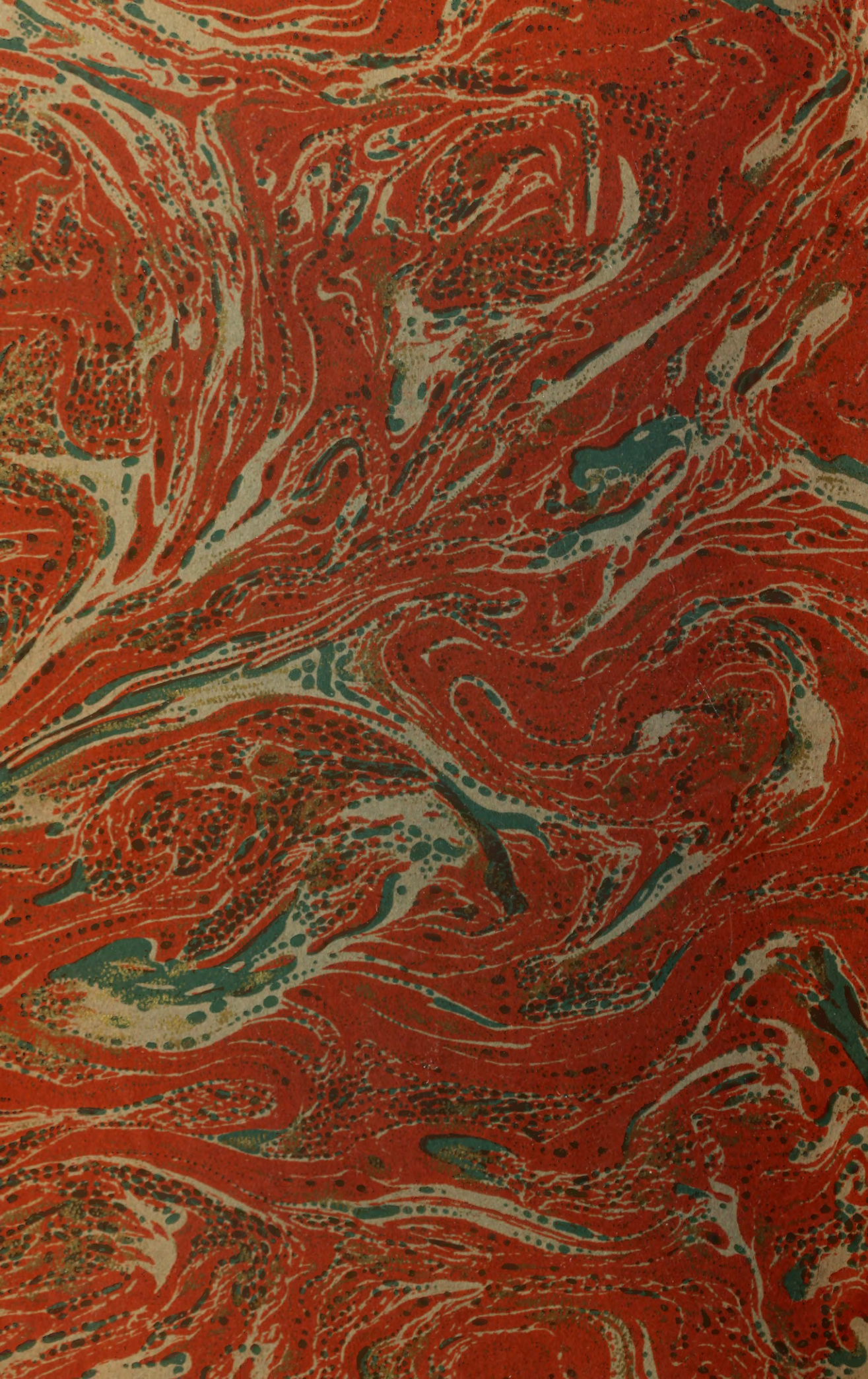
La sangre salía á borbotones de su grueso cuello, cayendo sobre las flores del jardín. Agitó los pies con la convulsión suprema y murió.

Al siguiente día por la mañana la fiel Actea envolvió el cadáver en preciosas telas y lo incineró en una pira de maderas olorosas.

Y pasó Nerón como la tempestad, el incendio y la peste; pero en el Monte Vaticano se yergue inmensa la basílica de San Pedro gobernando á la ciudad y al mundo.

Y no lejos de la antigua Puerta Capena, se eleva una capillita con la siguiente inscripción, medio borrada por el tiempo: *¿Quo vadis, Dómine?*

FIN



584412
LP
S5724q
.Sa
Sienkiewicz, Henryk
Quo vadis. Tr. P. Alcalá Zamora.

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET